

A close-up, high-contrast portrait of a woman's face, focusing on her eyes and lips. She has light green eyes and is wearing dark eye makeup and bright red lipstick. The lighting is dramatic, highlighting the texture of her skin and the intensity of her gaze.

ROSARIO RARO

LA HUELLA
DE
UNA CARTA

Un consultorio sentimental de gran éxito.
Unas cartas que esconden un oscuro secreto.
Y una mujer valiente dispuesta a todo.

 Planeta

Índice

Dedicatoria
Citas
Introducción

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

SEGUNDA PARTE

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

TERCERA PARTE

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

CUARTA PARTE

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Epílogo
Nota de la autora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para Ramona Pérez Serra, porque sé que desde allí,
junto a Silvia Valdemar, Rosa Alcázar, Fernando Robles,
Enrique Moriel, Taylor Nummy, Silver Kane
y Francisco González Ledesma,
también me leerás.*

La primera víctima de una guerra siempre es la verdad.
ESQUILO

No siento el menor deseo de jugar en un mundo
en el que todos hacen trampas.
FRANÇOIS MAURIAC

Un hombre sin ética es una bestia salvaje
suelta sobre este mundo.
ALBERT CAMUS

GODOFREDO, BARÓN DE IBE LÍN:
No muestres temor cuando estés ante el enemigo.
Sé valiente y recto para que Dios te ame.
Di la verdad siempre aunque te conduzca a la muerte.
Protege a los indefensos y sé justo.
Este es tu juramento.
¡Álzate como caballero!
El reino de los cielos, RIDLEY SCOTT (2005),
guion de WILLIAM MONAHAN

Düsseldorf, Renania del Norte-Westfalia, 17 de agosto de 1962

Boro Navascués no pudo ver nada de la magnífica residencia que le había anunciado el doctor Varick Kessler porque la rodeaba un muro de unos tres metros de alto. La puerta metálica pesaba tanto que tuvieron que empujarla entre los dos. Recorrieron el jardín por el camino de roca caliza. Cuando pasaron junto a la piscina vacía vieron dentro un bote de pintura oxidado, volcado entre dos charcos cubiertos de musgo y, al lado de unas ramas caídas, una bota larga de charol blanco. Boro se asomó al borde y comprobó que al calzado lo seguía una pierna y el resto del cuerpo de Mirja. Estaba boca abajo en el suelo del fondo azul, seco en aquella zona, con la melena sucia, pegada a los lados de su cráneo. La única luz llegaba desde la caseta de los vestuarios y las duchas, un haz que apenas le alumbraba con nitidez la espalda. Varick se giró hacia Boro y lo tomó del brazo.

—Llama a la Policía, corre, sal a la calle, busca a quien sea —le dijo en cuanto pudo reaccionar a la vez que saltaba dentro—. Mirja, Mirja, respóndeme. —Escuchó cómo Boro intentaba cerrar sin éxito la puerta de hierro. Se echó las manos a la cara, primero lloró y después gritó. No se atrevía a tocarla porque sentía que, tal como estaba, ya había dejado de ser ella. Se arrodilló, observó que llevaba el mismo jersey rosa que le había regalado en Madrid. La había advertido, pero la dejó sola. No se lo perdonaría nunca.

Una lágrima del doctor Varick Kessler resbaló sobre el esmalte plástico de la piscina y se deslizó unos centímetros por el fondo azul hasta tocar la punta del dedo corazón de la mano derecha de Mirja.

PRIMERA PARTE

Barcelona, 17 de mayo de 1962

Nuria Somport, dentro del caparazón de su hogar, era una perla a salvo del lodo, pero sumergida en un mar de aburrimiento. Tenía un marido en sombras, así se refería ella al hecho de estar casada con Máximo Zafara, un comercial al que solo veía los fines de semana y algunos festivos. Por él bebía los vientos, pero también se había tragado bastantes tempestades.

Cada mañana, en cuanto escuchaba la persiana del quiosco, salía muy sigilosa del número 55 del paseo de la Bonanova, porque no quería despertar a sus pequeños.

El edificio era conocido como la mansión Muley Afid, el nombre del sultán marroquí que la hizo construir. Nuria consideraba un privilegio vivir dentro de aquella joya modernista con varias terrazas, un jardín y una torre culminada por un pináculo recubierto de tejas de vidrio verde.

Le gustaba mirar desde la calle el contorno del palacete. Era magnífico, pero a la vez espectral. Parecía un recortable con los perfiles surgidos del amanecer. La fuerza de la costumbre no había conseguido que dejara de impresionarla. Durante esos cinco minutos escasos que dejaba solos a sus hijos, Marc, de un año, y Mireia, de cuatro, siempre se reservaba unos instantes para disfrutar de aquella vista de postal, pero enseguida aceleraba el paso porque imaginaba que, mientras estaba allí embelesada, podían suceder toda clase de calamidades, desde un incendio a un rapto.

En cuanto subía y comprobaba que seguían dormidos, tan serenos que la sonrisa se les mecía hasta en las pestañas, se calmaba.

Los días sin Máximo, como los llamaba ella, leía el periódico hasta que Marc y Mireia se lo permitían. Mientras, sostenía una taza de café con leche tan caliente que tardaba un buen rato en tomársela.

Aquella mañana, cuando llevaba apenas un par de minutos ojeando el diario, en la columna del centro de la última página, destacado entre los

mensajes publicitarios habituales, vio un recuadro con doble marco negro y unas letras grandes que parecían interpelarla solo a ella: «¿Te gusta escribir?».

Se acercó más para leer la letra minúscula que enumeraba las características requeridas a quienes quisieran optar a aquel puesto: responsabilidad, dotes en el ámbito de la psicología, buen nivel de redacción, ser una persona creativa, de mucha intuición y capacidad resolutive.

Nuria, como cuando alguien escucha los síntomas de una enfermedad y cree de inmediato que los tiene todos, pensó que encajaba por completo con aquella descripción, que no había nadie más que pudiera ser así, como era ella y como aquellas líneas la describían de forma tan exacta.

Terminaba aquel aviso con una exigencia de carácter más general: «Y lo más importante: la persona que buscamos deberá ser alguien con un sinfín de características de cariz humanístico». Después se especificaba que era necesario contar con una máquina de escribir. Nuria miró con mucha nostalgia su Olympia azul cielo encajada en el mueble que tenía enfrente. A pesar de que las filas de teclas parecían los dientes de varias bocas en escalera, estaba muda. Desde que se trasladó allí con Máximo no había vuelto a transmitirle sus pulsaciones. La vio por primera vez como lo que era: un mecanismo inútil en desuso, un artilugio quieto, muerto. Tan muerto como su plan de no deberle nada a nadie, de ser independiente, una exploradora solitaria dedicada en cuerpo y alma a alguna profesión relacionada con la literatura. Sonrió al recordarse. Las dos últimas líneas decían: «Sensibilidad hacia las problemáticas sociales y una especial habilidad de aproximación al prójimo». Era el anuncio más enigmático que había encontrado nunca, y por esa razón, el que más le interesó. Al final solo había un apartado de correos.

Nuria se apartó con dos dedos un mechón de pelo que le caía sobre la cara, se lo colocó detrás de la oreja derecha y escribió la respuesta de forma inmediata: «Soy quien buscan».

Añadió su dirección y unas líneas más en las que enumeraba sus estudios de Secretariado Internacional, idiomas y mecanografía, además de sus cualidades, que casualmente coincidían, punto por punto, con las demandadas.

* * *

Antes de una semana le llegó la respuesta:

Estimada señora Zafara:

Preséntese este viernes a las 17.00 horas en la calle Pelayo 56, entresuelo, de esta ciudad.

Comprenderá que necesitamos conocer a los aspirantes antes de tomar una decisión.
Atentamente,

Leonor Arana y Aleix Frument.

Nuria imaginó a un matrimonio adinerado y de cierta edad que buscaba a alguien que le llevara la correspondencia o redactara unas memorias para legarles a sus nietos.

Por primera vez desde que estaba casada tenía que acudir a una cita ella sola y para eso necesitaba a alguien con quien dejar a sus hijos. Vivían en aquel caserón porque la empresa de Máximo, Minas Generales, había firmado un acuerdo, les dijeron que gubernativo, con Dora Blúmer, su casera y única vecina. Desde el primer momento, a Nuria le pareció una mujer agradable, pero muy reservada, como si todo comenzara y acabara en ella. Su trato había sido más bien escaso, con la excepción de sus siempre cordiales encuentros, en el jardín o en el patio, y las visitas a su casa cuando Máximo la llamaba allí por teléfono, el único que había en la mansión Muley Afid.

Para subir al ático de su casera, Nuria aprovechó que Marc y Mireia se quedaron dormidos a la vez. Escuchó desde el rellano la melodía hipnótica que acompañaba al consultorio sentimental de Elena Francis que tantas mujeres escuchaban con devoción, sin perderse ninguno, como si se tratara de un compendio de mandatos divinos. Máximo le había dicho que aquella canción se llamaba *Indian summer*. Cuando la locutora comenzó a hablar, Nuria llamó al timbre.

—Señora Zafara, ¿cómo está? —la saludó Dora Blúmer.

Solo llevaba una bata muy ligera rosa pálido, con el escote rematado por una cinta de raso ancha. Tenía un color de piel curioso, más bien pálido, pero bronceado sobre la frente, los pómulos y la barbilla. Y no era por efecto del maquillaje porque solo lo usaba cuando salía, como había comprobado Nuria. Las cejas las llevaba muy bien arregladas, como si fueran dos trazos rápidos de plumilla, y los labios y los ojos parecían siempre húmedos. Brillaban igual que su cabello natural, que en ese momento llevaba recogido en una trenza bastante larga y dorada como su nombre.

Nuria pensaba que le gustaría saberse sacar tanto partido como su vecina, con su belleza tan trabajada que convertía a ojos de los demás sus treinta y cinco años en muchos menos.

—Bien, muy bien... Verá, quería pedirle algo —le dijo muy seria y un tanto arrepentida de su idea.

—Pero pase, no se quede ahí.

Desde el umbral, Nuria percibió el olor a café mezclado con el de un perfume muy exótico.

—No, mejor no. He dejado solos a mis pequeños. De ellos se trata precisamente. Usted conoce a más personas que yo aquí, en Barcelona, y por ese motivo quería preguntarle si sabe de alguien de su total confianza que cuide niños. Solo sería un rato. Estoy muy apurada, no la molestaría con esto, ni con nada, si no fuera así.

—Mujer, me había asustado. Ojalá que todos los problemas fueran como este, que ni siquiera lo es —le dijo su vecina mientras se pasaba las manos con las palmas abiertas por ambos lados de la cabeza para asegurarse de que todos sus cabellos estaban en su sitio—. Y dígame, ¿cuándo sería ese rato?

—Este viernes por la tarde. Tengo que hacer una gestión en la calle Pelayo. Confío en estar de regreso en un par de horas o tres como mucho. Esa persona solo tendría que darles la merienda, para la cena ya estaría de regreso. No sé, señora Blúmer, y si no es mucho pedir, también me gustaría que viniera a casa para que ellos no tuvieran que salir.

—Querida, no tiene de qué preocuparse. —En aquel momento, Nuria creyó que su casera trivializaba su apuro—. Aquí me tiene. Yo me quedaré con ellos.

No esperaba aquella propuesta. Su desconcierto la hizo fijarse en su escote, ajustado por la banda de raso sobre sus senos puntiagudos.

—No, no, lo que yo le pedía...

—Ya lo sé —la interrumpió—. Eso sí, prefiero que estemos aquí en mi casa.

Nuria no quería desairarla, pero aquella posibilidad no se le había ocurrido y no sabía qué hacer. Aceptar su ofrecimiento le parecía lo más correcto, pero para eso tendría que apartar sus temores de madre demasiado protectora, como ella misma se consideraba, si de verdad deseaba que al menos sus días sin Máximo comenzaran a cambiar.

Ese viernes, a Nuria le faltaba su ánimo habitual para salir de casa. A pesar de que iba sin sus pequeños, sentía que arrastraba con ella un lastre mayor que si la acompañaran como siempre.

Era la primera vez que hacía aquello. Antes de poner el pie en la calle observó el vestíbulo y tuvo que recordarse todas las mañanas en las que había abierto el periódico con ilusión y lo mucho que había deseado leer un anuncio como aquel, que no se refiriera a una tarea como montar piezas de juguetes o labores similares a las que se solían realizar en casa, y para las que consideraba que no tenía ninguna habilidad.

Imaginó lo que supondría tener su propio dinero, por poco que fuera, y atesorarlo. Los ingresos de su marido eran más que suficientes, pero ella quería, además de conjurar la abulia de las horas iguales, disfrutar de la satisfacción de haberlo ganado por sus medios. Incluso había decidido que ingresaría sus ahorros, ya vería cómo, en la cartilla de su madre. Se percató de que su anticipación tenía mucho que ver con el cuento de *La lechera*, pero aun así le sirvió de estímulo.

Se colgó el bolso del antebrazo y, después de cerciorarse de que llevaba abrochados todos los botones de la chaqueta entallada de su traje verde esmeralda, se dirigió hacia la parada del autobús que desde el paseo de la Bonanova la llevó a la plaza de Cataluña. Miró la placa con el rótulo «Plaza del Ejército Español», la denominación oficial que casi nadie utilizaba.

Nuria llevaba zapatos de salón con tacones de media altura; la melena caoba muy moldeada por las ondas le caía hasta los hombros. Tenía los ojos jaspeados y con forma de almendra, a vetas de color miel salpicadas de azul, las pestañas curvadas y muy largas, las cejas bien trazadas, pero no demasiado finas, naturales, la nariz recta, de escultura griega, los labios carnosos, prominentes, y los pómulos altos y bastante marcados. Una cara serena en la que destacaba la vehemencia de su mirada, la de una observadora certera que siempre quiere saber algo más.

Nuria apenas tuvo que caminar un minuto hasta la puerta del número 56 de la calle Pelayo. El edificio donde la habían citado tenía unos balcones abombados que formaban surcos paralelos de flores metálicas sobre la piedra labrada del exterior. Solo un mirador que enmarcaba unas vidrieras muy llamativas en el segundo piso interrumpía esas hileras. De la cornisa sobresalían varias tallas de cabezas femeninas.

El portal le pareció bastante desangelado, como si el eco del invierno se hubiera quedado en él. Antes de decidirse a entrar, Nuria miró hacia Las Ramblas. Todavía notó más el contraste entre el bullicio exterior y el tiempo detenido dentro, como si otros siglos flotaran sobre aquella entrada con tanto mármol que parecía un mausoleo. Los espejos de las paredes laterales caían sobre ella, la disminuían, y lo llenaban todo de sombras de objetos que no estaban allí.

Quería echar a correr, abrazar a sus hijos, regresar a la bóveda protectora que acababa de abandonar para volver a mirar la máquina de escribir sin tocarla. En la nota que llevaba en la mano aparecía el número del portal, pero no el piso. Comenzó a subir despacio y sintió un movimiento a su espalda. Cuando se giró asustada, comprobó que se trataba de su reflejo en el hueco metálico que albergaba un jarrón enorme con dibujos en azul cobalto. Fue hacia él y lo sujetó por sus dos asas para que no se cayera de su peana de madera. No sabía por qué hacía aquello, pero en cuanto escuchó un tintineo dentro quiso volcarlo para ver qué contenía. Entonces el sonido de un reloj que llegaba de uno de los pisos de arriba detuvo su impulso y siguió subiendo para llegar puntual a su cita. Con la última campanada de las cinco recorrió el pasillo del entresuelo. Allí olía a especias, destacaba el aroma a canela, mezclado con el del jazmín y el eucalipto. La barandilla hacía juego con la forja del exterior. Sobre la pared, junto a la primera puerta, había un cartel plateado muy brillante: «Laboratorio cosmético», y debajo una firma imitaba la grafía manuscrita.

Hasta allí llegaba el sonido amortiguado y rítmico de unas máquinas. Sobre esta cadencia de fondo, escuchó también unos pasos a la vez que la puerta se abría con un mecanismo automático. Nuria entró y se fijó en la cristalera de la parte izquierda del pasillo, que daba a un patio interior cuadrado y muy grande. Miró hacia abajo: sus muros estaban recubiertos de hiedra. Era un reducto húmedo, campestre, en el centro de Barcelona. En él se apilaban estuches y envases con el mismo dibujo: un sol dentado que enmarcaba el perfil de una mujer con un moño alto, adornado por dos cintas, y una gargantilla que rodeaba su cuello estilizado.

A aquella hora de la tarde aún había bastante luz, potenciada por el predominio del color blanco de los azulejos y los muebles. Al vestíbulo tan tétrico se oponía aquella estancia diáfana como si no fueran espacios adyacentes, uno abajo y la otra arriba, sino que pertenecieran a ciudades, estaciones y épocas distintas.

Nuria se acercó a la mujer sentada tras una mesa que dos biombos en ángulo recto separaban de la sala central. Cuando le dijo su nombre y le enseñó el papel con los nombres del señor Aleix y la señora Leonor mientras le sonreía, la secretaria la miró con interés, abrió con lentitud su agenda, recorrió con el dedo índice la columna de la izquierda y le dijo que la estaban esperando, en la primera puerta a la derecha. A Nuria le gustó su vestido de cuadros de Vichy, muy ajustado a la cintura, como los que usaba Doris Day en sus películas para ir de pícnic.

En el lado opuesto de aquella única habitación que ocupaba casi toda la planta, había un hombre que agitaba un frasco estrecho de color ámbar. Se giró enseguida y la saludó con una sonrisa. Llevaba unas gafas que parecían acabadas de estrenar, era bastante alto, tenía la piel tostada, la mandíbula marcada, el pelo castaño, los ojos claros y una sonrisa deslumbrante. Nuria pensó que nunca había visto a nadie a quien una bata blanca le quedara mejor.

* * *

Cuando Nuria Somport llamó a la puerta del despacho, le respondió una voz autoritaria, bastante engolada y nasal.

—Adelante.

—Soy la señora Zafara.

—Pase, pase y siéntese —le dijo una mujer muy elegante, con el pelo blanco—. Señora Zafara, mi esposo, Aleix Frument, y el padre Vilesermes.

Nuria les dio la mano a los tres mientras observaba los muebles pesados de maderas exóticas, todo parecía inmune al tiempo, los objetos de escritorio brillaban de tal modo que se convertían en algo solemne, casi sagrado.

—¿Desde cuándo escribe, señora Zafara? —le preguntó Leonor Arana.

—Mejor llámeme Nuria, por favor. Pues escribo desde siempre. A mis hijos les leo cuentos que tratan de conversaciones que he tenido con la mayor, con Mireia. Los guardo para cuando el pequeño los pueda entender. Además, como les decía en mi carta, estudié Secretariado Internacional, por lo que se me da bien redactar todo tipo de documentos comerciales.

—Muy bien, señora Nuria. Verá... —tomó la palabra Aleix Frument—, usted conocerá el exitoso consultorio radiofónico que aconseja, me atrevo a decir que con mucho tino, a las mujeres de este país.

Nuria estableció la asociación entre los productos almacenados en el patio interior y el programa al que se refería, el que todos los días a la misma hora convertía las tiendas, los talleres de modistas, los patios de vecinos en cajas de resonancia con la misma voz multiplicada. Recordó la publicidad de cremas que se intercalaba entre las cartas radiadas. Pero enseguida le vinieron a la cabeza sus hijos y el corazón se le aceleró. ¿Cómo estarían?, ¿habrían merendado ya? La voz firme de don Aleix la devolvió a la realidad.

—Nosotros, nuestro laboratorio, somos los patrocinadores de este programa, y porque es política de esta empresa —su tono parecía el de un ministro o el del patrón dirigiéndose a sus trabajadores—, no queremos dejar sin responder a ninguna de las numerosas peticiones que llegan de las oyentes. Esa es nuestra intención; sin embargo, estamos desbordados por el aluvión de correspondencia que recibimos cada semana. —Le señaló un par de montones de cartas que había sobre una mesa redonda—. Antes de continuar, quiero que tome notas de lo que le voy a decir a continuación porque necesito comprobar que no comete usted faltas de ortografía. Entenderá que tenemos que velar por la imagen de nuestro negocio.

Como si fuera una escena ensayada, en ese momento entró la secretaria y dejó una bandeja que contenía, además de un servicio de café y un plato de pastas, un cuaderno y un lápiz.

—Muchas gracias, Liliana. Sírvase, padre —dijo doña Leonor, y los demás esperaron a que lo hiciera.

—Nuestras consultantes son en muchas ocasiones personas desorientadas que se encuentran en momentos cruciales de su vida —continuó el señor Frument—. Ahí entraría usted, si así lo decidimos. Tendrá que demostrarnos que es una persona sensata que sabe dirigir con sutileza a esas mujeres y evitar que cometan barbaridades contrarias a la moral. ¿Me entiende, señorita Nuria?

Ella no quiso corregirle sobre la fórmula de tratamiento. Solo asintió sin dejar de escribir los detalles que él le había ido desgranando sobre el funcionamiento de aquella correspondencia.

—Pero, antes de eso, tendremos que saber de su buen hacer, que ahora solo presupongo por sus notas. —El señor Frument, después de mirar de reojo su letra en el cuaderno que le habían entregado, se incorporó, sacó al azar, o así lo quiso creer ella, un sobre entre todos los que estaban abiertos y se lo tendió—. La esperaremos aquí.

Liliana le hizo un gesto para que la siguiera. Nuria apreció aún más de cerca su talle ajustado, el cabello rubio cortado a mitad de su nuca y la gracia con que andaba.

La secretaria la acompañó hasta un cuarto bastante más pequeño donde había un escritorio en el centro. Las paredes estaban atiborradas de recipientes, ordenados en las estanterías, de los mismos artículos de belleza que había visto en el patio. Nuria se sentó.

—Esto le va a llevar un rato, si quiere puedo avisar a su marido —le dijo Liliana mientras fijaba su vista en la alianza de Nuria.

—No será necesario —dijo bastante triste—. He venido sola.

—Discúlpeme —se apresuró a decir Liliana—. No quería ser indiscreta.

—No lo ha sido. Máximo viaja mucho, es comercial —añadió al notar cierta incredulidad en Liliana—. Por eso no ha podido acompañarme.

—¿También se dedica a los cosméticos?

—No, no, no tiene nada que ver con esto. Trabaja en Minas Generales.

—Es una gran empresa —dijo Liliana sorprendida—. Seguro que conocen a un montón de gente importante.

—Bueno, Máximo siempre dice que los buenos contactos son cruciales en los negocios.

—Eso es cierto —dijo Liliana mirándola con intensidad—. Bueno, no le quito más tiempo, que me pongo a charlar y se me va el santo al cielo.

—No se preocupe, se lo agradezco. Me ha ayudado a relajarme. Además, no tengo a demasiadas personas con quienes hablar —añadió Nuria con bastante timidez.

—Ahora apresúrese, los señores Frument están esperando. —Liliana le sonrió de una forma muy cercana y añadió antes de salir y cerrar la puerta—: Le deseo suerte.

Después de pasear la vista sobre los recipientes de las estanterías, maravillada ante su variedad, Nuria se centró en la carta; le preocupaba no entender la caligrafía, pero enseguida se dio cuenta de que era bastante fácil de leer a pesar de su trazo alargado.

Apreciada señora:

Verá lo que me sucedió la semana pasada. (Pero antes de narrárselo, permítame que me presente, soy una mujer de mediana edad, bien parecida a decir de todos, vivo en una ciudad muy importante de la que entenderá que no le diga el nombre). El otro día me hallaba con mi marido en un restaurante. Nosotros estamos a punto de cumplir los treinta años de casados, él me trata como a una reina a pesar de que Dios no ha querido mandarnos hijos. La cuestión es que en el establecimiento que le digo, mientras comíamos, mi esposo no dejaba de desviar la vista hacia otra

mesa que ocupaban una madre y su hijo, un niño de unos siete años. Cada vez mi marido los miraba con más insistencia, como si no le importara hacerse notar, y esto me incomodaba. No quise preguntarle si los conocía por que no se alterase. El caso es que cuando la mujer se levantó, al contrario de lo que yo esperaba, no la siguió con la mirada sino que se concentró en el pequeño. Mientras yo me hacía la despistada con la copa de helado, vi cómo le sonreía y le hacía gestos con la mano. Cuando la madre volvió del aseo, se fue entonces el pequeño y mi esposo detrás, como si lo hubieran impulsado con un resorte. No entendía la situación. Como pasados unos diez minutos no regresaban, decidí acercarme hacia la zona de los baños y desde lejos, porque el local es muy grande, vi que le daba algo al niño en la puerta del lavabo de caballeros. Estoy casi segura de que se trataba de dinero.

No sé qué creer. Como le he dicho, no me atrevo a preguntarle, hasta he llegado a pensar que tiene una doble vida, que aquellos dos son su otra mujer, o lo que sea, y su hijo, pero el hijo de él, que se los encontró allí por casualidad y que aunque ella se hizo la distraída, pues el niño lo reconoció y para que mantuviera la boca cerrada le dio dinero. No sé, yo que pensaba que lo sabía todo de él, tan metódico que es, y ahora descubro que tiene otras relaciones con personas que a mí me son desconocidas. ¿Qué le parece a usted? Me aliviaría mucho recibir una pronta respuesta de su parte. Quedo pues a la espera.

Atentamente,

Una mujer que duda

Nuria la leyó de principio a fin sin detenerse. Decidió que ante la falta de otros datos lo más práctico era tranquilizarla y evitar que viera fantasmas. Con esa idea redactó la respuesta con el estilo habitual del programa.

Estimada amiga:

Creo que usted ha exagerado lo que ni siquiera llega a ser un suceso. Tal vez por lo que me cuenta de que no han sido padres, no es de extrañar que su marido sienta cierta frustración y le atraiga disfrutar, aunque sea de esta manera tan breve, de la presencia de los más pequeños. Ese es el motivo por el que se muestra tan amable. No hay nada malo en el hecho de que un hombre sonría a un niño y le haga alguna carantoña. Eso sí, lo que me cuenta del dinero, si de verdad es así, ya me parece excesivo. Por el bien de la economía de ustedes, espero que su esposo no se dedique con frecuencia a distribuir su capital con esa alegría.

Bien, amiga, lo que yo le recomendaría es que, si tienen sobrinos, vecinos... de una edad similar a la del niño del restaurante, observe cómo se comporta su marido en compañía de ellos. Ahí hallará la clave. Mientras tanto, quédese tranquila, no hay nada malo en quien, como usted misma dice, a todas luces es un sol.

Gracias por escuchar atentamente cada tarde mi consultorio.

Nuria releyó su carta dispuesta a pasarla a limpio en otra de las hojas que le habían proporcionado, pero consideró que no era necesario, añadió alguna coma y no incluyó ninguna modificación más. La inquietó sentir que la había

redactado como si fuera otra persona; aquella no era su voz ni su manera de expresarse.

Salió del cuarto y golpeó con los nudillos la puerta del despacho del señor Frument.

—Pase, pase —dijo este.

—Veamos cómo escribe usted. Si es tan amable, lea primero la carta recibida y después la suya —le dijo el padre Vilesermes mientras se enderezaba en su silla.

Cuando comenzó con la historia del niño del restaurante, doña Leonor y el sacerdote no cesaron de intercambiar miradas. Nuria no se detuvo hasta el último párrafo, en el que, en nombre de la popular locutora, conminaba a la radioyente a no incomodar a su marido con preguntas insidiosas. Los tres sonrieron con satisfacción.

—Señora Zafara —volvió a llamarla así doña Leonor—, vamos a pensar que tenía razón en lo que nos decía en su carta, que era usted a quien buscábamos. Es una respuesta excelente, veo que ha captado la esencia de nuestro programa. Otras cuestiones se las podemos explicar, pero no todas, o se intuye lo que se debe hacer o no. ¿Verdad, padre?

Nuria se volvió. Tanto el sacerdote como don Aleix la miraban atentamente. Parecía que los dos hombres habían enmudecido. Tanto la misiva recibida como la redactada por Nuria les habían planteado muchos interrogantes. No se trataba de un tema fácil, sino, por lo que eran capaces de adivinar, bastante escabroso, y Nuria había salido airoso de la prueba: se había mostrado maternal, serena, había desplegado cierta capacidad de análisis y sobre todo le había restado importancia a cualquier sospecha que pudiera poner en peligro el matrimonio de la oyente. No se podía pedir más.

—No tengo nada que objetar —respondió finalmente Vilesermes—. Yo me encargaré de supervisar las respuestas que escriba antes de que se envíen. Por lo que veo, es usted espabilada. Confío en que sabrá asumir con exactitud su cometido.

—Creo que mi esposo también estará conforme. ¿No es así, Aleix?

—Por mi parte no hay ningún inconveniente respecto al contenido y sí mucha satisfacción. De modo que respondida queda la carta —dijo el señor Frument guardándola dentro de una carpeta de piel con cremallera.

Nuria sonrió complacida.

—Pues bien, querida, por ahora, considere que está a prueba. Andando y viendo. Con calma —le dijo doña Leonor con una amplia sonrisa.

—Muchas gracias —respondió con la vista baja y sin creérselo aún.

—Le ruego, eso sí, que me acepte que la invite a almorzar un día de estos, me gusta conocer bien a la gente con la que trabajamos —continuó doña Leonor, y dijo «almorzar» en vez de «comer», como si se hallaran en otro lugar de Europa o si tuviera por costumbre adelantar sus horarios.

—Será un placer —le dijo Nuria mientras se preguntaba si aquel encuentro formaría parte del proceso, si sería un tanteo más.

—Cada viernes usted se llevará a su casa una caja de estas con los sobres abiertos y nos las devolverá contestadas. Piense en la labor social que va a hacer al servicio de todas esas pobres gentes desnortadas. Como adivinará, no habrá contrato, la confidencialidad nos obliga a que así sea, pero tiene nuestra palabra: le pagaremos puntualmente y creo que una cantidad que le va a parecer muy bien. ¿Está de acuerdo? —Y antes de dejarla contestar, continuó —: ¿No es así, Aleix? Dile a la señorita cuánto será —doña Leonor la trataba alternativamente de una forma u otra.

—Le daremos cada semana un cheque por valor de 175 pesetas, es decir, 700 al mes —dijo el señor Frument—, además de un pequeño aporte para su desplazamiento. En la caja encontrará hojas de papel membretado y otras de papel de calco para las copias; si nos informa de la marca y modelo de su máquina de escribir le entregaremos varias cintas de tinta. Entenderá que preferamos que las respuestas tuyas sean mecanografiadas. Confío en que le interesen nuestras condiciones.

Los tres se miraron con una complicidad que la excluía a ella, como estableciendo un polígono que marcaba los límites que Nuria no podía atravesar. Advirtió que ellos parecían necesitarla a ella más que al contrario, aunque se esforzaran en fingir que no era así, pero le parecía captar cierta premura en todos sus gestos y disposiciones.

Se limitó a asentir sin decir que necesitaba pensarlo, pero era lo que se disponía a hacer nada más saliera de allí. No sabía a ciencia cierta dónde se estaba metiendo. Tenía la sensación de que le ocultaban bastante más de lo que le explicaban. El señor Frument, desde detrás de su escritorio, le tendió la mano.

—Nuria, hasta dentro de una semana. Si necesita cualquier cosa llame a este teléfono. —Le entregó una tarjeta de visita—. La atenderemos mi esposa o yo de forma inmediata. Y no se olvide de la discreción que exige una labor tan delicada. Muchas gracias.

—Querida, estoy segura de que va a ser una gran colaboradora nuestra —se despidió la señora Frument.

—Encantado, señora Zafara. Si necesita mis auxilios espirituales, me encontrará en la parroquia del Buen Pastor. Confieso los viernes a las siete y

media, así que, si me disculpan, me marchó ya que tengo un buen trecho hasta allí. —El sacerdote salió antes que ella.

El señor Frument y su esposa avisaron a la secretaria, que se dispuso enseguida a embalar, con papel de estraza y cordel de bramante, el paquete que iban a entregarle a Nuria.

—Para no ocasionarle más molestias, la próxima semana la tendremos ya preparada, entienda que hoy no sabíamos si se la iba a llevar —le dijo doña Leonor.

—Enhorabuena —le susurró Lilita cuando le entregó la caja después de envolverla.

Nuria le dedicó una sonrisa, comprobó que la caja no pesaba demasiado y cruzó con ella la sala. Comenzaba a atardecer. Ya no quedaba nadie más en el laboratorio y el ruido de las máquinas del piso inferior también se había apagado.

En cuanto alcanzó el recibidor se sintió muy inquieta. Eran casi las siete y aún tardaría media hora en llegar a casa. Necesitaba encontrar una cabina para llamar a Dora.

En la cola para el teléfono Nuria aún tenía por delante a dos personas, y el que estaba dentro parecía no tener ninguna prisa, apoyaba la espalda contra el cristal y se reía con la cabeza levantada. La mujer que esperaba en primer lugar miró la hora.

—Menudo fresco, con la prisa que tengo. Voy a ver si encuentro otra libre —dijo.

Entonces el hombre que quedaba la miró. Nuria se frotaba los brazos, rebuscaba en su bolso, tenía la caja en el suelo junto a ella.

—Usted también necesita hablar cuanto antes, ¿no? Cuando salga este, pase. Lo mío no es urgente.

—Pues sí que se lo agradezco, mis hijos están con una vecina y yo me he retrasado. Gracias, gracias.

Enseguida salió el ocupante de la cabina, que sin dejar de sonreír la miró de arriba abajo y se marchó.

—Será solo un minuto —le dijo a aquel hombre con un traje que tendría varias décadas, igual que su sombrero.

Metió unas monedas y comenzó a girar el dedo de tal manera que parecía que quería marcar todos los números a la vez. Dora comunicaba. Comenzó a moverse sobre un pie, después sobre el otro, apoyó la mano en una de las paredes transparentes. Accionó la palanca y recuperó las monedas. Marcó de nuevo con el mismo resultado. Primero se le ocurrió que sería Máximo quien estaba hablando con Dora, ya que siempre que necesitaba comunicarle el día

de su llegada o un cambio de planes le daba el recado a su casera. A ella no le gustaba ocasionarle estas molestias, pero no tenía más remedio porque no había conseguido vencer su empecinamiento respecto a su negativa de contar con una línea propia. Se asustó al pensar que él no entendería que hubiera salido sin sus hijos. Sudaba. Después pensó en que podría haberles sucedido algo a Marc o a Mireia y que por eso daba el tono de ocupado de manera continua.

—No ha habido suerte —le dijo el hombre que esperaba afuera.

—No, pero gracias igualmente —le contestó con una expresión ausente, y corrió hacia la parada del autobús, que estaba desbordada de pasajeros.

—Bien, ya está aquí, menos mal —dijo alguien en la cola, y la sacó de su ensimismamiento.

Aquellos minutos de espera se le habían hecho eternos. Cuando vio aparecer el autobús renqueante, del que salía demasiado humo, interpretó que todo eran señales que apuntaban a que abandonara aquella aventura que pretendía emprender.

Nunca el mismo trayecto se le había hecho tan lento. Avanzaban muy despacio, la fila de vehículos en el mismo carril estaba casi detenida. Con un pañuelo se frotó la cara sin recordar que llevaba maquillaje, vio las manchas arcillosas sobre la tela y sacó la borla del estuche de Maderas de Oriente para retocarse ante la ventana. Superpuestas a su cara de preocupación vio las de sus hijos que lloraban. Pensó en seguir a pie, se asfixiaba allí dentro, pero en vez de bajar desató el cordel de la caja, rompió el cartón por la parte de arriba, levantó la tapa y pasó la mano sobre los sobres alineados y abiertos. Calculó que habría unos cincuenta. Para intentar distraerse leyó de dónde procedían y la fecha de los matasellos que no estaban borrosos. Cogió la carta que más sobresalía y en cuanto comenzó a leerla no pudo parar.

Estimada amiga:

Soy una madre desesperada. Presencié algo que supuso lo peor que he vivido nunca. Verá, tengo llaves de la casa de mi hija y el otro día me disponía a dejarle allí un jersey de angorina. He de decirle que es una prenda preciosa, le gustó desde que lo vio en el escaparate, pero hasta aquella mañana de la que le hablo no trajeron su talla. Quise darle esa sorpresa, que lo encontrara allí cuando volviera de trabajar del hospital, pero la sorpresa me la llevé yo.

Resulta que nada más entrar vi pasar una sombra por delante de la entrada del dormitorio principal. La música estaba bastante alta y supuse que no dejó oír que yo había abierto la puerta del piso. Tuve miedo y pensé en marcharme, pero consideré que si había un ladrón, o varios, al menos tenía que dar la voz de alarma. Servir de algo, esa es siempre la labor de una madre, señora, ya lo sabe. Avancé de puntillas. Crucé el salón y, al asomarme a la habitación de matrimonio, vi a una mujer de espaldas que se miraba en la luna del armario. Usted me perdonará la expresión, pero

tengo que decirle que iba vestida como una fulana, con una falda negra de tubo muy pegada, medias con costura, zapatos con mucho tacón y la melena suelta hasta la cintura. En la parte de arriba llevaba una blusita de guipur muy transparente, demasiado. Un semanario de pulseras en la muñeca, dos anillos por lo menos en cada mano... y hasta ahí vi.

Mi hija es rubia natural, le lavé el cabello durante años con camomila, y además tiene mucho estilo y una manera de vestir muy discreta. Todo lo contrario que aquella mujer.

Me escondí en el cuarto de al lado, con la puerta entornada podía ver por la ranura entre el marco y las bisagras. No entendía qué hacía aquella señora, por decir algo, allí y a aquellas horas. Cuando pasó por delante de mí y la pude ver mejor a través de la rendija quise morirme. Llevaba pestañas postizas, los labios muy pintados y... ¡y era mi yerno!

Me empezaron unas palpitaciones tan intensas que pensé que se me iba a salir el corazón por la garganta. Al pasar por el mueble del comedor se agachó para quitar la radio, se colgó el bolso en el hombro y salió. Yo dudé entre asomarme al balcón para ver dónde iba o poner el ojo en la mirilla, y acerté con lo segundo. El itinerario fue breve. Cruzó el descansillo, sacó una llave, abrió y entró en el piso de enfrente.

No sé qué hacer, mi hija trabaja mucho, a turnos además. Los enfermos son su vida. Él estudia las oposiciones a juez. Les dijimos que no se casaran antes de que las aprobara, que eran muy jóvenes y no había prisa. Pero se empeñaron. Y ahora esto. ¿Debo decírselo? El susto que yo me he llevado ha sido de campeonato, pero no quiero ni pensar qué le sucedería a mi querida niña si se lo encontrara de esa guisa. Le suplico su consejo y se despide de usted,

Una madre que desearía que su adorada hija fuera soltera

Como si estuviera en trance, Nuria comenzó a responderle de forma inmediata en la libreta que siempre llevaba en el bolso. Había dejado de mirar hacia la calle, los segundos pasaban, pero al menos ella había dejado de contarlos. Se puso a escribir como si estuviera sonámbula.

Estimada señora:

Me habla de sorpresa, la que quiso darle a su hija con el jersey de angorina, y es posible que el yerno de usted ande en algo parecido. No se desespere. Si tiene llave del piso del mismo rellano tal vez se deba a que lo ha comprado con el dinero de sus padres, para unirlo con el suyo y aún no han querido decirles nada. Todo es posible. No quiere decir que fuera allí para encontrarse con alguien. Como suegra, también posee usted la llave de su vivienda, y en esto no hay más que una muestra de confianza. Cada matrimonio es un mundo, el casado casa quiere, y yo le recomiendo que no se inmiscuya en sus vidas, que ellos sabrán.

Por la exigencia de su trabajo, su hija no debe de andar muy sobrada de amigas, y quién nos dice que no sea su yerno quien se preste así vestido a desempeñar ese papel de paño de lágrimas cuando muere alguno de los ingresados en el hospital.

Mire, no le dé más importancia a algo que a todas luces parece un juego entre ellos. Pronto llegarán los nietos y con ellos verá colmada su dicha. Piense que lo que vio no le incumbe, que no tenía que estar entonces en su casa y ya está.

Gracias, amiga, por su afectuosa carta. Vuelva a escribirme cuando quiera.

Sin nada más que decirle me despido de usted.

Y Nuria no se atrevió a firmar, pero a punto estuvo de hacerlo. Aquellas líneas las había redactado alienada. Estaba convencida de que, después de más de la década y media que llevaba el consultorio en la radio, se le habían pegado sus maneras, esas actitudes, la recta forma de actuar que propugnaba y a la que aquel programa servía de altavoz.

A pesar de lo que le impactó esa historia, no le había hecho olvidar las dos páginas escasas con las que la pusieron a prueba, lo que desprendían, tan opuesto a la normalidad que ella había destilado en su contestación. Como si no sucediera nada.

Le parecía un comportamiento muy cínico y muy poco ético por su parte haber ocultado la aversión que en realidad sentía, con el solo propósito de agradarles. Pero cuando tuvo enfrente al padre Vilesermes supo de forma inmediata cuál tendría que ser el cariz de lo que respondiera.

Aun así no se podía quitar de la cabeza la imagen del niño en los urinarios del restaurante, al marido de la consultante detrás de él, el modo en el que lo habría llamado para que acudiera, su forma de congraciarse con él, el asco, la preeminencia, la soltura con la que actúan quienes abusan de los que, por su edad, por su posición social o por otros motivos, consideran inferiores a ellos. Se dijo, para mitigar tanto desasosiego, que también cabía la posibilidad de que solo fueran presunciones suyas, meras sospechas.

Por fin, el autobús se acercó al paseo de la Bonanova. Nuria se animó pensando que enseguida sabría de sus hijos, pero de nuevo su mente volvió a la escena de la entrevista: estaba convencida de que le habían mentido para obligarla a hacer lo mismo: mentir a sus interlocutoras. Si no se emitían en la radio estas consultas, no era por falta de tiempo, como le habían dicho, ni porque se vieran sobrepasados por la cantidad de cartas recibidas. No podía evitar que se le disparara la imaginación ante aquellos dos casos recién conocidos; así había sido ella siempre: para lo bueno y para lo malo, fabular no solo le servía para escribir, sino también para mantenerse a flote y, en aquellos momentos en concreto, para olvidarse de lo culpable que se sentía por abandonar a sus hijos durante varias horas.

Por eso, a pesar del desasosiego que le producía su conciencia, no podía negar que a la vez se sentía ilusionada por que se le brindara una oportunidad de trabajar con las palabras.

Cuando levantó la vista de la caja de cartas, guardó enseguida su cuaderno porque advirtió que el autobús enfilaba ya su calle. Observó a los demás pasajeros como si entre ellos pudiera encontrar a los protagonistas de las

historias que acababa de leer. Un par de personas le devolvieron la mirada con la misma intensidad. Respiró con alivio y se recompuso para bajar en la siguiente parada.

* * *

Hasta la planta baja de la casa Muley Afid llegaban las risas de sus hijos. No podía tener mejor regalo de bienvenida como colofón a aquella tarde tan agitada. Subió hasta el ático y en cuanto se saludaron, la señora Dora le dio un aviso de Máximo. Por la hora de la llamada supo que su marido y ella habían telefonado a su casera en el mismo y preciso instante. Máximo le dijo a la señora Blúmer que su última visita lo había entretenido demasiado, aún permanecía en Zaragoza y no se sentía con fuerzas para coger el coche, así que llegaría a la mañana siguiente.

—¿Le fue bien en su gestión? —le preguntó su vecina con mucha curiosidad.

—Bueno, en realidad era una entrevista para un trabajo. Me han dicho que tengo que ocuparme de responder a las cartas comerciales de una empresa de cosméticos —le dijo cumpliendo el compromiso hecho a los señores Frument y al padre Vilesermes de no hablar de la naturaleza de aquella comunicación—. Venden cremas al aceite de visón, al aceite de aguacate y todo eso. De las que anuncian por la radio.

—Entonces ha conseguido el trabajo, la felicito. ¿Y le regalarán todas esas cremas? —le preguntó muy interesada.

—Más adelante imagino que sí. Muestras por lo menos. Pero ya veremos, no quiero construir castillos en el aire.

—¿Es una firma francesa? —continuó Dora.

—No, de aquí.

En aquel momento apareció Mireia en mitad del pasillo.

—Mami, ¿dónde estabas? —A la niña le había resultado extraño también no pasar aquella tarde con su madre, pero Nuria la notó contenta.

—Cerca, cielo. Nos vamos ya. ¿A que has estado muy bien con la señora Dora? —Se dirigió entonces a ella—: Gracias, me ha hecho un favor enorme, de no ser por usted no habría podido ir. No sé cómo agradecerse.

—Descuide. No ha sido ningún esfuerzo. Son muy ricos. Se nota que los tienen bien educados. —Alzó a Marc del suelo—. A veces echo de menos no tener hijos, pero solo a veces, muy pocas —le dijo sin dejar de sonreír.

—Dora —dijo Mireia—, hay que ver qué elefante eres. —Las dos se rieron.

—Mireia, ya está bien, y a las personas mayores se las trata de usted —la reprendió su madre, como si la niña supiera a qué se refería con aquello.

—Pero ¿tan tan gorda me ves? —continuó Dora la broma.

Era muy delgada, demasiado, según Máximo, flaca como un silbido, le había dicho, y Nuria esperaba que su hija no lo repitiera en aquel momento. A ella, en cambio, le parecía esbelta pero contundente, como si hubiera sido tallada en un material irrompible. Admiraba su elegancia, su pose delicada pero a la vez fuerte, su carácter decidido.

—Dora, si esto va adelante, le tendré que pedir que me ayude a buscar a alguien. Esto ha sido una vez, pero ya está. Cada viernes tendría que ausentarme un par de horas... —dejó la frase en suspenso. Evocó la sintonía *Indian summer* de Victor Herbert. Desde hacía unas horas tenía otro significado para ella—. Ya hablaremos. Y gracias de nuevo.

Antes de que Dora cerrase la puerta miró alrededor. Aquel apartamento tenía bastante de casita de muñecas, así lo percibió ya la primera vez que entró. Todo estaba bien colocado, en orden, resplandeciente. A cada cuadro, a cada mueble, se le podría aplicar el adjetivo de «femenino», como si esa fuera la característica primordial del universo de su casera.

Nuria no sabía de ella más que lo que mostraban las paredes, su biografía a través de los retratos enmarcados: fiestas, desfiles de moda, viajes, todas aquellas escenas tenían en común el lujo. Máximo le había contado que Dora no necesitaba trabajar porque con la renta del alquiler que ellos le pagaban y la herencia que le había dejado su madre vivía de forma muy desahogada.

Desde el pasillo, Nuria divisaba el borde de la bañera y una banqueta con tres soportes de corcho cubiertos por pelucas.

—Ah, eso —le dijo Dora siguiendo su mirada—. Según cómo me levanto soy rubia platino, morena o pelirroja. Así no me aburro de mí misma.

Mireia salió disparada y cogió uno de aquellos cascos de pelo postizo, se lo colocó sobre la cabeza y echó a correr por el pasillo. Su madre salió detrás de ella para quitarle aquella melena rizada de color caoba y devolvérsela a su dueña.

—Tenga, y perdone. Ya la dejamos tranquila.

En cuanto se quedó sola con los niños, pensó que el cariz de aquellas cartas no sería del agrado de su marido. Consideraría sus historias demasiado subidas de tono. Por este motivo, y no porque hubiera prometido confidencialidad a los señores Frument, se dispuso a buscarle un sitio a la caja fuera de la vista de Máximo. Después de dar un par de vueltas por la casa con

ella, la metió a presión en la parte baja de la alacena, en un hueco dividido en dos espacios. El fondo de aquel armario de la cocina no estaba cerrado sino que daba al patio, tenía una tela metálica al fondo para dejar allí bien aireadas las patatas y las cebollas y evitar que les crecieran tallos.

De pie, con la vista fija en la caja allí depositada, fue consciente de que sería la primera vez que no lo compartiría con su marido. Pero estaba convencida de que, si él conocía el contenido de aquellas misivas, no le haría ninguna gracia que las contestara, ni que leyera sus historias tremendas. No le parecerían adecuadas para alguien como ella, es decir, para su mujer.

Cuando Nuria se despertó a la mañana siguiente, Máximo Zafara estaba sentado en su cama contemplándola.

—Buenos días, no pensaba que llegarías tan temprano —le dijo mientras se desperezaba.

—Al amanecer cogí el coche. Estaba impaciente por veros. —Eran casi las nueve de la mañana—. No hay como la paz del hogar para reponerse.

—Ayer salí un momento, Máximo —le dijo de pronto. Sintió que tenía que disculparse por no estar en su hogar cuando él telefoneó a Dora—. Fue para ver una cosa de un trabajo.

—¿De escribiente como tú querías?

—Más o menos. Sé que no necesitamos el dinero, pero me entretendrá, me hará sentirme más útil. Sabes lo mucho que me gusta escribir.

—Pero ¿y los niños?

—Eso es lo mejor, Máximo, no tendré que salir de casa. Se trata de... —Nuria dudó, sopesaba sus palabras—, de responder a la correspondencia del departamento comercial de una empresa de cosméticos y eso lo puedo hacer desde aquí. Eso sí, siempre que no tengas inconveniente.

Máximo Zafara no encontró nada malo en aquella actividad, equiparable a coser para una firma de moda o a hilar cuentas de bisutería.

—Si te hace feliz, no tengo nada que decir. Si te cansas, lo dejas y ya está. Asunto terminado. —Entonces le tendió un paquete rectangular de apenas un centímetro de alto—. Ábrelo.

Nuria desplegó con cuidado el papel y abrió un estuche de cartón. Era un pañuelo de seda brillante de color salmón. Cada semana Máximo le traía un regalo. Nunca se olvidaba. Mientras acariciaba aquella tela pensó que, aunque se viera obligada a ser discreta con la correspondencia del programa, eso atañía a los demás, a Dora, por ejemplo, pero su obligación era compartir hasta el último detalle de su vida con su marido para que esta fuera plena, sin opacidades. Entonces se decidió a contárselo:

—Máximo, no te...

—¿No te gusta? Es para que te abrigues el cuello.

Entonces entró Mireia.

—Papi, ¿y para mí?

Le dio a la niña un sobre de papel con el dibujo de un muñeco que subía por unos peldaños.

—Mira, es el saltimbanqui Dunkin, los chicles me los comeré yo. Cada vez te traeré una escalera para que pueda bajar y subir más trozo.

La niña se quedó parada hasta que él le hizo la demostración y entonces comenzó a saltar y a aplaudir.

En momentos como aquellos Nuria sentía que necesitaba que las estancias de él en casa fueran más largas.

* * *

Los Zafara no dejaron de salir y entrar durante los dos días siguientes. Máximo tenía tanta energía que, en lugar de descansar, parecía que había decidido concentrar en un mismo fin de semana lo que otra familia habría hecho en un mes. El sábado por la mañana se acercaron a la Barceloneta para comprar pescado. Las paradas frente al puerto eran mesas cubiertas con una lona azul donde se alineaban las distintas variedades de productos del mar. Máximo se empeñaba en oler el marisco que le llamaba la atención y ella, cada vez que hacía eso, sacaba el monedero y lo pagaba. No le parecía correcto dejarlo después de que su marido lo había tenido en las manos y aspirado con aquella intensidad. Era voraz en todos los aspectos. Cuando ya llevaban un par de kilos, lo arrastró del brazo para no tener que comprar más.

Por la tarde, después de comer en casa, fueron al zoológico, y cuando anocheció pasearon por Las Ramblas. Como siempre que estaba con Máximo, Nuria no dejó de hablar. Era como si guardara para él todas las palabras. Le transmitía hasta el más mínimo detalle de sus quehaceres cotidianos, de sus inquietudes, de lo que había pensado durante la semana. Había sido así desde el primer momento. Le refirió las travesuras de sus hijos y la emoción que sintió cuando Marc se soltó del mueble del comedor en el que estaba apoyado de pie, para caminar hacia ella con los brazos abiertos y sus tres primeros pasos vacilantes. Le hubiera gustado que él también estuviera presente. Pero a diferencia de sus conversaciones anteriores, en esta ocasión hubo algunas cosas que no le contó.

En cuanto llegaron de nuevo a su hogar, Máximo se metió en la ducha y después se sentó en su butaca a leer el periódico que ese día había bajado él a comprar. Mientras tanto, Nuria bañó a los niños, les dio la cena y apenas veinte minutos después los acostó. Cuando ella entró en la habitación de matrimonio la cogió por detrás. Comenzó a besarle la nuca, primero entre sus cabellos y después le levantó la melena. Le desabrochó el sujetador y la tendió de espaldas en la cama. El placer que era capaz de proporcionarle, Nuria no imaginaba que pudiera existir fuera de él. No le permitía que su cuerpo guardara ningún secreto, la manejaba como un instrumento al que afinara. Y la sensación le duraba días, como si hacer el amor con él no consistiera solo en aquellos minutos sino que fuera el comienzo de su permanencia en ella. La forma de decirle que se iba, pero que se quedaba.

* * *

El lunes, en cuanto Máximo se marchó, Nuria colocó sobre la mesa de la salita de estar, el centro exacto del caparazón que para ella era su casa, la máquina de escribir Olympia azul cielo. Había anticipado ese momento desde que volvió el viernes de la calle Pelayo. Estaba decidida a que, durante al menos un par de días, solo la ligaran con el mundo exterior aquellas cartas.

Fuera de los sobres, con una caligrafía apresurada, resumían de qué trataban con un par de palabras —«Lío amical», «Sent» o «Senti» querían decir «sentimental»—, y a veces con frases más extensas como «Ha perdido el reloj» o «Señorito de 23 años desea barba cerrada». La primera que se dispuso a leer solo tenía dibujada una cruz negra como descripción de su contenido.

Estimada señora:

Verá lo que sucedió en mi familia. Le advierto que es terrible.

A unos pocos kilómetros de nuestra casa había un hotel precioso, con vistas a la marisma.

Nuria miró el remite y comprobó que se había enviado desde Huelva. Los señores Frument le habían explicado que eran muy pocas las cartas que llegaban de fuera de Cataluña y nunca eran radiadas porque a través de las ondas no era posible que las interesadas escucharan la respuesta.

Cuando yo tenía unos nueve años y mi hermano once, el recepcionista de aquel establecimiento avisó a mi padre por teléfono, le dijo que mi madre se hallaba en una de las habitaciones con un militar. Tengo que aclararle que soy hija de un comandante, así que imagínese la gravedad del caso.

Aquella tarde tan funesta, la peor de mi vida, un ordenanza nos recogió en el colegio una hora antes de la salida. Vi entrar a un uniformado en el aula, le dijo algo al oído a nuestra profesora y ella me ordenó que recogiera mis cosas y lo acompañara. Lo mismo hicimos con mi hermano. Me temí que hubiera sucedido una tragedia; lo que aún no suponía entonces era que el drama aún estaba por llegar y que, en la malévola mente de mi padre, el plan armado era que nosotros lo presenciáramos.

El chófer nos dejó en la puerta del hotel que le digo. Mi padre esperaba en una de las butacas de la cafetería, subimos los tres la escalera, recorrimos el pasillo y frente a una de las puertas, la más alejada del rellano, nos detuvimos. Ni mi hermano ni yo sabíamos lo que íbamos a hacer allí. Entonces mi padre sacó la llave maestra que le había entregado el empleado de aquel establecimiento, abrió la puerta y allí estaba mi madre en la cama, despeinada y con el maquillaje alterado, junto a un joven. Mi padre nos cogió a ambos de la mano y nos situó delante del balcón. El militar quiso huir, pero en cuanto puso un pie en el suelo mi padre le disparó en la cabeza. Entonces mi madre comenzó a farfullar, a temblar, a llorar, a suplicarle que la dejara estar, por el bien de toda la familia, le suplicaba. Él parecía que no la escuchaba, le apuntó entre las cejas y le abrió un boquete en el centro de la frente. Se golpeó contra el cabecero al írsele el cuello para atrás. Mi hermano y yo nos abrazamos, no podíamos caminar, pero mi padre nos empujó hacia la salida. Subió un mozo del hotel y mi padre le dijo: «Avisé a las autoridades, ustedes ya tienen trabajo para limpiar todo esto, mi honor ya lo he limpiado yo».

Esto sucedió en mi más tierna infancia, señora. ¿Qué piensa? ¿Por qué obró así mi padre? ¿Fue esto un escarmiento? Hizo que presenciáramos la degradación de mi madre, pero al fin y al cabo ella iba a morir; según los principios morales de quien la mató, no había vuelta atrás, pero ¿y nosotros? ¿Por qué nos obligó a vivir con esto?

Como imaginaré, tanto mi querido hermano como yo hemos permanecido solteros. Nos avenimos bien, seguimos en la que fue nuestra casa, yo cocino para él, me gusta hacerlo porque conozco sus gustos, además compartimos aficiones, vamos al cine, leemos los mismos libros y no voy a negarle que me complace que muchas veces nos traten como a un matrimonio, y eso que no saben que en noches de tormenta dormimos abrazados en el mismo lecho que fue de nuestros progenitores. Menos mal que este no fue mancillado.

Tal vez le parezca un tanto original nuestra relación, pero a nosotros nos mitiga el dolor. Solo hubo algo positivo en todo aquello y es que nos unió para siempre. De mi padre no supimos nada hasta que murió en un destino lejano.

Gracias por leer mi historia, le agradecería unas letras al respecto, le aseguro que las recibiré con mucho agrado.

Un fuerte abrazo desde la provincia que tiene más luz de toda España,

Marita

Nuria se arrebujo en la bata de estar por casa después de cerrar el sobre. Pensó en sus padres, estaba segura de que a ninguno de ellos se le habría pasado por la mente la idea de la infidelidad, además en un pueblo, aunque en el caso de aquella mujer el entorno que describía también tenía que ser bastante cerrado: el cuartel, la ciudad, la esposa de un militar de alto rango.

Decidió que en cuanto tuviera oportunidad llamaría desde casa de Dora a su familia, solían comunicarse todas las semanas, pero en ese momento sintió el deseo de tenerlos cerca, como si fueran su asidero, su referencia más nítida, el ejemplo a seguir.

Le propondría a Máximo pasar con ellos el próximo verano, que él fuera y volviera, igual le daba llegar a Barcelona que ir hasta La Bisbal. Había buena carretera. Llamaría la atención con su Ford Thunderbird turquesa, pero más valía despertar envidia que caridad, como siempre le decía su madre.

Leyó la siguiente carta.

Estimada señora:

Lo que voy a contarle a usted no es asunto mío, pero créame si le digo que por tratarse de mi querida hermana es para mí mucho más que eso. No exagero si le digo que me duele más que si me sucediera en carne propia. Verá: yo hacia mi cuñado no siento la menor simpatía, al principio esto era sin causa alguna, pero ha sido siempre como si me barruntara algo. Igual se debe a lo que algunos llaman «intuición femenina».

El caso es que con el transcurrir de los años a mi hermana cada vez le ha ido peor con él. Ella estaba arrebatada cuando se casaron, cualquiera le decía nada entonces, nos hubiera dejado de dirigir la palabra a toda la familia. Así que la dejamos hacer porque ni mis padres ni mis otros hermanos, los tres varones, ni yo veíamos nada de lo que pudiéramos acusarlo, pero no sé, señora, era como un presagio, como que había algo en él que no nos cuadraba. Si le hablo de que tenía una sonrisa falsa, de que me miraba demasiado, tal vez piense que se trataba de impresiones mías, el caso es que si era posible lo evitábamos, y claro, esto supuso que cada vez mi hermana estaba más sola. Yo me propuse que no pasaría ni una semana sin que fuera a visitarla, sin que él estuviera, eso sí, y lo he cumplido.

Con los años se ha vuelto muy tacaño. O lo que puede pasar es que antes lo disimulaba y ahora no ve la necesidad. Mi hermana anda hecha una pena y no porque ella sea descuidada ni mucho menos, sino porque él no le da dinero para nada: no puede ir a la peluquería, lleva las canas sin tinter y esto la envejece. Solo tiene treinta y cinco años y parece que pase de cincuenta. Y la ropa, señora, siempre es la misma, zurcida y recosida. La intento ayudar, en la medida de lo posible, pero me cuenta que prefiere seguir así porque cada vez que le pide dinero para algo es una lucha, que él se enfada y acaba marchándose después de dar un portazo que escuchan todos los vecinos. Y no se crea, como le digo, mi hermana no le pide para caprichos, sino para mis sobrinos, pobres niños, parece que vivan en un poblado de África. Pasan con lo que le entrega en un sobre cada semana, le dice que para que no se lo gaste de golpe, y es una miseria.

Si ahora le escribo es porque yo le insistía, como para quitarle hierro, que tal vez ahorraría el resto de su salario para darles un porvenir a sus hijos. Ella no sabe nada de los bancos, apenas sale de casa. Yo creo que porque le da vergüenza que la vean en ese estado. Estoy desconsolada. Verá: la primera vez que me lo contaron —entienda que no le diga quién— no quise creerlo, pero ayer por la tarde lo comprobé con mis propios ojos. Mi cuñado, señora, va cada día unas dos horas al Barrio

Chino cuando sale de trabajar mientras su mujer y mis sobrinos pasan tantas necesidades, que les raciona hasta la comida. Es allí donde se gasta lo que ellos precisan.

Dígame qué hacer. ¿Se lo cuento? ¿Será todavía peor? Si usted la viera... Es la mejor persona que se pueda imaginar. Nunca ha pensado en ella, solo en los que la rodean. No sé qué hacer. Estoy por llevármela a mi casa. Yo soy soltera, a Dios gracias, porque entenderá que para tener un hombre así prefiero no tener a nadie. Me diga lo que me diga, esto no tiene disculpa. Es una bajeza. ¿Y si a mi pobre hermana le pega una enfermedad?

Dígame, ¿qué haría usted?

Me despido deseándole que conserve la salud muchos años.

Las siguientes semanas continuaron igual, Nuria disfrutaba de aquella relación a distancia, pero nada distante, con las personas que dejaban de ser anónimas cuando ella leía sus problemas e intentaba aportarles algún remedio. Además había conseguido que su vida familiar marchara de manera que este quehacer nuevo no le restara tiempo con sus hijos ni con Máximo los fines de semana. A pesar de esto, su marido cada vez con más frecuencia le preguntaba si aún no se cansaba de aquel trabajo. Esto, lejos de desanimar a Nuria, la incentivaba todavía más, porque nunca había sido una persona inconstante, y quería demostrarle a él, que parecía no saberlo, que aquella ocupación no era una veleidad.

Cogió una carta que comenzaba con el saludo habitual, «Estimada señora», debajo del lugar y la fecha en la que había sido escrita. Una mujer con una caligrafía nerviosa, como si fuera el resultado de su apresuramiento, decía dirigirse a ella por un «asunto de extrema gravedad».

Le escribo porque no tengo a nadie más a quien dirigirme. El motivo de mi carta es el siguiente: de la forma más accidental que usted pueda imaginarse he sabido de un asunto tremendo a través de las palabras de un amigo. Con este señor tengo el mayor grado de intimidad que puede haber entre un hombre y una mujer, usted ya me entiende. Es alguien muy poderoso. No puedo ser más específica. Pues bien, solemos vernos una vez a la semana. En esta ocasión, yo llegué antes que él a nuestro nidito. Un piso muy céntrico al que se accede desde su despacho.

Después de dejar mi bolso en el velador, descalzarme y desnudarme a la espera de que entrara, me metí en la cama y me quedé dormida. Fueron solo unos minutos. Hasta que entre sueños escuché unas frases sobre bebés desmembrados. Fueron tan terribles los detalles que de forma inmediata me despejé.

Entre el dormitorio de nuestro particular *meublé* y su escritorio solo median unos pocos metros, por eso su voz me llegaba muy clara a través del tabique.

Como olvidado de nuestra cita, él continuó con la conversación telefónica. Atiné a escuchar que decía que no había derecho a que las pobres madres ilusionadas tuvieran ante sí trozos de niños, que era comprensible que después los abandonaran en un orfanato, o que incluso los asesinaran, incapaces de enfrentarse cada día a aquel horror. Después añadió que había que hacer algo y pronto,

antes de que el infierno los alcanzara también a ellos, que la cabeza le iba a estallar porque no podía soportar el peso de tanta culpa, que ahora que se sabía quería salirse cuanto antes de algo así. Todo esto dijo.

Desde entonces tengo insomnio. En cuanto me quedo sola, me asaltan las imágenes de esos pequeños, los veo sonrientes y ajenos a su tragedia. No me los puedo quitar de la cabeza. No sé quiénes son y ni siquiera si viven en este país. Pero de lo que no me cabe duda es de lo de esas amputaciones. Es lo que más repetía.

En todo caso, señora, le ruego disculpe mi atrevimiento y mi egoísmo al trasladarle lo que tanto me angustia con la intención de recibir su consejo: ¿qué debo hacer? ¿No le parece una bajeza que espíe a quien tanto ha hecho por mí? ¿Es esto una traición al cariño de quien siempre ha sido tan bueno conmigo? Es un hombre que no escatima en nada, que siempre me pregunta qué necesito, cuando gracias a él no preciso nada.

Sé la idea que le rondará por la cabeza al leer estas líneas, ¿que por qué nos vemos a escondidas? Todo tiene una explicación. Nosotros no podemos tener otro tipo de relación por circunstancias de la vida: este señor está casado y además, para más inri, su esposa está paralítica. Sería una bajeza que en estas condiciones la abandonara. Es fácil de comprender.

Ya no la molesto más. En espera de su respuesta se despide de usted, a quien Dios guarde muchos años.

Aquellas líneas le produjeron a Nuria un estupor aún mayor que las otras cartas. Esta estaba llena de tachones, como si a quien la escribió la forma le diera igual, apremiada por transmitir su angustia. A Nuria le había trasladado con nitidez la imagen de esos pequeños. Como decía la consultante, los imaginaba sonrientes, ajenos a la tragedia que suponía su deformidad.

Se incorporó y comenzó a observar a sus hijos durante un buen rato, como si fuera la primera vez que reparaba en que tenían dos ojos, cuatro extremidades... Se sintió afortunada, pero era incapaz de arrancarse el dolor que le había desencadenado aquella historia. Después volvió de nuevo a la salita.

Así se quedó hasta que Mireia se acercó con su hermano en brazos. Lo manejaba como si fuera un muñeco. Nuria no quería asustar a la niña y que se le cayera, pero tampoco quería impedirle que lo cogiera. Se le había ido el santo al cielo con aquella carta terrible.

—Ten —le dijo la niña como si le pasara un fardo—, lloraba.

—Pero si no lo he oído...

—Lloraba sin sonido. Ya sabes cómo es —dijo Mireia con una expresión en la que conjugaba la complicidad con cierta condescendencia.

La niña era una miniatura de su abuela materna: fuerte, decidida, con respuesta para todo. A veces a ella la sobrepasaba. A su padre lo tenía

encandilado, Nuria creía que con una capacidad de seducción muy superior a la suya.

Mientras los miraba se le ocurrió algo:

—Mireia, cariño, ¿puedes dejarlo con mucho cuidado sobre la alfombra?

—Sí, mami.

Nuria sabía que a su hija le gustaba mucho que le encomendara tareas que tenían que ver con su hermano porque le transmitía una confianza superior a la que sus escasos años merecían.

—Escribo una cosa y voy enseguida.

Nuria quería quedarse el original, pero como tenía que entregar el mismo número de cartas que había recibido, comenzó a ensayar la letra de la remitente, copió varias líneas hasta que el borrador le pareció aceptable. Sabía que era un ejercicio gratuito porque si ella se la quedaba no había posibilidad de compararlas, pero, aun así, quiso hacerlo de esa manera por si se fijaban en la letra del sobre, que sí devolvería. Entonces la reescribió sin nombrar nada de los niños como si toda la consulta se limitara a su adulterio. Solo con suprimir los dos párrafos que condensaban lo que se refería a los bebés desmembrados logró lo que quería. Al coger el sobre para meter la carta, dudó: no sabía si aquella consulta sería un hecho aislado o tendría continuidad. Necesitaba saber si las cartas de las mismas remitentes se las entregarían siempre a ella o no volvería a saber más de aquel asunto. No quería arriesgarse a que el padre Vilesermes, al leer sus respuestas, se diera cuenta de que faltaba una. Desde el primer momento le había parecido que era un hombre muy avisado, pero dudó que su lectura de las cartas fuera tan exhaustiva si aquella había logrado pasar su filtro y estaba en sus manos.

Después escribió a máquina su respuesta, en la que la instó a que se cuidara mucho de romper aquel matrimonio, que se apiadara de la señora paralítica y dejara de entretener a su esposo para no restarle tiempo a sus cuidados. Tanto la nueva carta manuscrita como la mecanografiada las metió en la caja, y guardó la original en un cajón del mismo mueble que había albergado durante tanto tiempo a su Olympia.

Apenas llevaba unas semanas en su trabajo y ya estaba dispuesta a hacer trampa. Se dijo que solo hasta que supiera algo más de aquel asunto. Tenía la esperanza de que en el laboratorio hubieran leído solo por encima aquellas líneas antes de entregárselas y que no advirtieran el cambio, porque si no perdería su puesto de redactora de cartas casi antes de comenzar.

Después del hedor con el que la había impregnado aquella consulta necesitaba oxigenarse. Así que vistió a sus hijos como si fuera domingo y se fue con ellos al parque.

* * *

Había cogido bastante pan seco para darles de comer a las palomas. A su hija le gustaba mucho alimentarlas. En cuanto se pararon ante un banco del paseo, Mireia se colocó las migas sobre los hombros para que se le pusieran encima. Extendía los brazos. Era lo contrario de un espantapájaros: un imán para las aves.

—¿Me saldrán plumas?

Nuria pensó que Mireia, como su madre y Máximo, pertenecía a la raza de personas que no tienen miedo a nada. A ella, en cambio, la asaltaban y la dominaban pensamientos horribles y tenía claro que se debía a que casi siempre se ponía en lo peor.

La niña, después de que los pájaros le quitaran todo el pan de encima, se sentó junto a su madre y comenzó a vaciar una punta de la barra. Cuando tuvo toda la miga sin corteza la separó en trocitos muy pequeños que dejaba sobre sus piernas. Después los cogió con las dos manos. Nuria estaba muy abstraída, miraba al frente, hacia el surtidor de piedra rodeado de flores. Entonces Mireia dejó caer todas aquellas migas dentro del cochecito de su hermano y las palomas comenzaron a bajar hacia él, y las que había en el suelo se elevaron. El niño se asustó y comenzó a llorar. En menos de cinco segundos había más de diez sobre el carrito. Nuria lo sacó de allí como pudo, apartándolas de malos modos. Marc temblaba y varios lagrimones le corrían por las mejillas abultadas. Mireia sonreía mientras se miraba los zapatos. Su madre tuvo ganas de zarandearla, pero no lo hizo. Mientras empujaba el cochecito, la tomó de la mano y se dirigieron a casa.

Les preparó el baño a sus pequeños con un jabón de la marca Legrain que hacía mucha espuma. A Marc lo sujetaba por la nuca y lo mecía en el agua como si fuera una barca y ella, con su movimiento, creara las olas. El niño reía a carcajadas y aleteaba con sus bracitos. En el otro extremo de la bañera, Mireia dejaba que le cayera el agua por todo el cuerpo cada vez que se apretaba una esponja sobre la cabeza. Cerraba muy fuerte los ojos para que no le escocieran por el gel.

—Mamá, ¿ya estoy brillante? Si me froto más, ¿me haré transparente?

Nuria se rio. Se sentía afortunada de ser madre. Entonces apreciaba más que nunca que sus hijos estuvieran tan sanos.

La salida le había servido para que le diera el aire, como quería, pero aun así no podía quitarse de la cabeza aquellas palabras. La mujer que había escrito era la amante de alguien con mucho poder, pero no lograba imaginársela. En el mejor de los casos podría tratarse de una pesadilla, pues se había quedado

dormida esperándolo y era posible que en la duermevela hubiera mezclado su sueño con las palabras que procedían de la otra habitación. Nuria decidió que se lo había tomado demasiado a pecho sin ni siquiera saber si era cierto. Se prometió aplicar esta premisa al resto de la correspondencia; a veces las personas ociosas se dedican a marcar números al azar y a entablar conversación con el desconocido a quien le dicen que se han equivocado, o a escribir a un consultorio para probar si son capaces de provocar sensaciones en los otros: asustarlos, preocuparlos, como había hecho con ella. Sabía que la soledad y la necesidad de comunicación podían hacer estragos en el carácter y en las decisiones de quien las padecía.

Tenía a buen recaudo la carta, dejaría pasar unos días antes de girar la llave del cajón y volver a ella con ojos nuevos, la mente más despejada y la razón dispuesta a sopesar su credibilidad. Nuria nunca había dudado de la verdad de cuanto la rodeaba y hasta entonces no había caído en que a aquella actitud suya se la podría llamar también «ingenuidad». Antes de seguir adelante necesitaba filtros y distancia.

* * *

A pesar del freno que le supuso la carta sobre los supuestos bebés desmembrados, aquel primer viernes de junio, muy temprano, ya tuvo preparadas todas las contestaciones de esa semana. Su casera, muy sonriente, volvió a hacerle el favor de quedarse con Marc y Mireia, y Nuria pensó que para aquella mujer dedicada a otras ocupaciones, a todas luces más interesantes, pasar un rato con dos pequeños suponría una excentricidad. Lo más importante era que su hija parecía fascinada con Dora Blümer.

—Qué mundo tiene, mami.

Y ella no supo si se refería a su casa o a sus vivencias.

Repitió el trayecto hasta la calle Pelayo y le abrió la puerta del instituto de belleza el hombre de la bata blanca que vio la primera vez que fue al laboratorio. Él, en cuanto advirtió que cargaba con la caja, sin preguntarle nada, se la cogió.

—Es para entregársela a los señores Frument —le dijo Nuria con timidez, mientras le miraba aquellos ojos tan claros tras las gafas ligeras que los enmarcaban.

—Están de viaje. Se han marchado a París, van al menos una vez cada dos meses, pero si se fía yo se la puedo custodiar —dijo mientras la dejaba sobre el banco.

—¿Y la secretaria? —preguntó Nuria señalando con la cabeza.

—Liliana ha salido antes. Ya sabe aquello de que, cuando el gato no está, los ratones bailan.

—Pues no sabía lo del gato y los ratones, la verdad —dijo bastante cohibida.

—Tampoco queda nadie en la fábrica. Está en el sótano.

—Esos son los ruidos que escucho cada vez que subo por las escaleras.

—Sí, hay más de dos docenas de trabajadores. Y en cambio aquí, en el control de calidad, estoy yo solo.

El hombre de la bata blanca se dirigió hacia el fondo de la sala para limpiar bajo el grifo de una pila bastante grande algunos instrumentos metálicos, como si no quisiera demorar más aquella tarea.

Enseguida se secó las manos y se ajustó las lentes a la parte alta de la nariz. Nuria creyó que se trataba de un gesto automático, era bastante difícil creer que se le resbalaran porque no era nada chato.

—Una cosa más —le dijo Nuria—. Verá, me han asaltado bastantes dudas que esperaba que la señora Leonor o el señor Aleix me resolvieran.

—No sabría decirle qué día regresan.

—Quizá usted pueda ayudarme...

—Boro —completó él mientras le tendía la mano.

Ella se sonrojó cuando se la estrechó.

—Encantada. En el fondo es una tontería, pero quería preguntarle si hay más chicas como yo.

El químico sonrió.

—No, le aseguro que por lo que sé de genética, que es bastante, estoy en condiciones de afirmar que usted es única, a no ser que tenga una hermana gemela, entonces sería casi única. —Nuria no pudo evitar la sonrisa ante su seriedad fingida—. Y la felicito porque es usted esplendorosa.

A ella le pareció un cumplido de mera cortesía.

La silueta tan carnal de Nuria, con forma de reloj de arena, y su melena caoba, frondosa, bien ordenada, se superponía a aquel fondo aséptico, con tanto aluminio.

—Mire, me refiero a que si aquí vienen otras. Ya sabe.

—Muchas, y algunas guapísimas, no se crea, mejorando lo presente. En su mayoría son modelos a las que retratan con turbantes exóticos para los carteles. Después los distribuyen por las perfumerías y mercerías, y así quienes las ven creen que con estas cremas, por otra parte muy efectivas, en pocos días serán como ellas.

—Me refiero —insistió Nuria sin dejar de sonreír al sospechar que él sabía desde el primer momento lo que le estaba preguntando— a que se dediquen a lo mismo que yo ahora: a responder las cartas que no se radian en el consultorio.

—En ese caso lamento muchísimo comunicarle, señora...

—Zafara —añadió Nuria.

—Que eso no me corresponde a mí decírselo, yo soy ingeniero químico y, como habrá podido apreciar por mi vestimenta y mis bártulos, me encargo de este laboratorio —dijo con una sonrisa amplia—. Todo lo relacionado con el consultorio lo llevan los señores Frument, Liliana y el padre Vilesermes.

—¿También conoce al padre? —dijo Nuria, aunque enseguida cayó en la cuenta de que se verían allí con frecuencia.

—Sí, desde pequeño. Del seminario.

—¿Fue sacerdote? —le preguntó bastante sorprendida.

—No —la corrigió Boro, como si la pregunta le hiciera gracia—. Fui seminarista. Pero eso fue mucho antes de sumergirme en la búsqueda de la fuente de la eterna juventud. —Y se rio mientras alzaba las manos—. ¿Cree que la encontraremos?

—Ojalá, nos ahorraría muchos desvelos y preocupaciones. Enfermedades... Nos aportaría además inconsciencia.

—Créame si le digo que usted no tiene de qué preocuparse. Se la ve muy sana.

Nuria se ruborizó y miró a su alrededor para disimular.

—¿Y está seguro de que no hay nadie más por aquí que pueda responder a mis dudas?

Boro negó con la cabeza mientras avanzaba unos pasos.

—Lo lamento.

—En ese caso, será mejor que me marche. No quiero entretenerle más.

—No lo hace. De hecho, me ofrecí a esperarla cuando me dijo Liliana que hoy tenía que salir antes. Así que le ruego que no olvide llevarse esto. —Levantó de la mesa de la secretaria una nueva caja de cartas—. Aquí tiene. Para que pueda continuar con su labor.

—Sí, claro, muchas gracias —le dijo Nuria, que se había olvidado por completo de las cartas.

Al coger la caja le rozó la mano y ella la apartó enseguida muy azorada.

—Bueno, me marchó, y gracias de nuevo.

—A usted, ha sido un placer enorme —le dijo el ingeniero químico.

Nuria estaba confusa. Consideraba una imprudencia haberle planteado aquella pregunta. Él había hecho gala de una corrección absoluta al negarse a

responder y, aunque no le pareció molesto sino más bien divertido, se prometió buscar la manera de disculparse en cuanto volvieran a coincidir.

Durante el trayecto en el autobús, Nuria pensó de nuevo en aquellos otros niños incompletos a los que aludía la carta, en los padres de ellos y en los suyos. Y se dijo que aún no sabía qué credibilidad podía otorgarles a aquellas líneas tan alarmantes.

Se acordaba muy a menudo de su familia, de la total comprensión que mostraron hacia sus planes. Recibió todo el apoyo económico que fueron capaces de darle, y además la frase que la acompañaba siempre: que tenían todas sus esperanzas depositadas en su conducta. Y decían «todas» porque era hija única. Lo expresaban así, como si no tener hermanos fuera una decisión y una responsabilidad de Nuria.

El primer año que pasó en Barcelona marchó según sus expectativas: se aplicaba mucho en sus clases, en sus exámenes obtuvo muy buenos resultados. Aun así, le quedaba tiempo para asistir a alguna velada literaria que, cuando se conjugaba con una exposición pictórica, con vino y canapés, se anunciaba con el fascinante nombre de *vernissage*. Conoció a algunos chicos con los que hablaba de las últimas novelas que había leído de Ignacio Aldecoa y de Ana María Matute o de poesía simbolista francesa, entre otros muchos temas. A Nuria le atraía de ellos su conversación, pero la timidez de la mayoría combinada con cierta pose distante, como de eruditos sin otra dedicación que la cultura, los convertía a sus ojos en meros conocidos con los que no tenía el menor interés en profundizar. A causa de esa frialdad en el trato, se había planteado que tal vez no le gustaban los hombres, ni ella a ellos. Pero cuando apareció Máximo se disiparon todas sus dudas.

Lo vio por primera vez en la puerta de la sala de baile Ardena. Tina Ríos, la compañera de estudios con la que Nuria había acudido, se había quedado dentro con su novio, y ella, cansada de espantarse moscones, había decidido marcharse antes. Máximo estaba apoyado en un coche, un Ford Thunderbird turquesa, enfrente de la puerta del local. Vestía un polo blanco de tenis Fred Perry y unos pantalones de pinzas color beis. Aquella imagen le pareció a Nuria de cartel de cine.

—Te he estado observando toda la noche. —Las primeras palabras de Máximo las sintió como una amenaza hasta que él las remató con un cumplido —: Eres encantadora. Me gusta cómo te comportas con los demás.

—¿Porque no les hago caso? —le dijo ella sin mirarlo.

—No solo por eso —le dijo sin moverse del coche hasta que Nuria comenzó a andar.

—No necesito que nadie me invite a cambio de hacerme perder el tiempo porque no creo que haya que darle cancha a quien no te gusta. —Ella no se había detenido; mientras caminaba, arreglaba el contenido de su bolso.

Máximo se colocó a su lado. Abandonó el coche allí como si fuera solo parte de la escenografía.

—¿Y a mí me harías caso?

Nuria no respondió.

—Vamos a Miramar, aún es pronto. Deja que te invite. Te aseguro que no voy a hacerte perder el tiempo ni te importunaré.

A Nuria le pareció una insensatez marcharse con un desconocido. Máximo adivinó lo que le cruzaba la mente. Le cortó el paso colocándose frente a ella. No dijo nada, solo la miró con toda la intensidad de la que era capaz.

—Me voy a casa, bueno, a la pensión en la que vivo —le dijo ella sin pensar en qué repercusiones podría tener revelar que no vivía con sus padres.

Se sentía aturdida. Si otra persona le contara un comportamiento idéntico al que ella estaba teniendo, le daría un nombre judicial y muy certero: «imprudencia temeraria».

—Te llevo, no está bien que vayas sola por ahí a estas horas. —La tomó de un brazo, dieron media vuelta y la condujo hasta el coche.

Mientras él le abría la puerta y la invitaba a entrar, Nuria le repitió que no podía irse con alguien a quien no conocía de nada. En cuanto estuvieron sentados, Máximo le dijo:

—Mira qué luna.

Y comenzaron a sonar desde el equipo de música las primeras notas de piano de *Guarda che luna*, de Fred Buscaglione, como si lo tuviera preparado.

Nuria nunca había visto un radiocasete incrustado en el salpicadero de un automóvil. Tuvo ganas de bailar, pero procuró que no se le notara.

—No te preocupes, a las doce te dejaré sana y salva en tu morada —le dijo él mientras giraba en el primer desvío.

Enseguida Nuria se dio cuenta de que enfilaba hacia Montjuic y se asustó.

—Para el coche.

—¿Qué ocurre? —le dijo él a la vez que frenaba.

—No me gustan las mentiras. Además, no te conozco de nada. Déjame bajar.

—Disculpa. Pensaba que estaría muy bien que buscáramos un sitio tranquilo para charlar y tomar algo. Solo eso. Me tienes fascinado.

—No lo vuelvas a hacer.

—¿El qué? ¿Piropearte?

—Mentirme. No lo soporto.

—Palabra. Ni una mentira más —le dijo mientras la miraba con mucha intensidad—. ¿Podemos ir a Montjuic entonces?

—Solo si a las doce me dejas en casa.

—Prometido. ¿Dónde vives?

—En una pensión. Se llama Casa Laforet. —Decidió creer que la dejaría a esa hora.

Desde que había llegado a la capital, fue la primera vez que tuvo la sensación de que corría una aventura, de que se salía de lo establecido, de lo conveniente, y sintió la necesidad de saber cómo acabaría aquello, como si se tratara del pasaje de una novela.

Aparcaron en la explanada de la plaza de la Armada. Mientras Nuria se estiraba la falda y se abrochaba la rebeca, Máximo abrió el maletero. Enseguida se oyó una detonación.

—Habías salido a cazar esta noche y yo soy tu pieza. —Nuria lo miró mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Mujer, que ha sido solo el tapón del champán —le dijo mientras alzaba la bebida.

—Lo tienes todo previsto.

—Qué va. No sé ni el tiempo que lleva aquí. —Y se encogió de hombros.

—Fresco, claro. ¿Con nevera y todo?

—El hielo me lo han vendido en la barra del Ardena hace menos de media hora. Lo he pedido cuando te he descubierto a un lado de la pista. Me he dicho que, si no te venías conmigo, bebería yo solo para celebrar que te había visto.

—Eres un caradura. A saber las veces que habrás hecho lo mismo —dijo Nuria mientras él contaba con los dedos y torcía el gesto como si tuviera que hacer un enorme esfuerzo mental.

—Creo que eres la tercera, las dos anteriores fueron mis tías, las invité a merendar aquí junto a la estatua de la Serenidad.

—¿La Serenidad? Y yo soy la tercera, pero te aseguro que no voy a ser la vencida.

—Chinchín...

—Nuria —completó ella el brindis porque aún no le había dicho su nombre—. Y tus tías ¿cómo se llaman?

—¿Ya quieres conocer a mi familia?

Después de aquella noche, Nuria pensó que Máximo disfrutaba con la demora de los siguientes pasos de su relación. Aunque no se lo quería reconocer a sí misma, a medida que transcurrían los días sin saber de él su congoja aumentaba. Tardó casi una semana en llamarla a la pensión para proponerle que podrían ir al cine el sábado por la tarde, siempre que él no tuviera que salir de viaje.

Cuando ella ya se estaba arreglando para la cita, la telefoneó para decirle que, como se había temido, se veía obligado a aplazar lo que más deseaba y que sentía comunicárselo en el último momento.

Por fin, cuando ya habían pasado dos semanas desde la noche que se conocieron, entraron en la sala oscura del cine Diana. Nuria estaba convencida de que se trataba de una encerrona para besarla y acariciarla. Salió de casa mentalizada para refrenarlo, pero durante todo el tiempo que duró la proyección de *Los cañones de Navarone* Máximo estuvo tan abstraído que no le dirigió la palabra ni la miró. A la salida, mientras atravesaban el vestíbulo, pareció reparar en ella por primera vez:

—¿Quieres que te invite a un refresco?

—No sé, me da la impresión de que me lo propones por obligación.

—Un poco sí, la verdad, mañana madrugo mucho.

—Pero si hoy es sábado.

—He de cruzar España entera en un día. El lunes a primera hora tenemos una convención en Verín. Está en Orense. Tal vez me asciendan.

—¿Y de qué es tu empresa?

—De derivados de minería.

Nuria pensó que bajo aquella categoría se podían incluir muchos productos, pero no quiso insistir. En cuanto llegaron al Ford Thunderbird turquesa, se dirigieron a la pensión Laforet sin pasar esta vez por Montjuic. Frente al portal, Máximo se bajó, rodeó el coche para abrirle y se despidió de ella con un par de palmadas en el hombro.

* * *

En el siguiente encuentro, nada más regresar de Galicia, Máximo estaba exultante porque sus mejores pronósticos respecto a su trabajo se habían cumplido. Mientras bailaban *Let's twist again* de Chubby Checker, en una de las idas y venidas se acercó a ella, la tomó de ambos lados de la cara y la besó. Enseguida se retiraron del centro de la pista de baile para arrellanarse en los dos asientos más apartados que encontró libres. En cuanto se acercó el camarero, Máximo le pidió una botella de champán.

—Como en Montjuic.

—Sí, y como en la merienda con tus tías.

—Ahora ya me puedo casar. —Nuria tuvo ganas de preguntarle con quién, pero se contuvo. He trabajado muy duro para conseguir lo que tengo. ¿Dónde quieres vivir?

A ella le pareció una locura, pero no quiso detenerlo. En menos de dos meses estaban solos, desnudos y sobre una cama por primera vez. Fue en el hotel Formentor del puerto de Pollença, en Mallorca, al día siguiente de su boda en La Bisbal.

Nuria se quedó fascinada cuando el avión de hélices que los posó después en la isla alzó el vuelo en el aeropuerto de El Prat.

La belleza intuida no fue nada comparado con lo que sintió en realidad. Le pidió a Máximo que anulara algunas excursiones porque lo único que quería era hacer el amor con él.

De aquellos instantes Nuria atesoraba el tacto del cabello ondulado de Máximo, que se le enredaba en los dedos al acariciarlo, la tersura de su espalda sobre ella, la forma en que la miraba en silencio, como si quisiera atravesarla. Y lo mejor de esas sensaciones fue que desde entonces se repetían invariablemente, aunque solo cada siete días.

El único inconveniente de su viaje de novios fue el mareo que sufrió a causa del vuelo. Las náuseas y los vómitos le restaron bastante romanticismo al breve trayecto de ida y vuelta sobre el Mediterráneo. Cuando se había olvidado de las bolsas de plástico que tuvo que utilizar, apenas unas cinco semanas después, las mismas molestias regresaron. Cuando se lo contó a su marido este le dijo: «En tierra firme ya sabes qué significa». Y en ese momento Nuria se llevó la palma de la mano abierta a la frente y notó que aterrizaba en la realidad.

Mireia nació a los nueve meses exactos del banquete de su boda, en la que todos los invitados fueron de parte de la novia. Marc, tres años y medio

después. Máximo les había imprimido mucha velocidad a los acontecimientos, y a Nuria tanta aceleración le daba vértigo.

Pero después de conocer algunas historias de las que enviaban al consultorio, por primera vez era consciente de que disfrutaba de una existencia casi perfecta, en la que su marido la protegía como a un tesoro valioso y frágil.

* * *

Algunas de las siguientes cartas que Nuria tuvo entre las manos le parecieron pintorescas, aunque tampoco estaban exentas de su dosis habitual de dramatismo y sordidez. En una de aquellas cuartillas una viuda contaba que se había visto abocada a pagar a alguien para que metiera en el bolsillo del cadáver de un ahogado los documentos de su difunto esposo, del que nunca encontraron el cuerpo tras un día de pesca. Mediante aquella artimaña, que llevó a cabo en una playa cercana a su casa con ayuda del cómplice del que no desvelaba su identidad, consiguió cobrar por fin su pensión y se felicitaba por ello.

En otra, una chica muy joven le contaba que se iba a Alemania a trabajar en un balneario, porque una íntima amiga suya que ya estaba allí la había informado de que al administrador de aquel establecimiento no le interesaban nada las mujeres y eso era lo que ella andaba buscando: que la dejaran en paz, porque estaba harta de que cada vez que se subía en una escalera para quitar el polvo le pusieran las manos en sus posaderas, así lo decía, o de sentir miradas ávidas cuando tenía que limpiar el suelo arrodillada y con la espalda inclinada hacia delante porque sus sucesivas patronas consideraban que era un lujo proveerla de fregona y cubo con escurridor cuando podía desempeñarse el mismo trabajo a mano e incluso con mejores resultados. Escribía que si no se marchaba iba a acabar matando a alguien, que se veía lanzándole a la cabeza los otros útiles de limpieza, de los que sí disfrutaba, a cuanto abusador se le cruzara, y que como ya estaba harta, había decidido quitarse de en medio, al menos de en medio de España, concluía.

Las que siguieron eran bastante más ligeras: una joven le preguntaba cómo se podía hacer artista de cine, y Nuria, según el directorio que le habían hecho llegar sus jefes para estos casos y que incluía direcciones de academias, médicos, consulados para quienes querían trabajar en el extranjero y varias listas más de negocios de Barcelona, le dio las señas de una escuela de teatro

en la calle Elisabets, 12, y de dos estudios de cine: los IFI, en la avenida Marqués del Duero, 106, y los Orzea, detrás del Pueblo Español.

Estas consultas tan concretas eran las que menos trabajo le daban, aunque algunas mezclaban varios temas, de forma que después de hablarle de lo que ciertas oyentes calificaban como un lío muy serio, a continuación preguntaban cómo podían tratarse las espinillas. Para estos casos sobre tratamientos de belleza consultaba el catálogo de cremas del instituto y recomendaba la nutritiva a la fresa, el tónico cutáneo, otra para pieles grasas, los polvos tropicales, o la que según su escaso criterio resultara más apropiada.

Aunque el trato era que tenía que contestarlas todas, le sugirieron, en una hoja de instrucciones que incluyeron en la segunda caja junto con el directorio, que para algunas podía utilizar modelos tipo, sobre todo para las que solicitaban informaciones concretas como cuál era la capital de determinado país, el día que se celebraba un santo, cuándo se plantaban los árboles de magnolias y demás asuntos de ese estilo.

Las respuestas a las consultas de este cariz más frecuentes constaban también en varias páginas que le habían facilitado. Y si no era así, remitía a su comunicante a la biblioteca Balmesiana del número 9 de la calle Durán y Bas para los temas religiosos y a la del hospital de la Santa Cruz para todos los demás.

Pero en las de índole más personal, Nuria se aplicaba, quería que cada una fuera diferente, porque más que como fragmentos de vidas contadas, las sentía como pedazos de alma que algunas personas se habían arrancado para meterlas en un sobre y encomendarle su curación.

Después de leer y responder a todas esas, se llevó la caja a su habitación, la dejó sobre la cama y repasó con detenimiento las que aún le quedaban por contestar hasta que dio con una de la que reconoció su letra.

Estimada señora:

En primer lugar, quiero agradecerle su respuesta, pero no quiero ocultarle que me desconcertó. No es mi intención romper ese matrimonio. Pero lo que más me llama la atención es que no me ha dicho nada de los niños que nacen incompletos, sin alguno de sus miembros o sin varios de ellos, y creo que es imposible olvidarse de algo así. Al menos, yo no puedo y él está cada vez peor. Ya casi no tenemos contacto íntimo. Nos vemos igual, pero se tumba en la cama, con la vista puesta en el techo mientras yo le acaricio. Está distante. No habla, no me cuenta nada. El motivo no puede ser otro. Yo no le quiero atosigar. Sé que tengo que ser muy hábil. Su mirada perdida es más que una evidencia. Conmigo no se muestra enojado porque siempre ha tenido muy buen carácter, pero es como si se hubiera vaciado por dentro. Lo encuentro además más delgado, no solo le queda la ropa más holgada, incluso el sombrero, fíjese lo que le digo, le cubre más parte de la cara. Dígame, por

favor, si va a ayudarme. Respóndame solo para saber que no me he equivocado con usted. De lo contrario, no me diga nada, lo entenderé.

Atentamente,

Una mujer desesperada que necesita su ayuda

Nuria miró la carta una y otra vez sin saber qué hacer. Se recostó aún con ella en las manos para intentar dormir un poco. Marc no se despertó durante las siguientes horas, en las que ella no pudo pegar ojo hasta que a través de la persiana de tablas de madera vio que empezaba a amanecer.

Tres días después, Nuria seguía sin poder continuar con las respuestas a consecuencia del impacto que le había causado la segunda carta de la misma persona, como si su insistencia convirtiera en más real lo que narraba y la convenciera de su verosimilitud. Cada vez que sacaba algo de la alacena, miraba hacia abajo con miedo, como si aquella caja contuviera los vientos y las tempestades y ella tuviera que añadir la esperanza.

Leyó la de una madre que para poder trabajar había tenido que dejar a su hijo en un asilo. Le contaba que lo visitaba a menudo, y que estaba bien porque les daban mucho caldo de gallina y además lo habían operado de las anginas, pero que lo que más deseaba era que le tocara la lotería para sacarlo de allí. Nuria pensó en sus pequeños. Hasta entonces nunca se había planteado que pudiera haber alguna circunstancia que la obligara a vivir separada de ellos.

Se encontraba muy perdida en aquel bosque de hojas con letras tan vivas. Se trataba en algunos casos de llamadas desesperadas de gentes que habían reprimido su problema durante años. Pero volvió enseguida a la carta que la ocupaba, porque traslucía la urgencia de aquella mujer. A Nuria los ruegos de sus líneas la acuciaban. No quería resultar distante, sino enviarle cierta ternura, pero sin caer en la compasión. La lástima hacia los demás le parecía un sentimiento deplorable porque quien la siente se sitúa en un plano superior al otro. Se planteó que lo más importante era el respeto hacia esas personas, ponerse en su lugar y no juzgar a aquellas que al menos habían tenido la valentía de escribir.

Ese jueves por la tarde, mientras escuchaba el consultorio de Elena Francis con la intención de contagiarse aún más de su estilo, respondió a todas las que le quedaban, menos a una. En la mayoría de ellas, más que preguntar algo, la impresión que le daban las remitentes era que necesitaban contarle a alguien lo que les sucedía. Es decir, trataban de problemas domésticos de bastante menor alcance que aquel del que no conseguía apartar su mente.

En cambio, no sabía qué hacer con esa segunda carta de la misma comunicante. Si de nuevo falsificaba la letra de la consulta e incidía solo en el adulterio de la oyente, no le cabía duda de que se percataría de que hacía oídos sordos a sus ruegos y se buscaría otras vías para esclarecer el origen de aquel drama. Se abanicaba con aquella hoja, volvía a extenderla sobre la mesa, hasta que la dobló en cuatro, la metió en el sobre y lo guardó en su bolso. Si advertían que faltaba una, sabría que llevaban la cuenta y siempre podría alegar que la había olvidado en su casa, o que se le había traspapelado con tanto intercambio de preguntas y respuestas. Fue en ese momento cuando tomó la decisión de comunicarse con aquella mujer de una forma alternativa, sin que sus cartas tuvieran que pasar por el instituto de belleza.

* * *

Nuria se apresuró a preparar a los niños para dejarlos con Dora y a vestirse para llegar cuanto antes a la parada del autobús. De momento, su casera aceptaba de buen grado pasar aquel par de horas con ellos y ella no sabía cómo podría agradecérselo, sin la ayuda de su vecina no habría sabido a quién recurrir. Durante el trayecto volvió a pensar en la carta no respondida. Recordó el momento en el que tanto el matrimonio Frument como el padre Vilesermes le dijeron que las que le entregaban eran las cartas que no daba tiempo a contestar, pero sus contenidos eran una evidencia clamorosa de que aquel no era el verdadero criterio. Intercaladas entre las que consultaban cómo hacer para que el pollo al horno quedara más crujiente o cómo quitar de una camisa las manchas de tinta, estaban aquellos casos tremendos. Las seleccionaban. Lo tenía claro: junto con las que planteaban un tema trivial le adjuntaban las que tenían en común su carácter escabroso. No había término medio. Y además se dijo que no las abrirían si no quisieran leerlas.

El ingeniero químico no se lo había querido confirmar, pero estaba convencida de que en Barcelona había otras muchas Nurias que respondían a más comunicantes del consultorio, decenas, y que a cada una le adjudicaban las de una materia concreta. Se preguntaba si a las distintas mujeres que escribían para el instituto de belleza las citarían en diferentes días para que no se encontraran.

Para enfrentar la cuestión de los niños desmembrados necesitaba saber si había un inventario de las cartas a pesar del trabajo enorme que ello suponría. Si relacionaban en alguna tabla un listado numérico, si hacían constar cuántas le entregaban, de dónde procedían e incluso el nombre de sus remitentes.

Dudaba de que también adjuntaran un resumen, porque, si así fuera, ya se habrían dado cuenta de la carta que había cambiado.

Nuria planeó que, después de la infructuosa conversación al respecto con Boro, podía sondear a Liliana. Si supiera la cantidad de cartas que se recibían al mes, podría calcular cuántas personas se necesitaban para responderlas, indagar, investigar, en suma, para prevenirse frente a lo que su intuición le anticipaba.

Ella respondía unas diez al día para tener libres los fines de semana en los que estaba Máximo, pero podría duplicar aquella cifra porque algunas, las más breves, solo le llevaban unos minutos; en cambio, con otras se pasaba horas antes de encontrar una respuesta. Y en el caso de las dos sobre los niños deformes, su peso la acompañaba siempre.

* * *

Aquel viernes la entrega se la hizo precisamente a la secretaria. En el laboratorio no parecía haber nadie más. Se escuchaba de fondo la radio con la voz amable de la consejera ficticia. Nuria pensó que le gustaría visitar las instalaciones de la emisora, sobre todo para ver cómo era aquella locutora: la famosa e inexistente Elena Francis.

—Me gustan mucho tus vestidos, Liliana. ¿Dónde los compras? —le preguntó Nuria con curiosidad.

—Me los hago yo. Saco los modelos de revistas norteamericanas que nos envía una vecina que se fue a vivir a Nueva Orleans.

—¿Nunca has pensado en confeccionarlos por encargo? Te los pagarían muy bien. ¿Sabes qué me gustaría? Que nos cosieras el mismo a Mireia y a mí, para ir a juego.

—¿Quién es Mireia? ¿Tu hermana? —preguntó Liliana con curiosidad.

—No, mi hija. Tiene cuatro años, y es muy despierta. A veces pienso que demasiado. Le encanta vestirse como yo.

—No te imaginaba con una hija.

—Pues tengo dos hijos. El otro se llama Marc y tiene un año. Son muy animados. Como su padre.

Las dos se rieron a la vez.

—Sí que tienes que estar entretenida.

—A Máximo le hacen mucha gracia. Dos días a la semana es más fácil aguantar tanta intensidad. Yo no descanso ni un momento, no me dan tregua.

—Debe de ser duro para ti estar tanto tiempo separada de tu marido.

—Al principio lo era más. Me casé muy enamorada de Máximo y cada día sin él tenía la sensación de que estaba perdiendo tiempo de vida. Incluso le propuse acompañarlo en sus viajes y alguna vez lo hice. Hasta que nació Mireia me resultaba posible. Además, no tengo a nadie más aquí en Barcelona. Ellos tres lo son todo para mí. ¿Tú tienes hijos?

—No. Supongo que porque no he encontrado a la persona adecuada. Me gustan mucho los niños, no te creas, pero aún no ha sido posible...

Nuria le notó cierta tristeza.

—Estoy segura de que no tardará en aparecer algún pretendiente. Tienes mucho estilo y además eres muy agradable.

—No sé. Trabajo hasta tan tarde y los días libres estoy tan cansada que tampoco pongo demasiado interés en que suceda. Con todo esto de las cartas, mi trabajo ha aumentado mucho.

—¿Tantas llegan?

—Montañas. Aquí unas quinientas al día, otras las envían directamente a la radio, de esas no sabemos nada. Las mira el censor y, si no le gustan, las aparta. Otras las incluyen en el guion del programa.

—No sabía que fueran tantas. Yo solo respondo unas cincuenta a la semana —dijo Nuria calculando que su trabajo era ínfimo comparado con el total.

—Porque estás a prueba. Pero los señores Frument hablaban el otro día de aumentarte ya el número. Y tu asignación también —añadió Liliana en tono confidencial.

—¿Estás segura? —le preguntó Nuria sorprendida.

—Completamente. Si te conviene, claro. Aunque yo creo que sí, que te va a convenir y mucho —le dijo la secretaria guiñándole un ojo con complicidad—. Eso sí, como serán varias cajas, te las llevarán a tu casa. De momento, aquí están las de esta semana. Nos veremos entonces el próximo viernes. Si estamos solas, te puedo tomar medidas. Tráeme un vestido de tu hija para que vea la talla y después ya se lo ajusto en la primera prueba.

—¡Qué bien! ¡Cuando nos vea Máximo igualitas...! ¡Menuda sorpresa le vamos a dar! Gracias.

—La idea ha sido tuya.

—Así quedamos. ¡Hasta el próximo viernes!

Mientras bajaba las escaleras, pensó en lo diferente que era la vida de Liliana de la suya. Ella podría haber sido así: independiente, con un trabajo como aquel para el que al fin y al cabo había estudiado. Aunque no se arrepentía de estar casada, echaba de menos la época anterior a Máximo. Aquellas charlas con Liliana habían sido de nuevo una excepción en su vida tan

solitaria. Abrazó la caja con fuerza y sintió que, pegadas a su pecho, aquellas páginas también latían, como si transportara corazones y su cometido fuera insuflarles oxígeno para que siguieran adelante y no desfallecieran.

En cuanto se sentó en el autobús, Nuria cortó el cordel con unas tijeritas plegables que había cogido para no tener que esperar a llegar a casa ni entretenerse en deshacer los nudos, y comenzó a buscar un sobre que le interesaba bastante más incluso que el que contenía su cheque. No encontró ninguno con aquella grafía que ella había falsificado; en cambio, en el fondo de la caja había un estuche de productos del instituto con una nota.

Los señores Frument me han instado a prepararle este lote de cremas, pero déjeme decirle que considero que no necesita maquillaje ni pomada alguna. Así que regáuelos a alguna amiga menos agraciada que usted y así además de sus arrugas prevendrá su envidia.

Aprovecho para disculparme por mis evasivas del otro día. Entienda que hay determinadas preguntas que no me corresponde responder, señora Zafara, pero tal vez debí hacérselo saber con una mayor delicadeza. Ya encontraré la forma de compensarla.

Atentamente,

Boro Navascués

A Nuria aquella nota la emocionó. La releyó varias veces. Después, con las manos un poco temblorosas, la dobló por la mitad y en vez de devolverla a la caja, se la guardó en el bolso junto a la carta que había sustraído.

Volvieron a su mente, de nuevo, las palabras de su angustiada comunicante: «Respóndame solo para saber que no me he equivocado con usted. De lo contrario, no me diga nada, lo entenderé». Abrió la tapa del lote de cremas y se le ocurrió una idea a partir del consejo de Boro.

Enseguida se incorporó para bajarse en la siguiente parada. Caminó un par de manzanas hasta llegar a la oficina de correos y, sobre la mesa central, antes de acercarse a la ventanilla de los envíos, escribió en su cuaderno:

Estimada amiga:

Seguro que es una mujer bellísima, pero, no obstante, le pido que acepte este obsequio que esperamos disfrute. Más adelante volveremos a comunicarnos con usted para saber si nuestras cremas al aceite de aguacate han resultado de su agrado. No se equivocó al dirigir su carta, haremos todo lo posible para ayudarla en lo que necesite. Sin nada más que añadir, permita que le reitere mi agradecimiento por estar siempre ahí.

Después arrancó lo mejor que pudo esa hoja de su libreta y le pidió a la empleada que envolviera el estuche junto con aquel mensaje. Sacó la carta del consultorio para copiar el apartado postal y cuando fue a escribir la dirección

de su casa en el paseo de la Bonanova, para que le respondiera allí, pensó que no podía hacerlo de esa manera, y entonces se le ocurrió que ella también podría tener un apartado propio para recibir aquella correspondencia. Se lo preguntó a la funcionaria:

—Bien, como guste. ¿Por cuánto tiempo desea contratarlo?

—¿Puede ser solo por un mes?

—Sí, claro. ¿Está de vacaciones? —le preguntó.

—Algo así. Vivo bastante lejos —le mintió Nuria.

—Tiene que darme sus datos y firmar aquí. Le proporcionaré un número en cuanto lo pague.

—Le doy el dinero enseguida —le dijo Nuria a la vez que abría el monedero.

—Veo que tiene prisa —le dijo la empleada mientras se desplazaba hacia otra ventanilla.

—Un poco. —Nuria no quería darle más conversación.

—Venga aquí para finalizar el trámite. Le sobran cinco pesetas.

—Démelas en sellos. Así podré echar la próxima carta directamente en el buzón.

Después de rellenar un impreso con su apellido de soltera y la dirección de sus padres, lo entregó.

—Sígame, que tengo que explicarle el funcionamiento. —La mujer se detuvo ante una pared con casilleros hasta media altura—. Por la otra parte le depositarán los envíos. El número es el que figura aquí —le dijo mientras le tendía un trozo de papel que había cortado del documento que acababa de completar—. Y también está en la llave. Su remite será su nombre junto con esta cifra. Después añada Barcelona y ya está. Para comprobar si ha recibido algo, abre su casilla —mientras le dijo esto le dejó la llave sobre la palma de la mano—. Para cualquier otra cosa, aquí me tiene. Así nadie sabrá dónde vive ni recibirá visitas indeseadas en su casa —añadió.

—Gracias, muy amable —le dijo Nuria dándole vueltas a la llave y a su última frase, que apuntaba hacia un determinado uso: al contacto epistolar con desconocidos. Enseguida decidió que poco le importaba la opinión de aquella empleada de correos si la comparaba con el alcance de lo que quería averiguar.

Cuando llegó, Máximo ya había recogido a los niños de casa de Dora y la esperaba en el recibidor. En cuanto entró, la retuvo agarrándola por la cintura y miró de reojo la caja.

—¿Dónde diablos te habías metido? ¿Sabes qué hora es?

—He perdido el autobús anterior. Ya sé que se me ha hecho tarde. Disculpa —dijo Nuria mientras dejaba la caja sobre la mesa de la salita.

—Te disculpas y ya está. ¿Con eso crees que lo arreglas? Dime, si no llego a venir a estas horas, ¿qué habría pasado con los niños?

—Dora se...

—¡Dora no es su madre! —la interrumpió—. Su madre eres tú. Y estás descuidando tus obligaciones. No te permití trabajar para esto. Me dijiste que el trabajo era desde casa. Que no te ibas a mover de aquí y que solo irías un momento a entregar la correspondencia. Esto de hoy no ha sido un momento.

—No volverá a ocurrir, te lo prometo. Créeme.

—Si el día de entrega siempre va a ser viernes, ¿por qué no les dices a... esa pareja si puedes ir antes?

—Los señores Frument, se llaman. Sí, así lo haré. Además, a las horas a las que voy ya casi no queda nadie en el laboratorio. —Y continuó con el mismo tono de súplica dirigiéndose a él: no tenía nada que temer, se trataba de un lugar muy seguro en una calle céntrica, era una finca de gente respetable, tal como él la conocía sabía que a ella no le gustaba meterse por andurriales.

Con esos detalles estaba convencida de que había conseguido que se le pasara el malhumor. También la ayudaba que Máximo siempre tenía unas ganas inmensas de encamarse con ella, como si, en vez de haber estado ausente cinco días, volviera de una travesía en barco alrededor del mundo o lo acabaran de liberar de la cárcel después de varios años. Pero no era así. Él seguía instándola a que tenía que pasar más tiempo en casa.

—Pero si solo estoy fuera un par de horas los viernes.

—Espero que esto no vuelva a ocurrir porque si es así tomaré medidas. Te lo aseguro.

—No volverá a pasar. De verdad.

—Está bien, me he preocupado. —Su marido por fin le sonrió—. Estaba impaciente porque me han ascendido otra vez y te lo quería contar cuanto antes. Sabes que no me gusta nada hablar por teléfono y menos de cosas así, además quiero brindar. Por eso me ha molestado no encontrarte en casa. Imagínate lo que he sentido al ver la casa vacía. Ponte en mi lugar. —Fue a la nevera a por una botella de champán—. Me ducho y nos la tomamos, ¿te parece?

—¿Y la cena? —le dijo ella mientras colgaba la chaqueta de Máximo en el perchero de la entrada y llevaba su maleta a la habitación para deshacerla.

—El champán de aperitivo, como lo toman los aristócratas. Me van a nombrar jefe de ventas de casi un tercio del país, ¿qué te parece? ¿Estás orgullosa? Eso sí, aún tendré que viajar más. Seguiré yendo a Verín, y mi zona será Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Albacete y el centro, pero además tendré que estar más por el norte. No podré venir todos los fines de semana. Pero nos iremos arreglando. De todas formas, aún queda lejos, la empresa lo ha decidido ya porque avanzan mucho la planificación, pero aún falta más de medio año. Como ves, confían en mí.

A Nuria le sorprendió su propia reacción. Se sintió un tanto ajena a aquellos sucesos, como si en vez de ser su marido quien le contaba todo aquello lo estuviera haciendo alguien que solo fuera un conocido, un pariente incluso, pero como si no afectara de lleno a su vida. Lo achacó a lo acostumbrada que estaba ya a sus ausencias. Y a que, desde que le llegó la primera carta de aquella mujer, tenía además aquel tema ocupándole gran parte de sus cavilaciones.

Mientras Máximo estuvo en el baño, Nuria buscó un escondite para la llave del apartado postal. No quería llevarla en el bolso junto a las otras que dejaba puestas en la puerta o sobre cualquier mueble. Después de aquella discusión, Nuria se reafirmó en que había sido mejor no contarle nada de las cartas. Dio varias vueltas con la llave en la mano hasta que reparó en el san Nicolás de Bari, patrón de la ciudad en la que había nacido su marido. Miró al santo como si le rogara, cogió una cinta de las que utilizaba para hacerle lazos a Mireia y después de atar la llave se la colgó a la figura del cuello dejando que le cayera sobre la espalda. Después comprobó que el espejo de la cómoda sobre la que estaba no la reflejaba. Aun así, desplazó la talla sagrada hacia una de las esquinas del fondo.

* * *

Cuando Máximo se fue, Nuria sintió que la soledad caía sobre ella como una manta. No había sido consciente de su aislamiento hasta que conoció aquellas vidas tan diferentes a la suya. Pero además del contenido de las cartas, su cercanía a Dora y a Liliana también aumentaba esa sensación. Tenía la certeza de que necesitaba relacionarse con más personas, salir del caparazón, saber quién era realmente su vecina. A pesar de que se había hecho cargo de Marc y Mireia, le seguía resultando casi una desconocida.

En cuanto oyó que se abría el portón de la casa Muley Afid se asomó a la barandilla de la segunda planta y subió para esperar a Dora frente a su puerta.

—Quería hacerle este regalo. Es solo un detalle, usted merece muchísimo más —le dijo mientras le entregaba un lote de cosméticos del instituto, similar al que Boro le había colocado a ella en la caja.

—No tenía por qué, Nuria —le dijo Dora mientras miraba la marca con la cabeza de mujer dentro de un sol dentado.

—¿Quiere cenar con nosotras? Me gustaría mucho. Marc ya está dormido. Le estoy tan agradecida por todo lo que ha hecho...

—Se lo agradezco, pero estoy muy cansada, además ya he picado algo. Otra vez será. Por cierto, querida, este viernes no estaré. Me marché fuera de la ciudad y no volveré hasta el martes o el miércoles. Lo siento. Se lo digo con antelación para que encuentre alternativa.

—Sí, sí, así lo haré. Descuide. No se preocupe —le dijo bastante desconcertada.

Cuando Dora cerró su puerta, de nuevo el mismo sentimiento de soledad volvió a apoderarse de Nuria. Su vecina era su única opción. No sabía a quién recurrir. Se sintió perdida, pero también con ánimo suficiente como para resolver aquella contrariedad.

* * *

Con la excusa de comprar sellos, Nuria aprovechó el paseo con sus hijos para dirigirse a la oficina postal. A Mireia le encantó la idea porque le gustaba mucho montar en el tranvía. Una vez allí, dejó a su hija en el mostrador central para que dibujara sobre una postal del puerto que les enviarían a sus abuelos.

—Dibujaré una paloma mensajera para que les lleve esta fotografía tan bonita.

Mientras tanto, Nuria se acercó con Marc hasta los casilleros para revisar su apartado postal. El corazón le dio un vuelco cuando tras girar la llave vio un sobre en su interior.

Antes que nada, debo darle las gracias por responderme. No sabía si lo iba a hacer. Me hago cargo de que se trata de un asunto muy delicado. Además, que me haya facilitado este apartado salva muchos obstáculos. Créame. El lote de cremas me ha parecido fantástico. De la mejor marca que conozco. No tenía que haberse molestado. Sé que no tiene demasiado tiempo, así que iré al grano: este señor del que le hablé tiene todas sus reuniones anotadas en la agenda. Es muy meticulado y exhaustivo.

Una mañana fui a su despacho después de comprobar la semana anterior que no estaría. Rebusqué en sus papeles. Sé que no está bien, pero creo que en esta ocasión se justifica. Pasé mucho miedo porque, aunque había echado la llave, temí que alguien intentara abrir la puerta de su despacho por el otro lado y se diera cuenta. Pues bien, le mando copia de lo que encontré.

Usted que puede busque a alguien que lo entienda, que esclarezca algo este asunto tan oscuro. Aquí tiene.

Había a continuación unas líneas repletas de palabras muy largas antepuestas a unos símbolos enlazados. Nuria advirtió enseguida que estos segundos eran fórmulas. Las observó durante un rato como si fuera capaz de comprenderlas.

Se sobresaltó al oír el ruido de un banco de madera que había golpeado contra el suelo de aquella oficina circular. Mireia estaba al lado llorando.

—Se ha volcado. Yo no lo puedo levantar. Pesa mucho.

—¿Y si te hubiera caído encima? Ven aquí, anda. Ni un minuto puedo parar para leer —le dijo mientras se dirigía con los dos a la salida.

—La carta de colores, la carta —repetía la niña.

—Vamos, cariño. Te prometo que la mandaremos mañana. Tengo sellos para ponerle.

—¿Qué son sellos, mami?

—Son como las postales, las cartas de colores que tú dices, pero más pequeños. Como si fueran billetes, es el dinero que se paga para enviar las cosas. —Mientras le respondía, Nuria pensó en las ganas que tenía de llegar a casa y sentarse.

—¿Vamos ya al parque?

—No, hoy no, mi vida.

—¿Por qué? Me lo habías dicho. No vale.

—Ya lo sé, pero estoy cansada.

—Siempre estás cansada.

A Nuria no le quedó más remedio que aceptar que su hija tenía toda la

razón.

* * *

En cuanto entraron en la salita de estar, Nuria fue hasta el aparador y cogió el diccionario. Miró varias páginas una vez y otra, pero no encontró ninguna entrada con las palabras «estereoisomería», «teratogénesis» y «focomelia». Dejó aquel tomo en su sitio y sacó del bolso el cuaderno que siempre llevaba encima. Después guardó la carta a buen recaudo junto a las dos anteriores.

Cuando después de acostar a Mireia y a Marc se dejó caer en la cama, fue consciente de que aquella noche también vería amanecer.

* * *

Esa semana cambió su horario a la mañana, tal y como le había prometido a Máximo, y se acercó a la calle Pelayo en taxi, acompañada de sus hijos. Había tenido que colocar la caja con las cartas respondidas dentro de una malla grande de plástico con asas redondas.

Se sintió aliviada al ver que sus jefes no estaban. En aquella planta del instituto cosmético solo quedaban la secretaria y Boro. Nuria estaba agradecida a Liliana por la manera en que recibió a sus pequeños. Le dio a Mireia tantos caramelos que la niña no era capaz de guardarlos en las manos, quitarles el celofán y llevárselos a la boca. Cada vez le pedía ayuda a la secretaria:

—Ahora este rojo, señorita. —Mireia le añadió a la secretaria este tratamiento por iniciativa propia.

—Qué bien que hayas venido con ella. Así el vestido le quedará mejor que mirando el otro. Cuando quieras te tomo medidas a ti —le dijo a Nuria entregándole la caja con las cartas de la semana.

—Mireia, ¿quieres que nos haga el mismo vestido a las dos?

—Sí, mami, así iremos iguales.

—No tardo nada. —Liliana sacó de su bolso un metro de costurera y le pidió a Mireia que pusiera los brazos en cruz.

—Un caracol con números —dijo la niña.

—Ahora te tienes que quedar quietecita.

—¿Puedo respirar? —le preguntó Mireia.

—Poco —le dijo Lilitana mientras le enrollaba la cinta métrica al cuello y después se la colocaba en las muñecas para medir la distancia. Le rodeó con ella también la cintura y se la puso en vertical hasta la rodilla. Cada vez que Lilitana cambiaba de posición el metro, anotaba en una hoja que tenía sobre su mesa unos cuantos números—. Ahora tú, Nuria.

Ella miró en dirección al ingeniero y le respondió:

—No, no, yo otro día. —Nuria no quería que le tomara medidas delante de Boro.

—Como quieras. Era por adelantar. Si quieres, te las tomas tú y me las pasas.

—Sí, así lo haré —le dijo a la vez que se dirigía a la puerta con Marc en brazos y sujetaba a duras penas la caja con las cartas.

Enseguida Boro se la cogió y se ofreció a acompañarlos. Nuria aceptó con cierta reticencia. Por un lado, quería conversar con él para intentar cambiarle la impresión inquisitiva, preguntona, que estaba segura que le había dado la vez anterior. Pero, por otro, no le parecía correcto. Desde que se había casado con Máximo jamás había caminado al lado de ningún otro hombre.

Bajaron a la calle, el ingeniero llevaba la caja y ella cargaba con Marc mientras Mireia se agarraba de su falda. La niña hablaba con Boro sin parar. Nuria no dejaba de mirar a un lado y a otro muy incómoda. Pensó que en aquella circunstancia era una suerte no conocer a casi nadie en aquella ciudad. Oyó cómo Mireia le preguntaba a Boro si tenía novia y se dio la vuelta para reconvenirla, pero el químico le dijo que no se preocupara.

—No me molesta, de verdad, es muy salada. —Y se dirigió a la pequeña —: No precisamente.

Nuria no quiso que siguieran con aquella conversación tan privada e intentó distraer a Mireia. Entonces Boro le propuso que antes de coger el taxi pasearan hasta Colón para ver el mar y disfrutar de aquella mañana espléndida. A Mireia le gustó mucho la idea. Sin dejar de hablar, recorrieron todo el trayecto hasta la Barceloneta como si fueran una familia, igual que habían hecho con Máximo hacía poco. Delante del puerto, Nuria se sintió revitalizada: el sol y el olor a sal la nutrieron. Boro lo advirtió. Le dijo que la notaba muy feliz.

—Sí, así es. Tengo de todo —añadió ella con una sonrisa.

—Mamá, mamá, ¿puedo ir a la playa para coger unas conchas? —le preguntó Mireia.

—No, es tarde. Otro día. Ahora tenemos que irnos.

—¡Solo un ratito! —gritó la niña.

—Vamos, solo tardaremos en llegar a la orilla unos minutos —dijo Boro.

—¿Y si te mojas la ropa?

—Me la seca el sol —le respondió Mireia a su madre.

En cuanto la pequeña fue hacia el paseo, Boro miró a Nuria con mucha intensidad.

—Es una niña encantadora, y el pequeño también.

—Muchas gracias. La verdad es que a mí me lo parecen, pero, claro, soy su madre —le dijo Nuria sin dejar de sonreírle—. ¿Cómo va la búsqueda de la eterna juventud?

—Se resiste. Y no solo a nosotros. ¿Cuántos siglos han pasado desde que el hombre ha tenido la misma intención? —Boro declamó como si fuera un actor y después, en el mismo tono, añadió—: Pero estoy dispuesto a poner todos mis conocimientos de química al servicio de la causa.

—Lo importante es la decisión, y creo que usted tiene mucha.

—Muchísima. Ni se imagina lo importante que es para mí que no se arruguen las mujeres y los hombres que usan las cremas de ellas a escondidas —continuó él con la broma.

—¿Por qué se lo toma así? ¿Preferiría dedicarse a otra cosa?

—Pues la verdad es que ya no. Al acabar la carrera probé en otras industrias completamente distintas, pero...

—¿No tuvo suerte? —se adelantó ella.

—No tuve ambición, y además creo que me sobró conciencia. Se puede decir que me hice una idea muy real de lo que la industria química podría ofrecerme y hui —dijo riendo, y se detuvo a mirar a Nuria a los ojos—, pero no me arrepiento. Ahora estoy mejor que nunca.

Entonces vieron a la niña, que los saludaba con la mano mientras saltaba hacia atrás para huir de una ola que llegaba a la orilla.

Nuria sopesó sus palabras y continuó como si no hubiera advertido la profundidad de ellas.

—Tal vez usted podría ayudarme... —comenzó, e hizo ademán de buscar algo en su bolso. Enseguida se arrepintió—. No, déjelo, da igual.

—¿De qué se trata?

—Nada, de verdad. No es nada.

Marc se revolvió en los brazos de su madre señalando hacia la arena. Nuria lo dejó con cuidado en el suelo.

—Ve con Mireia, pero despacito.

El niño se cayó y se levantó varias veces en unos pocos metros.

—¿Son sus primeros pasos? ¿No le parece emocionante?

—Sí, muchísimo. Lo que sentí la otra tarde cuando por primera vez se apoyó sobre sus dos piernas y avanzó hacia mí no lo puedo describir.

—Si puedo, me encantaría ayudarla. En lo que sea —dijo Boro mientras veía los avances del niño—. Dígame por favor de qué se trata.

Ella lo miró también a los ojos. Su ofrecimiento le pareció muy sincero.

—No sé. Creo que tiene que ver con su trabajo.

—Razón de más.

Nuria sacó el cuaderno en el que había hecho sus anotaciones y se lo acercó a Boro para señalarle una de las palabras que copió del sobre que había recogido en el apartado de correos: «estereoisomería».

—No sé qué quiere decir. No la he encontrado en el diccionario —le dijo Nuria sin darle más explicaciones.

—«Estereoisomería» es un término de la química orgánica. ¿Para qué quiere saberlo? —preguntó desconcertado.

—No es por mí. Es para... una amiga que me ha enviado una especie de informe médico. —Nuria había decidido no mentirle más de lo que consideraba necesario.

—Es un concepto muy especializado —le dijo Boro.

—¿No lo estará diciendo porque no sabe lo que es? —bromeó ella.

Mireia había alzado a su hermano y le acercaba los pies al agua hasta que llegaba una ola y se los levantaba.

—No, es solo que no sé cómo se lo puedo explicar —continuó el químico—. La isomería, es decir, la mitad de la palabra «estereoisomería», es una propiedad de los compuestos químicos que tienen la misma fórmula molecular, pero consiste en que esos átomos, aunque son iguales, ocupan distintas posiciones en el espacio.

Nuria intentaba asimilar de golpe aquella lección sobre combinaciones moleculares.

—Aquello del orden de los factores... —continuó él—, pues en este caso sí que altera el producto porque ese orden, además de espacial, es tridimensional. Pero no es tan sencillo —dijo como si lo que había dicho antes lo fuera.

Nuria se relajó porque consideró que tampoco era tan necesario que lo comprendiera todo.

—Digamos que la estructura interior de una molécula cambia, aunque los elementos estén enlazados de la misma forma, porque en el espacio tienen otra orientación. Eso es la estereoisomería. ¿Sabe qué significa «estéreo» en griego?

—¿Tiene algo que ver con el sonido? —dijo Nuria.

—No, se refiere a la materia en estado sólido. ¿Me sigue?

—No mucho, la verdad —le dijo para no reconocer que no había entendido nada.

—Hay una forma muy fácil de explicarlo. Piense en nuestras manos, son iguales pero simétricas, si superpone las palmas, una encima de otra, cada dedo pulgar se queda a un lado. —Para acompañar su explicación, Boro ejecutaba aquellos movimientos—. No sé si la he ayudado o la he liado aún más.

—Sí que me ha ayudado, gracias —dijo Nuria mientras hacía unas anotaciones rápidas en su cuaderno.

—¿Alguna otra cosa que no haya encontrado? Como se imaginará, estoy muy sorprendido. No me esperaba que este fuera nuestro tema de conversación.

—Perdone, pero es que es el único químico al que conozco —dijo Nuria señalando con el bolígrafo otra palabra que tenía escrita en el cuaderno.

—Vamos, que me ha elegido por eliminación —le dijo riendo, y se acercó para leer la palabra que Nuria le señalaba.

—El efecto teratogénico es terrible. Quiere decir que esos compuestos son capaces de engendrar monstruos, es decir, que provocan deformidades. La focomelia es su consecuencia: equivale a algo así como tener las extremidades como aletas de foca.

A Nuria le dio un vuelco el corazón. Lo miró horrorizada y después fijó la vista en sus hijos. Mireia había dado tantas vueltas con Marc en brazos que al final había caído mareada sobre la arena al lado de su hermano. Nuria pensó que los dos se mancharían la ropa, pero consideró que al fin y al cabo con algo se tenían que entretener.

—¿Está seguro? —acertó a articular.

—Completamente. De repente está muy pálida. ¿Qué le pasa? ¿Qué es todo esto? —le dijo Boro con preocupación.

Nuria se volvió aturdida hacia donde estaban sus hijos. Se apartó la melena del lado izquierdo y se la colocó sobre el hombro derecho. Sintió que le faltaba el aire. Su comunicante anónima no mentía. Asumió de golpe esa certeza: que la posibilidad científica de engendrar monstruos era real.

—Mireia, nos vamos.

—Mamá..., pero ¿por qué? Si estamos tan bien —comenzó a protestar la niña.

—Vámonos. —Nuria se acercó hasta ellos con urgencia, recogió a Marc del suelo y le sacudió la arena de los pantalones.

—Pero ¿qué pasa? —le preguntó de nuevo Boro.

—No se preocupe. Muchísimas gracias por todo.

Y sin añadir nada más, Nuria empezó a caminar hasta la avenida y detuvo el primer taxi que apareció. Cuando estuvieron dentro, Boro le entregó la caja con las cartas.

—Gracias de nuevo —le dijo Nuria.

Cuando el vehículo arrancó, Boro se quedó desconcertado y muy quieto hasta que perdió de vista al taxi. Mientras estaban parados en un semáforo, Mireia la interrogaba:

—Mamá, ¿ese señor tiene hijos?

—No lo sé, mi vida, no lo conozco demasiado —le respondió Nuria con el tono más indiferente que fue capaz de fingir.

—Pero si habláis mucho.

—Sí, pero de otras cosas. De nuestro trabajo.

—Tendrá madre y padre —le replicó la niña muy resuelta mientras se giraba hacia la ventanilla.

—Sí, eso sí, de algún sitio tiene que haber salido.

Mireia se dio por satisfecha. Y Nuria se relajó. El taxista la miró por el espejo retrovisor y ella lo sintió como una advertencia, como si se tratara de una señal de tráfico que le indicara peligro, riesgos indeterminados y por eso mismo, aún más inquietantes.

En cuanto Mireia se despertó, le habló a su padre de aquel señor tan simpático y enseguida añadió que además era *mico*.

Máximo le preguntó a Nuria a quién se refería y ella le dijo que lo más seguro fuera que la niña lo hubiera soñado.

Él esperó a que la niña saliera de la habitación y se dirigió muy airado a Nuria:

—¿De quién habla?

—No lo sé, Máximo. A saber. Sabes que tiene mucha imaginación. No es nada. Será de uno de los cuentos que lee.

—O de los que tú le cuentas. ¿Crees que no me he dado cuenta de que cada vez estás más callada? Ya no me prestas tanta atención. No sé, como si hubiera cosas nuestras, de tu familia, que te hubieran dejado de importar.

—Máximo, no es así.

—Sí que es así y además coincide que todo eso pasa desde que tienes ese maldito trabajo. Vas a tener que dejarlo. Lo primero es lo primero.

Nuria estuvo taciturna durante todo el fin de semana, contestaba a Máximo con frases cortas y monosílabos. Los dos seguían disgustados. Apenas le habló a su marido de los niños ni de lo que habían hecho esos días. Esto no hacía más que confirmarle a Máximo sus recelos.

En cuanto se metió en la cocina aquel domingo por la noche, Máximo comenzó a observar la salita y el dormitorio como si se tratara del popular juego de las siete diferencias: quería descubrir qué había cambiado desde su estancia anterior. Pasó la mano bajo las mantas apiladas en la parte de arriba del armario, hizo lo mismo con las toallas acumuladas en el baño, miró debajo de la cama y cuando iba a salir de la habitación, abrió con más fuerza de la que requería el primer cajón de la cómoda. El san Nicolás se tambaleó, pero Máximo lo cazó al vuelo y enseguida notó la llave sobre su capa de obispo. Él sabía que ese objeto no se correspondía con ninguno de los atributos con los que se le representaba y pensó que la vida de su esposa era muy distinta a la

que ella aparentaba. Sintió que su confianza se agrietaba y estaba dispuesto a impedir que se rompiera del todo porque entonces sabía que ya no podría recomponerla.

* * *

Antes de salir de viaje, Máximo fue a un taller de cerrajería cercano, copió la llave y volvió a su casa para dejar la original en su sitio con la excusa de que se había olvidado unos documentos. No necesitó decir nada porque Nuria aún dormía. Cerró la puerta con el mayor sigilo.

En el bar de carretera en el que almorzó miró el periódico y se detuvo sobre un anuncio porque pensó que era exactamente lo que necesitaba:

¿Quiere pruebas de sus dudas? Informes prematrimoniales y matrimoniales, localización domicilio, insolvencias financieras, España y extranjero. Diplomado en Investigación Criminal. Agencia con una de las licencias gubernativas más antiguas de Cataluña. Diríjase a G. B. Teléf. 37 66 89.

No le quedó claro si G. B. era el nombre de la empresa o las iniciales del detective. Arrancó la página, salió a la calle y llamó desde una cabina.

—Guifré Baladre al aparato. ¿Con quién tengo el gusto?

—Prefiero no decirle mi nombre. ¿Cuándo podemos vernos? —Máximo utilizó una soltura impropia de quien hace una llamada de ese tipo por primera vez.

—Cuando quiera, amigo. Dígame lugar y hora, y si mis múltiples compromisos laborales y personales me lo permiten, allí me tendrá.

—Este jueves por la tarde. ¿Qué le parece en el bar del Pi? —le preguntó con mucha resolución.

—Déjeme ver, déjeme ver. —El detective parecía consultar su agenda—. ¿A las siete está bien?

—Hasta entonces —dijo Máximo Zafara. Y enseguida colgó sin añadir nada más.

Sabía que no hacía lo correcto, pero intentó convencerse de que era lo mejor. Él siempre anteponía los fines a los medios y la firmeza de su carácter al miedo.

* * *

Durante el encuentro, cuatro días después, Máximo catalogó a aquel hombre, al que reconoció enseguida entre los demás parroquianos, como «un habitante de los bajos fondos». Por un momento se arrepintió de haber recurrido a él, pero como siempre encontraba una frase para resumir cada situación y con eso se aclaraba la mente, se dijo que, si algo quería conseguir, algo tenía que costarle.

Por episodios anteriores, Zafara sabía que sus sospechas, a decir de otros, eran siempre desmesuradas, sin razón, pero él era así, muy desconfiado. Nadie es perfecto, pensaba para consolarse, aunque estaba convencido de que él se encontraba muy cerca de la excelencia, y en algunas facetas de su vida incluso la superaba.

En cuanto tuvo enfrente a Baladre advirtió su barba hirsuta, daba la impresión de que le crecía de forma continua, igual que el cabello salpicado de caspa. Fumaba un cigarrillo oscuro y bebía una copa de coñac. A Máximo le llamaron la atención sus gafas atadas a un cordón metálico. Para mirar la fotografía de Nuria se las ajustó sobre la nariz. A Zafara le dio asco que manoseara aquel retrato de su mujer. Después le entregó la copia de la llave que había encontrado en la espalda de la figura de san Nicolás.

—Necesito saber qué abre. Demuéstreme que es cierta esa efectividad que cacarea en su anuncio.

—Ni lo dude. Se nota que no me conoce.

El detective separó de sus ojos con un gesto rápido sus lentes, que volvieron a colgar sobre sus solapas, y se echó hacia atrás apoyándose contra el respaldo de la silla. Llevaba un traje negro dos tallas más grandes de la que le correspondía, pero unos buenos zapatos, como si en sus pies hubiera echado el resto con el fin de que le sirvieran para patear las calles sin descanso. Enseguida se despidieron.

Máximo decidió que aquella noche no iría a dormir a su casa.

* * *

El detective Guifré Baladre cogió el mismo autobús que Nuria de camino al instituto cosmético. Esa vez ella fue sin Marc y Mireia porque Dora, de nuevo, se ofreció a quedarse con ellos. Aunque le preguntó por su viaje —quería ser cortés y provocar además un cierto acercamiento—, su vecina le contestó con monosílabos. Nuria la imaginó en alguno de aquellos lugares que ella solo conocía a través de las revistas: estaciones de esquí de nieves

perpetuas, salones en los que camareros vestidos de etiqueta servían cócteles muy sofisticados...

Cuando Nuria subió por la escalinata de la finca de la calle Pelayo, quien la seguía se acercó al portal de al lado y habló con el hombre que barría la acera. Le dio, como si fuera una octavilla, un billete de cien pesetas.

—¿Sabe quién es?

—La veo por aquí cada viernes desde hace más o menos un mes.

—¿Y qué más?

—Va al entresuelo, donde está el laboratorio de las cremas.

Baladre sintió que había malgastado el dinero porque todo aquello ya se lo había contado el marido de Nuria, pero a pesar de eso insistió.

—¿Trabaja para ellos?

—Eso me parece, porque cada vez viene y se va con una caja. Llevará lociones de las que anuncian. Para mí que será *representanta* o de una perfumería.

—¿Y la ha visto acompañada?

—Sí, de sus hijos.

—Mire, ese billete tómelo como un adelanto, sabe que lo que me ha dicho no vale nada, está en deuda conmigo. Quiero que tenga los ojos como platos, en una semana exacta me presentaré aquí y me gustaría que tuviera algo que contarme, pero que yo no sepa ya.

El portero no dijo nada. Solo se cambió de lado de la boca el palillo que no le había impedido mascullar aquellas pocas frases.

Cuando ya se disponía a marcharse, vio a Nuria con un hombre alto. Se dirigían hacia Las Ramblas.

—Vaya, vaya —dijo mientras miraba al portero—, parece que esto se anima. Mejor, ya empezaba a aburrirme. Volveré a cobrarme las cien pesetas. Recuérdelo. Y no se quede solo en esta finca, dedíquese a las demás también —le dijo Baladre como si fuera de su incumbencia organizarle el trabajo.

Nuria y Boro caminaron un rato en silencio. El detective los siguió manteniendo la distancia.

—No hacía falta que me acompañara —le dijo Nuria bastante incómoda cuando llegaron a la parada del autobús.

—Necesito que hablemos y no podía hacerlo en el laboratorio.

—Usted dirá.

—El otro día me quedé muy preocupado.

—Le agradezco que se interese por mí —le dijo Nuria a la vez que esquivaba su mirada.

Boro le colocó la mano bajo la barbilla con ternura y le levantó la cabeza con suavidad para mirarla a los ojos. Baladre los observaba a través del cristal de un escaparate con dos cosas ya claras: que había tenido suerte y que a Zafara aún no le diría nada. No quería terminar tan pronto con aquel encargo. Presentía que les podía sacar mucho jugo a sus sospechas.

El detective seguía ojo avizor. No perdía detalle por si se cogían de la mano, él le volvía a rozar alguna parte del cuerpo, o asistía a cualquier otro gesto que delatara el carácter romántico de aquel encuentro. Aquella distancia tan cercana para otra persona hubiera resultado imprudente, pero no para él, que se consideraba un maestro en el secreto arte de indagar, como le había dicho a Máximo.

El autobús de Nuria llegó a la parada y el detective aprovechó para cruzar y aproximarse todo lo que pudo a ellos.

—El informe médico del que me habló, el que le envió su amiga, ¿me dejaría verlo?

—¿Para qué? No tiene importancia, de verdad.

—Pues no parece que no tenga importancia por su reacción del otro día.

—Mejor que eso, acláreme algo. ¿A qué se refería con lo de engendrar monstruos? —preguntó Nuria dejando ir su autobús.

—A todo tipo de deformidades, como la ciclopía. ¿Sabe qué es un cíclope?

—Sí, un gigante con un solo ojo, como el Polifemo de Góngora.

—Y como el del poeta Luis Carrillo y Sotomayor; hijos los dos del que describió Homero.

A Nuria la sorprendieron mucho estas referencias literarias aunque de forma inmediata pensó que no estaba prohibido que un químico supiera de más cosas por mucho que ella no entendiera nada de átomos y moléculas.

—Una persona que nace con ciclopía tiene una única órbita facial, algo así como un solo ojo y en el centro de la frente... ¿Está leyendo algo que trate de estos temas tan desagradables?

—No... Es por el mismo informe —insistió Nuria tratando de sonar convincente.

—¿Está embarazada?

—¿Yo? No, claro que no, y ella creo que tampoco.

—Bueno, ya me contará. En el nombre de la ciencia se pueden conseguir maravillas, emular a Dios, pero cometer muchas aberraciones también.

Nuria asintió. Llegó otro autobús y Boro le dio la caja con las cartas.

—Gracias por todo —le dijo antes de subir.

El autobús arrancó y Nuria miró nerviosa su reloj, arrepentida de haber perdido adrede el anterior. Otra vez se le había hecho muy tarde. No quiso ni imaginarse la escena que le esperaba en su casa. Y lamentó no haber ido al laboratorio por la mañana, como había hecho la semana anterior y como le prometió a Máximo que haría siempre.

—Otra vez. ¿De qué me sirven tus promesas? Así no fue como quedamos. Me dijiste que trabajarías en casa y solo sería una tarde a la semana —le dijo su marido furioso nada más cruzar la puerta.

—No es así, Máximo, trabajo todos los días; algunos, muchas horas. Más de las que te crees. Lo que pasa es que tú no me ves, pero los viernes es cuando tengo que entregar la correspondencia para que el sábado la pongan en el correo y comiencen a repartirla el lunes.

—Pero habíamos quedado en que irías por la mañana. Además, ¿aún no te cansas?

Nuria, a pesar de que le pareció una impertinencia aquella pregunta de nuevo, no quiso discutir.

—Toma, te había traído esto —Máximo tiró de malos modos una cajita rectangular sobre el sofá del tresillo. Era un perfume de Myrurgia.

Nuria no sabía lo que hacer. Lo olió y le acercó el frasco a Máximo.

—Ya lo conozco, por eso te lo he comprado, huele a mercado persa. Como ves, siempre estoy pensando en ti.

Nuria se sintió culpable, tal como era la intención de Máximo, y lo cogió de la mano para que entraran en el dormitorio. Lo llevó hasta la cama para que se sentara. Comenzó a besarlo después de echarse unas gotas en la nuca. Enseguida apareció Mireia.

—Huum, qué olorcita.

Máximo la subió a sus rodillas y le dejó el frasco.

—Huele a amor —dijo la niña.

Nuria miró a su hija y después aquel envase de esencia con temor. Sintió que, como si fuera un perfume, su amor por Máximo también había comenzado a evaporarse.

En aquel momento solo deseaba que se marchara cuanto antes para retomar sus cartas.

Estimada amiga:

He consultado lo que usted me transmitió con un amigo...

Al escribir esa última palabra, Nuria se detuvo, consideró que tal vez tendría que llamarlo compañero de trabajo, pero se inclinó por dejarlo así porque era más corto y además no daba demasiadas pistas. La oyente del programa podía pensar que quien le había informado era alguien del mismo instituto de belleza si le daba ese otro dato. Así que continuó:

... y me dice que uno de los efectos supone que esa molécula hace nacer monstruos. Sé que suena a cuento de terror, pero se lo transmito tal cual. Espero haberle sido de alguna ayuda. Sigo a su disposición en este apartado de correos. Dado el carácter de nuestra comunicación, entenderá que prefiera esta vía al consultorio. Gracias por su comprensión.

Atentamente.

Después de escribir estas líneas se incorporó y comenzó a estirar los brazos, juntó las manos sobre su cabeza y flexionó su cuerpo por la cintura hasta que tocó con sus dedos la punta de los pies.

Detrás de las hojas de las ramas más bajas de un árbol, desde la acera de enfrente, Guifré Baladre observaba la ventana sin cortina. A aquel trabajo el detective solo le dedicaba una media hora cada día, a excepción de los viernes. Aquella semana la vio salir a comprar el martes, los dos días siguientes llevó a sus hijos al parque, por la tarde cogía el aparato de radio que tenía en el mueble del comedor y lo encendía siempre a la misma hora. Concluyó que era una mujer muy casera, pero que tal vez concentraba sus encuentros y con ello sus emociones, que era posible que solo necesitara ver una vez cada siete días al que ya consideraba su amante. Aventuró que, como además tenía a su marido, no necesitaría de una mayor asiduidad.

* * *

El sábado dejó a los niños con Máximo con la excusa de que iba a comprar los ingredientes que le faltaban para preparar una tarta. Fue en tranvía hasta la oficina postal. Se sintió intrépida, desenvuelta, capaz de hacer eso y mucho más.

Hizo girar la llave en el casillero. Pasó la mano por el interior para cerciorarse de que no había nada, se agachó y vio al otro lado a los empleados que clasificaban el correo.

Entró en su casa, al cabo de hora y media, con una bolsa de tela que pesaba bastante. Además, el calor de los primeros días de julio aún hacía más costosos sus movimientos. Máximo estaba en la bañera con sus dos hijos. Nuria pensó que en pocos sitios habría una concentración de tanta belleza como allí.

A la semana siguiente Nuria fue antes al laboratorio con la intención de que Liliana le tomara medidas para el vestido que le había encargado, pero la secretaria había vuelto a ausentarse y fue Boro quien, de nuevo, le entregó la remesa de cartas.

—Yo ya me iba, deje que la acompañe al autobús —le dijo.

Nuria no encontró ninguna razón válida para negarse, y ambos caminaron en silencio. Cuando llegaron a la parada, Boro se volvió para mirarla con atención.

—Parece preocupada. Aún es pronto. ¿Por qué no se queda un poco más?

Cruzaron de nuevo la plaza de Cataluña hasta Las Ramblas. A Nuria lo que más le importaba era saber si la remitente habría recibido ya su respuesta. Al llegar a la cafetería Savoy, Boro le propuso que se sentaran en la terraza. Los ojos de Guifré Baladre, de nuevo, enmarcaron la escena. El detective, fiel a su cita de los viernes, los siguió hasta allí y tampoco en esta ocasión perdió detalle.

—Voy a enseñarle algo —le dijo ella muy decidida.

Nuria le puso bajo los ojos las fórmulas que había copiado en su cuaderno del sobre que encontró en su apartado postal.

—¿Estaban en el informe médico del que me habló? —le preguntó extrañado mientras bebía un trago del Martini que le había llevado el camarero.

Nuria se sirvió un poco de agua de Vichy, sin perder de vista las manos del químico, con los tendones muy marcados. Luego recorrió con los ojos sus brazos y se detuvo en sus labios. Boro levantó la cabeza y ella se centró en aquellas líneas escritas.

—Si no es mucho pedir, me gustaría saber qué significa esta frase completa —dijo Nuria pasando una página para leérsela en voz alta—: «No se tuvo en cuenta la estereoisomería en moléculas S y R, correspondiéndose la S con un efecto sedante y la R con un efecto teratogénico».

La pronunció de un tirón. En su casa la había repasado muchas veces. A Boro Navascués le pareció una estudiante aplicada que se esfuerza por desentrañar un misterio para ella inescrutable mediante una lectura muy atenta y repetida.

—A ver, el efecto sedante ya sabe cuál es, el de los barbitúricos, los somníferos y todas las sustancias que ayudan a calmarse. El compuesto de esos medicamentos suele ser en muchos casos urea más ácido malónico, que se extrae de las manzanas.

Nuria apuntó un par de palabras.

—Y el teratogénico..., bueno, ya se lo expliqué.

Nuria asintió desolada.

—¿Qué es todo esto? Perdóneme si le parezco brusco, espero no incomodarla con mis preguntas, pero necesito saber qué está pasando. ¿Estas fórmulas son del compuesto que produce esos efectos? Se lo ruego, dígame algo más. Tiene que ser sincera conmigo. No me oculte nada, por favor. Quiero ayudarla, pero para eso necesito saber en qué está metida.

—No lo sé, Boro. No sé de esto más que los efectos que está produciendo en mí. Este asunto me está socavando. Tengo pesadillas, en ellas veo a un doctor que mutila a mis hijos. Es horrible.

Boro notó el temblor de Nuria y le apretó la mano que ella tenía sobre la mesa. Guifré Baladre se relamió porque ese caso estaba saliendo como quería.

—Tranquilícese, por favor, y explíqueme con calma a qué se refiere.

—La mujer de la que le hablé... —Nuria dudó.

—Confíe en mí —insistió Boro acercándose un poco más a ella—. Además, quedamos en que no conoce a ningún químico más. ¿No es así? —intentó bromear.

Nuria asintió.

—Esta amiga me escribió para hablarme de unos niños que están naciendo mutilados y me envió estas fórmulas.

Boro la miró alarmado.

—¿Y qué sabe de su... *amiga*?

—Poca cosa, la verdad. De momento, solo nos comunicamos por carta mediante un apartado postal.

Esta frase fue la que le confirmó a Boro que aquel contacto se había producido a través del consultorio radiofónico.

—Dígame algo más, se lo ruego.

—En la primera carta... —Nuria dudó de nuevo durante unos instantes— escribió que era la amante de alguien muy poderoso.

—¿Incluyó su nombre?

—No —le dijo, y se detuvo. Miró el fondo azul de sus ojos como si pudiera distinguir sus pensamientos y continuó—: Al parecer, lo supo por una conversación que escuchó sin que él se diera cuenta. Dice que a algunos de esos bebés los han abandonado en distintos orfanatos. Encontrarlos me parece

lo más importante ahora. De esa forma..., averiguaría la causa. Pero no sé. No entraba en mis planes toparme con algo así.

—¿Puedo quedarme estas fórmulas?

Nuria arrancó las hojas de su cuaderno y se las entregó.

—¿Me dirá de qué son? —le preguntó Nuria.

—Claro. Cuente con ello.

Con pocas pistas él había dado con el origen de aquellas cartas. Ninguno de los dos había nombrado el consultorio radiofónico, pero ambos sabían que aquella historia había partido de allí.

Se incorporaron y en cuanto el camarero se acercó para cobrarles, se despidieron. Nuria tomó un taxi allí mismo y entró en el vehículo muy pensativa. Boro observó con preocupación las hojas que Nuria le acababa de entregar. Guifré Baladre chasqueó la lengua: aquella forma de levantarse de la mesa y la frialdad de la despedida le hicieron pensar en una ruptura. Para el detective aquello supondría un fracaso porque aún no había puesto en conocimiento de Máximo Zafara la información y, lo que era peor para él, todavía no había cobrado ninguna parte de sus honorarios. Se dijo que, por lo que pudiera pasar, por si aquellos dos no llegaban a nada o ya habían llegado y terminado, la próxima vez que se vieran le pediría a su cliente un adelanto, pretextaría gastos de desplazamiento y gestión, lo que se conocía como una provisión de fondos.

Antes de meterse en un bar se acercó a hablar con el portero de la finca vecina a la de los señores Frument en la calle Pelayo para que le diera algo más a cambio de las cien pesetas.

Dentro del taxi, Nuria consideró que, frente a lo que le solía suceder en otras ocasiones, le parecía una bendición que el conductor estuviera tan abstraído en el programa de fútbol de la radio que no entablara conversación con ella.

Sentía un sabor amargo muy intenso. Recordó las palabras que le dijo Máximo en cuanto supo del trabajo —al menos, de la versión que ella le había contado—, cuando la conminó a que lo abandonara en cuanto se cansara. No quería darle la razón, rendirse tan pronto, pero por primera vez se planteó seguir su consejo. Para distraerse, desató el cordel de la caja de las cartas y vio un sobre color salmón con ribetes dorados sobre los demás. Lo sacó y tocó el papel tejido con hilo. Era de doña Leonor. Nuria lo abrió enseguida. Con una letra que parecía que dibujaba cisnes y olas decía:

Querida señora Zafara:

Me va a disculpar esta tardanza en concretar la invitación que le anuncié el día que nos conocimos. Como le dije entonces, le reitero mi intención de que almorcemos juntas para de esa forma conocernos mejor. Yo apenas he tenido tiempo de detenerme a leer alguna de sus respuestas. Ya le explicaré por qué. Pero tanto el padre Vilesermes como mi esposo me han hablado de algún aspecto concreto de su desempeño que me gustaría comentar con usted. Se trata de determinadas cuestiones que veo necesario que abordemos para evitar que por desconocimiento le induzcan a cometer algún error.

Bien, querida, llámeme por teléfono y me confirma si es posible que este miércoles acuda a nuestra casa.

Atentamente,

Leonor Arana de Frument

Un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba segura de que habían advertido que faltaba una carta, que además había sustituido otra y que por aquel motivo doña Leonor le proponía verse cuanto antes en aquella cita en la que ella presentía que la despediría, eso sí, de forma elegante, como parecía que aquella mujer lo hacía todo. Se sentía una imprudente a la que no le quedaba otra opción que pagar el precio de esas acciones suyas tan insensatas y arriesgadas. Lamentaba mucho perder aquella oportunidad casi antes de haber comenzado, pero sintió que no había vuelta atrás ni remedio.

El momento en el que Nuria supo que en aquella investigación no había vuelta atrás fue cuando encontró en el apartado postal unas fotografías de niños mutilados que le parecieron una baraja macabra.

No quiso esperar al viernes. Dos días después llamó de nuevo a Boro al laboratorio desde un teléfono público. Mientras hablaba, sujetaba el carrito de Marc y vigilaba a Mireia que estaba al lado sentada en un banco. Reconoció enseguida la voz de Liliana, pero la secretaria no pareció reparar en que se trataba de Nuria.

—Enseguida le paso —dijo.

—¿Ha averiguado algo más de las fórmulas que le di? —en cuanto escuchó la voz de Boro, Nuria le lanzó esta pregunta porque quería tener respuestas cuanto antes—. Además hay otra cosa. Aún no me he recuperado de la impresión. Necesito confiar en alguien. Creo que me voy a volver loca. Quiero que me ayude a llegar hasta esos niños. Por muy duro que resulte, tengo que ver qué les pasa, quiénes son sus padres, qué está ocurriendo. Sé más cosas, pero necesito que usted también me aporte algo antes de transmitírselas.

Liliana se incorporó de su asiento y cruzó el pasillo en dirección al baño. Siempre hacía gala de una enorme discreción.

—Nuria, la voy a ayudar todo lo que pueda, pero tiene que tranquilizarse. En ese estado le puede pasar algo. ¿Está ahí? —Boro insistió—. ¿Nuria?

—Sí, aquí estoy. —Ella sintió cierto mareo y se apoyó en el manillar del cochecito.

—Continuaremos el viernes —le dijo él cuando vio que Liliana se acercaba a su mesa.

Nuria agradeció que cortara la conversación de improviso porque comenzó a sentir náuseas. A duras penas podía mantenerse en pie. Llegó a su casa como pudo: con el niño llorando dentro del carrito y Mireia malhumorada porque tenía hambre. En cuanto entró en la salita, buscó el

frasco de las pastillas que el ginecólogo le había recetado para los mareos durante el embarazo. Pensó que la aliviarían y se tomó dos de golpe.

Guifré Baladre la vio en ese estado y se frotó las manos, que ya le olían al dinero que iba a percibir si era capaz de fraccionarle con sagacidad a su cliente toda aquella información.

* * *

Después de descansar toda aquella tarde y de dormir bastante bien, a la mañana siguiente se encontró un poco mejor, al menos para plantearse aceptar la invitación de la señora Frument.

Cuando la víspera de su cita con doña Leonor le prometió a Dora que buscaría una niñera, enseguida intervino Mireia.

—Mamá, ¿una niñera es una señora que hace niños?

—No, la que los cuida —le explicó delante de su casera. Y se rieron—. Esto es un imprevisto —le dijo a Dora como si acabara de saber del almuerzo en aquel momento.

—Tranquila. Está bien.

—De verdad, señora Blúmer no sabe lo agradecida que le estoy. Le juro que es la última vez. Siento que esto ya está pasando de castaño oscuro.

—Señal de que las cosas le van muy bien. Imagínese que llegara a ganar más dinero que su marido. —Dora iba a añadir que menuda se armaría, pero se contuvo. Entonces miró hacia dentro de su casa y llamó—: Úrsula.

—Dígame, señora.

—Te quiero presentar a Nuria Zafara. A sus pequeños ya los conociste el otro día. Es la esposa del representante italiano. ¿Te acuerdas de que te lo expliqué?

—Sí, señora.

—Pues eso, Nuria, Úrsula me crio y ahora ha enviudado. Le he propuesto que venga a ayudarme una temporada, al menos hasta que se resuelva lo de la pensión de su marido. No hace falta que busque a nadie más.

—Pero... —Nuria pensó muchas cosas: en llegar a un acuerdo económico con ella, en pedirle a aquella mujer de rostro tan afable que trabajara algunos días también en su casa. Quiso decir tanto que se quedó callada.

—No se hable más. Hoy por ti y mañana por mí.

—Gracias por su generosidad —le dijo Nuria muy emocionada, y pensó que Dora cada vez la intrigaba más, que era como si para ella los problemas

no existieran más que durante unos pocos segundos.

Su forma de vida parecía tener un reflejo exacto en su mente, también muy acomodada, tanto como un mar siempre en calma.

Hace dos meses que no me baja, no sé si voy a ser capaz de sacar a mi hijo adelante. El único hombre al que me he acercado es el amo de la farmacia en la que trabajo junto a su mujer e imagínese lo que supondría que se supiera el estado en el que temo encontrarme.

Nuria se imaginó la cara del padre Vilesermes al leer aquellas líneas.

Usted que siempre da tan buenos consejos, dígame qué debo hacer. Y por favor, no radie la carta ni diga mi nombre. Le adjunto un sello para los niños pobres, los llevo en mi corazón, porque yo también lo fui.

Nuria decidió dejar la respuesta para después y se lanzó enseguida a por otra.

Verá, señora, me dirijo a usted porque tengo una niña que es lo que más quiero en el mundo. Cuando nació nos pareció normal, éramos primerizos, pero, como dicen con acierto, las comparaciones son odiosas: fue al conocer a un sobrino bastante menor que ella cuando vimos que algo no andaba bien. La mayor parte del tiempo estaba como adormecida, le costó mucho hablar y ya no le digo andar. Fueron pasando los años y la hemos tenido siempre en casa. Ahora ha cumplido dieciséis y no hay manera de detenerla. Le explico a lo que me refiero: busca a los hombres y tememos que suceda una desgracia. En cuanto me descuido en una tienda, en el cine, donde sea, se les acerca.

Mi esposo y yo le hemos regalado un muñeco porque estamos convencidos de que se le ha despertado el instinto maternal. Le reconozco que es muy difícil saber cómo tratarla. Bueno, la dejo ya, que tendrá numerosas ocupaciones que atender, pero entienda que me preocupe por mi hija como lo haría cualquier madre; en mi caso, por estas particularidades que le cuento, todavía más.

Le deseo mucha salud para usted y los suyos.

Atentamente,

Libra

Nuria la respondió de inmediato:

Estimada amiga Libra:

A nadie le hacen daño los regalos. Si su hija no se sorprendió cuando se lo entregaron, eso significa que lo acogió de buen grado. En cualquier caso, tiene que entender que la naturaleza siempre hace su camino, que es normal que sienta atracción por los hombres, máxime cuando no ha estado acostumbrada, por lo que me cuenta, a tenerlos en su entorno. Ocúpese de ella como hasta ahora, si ha llegado al presente sin que le haya sucedido nada grave, no tiene por qué pasarle en adelante.

Quería creer en aquellas palabras que ella misma escribía, en que los riesgos no aumentaban con la edad.

Y relájese, ya sabe que los vástagos forman con sus progenitores una línea emocional que no tiene que cortocircuitarse y sí protegerse mucho. Si usted está bien, ella lo estará. Les envío a ambas un caluroso saludo con mi deseo de que todo resulte como espera.

No se olvide de escuchar nuestro programa y vuelva a escribirme cuando quiera, estaré encantada de atenderla.

En cuanto escribió esta despedida, sacó del sobre la siguiente.

Estimada señora:

Ya sé que no es frecuente que los de mi sexo se dirijan a usted, y menos si se dedican a mi oficio. Verá, soy policía y se supone que tendría que estar curtido como resultado de las miles de batallas libradas contra el mal, si usted me permite esta expresión, pero no es así, a veces hay determinadas cosas que nos llevamos del trabajo y nos acompañan siempre.

Quiero hablarle de un tipo de mujeres, las que antes de suicidarse dejan su casa limpia como una patena, sin una mota de polvo ni una sola prenda sucia. Y no me refiero solo a lo que queda a la vista, a lo que ve la suegra, que dice mi mujer.

El otro día en comisaría, en un aviso dieron la dirección de mi patio de vecinos. Como comprenderá, me inquieté mucho pensando que el suceso podría haber pasado en mi hogar, pero no fue así, aunque casi: la que estaba boca abajo sobre el tejado del entresuelo era nuestra vecina, una mujer animosa y entusiasta. Mi señora pasaba muchas horas con ella, yo solo había entrado en su casa un par de veces, que, como se dice, la tenía como una tacita de plata. Por tanto, pasó a engrosar las listas de las mujeres que dejan su casa como una patena antes de suicidarse. Esta vecina nuestra cada tarde merendaba una taza de café con un Optalidón. Parece ser que en el desayuno se tomaba otro. Decía que para no sentir el dolor de tantas horas moviendo los brazos y las piernas en casa de don Teodosio, para quien trabajaba limpiando.

De ella siempre recordaré sus carcajadas, le sacaba punta a todo. Nos tenía un cariño verdadero. Su ingenua venganza era referirnos las anécdotas de lo que vivía en las casas de los ricos, como ella las llamaba.

A Nuria le dio mucha pena aquella historia, pero apreció la necesidad que el vecino tenía de manifestar el cariño que no había podido transmitirle en vida

a aquella mujer. Le envió unas palabras de consuelo, le dijo que sobre todo acompañara a su esposa, que echaría mucho de menos a su amiga. A continuación cogió otra carta que parecía más bien una nota. No tenía encabezamiento, sino que comenzaba así:

No puede ni imaginarse lo que usted significa para mí. Sin su compañía de cada tarde le aseguro que ya habría cometido una tropelía contra mí mismo. Pero escucho su voz y me siento renacer. Usted es mi guía y lo único que me ata a esta vida. Nunca podré agradecerle lo suficiente su dulzura, su sensatez, su paciencia.

Nuria pensó en la labor social a la que habían aludido los señores Frument. Enseguida recogió todo lo que había esparcido sobre la mesa: su libreta para las notas, el lápiz, un bolígrafo, una goma, le puso la tapa a su máquina de escribir, metió esta última carta en su sobre y después en la caja que guardó en el hueco inferior de la alacena. Se sacudió una mano contra la otra como si se quisiera desprender de todas aquellas vidas ajenas. Después se sentó muy quieta en la silla, la luz del mediodía caía sobre ella igual que en los cuadros de la Anunciación. Se sentía muy satisfecha de la manera en que estaba llevando a cabo su trabajo, pero, a pesar de eso, sintió la necesidad de respirar aire fresco. Se dispuso a vestir a sus hijos.

* * *

En cuanto los vio en el parque, ante aquel fondo vegetal, pensó en los niños desmembrados e inmediatamente miró su reloj.

—Mireia, ¿quieres dar un paseo en tranvía?

—Sí, mami. ¿Dónde vamos?

—Cerca.

—No, cerca no, quiero ir lejos.

En apenas diez minutos llegaron a la oficina de correos. Sacó la llave con la cinta de su bolso y al abrir el apartado postal, sintió un escalofrío al ver dentro de él un sobre bastante grande.

—Mami, ¿qué es ese hueco?

—Son cosas del trabajo, cielo. Me las dejan aquí —le respondió mientras cerraba el casillero.

El camino de vuelta a casa se le hizo eterno. Quería ver el contenido cuanto antes, pero sin Mireia a su lado.

En cuanto entraron, los niños se quedaron en la alfombra donde tenían los cubos de un rompecabezas con motivos circenses. El niño le pasaba las piezas a su hermana y ella formaba una torre. En su dormitorio, Nuria tuvo por fin aquellas páginas ante los ojos y en cuanto las recorrió de arriba abajo deseó no haberlas visto nunca.

Tres plantas más arriba del laboratorio, tal como indicaba la nota, el miércoles por la mañana Nuria llamó al timbre de la casa de los señores Frument. Contuvo el aliento intentando controlar los nervios y, cuando no pudo más, comenzó a espirar despacio.

Le abrió la sirvienta y se quedó deslumbrada con aquella vivienda: se confundían las hojas, flores y demás adornos de piedra con los reales, los mosaicos con los objetos que adornaban los estantes ante ellos. Había varios santos en pequeños retablos, ramos en búcaros, las puertas eran de madera cincelada, muy historiadas y altas, a ambos lados de cada una los apliques de metal reproducían los mismos motivos y la cerámica reflejaba la luz que se filtraba a través de las vidrieras.

A Nuria le pareció que había retrocedido en el tiempo más de cincuenta años por lo menos. Imaginó que allí dentro se viviría de otra forma más lenta y sobre todo más tranquila.

Siguió a la empleada hasta la sala del mirador que se veía desde la calle. Temía el momento en que apareciera la señora Frument. Entre el zócalo y el comienzo de la cristalera había muchas plantas y, en la parte izquierda, entre los ventanales y una terraza que daba a la calle lateral, una pajarera desde el suelo hasta el techo. Como las aves eran de especies muy distintas, los gorjeos se entrecruzaban y mezclaban. Parecía una orquesta que afinaba sus instrumentos antes de un concierto.

Deseó que, si su intención era comunicarle que no querían que continuara con ellos, al menos fuera breve. Doña Leonor entró mientras Nuria admiraba los colores encendidos de las plumas de una pareja de guacamayos.

—Querida, gracias por venir. ¿Qué le parece todo esto? Es como vivir en un museo. Seguro que su hogar es mucho más moderno. ¿Cómo está?

Al escuchar su voz tan cerca, a apenas un palmo de su hombro derecho, se sobresaltó. Cuando vio las manoleínas que calzaba entendió por qué no había escuchado sus pasos.

—Bien..., gracias, y gracias también por invitarme —le dijo titubeante. Como su patrona se quedó callada, decidió continuar con algo que no tuviera demasiada importancia ni relación respecto a lo que la había llevado hasta allí —. Vivo también en una casa de esta época, pero dividida en pisos independientes para aprovechar los grandes salones que tenía. No es tan grande, pero no está mal.

—Siéntese. ¿Qué quiere? ¿Un Ricard? —le dijo doña Leonor con un tono muy neutro.

—Sí, está bien. —Nuria nunca había probado aquel licor, pero accedió por complacer a su anfitriona.

En ese instante entró la doncella y doña Leonor le pidió las bebidas de una forma muy educada.

—Como le dije en mi nota, tiene que disculparme por el retraso en convocarla. —Nuria no sabía muy bien cómo interpretar aquello—. Viajamos mucho. Es muy importante para nuestra firma que estemos al tanto de cómo se trabaja en otros países, sabe que la industria francesa es una potencia y, para nosotros, París es la meca, el lugar donde más aprendemos. ¿Ha estado alguna vez allí?

—No, solo he ido a Mallorca. —A Nuria no le cabía duda de que la estaba sondeando antes de entrar en materia.

—Es muy joven, ya tendrá tiempo. Pero, por las respuestas que da a nuestras cartas, parece que ha conocido mucho mundo —recondujo la conversación hacia el lugar que quería.

Y esta última frase a Nuria le sonó a reproche.

—Pues no es así —suspiró—, señora Frument, lamento decepcionarla. Será porque he leído bastante. Esa es mi afición. Durante algunas temporadas he llegado a leer un libro al día —le contestó Nuria con cierto rubor.

—Está bien, está bien. Eso está muy bien. Las mujeres cultivadas siempre son más interesantes, por mucho que algunos no lo quieran reconocer. Le diré por qué hay hombres que hacen como que no les atraen: por miedo, porque sienten complejo de inferioridad ante ellas. En nuestro caso, el señor Frument y yo antes que nada somos socios. Que además estemos casados es otro cantar, pero conformamos una sociedad, yo diría que, ya a estas alturas y visto lo visto, indisoluble.

—La felicito por eso —añadió Nuria sin saber todavía en qué iba a desembocar la conversación.

—Tiene sus secretos, no se crea. En vez de construir castillos en el aire, cada día hay que fabricar ladrillos. De puertas adentro me da muy poca faena este marido mío.

Nuria no supo muy bien a qué se refería, pero no consideró correcto pedirle ninguna aclaración sobre un tema tan privado.

—Y a usted, ¿cómo le va su vida de casada? —continuó doña Leonor con lo que Nuria tenía claro que era un interrogatorio.

—Verá, mi marido, Máximo, es viajante. —Cuando pronunciaba su nombre en voz alta sentía un estremecimiento que le indicaba que lo que sentía por él ya no era igual de intenso que al principio, cuando compartieron por primera vez una cama en el hotel Formentor—. Por ese motivo solo nos vemos cuando regresa a Barcelona. Mientras, yo me encargo todo el tiempo de nuestros hijos. Por eso me vino tan bien que me contrataran. —Nada más pronunciar estas palabras, Nuria cayó en la cuenta de que aún estaba a prueba y que además, después de haberse quedado con una carta y haber falsificado otra, esto podía haber cambiado por completo—. Quiero decir, responder a las cartas. Espero estar haciéndolo bien —la tanteó.

—Sí, querida, verá, nuestra intención principal, y perdone que se lo diga de esta forma tan directa, es vender cremas. Las consultas sobre tratamientos de belleza son las genuinas, aquellas que responden a nuestro propósito con este formato radiofónico. En cuanto a las demás, bueno, en principio pensamos eliminarlas, pero cuando vimos el interés que despertaban esas cartas sentimentales en las radioyentes, nos decidimos a mantenerlas. Eso sí, bien administradas. Yo las repaso e incluso en las que se radian incluyo consejos para la piel que ni siquiera han solicitado.

»Lo mismo tendría que hacer usted. Liliana le ilustrará sobre nuestros productos con más detenimiento. Todo lo que se refiere al pago de las cremas enviadas mediante giros postales ya lo tramitará ella. Después también tiene que apartar aquellas que le soliciten que les haga la grafología como una petición intercalada entre otras. Tenemos a una experta que interpreta perfectamente el significado de sus trazos y cómo responden estos a la naturaleza y emociones de cada personalidad. En esos casos, y si no han cumplido con ello, tiene que recordarles que para que les analicen su letra tienen que mandar más de veinte líneas, escritas con plumilla de acero, en papel sin rayar y con firma y rúbrica al final.

Nuria tomaba notas en el cuaderno y doña Leonor no cesaba de gesticular a la vez que se arreglaba la falda y se estiraba el cabello como si por el tacto quisiera saber cuántos pelos tenía en cada mechón.

—¿Y qué más? A ver —continuó la señora Frument—, muchas le pedirán que les responda por carta, como usted hará; no obstante, si le dicen que se radie tal o cual día, diga que nos vemos sobrepasados por tantos comunicantes que nos escriben o algo por el estilo. Si insisten, ya tiene que incluir una frase

como: «No me es posible radiar su atenta y sentida carta por la índole de la misma». Más claro, agua. Y si ve que el tema es demasiado... tremendo para usted, pues diríjase al padre Vilesermes, que él sabrá darle algunas directrices para que responda de la forma más adecuada posible. A veces incluso en la radio el censor de allí no pasa alguna y toca rellenar ese espacio con música.

»Se nos quejan de tanto fondo de Franz Lehár, pero qué le vamos a hacer. Todos los donativos que incluyen en los sobres los retiramos nosotros antes, los juntamos y Liliana se encarga de hacerlos llegar a las instituciones más necesitadas. Se lo digo por si ha leído que los nombran. No tema por el destino de esos billetes. Los sellos los desprendemos de los sobres y los donamos al Domund. Usted sabe la labor que llevan a cabo los misioneros en este mundo nuestro tan castigado. En cambio, usted, espero que ya comience a sentir la felicidad por tanto bien que le está haciendo al prójimo.

Su discurso le produjo una tranquilidad inmediata, pero efímera, porque saber que seguiría adelante le suponía también tener la certeza de que se embarcaba tal vez sin regreso hacia las tinieblas de aquel asunto tan espantoso de los bebés desmembrados. Sintió alivio porque para ella eso significaba que no habían contado las cartas y que por tanto no sabían que había robado una. Pero solo por eso.

—Tanto al padre Vilesermes como a nosotros, usted nos pareció encantadora y muy despierta. Creemos que tiene un gran futuro profesional —agregó.

A Nuria le halagaron estas palabras, dichas por alguien que consideraba que las mujeres podían hacer algo más que quedarse en sus casas, a la espera de que sus maridos volvieran cada día —en su caso ni siquiera era así—. Doña Leonor defendió que no había ningún inconveniente a la hora de trabajar codo con codo y de igual a igual con ellos, o tener incluso una vida independiente. A Nuria no le cupo duda de que aquella amplitud de miras se debía en parte a sus continuos viajes, pero también a su talante. Era una mujer religiosa, eso lo advirtió desde el primer momento por su manera de tratar al sacerdote, antes incluso de ver cómo estaba decorada su casa, pero esto no le impedía cierto desenfado.

Nuria se imaginó compartiendo ese licor allí con Boro Navascués y con don Aleix, y se dijo que tal vez aquella ocasión llegara. Deseó que sucediera, aunque no sabía muy bien por qué.

—Yo era muy pobre, ¿sabe? Muy pobre —le dijo la señora Frument mientras con el vaso levantado miraba a su alrededor, como queriendo constatar lo que el dinero había obrado en su vida. Nuria no la interrumpió—. La bonanza comenzó con la aparición de Aleix. Se enamoró de mí porque era

guapa, solo por eso, no me importa confesarlo. Nos llevamos bastantes años, ¿sabe?

Nuria los hacía más o menos de la misma edad, pero por suerte no lo dijo: su jefa le aclaró que él estaba a punto de cumplir los setenta y cinco mientras que ella aún no tenía, ni siquiera, recalcó, sesenta y siete.

No pudo evitar que se le pasara por la mente que, a pesar de haber dedicado todas sus energías a ello, se notaba por su apariencia que no había hallado la fuente de la eterna juventud que preconizaba la publicidad insertada en el famoso consultorio Francis patrocinado por ellos. Doña Leonor era una mujer delgada, refinada, la calidad de su ropa y de su calzado saltaba a la vista, llevaba un reloj de oro y varias joyas, pero su rostro tenía arrugas de todo tipo: rectas, curvas, profundas, más leves, del mismo tono que su piel, otras encarnadas que más parecían cicatrices, y en algunos lugares como las sienes o bajo los ojos, se le transparentaban unas venas muy azules.

Nuria se terminó su bebida. Para ella fue un alivio que, en vez de pasar a una mesa, la criada les acercara un par de bandejas con canapés. De esa forma, calculó, la comida se prolongaría menos.

—Espero que le gusten, están recién hechos. Los de la blonda plateada son dulces y los del papel blanco salados, los acompañaremos con un jerez.

—Algunas de las cartas, como usted ha dicho antes, son terribles, señora Frument —le dijo Nuria de repente, como si quisiera tocar tierra—. Muchas mujeres sufren cosas atroces. Los peores casos son los que afectan a sus hijos, esos niños que no nacen bien... —la sondeó.

—Así es, quienes gozamos de una existencia tan dichosa no tenemos que olvidarnos de que no todo el monte es orégano. A mí me resulta fácil no ignorar esas realidades. Vivía con mis padres en un solo cuarto, que no tenía ni ventilación, y mire ahora qué balcones, una galería, la terraza que da la vuelta a toda la casa, el mirador... De allí a aquí sin término medio.

—¿Usted ha leído esas cartas que le digo? —continuó indagando Nuria.

—Mire, no me gusta hablar de mis méritos, pero sepa que colaboro con bastantes instituciones benéficas a título personal, no me refiero solo al dinero que llega gracias a la generosidad de los oyentes del consultorio. Visito orfanatos y sé de muchas tragedias. Y también soy consciente de lo importante que es la fe para continuar adelante. Sé de lo que hablo. No lo dude.

—Pero algunos casos son tan sobrecogedores... —Nuria pensó en mostrarle el sobre de fotografías que llevaba en el bolso—. Verá, el otro día leí... —justo cuando iba a añadir que fue en el informe de una empresa farmacéutica se detuvo— que una madre dio a luz a una niña a la que le faltaban un brazo y una pierna. La matrona se negó a cortar el cordón

umbilical hasta que la mujer, a la que tuvieron que reanimar tras un desmayo, aceptó que había salido de su cuerpo y quiso quien la asistió en el parto que esto fuera ante tres testigos para que después no pudiera decir que se la habían cambiado en la Maternidad. Nunca se me había ocurrido pensar en el cordón umbilical como precinto. Señora..., no sé si estoy preparada para estas cosas. Yo no sabría cómo consolar a alguien que acaba de sufrir una tragedia semejante. No hay palabras que sirvan de bálsamo a eso. —De inmediato se dio cuenta de que había cometido un desliz, porque podía inducir a que doña Leonor pensara que no servía para aquel trabajo. Decidió callar.

—Querida, para muchas personas nos hemos convertido en su guía, en su luz. Si Dios ha decidido que ese sea nuestro cometido, tenemos que seguir con esta misión. No flaquear. Piense que algo así como lo que me refiere no es habitual. Un caso entre un millón, es muy triste, pero qué se le va a hacer. Ármese de valor y continúe adelante. Por poco que les diga, siempre será mejor que nada.

Nuria valoró que si su jefa consideraba aquel nacimiento un hecho aislado era porque desconocía que existían bastantes más, tal como ella había leído en el documento del laboratorio farmacéutico que había llegado a su apartado postal. Aunque había un dato que le hacía dudar: había aludido a su continua labor en orfanatos. Para Nuria, o practicaba la caridad desde lejos o le estaba mintiendo.

—¿Sabe que nosotros comenzamos con un salón de belleza? —La señora Frument la sacó de sus cavilaciones con esta cuestión tan distinta—. Nada más ajeno a mi Aleix que ese negocio, pero, mire, poco a poco empezó a ver sus posibilidades, que esto de las cremas nunca se acaba porque la fea se quiere ver guapa y la guapa más guapa todavía. Así es, dicho con crudeza, porque igual que hay altos y bajos, gordos y flacos, hay guapos y feos, así ha sido siempre y así será.

Nuria sonrió y se alegró de pertenecer al grupo de las agraciadas.

—Mi vida, como le decía, ha sido como la de cualquier mujer de esas cartas. Mis padres y yo pasamos mucha hambre en la guerra. Él enfermó, eso lo salvó de ir al frente, pero murió igual. Mi madre cosía día y noche, se dejaba los ojos para poder comprar las medicinas que después comprobamos que más que sanarlo solo lo aliviaban, pero algo es algo. Murió de fiebres al cabo de un tiempo. Ya sabe, en el puerto era fácil cogerlas. No se pudo hacer nada. Nos quedamos las dos solas. Fíjese qué desdicha, pero, mire, nunca hay que tirar la toalla. Como le decía, tengo casi setenta años y mi madre nos ha acompañado hasta hace pocos meses. Tenía más de noventa. Ay, mi Aleix... — Y la señora Frument dejó en suspenso aquella frase como si entonces cayera

en la cuenta de que su marido también era ya muy mayor, pero enseguida se recompuso—. He tenido mucha suerte en casi todo. Y dígame, ¿es usted católica?

—Sí, claro. —A Nuria la pregunta la pilló de improviso.

—¿Va a misa? —insistió doña Leonor.

—Cuando no está mi marido durante el fin de semana, sí.

—¿De dónde es él?

—Italiano.

—Qué interesante.

A Nuria le sorprendió que lo expresara así.

—Como lleva bastante tiempo aquí, no se le nota mucho. Casi nadie lo sabe. Además ha castellanizado su nombre.

Se escuchó un reloj de péndulo en la otra punta de la casa y la señora Frument se puso de pie.

—Bien, querida, me ha encantado pasar este rato con usted. Tengo que bajar ya a la oficina. Me gusta cómo es. Espero que se quede con nosotros muchos años. —Sonrió—. Porque eso significará que aún nos queda tiempo por delante también a nosotros dos.

—Seguro que será así. Ya verá. Están ustedes muy bien.

Doña Leonor la acompañó a la puerta del piso y esperó en el rellano hasta que Nuria cerró por dentro la reja del ascensor. Cuando pasó por el entresuelo aspiró el aroma a eucalipto. La puerta del instituto estaba abierta, pero no lo suficiente como para que le permitiera comprobar si Boro Navascués se hallaba dentro. De todas formas, salió al rellano. Una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Qué tal ha ido? —Boro subía del sótano con un soporte en la mano en el que se alineaban varios tubos de ensayo—. Me ha dicho Liliana que hoy almorzaba con doña Leonor.

—Sí. He estado muy a gusto en su compañía. —Nuria estaba siendo muy sincera porque así lo sentía.

—¿Y quiere eso decir que continuará con la correspondencia del consultorio? —Boro estaba muy interesado en que así fuera.

—Eso parece —le dijo ella muy feliz.

—Me alegro —Boro la miró con una intensidad que la hizo ruborizarse—. Aunque era de esperar. Tal como conozco a los señores Frument, sabía que les agradarías —añadió tuteándola, y a Nuria le gustó que se dirigiera así a ella por primera vez—. Pero quiero que sepas también que en estas cuestiones la última palabra siempre la tiene el padre Vilesermes.

—Pues me lo podrías haber dicho antes. Así habría sabido cómo actuar, me hubiese evitado bastantes nervios —le replicó ella.

Cada vez se sentía más segura con él. A pesar de eso, no podía evitar retirarse cada dos por tres el cabello de la frente hasta colocárselo detrás de una oreja. Era el gesto que repetía con más frecuencia. Los dos habían pasado al tuteo con mucha naturalidad.

—Tengo que ir a recoger a mis hijos, pero necesito hablar contigo otra vez —dijo bajando la voz—. Es urgente.

—¿Qué pasa? —preguntó Boro preocupado. Nuria ya no sonreía.

—El viernes —dijo ella— ¿podrías salir antes? No quiero llegar a mi casa demasiado tarde.

—¿Te parece bien si te espero en la cafetería Savoy?

Nuria asintió y salió precipitadamente justo cuando el ascensor se detuvo a espaldas de ellos con la señora Frument dentro. Mientras se abría la puerta tuvo tiempo de alcanzar las escaleras que daban al zaguán.

El viernes de aquella semana llegó enseguida y, con él, el rato de libertad de Nuria. Desde que, gracias de nuevo a Dora Blúmer, apareció Úrsula en la vida de ambas, se sentía bastante más relajada. La criada, más que una mujer, le parecía un portento, algo así como un cofre que albergara lo más valioso: la posibilidad de disponer de un respiro.

—Aquí los tiene. No sé qué les hace, pero se lo pasan de maravilla a su lado —le dijo Nuria.

Úrsula la despidió con una sonrisa y se apresuró a cerrar la puerta. A Nuria no le cupo ninguna duda de que aquel gesto se debía a la premura con la que quería volver junto al aparato de radio del que emanaba una voz impostada, que leía una de las cartas de las consultantes del programa con el que ella tanto tenía que ver.

* * *

Tras recoger la caja en el laboratorio, se reunió con Boro en la terraza de la primera manzana de Las Ramblas.

Se saludaron y el químico enseguida la apremió para que le contara sus novedades. El último sobre que le llegó al apartado postal era tan grande que Nuria lo llevaba doblado dentro del bolso.

—Necesito que leas esto —le dijo a la vez que se lo tendía.

Boro sacó las copias ciclostiladas que había en el interior y comenzó a leerlas con mucha atención.

—Lo peor de esta sustancia teratogénica, tal como dice aquí, es que no se elimina sino que se transmite a los descendientes. Eso quiere decir que con una sola administración, con una sola toma, el riesgo está latente y puede aparecer en la siguiente generación o en las sucesivas. No está del todo demostrado, pero así se cree.

Cuando pasó al siguiente documento, enseguida reconoció el sello de un laboratorio farmacéutico.

—Un amigo mío del seminario trabaja allí —dijo, y continuó con la vista fija en aquellas líneas.

Se trataba de una nota interna en la que se referían a varios niños nacidos con unas deformidades terribles. Y se comunicaba que desde aquel momento se procedería a la observación de estos casos clínicos. En cuanto llegó al final, levantó la vista hacia Nuria y vio su gesto de dolor.

—Aún hay más. Mira esto —Nuria le tendió unas fotografías—. Necesito encontrar a esos niños.

Aquellas imágenes lo sobrecogieron.

—Nuria, escucha, conozco a alguien que creo que nos puede ayudar mucho con esto. Aunque...

Nuria juntó los papeles. Él los repasó sin perder detalle.

—¿Vas a ayudarme? —insistió ella.

—Ya te lo he dicho. En lo que quieras. Además, después de ver estas fotografías...

—Gracias.

—No me las des. Yo también necesito saber qué está pasando. No podemos hacer como que no hemos visto nada. Ven, acompáñame. —Boro la cogió de la mano.

Y desde la acera de enfrente, el detective consideró que había llegado el momento de sacar su cámara del bolsillo de su chaqueta, también dos tallas grande.

—Pero ¿ahora? ¿Adónde? Espera, que se nos olvida la caja. —Nuria no estaba segura de estar haciendo lo correcto.

Boro no le soltó la mano hasta que cruzaron hacia el bulevar central del paseo de Las Ramblas.

Los transeúntes del otro lado de la calle se sobresaltaron al ver a un hombre solo que aplaudía. Guifré Baladre se sentía infalible mientras los veía alejarse.

Boro y Nuria cogieron un taxi, y como si fuera por efecto de aquel techo en movimiento, que los resguardaba y los acercaba a la vez, se relajaron.

—Tranquila, vamos a ver a alguien a quien conoces.

—No creo. Te sorprendería saber la poca gente que conozco aquí en Barcelona a pesar de los años que llevo. Qué distinto lo veía todo cuando llegué.

—¿De dónde eres?

—De La Bisbal. ¿Has estado en el Ampurdán?

—No, he llevado una vida bastante monacal, pero de unos años a esta parte, desde que trabajo, lo voy compensando —le dijo Boro con otra de sus sonrisas resplandecientes.

—Hasta a mí me cuesta reconocermé en la joven que era. —Nuria movió la mano de un lado a otro como si fuera un abanico y después se apretó los párpados con dos dedos—. Cuánto pueden cambiar las circunstancias. Quería hacer tantas cosas..., pero, mira, viré el rumbo. Tal vez cuando mis hijos crezcan...

—Vive ahora, Nuria. No hagas planes para plazos tan largos. Nunca se sabe —le dijo con bastante tristeza.

Después de casi un cuarto de hora dentro del taxi, pasaron por el hospital de Sant Pau y continuaron en dirección al barrio de La Sagrera.

Unos diez minutos después, Boro le dijo que habían llegado. Estaban casi en Santa Coloma. Mientras él pagaba la carrera, Nuria se agachó para ver mejor el exterior desde la ventanilla. El edificio ante el que se habían detenido era una iglesia. Le llamó la atención la puerta de entrada, que parecía un túnel, y la cristalera circular sobre ella, con dos travesaños superpuestos en forma de cruz como una esfera de reloj de la que se hubiera tachado el tiempo.

—¿Vamos a confesarnos? —le dijo intentando que ambos se relajaran un poco.

—Si quieres... —continuó Boro.

Dentro del templo, Nuria sintió que el incienso se le agarraba a la nariz como si se lo colocara sobre ella una mano dispuesta a narcotizarla. Se quedó parada. Vio a Boro de espaldas, avanzaba por el pasillo con la caja de cartas como si fuera un fardo con víveres. Le pareció majestuoso. No pudo evitar, en aquel entorno, imaginarlo con sotana. Cuando llegó hasta el altar Nuria se giró para contemplar la nave central: había unas veinte filas de bancos y solo tres mujeres en ellos, y además bastante separadas; movían los labios de la misma manera acompasada, sin emitir ningún sonido, como si la letanía llegara a ellas desde fuera y la masticaran.

Boro abrió la puerta de la sacristía. El padre Vilesermes lo abrazó con mucho vigor. Eran dos hombres fuertes, muy masculinos. Sin el traje talar del sacerdote, cualquiera hubiera pensado que se trataba de un padre y su hijo. El cura se quedó parado cuando la vio, pero enseguida reaccionó aunque no dejaba de preguntarse por aquella visita y sobre todo por qué habían llegado juntos.

—¿Cómo está? —y añadió después—: ¿Nuria? —preguntó como si no estuviera seguro de recordar su nombre.

Ella no supo muy bien cómo saludarlo y al final se decidió a darle la mano. Pero fue Boro quien inició la conversación:

—Padre Sabino, si hemos venido hasta aquí es porque necesitamos contar... con su ayuda en un tema delicado.

—¿De qué se trata? Salvador. ¿Queréis tomar un refresco?

Boro continuó.

—Estamos bien aquí, cuanta más intimidad mejor.

—Me estás asustando.

—El caso es, padre, que... están naciendo bebés a los que les falta alguna de sus extremidades o varias.

El padre se mostró sorprendido.

—Salvador, tú mejor que nadie, porque las has visto en algunos de tus compañeros, sabes que esas desgracias han existido siempre.

—Esta vez es distinto, padre. Esto parece provocado.

—¡Pero qué estás diciendo! Es una locura solo pensarlo.

—Padre, tenemos unas fórmulas químicas y un informe tan esclarecedor como escalofriante. Y lo peor de todo es que parece que hay mucho interés en que no trascienda.

El sacerdote lo miró con mucha preocupación.

—Salvador, eso que dices es muy grave. ¿Estás seguro?

—Estamos casi seguros, por eso lo necesitamos. Hemos pensado en usted porque conoce a fondo las instituciones de caridad, el hospital de San Juan de Dios, por ejemplo. Al parecer, muchas familias abandonan a sus hijos porque no soportan verlos así. Podría preguntar; saber si les llegan niños como los que le describimos. Se lo dirán enseguida.

—Sí, así lo haré —le respondió muy pensativo—. Cuenta con ello. Aunque ya sabes todo lo que tengo aquí en la parroquia y en el seminario, pero encontraré la manera de hacer lo que me pides. Como comprenderéis, en estos lugares no dejan entrar a cualquiera, por la seguridad de esos pobres niños incluseros. Pediré nombres, preguntaré de dónde proceden, cualquier cosa.

—Gracias, padre. Sabía que una vez más no me dejaría en la estacada —le dijo Boro abrazándolo, y Nuria percibió que aquel gesto remitía a un agradecimiento de años.

Admirada señora:

Mi hijo no es de mi marido.

Así comenzaba la primera carta que tomó Nuria, como si la mujer que la escribía necesitara soltar aquella frase a bocajarro entre el encabezamiento y la primera línea sin ninguna introducción.

El hombre con el que me casé trabaja embarcado. Nuestra cohabitación no es muy frecuente por este motivo, pero cuando nos dispusimos a tener familia no paramos durante todo el tiempo que él se hallaba en tierra firme, como dicen los marineros. A pesar de eso no hubo manera, después nos gastamos una fortuna en médicos, pero parecía que no había nada que hacer y eso que mi esposo me entregó una cantidad de dinero muy grande para que buscara al mejor especialista mientras él se marchaba de nuevo, deseaba tener descendencia tanto como yo y ya con nuestros más de treinta años pues veíamos cómo volaba el tiempo. Ninguno de los dos queríamos parecer los abuelos de la criatura en vez de los padres, pero la progenie no llegaba.

Nos obsesionamos tanto..., sobre todo yo. Fantaseaba con verme embarazada, me miraba en los espejos, hasta en los escaparates, y sacaba la tripa, eso sí, cuando no tenía a nadie cerca.

Contra todo pronóstico y cuando ya estábamos a punto de resignarnos, lo conseguí, y advierta, señora, que no digo lo conseguimos. En cuanto su buque arenero atracó en el puerto, nada más verlo aparecer en la cubierta, le comuniqué con gestos la buena nueva. Con mis manos dibujaba una esfera sobre mi barriga. Él bajó del barco loco de contento, nos fuimos a celebrarlo a un bar. Apenas probé el alcohol, pero él bebió por los dos. Lo mejor es que las fechas cuadraban casi casi con su última estancia en Cádiz.

Nuria miró de forma refleja el remite escrito en el sobre.

Somos muy felices, señora, por fin somos tres. Aunque no me lo manifestaba con esa rotundidad, ahora advierto que puede ser que mi marido lo deseara incluso más que yo. A Dios gracias todos gozamos de muy buena salud. Mi bebé es muy guapo.

Tengo una cajita llena de caracoles de mar, debajo de ellos hay una bolsa de papel a rebosar de billetes. Son los que mi marido me dio para el tratamiento que resultó definitivo. Lo dejamos para

el final, como último recurso, porque era el más caro de todos y, por cosas del destino, me salió gratis. He pensado comprarle un regalo a mi marinero, pero si es muy caro tendría que justificar de dónde he sacado tantos cuartos. Igual me invento que me ha tocado la lotería, porque en cierto modo es así. O mejor, en vez de solo un regalo le compro varios de menos precio.

Ay, señora, no diga que somos de Cádiz, ni que mi marido va en un barco, ni que el niño es precioso, ni que encontré a este doctor tan agradable. Mejor no diga nada, no sé por qué le he escrito. Bueno, sí que lo sé, porque necesito compartir con alguien lo dichosa que soy, guárdeme el secreto, no quiero salir por la radio. A veces tengo remordimientos y después, como si estuviera loca, me imagino que una amiga me pide los datos del médico para ir ella también. Ay, no sé, son cosas que pasan.

Creo que lo mejor es que disfrute de mi felicidad, ¿verdad?, ¿no cree usted?, y me olvide de estos melindres. Al fin y al cabo, no todo puede salir exactamente como a una le gustaría, pero a pesar de eso lo importante es el resultado. Y el resultado en este caso es muy bueno: mi marido quiere al niño con locura y yo disfruto mucho de verlos juntos. Y le diré otra cosa: yo creo que a mí ahora me quiere más.

Reciba un afectuosísimo saludo de Estrella de Mar.

Le adjunto un donativo de veinticinco pesetas para los niños pobres.

A Nuria aquellas líneas la hicieron sonreír. Al fin y al cabo, y a pesar del engaño, todos habían obtenido lo que querían. Se recostó empujando el respaldo de la silla hacia atrás, apoyándose solo en las patas traseras, y se balanceó unas cuantas veces. Tenía conciencia de lo que suponía aquel caso, pero, comparado con las grandes tragedias con las que se tropezaba cada día, le parecía un asunto menor.

Nuria decidió que le daría la enhorabuena por su bebé (un recién nacido sano siempre era motivo de alegría, se dijo, y no pudo evitar que de nuevo en su cabeza aparecieran las imágenes de los niños tullidos). Le diría que aquel ginecólogo le parecía un verdadero profesional, como si solo hubiera leído por encima aquellas líneas, que disfrutara de tanta salud y se centrara en la educación de su hijo, que hiciera de él un hombrecito que en el futuro tal vez fuera capitán de navío igual que lo era ya de su corazón. Consideró que esta última frase le había quedado un tanto cursi, pero no la cambió, un poco de dulzura nunca iba mal, se dijo.

Remató su respuesta deseándole suerte en la siguiente revisión, que la obligaría a acudir de nuevo a la consulta de aquel doctor que tan dispuesto a ayudarla se había mostrado. Encontró dentro del sobre una fotografía del niño. A Nuria le pareció de revista, aunque no tan guapo como Marc.

Entonces se acordó de la intercesión epistolar del padre Vilesermes. Pensó que tal vez después de aquella liviandad la citarían en su confesionario. Probaría. Aquel secreto respecto al bebé quedaría entre el sacerdote y ellas

dos. Le gustó esa sensación de proximidad con quien era tan importante para Boro. Ella también deseaba su complicidad: si permitía que aquella carta se enviara, tal vez significaría que dejaba a su criterio esas cuestiones, y que su vigilancia con la correspondencia ya seleccionada no era tan férrea. Al fin y al cabo, la comunicación solo era para una persona y no para casi toda Cataluña, que parecía ser el público del consultorio a través de las ondas de Radio Barcelona. Si aquella mujer le había escrito desde Cádiz podía deberse a que había sabido del programa y sus respuestas por algún conocido, como había sucedido en otros casos. Nuria también quería pensar que el hecho de que Vilesermes bajara la guardia podría suponer que, al igual que ellos, se había metido de lleno en la cuestión de los niños desmembrados.

Aquellas historias, las malas y las menos malas, tenían en común que le hacían conocer la trastienda de una sociedad de vitrina, en la que primaban las apariencias; solo se exhibían los brillos, el orden. En la versión oficial que cada domingo contaba el documental del cine, todo parecía resplandecer: las calles, los políticos en las inauguraciones, las sonrisas de los niños. Como en una estrategia que pretendiera cegar el acceso a lo que Nuria tenía ante sus ojos, más abiertos que nunca: los desvanes y los sótanos de cada casa, de cada mente, donde se guardaba lo menos presentable, lo que era necesario esconder al prójimo. El programa de radio seleccionaba su contenido con el mismo criterio. Leían las cartas sobre el joven que quería tener la barba más cerrada, se instaba a una muchacha a que no desobedeciera a su novio que no dejaba que se maquillara, otra de las oyentes preguntaba por el lugar de nacimiento de un santo, pedían recetas para que el cabello les creciera más rápido y tónicos para suavizar la piel. Todo esto intercalado con poesías recitadas y fragmentos, a menudo demasiado extensos, de las tan repetidas obras musicales de Franz Lehár, el compositor austrohúngaro de operetas.

El estruendo de la aldaba del portón principal de la mansión Muley Afid resonó en todo el patio y en la escalinata y sacó a Nuria de sus pensamientos. Se asomó por si estaba el jardinero cerca de la verja de entrada, pero como no vio a nadie no tuvo más remedio que bajar ella misma a abrir.

—Mireia, subo enseguida. No pierdas de vista a tu hermano.

—Sí, mami, no tardes —le dijo la niña con cierta desconfianza por si se marchaba y los dejaba solos.

Nuria cruzó el manto verde tan bien cuidado que parecía una piel animal en vez de vegetal.

—Boro, ¿qué haces aquí? ¿Cómo sabías dónde vivo?

—Tuve que investigar un poco entre los papeles del señor Frument. Por cierto, te gustaría saber las anotaciones que hicieron sobre ti el día de la

entrevista, pero, claro, no te lo puedo decir porque es confidencial.

—Sí, pero tú sí que las has leído. Tampoco me puedes decir si hay otras Nurias que escriben cartas.

—Todo a su debido tiempo. Tenemos que ir aquí. —Boro le señaló una nota.

—¿Ahora? ¿Y mis hijos?

—Que vengan.

—No sé.

Nuria le hizo esperar en el vestíbulo. Boro acariciaba la bola que remataba la barandilla brillante y lo observaba todo como si estuviera en un museo. Nuria bajó enseguida y se acomodó en el taxi que su compañero de trabajo tenía esperando.

—Hola, señor mico —le dijo Mireia.

—Esto sí que es de improviso —le dijo Nuria nada más sentarse con el niño encima de ella.

—El padre Vilesermes me ha dicho que vayamos antes de que se arrepientan de recibirnos.

—¿Es tu padre? —le preguntó la niña.

—Más o menos, pequeña. —Y volvió a dirigirse a Nuria—: Ha encontrado en un orfanato a un niño con las características de los que le dijimos.

Por el paseo del valle de Hebrón llegaron en poco más de cinco minutos.

—El patronato Ribas —le anunció Boro.

Nuria vio cinco pabellones alineados; en el del centro destacaba una escultura, sobre ella un reloj y sobre este una campana. La capilla era el eje central a partir del cual se repetían edificios idénticos a derecha e izquierda. Delante de la iglesia había un campo de fútbol con una barandilla de piedra en cada lateral.

—El padre Vilesermes no ha conseguido que le revelen la procedencia del bebé. No creo que nosotros tengamos más suerte.

—Ya se nos ocurrirá algo, pero no podemos irnos con las manos vacías.

Nada más llegar a la conserjería del vestíbulo, Boro se dirigió al hombre que leía allí una novela del Oeste escrita por Silver Kane.

—El padre Vilesermes ha llamado para comunicarles que vendríamos.

El bedel los miró primero a ellos, después a los niños, y a continuación consultó una especie de libro de registro.

—Aquí está. Pase usted con él, los niños no entran. —Y levantó un auricular para hacer una llamada interna.

Aparecieron dos monjas. Boro supo enseguida por el hábito que eran hermanas de la Caridad.

—Los pequeños se quedarán conmigo. No permitimos que accedan a nuestras instalaciones niños de la calle. —A Nuria le resultó curioso que se refiriera así a sus hijos—. Traen enfermedades. Aquí la higiene es muy importante, eso y las vacunas.

—Bien, no tardaremos —le dijo Nuria como si lo supiera a ciencia cierta.

La otra religiosa los condujo al despacho de la superiora. Era una estancia de pavimento hidráulico con dibujos de flores grandes, los muebles estaban tan pulimentados que lanzaban destellos como si en vez de madera fueran de metal. Había una radio de medio metro de largo y sobre ella una muñeca en compañía de una especie de duende. Boro se preguntó si aquella

mujer también escucharía el consultorio que patrocinaban los señores Frument.

De la pared del fondo, tras su mesa, colgaba una bandera de España sobre la que había un crucifijo encima de la fotografía de Franco. Varias imágenes, búcaros con flores naturales y trofeos deportivos completaban la decoración. La directora, después de saludarlos, los llevó a recorrer las aulas. Todas presididas por la Purísima Concepción.

—En un asilo para huérfanos —dijo Nuria sin poder contenerse mientras miraba la lámina repetida en cada sala de clase.

—Así es, para que sepan que tienen otra madre eterna que no los abandonará y siempre velará por ellos desde el cielo.

Boro suspiró.

Vieron también las tablas con caballetes donde dibujaban los niños, salieron a un pasillo que tenía al menos cinco metros de ancho, con arcos en el lado que daba al jardín central, bancos, cenefas a media altura y techos acanalados.

—Enseguida llegamos adonde están los más pequeños —les dijo la monja, pero antes abrió otra puerta—. Miren, el salón de actos. —Se la veía muy satisfecha del estado y el funcionamiento de aquel edificio. Y además, a diferencia de Nuria, parecía no tener ninguna prisa.

Ellos se asomaron a una nave llena de bancos de iglesia que terminaba en un escenario. La capilla que habían visto desde la calle era mucho más ornamentada y fastuosa de lo que sería de esperar en un orfanato. Las figuras sagradas eran todas pequeñas, como si se persiguiera de esta manera que los niños las vieran más similares a ellos.

Atravesaron dos habitaciones llenas de armarios y arcones, después el dormitorio de camas blancas de metal pintado. Eran tantas que hacían el efecto de convertir la nave que las albergaba en un espacio inacabable. Lo mismo sucedía en el comedor con las mesas, cada una para siete personas. Había una barbería incluso. El nombre les pareció inapropiado y todavía más lo que añadió entonces aquella mujer.

—Aquí los operamos de anginas, así no lo saben hasta que llegan.

—Pero se lo contarán unos a otros —dijo Boro, que tenía mucha experiencia en aquel tipo de convivencia.

—Sí, pero cuando tienen las amígdalas inflamadas los traemos y ellos no saben si esa vez es para cortarles el pelo o para extraérselas. Después un poco de yodo, algún helado y en pocos días como nuevos.

Se les unió otra monja que los saludó con una leve inclinación de la cabeza.

Entraron a lavarse en la cocina. Aquel edificio no se acababa nunca: había dos alas más, con la lavandería, la sala de plancha, la de las calderas... Cuando la monja abrió la siguiente puerta vieron la enfermería. Había una báscula, el panel con las letras del test de Snellen para medir la agudeza visual, unas estanterías bien aprovisionadas de material quirúrgico y varios botiquines con las puertas de cristal.

Las ventanas de la habitación de servicios médicos daban al huerto enorme del que se aprovisionaban. Nuria se angustió al ver a Mireia correr junto a la acequia, justo donde comenzaban unos surcos con hortalizas. Enseguida la cogió de la mano la monja que se había quedado a su cargo. Se inquietó porque no estaba Marc con ellas. Boro le tiró de la manga cuando vio que se acercaba otra hermana con un niño de cara muy redonda envuelto en una toalla.

—Aquí lo tiene. Este es el pequeño que nos dijo el padre Vilesermes que vendrían a visitar. Díganle que la próxima semana nos traerán a otro al que le pasa más o menos lo mismo. Ahora está ingresado en la Maternidad porque pensaron que había nacido muerto de lo flojito que estaba. Miren cómo será que advirtieron que aún respiraba cuando alguien del personal de allí, sin querer, le dio una patada al balde en el que lo habían colocado bajo la cama de su madre y entonces vieron que reaccionaba.

—Y dígame, hermana. ¿En todos estos años había visto algo así? —le preguntó Boro mientras se encaminaban los cuatro hacia el despacho de la superiora.

—Estoy aquí desde después de la guerra y tengo que decirle que es la primera vez que nos traen un niño en este estado. No sé qué vamos a hacer con él y los que lleguen así, cuando crezcan, dónde los colocaremos. Casi todos los demás salen adelante. Estamos muy contentas de nuestros éxitos, pero ya me contará. —Abrió una puerta con un rótulo muy austero en el que se leía «Dirección».

—Sor Drusilda, desnúdalo para que estos señores puedan apreciar su desgracia.

Lo colocó sobre la toalla en el centro del escritorio de la superiora. Lo único que tenía bien formado era el tronco; en vez de brazos le nacían de los hombros una especie de flores de carne, en una de ellas se agitaban dos dedos y en otra no tenía ninguno; tenía un pie casi completo pegado a una cadera y el otro sin acabarse de formar y metido hacia dentro del cuerpo.

En un acto casi reflejo, Nuria giró la cabeza porque no soportaba verlo. Boro la estrechó contra su pecho mientras no podía dejar de mirarlo.

—Hermana —se dirigió él a la directora—, no sé si le ha informado el padre Vilesermes de que la nuestra es una misión científica. —Logró rehacerse un poco—. Por ese motivo me veo obligado a solicitarle que me permita tomar una fotografía.

—Adelante. Ningún daño puede hacerle.

Sacó una cámara negra y cromada con una plaquita en forma de rombo con la marca Agfa. Las partes que no eran de metal imitaban la piel de cocodrilo.

—Es para un informe que estamos elaborando. Espero que nuestras investigaciones les sirvan en el futuro.

—Todo lo que sea para ayudar a esta pobre criatura... No tener extremidades, nos dijo el doctor del hospital, les añade además otro problema muy grande, parece que a través de los brazos y las piernas regulamos la temperatura corporal, así que fíjese: este pequeño arde.

La monja le cogió la mano a Boro y se la puso sobre el tórax del niño. Quiso hacer lo mismo con la de Nuria, pero ella rehusó. No tenía fuerzas para tocarlo. Estaba segura de que rozarle la piel haría que se le saltaran las lágrimas.

Boro se apretó el párpado inferior con el pulgar y el índice.

—Esto es todo por el momento, hermanas. Les estamos muy agradecidos por acceder a recibirnos. Espero que entre todos encontremos reparación para este mal. —No les quiso decir más—. Solo me queda felicitarlas por su trabajo. Yo me crié en un lugar muy parecido a este. Se me han agolpado los recuerdos.

Nuria lo miró con ternura, pensó que nunca le había preguntado demasiados detalles sobre su vida.

—Solo una última pregunta, por favor, hermana —dijo Boro—, ¿qué saben de los padres de este niño?

—Aunque quisiera, no puedo facilitarle esa información. Entienda que en ocasiones hasta que los inscribimos nosotras en el registro civil ni siquiera se sabe que existen.

—Entiendo. Pero ¿les ha llegado de aquí, de la ciudad? —insistió.

—Como le digo, es algo que no puedo revelarles.

—Pero llevarán un control —intervino Nuria.

—Por supuesto, y muy detallado, pero les repito que es confidencial.

Nuria y Boro intercambiaron una mirada de frustración.

—Sor —le dijo Nuria a la directora—, sé que es de pésima educación, y me va a perdonar por eso, pero necesito que me indique dónde está el aseo. Me vendría bien refrescarme antes de marcharnos. Me siento un tanto indisputada.

—Vaya, no es para menos —dijo mientras le hacía un gesto a una de sus dos subordinadas para que la acompañara.

Nuria siguió a otra de las monjas y fingió que se tropezaba al pasar junto a Boro. Él la sostuvo enseguida para que no cayera al suelo.

—Nuria, ¿estás bien?

—Consigue esa dirección como sea —le susurró Nuria al oído antes de separarse de él—. No ha sido nada. Un traspies —dijo después en voz alta.

Boro la vio salir bastante desconcertado.

—No se preocupe, es normal que se haya indispuesto, en cuanto se refresque y tome un poco de aire se encontrará mejor —le dijo la directora.

—Necesitamos saber de dónde ha salido esta criatura.

La directora abrió la boca para replicarle, pero, en ese momento, escucharon un alarido al otro lado del pasillo. Las monjas salieron corriendo. Boro hizo ademán de correr también tras ellas, pero volvió sobre sus pasos.

Nuria no dejaba de gritar a la vez que golpeaba la puerta del baño con mucha fuerza.

—¡No puedo salir! ¡Y está aquí! ¡Sáquenme, tiren la puerta abajo, hagan algo! ¡Me va a picar! Aaaaaaj. Es enorme. ¿Dónde están?

Boro miró alarmado hacia el pasillo. Dudó. Trató de recomponerse y registró los cajones de la mesa de la directora. En uno de ellos encontró un archivador de fuelle. Sacó varias carpetas de cartón hasta que dio con una con el rótulo «Admisiones».

—¡Me muero! ¡Se me ha enrollado en un tobillo! —los chillidos de Nuria eran cada vez más angustiosos.

Boro miró hacia fuera confuso. No sabía si acudir en su ayuda. Buscó rápidamente entre los papeles hasta que por la fecha dio con el que buscaba, cogió un lápiz y una hoja, copió la información y, tras dejar todo como estaba, se guardó la hoja en el bolsillo y salió corriendo hacia Nuria.

—Ay, que me corta la respiración —escuchó que decía ella en aquel momento.

La superiora apartó a la hermana más joven, que forcejeaba con el picaporte.

—Déjame a mí. —Después de alejarse un metro, se lanzó con toda la fuerza de su cuerpo contra la puerta. Sus casi cien kilos solo hicieron que se separara apenas un centímetro del marco para volver enseguida al quicio y continuar igual de cerrada—. ¿Está bien?

—No, hermana. Estoy callada porque la serpiente me mira. Ahora se mueve. Me está pasando entre las piernas. No puedo más. Mátenla.

—Permita que le ayude —dijo Boro uniéndose a la directora.

Los dos se lanzaron contra la puerta y escucharon la madera astillarse. El cerrojo y los clavos saltaron. Nuria estaba acurrucada en un rincón y se rodeaba las rodillas con los brazos.

—¿Dónde está?

—Mire la cola. Acaba de meterse en el váter. Qué asco. Casi me muero del susto.

Boro miró hacia el váter y hacia Nuria.

—Venga, querida. No ha sido nada. Cosas de estar en pleno campo. No ve que hay tantas acequias, pues habrá subido por el desagüe. Ya ha pasado —le decía la superiora mientras le acariciaba la cabeza que había colocado contra su cuello. Con este gesto denotaba su costumbre de tratar de forma continua con niños.

Las otras hermanas ya no estaban. Se habían llevado con ellas al bebé.

—Les acompañaré yo misma hasta la salida.

—Lo que se ha perdido —le dijo la directora al conserje cuando llegaron al vestíbulo—, un ofidio. Será mejor que compruebe los desagües de ese baño y de todos los demás de paso.

El conserje asintió bastante sorprendido y se fue hacia los baños mientras miraba con pena el bocado que había dejado a medias sobre su mesa.

—¿De verdad se encuentra bien? —le preguntó la directora preocupada.

—Sí, no ha sido nada —dijo Nuria algo avergonzada al ver la intranquilidad de aquella mujer—. Solo el susto.

En cuanto se despidieron de ella y salieron al exterior, los dos se quedaron mirando las piernas de Mireia, sus calcetines de ganchillo, los zapatos, la manera en que movía las manos. Mientras, Marc respondía a las carantoñas de la monja con medias palabras.

—Vamos, Mireia, nos marchamos. Gracias, hermana, por entretenerlos. Ha sido muy amable —dijo Nuria mientras cogía al niño en brazos.

El mismo taxi esperaba en la puerta. En cuanto estuvieron los cuatro dentro, Nuria se volvió hacia Boro:

—¿Has podido averiguar desde dónde llegó el bebé?

—Sí —dijo Boro sacando de su bolsillo el papel donde había anotado la dirección—. Pero la próxima vez que vayas a hacer algo así avísame. Casi te creo y lo echo todo a perder.

—No podíamos irnos con las manos vacías. Pobre pequeño. Qué difícil lo tiene. Imagino lo que tuvo que sentir su madre al verlo. Si a mí me ha producido una impresión tan grande...

—¿Quién, mami? ¿Qué ha pasado?

A mediodía, Boro avisó a Liliana de que no regresaría al laboratorio cosmético después de comer. Desde las cinco en punto esperó a Nuria delante de la fábrica textil Can Batlló y ella no llegó hasta media hora después. Estaba muy agitada y tenía las mejillas encendidas.

—Perdona el retraso, tenía que hacer la entrega de las cartas. No sé cuánto vamos a tardar aquí y no podía arriesgarme a que Liliana se marchara pronto. ¿Cómo se lo habría explicado a los señores Frument?

—No te preocupes —le dijo Boro mientras admiraba aquel rubor, la tensión de su falda ajustada sobre las piernas, la melena flotante, sus labios. Para interrumpir el curso de aquellos pensamientos le preguntó enseguida por la caja de las cartas.

—La he dejado en casa antes de venir. ¿Vamos?

Boro asintió y se dirigieron a la estación de Magoria. Muy cerca de la Gran Vía se alineaban las barracas construidas con cajas de mercancía sobre el suelo de tierra y con el techo de uralita o de cartón cuero. Otras eran más resistentes porque estaban levantadas con materiales de derribo. Por delante de esas casas tan precarias pasaban muchas mujeres y niños cargados con cubos. Junto a una de las fuentes había unas veinte personas haciendo cola. Boro les enseñó el papel con el nombre y las señas que había copiado en el despacho de la superiora del Patronato Ribas.

—Sí, hombre, esa es La Civilera, la sobrina de María. En cuanto suene la sirena de la fábrica, volverá. Espérenla allí junto al poyo —les dijo una mujer mientras les señalaba un barril de gasoil cortado por la mitad y vuelto hacia abajo—. Es la última barraca de este camino.

Desde que se internaron en aquel mar de gente, Nuria no había dicho nada, como si se encontrara en otro mundo del que desconociera su idioma.

—Hay sitios peores —le dijo Boro, que había notado su inquietud—: debajo del vertedero de basura de la montaña del castillo; cuando llueve les cae todo encima. Y no sé si has oído hablar del Somorrostro, entre el hospital de

Infeciosos y la fábrica de gas Lebón. En esa otra barriada, pegados a la costa, siempre están pendientes de los temporales. Mira, en cambio, los huertos de aquí...

Alrededor de ellos los niños corrían descalzos, con las caras sucias y la ropa andrajosa.

—Otros viven en cuevas llenas de chinches en la avenida que divide el Ensanche. —Boro escuchó los cascos de un caballo y cogió a Nuria del brazo para apartarla y que pasara el carro cargado de garrafas. Después ella no se soltó. Necesitaba aferrarse a él para sentir que provenía de otro lugar también real, pero muy diferente—. Cuando se agita el mar acuden a recoger los materiales que arrastra a la orilla para fabricar sus casas.

Pasaron junto a una riera entre la fuente y la casa que buscaban. Nuria sacó de su bolso un pañuelo y pulverizó el perfume de un frasco con borla muy pequeño. Se lo acercó a la nariz y después se lo pasó a Boro.

—No, no te preocupes. Estoy hecho a todo. El «agua del tifus», la llaman. —Miró el camino que habían dejado atrás y le pareció ver a un hombre con traje oscuro que se ocultaba detrás de la valla de uno de los huertos.

Pensó en ir hasta allí, pero no quería interrumpir a Nuria, que por fin había comenzado a hablar:

—No sabía que en la misma Barcelona había personas que vivían así. Cuántos sueños habrá enterrados aquí, ¿verdad? Cuántas personas que llegarían para progresar se estancaron y ahora solo sobreviven. —Nuria miró hacia el agua sucia.

—Mucha gente no lo sabe. No son sitios agradables de mirar. Algunos barrios de estos, como Can Clos, están escondidos, ese en una cantera, y aquí ya están empezando a derribar muchas de estas casetas para realojar a sus vecinos. Menos mal que no ha llovido, si no, esto sería un lodazal. Mira, ¿crees que será ella?

Nuria estaba distraída, pendiente del sonido de una guitarra. Miró a la mujer que caminaba hacia ellos. Se paró ante el vendedor de pescado que había aparecido por un camino a la derecha y después de que le pagara por un paquete de papel se fue por el mismo sitio.

—¿Sabes qué me contaba el padre Vilesermes? —continuó Boro cuando vio que tenían que seguir esperando—. Que aquí en Magoria hay uno al que le llaman el Catalán. Imagínate. Parece que es el único que no ha venido de fuera.

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Te sorprende?

Nuria detuvo la mirada en sus ojos azules, que no parecían tener fondo.

—No, pero me intriga —le respondió a la vez que se encogía de hombros.

—Ya te dije que fui seminarista. Sé bastante de obras sociales, de cómo viven los demás, de la pobreza, de las necesidades humanas, de limosnas, del sufrimiento del prójimo, que nunca nos tiene que resultar ajeno, de... Casi estudio Teología en vez de Química.

—Me desconcierta que hayas pasado tu infancia y tu juventud en una institución religiosa. No me imagino cómo tiene que ser. Apenas me has hablado de ti.

—Tampoco hay mucho que contar, no es nada fuera de lo normal. Hemos sido muchos los que hemos pasado por esas circunstancias —le dijo Boro con cierta nostalgia.

—Ya, pero no todos son como tú. Tú no lo aparentas... —dijo Nuria mirándolo de arriba abajo.

—¿Y qué aparento entonces? —dijo él acercándose a Nuria.

Ella, ruborizada, apartó la vista y Boro se sonrió.

—Quiero decir que no es por eso, el padre Vilesermes también es un hombre atractivo.

—¿También? ¿Has dicho entonces que yo te parezco un hombre atractivo?

—No he dicho eso exactamente.

—¿Sabes lo que me intriga a mí, en cambio? —le preguntó Boro.

Nuria negó con la cabeza.

—¿Por qué una mujer como tú aceptó el trabajo del consultorio?

Con esta pregunta a Nuria le dio la impresión de que, de nuevo, como cada vez que ella lo interrogaba sobre su pasado, Boro cambiaba de tema.

—Lo dices como si lo desaprobabas o como si te pareciera algo deleznable. A mí escribir me parece una ocupación muy digna.

—No me refiero a eso. Tiene más que ver con tu posición, con esa casa, la mansión...

—Supongo que no me lo pensé dos veces porque desde siempre he querido dedicarme a la literatura. Aferrarme a esas cartas, sentir las tan dentro, darles salida, encauzar tantas emociones que me transmiten considero que es una forma de aproximarme a ese oficio.

—¿Eso querías? No me lo imaginaba —le preguntó Boro con mucho interés.

—Pues así es. Lo deseaba más que nada en el mundo, pero ni me atreví a planteárselo a mis padres. Les hubiera parecido una extravagancia propia de

bohemitos y diletantes, de ricos de cuna, de gente que se puede permitir no trabajar.

—Buenas tardes, me han dicho que me buscaban —les dijo una mujer a la que no habían visto llegar.

Los dos se volvieron a la vez y la miraron con mucha curiosidad. Llevaba el cabello recogido en un par de moños bajos y le cruzaba la cabeza una banda de tela con círculos color naranja y amarillo.

—Se trata de su hijo —le dijo Boro.

—¿Son del hospicio? —les preguntó alarmada.

—Queremos hablar con usted del pequeño, pero no trabajamos allí, sino en... un laboratorio. Creo que podemos ayudarla.

—No creo que nadie pueda. No sé si se puede ser más desgraciada. Pasen. —La mujer descorrió la cortina que hacía de puerta de su vivienda. La estancia era cuadrada, había flores de plástico en un par de botellas, dos camas, una mesa y poco más. Le acercó a Nuria la única silla—. Como ven, no nos puede preocupar que nos roben. Ventajas de no tener nada.

—No se moleste, estoy bien. ¿Tiene alguna idea de por qué ha nacido así su hijo? ¿Le sucedió algo durante el embarazo o en el parto? ¿Le hicieron algo? —le dijo Nuria de una forma demasiado directa.

La Civilera los miró durante unos segundos con cierta desconfianza.

—Puede contarnos lo que considere conveniente. No vamos a ir contra usted, no se preocupe —intentó tranquilizarla Boro.

—¿Ven esto? Pues somos cinco. Mis tíos, los dos chiquillos de ellos y yo. Somos de Guadix. Aún no estaría aquí un año y ya me quedé *preñá* de uno que hacía la mili en Barcelona. Por eso me llaman La Civilera. Él venía por aquí, y como iba de uniforme, pero no era guardia civil, pues por eso lo del mote. Me invitaba a algo en el Sol y Sombra. En cuanto supo lo de mi bombo se largó. Me dijo que a saber de quién sería. ¡La que se me vino encima!, ¿saben ustedes lo que es eso? Ni dormía. Eso sí, seguí trabajando en la fábrica. Allí les da igual cómo estés con tal de que rindas. Tenemos que llevar el pelo *recogío* para no pillárnoslo con los telares. Es lo único que les importa. Que no haya accidentes, pero por ellos, no por nosotros. —Comenzó a quitarse las horquillas y a dejarlas sobre la mesa. La melena suelta le enmarcaba la cara y hacía que su belleza aumentara—. ¿Y qué quieren saber?

—Si en su familia hay... —a Boro la palabra «antecedentes» le pareció demasiado complicada— otros casos así.

—No, nadie, ninguno, todos estamos muy enteros. Además, yo no hice nada. —Se tapó la cara con las dos manos—. Bueno, seguí acostándome con el

soldado hasta que se dio cuenta de la tripa. Total, embarazada ya no me podía quedar... Pero parece que eso fue lo que le hizo mal al bebé.

—Nosotros hemos visitado a su hijo y estamos aquí porque queremos ayudarle a nivel particular —le dijo Nuria—. Díganos qué necesita y se lo haremos llegar.

—Las pesadillas con el parto no se me van de lo horrible que fue. No había manera de terminar. No me lo podían sacar, le apretaron la cabeza con los fórceps, después la ventosa, pero *ná de ná*, y yo cada vez me desgarraba más. Cuando salió y me lo pusieron delante de los ojos... Después me contaron que me había *desmayao*. Como ya lo han visto, pues no hace falta que les explique nada. Solo tiene como los otros bebés la cabeza, hasta el cuerpo lo tiene contrahecho, y lo demás como si no le hubiera *dao* tiempo a acabar de crecer. Eso sí, tiene unos ojos preciosos, como los del soldado. Les dije a los del hospital que yo no me podía hacer cargo de aquella criatura, que cómo íbamos a salir adelante si no tenía ni las manos acabadas de formar, que cómo iba a ayudarme cuando fuera mayor, si es que llegaba a serlo. Y mis tíos estuvieron de acuerdo, yo sé que sintieron alivio cuando les dije que no me lo iba a traer a la barraca. He estado muy mal.

Boro y Nuria no querían interrumpirla. Consideraron que el hecho de que se desahogara ya era la primera ayuda que podían prestarle.

—Los del hospital me dijeron que le buscarían un asilo. Que así como era no lo iba a adoptar ninguna familia, con tantos otros *abandonaos* como había y a los que no les faltaba de nada. Y yo, miren cómo será la cosa, como si hubiera cometido un crimen, me marché enseguida toda recosida. No sé ni cómo pude subirme al autobús hasta la Zona Franca, por la SEAT, y llegar aquí.

—¿Y tiene alguna enfermedad? ¿Está vacunada del tifus, de la viruela...?

—Uy, qué va. Estoy *mu* sana. Eso es lo que me ha salvado. Tengo buena sangre. Solo quiero olvidar, olvidarme de él. Que Dios me perdone, pero no puedo volver a ver a ese niño.

—¿Cuando estaba embarazada bebía? ¿La vio algún médico?

—El del dispensario de aquí, que es gratis. Y menos mal, porque, como les decía, desde que me abandonó el soldado —no lo nombraba, como si de esa manera quisiera que se desdibujara— los mareos no me dejaban ni andar, que me caía y *tó*. Tenía que ir agarrándome de las paredes. Mire si el hombre me vería mal que hasta me dio unas pastillas.

—¿Y las tiene? ¿Le sobraron? —le preguntó Nuria muy alarmada.

—Se las he dado a otra que está como yo estaba. Por mis primos no puedo tener medicamentos aquí. Se lo comen todo, y aunque esconda algo, lo

encuentran igual. —Había comenzado a lavarse los brazos, las axilas y el cuello con un trapo que sumergía en el agua de una palangana.

—¿Y nos diría dónde está su amiga? ¿Sabe si ya ha dado a luz? —le preguntó de nuevo Nuria.

—Es de mi fábrica. Qué va. Aún le falta. Está tan gorda que creo que parirá gemelos. Pobre. Lo que le espera. Cuánta faena. —Movía la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados.

—Sí..., va a tenerlo muy difícil —dijo Nuria con tristeza—. Háganos el favor, dígale que queremos verla.

—Pues se vienen cuando quieran a la salida de la fábrica y se la presento.

—Ha sido muy amable al recibirnos —continuó Nuria—. Gracias. ¿Podemos hacer algo por usted?

—Sí, sí que me gustaría pedirles... Igual les parece..., no sé, pero como ya no salgo, pues creo que una radio me haría mucha compañía. ¿Me la traerían? —Entonces bajó la voz—. Hay un hueco detrás del calendario. Allí podría guardarla.

—Descuide. Se la haremos llegar —le dijo Boro—. Y gracias por lo que nos ha contado.

Mientras se alejaban, Boro advirtió que Nuria respiraba con dificultad.

—Te he notado muy agitada cuando le preguntabas. Tal vez tendría que haber venido yo solo. No traerte aquí. Estás impresionada.

—Boro, vamos a pasar por la oficina de correos. Es eso que nos ha contado..., lo de las pastillas me ha recordado la nota que envió esa mujer al apartado de correos. Hablaba de sedantes, de un efecto sedante...

—Sí, pero si lo que tomó esta pobre chica eran unas pastillas para el embarazo, no pueden ser esas porque no traspasan la placenta. Eso lo saben todos los médicos. Si no, no se las hubieran dado.

—Aun así, necesito ir. Acompáñame, por favor. Tengo que ver si hay algo más en el buzón antes de que esté Máximo en casa.

Pararon un taxi y llegaron enseguida.

—Dame la llave y espérame aquí. ¿El 77? —dijo Boro a la vez que comprobaba el número que llevaba grabado.

—Sí, toma. —Y se reclinó contra la ventanilla.

Él regresó enseguida con un sobre en la mano.

—¿Lo abro?

—Sí, y léelo. Bueno, no. Después lo miramos —le dijo para evitar que el conductor lo escuchara—. Además vamos a bajar antes. Máximo está a punto de llegar.

En cuanto se detuvo el taxi dos manzanas antes de la casa Muley Afid, Nuria le dijo:

—Necesitamos saber por qué les ha pasado esto. ¿Qué les han hecho a esas criaturas dentro del vientre de sus madres para que nazcan así?

Se concentraron en la carta. Ni siquiera aparecía un remitente. Estaba mecanografiada. Querían devorar todas sus líneas de una vez como si no fuera un texto, sino una postal cuya fotografía se pudiera contemplar de golpe.

Estimada amiga:

Como verá, no le escribo a mano porque no quiero que nadie reconozca mi letra, podría meterme en un buen lío, estaba tan nerviosa que he caído en eso ahora, le ruego que rompa mis cartas anteriores, que las quemé después incluso, no voy a decir que estamos jugando con fuego porque esto no es ningún juego, es algo de mucha gravedad lo que me dispongo a participarle a continuación y no quisiera que cayera en las manos equivocadas. Hágame ese favor, por lo que más quiera. Se lo ruego.

Verá: el señor con el que mantengo una relación íntima quería poner fin a nuestros encuentros, yo he logrado convencerle, pero no sé hasta cuándo podremos seguir viéndonos. Está muy afectado, yo le he dicho que lo noto triste, solo eso, que me deje ayudarlo, pero él me reitera que son imaginaciones mías. Yo no puedo decirle que de eso nada, que escuché su conversación telefónica, que he mirado su agenda, que copié el informe con aquellas fórmulas y que usé su mimeógrafo. No se imagina lo que me costó después eliminar todo rastro de tinta del rodillo.

Este tema me absorbe muchas horas. Esto no es vida. Casi todo el tiempo lo estoy dedicando a este asunto. A duras penas puedo continuar, pero es muy importante que siga hasta el final.

Lo que me sucede es que él insiste en que me está muy agradecido por todo el cariño que le he dado, pero que ahora tengo que apartarme de su camino, que me dará lo que quiera, que no me faltará de nada, pero que dejemos nuestros encuentros. Yo por una parte quiero seguir con él por el aprecio que le tengo, pero no le voy a negar que mi principal interés en estos momentos se debe a que quiero averiguar qué es todo esto de los niños mutilados, cueste lo que cueste, aunque me amputen a mí también los brazos y las piernas.

Créame si le digo que estoy convencida, por lo que lo conozco, de que este segundo motivo es también la causa por la que se quiere librar de mí. Prefiere privarse de mi compañía que ponerme en peligro. Aquí hay algo muy gordo, y aunque no me considero una persona curiosa, esto es otra cosa, y no voy a cejar hasta que sepa toda la verdad. Tal vez le parezca contradictoria mi propuesta, pero como está pasando a mayores, necesito que nos veamos cuanto antes. Pasar al tuteo de una vez, y dejar de tratarla de usted cuando le escribo, que sepa quién soy yo. Usted es la única persona en quien puedo confiar. Tal vez le parezca injusto que la ponga entre la espada y la pared, pero creo que es inevitable que comparta mi angustia. Me dan arcadas. Voy a tener que ir a que me receten un tranquilizante, barbitúricos, no sé. En estos momentos no sé a quién más recurrir. Ayúdeme, estoy desesperada. Y una cosa más: espero que no cambie de opinión cuando me vea. Solo eso.

A continuación, encontraron un listado de datos: lugares, fechas y muchos nombres. Los ojos les quemaban.

—Nuria, ¿me dejas que me la lleve y el informe también? Quiero analizarlo con calma.

—Bien, Boro, tengo que irme ya.

—¿Estás mejor? ¿Quieres que te acompañe?

—No, no, no. Estoy bien —le dijo con una sonrisa muy forzada.

Nuria se alegró de haberse despedido allí de Boro porque, cuando llegó al palacete, notó sobre sí la mirada inquisitiva de Dora Blúmer desde la ventana.

Durante el fin de semana, Máximo constató que Nuria más que estar ausente parecía desconectada de la realidad. Decidió pegarse a ella como una sombra, quería averiguar qué era aquello que la tenía enajenada. Con la llave encontrada en su mano, estaba seguro de que se abriría camino hacia la verdad.

Ella cada vez deseaba que llegara más rápido el lunes para que Máximo se fuera. Pero él no se marchó al amanecer como era su costumbre, sino que permaneció en casa hasta pasadas las cinco de la tarde.

—Es que tengo descanso —fue toda la explicación que le dio—. ¿No te alegras? Siempre me dices que paso muy poco tiempo aquí. Mira hoy, en cambio.

En aquellos momentos, que se prolongara la presencia de su marido supuso que la angustia de Nuria todavía se incrementara más. Al esconder el sobre del último envío en el cajón descubrió que dentro había algo más. No veía el momento de comunicarse con Boro para decírselo.

En cuanto se marchó Máximo, ella quiso salir de forma inmediata, miró el reloj y a sus hijos casi a la vez y comprendió que a aquella hora no podía abandonar su hogar. Pero dejó la puerta abierta del piso y subió al ático. Temió que un golpe de aire la cerrara de repente. Dora salió enseguida. Le preguntó si podía pedirle a Úrsula que pasara un momento para estar con Marc y con Mireia y si le permitía a ella usar su teléfono.

—Boro, soy Nuria.

—¿Qué pasa? —le dijo él inquieto, con un tono casi inaudible. Había contestado directamente porque Liliana ya no estaba en su puesto.

Nuria cayó en la cuenta de que las ausencias de Liliana eran demasiado frecuentes.

—Nada en especial, o sí, no lo sé. Necesito que me hagas un favor, otro —añadió sin que él dijera nada—. Mañana voy a ir todo lo más tarde posible, ¿me puedes esperar? Quiero llegar cuando no haya nadie en el instituto. ¿Te desbarato algún plan?

—Bien. —Boro no supo qué más añadir. La notaba ajetreada, con prisa—. Aquí estaré, ven cuando puedas.

Desde aquel momento, para Nuria el tiempo comenzó a pasar muy lento. Todavía más que durante el sábado, el domingo y ese lunes.

* * *

El martes por la tarde entró en la sala con columnas de la estafeta y fingió que hacía cola. No le resultó nada difícil averiguar el distrito y mucho menos la oficina a la que correspondía el apartado de correos de su remitente.

Quería eliminar la espera que suponía la entrega y recepción del correo. No sabía si lo podía hacer de esta manera o si las normas lo prohibían, pero prefirió no preguntar. Estaba convencida de que cuantas menos cosas la relacionaran con aquello mejor sería. En su mano llevaba la nota mediante la que aceptaba la cita de aquella mujer. Le decía además que iría acompañada de quien la había ayudado a interpretar las fórmulas y a analizar los informes. Omitió que Boro también había leído sus cartas.

Tenía que introducir aquel papel en el momento en que se cerciorara de que ninguno de los empleados ni los clientes le prestaba atención. Se le ocurrió fingir que abría la casilla como si fuera suya, pero había dejado su llave colgada en el cuello de san Nicolás y además no quería correr el riesgo de que advirtieran que ella no era quien habitualmente recogía la correspondencia de aquel apartado.

Al final, hizo como que acababa de descubrirse una carrera en la media. Apoyó una mano en la pared con los casilleros, exactamente sobre el que le interesaba, de forma que girando solo un poco la muñeca deslizó la nota por la rendija superior del que se correspondía con el número de su destinataria. Mientras, se pasaba la otra mano sobre el tejido de nylon con tanta aflicción como si en vez de tratarse de unos puntos sueltos fuera una cicatriz en su pierna. Tanto el público como los empleados apenas prestaron atención a ese gesto tan habitual. Como aturdida por ese inconveniente, Nuria abandonó la oficina de correos.

En la nota le proponía, tal como había acordado con Boro, que se vieran frente a Santa María del Mar ese sábado a las once de la mañana.

* * *

Hizo unas compras, y llegó al laboratorio cosmético al atardecer. Boro colocó el papel que había encontrado dentro del sobre al guardarlo en el cajón bajo el foco de un flexo sobre una de las mesas con las patas de acero inoxidable.

A Dora Blúmer le había dicho que tardaría aquella noche, porque tenía una reunión con los dueños del instituto cosmético, que regresaban de viaje y al día siguiente partían de nuevo. Y que, si le hacía aquel inmenso favor, necesitaba que Úrsula durmiera en su casa, para no tener que estar pendiente de la hora.

«Bien, querida», fue la respuesta que obtuvo de su casera, en su habitual tono circunspecto.

Por la tarde había hablado por teléfono con Máximo. A pesar de eso, le advirtió a su vecina que, si a su marido se le ocurría llamar de nuevo, le dijera que se había equivocado de número y que si insistía no lo volvieran a coger. Sabía que en aquellos momentos no podía arriesgarse a que Máximo de nuevo supiera que estaba fuera. «Está bien —le dijo Dora de nuevo—. Pero recuerde que a mí quienes me pagan son los de Minas Generales».

«Sí, señora Blúmer, no se preocupe».

Se planteó que tal vez tuviera que contarle algo para no inducirle a error y que pensara cosas raras sobre ella por tantas entradas y salidas.

Su mente volvió al laboratorio, donde Boro aplanaba aquella hoja como si las marcas de haber estado doblada imposibilitaran su lectura.

—Habla de una sustancia, seguramente se tratará de un compuesto químico, a ver si es el mismo que aparecía en las fórmulas. Me pondré manos a la obra. ¿Le has hablado a alguien más de esto?

—No. Solo lo sabes tú. —Enseguida volvió a sus cavilaciones sobre su vecina.

—Bien, no lo comentemos con nadie de momento. Además, estoy cotejando ese listado con nombres, direcciones... que me diste, a ver si nos puede dar una pista. Y puede que en estos informes se limiten a detallar los casos conocidos y que estén investigando a qué se deben.

—Le hablé de esos casos a la señora Frument, el de la pequeña a la que no le cortaban el cordón umbilical hasta que su madre reconoció que había salido de ella..., y por su actitud me di cuenta de que no sabía nada.

Después de estar callado unos segundos mientras seguía mirando el papel, Boro le preguntó a Nuria:

—¿Te gustan los calamares? —Ella se desconcertó—. Vamos a tomarnos unos con una cerveza bien fría, pan y un poco de mayonesa. ¿Qué te parece?

Total, cuando llegues, tus hijos ya estarán dormidos. Y esa mujer que te los cuida también...

Ella se encogió de hombros, le faltaba la voluntad suficiente para oponerse.

* * *

A la salida del instituto no los siguió Guifré Baladre porque estaba en el bar del Pi frente a Máximo Zafara. En su obsesión por saber qué le estaba pasando a Nuria, su marido decidió permanecer aquellos días en Barcelona. Había hecho coincidir varias citas comerciales para no dejar de trabajar. A ella le había hecho creer que ya se hallaba fuera porque quería pillarla de improviso. Desmontar sus mentiras.

El detective y él ni siquiera cambiaron de tema cuando el camarero le sirvió el segundo whisky al viajante de comercio.

—Así que dices que llegas un día, pero varias noches antes ya duermes en Barcelona, y como ahora, algunos días después también —dijo Baladre.

En cuanto se lo escuchó repetir, Máximo se arrepintió de habérselo contado.

—Trabajo mucho, hay semanas que me echo más de tres mil kilómetros al cuerpo. Ir a Verín al menos una vez al mes no me lo quita nadie.

—¿Y qué haces exactamente? —le preguntó para calibrarlo.

—Soy jefe de ventas.

—¿Y qué vendes? —insistió.

—Minerales. Pero no los llevo en la maleta —bromeó Zafara—. Yo solo hago los tratos. Visito las explotaciones y después coloco los carbonatos, el caolín, el talco, el óxido de titanio, la caliza, el litio, los ocres, el potasio, el yodo... —su enumeración no cesaba—. En realidad, me encargo de que se distribuyan, llevo el inventario de dónde se produce cada insumo, cuántos kilos o toneladas se extraen en determinado tiempo, e intento evitar el desabastecimiento. Son en la mayoría de los casos para la industria naval o la farmacéutica. Algunas sustancias minerales son para los excipientes, el acompañamiento que llevan las pastillas, las píldoras...

—Y entonces, ¿comemos piedras? —continuó Baladre.

—Dicho así... Esos excipientes no me refiero a que sean excedentes de esas extracciones, no sobran, sino que se añaden a lo que es el medicamento en sí —aclaró.

—Para hacer bulto. Así nos sacáis los cuartos cuando vamos a la farmacia y pagamos más a gusto por algo; porque es más grande.

—Más o menos. Cuando te tomas una pastilla, solo una parte muy reducida de ella es lo que hace efecto, el principio activo, lo otro es...

—Relleno —completó el detective—. ¿Y seguro que eso no hace nada?

—Seguros seguros no estamos, pero, bueno, alguno habrá al que le haga reacción, eso no se puede evitar, qué vamos a hacer, como todo.

—Lo que no mata, engorda —dijo Baladre mientras levantaba el vaso.

—Y todas estas preguntas sobre mi trabajo, ¿a qué vienen? ¿Tengo de qué preocuparme? —entonces fue Zafara quien cambió de tema.

—Dame tiempo. Tu esposa no solo se relaciona con vuestra vecina, que por cierto está de tan buen ver —le dijo Baladre satisfecho, ya que contaba con suficientes datos para calcular su minuta.

—Dora. Es nuestra casera.

—Sí, lo sé —mintió Baladre para no quedar en evidencia porque solo había averiguado lo que tenía que ver con el entorno del instituto de belleza—. Pero... —Se detuvo. Máximo se acercó a la mesa, y entonces decidió añadirle un poco de intriga—: Tenemos al tal Boro.

—¿Y quién es?

—Es el químico, Navascués. Hay que atar cabos, esa es la clave de todo. A veces, lo que parece que está más distante es lo más próximo porque se toca por el otro extremo, ¿me explico? —añadió en un tono doctrinal, como si quisiera adiestrarlo en sus «artes de indagación», como él las llamaba.

—¿Y qué pasa con él? —Máximo pareció ignorar su consejo sobre la forma de razonar.

—Pues que se ven. —Baladre se encogió de hombros y alzó las manos con las palmas hacia arriba como si le informara de algo inevitable.

—¿Cuando va los viernes? —Zafara hacía las preguntas precisas para dejar hablar al detective.

—Y luego. —Era tan poca la información de la que disponía que decidió dosificársela todo lo posible.

—Luego ¿dónde? —volvió a preguntarle Máximo muy airado.

—Pues por los alrededores. Tienen una terraza preferida, por lo que parece, la de la cafetería Savoy. Aunque el otro día bajaron hasta Colón. —Baladre decidió omitir el detalle de que iban con sus hijos—. Y lo mejor, los he visto en una barriada de barracas.

—¿Y?

—Pues eso, lo de siempre. —Sabía que, cuanto menos hablaba, más nervioso ponía a su cliente.

—Ya está bien de mantenerme en vilo. ¿Qué es lo de siempre? —le preguntó bastante nervioso.

—Primero un agua de Vichy, por algo se empieza, él se pide un Martini, no sé si seco; a mitad de la copa lanza una sonrisa; otro día, una mirada que dura más de lo normal. Hablan y hablan. Ya sabes lo que dicen los clásicos.

—Pues no, no lo sé —dijo Máximo harto de tanto diferimiento.

—Algo muy viejo: que para saber si una pareja son un matrimonio o por el contrario amantes o novios, solo hay que fijarse cuando están en un bar si no paran de hablar o si ya han dejado de hacerlo. No falla.

—¿Y me estás diciendo que Nuria y el tal Navas, has dicho que se llamaba así, son amantes?

—No, su apellido es Navascués. La retentiva hay que entrenarla, Zafara... —le recriminó como si fuera la segunda lección sobre la forma de llegar a conclusiones válidas—. Yo no digo nada. Pruebas, las pruebas son con lo que trabajo, soy un profesional. Si me aventurase solamente, perdería toda mi credibilidad, que es mucha, pero...

—Pero ¿qué?

—Que tengo olfato. Y aquí hay algo. Solo te digo eso. Hasta se han cogido de la mano para cruzar la calle, y él la tomó del brazo para esquivar un carro. Parece que solo la ayuda, pero tiempo al tiempo. —Baladre pretendía azuzarlo como si fuera un perro de presa para inmediatamente después retenerlo con estas inconcreciones.

—Te equivocas, Baladre. Te equivocas de todas todas. Tú no conoces a mi mujer, pero sobre todo piensas así porque no me conoces a mí. Conmigo le sobra y le basta. Si lo sabré yo.

Guifré Baladre parecía dispuesto a seguir instruyéndolo sobre la forma de llevar a cabo una investigación y a la vez estaba decidido a averiguar todo lo posible de él para desactivarlo: de dónde salía aquella chulería, su pose desafiante, la manera en que se encaraba con el mundo como si conociera todos sus resortes. El detective no sentía una excesiva predilección por los listos, y menos en su labor indagadora, porque esto lo obligaba, como si se tratara de una competición, a esforzarse más, a no bajar la guardia en ningún momento porque entonces el observado sería él y su forma de desenvolverse.

—Ella y él, Nuria y Boro. —Decidió que surtiría un efecto más desesperante sobre Máximo escuchar sus nombres juntos, no quería abandonar su hipótesis sobre el engaño a pesar de lo que el otro le había dicho—. No me pueden dar todos los datos, tú también tienes que aportar algo. Me ha sido de mucha utilidad lo que me has contado.

—Que no hay nada, te lo digo yo. Deja estar ese tema y dime qué abre la llave. Sabes que no me puedo quedar en Barcelona comprobando todos los tipos de cerraduras que hay en la ciudad. Eso es lo que quiero que hagas. Déjate de cuernos. Ni se atrevería. Y sobre todo: no me hagas perder el tiempo, que el mío vale mucho y sabuesos, o aficionados a serlo como tú, sobran.

El mal humor de Máximo era previsible hasta para él mismo porque era quien había decidido comenzar a transformar en certezas sus dudas cuando leyó el anuncio del despacho G. B., que aludía al mismo G. B. que tenía delante, el único representante de lo que parecía una agencia unipersonal. Ni secretaria, ni ayudante, ni nadie más, siempre él al teléfono. Aunque casi prefería que fuera así: menos gente se enteraría de lo que fuera que Nuria se traía entre manos.

Máximo Zafara se incorporó, metió su mano debajo de la chaqueta y Guifré Baladre se echó hacia atrás. Temió que su cliente sacara una pistola para eliminarlo por su ineficacia. Pero, en vez de un arma, mostró entre sus dedos un billete, lo dejó sobre la mesa dando un palmetazo sobre él, a la vez que le dijo:

—Ya nos veremos, pero, si la próxima vez no me traes nada, *c'est fini*.

De nuevo al detective se le fueron los hombros hacia atrás por efecto del sobresalto. Miró su vaso, estaba a medias, lo vació de un solo trago y tintineó el hielo para que el camarero se acercara. Le pidió otro whisky mientras sacaba un cuaderno muy lúgubre, con las tapas negras y las páginas muy amarillentas. Comenzó a anotar todos los datos de aquel caso, tan parecido, de momento, a cualquier otro.

Máximo cruzó la plaza de San José Oriol, no podía presentarse en su casa a esas horas después de haber dicho que no estaría de vuelta en Barcelona hasta el viernes. Llegó a la plazoleta de San Agustín después de recordar la conversación de dos compañeros de trabajo sobre cierto piso. Dio con el portal y llamó a un timbre. La entrada se abrió enseguida. Del portalón tiraba un cable grueso, capaz de elevar pesos enormes. Como iba al primer piso, subió andando. El rellano apestaba a pachulí. A algunas personas aquel aroma les parecía exótico, afrodisíaco incluso, pero él consideraba que tenía el gusto muy desarrollado también para los olores; estaba acostumbrado a fragancias más caras, y aquel perfume le resultaba vulgar.

Una mujer de unos cuarenta años que fumaba en boquilla como si se hubiera quedado detenida en los años veinte lo esperaba apoyada en el marco de la puerta.

—¡Qué guapo! —Era la primera vez que lo veía.

Él la apartó sin mirarla y se sentó en una especie de sala de espera, con una barra bien provista de licores. La dueña decidió dejarlo un rato tranquilo mientras bebía algo.

Después envió a una de sus «internas», así las llamaba ella, y de otras formas aún más curiosas, como «doncellas», para que se colocara detrás de un biombo que separaba la habitación del pasillo. Máximo, sin ningún interés, la observaba contonearse detrás de la mampara tensa. Musitaba con mucho desafino una copla mientras dejaba sus prendas sobre el marco de madera. Después asomó un brazo, luego una pierna e hizo como que probaba un agua inexistente antes de tomar un baño. Máximo sonrió sin demasiadas ganas.

Entonces sonó el timbre y en el umbral apareció Guifré Baladre. No habría pasado ni media hora desde que se despidieron. Máximo se colocó la mano abierta sobre la frente, de forma que el pulgar y el meñique le sirvieron para apretarse las sienes mientras bajaba la cabeza de nuevo.

—Amigo Portamares, qué agradable sorpresa. —El detective se sentó junto a él mientras le palmeaba la pierna con bastante menos fuerza con la que Máximo había dejado el billete sobre la mesa del bar del Pi un rato antes.

—¿Qué pasa, ya no te acuerdas de mi nombre? ¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? —masculló el italiano.

—Claro que me acuerdo, amigo Portamares, pero... —Y bajó la voz de una forma tan repentina que Zafara se tuvo que esforzar mucho para oírlo—. Aquí es mejor que no sepan más de nosotros que lo que nosotros queramos. Al menos, los clientes. Ellas da igual. Llámame Godo, de Godofredo. Y no, no te he seguido, soy un viejo amigo de la casa.

La mujer que los recibió no prestó la menor atención a la escena de ellos dos hablando, ya que en la habitación contigua, y abierta a aquella que Zafara y Baladre ocupaban, compartía una cama turca y muchas carcajadas con dos señores de un parecido asombroso.

—¿Y bien? —le preguntó el detective.

—Y bien, ¿qué? —repitió Máximo cada vez más molesto con la situación, con la idea de contratarlo y en general con todo lo que le sucedía.

—¿Que si ya has hecho la digestión? —le dijo Guifré, allí Godofredo, con mucha ironía.

—No he cenado. —Zafara no quiso continuar con aquel tono.

—Ya lo sé, Portamares, ya lo sé. —Baladre parecía muy metido en su papel—. Me refiero a lo que hemos hablado en el Pi. Veo que no has errado el tiro al venir aquí, ahora te falta rematar. ¿Quieres que compartamos a Adelaida? Eso sí que sería camaradería e intimidad, un pacto entre caballeros.

La mujer que estaba tras el biombo se asomó por completo y saludó a Guifré. De toda su vestimenta solo le habían quedado tres estrellas muy bien colocadas sobre una diadema de plumas que llevaba en la cabeza.

—Adiós y suerte —le dijo Baladre mientras la cogía de la mano. Esa mujer parecía su pareja natural por lo mucho que se parecía a él en su complexión corporal y hasta en la edad. Antes de adentrarse por el pasillo se giró una vez más para comprobar que Máximo enfocaba sus ojos hacia donde él presentía, y añadió—: Que no se te agríe el carácter, hombre, una esposa sirve para lo que sirve y estas para lo otro, mírame a mí.

* * *

Cuando Máximo Zafara bajó a la calle se metió en la primera pensión que encontró.

—¿Viene solo? —le preguntó una mujer que parecía el reverso exacto de quien le abrió la puerta en el otro piso; al contrario del brillo que irradiaba la que fumaba con boquilla, esta era muy enjuta y vestía de luto.

—No tardaré mucho en marcharme, así que no me cobre toda la noche —le dijo Máximo Zafara.

—El precio es el que es, venga todo el día, una hora o con tres acompañantes. Así que ya lo sabe, para otra vez aproveche más el desembolso.

No tuvo ganas de discutir. Subió las escaleras y se echó en la cama. Los ruidos de los somieres de los cuartos vecinos no le dejaron dormir, así que pudo pensar mucho.

* * *

Después de despedirse de Úrsula, quien, mientras salía, besaba el billete de veinticinco pesetas que le había dado, Nuria se acostó, pero no pegó ojo. Le dio varias vueltas a lo que había escrito. Tal vez había pecado de imprudente. Le había dado bastantes detalles a aquella mujer con la que pretendía reunirse, no datos exactos como dónde vivía, su edad o su nombre, pero sí en qué consistía su trabajo, por qué firmaba así, que era ella la que le había enviado las muestras de cosméticos a su apartado postal, y algunos otros detalles. Le incomodaba haber saltado por encima de su compromiso de confidencialidad, pero se dijo que la gravedad de la situación, más que requerirlo, se lo exigía.

Acababa de caer en la cuenta de que por el otro lado de la pared los apartados de correos estaban abiertos y que, por tanto, cualquier empleado de los que trajinaban con las sacas y las cajas de clasificación advertiría enseguida que en uno de ellos había un papel suelto en vez de un sobre o un paquete. Estaba segura de que cuando lo viera, al meter la correspondencia en cualquiera de los otros apartados, lo retiraría como si se tratara de una mariposa muerta.

En ese momento oyó la llave en la cerradura. Se levantó sobresaltada y fue hacia la puerta de entrada.

—Hola, preciosa mujercita —le dijo él aparentando normalidad—. ¿Qué te parece esta sorpresa?

—Máximo, ¿te han despedido? —le dijo Nuria sobresaltada porque no sabía a qué atendía su presencia allí a aquellas horas cuando le había anunciado que no regresaría hasta el viernes.

—Para nada. Solo me han cancelado un par de visitas fuera y he modificado la ruta para atender las de aquí primero. Me iré el sábado hacia el

norte.

—Tendrás que desayunar Maicena —le dijo un tanto incómoda porque no la había avisado.

—Seguro que tienes algo más. —Máximo abrió con fuerza uno de los armarios de la cocina y un tarro de cristal cayó al suelo.

—Papi, papi, qué bien que has vuelto tan pronto —le dijo Mireia, que se había despertado con aquel ruido.

Nuria los miró, se miró y pensó que solo en apariencia eran la misma familia de antes.

Después de desayunar, Máximo le dijo que iba a dormir un poco y ella le preguntó si le molestaría que escribiera a máquina.

—Me he pasado casi toda la noche conduciendo. Y con lo cansado que estoy..., mejor déjalo para otro rato —le respondió.

Nuria tuvo que esperar a que Máximo saliera a una de sus visitas para poder continuar con las cartas. Tenía que entregar aquella caja que guardaba en la parte inferior de la alacena y recibiría las otras dos. Necesitaba adelantar todo lo posible. Tenía mucho trabajo atrasado porque mientras él dormía solo había podido leer algunas de ellas y tomar notas a mano.

La primera carta que sacó la había enviado un hombre. En la parte inferior del sobre estaba el sello de la empresa con la fecha de recepción y un espacio en blanco para anotar el día de la respuesta. Su remitente se describía como un joven de «veintipocos» años cuya única falta era haberse enamorado de una sirvienta de su casa. Ella era una chica de su edad a quien él veía como «un ser excelso, un dechado de virtudes, un alma sensible que era una lástima que se malograra en aquellos quehaceres que tan poca habilidad requieren». A Nuria no le cupo la menor duda de que calificaba así esas labores porque nunca las había desempeñado. Decía que la beldad «se había visto obligada a emigrar porque su familia lo había perdido todo, tenían confiscados sus bienes como resultado de un mal negocio del padre que los había dejado en la ruina y endeudados por el resto de sus días». Para redimirla de tanta desgracia —y tal vez para que no notara tanto el cambio de clase social, se dijo Nuria—, la acogió en su cuarto noche sí noche también y como resultado de tanta pernoctación ella quedó embarazada. Cuando estuvieron seguros, él decidió dirigirse al gabinete, como llamaba su madre a la biblioteca, para comunicarle a la mujer que más temía que iba a regalarle un nieto. Según contaba, su progenitora lo miró «como si los ojos fueran a caérsele de la cara y necesitara elevarla de vez en cuando para impedirlo. Miraba al frente y al techo de forma alternativa. Para que pueda usted hacerse una idea cabal le diré que, de ser hombre, mi señora madre habría sido militar, y de los invasores».

Solo le contestó que cogiera a la muchacha, bajara las escaleras y esperaran delante de la puerta de entrada, que enseguida se asomaría ella al balcón. Allí estuvieron los dos un buen rato hasta que la dueña de la casa, ayudada por otra de las criadas, ató dos maletas a sendas cuerdas y comenzaron a bajarlas por la fachada hasta que tocaron el suelo. Cada uno tomó la suya. La madre se sacudió las manos y le hizo un gesto a la sirvienta para que cerrara la puerta acristalada que daba a una alameda. Esa fue la última imagen que le quedó a su hijo de aquella a quien le había solicitado su auxilio. Según supo por uno de sus hermanos mayores, a la hora de comer les comunicó a los demás que desde ese momento aquella familia tenía un miembro menos y les prohibió que se le nombrara en su presencia, hasta el punto que amenazó con desheredar también a quien se atreviera a mantener cualquier tipo de relación con él. «Mi padre no dijo nada, según nos informó otra de las criadas, siguió sorbiendo la sopa como si todo aquello fuera un comunicado oficial al que nada cabía oponer», finalizaba aquel infeliz su relato.

Nuria consideró que lo ejemplar de aquel suceso era que el joven, al contrario de lo que solía ser más habitual, no se había desentendido una vez descubierto el estado de la doncella, sino que parecía que se había enamorado de ella y quería casarse. A pesar de que la chica no era de origen humilde, a la madre tampoco pareció importarle ese aspecto tan relevante para su concepción clasista de las relaciones humanas: no tuvo ningún tipo de contemplación con ellos.

Nuria les deseó mucha suerte, no le cabía duda de que iban a necesitar toneladas de ella, y le sugirió que no se le ocurriera intentar convencer a su madre por el momento. Que tal vez cuando naciera su hijo tuvieran en él el mejor argumento para persuadirla, pero que para eso aún faltaban unos meses.

A Nuria se le pasó por la cabeza la idea de que ya llegara a aquella casa embarazada y que todo fuera un ardid para salvar a su familia de la penosa situación en la que se encontraba, pero no quiso ahondar en esa circunstancia, y menos transmitirle a él ninguna duda sobre su paternidad, de la que tan orgulloso se mostraba, como si aquello lo hubiera convertido en adulto de golpe. Nuria barajó esa hipótesis porque algún dato apuntaba en esa dirección, como que antes de la ruina familiar ella tenía un novio con el que pasaba mucho tiempo y que la dejó sin ningún miramiento cuando supo del descalabro económico de su padre, a pesar de que era el peor momento de la vida de la chica y en el que más lo necesitaba. El consultante parecía que hacía de mensajero, de mero transmisor de unos sucesos que hablaban por sí mismos y que cualquier persona vería claros. Cualquier persona menos él.

En el sobre, habían resumido en pocas palabras, con una caligrafía apresurada que Nuria no sabía si correspondía al padre Vilesermes, su contenido: «Señorito deja embarazada a la criada, pero se queda con ella y su madre los echa de casa».

Pasó la mañana entera y, después de comer los cuatro juntos, mientras Máximo estaba en el sofá, volvió a leer y contestar a unas cuantas más. Encontró la de una octogenaria que comenzaba con la siguiente frase: «Supe que mi marido iba a morir aquel día porque mientras desayunábamos vi que tenía las uñas moradas». Nuria pensó que a partir de ese momento seguiría un largo lamento por su viudez, pero resultó que lo que narraba era su alivio. La anciana se recreaba en cómo había buscado, al interpretar aquel aviso de la muerte, la llave del nicho de su familia. Hasta explicaba en la carta que tendrían que desmontar el cristal de la lápida para añadir el nombre de su esposo. Después sacó de un cajón un papel de seda que contenía más de una docena de flores de ganchillo que había ido tejiendo durante los últimos meses para colocarlas en los búcaros de la sepultura. Lo dejó todo sobre la consola de la entrada y conminó a su marido a que se acostara ayudándolo a incorporarse de la silla de la cocina.

Decía en la carta que se dispuso a no separarse de su lecho hasta que partiera. Intercalaba expresiones muy poco apropiadas, como que de vez en cuando lo tocaba para comprobar si ya se había quedado «tieso como una mojava». Hacía hincapié en que tardó mucho, como si lo que esperara fuera el tranvía. Hasta las cuatro de la tarde, nada menos, escribía. Parecía referirse a una cita que se hubiera retrasado. Nuria se quedó estupefacta cuando leyó que salió a buscar al médico con el fin de que certificara la defunción y que aprovechó para comprarse un pasaje a Canarias para irse de viaje a la semana siguiente.

Terminaba diciéndole que por fin se había desprendido de aquel yugo, que le rogaba a Dios que le diera muchos años de vida para disfrutar un poco, que bastante juventud, energía e ilusión le había robado aquel cretino que cada día estaba más fuerte y al que tuvo que ayudar un poco para que se reuniera con el Padre eterno. Nuria leyó varias veces aquellas dos últimas líneas para asegurarse de que significaban lo que parecía: que la anciana confesaba haber asesinado a su marido. Un hecho tan grave chocaba con la aparente piedad que se desprendía de otros párrafos, pero la despedida no dejaba lugar a dudas:

Mire, señora, no sé cuándo me iré al otro barrio o si me quedaré en este mundo bastante tiempo aún, pero lo que tengo muy claro es que ningún desgraciado más me va a amargar lo que me reste de vida. Tiraré el bote de miel con veneno para las hormigas porque en mi casa ya no queda ninguna y

tampoco van a entrar otros insectos a partir de ahora. Se despide de usted una mujer ya liberada de pesadas servidumbres.

Consideró que el sufrimiento la habría trastornado, que después de tantos años con él, como decía que había pasado, su muerte era un impacto tan grande que no lo asumía, y fantaseaba con que había colaborado en su fallecimiento. Nuria recordó que, en el extremo opuesto, había personas que se mostraban airadas cuando enviudaban, como si su cónyuge las hubiera abandonado por decisión propia.

O en este caso, tal vez fuera cierto y la asesina se permitía compartirlo, además en aquel tono, a sabiendas de que a causa de su edad no iría a la cárcel si fuera descubierta. Se le hacía muy difícil escribirle, pero ese era su trabajo. Si no le daba el pésame, parecía que aprobaba aquella barbaridad. Decidió obviar la cuestión central. Le desearía buena salud, que encontrara amigas durante la travesía a la isla y, eso sí, para que no pensara que no la había leído con la suficiente atención, le recomendaría que no se volviera a casar aunque en el barco fuera el mismísimo Clark Gable y le hiciera ojitos. Lo eligió a él porque consideró que para aquella mujer ese actor sería el tipo de galán maduro que le resultaría atractivo, por la época en la que había vivido su juventud, y además recordaba que había muerto hacía un par de años.

Estaba tan abstraída con esa respuesta que no se dio cuenta de que Máximo se había situado detrás de ella y leía sus palabras por encima de su hombro.

—¿Quién se ha muerto?

—Un vecino de mis padres. Era ya muy mayor. Le estaba transmitiendo mi pésame a la viuda —reaccionó Nuria de inmediato.

—Pues vaya consejos que le das.

—¿Y qué le voy a decir? ¿Lo de siempre?

—Nada, nada, tú misma —le dijo Máximo como si ya le hubiera dejado de interesar—. ¿Hay hielo? —Fue hacia el mueble-bar, una puerta abatible del mismo aparador junto al estante donde ella guardaba su máquina Olympia, y se sirvió un whisky Dyc—. ¿Te alegras de que haya venido? ¿Sabes qué se me ha ocurrido? Que vamos a hacer como si fuera domingo.

—Pero... —Nuria quiso decirle que le quedaban muchas cartas por contestar, pero se contuvo. Aprovechó para girar el botón de la radio. Había decidido acompasar el ritmo con que tecleaba sus respuestas a lo que escuchaba en el programa, pero en aquel momento le pareció que era una interferencia.

—De momento, nos iremos a cenar por ahí.

—Con los niños.

—No, se los puedes dejar a nuestra casera como haces cuando yo no estoy —le dijo alzando las manos.

Las cartas estaban tan apretadas dentro de las cajas que a veces, al coger una, varias saltaban por los aires. De contestar cincuenta había pasado a multiplicar por dos aquel número. Las que les preguntaban por el día de determinado santo o las direcciones de alguna institución las respondía en pocos minutos. También tuvo que dar la referencia de un par de poemas que encontró enseguida en su biblioteca. Contaba con bastantes antologías de poesía española y universal.

Cuando el viernes se preparaba para salir sin sus hijos, porque pretendía que su marido se quedara con ellos, él se ofreció a llevarla al laboratorio.

—Dejaré el coche en un garaje cercano e iremos hasta la calle Pelayo paseando.

—No, Máximo, da igual. Voy en el autobús. Así Mireia y Marc no tienen que salir.

—Pero, mujer, si a ellos les va bien. Necesitan estímulos que capten su atención. Ya sabes lo que dicen los psicólogos modernos. Te llevo.

—Como quieras. —Nuria consideró que si se negaba le resultaría más sospechoso su comportamiento.

—Nos vamos, peques.

—¿Adónde, papi?

—A llevar a mamá a que entregue su correspondencia comercial —le dijo a Mireia como si ella entendiera esa expresión.

—¿Dónde está el señor mico?

En cuanto su hija hizo esta pregunta, a Máximo le cambió la cara, sintió que la furia le había redibujado los rasgos de tal manera que era imposible que Nuria no se diera cuenta. Pero ella no lo miró, sino que le respondió muy tranquila a la niña:

—No, mi vida, eso es en el zoo —quiso zanjar Nuria aquella conversación.

* * *

Liliana les abrió la puerta.

—Este es mi marido, Máximo Zafara —se apresuró a decir Nuria.

La secretaria nunca la había visto tan seria. Tenía la mirada baja e incluso estaba más encorvada.

—Hola, señorita —le dijo Mireia, que, al contrario de su madre, no había cambiado nada su actitud cariñosa.

Máximo miró a Liliana y le sonrió, pero con agresividad, como si quisiera seducirla a la fuerza, imponiéndose.

Boro estaba al fondo, junto a los dos lavabos de pileta cuadrada del laboratorio. Dejó un recipiente rectangular de plástico allí, en una de las balsas, y cruzó enseguida la sala. No quería que su forma de mirar a Nuria se interpretara de ningún modo. Así que decidió disimular. Además, ella bajó enseguida la cabeza. La escena flotaba sobre la música de Víctor Herbert como si se tratara de un espacio de teatro hablado o un episodio de los tan escuchados seriales.

—¿Y usted es el jefe de todo esto? —le preguntó Máximo mientras miraba alrededor.

—No, qué va, qué más quisiera yo. Solo soy un empleado de los señores Frument. Me encargo del control de calidad. —Se sentía incómodo, interrogado y analizado.

—Máximo, te presento a Boro Navascués —se vio obligada a intervenir Nuria.

Cuando su marido escuchó el nombre dio un respingo como si la mano del ingeniero químico le hubiera transmitido una descarga de electricidad.

—Bien, muy bien —dijo para disimular después de haberla apartado de inmediato.

—Bueno, solo he venido a traer las cartas. —Nuria quería salir de allí cuanto antes.

—Menos mal que has venido bien acompañada. A partir de ahora, como son dos, te las acercarán a casa —le dijo Liliana—. Ni siquiera tendrás que venir.

Nuria agradeció mucho aquella intervención tan natural que aportaba cierta normalidad a aquella situación.

—Mira qué bien, eso sí que me gusta —dijo Máximo muy ufano—, cuántos desplazamientos inútiles te vas a ahorrar. —Cargó toda la potencia de su mirada, como si fuera un arma, y después giró el rostro hacia Boro.

Al químico esta advertencia le quedó muy clara.

—Gracias, nos marchamos —dijo Nuria intentando resultar distante, y miró a Liliana y a Boro como si no los fuera a ver más.

Su compañero pensó lo mismo y por ese motivo añadió enseguida:

—Señora Zafara, doña Leonor me rogó que le entregara también este sobre. Me dijo que usted ya sabría lo que es.

—Gracias, gracias. Que vaya bien y hasta pronto..., espero —dijo de forma casi inaudible, como si formulara un deseo.

* * *

En apenas media hora estuvieron de regreso en casa. Entonces Nuria le dijo a Máximo que, con tanto trasiego, se le había olvidado que tenía hora en la peluquería al día siguiente. Que si necesitaba ayuda, podía avisar a Úrsula.

—No necesito ayuda de nadie para cuidar a mis hijos. A ti tendría que pasarte lo mismo. El caso es salir —dijo esto último entre dientes, pero Nuria lo entendió perfectamente.

Había concertado la cita con la mujer de las cartas a las once en Santa María del Mar.

El sábado, cuando aún estaba en la esquina de la vía Layetana con la calle Platería, escuchó las campanas de la catedral de la Ribera, el nombre popular del templo, en oposición a la catedral de Barcelona. Intentó ir más deprisa, pero los tacones no se lo permitían. En cuanto entró en la plaza, se acercó a Boro.

—Llego tarde, pero es que he podido venir por muy poco. Máximo no me quita ojo. No sé, Boro. Como si supiera algo.

—Venga, tranquila. Aún no ha llegado. Estás sudando.

—Sí, menuda caminata desde la parada del autobús.

Boro le tendió su pañuelo.

—No quiero ensuciártelo con el maquillaje. Ni siquiera he cogido el mío.

—Quédatelo. —No dejaba de mirar en todas direcciones—. Son las once y cuarto. Parece que no le caí muy bien a tu marido.

—No digas eso. Él es así con todo el mundo. —Y cambió de tema—: ¿Y si esta mujer se ha arrepentido? ¿Crees que vendrá?

—No sé. Una cosa es comunicarse por correo, pero otra muy distinta dar la cara en un asunto tan turbio. El padre Vilesermes me ha dicho que ya han entregado al otro bebé. Pero no está en el Patronato Ribas, sino en el orfanato de San José, cerca de la Sagrada Familia. Tenemos que ir cuanto antes.

—Mañana. A las doce. Máximo ya se habrá ido.

—¿De verdad?

—Máximo se marcha hoy. Estaré libre desde entonces —le dijo con la respiración ya más tranquila.

No dejaban de repasar con la vista a todas las mujeres que cruzaban por delante de las escaleras de la iglesia.

Boro y ella estaban muy cerca para poder escucharse entre tanto alboroto que había alrededor. Nuria sintió un escalofrío, como si la cogieran de los brazos y la sacudieran. Boro advirtió su movimiento.

—Se te está enfriando el sudor, ven. —La rodeó con el brazo y la atrajo hacia él.

Nuria se sintió reconfortada. No le importó estar así con él. Consideró que necesitaba aquel gesto, aquel refugio. Seguía sintiendo unos ojos en la nuca como si fueran dos dedos con los que alguien le empujaba la cabeza por detrás. Sin soltarse de Boro, giró el cuello con mucha incomodidad hacia la calle Tundidores. En la esquina había un hombre que enseguida dio un paso atrás y entró de espaldas en un portal. A Nuria le había dado tiempo a advertir, cuando se movió, que el traje le quedaba bastante grande. Además del tono plateado del cabello, solo se fijó en otro detalle: las gafas le colgaban sobre las solapas, sujetas por un cordón de metal brillante.

Mientras tanto, Boro miraba en diagonal a ella, en dirección a la calle Espadería.

—Nuria, tenemos que marcharnos, hay un hombre que nos vigila desde allí —le dijo mientras señalaba enfrente.

—Hay dos hombres que nos vigilan. Yo acabo de ver a otro.

Como apenas los separaban unos veinte metros de esa segunda persona, distinguieron su mandíbula cuadrada, los ojos achinados, la nariz recta, los labios carnosos, el pelo rubio que lo envolvía como una aureola apenas perceptible porque lo llevaba casi rapado, pero se notaba que le crecía con fuerza y de una forma muy tupida, tanto que le ampliaba la estructura del cráneo, a casi dos metros del suelo. Tenía además la barbilla partida, ojeras muy largas y los pómulos altos y prominentes. En él se pudieron recrear porque se habían quedado paralizados con su presencia. Les clavaba la mirada y después la dirigía hacia el zaguán en el que se había ocultado el otro, alternativamente.

—¿Nos van a disparar? —dijo Nuria temblando.

—Aquí imposible —dijo Boro con un hilo de voz, y le dio la mano—. Tenemos que pensar cómo irnos. De momento, lo que más nos conviene es estar rodeados de gente. Cuantos más testigos, mejor.

—¿Testigos, Boro? ¿De qué? ¿De nuestra muerte? ¿Dónde nos hemos metido? Son siniestros.

—Sí, son unos matones. Tienen toda la pinta —le dijo Boro con la boca muy cerrada, como si el que tenían a la vista fuera capaz de leerle los labios.

El que se había ocultado en el portal de la calle Tundidores se decidió a salir y en ese momento el otro comenzó a caminar con mucha lentitud en dirección a ellos. Cuando lo tenían enfrente los miró de una forma insolente, como si los retara, escupió en el suelo y continuó hacia la calle en la que estaba el otro hombre. Caminaban al mismo ritmo, pero separados unos veinte metros como si se tratara de dos figuras articuladas por el mismo engranaje.

Nuria se acercó a las escaleras y se sentó.

—Tengo mucho miedo. Era una trampa. No hay ninguna mujer. Nos quieren atraer para cazarnos por habernos enterado de todo esto. Ahora ya nos han visto, ya saben quiénes somos.

—Sí. Parece que no les conviene demasiado nuestra investigación. Pero ahora no estamos en condiciones de pensar. Espérame, llamaré a la compañía de taxis para que nos recojan aquí mismo.

—No me dejes sola. No sabemos si se han ido.

—Vuelvo enseguida. Es mejor así.

SEGUNDA PARTE

Nuria no podía apartar la vista del taxímetro. «Precio del viaje», leyó sobre los números que cambiaban. En la avenida del Marqués de Argentera, Boro le pidió al conductor que se detuviera. Cuando bajó, esperó a que se alejara el coche antes de continuar por el paseo de Colón hacia su barrio.

Llegó en menos de un cuarto de hora a la plaza de la Boquería. Cuando unos cuantos pasos después tuvo delante los arcos enrejados de la iglesia de San Agustín, se santiguó. Elevó la vista hasta los huecos como de colmena de adobe que encima de las columnas empobrecían aquella fachada. Después atravesó el umbral y buscó consuelo en el fresco pintado por Claudio Lorenzale. Mientras admiraba aquella pintura que conocía desde pequeño se frotó ambos brazos a la vez, como si quisiera borrarse de ellos la mirada de aquellos dos hombres. No había querido manifestar demasiado temor delante de Nuria.

Salió enseguida e intentó picar algo, pidió una fritura de pescado de la que apenas probó un par de piezas. Le pidió al camarero que se la envolviera y salió del bar con el paquete de papel de parafina lo suficientemente alejado de su cuerpo para evitar mancharse.

Una vez dentro de su finca, al pasar por el primer piso, se abrió la puerta de la derecha. Su vecina lo saludó a través del humo de una boquilla.

—Navascués, ¿cómo está? A ver cuándo se digna a hacernos una visita.

Detrás de ella vio a una chica que rondaría los quince años, tan solo llevaba puesto un corpiño de nylon, una faja y unas medias con blonda en la parte alta de los muslos. Le sonrió enseguida.

—Sí, quédese. Tómese una mistela con nosotras. Ya sabe que a estas horas no hay muchos clientes —dijo la más joven—. ¿Verdad? —le preguntó a su patrona como si enseguida hubiera caído en la cuenta de que se había excedido con aquella invitación a una casa que no era la suya.

—Lo pasaría muy bien. Más que nunca. Eso se lo aseguro, y además le haríamos un precio especial por ser vecino —lo animó doña Rita. Las dos se

miraron y rieron.

—Menuda tentación, pero, no, ya me conoce —se dirigió Boro a la dueña de aquel piso—. Soy un romántico. Yo quiero enamorarme.

—Pues de nosotras se enamoraría enseguida —continuó la joven—. En cuanto nos catara, ¿verdad, doña Rita?

—¿Va todo bien? —les preguntó Boro para cambiar la conversación.

—Lo de siempre. Algún borracho que se desmanda, otro que se pone chulito, el que no quiere pagar porque aún no ha cobrado el sueldo, pero, eso sí, siempre lo dice después de... Menos mal que tenemos a Damián. —Ese hombre a Boro siempre le había parecido muy peculiar, como si fuera a la vez un niño grande y una fiera. Pensaba que tal vez por aquellas características no le temblaría la mano, ni tampoco se le dispersaría la mente si se veía obligado a poner orden en el libro de contabilidad de doña Rita de esa forma tan directa—. Quiere a las chicas con locura y además, como es célibe, pues no tenemos que pagarle en carne, ya me entiende.

—¿Célibe? —Ese adjetivo tan culto sorprendió mucho a Boro—. ¿Que no está casado? Y eso ¿qué tiene que ver?

—Eso digo yo siempre —dijo su vecina frunciendo los labios para aspirar con fuerza el tabaco—, que dice que no quiere conocer hembra. Él sabrá. A nosotras, como comprenderá, nos hace un favor. Dice que de mayor quiere ser santo, porque el pobre no sabe que ya lo es.

—Bueno, las dejo.

—Porque usted quiere. —Le volvieron a sonreír.

—No puede parar de trabajar, doña Rita —le dijo Boro.

La vivienda del químico estaba en el último piso. Consistía en dos habitaciones bastante espaciosas y bien arregladas, con una cocina económica que casi nunca usaba, una cama de un cuerpo bajo el techo abuhardillado, un bargueño de patas torneadas y cajones con pomos de nácar. Este mueble le servía como almacén de lo que más apreciaba. Había en una esquina una lámpara con el mismo estampado del biombo que veía cada vez que la puerta frente a la que se había detenido hacía un momento estaba abierta.

Sus mejores posesiones eran sus libros, sus plantas y Kepler, una gata blanca y naranja a la que le dejaba abierta la única ventana de la estancia para que recorriera los tejados que circundaban el patio interior. Siempre que regresaba se la encontraba en el mismo lugar de la alfombra, sobre una figura geométrica redonda y con triángulos alrededor, una especie de sol que, aunque estaba dibujado con lana, parecía darle calor. El ingeniero estaba convencido de que montaba guardia hasta que lo veía aparecer por la plaza.

Cuando le dejó abierto el papel de parafina con las sobras de fritura sobre el alféizar, la gata se mostró como el ser más agradecido de toda la tierra. Boro la acarició mientras ronroneaba. Le notó la barriga. Le gustó que aquella a la que él llamaba con un juego de palabras Ágata Kepler fuera a tener descendencia.

* * *

Nuria entró en su casa. Sobre la cabeza llevaba el pañuelo de seda brillante que Máximo le había regalado semanas atrás. Pretextó que tenía que llevarlo aún unas horas para que se le marcaran más las ondas. Él se lo levantó un poco por la nuca y después la pellizó.

—Vaya, entonces tendré que irme sin ver el resultado —le dijo—. ¿Te has teñido de rubia platino?

—Pues no, solo ha sido lavar y marcar y me han puesto plis para darme un poco de volumen.

—Plis —repitió él.

Aquella tarde, en cuanto Máximo se marchó, Nuria se encerró en el baño y abrió el sobre que le había entregado Boro el día antes cuando fue al laboratorio con su familia. Hasta aquel momento, con todo el ajetreo que le había supuesto estar con Máximo e ir a la plaza de Santa María y lo sucedido allí, no había podido leerlo. Era otro informe, pero en esta ocasión no tenía el mismo cuño de la farmacéutica, sino el del Ministerio de la Gobernación, debajo de cuyo membrete se leía: «Dirección General de Sanidad e Inspección General de Farmacia»:

La ventaja que presenta este principio activo sobre otros compuestos similares de la familia de los barbitúricos, como el pentobarbital, es que carece de efectos secundarios.

Las firmas suizas Cibelina y Lincex descartaron su comercialización. Los motivos de esta negativa no fueron aclarados. Tal vez respondan a otros intereses.

La licencia fue comprada finalmente por el laboratorio Orlanta. Su presidente fue director adjunto en el Instituto de la Viruela y de Investigación Viral de Cracovia, Polonia. Entre sus logros está el descubrimiento de la vacuna contra el tifus. Con posterioridad se dedicó al estudio de las propiedades y aplicación de la penicilina.

Hay constancia —copias de todo lo enviado, así como listados de direcciones— de que desde esta empresa se mandaron más de cuarenta mil cartas a médicos alemanes con el fin de que recomendaran la sustancia objeto de este informe.

No hay reportes sobre la toxicidad del fármaco.

En cuanto terminó de leerlo, Nuria comenzó a quitarse el sudor solidificado. Se echó un poco de perfume Myrurgia. Volvió a olerse los brazos. Después se pasó un paño por la cara como si quisiera borrar las ojeras y cambiar el rictus de su boca.

Se metió en la cama, dio varias vueltas y cuando vio que no le sería posible conciliar el sueño, se levantó y fue a la salita de estar. Se sentó en la mecedora y abrió un libro de la escritora barcelonesa Carmen Kurtz que se titulaba *El desconocido*. Hasta las cinco de la mañana, leyó de un tirón sus casi doscientas cincuenta páginas sobre la vida de un hombre que regresaba a su hogar después de pasar diez años en una prisión soviética.

Un par de horas después, con el ruido de los cacharros en la cocina, sus hijos se despertaron. Les dio el desayuno, los dejó después sobre la alfombra del cuarto donde jugaban siempre, se preparó un café con leche y se dispuso a continuar con las cartas.

Nuria suspiró al llegar al final de la primera. Entonces de forma automática pensó en Boro y en Máximo. Los sintió más que distintos, opuestos, como si fueran el día y la noche en todo. El químico no imponía su personalidad como hacía su marido, que siempre se dedicaba a exhibirse, a que todos vieran cómo era y cómo actuaba. Boro más bien dejaba que sus actos comedidos, exactos, hablaran por él. Incluso en el físico eran muy diferentes: el ingeniero tenía los ojos claros, el cabello castaño, y Máximo, tanto el pelo como la piel varios tonos más oscuros, incluso esta característica se trasladaba a su voz. Además tenía unos músculos rotundos, que le tensaban los brazos y las piernas. Cuando lo conoció le dijo que jugaba al hockey sobre patines aunque ella nunca lo vio practicar ese deporte. Pensó que del cuerpo de su compañero en el laboratorio solo sabía lo que la ropa dejaba adivinar. Se imaginó con él, con Boro, en la playa de la Barceloneta en verano y decidió detener su pensamiento.

A las once de la mañana Nuria cruzó a casa de Dora para pedirle a Úrsula que se quedara con sus hijos unas horas.

—Hola, Úrsula, ¿todo bien? He preparado un estofado de ternera y he pensado que pueden comer los tres y si Dora quiere le acerca usted también un plato.

—Ay, carne, Dios la bendiga. Ya ni me acordaré de masticar.

—No diga eso, mujer, que me consta que aquí también come muy bien. Tanto usted como mis niños.

—Claro, si lo digo por mi casa, ahora empieza a entrar algo en mi despensa gracias a que la señorita Blúmer se acordó de mí. Pero hoy, como no está, pues no pensaba comer. Además, a ella no le va mucho la carne. Qué cosas, ¿verdad? Con el dinero que tiene. Voy enseguida.

Nuria se puso la ropa que había dejado preparada la noche anterior. En cuanto Úrsula entró, ella le dio unas últimas instrucciones respecto a sus hijos y salió a la calle. El autobús la dejó ante la oficina de correos con columnas y los mostradores en círculo. Después de abrir su apartado postal, pasó las manos varias veces por el interior, como si de esta manera pudiera hacer crecer dentro de él un sobre, un paquete o cualquier otra forma de comunicación que hubiera ideado la mujer que no acudió a la cita en la plaza de Santa María. Esperaba una disculpa, una explicación, un motivo que la tranquilizara y le hiciera creer que era real.

Guifré Baladre la vio de espaldas delante de la pared de los casilleros y para pasar desapercibido se mezcló entre quienes hacían cola. Cuando Nuria abandonó el edificio, ni siquiera miró hacia atrás.

—Quería saber si tengo correspondencia —le dijo el detective a una empleada mientras le mostraba la llave que le había copiado Máximo. De la anilla colgaba una etiqueta pequeña de cartón con el número 77.

—Vaya usted mismo —le dijo sin apenas mirarlo.

A las doce en punto, Nuria estaba frente a la entrada principal del asilo de huérfanos San José, en el número 388 de la calle Provenza. Era un edificio muy cuadriculado: las ventanas del bajo y del primer piso estaban seccionadas por una columna vertical y las de la tercera y cuarta planta eran rectangulares y muy sobrias. Boro no había llegado aún. Temió que le hubiera ocurrido algo la víspera en el camino hacia su casa. Y la inquietó también pensar que Máximo pudiera aparecer en cualquier momento. Antes, cuando se marchaba de Barcelona estaba segura de que lo hacía, pero desde que estaba tan pendiente de ella le asaltaban las dudas.

—Nuria, ven. —Ella se sobresaltó hasta que vio que se trataba de Boro, que salía del orfanato—. Estaba haciendo los trámites para que nos reciban. Así adelantamos. Me han hecho firmar un montón de papeles. También me han presentado a la madre del bebé, ha venido a amamantarlo.

—Boro. —Solo le sonrió, aunque nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

—Te noto cansada.

—¿Tú has podido dormir?

—Ya hablaremos luego. Sígueme. Me han dicho que hay un médico alemán que ha solicitado por escrito venir a examinarlo. Tenemos que hacer todo lo posible para saber de quién se trata.

Recorrieron tres pasillos llenos de luz. En cada uno de ellos, en torno a un jardín, se reproducían a escala las ventanas con arco y columna del exterior.

—Es ella. —Boro le señaló a una mujer muy menuda, con un vestido camisero gris, que estaba sentada en uno de los muchos bancos de más de cuatro metros que había en cada tramo de aquellos corredores.

La falda le llegaba por debajo de las rodillas y llevaba unos zapatos toscos, muy masculinos. Cuando los vio de lejos, se apartó a su niño del pecho y se cubrió enseguida abotonándose el vestido.

—Le presento a Nuria Somport, mi compañera en el laboratorio. Gracias por quedarse a hablar con nosotros.

—No hay de qué. Así estoy un rato más. Hoy no trabajo. Es mi único día libre. Los demás me paso el rato que puedo. Vivo cerca —les respondió de forma entrecortada, con estas frases breves que parecía que había memorizado de tanto repetirlas.

El niño sonreía muy satisfecho. Tenía la cara muy redonda, los labios prominentes y los ojos muy pequeños. Debajo de la toquilla no se podía apreciar cómo era su cuerpo.

—Ya ve, yo no puedo con uno y aquí tienen setenta. Aunque ninguno así, claro. —Suspiró—. Lo cuidan bien, pero sus mermas...

—Al menos no es huérfano, la tiene a usted. ¿Le puedo preguntar por su marido? —intervino Nuria.

—Él no quiere venir. No puede soportar ver al niño. Di a luz en casa de su hermana porque allí vive mi suegra, y para ir a un hospital, pues no tenemos medios. Ellas, mi cuñada y su madre, no se lo dejaban coger. Le decían que había que evitar el contacto, por los microbios. Y a mí no me permitían ni siquiera verlo. Tres días lo tuvieron escondido debajo de una toalla. Margarita madre e hija me dijeron que tenía que descansar y es verdad que estaba medio desvanecida. Había perdido mucha sangre. Una mañana vino el doctor y les preguntó cómo me lo había tomado. Entonces escuché que cuchicheaban. Él les dijo que no había más remedio que enfrentar la situación.

—¿Y se lo mostraron? —le preguntó Boro.

La mujer tenía cogido al niño con el brazo derecho. Se pasó la mano izquierda por el mismo lado de la cara y se arrugó el ojo y la mejilla.

—Eso fue lo peor. El médico les pidió a mi suegra y a mi cuñada que le llevaran correas, cuerdas, vetas, lo que tuvieran. Me dijo que pusiera los brazos en cruz y me los ató a la forja del cabecero. Después me amarró los pies con sogas a las patas de la cama. Yo no quería verme así y él solo me decía que me tranquilizara. Estaba tan débil que no tuve fuerzas para replicarle —hablaba de forma entrecortada y jadeaba como si hubiera vuelto a aquellos momentos. Allí, delante del ventanal, daba la impresión de que estaba sobre una roca después de que la arrastrara aquel torrente de amargura—. Me pasó una cuerda por debajo del pecho y otra sobre las piernas.

Nuria pensó que, además de a su hijo, tenía en común con la mujer que vivía en la barraca de Magoria la necesidad de expresar todo aquello que la anegaba.

—No sabía por qué me estaban haciendo aquello. Fue horrible. El niño lloraba y no lo atendían. Yo preguntaba, y tanto Margarita hija como Margarita madre como el doctor hacían como que no me oían. Y mi marido no estaba en casa. Eso sí, yo sabía que no tardaría en llegar y en eso confiaba. Mi cuñada le pasó el niño al médico como si fuera un fardo —dijo mientras bajaba la mirada al rostro plácido de su pequeño—. «Ahí tiene», escuché que le decía. No entendía qué era todo aquel teatro. El doctor lo depositó a los pies de la cama, comenzó a desenvolverlo y después lo levantó de su única pierna para que yo lo viera. Así lo elevó, como si fuera..., no sé. «Y no solo le pasa esto, tampoco tiene bracitos». —Nuria le acarició un hombro cuando la mujer rompió a llorar. Una lágrima se le había quedado en mitad del rostro. Parecía una gota de vidrio—. Mis familiares pensaron que me volvería loca, y así me manifesté: grité hasta desgañitarme y me hice unas heridas bastante profundas

donde me rozaban las cuerdas, el mismo médico me las curó durante los días siguientes que vino a verme. —Boro se frotó la muñeca derecha, se puso en pie y miró a través de la cristalera—. Querían pararme —continuó la madre del bebé—, evitar que la sangre siguiera manando de los cortes, agité tanto la cabeza contra la almohada a un lado y a otro que me quedé exhausta. Entonces entró mi marido, pero yo ya no tenía fuerzas para hablarle, vio la escena y se marchó dando un portazo. Tardó dos días en volver. Estuvo bebiendo por los bares. Esto me lo contó él después. De que me desmayé al momento, tampoco me enteré.

Nuria comenzó a acariciarle la mejilla al niño con un dedo. Quería que se le ocurrieran palabras de aliento como las que enviaba en sus respuestas.

—¿Saben? Al principio tenía mucho rechazo por mi marido. Como si fuera él el culpable. Pobre. Si los dos vamos en el mismo barco... De otra manera, pero él también ha sufrido lo suyo. Con la ilusión que le hacía tener al niño. Ahora me dice: «Ve, ve a verlo y luego me cuentas». Sé que mientras estoy aquí se queda en casa llorando. Miren al niño, parece una momia de enrollado que está. ¿Saben qué pienso? Que cuando llego aquí una mañana de domingo alguien se me acerca nada más entrar y hay varias personas que gritan a la vez: «¡Milagro, milagro, el niño está entero, le han crecido los brazos y ya tiene dos piernas!». Hasta sueño con eso. Pero no, día tras día vengo y está igual. Y aún es bastante que esté igual y no peor.

Nuria se incorporó y se puso a mirar una lámina que había enfrente. Aprovechó para sacar su pañuelo perfumado del bolso y apretárselo contra la boca, que le temblaba. Como si fuera resultado de aquella presión, las lágrimas le cayeron a borbotones. Quería tranquilizarse. Agradeció que Boro permaneciera con la mujer.

—Y dígame —le preguntó esta a él—. ¿Usted tiene estudios? ¿A qué se dedica? Me han dicho que son de un laboratorio.

—Así es...

—Marina, me llamo Marina.

—Estudié Ingeniería Química —le respondió Boro.

—¿Y cree en Dios? —Boro creía en Dios, en el dios que lo había salvado a él—. Sé que esto es una blasfemia —la mujer bajó la voz—, pero en estos momentos creo más en el diablo. De él vemos sus actos, aunque estos sean espantosos.

Nuria quería girarse, decirle, como si fuera la consejera a la que suplantaba en las cartas, que no tenía que perder la fe, sino considerarla el mayor de los consuelos. Pero no podía. Seguía inmóvil ante aquel dibujo en el que aparecía Abraham a punto de sacrificar a su hijo Isaac.

—¿Saben qué me han dicho? Que si hubiera dado a luz en un hospital, la misma comadrona lo habría asfixiado. Así parece que han hecho con alguno. A otros los dejan a la intemperie toda la noche para que cojan una pulmonía o después de cortarles el cordón umbilical no se lo anudan, para que mueran desangrados. A la madre le dicen que ha nacido muerto y ya está. Pero yo ahora prefiero que no fuera así. Ya veremos qué hacemos, pero de momento... Está vivo.

Aquellas descripciones sobre lo que hacían con otros de aquellos niños fueron un mazazo para Nuria. Ella seguía elaborando la carta ficticia que le escribiría si en vez de tenerla allí se tratara de una de sus comunicantes, le diría que en trances como aquel se nos pone a prueba como seres humanos, que no tenía que desesperar, que esa deformidad solo era física, que tuviera paciencia, que... Pero supo que ante la crudeza de algo como aquello no servían los paños calientes.

Nuria se dio la vuelta, fue de nuevo hacia el banco, se sentó junto a ella y la abrazó con fuerza mientras la abarcaba a la vez a ella y al pequeño. Entonces dejó de reprimir el llanto.

—Boro, lo siento, Boro. Perdóname. No podía más. —Y se dirigió a Marina—: ¿Por qué no buscan a alguien que les ayude con el niño y se lo llevan de aquí?

—Es por mi marido. Yo lo haría de mil amores, pero él..., tengo miedo de que se dé a la bebida si lo llevo con nosotros.

—¿Y ha pensado a qué puede deberse que haya nacido así?

—Me han dicho muchas cosas; cada persona que lo sabe, una distinta. Que puede ser de los rayos X o de haber comido cordero infectado. Yo no tengo vicios. Y...

—Diga. ¿Algo más? —la apremió Boro.

—Me da vergüenza, pero dicen que también pudo ser de la postura cuando lo concebimos.

Entonces Nuria le hizo la pregunta que los había llevado hasta allí:

—Durante el embarazo, ¿la vio el médico alguna vez?

—Antes de yo saber que estaba en estado. Me encontraba mal, me fallaban las fuerzas y me dio unas pastillas para que se me pasara, para que durmiera mejor. Me dijo que eran nervios. Después, claro, supimos el motivo, que era por mi estado, pero ya no volví a decírselo.

Nuria y Boro intercambiaron una mirada de preocupación.

—Por casualidad, ¿no recordará el nombre de esas pastillas? —le preguntó Boro.

Ella negó con la cabeza. Como a la chica que conocieron en la barriada, Nuria quiso preguntarle si necesitaba algo, pero no pudo.

—Volveremos a verla otro domingo. —Solo fue capaz de hacerle aquella promesa.

—Gracias por interesarse —les respondió ella.

Boro llevó del brazo a Nuria hasta la salida y se dirigieron hacia la parada del autobús.

—También tomó unas pastillas, como La Civilera —dijo ella.

—Ya tenemos algo en común en ambos casos —le dijo Boro—. Pero no podemos precipitarnos.

—No me estoy precipitando. Lo dicen los informes: hablan de unos sedantes, de un medicamento parecido a los barbitúricos...

—Y también dicen que carecen de efectos secundarios, que no hay reportes sobre su toxicidad. Eso no podemos olvidarlo.

—Y esos reportes sobre sus efectos, ¿son definitivos?

—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar. Si fueran falsos...

Cuando ella estaba a punto de subirse al autobús, Boro le dijo:

—Nuria, gracias por hacer lo que yo he querido hacer desde que ha comenzado a hablar y no me he atrevido. Gracias por darle ese abrazo.

—Ha sido un abrazo de los dos —le respondió ella.

Boro fue al bar Sandor en la plaza Calvo Sotelo para encontrarse con Lorenzo Montauriol, su amigo del seminario que trabajaba para el laboratorio del que habían leído el informe. Lo reconoció enseguida al lado de una de las mesitas bajas y redondas cubiertas con un mantel blanco hasta casi el suelo. El camarero se acercaba a él con una botella de Martini en una bandeja.

—Que sean dos —dijo Boro.

—¡Salvador! —dijo Lorenzo mientras se levantaba a abrazarlo.

—Qué bien te veo, Lorenzo. ¡Cuánto tiempo!

—Demasiado. Me alegro de que me llamas. Tenía ganas de verte. Ojalá coincidiéramos más... Pero, dime, ¿cómo va todo? ¿Tienes novia?

—Tú no cambias, por lo que veo —le dijo Boro sonriendo—. No, no tengo novia.

—¿Sabes qué pienso a veces? Que los curas nos pusieron tantas películas en las que nunca llegaban a nada que nos han calado. Pero no llegaban a nada por la censura, claro, no por falta de ganas.

—Pues se ve que los que nos censuramos ahora somos nosotros —le dijo Boro.

Los dos rieron con ganas.

—Bueno, y tú qué, ¿cómo te tratan los de Orlanta? He oído que les va muy bien.

—Por eso me has hecho venir. —Rio Lorenzo fingiendo indignación—. Para tirarme de la lengua. Ya veo el titular, de seminarista a recluso. ¿Te imaginas el escándalo? ¡Me acusarían de espionaje industrial!

—Para nada. Los cosméticos y los medicamentos son cosas distintas.

—No sé si tanto. Boro, sabes de mi admiración por la belleza, en especial por la belleza femenina... Pero ¿de verdad piensas enterrar tu carrera entre cremas?

—No empieces. Ya sé que crees que es un trabajo frívolo, pero yo lo prefiero a la ambición y la codicia, que es el pan de cada día en las empresas

farmacéuticas.

—Hombre, tampoco es eso. Definitivamente a ti el seminario te dejó muy afectado. No hay nada malo en ganar dinero. No hemos hecho voto de pobreza.

—No, no hay nada malo en acumular riqueza siempre que esta no proceda de dañar a otros.

—No me irás a echar ahora un sermón sobre la ética de las empresas. Esa cantaleta ya me la repite Vilesermes cada vez que nos vemos.

—No, tranquilo, no he venido a predicar sobre nada, solo a rogarte tu ayuda.

Lorenzo se puso serio de repente.

—¿Qué ocurre?

—Es algo muy grave.

—¿Tienes problemas con tus jefes? Todo el mundo dice que les va viento en popa con el consultorio ese que tienen, que venden más potingues que nunca. Lástima que con las pastillas no podamos hacer lo mismo. Bueno, algunas sí que se anuncian en la radio, como la tableta Okal.

—No, con ellos no tengo ningún problema, me tratan muy bien. Es posible que algunos de los productos que fabricamos no reduzcan las arrugas ni ejerzan ningún efecto más que como placebo, o solo eleven la autoestima, pero no es para considerarlos así, como tú te refieres a ellos.

—No se hable más, pero como te oigan todas estas vetustas damas que nos rodean hablar así de sus resultados, te vas a complicar mucho la vida —le dijo Lorenzo de una forma bastante impostada.

—No creo. En el fondo ellas también lo saben —dijo Boro riendo—. Al menos, ninguno de los productos que fabricamos causa ningún perjuicio. Eso, comparado con otros, ya es mucho. Verás, no sé por dónde empezar. El caso es que he tenido acceso a este informe del Ministerio, emitido desde la Dirección General de Sanidad e Inspección General de Farmacia, exactamente —dijo mientras lo dejaba sobre la mesa.

Lorenzo lo cogió y comenzó a leerlo con atención.

—No quiero jaleos. A mí sí que me gusta mi trabajo. Toma —le dijo devolviéndoselo.

—Lo sé, y sabes que jamás haría nada que pudiera traerte problemas. Solo necesito que me digas el nombre del principio activo al que se refiere este documento. Solo eso.

Lorenzo lo miró con recelo.

—No diré de dónde he sacado esa información. Puedes confiar en mí.

—Bueno, no es ningún secreto. Es el telamón. Y quédate también con otro detalle: en ese informe dice que no es tóxico. Si eso era lo que te preocupaba,

ya lo sabes. Te puedes tomar medio kilo de pastillas, que no pasa nada. No como con los barbitúricos, que a muchos se les va la mano y se acabó.

—Has acertado. Por ahí van los tiros.

—Han sido muchos años juntos. Te conozco.

—¿Y si te digo que sí tiene efectos secundarios y que estos son... abominables?

—Pues que no. Sabes que los rumores siempre son interesados y más cuando una compañía cotiza en bolsa. La más mínima sombra, y las acciones caen en picado. Te voy a decir algo: todo eso procede de la competencia. Hay previsiones de que en unos meses en Alemania el telamón se venderá más que la aspirina. Con eso te lo digo todo.

—Entonces, ¿por qué otros laboratorios, Cibelina y Lincex concretamente, lo rechazaron?

—Eso puede deberse a mil motivos: desde un cambio en la estrategia comercial a otro hallazgo similar, cuestiones del mercado. Ya sabes que Orlanta tiene su origen en la fábrica de unos perfumistas, jaboneros, dicen otros, que decidieron cambiar de sector empresarial. Siempre se busca el sol que más calienta y ese sol es el oro. No te olvides de eso.

—Que algo sea un rumor no quiere decir que sea falso, a veces acaba por confirmarse. Hemos recibido unas cartas...

—¿Así que a eso te referías? ¿Lo dices por Kessler? —le interrumpió Lorenzo—. ¡No me digas que vas a hacerle caso a los desvaríos del loco ese de Hamburgo! ¿También ha escrito a tu laboratorio? Ese hombre definitivamente ha perdido el norte. Aunque esté en él —bromeó.

—¿Eso crees? —De forma bastante casual, Boro se dio cuenta de que aquella frase a medias lo había llevado a obtener la información que deseaba.

—Te digo que no debe de estar bien de la cabeza. Si vieras las barbaridades que dice..., poco menos que el telamón es veneno puro. ¿Qué puede saber un radiólogo de una clínica en Eppendorf de formulaciones químicas? Otros dicen que los rayos X, lo suyo, son muy dañinos, si a eso vamos.

—No creo que ese hombre se aventure a hablar así sin pruebas. Para estar allí, será alguien de prestigio.

—Está resentido contra Orlanta. Probablemente le negarían algo, saldría mal algún acuerdo económico y querrá vengarse. Desengáñate. Todos se mueven por lo mismo. Cuanto antes lo entiendas, mejor. Te hacía menos candoroso.

Boro levantó su copa a la vez que Lorenzo, pero se paró en mitad del brindis. Sus ojos se quedaron fijos en el estanque del centro de la plaza. Allí,

de pie, desafiante, estaba el mismo hombre que, después de atravesarlos con la mirada en la plaza de Santa María, escupió junto a Nuria y a él. Lorenzo siguió su mirada.

—¿Lo conoces?

—No. Pero lleva unos días siguiéndome.

—Menuda cara tiene ese individuo. Camarero, aquí. Vámonos.

Después de pagar se levantaron enseguida. Comenzaron a caminar con bastante rapidez, Lorenzo iba por el lado interior de la acera. Al girar la esquina, no vio el pie que quien los había estado observando dejó fuera de la tienda en la que se había ocultado. Lorenzo tropezó, sintió un golpe en el costado y cayó al suelo. Al oír el ruido, Boro se giró y se apresuró a ayudarlo. Su amigo se sacudió la chaqueta y se palpó los bolsillos.

—Boro, la cartera, no la tengo.

—Con las prisas, te la habrás dejado en el bar.

—No, estoy seguro de que la cogí.

—Entonces tiene que estar por aquí, se te habrá caído con el tropezón. — Boro se dirigió al grupo de curiosos que los rodeaban—. ¿La han visto?

Nadie le respondió.

* * *

Aquella noche, de camino a su casa, Boro llamó desde una cabina a una operadora para preguntarle el teléfono de la clínica de Eppendorf.

—¿Se refiere al Hospital Universitario de Hamburgo?

—Sí —dijo Boro deseando que fuera el único del barrio o que al menos se tratara de aquel. Cruzó los dedos mientras esperaba a que la telefonista lo consultara en el listín internacional.

—Aquí está. Tome nota —le dijo pasados unos segundos.

Después de escucharla, Boro le pidió que volviera a repetirle todas las cifras más despacio, las memorizó y en cuanto entró en su casa, y antes de acariciar a Ágata Kepler, las escribió sobre un papel.

El lunes, cuando Liliana bajó a tomar café y los señores Frument se encerraron en su despacho, llamó a Nuria a casa de Dora Blümer y le pidió a su casera que le dijera que volvería a telefonar en diez minutos.

—Nuria, tienes que venir cuanto antes. O voy yo, lo que prefieras. Tengo que contarte algo muy importante.

—Vamos a buscar un sitio cerca de aquí, pero en mi casa no.

—¿Sabes dónde están los jardines de La Tamarita? Te espero en la parte del paseo de San Gervasio, en la prolongación de tu calle.

—A las siete.

Cuando Nuria se dirigía hacia allí con Marc en el cochecito y Mireia de la mano, Guifré Baladre la siguió. En cuanto divisó el parque, el detective imaginó que aquel sería el lugar de la cita. Se quedó en la esquina anterior, al principio del pasaje de Maluquer. Había cerca unos árboles enormes de palo rosa.

—A estas horas, si no la aviso, ya no está Úrsula. Lo pensé después.

—Buenas tardes, señor mico —le dijo la niña.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Soy mayor.

—Mayor que tu hermano —le replicó Boro.

—Puedes andar por la acera, pero no te alejes. O si quieres te dejo pasear a Marc. —Después se dirigió a su compañero—: Como imaginarás, no tengo mucho tiempo.

—Te lo cuento enseguida, pero no quería que fuera por teléfono. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. —Boro estaba muy excitado, no paraba de gesticular mientras ponía a Nuria al tanto de la conversación con su amigo Lorenzo, y esta agitación no le pasó desapercibida a Baladre.

—Quizá no estés tan desencaminada en tus sospechas sobre las pastillas que tomaron Marina y la mujer de la barriada, La Civilera.

—Me estás asustando. ¿No me habías dicho que eso no podía ser?

—Sí, pero, verás, después de hacer esa comprobación, fui a una farmacia y me sacaron todos los medicamentos con telamón como principio activo. Ni te imaginas la cantidad de productos que lo llevan. Entre ellos, unas pastillas para paliar los vómitos durante el embarazo. He comprado una caja de cada para analizarlas.

—Dios mío, Boro. Entonces, ¿el informe miente cuando dice que no es tóxico?

—No lo sé. Lorenzo cree que lo que dice el informe es cierto, pero yo ya no sé qué pensar. Me habló de un radiólogo de Hamburgo que dice que el

telamón es veneno. Si esto se confirma...

—Tenemos que hablar con él —dijo Nuria muy alterada.

—Ya lo he hecho. Por eso te he hecho venir con tanta prisa. Se llama Varick Kessler y es español. Menos mal, porque yo no hablo casi nada de alemán. Solo sé decir el nombre de algunas marcas, de utensilios de laboratorio, pero poco más.

El detective no perdía detalle de la escena.

—¿Es español y se llama Varick Kessler? —le preguntó Nuria sorprendida.

—Así es, sus abuelos paternos eran alemanes y cuando terminó de estudiar en Valladolid se marchó allí. Mientras lo buscaban por la clínica, aproveché para hacer el pedido de este trimestre con otro de los empleados de allí. Siempre encargamos instrumental y piezas de recambio a varios países. Los señores Frument confían mucho en mí y no me ponen ningún problema mientras me quede por debajo del presupuesto. Como necesitaba unas lentes y me daba igual que tuvieran un origen que otro, aproveché.

Nuria miró a sus hijos. Estaban a su espalda. Mireia acercaba el cochecito de Marc a un árbol y hacía como que chocaba contra el tronco. En el último momento cogía el manillar y retrocedía. El niño se reía mucho y ella también.

—Ve por el lado de la pared con plantas, Mireia. Ese juego es peligroso. Ven. Enseguida nos vamos. ¿Y qué te dijo del telamón? —le preguntó a Boro girándose hacia él de nuevo.

—Lo que ya me adelantó Lorenzo. Que es veneno. En cambio, en contra de la opinión de mi compañero, no me pareció ningún loco, sino una persona muy sensata. De hecho, fue muy amable y me atendió muy bien. No sé qué pensarán del precio de la conferencia los señores Frument, pero valió la pena, tanto que estoy dispuesto a que me lo descuenten del sueldo si no se creen que era solo para pedir material. Según Kessler, son las pastillas para los vómitos durante el embarazo las que causan las malformaciones.

Nuria lo miró horrorizada.

—¿Así te lo contó? ¿Con esas palabras?

—Me dijo que si quería pruebas podía reunirme con él en un congreso médico que se celebra en Montpellier en unos días.

—¿Y le has hablado de los casos de aquí? ¿De lo que sabemos?

—Sí, y dice que no tenía conocimiento de que se hubiera extendido con tanta rapidez, que el oscurantismo es total, que pensaba que se circunscribía de momento a Alemania, que sus colegas de allí no saben nada de lo que sucede en otros países y que él, para adelantarse a los efectos del medicamento, por si acaso enviaba esas cartas a todas las sedes de Orlanta.

—Dios mío. ¿Y hay muchos niños afectados allí?

—Al parecer sí. Me contó que, tras su recorrido por bastantes poblaciones alemanas durante fines de semana enteros, se dirigió a la casa matriz del laboratorio fabricante y sus representantes le respondieron que sus conclusiones eran erróneas, que esas malformaciones se deberían a factores medioambientales.

—¿Y eso es posible? —preguntó Nuria mientras volvía a mirar a sus hijos.

—Yo conozco estudios que hablan de una planta, «el repollo de la mofeta», se llama. Cuando una oveja preñada se alimenta de él, sus fetos presentan muchas alteraciones. Pero te aseguro que esto que hemos visto no tiene nada que ver. Son demasiados casos, según él, y además se dan en seres humanos. —Boro movía las manos de forma que parecía que con ellas quisiera detener aquella plaga—. A Kessler intentaron convencerlo de que muchas de esas malformaciones se deben al uso de detergentes, a las radiaciones, lo amenazaron con parar su trabajo incluso, y lo peor fue que le insinuaron que tal vez eran las propias madres las que les causaban esas taras a sus hijos al pretender abortar y no conseguirlo. Se desentendieron del tema por completo.

—Pero, si es cierto, eso es todavía más cruel. Que no quieran reconocerlo es muy grave. —Nuria recordó cómo había vivido ella sus embarazos, con sus incertidumbres y sus ruegos para que nacieran bien—. Yo también pude haber tomado entonces algún medicamento. Es puro azar.

—Y aún hay más. A otras mujeres cuando dieron a luz les dijeron que eran defectos congénitos, aunque ellas insistieron en que no había antecedentes en sus familias. Y los de la farmacéutica llegaron a alegar en su defensa que algunas madres eran las causantes de estas deformidades al tratarse de gestantes de más de cuarenta años. Todo menos asumir las consecuencias.

Guifré Baladre había comenzado a caminar hacia ellos. Primero recorrió el chaflán que daba al pasaje de Maluquer y después continuó por el paseo como un peatón más. La manzana frente al lugar en el que Boro y Nuria hablaban era muy grande, la ocupaba una misma finca con cinco portales. Cuando el detective llegó a la otra esquina, cruzó, y se acercó también a la verja de los jardines en el lado donde estaban ellos.

—Boro, siempre es difícil de entender que el mal se haga de forma consciente.

—Pues a mí no me cabe la menor duda de que a algunas personas las mueve únicamente la codicia. Sé de laboratorios que compran patentes de medicamentos porque estos no tienen ningún efecto secundario.

—Y entonces, ¿no sirven para nada? —le preguntó Nuria sorprendida.

—No ejercen ninguna acción sobre el organismo —continuó Boro de una forma más técnica—. Les inventan unas propiedades, deciden para qué puede estar indicado y ya está. Van más dirigidos a la mente que al cuerpo.

—¿Y eso es legal? ¿Puede hacerse?

—Claro, todo es muy legal. A veces excesivamente legal. La empresa, como cualquier otra, se inscribe en el registro mercantil y cumple todos los requisitos fiscales y administrativos. En el caso de Orlanta, la respaldan aquí además buenísimos avalistas, algunos me consta que son miembros bastante conocidos de algunos gabinetes ministeriales. Me he informado a fondo. Muchos datos aparecían en la hoja con nombres, fechas y lugares que recibiste la pasada semana.

En aquel momento, Nuria se giró hacia sus hijos y vio cómo el cochecito de Marc chocaba contra el árbol sin que Mireia pudiera detenerlo. El niño salió despedido. En un segundo, Nuria vio a un hombre que aparecía de la nada y escuchó su propio grito que, a la vez que surgía de su garganta, la ahogaba. Boro se apresuró también a lanzarse sobre la calzada, pero el otro fue más rápido. Marc tenía un llanto desgarrado. El hombre con el traje dos tallas más grandes, el cabello plateado y las gafas con el cordón metálico brillante lo sujetaba en los brazos y el niño lloraba como si estuviera sobre una cama de clavos.

—Qué poco ha faltado. O se hubiera matado del golpe, o lo habrían atropellado, o las dos cosas —le dijo Guifré Baladre mientras le entregaba a su hijo.

Nuria con el bebé ya en brazos se desmoronó. Se sentó con él en el suelo, con la espalda contra la tapia de los jardines, y comenzó a abrazarlo muy fuerte. Mireia también lloraba. Boro cogió a la niña y la abrazó.

—Tranquila, no ha pasado nada. ¿Está bien Marc? ¿Tiene alguna herida? —le preguntó Boro a Nuria muy angustiado.

Ella solo consiguió asentir sin dejar de abrazar a su hijo. Las lágrimas le caían sin cesar mientras se llevaba la mano a la boca y movía la cabeza de un lado a otro.

—Está bien porque han tenido la buena fortuna de que yo reaccionara a tiempo. ¿Han visto qué reflejos? Quien tuvo retuvo.

Nuria y Boro repararon entonces en Baladré y se miraron asustados. Ella lo había reconocido.

—Tengan más cuidado —les dijo el detective, y rápidamente se giró y se marchó en la dirección contraria a la del domicilio de Nuria.

Boro se sentó junto a Nuria y la abrazó con fuerza, tratando de calmarla.

—Boro, podía haber perdido a mi hijo. Estábamos hablando de lo que les ocurre a los bebés a los que les faltan los brazos y las piernas y el mío podía haber acabado de la misma manera. Y ese hombre ahí. Jamás pensé que me alegraría de verlo, ¿no lo has reconocido? Es el que se escondió en el portal en cuanto me di cuenta de que estaba allí, en la plaza de Santa María del Mar. ¿Crees que lo habrán mandado los de Orlanta?

—No lo sé, pero será mejor que nos vayamos —dijo Boro mirando hacia donde se había marchado el otro.

Guifré Baladre se alejaba. Por una parte, se reprochaba su reacción, pero a la vez consideraba que cualquier persona hubiera actuado así. A él también le gustaba la sensación de ser un héroe, sobre todo porque en su vida había tenido muy pocas ocasiones para llevar a cabo acciones de ese tipo. Primero lo ganó el enfado por haber puesto en riesgo el «operativo general», como a él le gustaba llamar a sus pesquisas, cuando no se trataba más que de eso, de husmeos. Y después, se dijo que aproximarse a los otros vértices del triángulo tampoco estaba nada mal.

En cuanto terminó de calmar a Nuria, Boro decidió que viajaría al congreso médico de Montpellier. Kessler le había dicho que asistiría y no quería desaprovechar la oportunidad. A los señores Frument les contaría que aquel encuentro constituía una buena oportunidad para su formación; que estaría con algunas de las mayores eminencias del mundo, con médicos que aplicaban técnicas muy novedosas; que entre ellos había bastantes dermatólogos y que, si les llevaba muestras de los productos de su laboratorio, ellos podrían respaldarlos con argumentos científicos una vez los examinaran.

* * *

Llegó a Montpellier en tren la víspera del simposio por la noche. Se alojó en una pensión modesta, pero muy agradable, regentada por dos hermanas gemelas que lo miraban y sonreían a la vez, como si todos sus gestos estuvieran sincronizados.

A la mañana siguiente se puso su mejor ropa y fue a la primera conferencia. Trataba sobre un parásito desconocido, al menos hasta entonces, no solo para él sino para muchos de los asistentes, a juzgar por sus caras de asombro. Vio en las filas delanteras a los ponentes que intervendrían los dos siguientes días. Decidió saludar al médico en el descanso, mientras tomaban café y *brioques*. Era un hombre corpulento, le calculó unos cuarenta años, tenía las cejas muy pobladas y espesas, el pelo bien peinado hacia atrás, aunque elevado sobre la frente; cuando comenzó a acercarse a él le llamó la atención su pose meditativa, la actitud de alguien muy acostumbrado a sopesar lo que escucha y lo que dice. Lo recibió con una sonrisa muy afable y franca.

—Doctor Kessler, soy Boro Navascués, le llamé desde Barcelona y hablamos de los casos de malformaciones en recién nacidos.

—Qué bien que podamos encontrarnos tan pronto —le dijo de forma muy agradable.

—Me he desplazado hasta aquí exclusivamente por ese motivo. —Boro miró a su alrededor—. No podía esperar. Imagino que pasará todo el día con sus anfitriones, pero me gustaría mucho, si no está demasiado cansado, que habláramos un rato esta noche. Tengo que enseñarle unos documentos. Si le parece bien, le espero en el café de L'Esplanade, en el boulevard Sarrail. No tiene que avisarme. Yo llegaré a las diez. Si se encuentra con ánimos venga, y si no, pues ya haré por verle mañana.

—Estoy acostumbrado a batallas bastante más exigentes que estar aquí escuchando a mis colegas. Creo que mis pilas aguantarán unas doce horas más como mínimo. Allí me tendrá.

—Gracias, doctor Kessler. Para mí es muy importante lo que tengo que decirle. Ya le anticipé algo.

—Y para mí también lo es. No lo dude. Y ahora disfrute de las palabras de tantas lumbreras reunidas.

Varick Kessler le dio la mano y se alejó hacia un grupo que reía junto a la puerta de la sala.

* * *

Sobre las ocho de la tarde Boro Navascués ya estaba en una de las mesas pegadas a la cristalera exterior de la cafetería en la que se había citado con el alemán nacido en Madrid. Quería cenar antes de que llegara el doctor, si era cierto que dos horas después conseguía librarse de los numerosos compromisos que le imaginaba.

Se alegró al verlo entrar, y además, con casi media hora de antelación.

—¡Qué lugar tan agradable, señor Navascués!

—Sí, ya lo conocía. De pequeño vine a unas colonias y pasaba muchas veces por la puerta. Me ha sorprendido que aún exista esta cafetería.

—No somos tan mayores, señor Navascués.

—Llámeme Boro, por favor.

—De acuerdo. Muéstreme esos papeles. Como le dije por teléfono, no sabía que este asunto estuviera afectando ya a más países. Mis cartas han llegado tarde.

Boro sacó los documentos y se los entregó.

—Llegaron al laboratorio cosmético en el que trabajo. Esta empresa patrocina un consultorio radiofónico muy popular que recibe cientos de cartas por semana. Una compañera mía se encarga de responder a algunas que la censura no permite que se hagan públicas a través de las ondas. Y junto a las

historias de adulterio, incestos y violencia de todo género, comenzó a recibir unas notas de una mujer que le aseguró haber escuchado una conversación en la que un alto cargo hablaba por teléfono sobre unos bebés que nacían incompletos.

Kessler levantó el informe del Ministerio de Sanidad.

—Orlanta... —El radiólogo pronunció aquel nombre con una entonación un tanto diferente, pero de una forma recriminatoria reconocible en cualquier idioma. Después suspiró—. Mis advertencias han caído en saco roto, son ahora papel mojado. Las he enviado a todas las sedes del laboratorio, con sus filiales, con las marcas que comercializan el medicamento después de comprárselo, y en todos los casos el resultado ha sido el mismo que en la casa matriz de Alemania: me ignoran. De los propios empleados me han llegado comentarios sobre malas prácticas, pero nadie se atreve a alzar la voz. Nosotros hemos probado científicamente que es ese medicamento indicado para las embarazadas, el telamón, el que produce las malformaciones. Después de tantas pesquisas ya no nos queda ninguna duda.

—Pero si está demostrado, ¿por qué no lo retiran del mercado?

—Amigo mío, eso no es tan sencillo. Orlanta nunca lo reconocerá.

—Pero habrán tenido que acreditar los ensayos médicos que demuestran que es un fármaco seguro para poder conseguir la licencia gubernativa y comercializarlo. Al menos, así funciona en España.

Kessler sonrió con amargura.

—En la sede central en Stolberg dicen que hicieron las pruebas, pero que esos documentos se perdieron en un traslado o se quemaron. Que no recuerdan muy bien qué fue de ellos.

—Pero no sirve de nada decir que esos ensayos clínicos se han llevado a cabo si no queda constancia de ellos. Sin esos estudios previos, se puede retirar el fármaco del mercado.

—No pasará. Los de Orlanta no se caracterizan precisamente por jugar limpio. Ya han hecho trampas similares antes. En una ocasión experimentaron con gatos a los que les sentó muy bien un nuevo medicamento por el sencillo motivo de que no les administraron nada. A pesar de eso, llenaron docenas de memorándum a manera de informes que remitieron a todas las sedes de la farmacéutica en el extranjero, las mismas a las que yo mando las cartas que desdennan.

—Pero eso es muy grave —le dijo Boro muy indignado—. Cuando las sustancias son nuevas, no hay reactivos adecuados para analizarlas. Son como cajas ciegas. Sería como ponerlas a la venta y recoger los datos después. Experimentación con humanos.

—Lamento decirle que así es como funciona en muchas ocasiones aquí en Europa. Ya sabe la cantidad de puertas que un buen fajo de billetes puede abrir. Le aseguro que en Estados Unidos los mecanismos de vigilancia son mucho más estrictos. Allí no pueden actuar de la misma manera.

Boro estaba escandalizado.

—Fíjese si será así que hay cuatro fármacos que contienen este principio activo y solo en mi país.

—He traído también el listado con todos los nombres con los que se comercializa en España —dijo Boro mientras señalaba los papeles que Kessler sostenía en sus manos—. ¿Y cuántos casos de afectados tienen registrados?

—Unos 352, pero solo en nuestra zona, corresponden a la región donde hemos hecho las investigaciones. Por sus noticias, parece que aún estamos lejos de ver el alcance total de la tragedia.

—Pobres criaturas. —El abatimiento le pesaba sobre los hombros—. ¿Y se sabe cuándo nació el primer afectado?

—Sí, el 25 de diciembre de 1956 en Stolberg. Fue el hijo del médico de Orlanta encargado de añadir sabor a la presentación del telamón. No sabía si optar por el gusto a limón o a naranja y decidió que fuera su mujer quien probara una gragea de cada tipo. Ella estaba embarazada, el resto ya puede imaginarlo.

Boro cerró los ojos mientras digería esta información.

—Entiendo cómo se siente. Cuando llegaron los primeros bebés al departamento de Radiología, seguimos su desarrollo, algunos morían a las pocas horas de nacer o algunas semanas después del parto porque tenían otras complicaciones internas. También registramos bastantes abortos. El análisis de los fetos demostró que eran inviábiles por muchas causas. Iba con mi compañero Conrad Singer cada día que librábamos en el hospital y los fines de semana para intentar averiguar la causa de aquellas tragedias. Visitábamos a las mujeres que habían alumbrado a un niño así y pasábamos junto a esas familias el tiempo que nos permitían. Queríamos saberlo todo acerca de sus costumbres: qué tomaron durante el periodo de gestación cuando tenían dolor de cabeza, en cualquier momento. Las ayudábamos a recordar eventos extraordinarios: viajes con motivo de alguna celebración, un cambio de hábitos aunque fuera por un día.

—¿Y todas habían tomado telamón?

—Eso fue lo más difícil de establecer porque algunas ingirieron una sola pastilla y tantos meses después ya no se acordaban. Lo que nos puso sobre la pista fue que, en una fábrica de válvulas de motores donde trabajaban más de una docena de jóvenes madres afectadas, tenían contra una de las paredes una

mesa llena de píldoras de todos los tamaños y colores en botes, cajas, frascos, otras sueltas para el dolor de cabeza... Cada una tomaba la que consideraba que le iba mejor y después lo comentaban entre ellas. No sabían ni el nombre de cada fármaco ni sus efectos. Solo querían que les quitara la cefalea para aguantar toda la jornada. Comprobamos que entre aquellos fármacos estaba el telamón.

—Y en Orlanta, ¿qué dijeron cuando les mostraron todas estas evidencias?

—En cuanto les enviamos los resultados de los análisis con copia de cada una de las páginas, nos dijeron que ellos también habían hecho sus comprobaciones, que algunas de las mujeres afectadas eran prostitutas a las que sus hijos les estorbaban para trabajar y que por este motivo habían intentado deshacerse de ellos antes de que nacieran, pero que no les había salido bien la jugada. En cuanto contactamos con ellos organizaron un comité para contrarrestar esta información.

—Pero siguen naciendo niños así tanto en Alemania como en España. ¿Qué más prueba quieren?

—A Hasenclever y Rubiner, los dueños de Orlanta, les da igual. Solo les importa amasar dinero a cualquier precio con el producto que sea.

—Codicia criminal, no se me ocurre otra forma de llamarlo.

—Así es. Tal cual. A mi compañero Conrad Singer lo visitaron nada menos que cinco juristas enviados por la farmacéutica. Sabían que aquella mañana estaría solo en el laboratorio. Pasaron a la habitación donde celebramos las reuniones y comenzaron a leerle los cargos a los que se enfrentaba si no abandonaba aquellas pesquisas que no conducían a parte alguna, según ellos.

—¿Y ha abandonado?

—Todo lo contrario. Estoy convencido de que se marcharon con la impresión de que mi colega padece algún tipo de trastorno de personalidad porque ni abrió la boca ni se inmutó. Se limitó a escucharlos y, cuando terminaron, se incorporó y les dio la mano uno a uno, de forma que entendieran que daba por finalizado aquel encuentro. Después se encerró en su despacho y en cuanto yo llegué, y antes de contarme nada, me pasó el borrador del artículo con todos los resultados de nuestra investigación que había decidido que teníamos que publicar cuanto antes en la revista *Tyndaller*. No se dejó amedrentar. Los trató con tanta distancia e indiferencia que estoy seguro de que los desconcertó. Cada uno llevaba un maletín. Irían cargados de razones, pero no les dio pie a que le expusieran ni ofrecieran ninguna de ellas.

—Me parece una actitud muy valiente —dijo Boro.

—Es único. Es verdad que no sabe nada sobre cosas corrientes y que apenas tiene vida social, pero es hijo de uno de los científicos más reputados de allí. Él financió nuestro trabajo y yo me ocupé de las cuestiones cotidianas, formamos una buena alianza. Además, su apellido para mí es una garantía. Nos protege, no se atreverán a eliminarnos así como así.

—¿Por qué dice eso?, ¿les han amenazado?

—Hemos telefoneado a más de la mitad de los médicos de Alemania para informarlos de los efectos del telamón, conminándolos a que no lo receten a sus pacientes embarazadas. Como el laboratorio les regalaba el fármaco a los médicos, esta profesión ha sido una de las más afectadas, muchos han tenido hijos con focomelia. Ha corrido el rumor como la pólvora y los de Orlanta se han puesto nerviosos. Yo tengo un detective apostado delante de mi casa. No debe de trabajar a turnos porque siempre es el mismo. Un tipo muy mal encarado.

—¿Y no tiene miedo? —le dijo Boro pensando en el incidente en Santa María del Mar y en la terraza del bar Sandor junto a su compañero Lorenzo Montauriol.

—Mentiría si le digo que no, pero me lo tomo como un estímulo, como la confirmación de que estamos en lo cierto. Nuestro objetivo son ahora los casos de las zonas rurales. Cuanto más incomunicados, más riesgo hay de que aparezcan niños así. Están derivando hacia estos lugares muchas dosis. Después de las noticias que me trae de España, tengo claro que es una carrera contrarreloj. Por eso quiero que se quede con esto. —Cuando Kessler sacó del bolsillo interior de su chaqueta un tubo de cartón de aproximadamente un palmo para que Boro se lo guardara, él se admiró ante su confianza y pensó que se debía a su necesidad de propagar lo que sucedía en Alemania por el medio que fuera—. No lo abra ahora. Es un rollo de unos dos metros de lado, una copia que contiene todos los casos registrados. Verá que hay unos dibujos con forma de rombo en lugares determinados de esa tabla: se corresponden con el momento de la gestación en el que cada madre tomó la dichosa pastilla. Contamos con una máquina de microfilmación para almacenar de este modo los historiales. Comprenderá que esos no se los puedo enseñar.

—No me serviría de nada porque no los entendería.

—Aun así. No podemos arriesgarnos en estos momentos a cometer ninguna falta, sea grave o leve, da igual, porque entonces los acusados seríamos nosotros. Cuanto más limpios permanezcamos Singer y yo, mejor. Necesitamos mantener nuestra credibilidad o todo estará perdido. Entenderá que me conviene también trasladarle todo esto. Nunca está de más cubrirse las

espaldas. Si me sucediera algo... —Kessler le entregó un sobre con fotografías.

Boro revisó aquellas fotografías tan similares a las que habían visto Nuria y él en Barcelona.

—Eso están vendiendo: amputaciones. No me extrañaría que entre sus sociedades hubiera alguna dedicada a la ortopedia. Así todo queda en casa.

Boro permanecía en silencio con la mirada fija en aquellas imágenes. Él solo había visto dos casos en persona, además de las fotografías, pero allí había decenas, era una amplificación siniestra. Todos tenían en común que sonreían.

—¿Sabe qué es un telamón?

Boro negó sin poder apartar la vista de aquellos niños.

—Es un atlante, un joven titán mitológico, como Atlas, el que se supone que carga sobre sus hombros la bola del mundo. ¿Qué le parece? Le han puesto a ese veneno el nombre del canon griego de la perfección.

—Tenemos que conseguir que se haga público. Hay que detenerlos como sea.

—En esas estamos, amigo. Espero que, cuanto antes, se declare tóxico. Pero hasta que el Gobierno no se avenga a apoyarnos y haga que se retire del mercado, tenemos que ser cautos. En Alemania la histeria se ha desatado. Desde las principales capitales hay embarazadas que vuelan a Suecia e imploran que les practiquen un aborto cuanto antes, están alarmadas porque creen que van a parir un monstruo y en algunos casos no han tomado ni siquiera el telamón.

Boro advirtió que a Varick Kessler también le cruzaba una sombra por los ojos.

Boro recorrió apenas unos metros hasta L'Eglantine, la pensión que regentaban las gemelas sincronizadas. Al girar la esquina anterior a la de la calle donde tenía su alojamiento, estuvo a punto de chocarse contra una mujer que bajo una farola sostenía un cigarro apagado. Le sonrió con la boca muy abierta antes de saludarlo.

—Lo siento, no puedo darle fuego —le dijo él.

—*Êtes-vous sûr? Moi, je crois que vous pouvez.* ¿Está seguro? Creo que sí que podría —le dijo ella en un francés bastante desgarrado.

Boro recordaba la lengua de sus estudios en el seminario.

—Lo siento —repitió.

Apretó el paso hasta alcanzar la puerta pintada de azul turquesa del establecimiento y desde allí se giró para mirarla. Ella se envolvía en su gabardina. Aquella escena lo llevó a su infancia. Sintió cómo la lástima le golpeaba el corazón por dentro. En la habitación se desnudó lo más rápido que pudo después de echar el cerrojo de la ventana. No quería asomarse a su pasado.

Boro desenrolló el esquema que le había entregado Kessler. Si no fuera por el contenido, no habría dudado de que se trataba de una obra de arte: la letra pulcra de las anotaciones, el dibujo romboidal de las grageas, el trazo de delineante, la meticulosidad en la datación... Recordó las palabras del radiólogo cuando lo acompañó al taxi: «De usted depende ponerlo a salvo. Se lo debemos a esos niños. Tenemos que encargarnos de que cuando sean mayores sepan que algunos nos enfrentamos a su tragedia, que luchamos por ellos. Hágalo, amigo mío. Su trabajo y el de su compañera me ha venido como agua de mayo».

Boro volvió a guardar aquel rollo en su funda, pero fue incapaz de abrir de nuevo el sobre de las fotografías. Se echó en la cama y lloró por la condena de por vida de aquellos pequeños, pero sobre todo por el pavor que le producía constatar que el reino de la maldad no tenía fronteras ni contención.

* * *

Cuando Máximo llegó a su casa, lo primero que hizo fue obsequiar a su hija con un muñeco con chupete y pantalones a juego con un gorro acabado en una borla. Nuria deseó que no se quedara a solas en ningún momento con la niña, que no le preguntara nada, porque temía que esta le hablara de Boro y del accidente de Marc.

Aunque era por una causa de fuerza mayor, había convertido gran parte de su vida en una farsa. El tiempo en el que permanecía callada en su presencia era cada vez más prolongado. Prefería su propio silencio a la mentira, pero no podía dejar de sentirse muy culpable.

Los dos días que pasaron juntos se le hicieron de nuevo eternos. Ante la energía desbordante de Máximo, ella echaba de menos la compañía de Boro. Le embargaba la desazón al constatar que sus sentimientos eran cada vez más distintos.

Cuando Máximo se marchó, no pudo evitar solazarse. Se levantó enseguida. Apenas eran las cinco de la mañana, pero estaba decidida a comenzar con las cartas cuanto antes. Quería avanzar todo lo posible y tener así algunas horas libres para encontrarse con Boro en cuanto volviera de Montpellier. Enseguida se justificó a sí misma esta premura: solo era interés por saber cómo le había ido con Kessler.

Nuria sacó la caja de la parte inferior de la alacena y aún con la taza del desayuno en la mano comenzó con las cartas.

Quiero contarle algo que me hace runrún desde muy pequeña. Resulta que durante el tiempo escaso que pude ir al colegio había una maestra a la que yo admiraba muchísimo, la adoraba, era muy guapa, no había visto nunca una mujer igual. Mi madre y las vecinas estaban demasiado castigadas por el trabajo, algunas incluso ya encorvadas desde jóvenes. Ninguna de las del pueblo se parecía a ella ni de lejos.

Resulta que muchos días me quedaba en el aula después de que se iban los niños. Yo era la mayor de todos, por eso la ayudaba a ordenar las libretas y a barrer. Hablábamos mucho. Yo pensaba que ella a mí también me consideraba su amiga a pesar de mi corta edad.

Además de pasar estos ratos conmigo, la señorita Guillermina, que así se llamaba, daba paseos con el señor cura hasta un bosque cercano, pero solo hasta sus lindes, nunca se adentraban en él. Tal vez usted se pregunte cómo puedo estar yo tan segura de eso, de que no pasaban de ahí, pues se lo diré: porque los espiaba, mi principal ocupación muchas tardes, para desesperación de mi madre que no sabía dónde estaba, era perseguirlos sin que me vieran.

Una tarde la señorita Guillermina me dijo que tenía que llevarle un regalo al sacerdote, que me acercara a su casa a las seis, antes de que comenzara el rosario. Yo le dije que me entregara lo que

tenía que darle y ella sonrió de una forma extraña. Ve y ya está. No te preocupes de nada más, me dijo.

El señor cura me recibió enseguida en su casa, que estaba toda en penumbra y olía a viejo. Me hizo pasar a una salita que tenía una mesa camilla y una alacena en una esquina. Me quedé allí de pie, en el centro. Él aproximó una silla y se sentó frente a mí. Comenzó a acariciarme mientras me decía, a pesar de que estábamos casi a oscuras, que era muy bonita, tal como le había dicho Guillermina.

Primero me recorrió los brazos, me frotó el pecho y después me metió una mano entre las piernas mientras me sujetaba de un brazo con la otra. Entonces comencé a llorar y me solté. Él no hizo nada por detenerme, solo me gritó que ya volvería otro día y que además lo haría por voluntad propia.

Pero no sucedió así. Aquella misma noche le dije a mi madre que me sacara de la escuela, que quería ponerme a trabajar para ayudar en casa. Si se extrañó, no me lo demostró.

A partir del día siguiente vi amanecer como sería norma durante toda mi vida.

Ha pasado mucho tiempo de todo aquello y créame si le digo que no me molestaron tanto los palpamientos del señor cura, hombre al fin, como lo que sospecho que hizo conmigo la que en aquellos momentos lo era todo para mí. ¿Por qué, señora? Me lo llevo preguntando todos estos años. ¿Me ofrendó porque estaba enamorada de él? Entonces no lo pude comprender, pero ahora tampoco. Sé que tendrá muchas consultas que atender, que esta es una historia tan antigua como yo, pero será por algo que no la he podido olvidar. La tengo tan prendida dentro que es en lo primero que pienso cada mañana y lo último que me viene a la mente antes de dormirme. ¿Por qué, señora, hizo eso conmigo quien yo tanto admiraba?

Nuria no tenía ánimos ni energía para dedicarse a idear evasivas. Aquella conducta maligna era, además, extravagante, pero tan retorcida que le sucedía como a la niña, no lograba acertar con la intención de la maestra. Tal vez el sacerdote la hubiera rechazado a ella en primer lugar y por eso decidió, de una forma vicaria, indirecta, sentir sus manos, su aliento, aunque fuera a través de aquella criatura.

Guardó aquella hoja dentro del sobre. Se sentía muy desazonada. Y le contestó a aquella mujer que ella era un ser inocente cuando sucedió aquello, que si la habían utilizado como un juguete que la una, la maestra, le había lanzado al otro, al cura, eso la convertía en un objeto, y que por muy terrible que pareciera, a la vez la eximía de toda culpa; que igual que le sucedió a ella, le podía haber pasado a cualquier otra niña, pero que había sido la elegida precisamente por ser la más guapa y la más lista, estas dos cualidades, esos dones de la naturaleza, habían sido a la vez su maldición.

Después Nuria la instó a que le hablara de su vida actual en una próxima carta, si había tenido hijos, si era feliz. Le decía que nada nos libra de cruzarnos con indeseables, pero que en gran medida depende de nosotros que

las heridas infligidas se borren. Se dijo que si recibía otro sobre de la misma destinataria se daría por satisfecha, porque sería la señal de que solo con leerla la había ayudado. No le encontraba sentido a remover algo acaecido tantos años atrás y estaba segura de que aquella persona ya habría advertido a sus hijas, si es que las tenía, para que se protegieran de pervertidos como aquel a quien ella sufrió.

* * *

Boro regresó a Barcelona a la mañana siguiente. Tras cumplir con su único cometido en Montpellier, prefería volver cuanto antes para reunirse con Nuria en la terraza del Savoy.

En cuanto la vio aparecer se levantó para abrazarla. Nuria sintió su fuerza. Ambos no podían ni quisieron ocultar su emoción por el reencuentro. Allí, frente a dos Martinis, la puso enseguida al tanto de sus impresiones.

—Fue muy amable el doctor Kessler. He quedado con él en que, si cuando regrese de visitar a su familia en Madrid, pasa con suficiente tiempo por aquí rumbo a Hamburgo, nos veremos un par de horas.

—¿Te mostró las pruebas que te dijo por teléfono que tenía? ¿Las llevaba con él?

—Sí. Y ahora las tengo yo. Tenemos que salvaguardarlas.

—¿Dónde están? ¿Las tienes en tu casa o en el laboratorio?

—De momento llevo algunas conmigo y otras las tengo en casa, pero tenemos que decidir dónde depositarlas —le dijo Boro en voz baja mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que aquel hombre que los había seguido en ocasiones anteriores no estuviera cerca—. En la caja de seguridad de un banco estarían bien.

Enseguida Boro la puso al día de todo lo hablado con Kessler. Ella tenía los ojos húmedos y como cristalizados. Se cambiaba la melena de lado y se acomodaba un mechón detrás de la oreja. Se sintió muy mal con la descripción de los niños fotografiados que le hizo Boro y que coincidía tal cual con la de los que ellos habían visto en persona y en las otras imágenes, y cuando le refirió que a Kessler y a su colega también los vigilaban muy de cerca, tuvo pánico porque recordó el incidente con Marc, y pensó que una vez que aquel hombre lo tuvo en brazos podría haber salido corriendo con él.

—Dios mío, Boro. Temo por mis hijos.

—No dejaremos que les pase nada malo. —Boro la atrajo hacia él y la abrazó—. Pero también te digo que esto no debe amedrentarnos. Es lo que

quieren, paralizarnos de esa manera.

Nuria apoyó la cabeza contra su pecho.

—No puedo dejar de pensar que Marc y Mireia podían haber nacido así: sin brazos, sin piernas...

Boro la abrazó más estrechamente. Le dio igual que los vieran. En aquel momento le dio igual todo.

—¿Te parece bien que vea los documentos de Kessler este viernes en el laboratorio? —le preguntó ella.

—Creo que las cosas han cambiado. Espera a que yo te llame. No vengas. Cuanto más estés en casa, mejor. Vigila desde allí y, sobre todo, no dejes que entre nadie. Díselo a Dora y a...

—Úrsula. Pero ¿por qué? Es mejor que los dos estemos juntos en esto —le dijo Nuria muy extrañada.

Boro esquivó su mirada.

—Los señores Frument me han dado el día libre. No volveré al trabajo hasta el lunes.

—Si lo prefieres, puedo acercarme a tu casa —le dijo ella, y entonces cayó en la cuenta de que no sabía aún donde vivía el químico.

—No, hazme caso, de verdad, ya te llamaré yo el lunes. Antes no hagas nada. Dedícate a las cartas. Quienes las han escrito también te necesitan.

—Sí, también, pero no tanto como estos niños. No podemos permitir que nazcan más así. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo más en Montpellier que no me has contado?

—No. Es por un asunto familiar —le dijo Boro mientras levantaba el brazo para llamar al camarero.

Nuria vio que llevaba una muñequera bastante ancha.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo mientras le sujetaba la mano derecha que había cogido al vuelo—. ¿Qué es lo que no sé?

A Boro le sorprendió la fuerza con la que Nuria lo agarró. Se soltó enseguida y se acarició la correa de su reloj, igual de ancha que la muñequera.

—Esto no tiene nada que ver. Voy a nadar con frecuencia. Antes de irme fui a la piscina de la Barceloneta. Al salir me apoyé mal en el borde de cemento y se me torció la mano hacia atrás. —Hizo el gesto con la palma hacia arriba y los dedos separados.

Nuria se sintió muy incómoda porque advirtió que no estaba siendo sincero. Lo delataba su incomodidad, la manera en que se expresaba como si improvisara aquellas frases. Lo miró mientras le pagaba al camarero y sintió vértigo: temía haberse equivocado con él y que no fuera tan transparente como ella presentía, y sobre todo deseaba.

Boro Navascués subió toda la ladera sur de Montjuic. Dentro del cementerio pasó al lado de la tumba del poeta Joan Salvat-Papasseit y pensó en rosas y en unos labios en concreto, los de su madre. Estaba seguro de que él había recibido más besos que ningún niño en todo el mundo a pesar del poco tiempo que había pasado con ella. Recordaba su calor en la cama, pero también, junto al mismo mueble, el mordisco continuo de la sogá que le colocaban a él por la noche alrededor de sus muñecas.

Cuando tuvo delante la fotografía ovalada, enmarcada por un filo dorado, que juntaba a sus padres, volvió a comprobar que la luz que ella irradiaba era la mejor señal de que no había existido ninguna mujer igual, tan magnética. Tal vez esa fue la principal cualidad que la llevó a la desgracia, se dijo. El ingeniero estaba convencido de que, si no hubiera llamado tanto la atención, si sus rasgos no hubieran sido tan perfectos y su cuerpo tan espigado, su vida, y la de él, habría sido otra. En cambio, desde aquella imagen, su padre lo miraba con gesto adusto. En su cara destacaban las cejas y el bigote como si el resto de rasgos estuvieran medio ocultos, a la sombra de tanto pelo.

Detrás de él tenía una de las esculturas más famosas del cementerio, representaba a una madre yacente sobre su lecho de muerte al que su recién nacido escalaba. Según el epitafio, aquella mujer había fallecido de fiebres puerperales o «sobrepardo», como también se llama esa infección. El monumento funerario no era una imagen realista, un niño que acabara de ver la luz no podría realizar aquella proeza, pero esa roca tallada lo conmovía hasta tal extremo que le resultaba insoportable mirarla.

Boro volvió a repasar la sonrisa de su madre, el brillo de sus ojos emparejado al de sus pendientes.

—Mi pequeño —le decía cada vez antes de meterse en la cama y envolverse los dos con la misma manta.

Un día, en vez de su madre, llegó otro señor. Vestía sotana. Entonces Boro no sabía qué era esa prenda ni que se trataba del padre Vilesermes. También lo

llamó «pequeño». Lo llevó consigo al seminario y lo cuidó.

Aquella mañana de tantos años después, allí en Montjuic, casi al mismo tiempo que se arrodillaba para rezar, Boro sintió que alguien le ponía una mano en el hombro.

—Vamos —le dijo el sacerdote.

Como cada aniversario, el padre Vilesermes sabía que aquel a quien aún consideraba su pupilo se tomaría el día libre y acudiría allí. Ya había superado su adolescencia, su juventud, era un hombre hecho y derecho, con un buen trabajo, pero él no quería dejarlo solo en momentos como aquel porque sabía que la edad no cura de la necesidad de una compañía con la que compartir lo que de otra forma a una sola persona la estragaría.

Boro puso la mano también sobre su hombro, encima de la del cura. Pensó que su padre había perseguido la suerte en partidas, a veces en lugares muy sórdidos, que a su madre solo le había quedado sobrevivir y que, al apiadarse de él el sacerdote, Boro había encontrado la posibilidad de salir adelante y un azar más favorable.

—Piensa, hijo, que está en otro lugar. Desde allí nos mira. Puedes estar seguro.

—Lo sé, padre. —Se incorporó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Caminaron hacia la salida. Boro aminoró el paso, quería demorar el momento de atravesar la cancela. El padre Vilesermes le puso la mano en el hombro de nuevo y lo animó a continuar:

—Demos un paseo, te irá bien caminar.

Boro sonrió al recordar cómo el padre Vilesermes solía defender el ejercicio físico diciendo que sus beneficios no eran comparables con nada, ni siquiera con una buena alimentación. Sospechó desde muy pequeño que esto lo afirmaba para distraerles el hambre.

—No quiero entretenerle, padre, sé que tiene muchas obligaciones.

—Quiero estar contigo. Estoy muy orgulloso de ti. Ya lo sabes. Y sabes también que este día te lo dedico por completo a ti, en honor a tu madre.

—Usted me salvó, padre.

—Bueno, algo hiciste tú también. No solo se trata de querer salvar a alguien, sino también de que ese alguien tenga la voluntad de sobrevivir.

—No nos portábamos demasiado bien en el seminario. Éramos unos desagradecidos. ¿Se acuerda de cuando les escondimos todas las sotanas mientras dormían? —El ingeniero sonrió por primera vez desde que se había despertado.

—Niños, al fin y al cabo. Tengo experiencia con muchos de vosotros. Ya lo sabes. Pero Salvador, dejemos ahora eso. Por lo que te conozco, sospecho

que hoy no solo estás triste porque sea el aniversario de la muerte de tu madre, ¿me equivoco?

Boro desvió la mirada.

El trayecto hasta la calle Cardenal Casañas, a la espalda del mercado de La Boquería, les llevó más de una hora. Cuando ya se encontraban al lado de la plaza de San José Oriol, el padre le preguntó si ya se encontraba mejor y Boro asintió.

—Te invito a almorzar en el bar del Pi. Por eso te he traído hasta aquí. Ya está bien de ejercicio.

Se sentaron en la mesa más próxima a la entrada del bar.

—Gracias.

—No hay de qué darlas, hijo. Hay oficios mejores y peores, y el mío es de los buenos.

—Pero invito yo —le dijo Boro.

—¿Intentas comprar mis favores para cuando me digas lo que no me estás contando? Ya sabes que soy insobornable. —El padre Vilesermes sonrió y le revolvió el pelo como cuando era pequeño. Como si los años no hubieran pasado.

Boro sentía que la aparición de aquel hombre había sido el mayor prodigio de su vida. Conforme avanzaba su edad, en su conciencia tomaba forma lo que su protección significaba: como si junto a un abismo, el de las tinieblas en las que quedó sumido cuando murió su madre, alguien le hubiera abierto las puertas de un palacio. Por ese motivo, toda la ambición del ingeniero se concentraba en alcanzar una situación que le permitiera hacer con tantos huérfanos lo que aquel hombre de una generosidad desmedida había hecho con él. Boro tenía la convicción de que el destino lo había buscado precisamente a él, a través de Nuria, para que se encargara de detener aquella aberración del telamón. Contaba con la certeza de que el padre Vilesermes le ayudaría de la misma manera que había hecho hasta aquella fecha, como una presencia que se oponía a cualquier contingencia, desgracia o fuerza de la naturaleza, como si nada pudiera contra su energía y su fe.

* * *

Lorenzo Montauriol llegó aquella tarde a su casa después de su trabajo en el laboratorio Orlanta, y nada más abrir la puerta de su apartamento de soltero notó un olor extraño, dulzón.

Lo primero que vio desde el recibidor fue su cartera encima de la mesa del salón. No se atrevía a cogerla. Esperaba sentirla fría o, por el contrario, demasiado caliente, como si la mano que la hubiera depositado allí aún estuviera cerca. Miró a través de la persiana entreabierta hacia la calle y enseguida se giró porque pensó que quien la había llevado hasta allí, sirviéndose de la dirección que aparecía en sus documentos, era muy fácil que aún permaneciera dentro de su piso, al acecho.

Buscó a su alrededor algo que le pudiera servir para defenderse. Cogió de una esquina del salón, entre el aparador y la ventana, el gancho de hierro para subir y bajar el toldo. Medía más de un metro. Primero fue hacia el armario empotrado del pasillo. En él cabían varias personas. Antes de comprobar si había alguien dentro, abrió la puerta de su vivienda de par en par. Después apoyó la oreja en el ropero y movió un poco la hoja de madera con el picaporte. Decidió dejarlo cerrado.

Fue a su dormitorio. El teléfono de su mesita estaba descolgado. Cogió el auricular. Esperó escuchar alguna voz, una orden, pero solo se repetía el sonido continuo y mecánico que indicaba que había línea. Miró la cama y se dio cuenta de que se notaba la marca de un cuerpo que había hundido la parte central del lecho.

Entró en la cocina. La intensidad del olor dulzón era allí mayor. Olfateó la despensa, miró en todos los estantes, abrió la nevera y repasó uno a uno los alimentos. Era un hedor que no se correspondía con nada que hubiera olido antes, ni con el queso, ni con el pescado, ni con el de la fruta podrida. Miró el cubo de la basura debajo del fregadero. No había restos orgánicos, solo unos cuantos papeles y poco más. La noche anterior había sacado la bolsa bien anudada.

Entonces se giró y la vio allí. Sobre la mesa de la cocina había un frutero de cristal tallado compuesto por varios platos ensartados en una varilla de acero inoxidable. El de arriba era el de menor tamaño. Desde él bajaba la sangre que goteaba sobre los otros como si fuera una fuente ornamental en miniatura. La masa sanguinolenta rebosaba y colgaba por los lados. En muchas zonas había adquirido un tono que iba desde el verde al pardo oscuro. En otras tenía unas formaciones parecidas a hongos y el cordón que nacía en su centro, de un blanco lechoso, aún contrastaba más con el color granate intenso del resto del tejido surcado de arterias muy azules. La miró desde arriba, no quiso tocarla y tampoco lo necesitó para advertir que era una placenta humana.

En el laboratorio cosmético, Boro encontró su mesa cubierta de notas manuscritas por Liliana con recados telefónicos. Boro las apartó a un lado y, tras cerciorarse de que no había nadie cerca, sacó el tubo de papel enrollado que le había entregado Kessler en Montpellier.

Junto a las llaves de casa, llevaba la del armario en el que guardaba los productos tóxicos del laboratorio. Allí tenía también todos los documentos que Nuria le había dado. Pensó que de momento, y antes de que fuera al banco, era el mejor lugar, junto con su casa, para ocultar las pruebas de las investigaciones de los dos científicos en Alemania.

Sacó los informes que había ido ordenando en una carpeta. Sobre la mesa revuelta estaban junto a las cartas de la comunicante desconocida. Quería copiar un par de nombres de los documentos del Ministerio. Cuando comenzó a recogerlo todo para devolverlo a su sitio, se alteró. Algo le hizo sobresaltarse. Cogió aquellas notas en sus manos y se las acercó a los ojos. Las colocó una al lado de la otra bajo la lente del microscopio para ver de forma ampliada sus trazos, y ya no le quedó ninguna duda.

Se guardó una de aquellas cuartillas y una carta, y después de comprobar que había cerrado con doble vuelta el armario, salió del instituto cosmético dando un portazo. Bajó a la calle Pelayo y comenzó a correr. Llegó a la calle Balmes, cruzó por la avenida que seccionaba en diagonal el distrito central del Ensanche, continuó hasta atravesar la ronda, leyó el rótulo de la calle de San Gervasio de Cassolas y alcanzó el paseo de la Bonanova. Con aquellos dos papeles en la mano y en menos de media hora llegó a casa de Nuria. Había luz en su ventana. Decidió probar su puntería con unos cuantos guijarros de los que salían por debajo de la verja.

Ella leía junto a la ventana la novela de Agatha Christie *Un gato en el palomar*. La dejó sobre la mesa camilla con las tapas abiertas como un ave de cartón y miró hacia abajo. Se incorporó de inmediato y recordó las palabras de Boro al ver la figura de alguien fuera de la casa. No tenía que abrirle a

nadie. Aun así, con mucho sigilo llegó primero hasta el portal y después a la cancela del jardín. Tuvo una alegría inmensa al advertir que era él. Ninguno de los dos dijo nada, por ese motivo los intensos jadeos de Boro se escuchaban aún más. Antes de entrar en su casa, Nuria oyó cómo se cerraba la puerta de su vecina en el piso de arriba y decidió que tenía que hablar con Dora cuanto antes.

En cuanto estuvieron dentro, Boro se sentó.

—No he querido tocar el timbre.

—Te traeré agua.

—La letra. He venido por la letra de las cartas —le mostró los papeles.

Nuria lo miró sin entenderlo.

—Sé de quién es, Nuria. Sé quién escribe las cartas, quién es la amante de ese hombre del que solo dice que es muy poderoso. Mira —le dijo mientras le ponía delante la cuartilla con el recado telefónico.

—¿Qué es esta nota?

—Solo hay un número de teléfono, un nombre, y la hora a la que llamó esa persona cuando yo estaba en Montpellier, pero no he necesitado más. Es la misma.

—Sí, eso parece —le dijo muy sorprendida mientras las comparaba—. ¿Cómo has dado con este papel? ¿De dónde lo has sacado?

—Es Liliana, Nuria. Ella escribió aquella primera carta y mandó después el resto de pruebas. No sé por qué no lo he visto tan claro antes. Estoy todos los días con ella. Las cartas llegaban al consultorio aparentemente porque te las daban a ti, pero el padre Vilesermes no las veía. ¿Y por qué? Pues porque ella las metía en tu caja en el último momento. Porque quería que solo las leyeras tú. Además, los documentos que ciclostiló... Cualquier persona no sabe manejar un mimeógrafo. Instalar el estencil en la rueda, girarla para hacer una copia. Es bastante complicado.

—Soy la Nuria elegida por ella entre todas las Nurias escribientes.

—Sí, al menos sois una docena. Un par de hombres incluso. Hay mucho trasiego con las cartas, las recogidas, las entregas... Por eso te citaron a ti a última hora del viernes. Parece que ya no les quedaban más huecos libres.

—Por eso me hizo todas aquellas preguntas sobre mí y sobre mi familia. Parece que le di buena impresión, pero quería conocerme más antes de depositar en mis manos este asunto. Tendría que estar muy desesperada para obrar de esta manera: encomendarse a una desconocida —dijo Nuria—. Pero ¿por qué no vino a la cita? Entiendo que no quisiera hablar en el laboratorio... ¿Crees que se arrepintió? ¿O fue hasta allí y huyó en cuanto vio a aquellos dos? ¿La tendrán amenazada?

—Lo mejor será preguntarle todo esto a ella.

Nuria entró en el baño, se mojó la nuca con agua fría y se miró en el espejo con ambas manos apoyadas a los lados del lavabo. A su mente llegó de nuevo el nombre de Liliana como si necesitara repetírselo para tomar conciencia de lo que significaba. Aquella palabra era un eco, una evocación y un aviso a la vez.

—Tenemos que ponerla contra las cuerdas —le dijo al químico cuando salió.

Boro la miró como si lo hiciera por primera vez. Él también estaba desconcertado.

—He venido corriendo porque quería contártelo cuanto antes.

—Aún no puedo creerlo —dijo Nuria—. En ningún momento se me había ocurrido que fuera ella. Sabíamos que era de aquí, pero nada más. Lo habrá pasado muy mal.

—Dios nos puede librar de cualquier cosa menos de las casualidades. Pensamos que lo más apasionante sucede en la otra parte del mundo cuando lo cierto es que puede estar a escasos metros, a veces al otro lado del tabique de nuestra casa y otras ni siquiera con esa mínima separación.

—Tenemos que averiguar con quién se ve. Quién es su... amante.

—Por eso no se acerca al padre Vilesermes —le dijo Boro con mucha seguridad.

—¿Qué tiene que ver?

—Ellos se conocen desde hace años. Ella es cortés con él, muy atenta y muy educada, pero, claro, la embargará la culpa. Creerá que él con mirarla es capaz de descubrir su adulterio. De momento, no le digamos nada a Vilesermes.

Nuria fue a la cocina y volvió con un vaso de agua para Boro. Él se lo bebió de un trago.

—¿Qué más sabes de ella?

—Conmigo siempre ha sido muy reservada. Solo me habla de una hermana que tiene en Madrid, de que le gusta mucho vestir a la moda, y poco más. Pensaba que su reserva era una cuestión de timidez, pero ahora entiendo que no quisiera intimar demasiado.

—En cambio, fue más abierta conmigo. Incluso me contó que no tenía hijos porque no había dado con la persona adecuada —recordó Nuria—. No puede tenerlos con un hombre casado. Qué pena que ella no haya encontrado a alguien como...

—¿Ibas a decir como Máximo?

—No, Boro. No iba a decir eso —dijo con sinceridad—. ¿Sabes dónde vive Liliana?

—No lo sé, pero cerca del laboratorio, porque va y viene andando. Y con tacones.

Boro dejó el vaso de vidrio tallado que había sujetado en la mano como si necesitara aferrarse a algo y se acercó a ella.

—Esto es mucho más importante que nosotros, que todos nosotros.

—Lo sé... —Nuria se calló varios segundos—. Por eso... —dudó—, por eso necesito estar segura de que puedo confiar en ti antes de seguir adelante.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó extrañado—, por supuesto que puedes confiar en mí.

—No, Boro, no puedo hacerlo si me mientes. No soporto las mentiras. Les tengo aversión, por eso me siento tan mal con mi comportamiento con Máximo. Hay tantas cosas que no le he contado...

—Pero ¿por qué me acusas a mí, Nuria?

—Me dijiste que el viernes no irías a trabajar por un asunto familiar. Pero siempre que intentamos hablar de ti, de tu pasado..., cambias de tema. Tengo la sensación de que hay muchas cosas que no sé ni sabré.

—Nunca te he mentado en nada. No es mi costumbre. No lo hago solo contigo.

—¿Entonces?

—Era el aniversario de la muerte de mi madre y... fui al cementerio. Me gustaría visitarla en otro lugar, pero no es posible. —Se le quebró la voz—. Era la persona a la que más quería. No sé cómo he podido vivir sin ella.

—Lo siento, Boro, perdóname. Lamento que te hayas puesto así. Pero no quería quedarme con esto dentro. —Nuria se sentó a su lado.

—No te preocupes, pero no puedo evitarlo, porque es una historia muy triste. Yo era muy pequeño cuando murió.

Nuria lo abrazó con mucha fuerza.

—Lo siento —le dijo—. Y siento habértelo preguntado.

Nuria esperó hasta las diez de la mañana para subir a casa de Dora. Cuando su casera la vio arreglada, supo enseguida lo que quería:

—Pensaba que te traía las cajas de la empresa ese repartidor con el motocarro.

—Sí, así es, pero tengo que salir por otra cuestión.

—Nuria, piensa bien lo que haces. Un hombre como Máximo no se encuentra todos los días. Algunas no lo encuentran en su vida. Piensa en cómo vives y en lo que te puede costar un error, el precio sería muy alto por algo que es solo... Ya sabes que hay cosas que solo se aprecian cuando se pierden.

—No actúo así por capricho. No quiero que piense mal de mí —le dijo Nuria con un tono de súplica—. Sabe que le agradezco de corazón que se preocupe y sé, por todo lo que ha hecho por mí y por mis hijos, que le debo una explicación, y se la daré. Pero ayúdeme una vez más antes de eso. Se lo ruego.

—Me veo obligada a decírtelo, Nuria, esas entradas y salidas... son muy indiscretas, y además en tu casa.

—Que sé que es la suya y créame si le digo que no haría nada que pudiera perjudicarla. Boro es solo un compañero de trabajo.

—Por algo se empieza.

—No diga eso, por favor. Lo entenderá todo en cuanto se lo explique.

—Mami —la llamó Mireia desde abajo.

—Voy enseguida, cielo.

—En cuanto llegue Úrsula, le diré que baje —aceptó por fin Dora.

—Gracias. —Se había quedado muy dolida por las sospechas de su casera. No salía muy bien parada de su dictamen que, de momento, no podía desmentirle. Cada vez sentía aquella relación entre ellas más desigual.

Nuria bajó del autobús con la mirada sombría. Después de aquella conversación se sentía muy cansada. Aspiró el aroma a eucalipto desde el rellano antes de llamar al timbre del instituto de belleza. Cada día atravesaba con más celeridad el vestíbulo y las escaleras tan tétricas. El patio de luces amplificaba el sonido de varias radios con la emisión del consultorio. Le abrió Liliana. Nuria la miró de otra forma.

—Estamos solos Boro y yo —le dijo la secretaria—. Ya hemos hablado.

—Liliana. —Nuria le tocó la mano mientras el químico se acercaba hacia ellas—. ¿Por qué no me dijiste que eras tú?

—No me miréis así. No tenéis derecho a juzgarme porque sabéis muy poco de mí. Yo llegué a esta ciudad con nueve años, mi hermana tenía once. Nos vinimos con mi madre y sin nada, huérfanas de padre porque había muerto en la guerra, y mira, siempre de algo malo sale algo bueno: hubo personas que no conocíamos de nada y que nos ayudaron muchísimo. Mi familia le debe la supervivencia a esta forma de actuar, la de quienes no se escudaron en las circunstancias, terribles para todos en la posguerra, para meter la cabeza entre las plumas. Eso no lo olvidaré mientras viva. Así que ahora os pido que dejéis vuestros prejuicios de lado y os esforcéis por entenderme.

—De todas formas, con este trabajo, Liliana, no sé qué necesidad tenías de algo así —le dijo Boro.

—¿Así de indecente?

—No lo digo por eso.

—Es sencillo, soy la secretaria del laboratorio cosmético por recomendación de este señor. —Miró a Nuria—. Él me ha dado todo lo que tengo.

—Un señor —recalcó Nuria esa palabra— que engaña a su mujer y que mira para otro lado mientras esos pobres niños nacen incompletos. Liliana, te mereces a alguien mucho mejor. No solo se trata de estatus. Es una cuestión de bondad.

—No, Nuria, don Jerónimo... —Se calló después de decir su nombre como si no hubiera querido hacerlo.

—¿No estarás hablando del señor Ullrapós, el de la Delegación Regional de Comercio? —le preguntó Boro incrédulo.

Liliana asintió avergonzada.

—¿Quién es? —preguntó Nuria.

—El subdelegado del Ministerio de Comercio, Jerónimo Ullrapós —le aclaró él.

—Es muy buena persona. Me ha ayudado mucho.

—A cambio de nada. —Nuria no pudo evitar decirle aquello—. Liliana, te repito que podrías tener a cualquier hombre, a quien quisieras: joven, soltero, y en cambio, te ves de tapadillo con un anciano.

—No es un viejo. Tiene solo unos quince años más que nosotras. —El tono de la secretaria denotó que se había sentido muy molesta con ella.

—Liliana, perdóname. Estoy muy nerviosa. No es mi intención ofenderte.

—Nuria, sé que estás alterada, todos lo estamos. Quise decirte mil veces que era yo, pero no sabía cómo. Y cada vez se me hacía más difícil. La tarde en que viniste a la entrevista sentí que en ti encontraría una aliada y el tiempo me lo fue confirmando. —Se giró para hablar con Boro—. Si este asunto sale a la luz gracias a nosotros, no habrá lugar donde escondernos. Pero os pido, por favor, que dejemos al margen a don Jerónimo.

—Pero él es clave, Liliana —le dijo Boro—. Me hago cargo de lo mal que tienes que haberte sentido antes de contarlo, aunque fuera de forma anónima.

—Me he tropezado con todo esto. He hecho lo que he podido. Antes de que el señor Ullrapós apareciera yo no vivía tan bien. No quería escribirle a mi hermana para pedirle dinero. El orgullo me lo impedía. Y después, cuando ya tuve este empleo fijo, pues no me parecía justo dejarlo. Me sentía agradecida y no quería que él pensara que lo había utilizado. De alguna manera, los dos somos náufragos. Me hubiera gustado ser otra, al menos ante vosotros. Os tengo aprecio a ambos, a ti, Nuria, a pesar del poco tiempo que te conozco. Has sido siempre muy cariñosa conmigo y tus hijos son preciosos. Te los envidio. Pero entendedme, no quiero causarle ningún daño a don Jerónimo.

—¿Por eso no viniste a la cita en Santa María? ¿Por él?

—Estuve muy cerca, llegué hasta el paseo del Borne, pero me asusté cuando vi a aquellos dos hombres tan siniestros, el uno caminando detrás del otro, como si no se conocieran a pesar de su estilo tan parecido. Sentí pavor.

—Pues nos podrías haber avisado —le dijo Nuria.

—Podría haber hecho muchas cosas. Lo siento. Siento haberos metido en esto —le respondió Liliana.

—¿Y las cartas?

—No sabes el alivio que sentí cuando abriste el apartado postal para que tu respuesta no cayera en otras manos.

—Pero tus cartas estaban franqueadas. Con sello y matasellos. ¿Cómo es posible si no salían de aquí?

Liliana abrió el cajón de su escritorio y les mostró una goma de borrar.

—Lo hacía con esto. Tiene unas marcas talladas. Cogía un poco de tinta del tampón y después la estampaba contra la cara del sello. Por eso los números están tan borrosos. Necesito que me ayudéis a llegar al final de todo esto. Cada vez me cuesta más acercarme a don Jerónimo. Está muy distante.

—No nos queda más remedio que seguir, y cuanto más rapidez, mejor. El padre Vilesermes me ha hablado de otro caso —dijo el químico—. El niño ha nacido esta vez en el seno de una familia acomodada. Pero la tragedia es doble porque el padre se suicidó con unas pastillas pocas horas después de que su esposa diera a luz. No pudo soportarlo.

—Intentaré ver a don Jerónimo de nuevo cuanto antes. De nuestra última cita se marchó muy alterado. Mientras me vestía, y a pesar de que más que hablar bisbiseaba, escuché que se refería por teléfono a las presiones que están sufriendo algunos compañeros suyos. Creo que, por mucho que quieran, no van a poder ocultar este tema por más tiempo.

—Por lo que pude averiguar a través del Ministerio de la Gobernación —continuó Boro—, los que estarán viviéndolo más de cerca son los altos cargos de Sanidad. Gestionan todo lo que tiene que ver con consumos. Tal vez les incomode que él se haya enterado de algo que no le incumbe.

—¿Crees que corre peligro? —preguntó Liliana alterada.

—Es posible que sea también otra víctima de toda esta trama. En el Ministerio de Sanidad se hacen listas de lo que se vende en las farmacias y los dueños de estas les tienen que enviar el inventario con periodicidad. Es imposible que sus colegas no lo sepan. Creo que más bien lo saben y miran para otro lado, y no a cambio de nada.

—¿Quieres decir que los sobornan para poder hacer con toda impunidad algo tan horrible? —dijo Nuria muy contrariada.

Boro asintió y fue hacia el armario donde guardaba todo lo que le había entregado Kessler. Decidió que era mejor no sacar las fotografías de los niños. Abrió el cilindro de cartón y, ante el rollo de papel que contenía todas las pruebas del radiólogo y su compañero, tuvieron consciencia de la enorme dimensión de aquella hecatombe. Miraron aquel esquema y no les quedó duda de que se trataba del mapa de una guerra.

Nuria se levantó muy temprano para trabajar un rato en las respuestas del consultorio, pero su hija apareció enseguida en la salita de estar. Para que se entretuviera, en cuanto terminó de desayunar un tazón de leche con cacao y galletas, le dio unos vestidos de sus muñecas que estaban tendidos. Después colocó sobre la mesa las cartas, para contestar todas las que le fuera posible. Pretendía implicarse menos, reservar sus energías.

Quería volver a ver a la mujer del orfanato San José, tal como le había prometido, pero solo podía ir en domingo.

No se podía concentrar. Aun así, no cesaba de intentar consolar a sus remitentes, pero de una forma automática, superficial. Como si escribiera solo las palabras predecibles, las que reproducían de forma más certera aquellas que escuchaba en la radio por las tardes.

A media mañana había respondido a unas treinta y leído unas cuantas más. En una de ellas, una mujer de Górliz, en Vizcaya, le hablaba de su marido, un pescador que estaba casi más tiempo faenando en el mar del Norte que en su casa; le decía que tenían un buen pasar, que él se dejaba la piel, que cada vez que volvía tenía el rostro más curtido y oscuro, «como si se lo estiraran sobre un tambor». También le contaba que era muy atento con todos, muy bueno con sus hijos, que lo apreciaban mucho en la cofradía, pero que ella a veces tenía sueños en los que él aparecía en otra casa, con una cocina luminosa, de madera, hasta le describía las cortinas bordadas. Él hablaba noruego y algún idioma más, «se defiende muy bien, señora», le decía. Nuria captaba la enorme admiración que sentía por su marido. «Mire, temo que en uno de esos viajes no vuelva, que se quede allí».

Nuria le recomendó que lo viera como siempre lo había visto porque ella le remarcaba que cada vez lo sentía más extranjero, que hasta el físico y el acento le había cambiado. Que temía que acabara siendo un extraño para ella y su familia.

Esta carta fue de las más exóticas que leyó, y además en ella tendría que incluir, como le había recomendado doña Leonor, varios consejos de belleza, aunque no se los hubiera demandado aquella mujer, porque al tratarse de una carta de fuera de Cataluña tenía que compensar que no pudiera escuchar los anuncios de cosméticos por la radio.

Junto a estas líneas leyó otras dos misivas, en una de ellas una chica muy joven le preguntaba cuál era la mejor manera de evitar un embarazo antes de casarse, a lo que ella respondió como en otros casos con una consigna invariable: esperando hasta el matrimonio.

En otra, le hablaban de una mujer que masturbaba a los hombres en el metro, que se cubría la mano con una chaqueta, pero el soniquete de las pulseras la delataba, no tuvo muy claro el objeto de esta carta, qué pretendía quien la denunciaba desde el anonimato. Y se planteó que tal vez se tratara de ella misma para darse cierta notoriedad, o tan solo con un afán de exhibirse. Decidió darle una respuesta muy breve. Estaba segura de que los señores Frument lo comprenderían.

En la siguiente carta una mujer le hablaba de su marido, ingresado en un psiquiátrico, al que ella iba a visitar día sí día también. Todos se admiraban de su caridad, de su abnegación, de que su vida girase en torno a él, de que fuera su principal ocupación, porque no sabían que, en cuanto se quedaban solos, comenzaba a recriminarle una por una las conductas, malas decisiones y desatinos que, según ella, lo habían llevado hasta allí. «Y así seguiré», le decía. «Y no se moleste en responderme, querida señora», terminaba.

Estas líneas a Nuria le dejaron muy mal sabor de boca. Tuvo ganas de intervenir, de avisar a aquel hospital, del que daba el nombre, de la actitud de la esposa de uno de los pacientes. Pero confió en que aquel hombre se pusiera en pie durante uno de sus encuentros y la alejara para siempre, eso sí, solo con palabras, como se dispuso a hacer ella. A pesar de que la comunicante no deseaba contestación, Nuria cogió dos folios entre los que intercaló el papel de calco y los enrolló en el carro de su Olympia.

Después leyó otra: «Señora, no me gustan nada las mujeres, pero nada nada, y temo ser invertido. En ese supuesto caso, ¿qué debería hacer?». Cuando ya se disponía a cerrar la caja, encontró la de una mujer que le contaba que su marido salía con otra, pero sin esconderse, a plena luz del día. Que cuando ella lo increpaba para que la abandonara, su esposo aducía que él no era dueño de su voluntad porque había ingerido alguna comida o bebida suministrada por aquella mujer que había hecho que no se la pudiera sacar de la cabeza, que estaba obsesionado, tanto que le había propuesto a su esposa que vivieran todos juntos: él con las dos y sus hijos. La había amenazado con arrebatarse a

los pequeños y llevárselos a su nueva casa si no aceptaba ir también. «Bajo el mismo techo que ellos me moriría de celos. Estoy en un callejón sin salida», terminaba diciendo.

* * *

Nuria volcó el cajón con las medicinas sobre la misma mesa de la salita de estar que era su lugar de escritura. Desde que había visto el resumen que Kessler le había entregado a Boro, los nombres de los medicamentos que contenían telamón le rondaban la mente como una advertencia muy peligrosa. Cada día pensaba en hacerlo, pero enseguida desistía porque el temor de confirmarlo la paralizaba.

Boro llegó a casa de Nuria muy puntual: a las tres, tal como le había pedido por teléfono. Le dijo que solo sería un momento, que quería que viera algo. Si aparecía Máximo, tenía planeado decirle que había ido a llevarle la correspondencia, pero no quería de ninguna manera que aquello sucediera.

—¿Qué es eso, Nuria? —le señaló las cajas de medicamentos.

—Todos los que tengo en casa. Algunos sé para qué son, otros no. Por favor, quería pedirte que los clasifiques, hay muchas pastillas, a algunas no se les ve el nombre.

—¿Las han tomado los niños? ¿Qué pasa? —se alarmó el químico.

—Creo que he estado tomando telamón.

En cuanto le dijo aquello, su compañero se abalanzó sobre los fármacos.

—En un par de ocasiones he tenido mucha angustia. Recurrí a estas pastillas porque pensaba que me calmarían los nervios. —No quiso decirle que la otra vez el mareo le había dado después de hablar con él.

—Y así es, su efecto, como comentamos cuando lo del informe, se parece al de los barbitúricos. —Apartaba unas pastillas y sacaba otras de sus envases de cartón—. Pero sin sus contraindicaciones, estos no son buenos para personas débiles, alérgicas o con asma, de todas formas no creo que sea tu caso ninguno de esos. —Boro siguió rebuscando. Cogió primero los estuches de los productos que reconoció enseguida, después apartó un par de cuentagotas, tres frascos de jarabe y las grageas de las que no se leía el nombre porque su envase estaba cortado—. Esto no sé qué es. Lo voy a analizar, en cuanto lo sepa te digo algo. Intenta tranquilizarte. Además, parece que es cierto que el único efecto secundario es el que sabemos. A ti no te puede pasar nada aunque las hayas tomado como sedantes —le dijo el ingeniero. Le rozó primero el pelo con dos dedos y después se los acercó a su rostro para

recorrer el surco que había dejado una lágrima debajo de su ojo derecho—. Tienes que descansar. Estás acusando físicamente todo esto. No me cabe ninguna duda.

—¿Y si vuelvo a quedarme embarazada?

Pensó en la primera vez que lo vio, en cómo le llamó la atención su bata blanca. Sabía muy poco de él todavía, no había manera de vencer su reserva sobre su pasado, pero la reconfortaba en medio de toda aquella congoja contar con la certeza de que, además de un trabajo, había encontrado a una persona noble, sin medias tintas, o al menos así deseaba con todas sus fuerzas creerlo.

Boro la sintió frágil. La cogió por la cintura y la atrajo hacia él para besarla. Nuria no cerró los ojos, sino que los abrió mucho para compensar que se había quedado sin palabras. Boro vio en su mirada la sorpresa y, antes de que se recuperara de ella, decidió marcharse.

—Mañana te llamaré para saber cómo estás. Descansa.

Aquella misma noche, cuando iba a entrar en su edificio, Boro se detuvo un momento y después se alejó hacia las sombras de la esquina de enfrente de la plaza de San Agustín, la del otro lado de la calle del Hospital. Desde allí vio al hombre que acababa de salir de su portal. Tendría más o menos su edad, pero el traje le hacía parecer mayor. Le brillaban el cabello y los gemelos de los puños de su camisa como si fueran los puntos de un tres en raya fulguroso. Al químico le resultó hasta demasiado elegante para aquel momento y aquel lugar; endomingado a destiempo, pero de una forma muy consciente, como si quisiera marcar la diferencia con quienes no podían permitirse vestir así. El mensaje inequívoco que Máximo Zafara trasladaba a cualquiera que se cruzara con él se resumía en una sola palabra: triunfo.

Boro pensó en su ropa, que compraba en la mercería Novedades, en sus jerséis de pico siempre granates o azul marino, en sus chaquetas de lana con botones y dos bolsillos, en las camisas tan parecidas todas, conjuntadas con pantalones de tergal. Era la misma tienda a la que iba de pequeño con su madre. En el gesto de la propietaria notaba la lástima tantos años después, pero no podía dejar de ir allí, como si se sintiera obligado a continuar una tradición. La diferencia con su madre era que él no tenía que comprar a plazos.

Ya en su casa, vio a Ágata Kepler sobre la alfombra; la gata comenzó a ronronear mientras se incorporaba. Utilizaba las piernas de su amo como un puente bajo el que pasaba una y otra vez. Por el tamaño de su barriga, él tenía que separar los pies cada vez más. Se quedaría con todas las crías, sabía que sería incapaz de deshacerse de ellas. En aquel patio vendría bien su labor porque las ratas se sentían demasiado a gusto entre el olor de las cañerías, la humedad sempiterna y los desperdicios que encontraban. Además había otro motivo: le daba igual que en ese caso se tratara de un animal, Boro era incapaz de separar a una madre de sus hijos.

Nuria le pidió a Úrsula con bastante antelación que pasara la noche del miércoles en su casa porque pensaba regresar tarde. Dora ya no disimulaba su distancia hacia ella, como si prefiriera mirar hacia otro lado y fingir que solo las unía, a través del alquiler, una relación mercantil. Volvió a prometerse, por este motivo, que debía mantener cuanto antes la conversación pendiente con su casera para sacarla de dudas.

Después de que Boro llamara varias veces en el portalón con la palma de la mano muy abierta, entraron en la parroquia del Buen Pastor. Se habían encontrado directamente allí y, a pesar de que habían pasado unos cuantos minutos, aún no se habían mirado a la cara.

—Padre, nos están siguiendo —le dijo Boro sin más preámbulo.

—¿Cómo que os están siguiendo? ¿Estás seguro? —le preguntó el sacerdote. La preocupación se notaba en su voz.

—Sí, se trata de dos hombres. El más joven parece extranjero. La primera vez que los vimos fue en la plaza de Santa María.

—El más viejo se quedó de piedra cuando nos vio —añadió Nuria— y se escondió entre las sombras de un portal. El otro escupió a nuestro lado.

—Pero ¿cómo van a saber de vosotros si no hemos dicho nada a nadie? —les preguntó el padre Vilesermes.

—No hemos dicho nada, pero sí que hemos hecho muchas cosas: hemos hablado con varias personas, monjas, madres..., tenemos documentos —dijo Nuria muy agitada.

—¿Qué clase de documentos?

—Son muy comprometedores porque demuestran la relación entre un fármaco, el telamón, y los bebés que nacen con malformaciones.

—Eso tenéis que explicármelo con pelos y señales —les dijo el sacerdote mirándolos con severidad.

El padre Vilesermes los escuchó sin perder detalle. Y al observar sus gestos, cómo se miraban y la manera en que uno terminaba las frases que había comenzado el otro, supo que, además de por ese terrible drama, Nuria y Boro estaban unidos por bastante más.

—Tal vez podríamos ir a un notario y hacer una declaración jurada, los tres. Da igual lo que cueste, no creo que sea mucho, pero así nos cubrimos las espaldas y, si en el peor de los casos nos hacen desaparecer, que no caiga en saco roto lo que ya hemos averiguado —les dijo Nuria cuando terminaron de ponerle al día—. Aunque con usted, padre, no se atreverán. Yo temo por mis pequeños. Ellos...

—Lo primero que tenéis que hacer es hablar con la Policía —les dijo el sacerdote.

—No podemos, padre, con personas como don Jerónimo Ullrapós de por medio no serviría de nada.

—¿Ullrapós has dicho? ¿El amigo de los señores Frument? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —dijo el sacerdote muy sorprendido.

—Tiene que ver mucho más de lo que usted imagina.

—Boro, sabes que soy el confesor de su esposa.

—Lo sé, pero me temo que sí, padre, que es cierto, que está metido en todo esto. Ella no creo que sepa nada. Pero de don Jerónimo depende en parte que se detenga el comercio de la sustancia que ocasiona todas estas terribles lesiones. Ayúdenos a que la prohíban, padre —le rogó Boro—. Ellos mismos lo saben y hacen la vista gorda.

—Necesito esas pruebas, los documentos de los que me habéis hablado.

—Están en mi armario del laboratorio. No quisimos traerlos por si...

—Boro —le interrumpió ella—, ¿te importaría acercárselos tú? Creo que es muy importante que los vea el padre cuanto antes. Además..., mientras espero puedo aprovechar para confesarme.

Boro tuvo la sensación de que lo que pretendía Nuria era librarse de él, que aquel no era el momento de ir a por ellos. La miró muy incómodo. Quería impedir que lo hiciera. De todas las personas que ella podía haber elegido para sincerarse, no le gustó nada que optara por su tutor.

Nuria desvió enseguida su mirada de él y Vilesermes los observó a ambos con preocupación.

—Pasa por aquí, hija —le dijo mientras se dirigía al confesionario.

Boro apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de la mano y dijo:

—Esperaré entonces al final de la iglesia. Volveremos juntos, si no tenéis inconveniente. —No sabía muy bien por qué, pero, a pesar de que no podía evitar que sucediera, prefería permanecer allí, como si esto influyera en Nuria.

Cuando ella tuvo al sacerdote detrás de la celosía, comenzó:

—Padre, verá, no veo mucho a mi marido —aquí titubeó antes de decirle—: ya sabe que es viajante de comercio. Es por su trabajo, no se crea. —No le gustó esta última frase, su desasosiego le impedía expresarse de forma más acertada.

—Dime, estate tranquila.

—Pues... bueno, aunque mis ocupaciones me distraen bastante, en cuanto me quedo sola tengo que poner la radio, hablar con la empleada de mi vecina,

ir a comprar o salir con mis hijos al parque. No soporto escuchar a mi cabeza. Y temo llevar a cabo alguna barbaridad.

El padre Vilesermes miró hacia el último banco, en el que estaba Boro.

—Es natural, todas las personas experimentamos esas sensaciones alguna vez. La soledad puede llevarnos a buscar refugios inconvenientes. ¿Tienes más familia?

—Sí, pero lejos, en La Bisbal. Pero eso nunca había sido un problema, hablamos cada semana y con Máximo nunca había sentido que me faltara de nada.

Vilesermes volvió a mirar hacia donde estaba Boro.

—¿Y qué ha cambiado, hija?

—No lo sé, padre, no he conocido a más hombre que a mi marido. Es muy atento, cada semana nos trae regalos a mí y a los niños, no falla. Puede decirse que somos ricos. Gana muchísimo dinero, no me falta de nada...

—Pero...

Respiró hondo y esperó a que Nuria continuara. No quería anticiparse, prefería que ella hablara, sabía que eso era lo más válido para ordenar los pensamientos, pero sobre todo el alma.

—Pero estoy llena de dudas porque...

—¿Por qué, hija?

Nuria miró en la dirección en la que estaba entre penumbras su compañero. Vilesermes siguió el camino de sus ojos y asintió al comprender la profundidad a la que había llegado la relación entre ambos en tan poco tiempo.

—Se trata de Boro —dijo Nuria en un susurro—. Usted lo conoce de toda la vida.

—Lo conozco desde que era un niño, sí, para mí es como un hijo. —Se le notaba el orgullo en la voz.

Vilesermes había visto a muchos pequeños desvalidos con la certeza de que no saldrían adelante impresa en la mirada, pero, en cualquier caso, a la pena por aquellas situaciones había sumado la convicción de que se trataba de la voluntad de Dios. En cambio, cuando veía a Boro y a otros como él, no podía evitar dejarse llevar por cierta vanidad al contemplar a quienes consideraba en gran medida obras suyas.

—Pero creo, hija mía, que en tu interior ya has encontrado esa respuesta —dijo con el tono más neutro que fue capaz. Sintió cierto temor por lo que podría decirle a continuación Nuria.

Ella asintió apesadumbrada.

—No, padre, no sé qué debo hacer. Cada vez le encuentro más defectos a mi marido, habla de una forma demasiado afectada, es muy redicho, ¿sabe? Además, gasta más dinero en ropa que yo y que sus hijos juntos.

—Eso es por su profesión. Necesita dar buena impresión, no seas injusta, seguro que es un gran hombre.

—Ya lo sé, padre, pero esos detalles, no puedo con ellos. Antes me angustiaba que solo estuviera en casa dos días, ahora me parece una bendición.

—¡Hija!

—Perdón, padre, pero es la verdad. Si estuviera más tiempo me asfixiaría. Es tan... intenso.

—Nuria, recapacita, la paciencia es una de las principales virtudes cristianas. No es fácil el entendimiento con los demás. Te has casado con él.

—Pero los sentimientos cambian y él siempre quiere..., ya me... —dejó la frase en suspenso.

—Eres su esposa, es natural, está toda la semana fuera, además.

—No me malinterprete, padre, Máximo me ha dado lo mejor que tengo en la vida: a mis hijos. No podría vivir sin ellos, pero le aseguro que sin Máximo sí. Antes lo llevaba todo mejor, pero desde que he conocido a... —Nuria no quiso volver a nombrar a Boro.

—Los hombres no pueden separar lo que Dios ha unido. Ya lo sabes.

—Lo sé, padre, pero...

—No hay excepciones. Busca alicientes, seguro que los encuentras. Nadie es perfecto, piensa en las ventajas de tu situación. Al fin y al cabo, son dos días a la semana los que convives con él, tienes una buena posición, tus hijos necesitan un padre.

A ella le sorprendió el sentido práctico que tenía aquel hombre. A pesar de lo que ya sabía de él por Boro sobre su forma de pensar, que el químico había calificado de moderna, no se esperaba que la aconsejara de aquella forma.

—Padre, eso no es todo. Me he besado con Boro y volvería a hacerlo.

—¡Nuria! No puedes olvidarte de tu condición de mujer casada en ningún momento. No me refería a eso cuando te hablaba de alicientes —le dijo el sacerdote haciendo un esfuerzo enorme para no levantarse e ir a regañar a Boro como cuando era un chiquillo y hacía una trastada.

—Lo sé, padre. Y me siento muy mal. No sé, fue como un descuido, me dejé llevar, pero no me molestó en absoluto, eso es lo peor. Me resultó hasta normal, que era lo que tocaba en nuestra situación. Perdóneme, padre, sé que esto que le digo es una barbaridad, pero deme la absolución, por favor. Le quedaré muy agradecida.

—No se trata de agradecimiento. El de la confesión es uno de los siete sacramentos que tengo que administrar. El del matrimonio es otro, no te olvides de él.

—Sí, padre, disculpe. Además, soy una egoísta. Con esta tragedia de la que sabemos y le hablo de mí misma, y una cosa y la otra no tienen ni punto de comparación.

—No podemos elegir lo que nos preocupa. Me hago cargo. Y reza. Reza todos los días por esas criaturas a las que les espera una vida tan difícil.

—Padre, solo una cosa más: ¿hablará con el señor Ullrapós una vez que le mostremos esos papeles? De verdad que lo siento, pero no hay duda: está implicado en todo esto.

Vilesermes no respondió. Nuria vio su mano moviéndose primero de arriba abajo y después de izquierda a derecha. Seccionaba de esta forma en cuatro aquella ventana tan pequeña, pero que a ella le había abierto tanto la respiración como si en vez de ese recuadro se hubiera colocado frente al mar y hubiera aspirado varias veces el aire impregnado de sol y de sal.

El padre Vilesermes salió del confesionario y cruzó en cuatro pasos la iglesia. Caminó tan rápido que removió el aire detenido del templo. Cuando se detuvo ante el último banco, Boro ya no estaba allí. Nuria miró a su alrededor, no había ni rastro del químico.

—¿Le habrá pasado algo? —preguntó Nuria alarmada.

El padre Vilesermes sonrió y recordó con nostalgia cómo se escondía Boro de pequeño para evitar alguna reprimenda.

—Tranquila. No hay por qué preocuparse. Solo que parece que de pronto me ha cogido miedo.

Al día siguiente Nuria entró en la sala blanca del instituto de belleza porque quería hablar con Boro. La señora Frument la cogió de la mano en cuanto la vio.

—Ven, querida, tenemos una visita. Ha venido un amigo de mi esposo. Tómate un café con nosotros. No hay prisa, ¿no?

—Hola, doña Leonor, me alegro de verla. Quería escribirle para agradecerle su almuerzo.

—No hay de qué, Nuria. Lo repetiremos.

Liliana trabajaba pegada a la radio mientras clasificaba un montón de cartas. Al ver pasar a Nuria, la miró asustada. A Nuria le sorprendió su reacción. La interrogó con la mirada, pero la secretaria volvió a enfrascarse en su tarea cuando doña Leonor abrió la puerta del despacho. Además del señor Frument y el padre Vilesermes había alguien más.

—Nuria, querida —la saludó don Aleix, como si su conocimiento fuera más allá de una mera relación laboral y además bastante a distancia—. ¿Cómo está? —No esperaba ninguna respuesta y por eso le dijo enseguida—: Hablábamos de lo bien que va el programa, cada día se escucha más. Al principio, cuando comenzamos, llegaba a toda una generación de mujeres y ahora se han unido sus hijas, y eso se nota en las ventas, ¿verdad, Jerónimo?

A Nuria le dio un vuelco el corazón al oír ese nombre. Miró al padre Vilesermes, que asintió imperceptiblemente para corroborar sus sospechas. Y entonces entendió la actitud de Liliana.

—Con la colaboración del Ministerio ahora exportamos incluso a Francia, a la meca de los cosméticos —continuó don Aleix ajeno a la inquietud de Nuria.

—Nuria Somport —intervino la señora Frument—, el señor don Jerónimo Ullrapós, subdelegado del Ministerio de Comercio aquí en Barcelona.

—Encantada —acertó a articular ella.

—Parte de nuestro éxito se lo debemos a sus cartas, tan atinadas, tan comedidas, tan sabias —añadió doña Leonor—. Cada vez escribe más.

Sentía que era incapaz de decir nada. Hubiera querido que Boro estuviera allí.

—Siéntese un momento con nosotros, por favor —le dijo don Jerónimo Ullrapós.

Nuria dudó, no sabía qué hacer, si disculparse o quedarse. Entonces miró al padre Vilesermes, y cuando este asintió, ocupó la silla que había a su lado.

—Les decía que creo que ya ha llegado el momento de dejar mi cargo a otro —volvió a dirigirse a los señores Frument.

—Pero si acaba de incorporarse al Gobierno, como aquel que dice. De ninguna manera. Lo necesitamos —le dijo don Aleix con mucha energía.

Nuria volvió a mirar al padre Vilesermes.

—No lo creo, ustedes hacen muy buen trabajo. Esa es su principal representación. Seguirán igual de bien sin mí. Además, ya sabe de mi situación personal...

Nuria sonrió por cortesía, pero se sintió muy incómoda al pensar en su esposa paralítica, en sus continuos viajes a Lourdes. En cambio, le pareció atractivo, bastante más de lo que había imaginado. Tenía el pelo negro, repleto de gomina, olía a loción de afeitar y vestía con una elegancia un tanto antigua, como si aquella ropa no la hubiera adquirido, sino que formara parte de una herencia.

—Y a usted, dígame, ¿le parece interesante lo que hace?

Nuria tuvo la certeza de que se dirigía a ella solo por cortesía, como si cumpliera con aquella máxima que dice que cuando se está en un banquete o en una situación similar hay que dedicar el mismo tiempo al invitado situado a la derecha que al de la izquierda.

—Me gusta mucho este trabajo. Me permite escribir, que es lo que había querido desde siempre, y además en mi casa. Les estoy muy agradecida —dijo mientras miraba a don Aleix y doña Leonor.

—Tengo entendido que se reciben cientos y que solo se radian unas pocas. Lástima... ¿Qué le cuentan en esas cartas?

Liliana entró en ese momento con una bandeja de café. Se quedó parada al oír aquella pregunta.

—De todo —continuó Nuria. Tuvo muy claro que aquella era su oportunidad para enfrentarle—. Escriben personas muy distintas. Especialmente conmovedoras son las de las madres de los niños...

Liliana la miró y ella interpretó que le suplicaba que no siguiera. El padre Vilesermes se dio cuenta.

—De los más débiles, de los más desfavorecidos —intervino el sacerdote, y Liliana respiró aliviada—. Las palabras de la señora Somport han resultado un bálsamo para tantas madres que sufren. La mayoría de quienes remiten esas cartas son mujeres.

—Bien, muy bien, siga así. Tenemos que continuar levantando este país entre todos. Cada uno debe aportar lo que sabe para que podamos avanzar juntos hacia el mismo destino.

Con aquellas consignas, ella tuvo la sensación de que don Jerónimo daba por terminada la conversación, al menos con ella. No cogió ninguna taza de la bandeja que Liliana le acercaba sino que se puso en pie.

—Si me disculpan. Tengo que recoger a mis hijos —les dijo. Antes de salir miró al sacerdote. No le gustó que la hubiera interrumpido.

—Ha sido un placer, señorita... —le dijo el señor Ullrapós. No recordaba su apellido y esto le produjo cierto alivio.

—Yo también debo retirarme. Mis obligaciones me reclaman —se excusó el sacerdote—. Señor Ullrapós, si su esposa precisa que la atienda no dude en avisarme y, si no es mucha molestia, me gustaría hablar con usted antes de su partida —añadió.

—Será un placer. Gracias, padre. Cuando quiera.

Liliana aprovechó para salir tras el sacerdote y Nuria. Esta la miró sin poder evitar pensar que, durante aquellas visitas del padre a la mujer de don Jerónimo, los amantes se encontrarían.

—¿Sabes dónde está Boro? ¿Está enfermo? —le preguntó Nuria a la secretaria al no verle por ningún sitio.

Liliana se encogió de hombros.

—No te preocupes, hija. Intuyo que aparecerá en cuanto yo me vaya —le dijo Vilesermes cuando pasó junto a ellas—. Liliana, creo que tenemos una conversación pendiente —le dijo muy serio.

—Sí, padre —respondió ella avergonzada—. Y gracias —añadió señalando con un leve movimiento de cabeza hacia el despacho de los señores Frument.

—Te estaré esperando —insistió él.

Liliana asintió y el sacerdote salió a toda prisa. Asistir a aquella conversación le sirvió a Nuria para ratificarse en la opinión que tenía de aquel hombre desde el primer momento: era tal su inteligencia que, además de conocer a sus semejantes al primer golpe de vista, los adivinaba. Además, conjugaba una capacidad de anticipación que a ella, respecto a sus sentimientos hacia Boro, le hacía sentirse transparente y no solo por su confesión.

Nuria salió tras él y, cuando llegó al patio de entrada, vio al padre alejarse hacia la derecha, hacia Las Ramblas, y a Boro llegar desde el lado contrario, y se sobresaltó. Decidió llenarlo todo de palabras porque no quería que él le dijera nada sobre lo que había ocurrido en la salita de su casa, ni siquiera quería que lo mencionara. Lo mejor era que ambos lo olvidaran.

—Los señores Frument tenían una visita. Por mucho que pienses, no adivinarás nunca de quién se trataba.

—De don Jerónimo Ullrapós —dijo él de forma inmediata.

—Sí —respondió Nuria admirada.

—Es parte de su trabajo pasar de vez en cuando por las empresas, hablar con sus propietarios, recabar cualquier tipo de información. Hacen inventario de todo, la mayor parte del tiempo en la Delegación del Ministerio lo pasan redactando informes. En aquel despacho hay montañas de papeles, dentro de los armarios, sobre las sillas, hasta en el suelo —continuó él—. Ya ha venido otras veces, pero, claro, yo no tenía ni idea que el alto cargo era él y menos —y bajó la voz— que estaba liado con Liliana.

—No era como me esperaba.

—¿Y cómo creías que era? ¿Más feo, más viejo? —Boro no pudo evitar sonreír.

—Les dijo a don Aleix y a doña Leonor que quería dejar su cargo, que a pesar del poco tiempo que llevaba no era a aquello a lo que pretendía dedicar su vida, que tenía que ocuparse de su esposa enferma.

—Claro, claro, y los remordimientos que no le dejan vivir. Eso no lo dice. De su gabinete depende que se concedan las licencias de importación. Si no lo hubieran autorizado, ahora no estaría circulando aquí el telamón. De la misma manera que lo permitieron, lo pueden prohibir, pero, no, en vez de eso, inspeccionan que se lleven a cabo los acuerdos comerciales, sean estos de lo que sean, igual les da cuando venden que las granadas sean frutas o bombas.

—Boro, podemos impedirlo. Está ahí dentro, es nuestra oportunidad de enfrentarle, de obligarle a prohibir el telamón.

Nuria se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el instituto, pero Boro la cogió por la cintura y la sujetó con fuerza. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nuria.

—No conseguiremos nada de esa forma —le dijo al oído—. Lo negará todo. Y nuestros jefes lo defenderán, lo que nos dejaría a nosotros en una postura muy delicada. Estoy seguro de que Liliana obtendrá mejores resultados.

Nuria se liberó de su abrazo y miró los labios de Boro. Lentamente se dirigió hacia la salida del zaguán. No sabía hasta cuándo iba a salir vencedora

o derrotada de aquella lucha que entablaba contra su deseo.

* * *

Nuria alzó a su bebé, frotó su cara contra sus mejillas mientras Mireia le tiraba de la falda sin decirle nada para reclamar su dosis de cariño. Úrsula le ofreció prepararle algo antes de marcharse, pero ella no tenía apetito.

—Ya voy. Espera que lo deje —le dijo a su hija.

—No sabes la cantidad de cosas que hemos hecho —le dijo la niña—. Úrsula me está enseñando a coser.

—Pues me alegro mucho, cariño, yo no sé. Después me enseñas a mí. ¿Querrás?

—Le voy a coser sus propios vestidos a mis muñecas. Mira, este de la revista es de azafata, lo vamos a hacer entre las dos. Úrsula tiene botones, ojales, de todo lo que se le pone.

Nuria rio.

—Los ojales se hacen, no se ponen. Son agujeros alargados. Mira, como estos —le dijo enseñándole la chaqueta después de quitársela.

Su intención era que aquel viernes, cuando Máximo llamara al timbre, no le diera la impresión de que acababa de llegar de la calle.

A Boro lo llamaron por teléfono muy temprano. Le avisó una de las chicas de doña Rita. El químico le dijo que lo esperara abajo porque ella no se movía del umbral de su puerta y no quería hacerla pasar. En menos de dos minutos se vistió y cogió el auricular:

—¿Dígame, quién es?

—Kessler. Estoy en Madrid. De este país no me iría nunca. Ahora ya tengo que regresar, pero, eso sí, sin prisas. Me puedo desviar porque primero voy a Frankfurt y así la línea me sale más recta desde Barcelona.

—¿Vuelves en coche?

—Así es. Bueno, en dos días me invitas a la comida que me prometiste.

—Será un placer. ¿Fue todo bien?

—Ya te contaré. Nos encontramos entonces.

—Le espero, te espero —le resultaba difícil hablarle así— en la plaza de Cataluña el lunes a las dos. Si quieres, puedo buscarte un lugar donde alojarte.

—Gracias, pero ya lo tengo resuelto.

—Hasta entonces. Buen viaje.

Boro Navascués colgó el teléfono y entonces se dio cuenta de que lo rodeaban tres doncellas, como las llamaba doña Rita.

—¿Viene un amigo suyo? Tráigalo. Lo trataremos como a un rey —le dijo la patrona, que había escuchado la conversación.

Navascués no les respondió. En la mente de aquellas mujeres no cabía el rechazo, tal vez solo habían sufrido el suyo y con asimilar uno ya tenían bastante. Por el cariz de los hombres que las frecuentaban, no entendían que no todos estuvieran dispuestos a pagar por sus favores.

—Gracias. No sé si me pondré teléfono algún día con lo bien que lo atiende usted. Así de paso las veo, mejor excusa imposible. —Boro se sintió obligado a obsequiarlas con aquellas palabras, aunque enseguida añadió—: Además, para el par de veces que me llaman al año...

—A nosotras también nos gusta verle. Ya lo sabe. Y su pobre madre, si viera en quién se ha convertido usted.

Doña Rita era una vecina más del barrio. Todos sabían a qué se dedicaba. No se metía con nadie que no se metiera con ella. Ese era su lema. La respetaban porque conocía, mejor que la Policía incluso, las tripas de muchas calles de Barcelona, accedía a profundidades del comportamiento humano que hubieran asombrado a muchos. Después de más de dos décadas de trato, tenía muy claro que casi nada era lo que parecía.

Allí, la desgracia de la familia de Boro se callaba. Había pasado más de un cuarto de siglo. Él se había mudado tan solo a un par de manzanas de donde malvivió de pequeño. Decidió regresar cuando terminó en el seminario. Cuando no quiso ordenarse. Incluso en esta opción lo apoyó sin remisión el padre Vilesermes. Aquel hombre consideraba que, si una vocación no anidaba dentro de alguien, era un mal negocio pretender inculcarla porque lo que resultaba era un falso sacerdote.

Boro se quedó en aquella finca, cerca, pero a la vez lo suficientemente lejos de la habitación donde había pasado tantas horas solo. Estaba seguro de que, entre las sombras, permanecería el niño que fue, atado con las sogas que él, dentro de su mente, no había podido cortar.

* * *

Sobre las ocho de la mañana, cuando Boro estaba a punto de meter su llave en la puerta del instituto de belleza, advirtió que estaba entreabierta. Sus jefes siempre bajaban después de desayunar. Sobre las diez.

Escuchó unos sollozos. Y enseguida vio a Liliana con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre su mesa.

—Estaba la puerta abierta —se disculpó por encontrarla así.

—Ha venido.

Él miró a su alrededor temiendo que se tratara de alguno de los dos hombres que los vigilaban.

—Don Jerónimo ha estado aquí hace un rato —dijo Liliana, y Boro se relajó.

—¿Tan temprano?

—Sí, habíamos quedado en encontrarnos a las siete. Solo quería decirme, tal como yo esperaba, que no quiere que volvamos a vernos. —Liliana volvió a gemir, pero de una forma más breve que cuando la escuchó al entrar—. Se

marcha. Esto ya se lo dijo a los señores Frument en su despacho. Pero pensé que solo se refería a que dejaba su cargo. No pude escuchar más.

—Huye, querrás decir.

—Me ha dicho que de momento se traslada a vivir a una hospedería muy cerca del sanatorio de Lourdes. Sé que lo echaré de menos. Me ha ayudado mucho, eso no lo puedo negar.

—Menuda manera de expiar sus culpas, en vez de tomar armas en el asunto se esfuma. A saber lo que le habrán ofrecido.

—Lo habrán extorsionado, claro, nunca me lo diría, pero es fácil de imaginar. Por eso me siento tan mal. Es un buen hombre, pero me quiere apartar como sea. Es como si de alguna forma me sintiera como un testigo de todo esto sin haber intercambiado palabra al respecto.

—Seguro que le reclamarán dinero por no hacer públicos sus manejos. Lo chantajearán. Así parece que funciona siempre.

—Pero las trampas no las hace él, es cosa de los otros. Él solo tenía que mirar hacia otro lado.

—Da igual, Liliana, es igual de culpable por omisión.

—Dice que lo han amenazado con airear lo nuestro, por eso lloro, sobre todo lloro por mí. Boro, me despedirían. No me ha dicho quién ha sido, pero estoy convencida de que se trata de esos tipos siniestros que vi desde el paseo del Borne cuando iba a reunirme con vosotros. Hace casi un mes que no nos veíamos, a pesar de lo insistente que he sido, pero el esbirro ese habrá reunido pruebas, no sé cómo las habrá conseguido, pero el caso es que le han dicho que iban a ponerlo todo en conocimiento de su mujer. Él dice que el corazón de su esposa no lo soportaría, que por eso se marchan.

—¿Y los niños que siguen muriendo? ¿Y los que nacen con malformaciones?

—De eso no le he dicho nada. No me he atrevido. Lo siento. Solo tenemos que rogar por que a quien pongan ahora en la Delegación haga algo.

—Liliana, si lo cambian es precisamente para que su sustituto no se oponga, para que no haga nada.

Nuria y Liliana aceptaron de muy buen grado la invitación de Boro para comer con Varick Kessler. Tenían muchas ganas de conocerlo. Cuando se acercaron al mosaico del centro de la plaza de Cataluña, Boro ya estaba allí. Como quería ejercer de anfitrión de una forma impecable, llegó con casi un cuarto de hora de antelación. En cuanto se saludaron los tres, vieron al doctor con una mujer rubia, muy alta y esbelta, que vestía ropas ceñidas y unas botas de charol blancas que le llegaban más arriba de las rodillas.

—Parece una modelo de la revista *Burda* —dijo Liliana.

Boro se adelantó unos pasos y Kessler lo saludó.

—Amigo Navascués, ¿cómo está? ¡Qué ciudad tan magnífica! Le presento a Mirja, mi novia. Es sueca. Ya sabe que a los escandinavos les gusta mucho nuestro país. Por eso me acompaña, solo por eso. —Y le guiñó un ojo para que advirtiera la broma.

—Encantado, señora —le dijo Boro.

—Igualmente —le respondió con una sonrisa inmensa. Mirja pronunció esta única palabra de forma muy lenta, como si cada sílaba le costara mucho esfuerzo. Llevaba una cámara de fotografiar de la marca japonesa Yashica colgada de la muñeca.

—Nuria Somport es mi compañera en el instituto cosmético, quien responde a las cartas del consultorio —le dijo Boro mientras lo llevaba hasta ella—. Y Liliana, la secretaria de los señores Frument. Sin ella no habiéramos sabido nada sobre el caso de los recién nacidos mutilados.

Entre la multitud que había en la plaza destacaba Guifré Baladre. Lo advirtieron enseguida. Boro primero se quedó parado y después fue hacia él. Nuria lo cogió de un brazo, pero su compañero se sacudió con fuerza.

—Déjeme, ya estoy hartó. ¿Qué quiere? Ya ni siquiera se esconde —le dijo al detective.

Mirja aprovechó aquel instante para fotografiar la plaza y después se centró en ellos.

—Tú sabrás lo que quiero, Navascués. Si te molesta mi presencia es porque tienes mucho que ocultar. Ándate con ojo. Algún día me agradecerás estas palabras.

Boro levantó el puño. Un barrendero se quedó mirándolos como si se tratara de un espectáculo.

—Tranquilo, tranquilo, que no pasa nada, no está prohibido mirar a las palomas ni a los viandantes. Y si son como esa, es un placer —le dijo mientras señalaba hacia Mirja.

—Lo voy a denunciar a la Policía.

—Sí, vaya, vaya a la comisaría. Allí ya me conocen de sobra.

—Se lo repito. Déjenos.

En cuanto Varick Kessler comenzó a caminar hacia ellos, Baladre se alejó.

—Menudo presupuesto que se están gastando estos de la farmacéutica en tenernos vigilados. Más les valdría que lo emplearan en hacer pruebas de lo que lanzan al mercado —le dijo el doctor.

—No lo soporto más. Creo que me persigue veinticuatro horas al día. Es insoportable. Me saca de quicio.

—No perdamos la calma, amigo Boro, eso es lo que menos nos conviene a nosotros y más les conviene a los de Orlanta, que nos metamos en algún lío que nos obligue a quitarnos del medio.

—Sí, tienes razón.

—Eso está mejor. ¿Dónde comemos?

—He reservado mesa en un restaurante de la Barceloneta. ¿Has estado alguna vez en el puerto?

Kessler negó.

—Te encantará el sitio. Pero tendremos que ir en dos taxis.

—Sí, pero antes nos haremos una foto de recuerdo para que vean en Alemania esta luz.

Se agruparon y la novia del doctor Kessler se adelantó para situarse enfrente de ellos. Después caminaron hasta el lado derecho de Las Ramblas y enseguida llegaron los dos vehículos que necesitaban.

Mirja miraba por la ventanilla del copiloto. Se había sentado junto al conductor para poder acomodar mejor sus piernas que en los asientos de atrás.

En cuanto llegaron al barrio marineró se dirigieron hacia el paseo. Nuria les dijo que un médico alemán se había ofrecido a operar a uno de los niños que visitaron en el asilo de huérfanos San José, según les había informado la madre superiora.

—A saber quién será —les dijo Kessler mientras entraban en el restaurante—. Si está en vuestra mano, impedidlo, y si me dais el nombre del lugar donde está interna esa criatura, puedo llamar yo también.

A la luz de la costa, al brillo de la vajilla y a la delicia de los sabores del marisco se oponía todo lo que a ellos los descorazonaba. Su invitado era jovial, muy animoso, o al menos aparentaba serlo.

—En Alemania comencé trabajando de traductor, de locutor de comerciales, de doblador de películas... nada menos. Quién me lo iba a decir. Parece que necesitaban a muchos para hacer estos trabajos porque Hitler había matado a casi todos los extranjeros. Muchos médicos habían muerto también en la guerra y por eso pude entrar en el hospital de Hamburgo relativamente pronto.

Nuria, Boro y Liliana disfrutaban escuchándolo.

—Con estos ingresos y mis ahorros compré el automóvil que después nos resultó tan necesario para nuestras investigaciones. Contar con un medio de transporte propio nos permitió a mi compañero Conrad Singer y a mí desplazarnos por toda la región.

—Después de tanto esfuerzo por vuestra parte, no tiene perdón que sigan naciendo niños con focomelia —dijo Boro desanimado.

—No debemos dejarnos vencer por el desánimo, y menos después de lo que hemos descubierto. —Kessler bajó mucho la voz—: Tiene que ver con la patente del telamón. Podría significar el hundimiento definitivo de Orlanta. Solo falta conseguir el documento que lo demuestra.

En un gesto reflejo, Kessler miró hacia fuera del establecimiento. En el escaparate había un acuario con langostas y bogavantes y sobre él la mirada helada del otro hombre que vieron en la plaza de Santa María.

—Está otra vez aquí.

—Este otro aún parece más peligroso —dijo Kessler—. No nos dejan ni a sol ni a sombra. Siempre tienen a alguno de sus matones revoloteando sobre nosotros. Da igual que estemos en Alemania, en Francia o aquí, como ahora.

Todos se giraron y vieron al hombre que los miraba desde fuera. Kessler les hizo un gesto para que se acercaran más.

—Los primeros años de la posguerra conocí en Hamburgo a Siegfried Bacharach, el chófer de Meliva, una mujer encantadora de la que me precio de conservar aún su amistad. Le mandaré una de las fotos de hoy para que vea lo bonita que es Barcelona. Yo entonces alternaba con un grupo de damas, algunas bastante mayores y la mayoría viudas. Meliva solía recibir a sus amistades en su mansión de varios salones, que habían permanecido insólitamente intactos, como si, igual que había sucedido con ella, las bombas

y su metrala hubieran decidido evitarlos. Aquella casa contaba con una cocina inmensa y un obrador en el que su chófer, también hombre de mil oficios como yo, elaboraba pan. Gracias a los contactos de esta mujer, conseguía directamente del puerto la harina, la levadura... Durante algunas jornadas llegaba a amasar más de cincuenta kilos, los tenderos se lo quitaban de las manos. De esta forma, de día la trasladaba de un sitio a otro y por la noche se dedicaba a la que había sido su profesión cuando vivía en paz. Compartimos muchos ratos durante aquellos años. Me contó cosas terribles. Inimaginables, y que tienen mucho que ver con lo que sabemos de la patente del medicamento. Ahí está la clave y lo que puede hacer caer a Orlanta, como os decía.

—Conrad Singer y tú tenéis ya certezas. Y lo de la fecha, eso será... —dijo Mirja con su esforzado español en el que no encontraba la palabra que le faltaba.

—Será el golpe maestro. Así es. Y está lo del congreso que han convocado para ridiculizar nuestros argumentos. Saben que hemos dado con la causa de esas anomalías, y lo que es peor, con su origen, y que no van a poder parar el escándalo durante mucho más tiempo. Si en este momento no soy más concreto es por vuestra seguridad. Hasta que todo salga a la luz creo que es mejor para vosotros que no corráis más peligro aún. Ellos, los del laboratorio, lo saben, y saben también que eso supondrá su final.

—En estos momentos no tendría un hijo —dijo de repente Mirja, y a los demás no les quedó ninguna duda de que aquel cambio de tema se debía a que quería que no le preguntaran nada más a Varick.

—No es para menos. Así estamos muchos en Alemania. Después de lo que he visto, yo creo que los que se arriesgan es porque no conocen estos casos. Concebirlo sano y que durante el embarazo se llene de taras por un fármaco... Y no solo es lo que se ve, muchos nacen con problemas digestivos, el páncreas les funciona mal... Hay bastantes más cosas.

—¿Y Conrad Singer ya tiene acabado el artículo? —le preguntó Navascués.

—Lo escribió en una tarde y la revisión no nos llevó más de una semana. Solo tuvo que compilar toda la información, hacer un sumario, redactarlo. Lo ha contado todo, que el telamón comenzó a comercializarse hace cinco años, los efectos, los casos que tenemos registrados. Todo está respaldado con datos. El rigor es absoluto.

—¿Y qué han dicho? —insistió él.

—Pues los del comité de redacción de la revista *Tyndaller* respondieron que cuando hubiera espacio lo publicarían. Parece que no tienen la misma idea de lo que significa emergencia médica que nosotros —dijo Kessler.

—¿Crees que a ellos también los tendrán amenazados? —preguntó Nuria con mucha preocupación.

—Es una posibilidad. O comprados al menos —dijo Kessler, y se volvió para mirar muy serio a su novia—. Por eso no sé si es buena idea que hayas venido conmigo.

—¿Por qué? ¿Porque no vamos a tener hijos? —dijo también en castellano.

—No, Mirja, no es eso, sino que saben que estamos juntos, y temo que te pase algo. Ya has visto: en la plaza de Cataluña tenían apostado a un hombre y aquí a otro.

—¿Los justicieros no podéis tener amantes? —bromeó ella.

Varick consideró descortés con los demás responderle en alemán, así que continuó hablando en castellano a pesar del carácter privado de la conversación.

—Tú no eres mi amante aunque te empeñes, eres mi amiga, mi compañera, mi consejera, mucho más que una novia incluso. Por eso te planteo lo que me parece más sensato. Ahora no quiero tener ningún talón de Aquiles. No me lo puedo permitir.

Liliana, Nuria y Boro se miraron. Estaban intranquilos. Nuria no pudo evitar pensar en sus hijos.

—Varick, me sé cuidar. Además, no todo se puede elegir y no puedo elegir estar sin ti. —Sonrió—. ¿Dónde voy a encontrar a alguien que tenga lo mejor de España y lo mejor de Alemania? Para que te deje, primero tendrías que encontrarme a un sustituto. Y eso es imposible.

Kessler sonrió, aunque no se podía quitar de encima aquel desasosiego.

—Venga, vamos a tomarnos una última fotografía.

Guifré Baladre tenía carnaza, quería contarle a Máximo Zafara lo que había visto en la plaza de Cataluña. Estaba satisfecho porque ya habían acordado por teléfono que cobraría una buena cantidad. Quedaron en encontrarse en la puerta del bar del Pi.

—Pasan muchas cosas a tus espaldas, amigo, por no decir que todo pasa a tus espaldas —le dijo a modo de saludo el detective.

Le molestó que lo llamara amigo, pero en ese momento no estaba para preocuparse de los detalles.

—Vámonos al piso de doña Rita, Baladre, no tengo ganas de estar aquí.

Recorrieron en menos de cinco minutos aquellos cuatrocientos metros escasos. En cuanto les abrió la mujer que fumaba con boquilla, Máximo se adelantó.

—Déjenos una sala donde podamos hablar tranquilos. Queremos estar solos, al menos el primer rato.

A Baladre le pareció que su cliente se desenvolvía bastante mejor que la vez anterior que lo vio allí.

—Como queráis.

—Y dime, Portamares —después de llamarlo así le guiñó un ojo—, ¿me has traído lo acordado?

Paseaba con las manos a la espalda mirando los grabados eróticos que colgaban de las paredes.

—Mira esta, con tres.

—Eso depende de lo que tengas para mí —dijo Máximo harto de su comportamiento. A aquellas alturas solo quería que todo aquello terminara cuanto antes.

—Verás, tu señora esposa, como te digo, no se aburre cuando no estás. — El detective le enumeró a quienes se encontraron aquel lunes para ir a comer —. Tendrías que haber visto a la rubia, un monumento. Sus piernas me llegarían al cuello. —Rio con una carcajada medio quebrada—. La melena, la

cintura, todo lo tenía largo y estrecho. Llamaba la atención con la ropa muy pegada y unas botas de charol blanco tan altas que le pasaban de las rodillas.

—Baladre, ¿tienes algo para mí? —quiso reconducir Máximo el tema.

—Sí, claro que tengo, y mucho. No te soliviantes. —El detective tenía claro que aquello era un pulso y que lo ganaría quien más resistiera.

—¿De dónde es la llave que te di? —le preguntó Máximo muy ansioso.

—De un sitio muy interesante: de un apartado postal donde tu mujercita recibe correspondencia. Te he anotado la dirección y el número —dijo acercándole con mucha lentitud un papel.

—¿Qué clase de correspondencia? —Máximo elevaba cada vez más su tono inquisitivo.

—No sé. Todas las veces que he ido estaba vacío.

—Esto no vale lo que pides —dijo Máximo con un tono todavía más amenazador—. ¡Devuélveme la llave! ¡No ha servido para nada que te la diera! ¡Qué pérdida de tiempo!

—Portamares, ¿dónde están tus modales? —le dijo mientras se la entregaba después de asegurarse que mantenía la copia que había hecho en su bolsillo—. Seguro que con tus clientes usas mejores maneras. Te advierto que no te vas a librar de mí de esta forma tan fácil. Dame lo que me debes.

—Mira, Baladre, no te debo nada.

—Te equivocas. Por andar detrás de Nuria he recibido amenazas del tipo ese que la sigue.

—¿Qué tipo? ¿El químico? —le dijo Máximo adelantándose hacia él.

—No, uno que los sigue a todas partes. Si vieras lo agresivo que es, entenderías por qué temo por mi integridad física. Tú me metiste en esto y ahora me vas a dar el dinero para que pueda escabullirme.

—No exageres.

—No lo hago. Si hubieras recibido las mismas amenazas que yo en Santa María del Mar, no dirías lo mismo. No sé a ciencia cierta en qué anda metido el tal Navascués, eso es verdad, ahí te doy la razón, pero tengo datos suficientes para afirmar que detrás de todo esto hay algo muy gordo, descomunal. Yo no soy hombre de abandonos, siempre llego hasta el final, pero mi olfato me dice que esta vez me haga a un lado.

Máximo lo miró con incredulidad.

—En vez de mirarme así, mejor ándate con ojo por si te salpica a ti también. Hay incluso conexiones internacionales —le advirtió Baladre.

—Sí, conmigo, por ejemplo, que soy italiano. —Soltó una carcajada.

—No, con los alemanes.

Máximo no notó el temor que sentía el detective porque no lo conocía.

—*C'est fini*, hasta aquí, ya está. Basta —lo despidió.

—Ya sé que hablas idiomas, no hace falta que me lo restriegues por los morros. Si me sueltas la mosca, me evaporo. Y te doy un extra gratis, cuidadito con los alemanes, están dispuestos a todo.

—Eres patético, ya no se te ocurre qué más inventarte. Dudo hasta de que seas detective. Adiós, Baladre, no te voy a desear buena suerte porque está visto que la fortuna te rehúye y así seguirá siendo.

—No me voy a mover de aquí hasta que me des lo que es mío. —Baladre se incorporó.

—¿Lo tuyo? Lo tuyo sería darte una paliza. ¿Qué más quieres?

—Mis tres mil pesetas, y no me amenaces.

La carcajada de Máximo Zafara fue tan estruendosa que resonó en el pasillo de la casa de doña Rita.

—Conmigo no se juega —le advirtió el detective—. Eres un pobre diablo, crees que tienes mucho, pero te vas a ver en la calle pronto y muy solo. Te lo vaticino. He visto a otros como tú antes. De la raza de los que piensan que lo saben todo.

—Yo no huelo a fracaso como tú —le dijo Máximo mientras lo miraba de arriba abajo.

—Me refiero a tus andanzas. Si no me pagas lo que me debes, me lo pagará tu mujer y de muy buen gusto.

—Será si yo le doy el dinero. —Máximo no podía dejar de mostrar su superioridad en todo momento.

—Cuando le cuente lo que haces cuando no estás en casa, te aseguro que sacaré el dinero de donde sea. Ella, a diferencia de ti, tiene amigos. Y de un tiempo a esta parte, hasta trabajo.

Al viajante de comercio se le cruzó una idea por la cabeza, pero no le pareció que fuera posible hasta que el detective continuó:

—Ese es el abecé. Primero tienes que saber con quién tratas. ¿Qué pensabas, que me iba a creer todo lo que tú me habías contado? Tú sí que eres un canalla —casi le escupió.

Máximo palideció, no se le había ocurrido pensar que también lo investigaría a él. Dejó caer sobre la mesa de centro, delante del tresillo en el que estaba sentado, unos billetes arrugados.

—¿Qué es esto? —le dijo Baladre con una mueca de asco.

—El dinero que tanto me reclamas.

—¿Esto? —Baladre los estrujó con fuerza y los tiró al suelo—. Esto es una miseria y tú un miserable.

—¿Qué esperabas? Lo justo es que te pague por tus resultados y los que me has ofrecido han sido más bien escasos. Es la limosna que mereces por viejo y por acabado. Me equivoqué contigo. —Chasqueó la lengua.

—No sabes cuánto. El precio acaba de subir a cuatro mil. Tú sabrás si lo que tienes que perder lo vale. Yo creo que sí e incluso que vale bastante más.

Máximo dudó al verle tan seguro.

—Dame dos días y te traigo el dinero —improvisó—. Ahora no llevo más encima.

—Te lo advierto, no intentes jugármela. Parece que ya me vas entendiendo —dijo sirviéndose una copa—. Mira que ponerle un sabueso a tu mujercita con el belén que tienes tú montado. Anda que... Pasado mañana te espero aquí a la misma hora. Si no vienes, me presentaré en tu casa.

Máximo hizo un esfuerzo por contenerse. Se disponía a salir cuando entraron dos chicas con una peluca igual. Ambas se la sujetaban con una diadema de flores. Solo llevaban, además de ese trozo de tela en la cabeza, unos picardías tan transparentes que en algunos trozos se confundía su piel con el estampado.

—¿A quién le amarga un dulce, Portamares? —cambió de tono Baladre al verlas—. Si la vida nos hace regalos, hay que cogerlos para que no se enfade la suerte con nosotros por despreciárselos y se vengue.

Máximo no le respondió. Cogió de la mano a la chica que tenía más cerca y se alejó con ella por el pasillo.

Boro le pidió que se acercara a la parroquia del Buen Pastor porque el padre Vilesermes le había avisado de que tenía noticias para ellos. Nuria fue con sus hijos. Cuando entraron en el templo, arropó a Marc, que dormía. Enseguida Mireia le apretó la mano muy fuerte.

—Tengo miedo. Todos me miran.

—No son personas, son santos, estatuas de piedra. No te preocupes. Vamos a ver a un señor muy simpático que tiene muchos colegios para niños.

Continuaron hacia la sacristía. Desde fuera Nuria pudo ver al sacerdote colocándose la casulla.

—¿Va a decir misa, padre? Disculpe, no lo entretendré nada.

—Pasad, pasad, ¿cómo estás, pequeña? ¿Quieres un caramelo?

—¿Son de piedra también? —le preguntó ella.

—No, son de comer —le dijo a la vez que le sonreía—. Toma.

Mireia los cogió y se refugió en el confesionario. Nuria iba a reprenderla, pero el sacerdote la retuvo.

—Tranquila, no hace ningún mal. Déjala. Pensaba llevarle esta lista a Boro, pero ya que te has molestado en venir te la entrego. Veo que está muy interesado en evitarme el paseo. Dile que tengo que hablar con él.

—Así lo haré. Padre, ¿cuántos niños ha encontrado? —le preguntó mientras cogía la lista.

—Además del que visteis en el Patronato Ribas y el del asilo San José, hay niños así en cuatro hospicios más de esta provincia, tres en Gerona, otro en Lérida y de momento ninguno en Tarragona. Eso sin contar los que estarán en sus casas por esos pueblos de Dios, ni los que en gloria estén, porque murieron al poco tiempo de nacer o porque no llegaron a fruto de bendición, y todo esto solo aquí en Cataluña. Si la cifra va en aumento, mala cosa. Ya había visto tullidos, siempre los ha habido, hasta en la Biblia, pero teníais razón, lo de ahora es distinto. Salvador sabe que llevo en esto más de medio siglo.

Nuria se fijó sobre todo en las fechas: al lado del nombre de algunos niños había dos separadas por un guion. El paréntesis encerraba la brevedad de sus existencias.

—Están los nombres de los padres, de la puericultora también en algunos casos. Algunos primero fueron a otros médicos.

—Antes de abandonarlos —dijo ella.

—Así es. Dios se apiadará de ellos, no podemos juzgar a sus padres. A saber qué hubiéramos hecho cualquiera de nosotros en esa misma situación. Es fácil hablar desde fuera.

Nuria sonrió por la actitud de aquel hombre. Estaba convencida de que Boro le debía mucho, muchísimo, a quien había sido el encargado de forjarle el carácter. Compartía muchos rasgos de su personalidad.

—¿Cree que esas familias también querrán hablar con nosotros?

—Por probar no se pierde nada, espero que tengáis suerte. Os he incluido un escrito de mi puño y letra dirigido a la persona encargada de cada sitio para que os atiendan lo mejor posible. Pero creo que tampoco es cuestión de insistir con las visitas, hija, me parece que la cosa está más que clara: visto uno, vistos todos.

—Eso me temo, padre. —Nuria se guardó la lista en el bolso—. Y gracias.

—Es mi trabajo velar por los más desprotegidos. No he hecho nada especial.

—Y... ¿ha podido hablar con don Jerónimo Ullrapós?

—Sí. Parece mentira, alguien tan bueno. Está obcecado con lo de quitarse de en medio.

—Tiene que obligarlo a hacer algo. A tomar una determinación. A que su posición sirva para algo.

El padre Vilesermes sonrió con tristeza.

—Ay, hija, si yo tuviera ese poder... Pero me temo que tendremos que dejárselo a su conciencia.

—¿Mamá, qué es conciencia? —preguntó Mireia, que se había acercado a ellos sin que Nuria lo advirtiera.

* * *

Desde la cabina de la misma plaza frente a la iglesia, Nuria llamó a casa de Dora para preguntar si podía llevar a sus hijos con Úrsula. La relación entre su empleada y ella era cada vez más estrecha. Respecto a la propietaria de su apartamento, Nuria todavía seguía elaborando en su mente lo que le diría. Fue

desde la parroquia al paseo de la Bonanova y de ahí, con el mismo taxi, hasta el instituto de belleza.

Cuando subió las escaleras, el portero de la finca de al lado la miró sin ningún disimulo. Antes de entrar en el portal, Nuria se asomó con cautela, no sabía si los señores Frument estaban en su casa, pero de ninguna manera se los quería encontrar por la escalera. Las luces del laboratorio estaban apagadas. Aun así, llamó a la puerta con los nudillos. Cuando ya se marchaba, escuchó pasos y la llave que giraba. Boro le abrió la puerta. El laboratorio estaba en penumbra salvo por una luz amarilla que provenía del despacho de don Aleix y convertía aquella sala en un prisma que reducía la estancia y concentraba la escasa luminosidad.

—No sabía que ibas a venir.

—Ya me lo imagino —le dijo Nuria, y sus ojos se detuvieron en la copa de licor ámbar que había sobre la mesa. Las miradas de ambos se mezclaron en el alcohol.

—¿Quieres? —le dijo su compañero mientras alzaba la copa.

—No, cómo se te ocurre. He venido porque necesito saber si has podido analizar las pastillas que te di.

Boro asintió apesadumbrado.

—El principio activo de unas es el telamón.

Nuria sintió que se le retorció el estómago y que le bajaba un peso como si se le hubiera desprendido una parte del corazón.

—¿Y ahora? ¿Qué pasará si me quedo embarazada? ¿Esto significa que ya no podré tener más hijos?

—Existen muchas maneras de evitarlo.

—Pero entonces me quedaré solo con dos hijos.

—¿Solo?

Nuria lo miró bastante desolada.

A Boro se le pasó por la cabeza la idea de que si quería tener más fuera con él. Pero esto le pareció imposible. No sabía cómo manejar la preocupación de Nuria. Decidió enseñarle lo que la secretaria le había entregado.

—Mira. Anoche Liliana se coló en el despacho de don Jerónimo cuando no había nadie. Esto que ha copiado es una bomba. —Boro cogió un papel del escritorio y se lo mostró a Nuria.

ATENCIÓN. DOCUMENTO PRIORITARIO

Adjunto remito a V. S. oficio con acuse de recibo, dirigido al director técnico farmacéutico de la Inspección General de Farmacia, notificándole que me he puesto en contacto con la central en Stolberg de la filial española del laboratorio Orlanta, tras la notificación recibida en esta Delegación, según la cual no prevén informar a los médicos de nuestro país sobre los efectos secundarios de la especialidad farmacéutica número E. N. 34.857, de la que ellos tienen la patente así como los derechos de distribución.

Por tanto, pongo en conocimiento de Vuestra Señoría que dicho fármaco se sigue comercializando aquí, una vez es sabido el funesto efecto que ocasiona.

Dios guarde a V. S. muchos años.

JEFE REGIONAL DE COMERCIO
Don Jerónimo Ullrapós Valestrens

Intercalados entre el texto había varios sellos y el número del registro de entrada; encabezaba la carta el escudo del Ministerio.

—Está firmado por él, Nuria, y dirigido a Madrid. Si no hacen algo, quedarán en evidencia. Y los médicos seguirán recetando telamón.

—Espero que por fin hagan algo y la pesadilla termine.

Boro la abrazó, pero ella lo apartó enseguida. Él la miró desconcertado.

—No está bien que me abracés, ni que me beses.

Nuria miró sus labios y entonces fue ella la que lo besó. El pulso comenzó a acelerársele mientras él le acariciaba el pelo, la nuca, el cuello...; cuando le tocó un pecho por encima de la blusa se separó de Boro con bastante brusquedad.

—Lo siento —le dijo—. Tengo que marcharme. Es lo mejor para los dos.

No le dio tiempo a replicar. Tenía el bolso junto al coñac y la lámpara de mesa, se lo colgó del brazo y fue hacia la puerta. Boro se sentó y se terminó la copa de un trago.

La bombilla de la escalera se había fundido. Nuria pensó en retroceder, pero no quería encontrarse con Boro porque sabía que si volvía a verlo no encontraría las fuerzas para marcharse de nuevo.

Bajó el primer tramo de escaleras. Prefirió seguir el desnivel con la mano sobre la cenefa de la pared de su derecha antes que apoyarse en la barandilla. Avanzaba muy despacio porque temía caerse. A apenas metro y medio del jarrón que había en la hornacina metálica vio cómo se movía el fondo. Nuria pensó que era su sombra y se quedó quieta. La parte trasera de aquel hueco hacía aguas y de nuevo comprobó que era como si las agitaran. Entonces tuvo claro que había alguien más allí, detrás de ella. Alcanzó el vestíbulo de un

salto. El portalón estaba cerrado y no encontraba el picaporte. Arañó la madera hasta que por fin dio con él y abrió, pero no pudo alcanzar la calle. Una mano la cogió de cada tobillo y después se los chocó. Escuchó el mismo ruido que se hace con un cascanueces al partir el fruto.

Casi un cuarto de hora después, fue el químico quien comprobó que no funcionaba la luz de la escalera. Cuando ya estaba ante la puerta, su pie izquierdo golpeó contra un bulto que había en el suelo. Abrió para iluminarse con la farola de la calle y entonces la vio tendida allí. Tirados a su alrededor estaban todos los objetos que contenía su bolso: una polvera, la barra de carmín y otra de manteca de cacao, tiritas, un peine, las tijeras de bordar, un monedero, las llaves, una cajita de madera, un frasco de perfume pequeño con borla, un pañuelo, un lápiz y un cuaderno.

Tocó primero a Nuria y notó su cuerpo muy frío y Boro salió a buscar ayuda. Entraba y salía del portal, cruzaba al otro lado de la calle, llegaba hasta la plaza de Cataluña y volvía de nuevo. Durante los siguientes dos minutos no pasó ningún taxi. No sabía si correr hacia Las Ramblas o en dirección contraria. Pensó en subir al laboratorio y llamar por teléfono. Pero lo descartó para no dejarla sola. La cogió por debajo de la nuca y las rodillas. Salió con ella así. La calle Pelayo seguía desierta. Entonces volvió a entrar y la dejó con mucho cuidado, apoyada junto a una esquina al lado de la puerta, y corrió hasta la parada de taxis sin dejar de mirar atrás.

—Tiene que ayudarme, vamos aquí al lado, al número 56 de la calle Pelayo, donde está el instituto de belleza. Hay una mujer inconsciente —le dijo al primer conductor de la fila.

—No quiero líos, busque a otro.

—Ayúdeme, por favor, es mi compañera de trabajo. Mire, esta es la tarjeta de la empresa. No piense nada raro.

—Iré, echaré un vistazo y ya veremos.

Mientras el coche daba la vuelta a la plaza, Boro cruzó hasta el edificio, abrió de par en par las dos hojas de la puerta y recogió del suelo los objetos de Nuria.

El taxista, en cuanto la vio allí, bajó y la cogió por los pies. Nuria se quejó, pero continuó sin abrir los ojos. Al tomarla por los hombros, Boro notó que le manaba sangre de la cabeza.

—No me manchen el taxi.

Boro se quitó la camisa y se la colocó sobre sus piernas para apoyar a Nuria en ellas. Cuando llegaron al hospital de Sant Pau, Boro comprobó que ya era capaz de incorporarse aunque seguía muy aturdida. Apretó la camisa contra la herida y la ayudó a bajar. En cuanto los vieron así, a Nuria tan

mareada y a él con sangre en la camiseta interior, se acercó una enfermera con una silla de ruedas.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué me duele todo? ¿Me han atropellado?

—Te han asaltado.

—¿Para robarme? Si apenas llevaba dinero...

—No creo que fuera lo que querían.

—Y entonces, ¿qué buscaban?

—Esto —dijo él mostrándole el papel que habían estado leyendo en el despacho de don Aleix Frument.

—Usted espere aquí —le dijo la enfermera en cuanto giraron la primera esquina de aquel pasillo.

Boro se detuvo junto a un ventanal inmenso y opaco a aquellas horas.

En cuanto entró en la consulta, a Nuria la envolvió el olor como de cítricos dulces del cloroformo. El médico la saludó de forma breve antes de interrogarla sobre su estado. Después comenzó a examinarla. Quiso comprobar sus reflejos, le golpeó con un pequeño martillo en las rodillas, después le preguntó su edad, dónde vivía y cómo se llamaba.

—¿Ha estado mucho tiempo desmayada?

—No lo sé. Si quiere llamo a mi...

—No, déjelo, no llame a nadie. Vamos a curarla.

Entró otra enfermera. Después de que su asistente la lavara le dijo que tenían que darle varios puntos de sutura sobre el cráneo y hacerle una radiografía de los tobillos.

Esperó después de nuevo frente al escritorio del médico. Él salió de la sala de al lado.

—Tendrá que estarse quieta unos días para recuperarse.

—¿Y quedaré bien?

—De la cabeza sí, es muy superficial la herida. Aun así evite dormirse en unas horas, tenemos que asegurarnos de que no tiene ningún coágulo. En los tobillos no hay ningún hueso roto..., pero tenga cuidado al apoyar los pies. No haga esfuerzos, no cargue peso, téngalos en alto el mayor tiempo posible. Los tiene muy hinchados.

El médico le dio la mano, apretó el botón de un intercomunicador que tenía en su mesa y enseguida apareció la misma enfermera, que la llevó hasta la sala de espera junto a Boro.

—Me han dicho que puedo irme a casa.

—Pero si estás tan débil...

—Pero así es, el médico considera que es mejor que esté en su entorno que quedarse aquí. Sobre todo, vigile lo que come su señora, señor Zafara. —

A Boro no le gustaba nada aquel apellido, pero no quiso corregirla—. Que ingiera la suficiente cantidad de proteínas, tiene que recuperar mucho hierro, se nota que está muy floja.

—Sí, la cuidaremos mucho, descuide —dijo Boro mientras le acariciaba a Nuria la mejilla.

—Y una cosa más, que no se disguste. Pronto estará bien, pero mientras tanto ayúdenla todo lo posible. No sabemos el alcance del traumatismo. No está fuera de peligro. A veces hay complicaciones durante las horas posteriores. Tenga. —La enfermera le entregó a Boro varios papeles con el sello del hospital.

Cuando se dirigían hacia la salida cruzaron el ala de Maternidad. Hasta ellos llegaban los llantos de los bebés y las palabras y risas de sus familiares. Se mezclaba el aroma de los ramos de flores dejados junto a las puertas con el del producto utilizado para limpiar. Nuria supo que nunca volvería a estar ingresada en una habitación como aquellas. Miró a Boro y le dijo:

—¿Crees que todos habrán nacido bien?

Después de lo que le había sucedido a Nuria, Boro Navascués y Varick Kessler decidieron meterse en la boca del lobo y asistir al congreso organizado por la farmacéutica Orlanta en Düsseldorf. Conrad Singer no quiso ir. En cuanto Kessler les informó, Orlanta puso a su disposición pasajes de avión y una reserva en un hotel para ambos, pero ellos no quisieron aceptar ni una cosa ni la otra. Decidieron que cada uno llegaría por sus propios medios y que allí se alojarían en la casa de Meliva.

En el caso del químico, fue el instituto quien pagó sus gastos. Los señores Frument se mostraron de acuerdo en aquel viaje tan breve y solo le pusieron como condición que, como siempre, les llevara muestras de productos cosméticos alemanes y los informara de cómo estaba allí esta industria. Consideraron que, igual que ellos visitaban París y Buenos Aires con cierta asiduidad, aquella era una oportunidad magnífica para abrir más mercados.

Después de la primera jornada, los representantes de Orlanta los invitaron al bar del hotel donde se alojaban la mayoría de los participantes.

Se acomodaron en unas butacas demasiado grandes y enseguida vieron entrar a dos hombres con traje y a otro que vestía de manera más informal, con una cazadora y unos pantalones de pinzas. Los dos lo reconocieron enseguida.

—Señores, les agradecemos que aceptaran nuestra invitación —les dijo el menos alto y más calvo de los que llevaban traje.

—Mi colega, Boro Navascués —lo presentó enseguida.

El químico les tendió la mano a los dos primeros y cuando llegó al tercero le dio un escalofrío. Era el mismo hombre al que Nuria y él vieron en varios puntos de Barcelona. El que se asomó al restaurante de la Barceloneta donde comieron con Kessler y Mirja. Y no le quedaba duda de que Varick también lo había reconocido.

—Harald —escuchó que los otros decían su nombre mientras se aproximaba a él.

A Boro, desconocer el idioma le permitía quedarse en segundo plano. Continuó observando al que tenía enfrente; sentado parecía igual de alto que muchos otros de pie, era fácil de reconocer con aquella mandíbula tan cuadrada, los rasgos afilados, los ojos achinados como si siempre estuviera apuntando con un arma, la nariz recta y el pelo muy corto, rapado. Él tampoco hablaba, solo lo miraba.

—Sabemos que están vertiendo determinadas informaciones falsas sobre nosotros, ¿cuánto les paga la competencia por hacerlo? —Comenzó a hablar el otro trabajador de Orlanta que aún no había intervenido. Tenía un bigote espeso y rectangular que apenas se movía por lo poco que vocalizaba—. No es el primer intento de sabotaje que padecemos, son muchos los intereses.

Kessler se giró hacia Boro para traducírselo, pero optó por resumírselo en castellano.

—Dicen que todo es mentira, como era de esperar, que nos paga la competencia.

A Boro no le pasó inadvertido que el acompañante de los de Orlanta lo entendió también y se lo señaló con un gesto de la cabeza para advertírselo a Varick.

—Miren —dijo este de nuevo en alemán—, les aseguro que los casos que yo he visto en Radiología son niños muy reales, así como las madres que los han alumbrado. Y en todas ellas coincide que tomaron telamón en un periodo muy concreto de sus embarazos. Creo que está muy claro de dónde procede este mal, otra cosa es que lo quieran reconocer.

—Le aseguro que quienes han vendido ese medicamento no contaban con la licencia de Orlanta. —El hombre más calvo dio un golpe en la mesa y añadió—: Nuestros fármacos están muy probados antes de lanzarse al mercado.

—Y si es así, ¿dónde tienen los documentos que lo acreditan? —les preguntó Kessler.

—Están en poder de las autoridades —dijo el hombre del bigote—. Así que lo mejor será que retiren ese artículo que enviaron a la revista *Tyndaller* antes de que se publique y abandonen su campaña de difamación. De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué? Siga. Sigán. Sabemos que en España lo comercializa Medicamentos Internacionales, y además, ¿sabe qué ha dicho el director general de Sanidad? Que en aquel país solo ha habido dos casos, eso ha dicho, qué bien adiestrado lo tienen. Al menos dos casos por semana, esos son los que está habiendo. Mi colega —dijo mientras señalaba a Boro— tiene un registro de todos y a estas alturas son muchos más.

Boro miró alrededor, nadie en aquel lugar les prestaba ninguna atención y consideró que a ojos de cualquier testigo serían vistos como hombres de negocios en una reunión.

—Si no desisten de su actitud, nos veremos obligados a tomar medidas —dijo en un tono muy amenazante el representante de Orlanta que Kessler tenía más cerca—. Ustedes lo han querido.

—Pues tómenlas, no vamos a cejar. No nos asustan. Retiren el medicamento y ya está, esa es la única medida que tienen que tomar; después háganse cargo de las víctimas. —Varick Kessler lanzaba las palmas de las manos hacia fuera como si de esta forma quisiera espantar el problema.

—Le repito que no es nuestra responsabilidad —apuntó el otro hombre de traje a la vez que se estiraba del bigote con dos dedos.

Varick había dejado de traducirle la conversación. Boro lo prefería así para que no hubiera interrupciones. Además, todo se desarrollaba como ellos habían anticipado. Entonces el médico de Hamburgo se sacó unos papeles doblados en cuatro del bolsillo de su chaqueta.

—¿Sabe qué es esto? —Los agitó ante ellos.

Los otros tres se precipitaron sobre la mesa, uno de los representantes de la farmacéutica los cogió.

—Como creo que no entienden nuestro idioma —en ese momento Kessler había decidido ser solo español—, les contaré yo lo que dice. Son dos cartas: una es de ustedes instando a la filial de Orlanta en España a que no se diga nada sobre los terribles efectos que está produciendo esta panacea suya contra los vómitos y los nervios. Es decir, que con toda claridad los reconocen, aunque en público y en simposios como este lo nieguen. Y hay más: a continuación está la respuesta, que lo acatan, les dicen, que así se hará y que se continuará con la distribución. —Varick fue alzando la voz a medida que describía el contenido de aquellos dos mensajes y aún más cuando comenzó a colocar sobre la mesa las fotografías de los niños lisiados—. Miren, miren su obra, ¿quieren más?

—No sé adónde pretende llegar con todo esto. —A Harald la cabeza le brillaba por efecto del sudor—. Después de leer esas dos cartas debería entender que no va a conseguir nada. Las autoridades nos respaldan y eso es lo único que cuenta. Hay millones en juego. ¿De verdad cree que alguien va a renunciar a su parte de ingresos por unos casos aislados? Explíquese lo a nuestros accionistas.

Kessler continuaba repartiendo como si fueran naipes aquellas imágenes que Boro ya había visto en Montpellier, y otras similares antes con Nuria.

—No son casos aislados, mire. —Kessler estaba cada vez más agitado—. Los tengo de todo tipo. Muchos son hijos de médicos, de aquellos a quienes les enviaron las muestras para que se las dieran a probar a sus pacientes. Se las dieron a sus esposas embarazadas. Ellas fueron también sus pacientes — recitaba como si se tratara de un salmo—. Ahí tienen los resultados. E incluso hay un caso entre los trabajadores de su empresa, uno de ellos es el padre de una criatura deformada de estas. Seguro que lo conocen. Seguro que han oído hablar de él. Pobre hombre, pobre mujer, pobre familia y, sobre todo, pobre niño.

Varick estaba fuera de sí. Harald se llevó la mano bajo la axila. Boro sabía que no sería capaz de sacar una pistola allí, pero aquel gesto lo interpretó como una advertencia.

—Y sus hijos, ¿cómo están? ¿Tienen todas sus piezas en su sitio o son como el de su compañero? Les toca muy de cerca todo este asunto. —Entonces bajó la voz—. Y no me voy a callar: son unos asesinos, saben lo que está ocurriendo y no lo detienen.

Boro temió que al doctor Varick Kessler le diera un infarto. Respiraba mal, de una forma entrecortada y muy fuerte.

—Le aseguro que sus graves acusaciones no caerán en saco roto — intervino el representante de Orlanta, que no dejaba de manosearse el bigote.

—Así lo espero —le replicó Kessler—. Vámonos, Navascués, ya nos lo hemos dicho todo.

Salieron del hotel. El químico comenzó a caminar, pero su compañero lo cogió del brazo y lo llevó hasta el bar que había al lado.

—Ven, Boro, así veremos pasar a estos pájaros.

—Voy a llamar un momento. Tengo que decirles que este Harald que nos vigilaba en Barcelona es de ellos. Que ahora ya no es ninguna sospecha. Tengo que ponerlas sobre aviso. Nuria no se puede mover. Son capaces de cualquier cosa.

—A las pruebas me remito. —Varack Kessler se sacó del bolsillo un artilugio de la marca Phillips. Era un rectángulo con una rejilla de plástico y dos pletinas con la cinta magnetofónica enrollada. Pulsó una tecla blanca para comprobar que se había grabado—. Los tenemos. A su manera, pero lo han reconocido.

—No sé cómo has podido ocultar eso.

—Pues debajo del anorak.

El ingeniero admiró su valentía y Kessler, como si le leyera la mente, le dijo:

—No sé ser de otra forma, qué le vamos a hacer.

En ese momento, tal como habían previsto, los otros tres hombres salieron del hotel Eliseo. Se pusieron a discutir junto a un auto negro, reluciente. Uno de los que llevaba traje no dejaba de señalarle con el brazo en una dirección al que les presentaron como Harald. Ni Kessler ni Navascués dudaron de que el lugar al que lo enviaban de nuevo era Barcelona.

—Llamo por teléfono y nos marchamos. Ya está bien por hoy. Mañana tenemos el recorrido por las fábricas de cosméticos. ¿Podrás acompañarme?

—Así te lo prometí.

El químico llamó al instituto de belleza y le refirió a Liliana el encuentro con los representantes de Orlanta, le pidió que no le dijera nada a Nuria de momento, que no quería intranquilizarla todavía más y le agradeció que hubiera esperado allí su llamada.

—Así lo haré. De todos modos, esta tarde he pasado por su casa y está mejor. Tened cuidado. Que tengas buen viaje de regreso.

Kessler lo esperaba de pie frente a la cristalera que daba a la calle; el flamante Mercedes Benz W111 de la serie S, la más lujosa, había dejado su hueco en el aparcamiento.

—¿Todo bien?

—Sí, allí sí, dentro de lo que cabe —le respondió Boro.

—Vámonos entonces, no me gusta dejar tanto tiempo sola a Mirja. Y además no le puedo decir que me preocupo. Ya la escuchaste en el restaurante de la Barceloneta. En cuanto la advierto del peligro que corremos, dice que es una excusa para quitármela de encima. Como si yo quisiera eso.

Pararon el primer taxi que pasó y le dieron la dirección de la casa de Meliva.

—Te habrán traído el equipaje, verás. Son muy eficientes. —Kessler recordó entonces el otro vehículo que los condujo desde el aeropuerto hasta la sede de aquella pantomima a la que se negaba a llamar «congreso de investigación en salud pública», como decía de forma ampulosa y falsa el programa.

—¿Estaremos seguros aquí? ¿Podemos confiar en Meliva?

—Sin duda. Somos grandes amigos. La mía con Meliva es una bonita historia. Verás, cuando llegué aquí... —No le cupo duda de que el taxista hablaba español porque había elevado la vista al retrovisor de una forma muy atenta—. Entonces los hombres estábamos muy codiciados, éramos pocos y podíamos elegir. Algunas mujeres decidieron conjurar el horror con el desenfreno y muchas, que tenían a sus maridos en el frente, pues se tomaron aquello como una pausa hasta que el destino les comunicara si eran viudas o seguían estando casadas. Para doña Meliva, frau Meliva, trabajaba de chófer

mi amigo. ¿Te acuerdas que os lo conté? Ella es muy alegre, tintineante te diría, tiene mucha chispa, a algunas personas no les cae bien porque la encuentran excesivamente frívola. ¿Yo sabes qué creo? Pues que es una forma de supervivencia. Cada uno remonta las tragedias como puede. El caso es que en las veladas que organizaba pasábamos bastante tiempo juntos. Me enamoré por completo. En fin. Vas a tener la suerte de pernoctar en su casa. Considéralo todo un privilegio porque es una obra de arte de la arquitectura. Me dijo que se la había regalado su hijastro cuando enviudó para consolarla, que a punto estuvieron de vivir juntos en ella ya que ambos se habían quedado solos de forma repentina, pero la guerra acabó con este plan, como con tantos proyectos. El hijo de su marido era mayor del Ejército.

—Parece una mujer muy interesante, estoy deseando conocerla.

—Pues lamento decirte que tendrá que ser en otra ocasión porque, un poco antes de que acabara la guerra, cuando la avisaron de que su marido estaba prisionero en Rusia, ella decidió escapar a Estados Unidos. Hizo bien porque, como te contaba, me consta que él ya no regresó. Imagínate si su hijo movería cielo y tierra, pero ni aun así. Ella y yo tuvimos una despedida muy dulce. No pude evitarlo. Pensé que le hacía bien. Con las caricias y los besos, me regaló las llaves de esta casa, las llaves solo, la casa no. Las había atado con el mismo lazo rosa que se repetía en su lencería. Así que tengo este enclave para cuando me reclaman algunos asuntos por aquí.

—Menudo éxito que tienes con las mujeres.

—Te diré que es así porque me lo trabajo, como suele suceder en cualquier otro terreno. Pero no es una ciencia exacta porque son imprevisibles, como cualquier otro ser humano —bromeó—. En esa misma alcoba donde me despedí de Meliva estará Mirja esperándome. Para mí, desde que la conocí, la única. Todo lo demás se acabó. He tenido mucha suerte con ella.

* * *

Boro Navascués no pudo ver nada de la magnífica residencia que le había anunciado el doctor Varick Kessler porque la rodeaba un muro de unos tres metros de alto. La puerta metálica pesaba tanto que tuvieron que empujarla entre los dos. Recorrieron el jardín por el camino de roca caliza. Cuando pasaron junto a la piscina vacía vieron dentro un bote de pintura oxidado, volcado entre dos charcos cubiertos de musgo y, al lado de unas ramas caídas, una bota larga de charol blanco. Boro se asomó al borde y comprobó que al calzado lo seguía una pierna y el resto del cuerpo de Mirja. Estaba boca abajo

en el suelo del fondo azul, seco en aquella zona, con la melena sucia, pegada a los lados de su cráneo. La única luz llegaba desde la caseta de los vestuarios y las duchas, un haz que apenas le alumbraba con nitidez la espalda. Varick se giró hacia Boro y lo tomó del brazo.

—Llama a la Policía, corre, sal a la calle, busca a quien sea —le dijo en cuanto pudo reaccionar a la vez que saltaba dentro—. Mirja, Mirja, respóndeme. —Escuchó cómo Boro intentaba cerrar sin éxito la puerta de hierro. Se echó las manos a la cara, primero lloró y después gritó. No se atrevía a tocarla porque sentía que, tal como estaba, ya había dejado de ser ella. Se arrodilló, observó que llevaba el mismo jersey rosa que le había regalado en Madrid. La había advertido, pero la dejó sola. No se lo perdonaría nunca.

Una lágrima del doctor Varick Kessler resbaló sobre el esmalte plástico de la piscina y se deslizó unos centímetros por el fondo azul hasta tocar la punta del dedo corazón de la mano derecha de Mirja.

TERCERA PARTE

La palidez de su rostro le daba a Mirja una apariencia de máscara que destacaba como otro foco bajo aquella única luz del jardín. Varick no le encontró el pulso a su novia ni en la muñeca ni en el cuello. Tampoco pudo separarle los párpados. La abrazó y sintió su frialdad. Miró con angustia en dirección a la puerta. Boro no regresaba. Comenzó a practicarle enseguida las maniobras de reanimación.

—Mirja, Mirja, vuelve —le decía entre lágrimas mientras le colocaba una mano en la frente y otra en el mentón.

Le subió la barbilla para asegurarse de que la lengua no le obstruyera la garganta. Después le puso sobre el tórax las dos manos entrelazadas y dejó caer sobre ellas todo el peso de su cuerpo. Lo repitió varias veces, cada vez con más fuerza. Su pecho permanecía quieto, no se alteraba: ni se contraía ni se expandía. Entonces Varick le tapó la nariz y comenzó a insuflarle aire por la boca. Cuando pegó los labios a los suyos notó sobre sus comisuras el sabor químico de unas partículas blanquecinas envueltas en líquido. Las apartó hacia sus mejillas y se aseguró de que sus dos cavidades formaran una sola, que no se escapara nada de aquel aire que podía devolver la vida a sus pulmones. Después continuó con las compresiones cardíacas hasta que escuchó un frenazo frente a la casa de Meliva, y por fin la voz de Boro, que se superponía al chirrido metálico de unas ruedas. Deseó que se tratara de una camilla.

—Son de la Clínica Quirúrgica. Se la van a llevar.

—Ya no sé si servirá de algo.

—Tenemos que intentarlo. No te rindas, Varick.

El médico estaba desfallecido. Los enfermeros bajaron a la piscina e izaron a Mirja con ayuda de Boro. Enseguida le colocaron una cánula que le llegó hasta el fondo de la faringe y conectaron a ella el tubo de una botella de oxígeno.

La melena le caía a un lado de la camilla y se mecía al compás de los pasos de los sanitarios. Cuando estaban a punto de llegar a la cancela negra, el

doctor Kessler miró hacia la fachada de la casa, en cada una de las dos alturas había un balcón que llegaba de lado a lado, los paneles de cada piso eran de distinto color: los de abajo azules y los de arriba verdes. La puerta del dormitorio principal estaba abierta y delante de ella, apoyada en la barandilla había una mujer con un camisón y una bata muy ligeros, el pelo largo y rubio, como Mirja. Varick le señaló a Boro en aquella dirección.

—¿Qué es esta locura? ¿Quién es? —le dijo al químico—. No vuelvas a entrar en la casa y llama a la Policía. Que entren ellos.

Kessler subió en la ambulancia al lado del conductor. El enfermero le colocó enseguida dos goteros a Mirja. Las bolsas de líquido oscilaban sobre el cuerpo inmóvil cubierto con una manta gris de tejido tosco.

—Varick, buscaré la forma de llegar cuanto antes al hospital.

—Ten cuidado. Quienes le han hecho esto pueden seguir dentro —le dijo el doctor desde la ventanilla a la vez que miraba hacia atrás.

—Lo tendré —le dijo Boro mientras el enfermero cerraba desde dentro el portón trasero y la ambulancia arrancaba.

* * *

Los dos esperaron varias horas en una sala desangelada de la Clínica Quirúrgica de Düsseldorf. En la estancia no había ningún cartel ni cualquier otro elemento decorativo.

—¿Crees que viene hacia aquí? —le preguntó Kessler muy nervioso cuando vio aparecer a un médico al fondo del pasillo.

—No hay nadie más que nosotros. —Boro le puso la mano sobre el hombro.

El hombre avanzaba. Ellos temían que en cualquier momento girara hacia otro de los corredores. Pero continuó hasta colocarse a un par de metros de ellos y entonces se levantaron.

—Después del lavado gástrico, le hemos administrado carbón activado. No conseguíamos la diuresis, le hemos dado más de cuatro litros de líquido, pero no reaccionaba. La hipotermia era muy severa. Ha necesitado hemodiálisis. Y respira artificialmente.

—¿Respira? Boro, respira. —Kessler se tapó los ojos con las manos y dio una vuelta como si no supiera dónde situarse.

—La paciente tenía en el estómago varias docenas de tabletas trituradas de fenobarbital —les dijo.

—Doctor, mi novia no toma tranquilizantes. Y no solo eso: es muy reacia al uso de cualquier tipo de medicamentos.

—Le cuento lo que hemos encontrado, pero puede que usted tenga razón porque los restos en su boca se corresponden con el vómito de parte de esa sustancia. Parece que no ingirió esa caja del sedante por voluntad propia.

—¿Se lo inyectaron? —Varick Kessler se horrorizó al imaginarse la escena.

—Por las marcas que tiene dentro de la boca parece que la obligaron a tragarlos machacados con una jeringuilla sin aguja. Por eso los restos están en su garganta, pero no en el paladar ni las encías. Y no puedo añadir más porque no soy forense, pero esa es mi impresión.

Kessler se sentó. Se tapó la cara con las manos.

—Han sido ellos, Boro —le dijo al ingeniero en español—. Siempre han defendido que, al contrario de lo que ocurre con los barbitúricos, el uso del telamón es completamente seguro, que no había riesgo de muerte por sobredosis. Este es el mensaje macabro —Kessler hablaba en voz alta, como si quisiera encontrar alivio en sacar todo eso de su mente.

—Bien, tendrán que hablar con la Policía —le interrumpió el doctor—. No parece un intento de suicidio.

—¿Puedo verla? —preguntó Kessler muy angustiado porque no sabía si iba a ser capaz de conformarse con una negativa.

Escucharon el sonido de una campana.

—Mañana, pero a través del vidrio. Ahora descansen. Si me disculpan...

—Ahora, por favor. No quiero irme así.

—Mañana. Usted también tiene que recuperarse por todo lo que ha sufrido. Ya está bien por hoy.

Kessler asintió resignado y le dio la mano a su colega como agradecimiento.

—Nunca olvidaré lo que han hecho por ella. —El médico se marchó y él se giró hacia Boro—: Está viva. De milagro, pero está viva.

Se abrazaron en aquel pasillo igual a cualquier pasillo de cualquier hospital.

—Ahora no sé si deberíamos volver a esa casa —le dijo Boro, que no podía quitarse del pensamiento aquella imagen espectral que habían visto en el balcón.

—Recojamos al menos nuestras cosas —le propuso Varick.

* * *

Nada más entrar en el salón, se dejaron caer sobre el sofá para recobrar el resuello. La cortina ondeaba sobre el sillón, que formaba un ángulo de noventa grados con su posición.

—Mira, ahí sigue. No puede ser —le dijo Boro al médico mientras le señalaba hacia el otro lado del pasillo—. No tengo ni idea de qué es esto. Es la misma mujer que vimos desde la calle en el balcón del dormitorio. ¿Qué hace aquí?

Se acercaron. El aire corría en la habitación con las dos puertas abiertas.

—¿Qué es esto? —El doctor dio dos zancadas hasta el balcón.

La intrusa seguía en la misma postura: con las manos sobre la barandilla. Kessler la cogió del hombro, por encima de la melena suelta sobre las dos prendas casi transparentes que vestía, y ella cayó al suelo—. Es la ropa de Mirja, sus zapatillas..., se lo han puesto todo a un maniquí.

—Déjalo tal como está. En el hospital han avisado a la Policía. Vendrán pronto. Aún no es demasiado tarde.

—No, no es tarde. Espero que no le queden secuelas. Menos mal que llegamos a tiempo, si llega a ser un poco después... Tengo que convencerla para que se marche con mi familia a Madrid. A Suecia no querrá ir. ¿Sabes qué?, cuando la he visto ahí tirada... —Kessler se estremeció—. Estaba convencido de que la había perdido y me he dado cuenta de que mi vida también se truncaba en ese momento. Ella no me toma muy en serio, tampoco se toma muy en serio lo nuestro, como si creyera que es una relación temporal, que tarde o temprano la sustituiré por otra. Como si no fuera más fácil que me cambiara ella a mí. Pero lo cierto es que no hay nadie más para mí, Boro. Eso es lo que no sabe. Si no puedo decírselo, se me quedará dentro para siempre y me irá minando hasta destruirme.

—Te entiendo. A mí me sucede algo parecido con Nuria. No sabes lo que me atrae.

—¿Nuria? ¿La misma Nuria que conocí en Barcelona?

Unos golpes en la puerta metálica interrumpieron su conversación. En cuanto subieron los agentes, les recriminaron que hubieran tocado el maniquí. Tomaron varias fotografías y le pidieron a Kessler una de Mirja que él se dispuso a sacar enseguida de la cartera. Registraron después la vivienda de arriba abajo.

El único que no llevaba uniforme se dirigió a ellos.

—Es muy posible que hayan entrado esta tarde. Tal vez estaban al tanto de que ustedes se iban a ausentar y ella iba a quedarse sola.

—Parece que controlan todos nuestros pasos, Boro —le dijo Kessler en español. Después se dirigió al policía—: ¿En qué podemos serles útiles?

—Lo mejor es que se marchen. Déjenos las llaves. Por su seguridad, es mejor que se alojen en otro lugar. Además, aquí vamos a ponerlo todo patas arriba.

Uno de los agentes les ofreció acercarlos al centro con el coche patrulla.

* * *

Se metieron en el primer hotel que vieron con el rótulo encendido.

A pesar del cansancio, Boro no quería dejar de cumplir al día siguiente con el encargo de los señores Frument. Era lo que justificaba su viaje y, si no lo hacía, tendría que darles explicaciones. Antes de meterse cada uno en su habitación, como si Varick Kessler hubiera seguido el hilo de sus pensamientos, le dijo:

—Me levantaré lo antes posible e iré al hospital, pero a las nueve estaré de regreso para acompañarte. Espérame en el comedor junto a un buen desayuno.

Nada más recopilar las muestras de cosméticos alemanes para los señores Frument, Boro volvió a Barcelona. Nuria tenía derecho a saber lo sucedido con Mirja. Estaba decidido a no ocultárselo, pero también a buscar el momento adecuado para ponerla sobre aviso. Aquel episodio en Düsseldorf le había hecho ver, como si se tratara de una radiografía puesta al trasluz, y todavía con más intensidad, cuáles eran sus sentimientos hacia su compañera. También le había quedado más claro que aquel complot iba en serio. Y le rondaba la idea de que aquel tipo al que les presentaron como Harald en la reunión en el hotel Eliseo había pasado antes que ellos por casa de Meliva.

En cuanto llegó al laboratorio telefoneó a casa de Dora. Tras saludar a Úrsula, pudo comunicarse con Nuria y preguntarle cómo estaba.

—Bien, muy bien. —Se emocionó al escuchar su voz—. No fue tan grave, hasta puedo apoyar los pies. No creo que me tengan que operar ni escayolarme. Solo tengo las heridas sobre los huesos. Pero, dime, ¿cómo ha ido por Alemania?

Boro respiró hondo para sopesar su respuesta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Nuria preocupada por su silencio.

—Mentiría si te dijera que ha ido todo bien, ha sido muy desagradable... Los de la farmacéutica no quieren asumir ninguna responsabilidad. Conminaron a Kessler a que él y su compañero retiraran el artículo que han enviado a la revista *Tyndaller*.

—Pero ¿les enseñasteis las notas, los informes...? ¿Todas las pruebas?

—Les da igual, Nuria. Son unos desalmados. Y ese Harald, visto de cerca, da escalofríos.

—Me lo imagino. Cuando Liliana me contó que le habíais conocido me asusté. Boro, ten cuidado.

—Descuida, lo tendré.

Boro se sentía responsable de la recuperación de Nuria, quería devolverle la paz.

—Y en cuanto estés mejor, nos distraeremos un rato, ¿te parece? Podríamos ir al cine —le propuso—. Se lo decimos a Lilita también.

—Uf, no —le respondió ella enseguida—, no necesito más historias, con las de las cartas y esta, que es la peor de todas, ya tengo bastante. Me gustaría no pensar durante un día al menos, pero, claro, eso no es posible. No nos podemos desenchufar el cerebro ni durante unos minutos.

—Da igual. Entonces haremos algo más tranquilo. Pero tenemos que vernos. Necesito hablar contigo. Hay algo que... ¿Por qué no vienes a mi barrio? Me gustaría que lo conocieras. Te llevaré a un bar en el que hacen una fritura de pescado muy buena.

A Nuria se le aceleró el corazón; mientras pensaba, tapó el auricular con la mano, como si él pudiera oírlo.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. Me conviene airearme un poco, pero pasado mañana. Necesito ir despacio para recuperarme.

Boro pensó en aquellos instantes que la felicidad sí podía ser posible.

* * *

Después de trabajar, Boro se acercó hasta el apartamento de su antiguo compañero del seminario y empleado de Orlanta, Lorenzo Montauriol. Hacía demasiados días que no sabía nada de él. Después de aquella cita no contestaba a sus llamadas. Sentía que tenía que agradecerle su información. Lorenzo vivía en un edificio moderno, sin portero, con un jardín interior al que daban las dos torres del complejo. Entró en el ascensor recubierto de espejos y llamó varias veces a la puerta de su piso. Como no le contestó, decidió hacer un poco de tiempo en algún bar cercano y regresar. Tampoco a la vuelta tuvo éxito.

A la mañana siguiente llegó al instituto de belleza temprano para llamar a la sede de Orlanta en Barcelona.

—Ya no trabaja aquí. Se despidió de un día para otro. Nos dijo que quería comenzar una nueva vida. No sabemos nada más de él.

Boro se quedó con el auricular en la mano en un gesto suspendido que no sabía hacia dónde dirigir.

—¿Está ahí?

—Sí, gracias.

* * *

El taxi en el que llegó Nuria al centro paró unos segundos delante de la puerta del Liceo para recoger a Boro. Cuando lo vio allí, esperándola, volvió a sentir lo mismo que en las primeras citas con Máximo: emoción, escalofríos, inquietud y bastantes nervios. En cuanto entró en el vehículo, él la abrazó, pero se detuvo antes de besarla.

Después de recorrer dos calles, pararon en la puerta de un bar luminoso en el que casi todo era blanco o de acero inoxidable con la única excepción de los armarios y las mesas de *railite*.

Nuria se sorprendió de lo natural que le resultaba estar allí con Boro. Se sentaron uno al lado del otro. Enseguida les trajeron el vermú y ella, al tomar el primer sorbo, le sonrió por encima del vaso sin saber muy bien por qué lo hacía. Él esquivó enseguida su mirada.

—Boro, ¿ha pasado algo en Düsseldorf? ¿Con Harald? ¿Os han amenazado?

—Trataron de intimidarnos en el bar del hotel Eliseo, pero... no sé si fue él quien entró en casa de Meliva.

—¿Dónde os alojasteis? ¿Asaltaron la casa?

Boro asintió y revivió la imagen de la novia de Kessler en la piscina vacía.

—Atacaron a Mirja, Nuria.

Ella se llevó las manos a la boca. Boro la abrazó con fuerza mientras le relataba cómo la encontraron y la manera en la que según el doctor de la Clínica Quirúrgica la obligaron a tragar el fenobarbital.

—Esta mañana he telefoneado a Kessler. Afortunadamente ella ya está fuera de peligro, pero ha estado a punto de morir. Os han atacado a las dos.

—¿Qué va a pasar con Marc y Mireia?, tengo mucho miedo por ellos. Lo que me hagan a mí me da igual. Ya casi he olvidado lo de la otra noche, pero ellos... —dijo Nuria temblando, y se refugió en sus brazos bastante rato como si fuera un nido. No quería apartarse ni comprobar quién los podía ver. Solo sentir su fuerza y la manera en que borraba todo lo demás. Contra su pecho se sentía capaz de todo.

—Nuria, voy a protegeros. No os va a suceder nada malo. Cuando te recuperes completamente y todo esto haya pasado, te contaré cosas mías, sé que te extraña mi silencio, pero de momento déjame decirte que nunca he estado con nadie tan a gusto como contigo. Quédate con eso.

—El día que bajamos hasta Colón pensé que este trabajo me había traído muchas preocupaciones, las de otros, porque hasta el momento en que conocí a los señores Frument, solo tenía las mías.

—Eso es mejor de lo que parece, es curativo. Pensar en los demás nos saca de nosotros mismos, de nuestros extravíos.

—Así es, creo que hasta que no he conocido tantos dramas seguidos no me he dado cuenta de que lo tengo todo: unos hijos sanos, una casa preciosa, un...

—¿Un marido que te quiere? —le preguntó mientras recordaba el día que se encontró a Máximo allí al lado, en el portal de su casa.

—No, no iba a decir eso —le mintió. Boro levantó el vaso para que brindaran. Y ella continuó—: Vas a pensar que soy una mojigata, pero no sé, lo que hicimos... Si se supiera, yo quedaría marcada para siempre.

—¿Estar con un compañero de trabajo en un bar? —bromeó Boro—. ¿Acaso no has ido nunca con unos amigos a ningún sitio?

—No, aunque no te lo creas, desde que me casé no he ido con nadie más que con Máximo a ningún sitio. Bueno..., hasta que te conocí. Además, sabes que no me refiero a eso —dijo Nuria. Lo miró con timidez mientras le rozaba la mano que tenía sobre la mesa—. El otro día me acordaba de Tina Ríos, una compañera de estudios a la que no he vuelto a ver desde mi boda, con lo bien que nos llevábamos. Fíjate hasta qué punto he perdido mis relaciones.

—Eres una esposa ejemplar.

—Eso pensaba yo. —Nuria apartó la mano. Estaba azorada. Se dio cuenta enseguida de que había hablado en pasado.

—Está bien, no te quiero importunar.

—No lo haces. Estoy bien, todo está bien —repitió ella como para convencerse a sí misma.

—Eso espero, y si no es así, espero también que me lo cuentes.

—Así lo haré, descuida.

Nuria se levantó para ir al baño. Al pasar por su lado lo besó en la mejilla y enseguida se miró el dedo para cerciorarse de que junto al anillo de casada llevaba la sortija que se había puesto para disimularlo como si se tratara de la misma joya.

—Gracias por tantas cosas buenas que has traído a mi vida —le susurró al oído.

Boro la vio alejarse y deseó seguirla. El camarero secaba los vasos antes de colocarlos sobre una repisa metálica. En cuanto volvió, Nuria le preguntó:

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—No sé, por eso te pregunto. Has reconocido que nunca me hablas de ti. Haz una excepción hoy.

—¿Qué quieres saber?, ¿si soy feliz? Pues te lo diré: sí, mucho, más que nunca —respondió consciente de que ella no podía conocer los motivos—. Para serte sincero, fui feliz mientras vivió mi madre, que no fue mucho tiempo, y desde que el padre Vilesermes se encargó de mí. Si hacemos la suma se puede decir, por tanto, que casi siempre lo he sido —le dijo él con un optimismo bastante fingido.

—¿Y no te importa vivir solo? No sé, no tener familia —se aventuró ella.

—¿Crees que vivo solo? ¿Qué te hace pensar eso? —le dijo mientras se miraba las mangas, los pantalones. Como si la pista estuviera en su ropa—. Pues lamento decirte que no has acertado.

—¿Estás casado? —le preguntó muy sorprendida—. Boro, ¡debiste decírmelo! Esto es muy grave entonces. Doblemente grave.

—No estoy casado, pero sí que tengo el cariño de quien vive conmigo —dijo él sonriendo.

Mientras Nuria cortaba con el tenedor la *palaia* que tenía en el plato, recordó que a Mireia le había contestado también con evasivas cuando su hija le preguntó si tenía novia. Una chica muy joven entró sola y se les acercó. A Nuria le sorprendió su forma provocativa de vestir.

—Hola, Navascués —saludó.

—Hola. ¿Cómo va... la noche? —le preguntó Boro sin saber muy bien qué decirle.

—Bien, bastante animada, pero doña Rita tiene dolor de cabeza y así no puede trabajar. He bajado a por una aspirina. Ya no nos quedan.

Nuria se preguntó a qué se dedicaría la persona a la que se refería y si también tendría el mismo estilo.

—Bueno, pues a ver si se le pasa —no se le ocurrió nada más.

Ella le lanzó un beso con la mano.

—¿Es tu...?

—No, qué va, es una vecina. Yo vivo con Ágata Kepler desde hace cinco años.

Escuchar aquello fue como un aldabonazo. No se esperaba esa revelación. Ella vivía, poco, eso sí, con Máximo. No tenía por qué presuponer que era la única que compartía su vida con otra persona. Además, con él nunca había hablado al respecto. Todo le resultaría muy asumible si no se hubieran besado.

—¿Quieres conocerla?

—No, ahora no. No creo que sea correcto. No me sentiría bien ante ella. Boro, parece mentira que tenga que decirte todo esto.

—¿Por qué? Solo será un minuto. Si quieres puede bajar ella.

—No, no es eso. Es que me parece que a estas horas... —Nuria estaba bastante desconcertada—. ¿Quieres aparentar delante de ella? No te entiendo.

—Si, total, son las nueve... —le dijo Boro al ver su cara de asombro.

—¿Las nueve ya? Tengo que volver a casa. —Cambió el tono y se puso todavía más seria—. Pero tenemos que hablar, Boro. No está bien lo que estamos haciendo.

—Cuando hablemos, verás que no es tan grave.

Esta respuesta la dejó muy pensativa. No sabía cómo interpretarla. Para ella, la situación que habían creado no tenía vuelta de hoja.

—Vamos, te acompaño —le dijo Boro bastante divertido por su actitud.

Estaba desconcertada, como si no supiera quién era él. Le costaba reconocerlo.

Nuria giró el botón de la radio para escuchar el consultorio y enseguida abrió el primer sobre. Los problemas ajenos de las cartas le acallaban los propios. Necesitaba leer y escuchar otras historias que difuminaran la conversación de la víspera con Boro.

Estimada señora:

A pesar de mi precaria situación, conservo un abrigo de paño que fue de mi madre. Con él aún soy capaz de mantener cierto empaque, ya que oculto debajo mis prendas raídas.

Después de esta introducción sobre su indumentaria, la oyente del programa pasaba sin ninguna transición a exponerle el motivo de su carta.

Mire, tengo un hijo, soy madre soltera.

Durante todos estos años, para mantenerlo me he visto obligada a tener trato con bastantes hombres. Mire, para que se haga una idea, una víspera del día de Reyes fui al taller de un ebanista para recoger el mecano que quería regalarle a mi hijo, entonces él solo tenía cinco años. Las piezas eran muy sencillas, se trataba de unas cuantas maderitas de las que sobran de los cortes de la sierra que aquel artesano había pintado y barnizado. El carpintero me preguntó varias veces si necesitaba algo más e insistió en que podía volver otro día a pagarle, que no era necesario que lo hiciera entonces, o que fuera por allí a lo que quisiera.

Señora, parece que a las de nuestra condición nos detectan por muy formales que nos vistamos. Me dijo que si yo quería me hacía gratis todos los muebles de una casa, se me acercó y comenzó a acariciarme el cabello. Veinte minutos después, salí de allí sacudiéndome el serrín de la ropa. Crucé varias avenidas inmensas hasta llegar a casa. En cuanto mi pequeño escuchó el picaporte del portal se asomó al hueco de la escalera. Siempre me ha recibido como si lleváramos años sin vernos. Antes de recoger su juego de construcción me había detenido otra hora en el hotel París.

Al día siguiente sus Majestades de Oriente llegaron puntuales, fueron unos Reyes muy cumplidores porque pude añadirle alguna cosita más, pero ya sabe a costa de qué, señora.

Así ha pasado el tiempo. Mi hijo ahora ya es mayor. Temo que se entere de a qué me dedico, porque lo de que cuido a una anciana pues ya no sé si se lo cree. En ese caso, no sé cómo puede reaccionar. Sé que para cualquiera esto sería una vergüenza. Durante todos estos años me ha costado

Dios y ayuda ocultárselo, y aún no sé cómo he sido capaz, pero a partir de ahora no sé si me será posible. Sabe que hay personas a las que les gusta demasiado meter el hocico en la vida de los demás, y aunque yo siempre me he relacionado fuera del barrio, pues nada puede librarnos de las casualidades.

Gracias por su programa y siga así, ayudándonos, que mucha falta nos hace. Le envío un donativo de veinticinco pesetas por el favor que me hace leyéndome.

Atentamente,

Flor de Luna

En otras de las que leyó, algunas mujeres contaban escenas en las que sus niños presenciaban las humillaciones a las que eran sometidas: en un caso, era un tendero quien le proponía a una clienta cancelarle su deuda a cambio de que accediera a sus peticiones; en otra, un padre alcohólico que hacía temblar a su familia. En estas historias se agitaba, como en un cóctel imbebible, la falta de auxilio con la miseria moral.

* * *

Guifré Baladre era un hombre de costumbres fijas. Cuando Máximo Zafara vio que el detective se dirigía hacia el fondo del bar del Pi, entró en el local de enfrente, el que hacía esquina frente a la fachada principal de la basílica. Pidió un café y se quedó con la taza de pie junto a la puerta mientras veía caer la tarde. En cuanto el detective salió, Máximo le dio unas monedas al camarero y comenzó a seguirlo.

El recorrido duró bastante más de lo que esperaba. Cruzó la avenida, después de pasar por delante de la Sagrada Familia, todavía más tenebrosa a esas horas. Baladre dejó a la izquierda la travesía de Gracia y la de Dalt. Se detuvo a encender un cigarrillo en esta última esquina. Miraba hacia la ronda del Guinardó. A Máximo se le ocurrió que tal vez iría a visitar a alguien al hospital y que él estaba perdiendo el tiempo. Pero no fue así, Baladre le dio un par de caladas al pitillo y comenzó a andar bastante más deprisa que antes, como si la nicotina lo alimentara. En cuanto entraron en el barrio de El Carmelo, decidió aumentar la distancia entre ellos para que nadie le pudiera alertar de que lo seguía.

Junto a un edificio en construcción había una huerta rodeada con tela de gallinero. El detective atravesó el sendero cubierto de hierba que separaba ambos solares, rodeó la obra y, a la sombra del esqueleto de cemento y los andamios, se detuvo ante una casa de tres plantas bastante estrecha. La fachada

estaba descascarillada, le faltaban algunos azulejos de la cenefa que en otro tiempo la adornaba, también había desaparecido la hoja de una ventana en la parte alta y bastantes lamas de madera de las puertas de los dos balcones. Algunas tejas se asomaban a la calle más que otras. Delante había un roble seco. Por el estado de la casa, Máximo dedujo que se trataba de su vivienda y de su oficina, porque aquella degradación evidenciaba que no tenía presupuesto para alquilar o mantener otro local más. En cuanto vio que entraba, se marchó. Unos ladridos lo acompañaron durante varios metros.

Caminó hasta el garaje donde tenía su Ford Thunderbird turquesa y media hora después de perder de vista a Baladre entró en la sala de su piso.

Nuria estaba junto a la ventana. Máximo la cogió de la cintura y le dio un beso primero en la mejilla y después en la boca.

—Tengo muy buenas noticias: me han elegido a mí para una reunión en Madrid, en el Ministerio nada menos. Llevo un mes trabajando en ese asunto, combinándolo con las visitas comerciales y sin saber que ese era el motivo. Tenía que hacer un inventario, unas tablas, llamar a farmacias... —Máximo no cesaba de hablar.

—Me alegro. De verdad —le dijo ella a la vez que constataba que su cambio de humor tenía que ver con su trabajo y no con la relación entre ellos. Y de una forma bastante automática añadió—: Voy a preparar la cena.

—Sí, hazla mientras me ducho y después... Abrázame, Nuria, dime que estás muy orgullosa de tu marido.

Nuria lo hizo sin demasiadas ganas.

En cuanto Máximo salió del cuarto de baño frotándose el pelo con una toalla, ella se dispuso a seguir disimulando su estado de ánimo lo mejor que supo. Después de cenar, cuando se tumbó en la cama, él vio sus heridas en los tobillos.

—Fue el otro día en el parque. Tenía un pie a cada lado de las piedras que marcaban un caminito y me caí. Estaban muy afiladas. Más vale que me haya pasado a mí y no a ellos.

—¿Y por qué no me dijiste nada? Ven. —Máximo comenzó a besarle aquella zona, después los pies y las piernas—. ¿Te duelen?

—¿Tus besos?

* * *

El plazo para entregarle las cuatro mil pesetas a Baladre se cumplía aquel domingo por la tarde. Así que por la mañana Zafara decidió acercarse a la casa

casi en ruinas hasta donde lo había seguido. Nuria agradeció aquella ausencia imprevista y no le prestó demasiada atención a su explicación.

Máximo llegó a El Carmelo temprano, convencido de que entre los hábitos dominicales del detective no estaba madrugar. El propietario del garaje al que siempre acudía le prestó un coche muy modesto, le aceptó con un gesto huraño el par de billetes con los que le pagó por anticipado mientras le decía que no lo metiera en ningún lío.

Máximo hizo guardia dentro del vehículo durante más de una hora. En cuanto vio que el detective salía de su casa y se alejaba colina abajo, fue hacia la puerta, tan desvencijada que apenas le costó abrirla. Subió con mucha aprensión la escalera. Estaba muy oscuro a pesar de la hora. No quería apoyarse en las paredes. En el primer rellano vio varias habitaciones pequeñas. En una de ellas, le llamó la atención un futbolín. Los muñecos atravesados por las barras de acero parecían mirarlo. Los ceniceros metálicos atornillados en el borde del campo de juego estaban repletos de colillas. No pudo resistirse a hacer girar la barra del portero que tenía más cerca. Sintió lástima al imaginar a Baladre jugando solo.

Después miró hacia el fondo del pasillo, el cuarto que daba a la calle era su despacho. Máximo no buscaba el informe por el que Guifré quería cobrarle cuatro mil pesetas; si se lo robaba, además de revelar de inmediato que había estado allí, lo volvería a redactar. Quería fotografías, documentos oficiales, lo que conforma una identidad y a veces hasta una vida. La suya en aquel caso. Si por esto lo descubría, consideraba que delatarse valdría la pena.

Comenzó a revolver en un archivador. Por el estado de los papeles pensó que su llamada fue la que debió despertar a aquel teléfono, adormecido desde hacía meses. Sobre la mesa había una novela de Taylor Nummy, *La casa del silencio*. Al abrir el primer cajón cayó al suelo el palillero que estaba cerca de una de las esquinas. Encontró lo que buscaba dentro del armario, en una de las dos carpetas de piel sintética cerradas con cremallera que guardaba allí. Escuchó unos pasos en el piso de arriba y se apresuró, volvió a mirarlas, se puso la que quería bajo el brazo y salió deprisa.

En la planta baja olía a orines de gato. Ya en la calle, vio a un hombre que no era Baladre asomarse desde la ventana de arriba. El alféizar le quedaba a la altura de la pelvis. Máximo solo apreció ese detalle porque se dio prisa en girar hacia la esquina del solar en obras.

Condujo con los guantes puestos y no se los quitó ni siquiera cuando ya estaba al volante de su coche.

* * *

Por la tarde el detective no se presentó en el bar del Pi a cobrar su supuesta deuda. Máximo creyó que se debía a que había perdido las pruebas con las que pretendía chantajearle. Pero también se le pasó por la cabeza que tuviera que ver con aquel visitante que había visto en la ventana de lo que él tomó por el desván. En cualquier caso, estaba convencido de que la maniobra de aquella mañana había sido un tajo certero a sus intentos de contarle a su mujer lo que había averiguado sobre él. Decidió volver a aquella casa destartada de El Carmelo, esta vez con su Ford Thunderbird. Se quitó los gemelos y el alfiler de la corbata y metió las tres piezas en un bolsillo. Una de sus consignas era no dejar ningún asunto a medias, estaba convencido de que cuando un hombre se ahorca lo hace con los cabos sueltos que va dejando a lo largo de su vida.

Aquella vez subió hasta arriba de la colina con su coche. No quería correr el riesgo de aparcarlo lejos y que se lo robaran. Encontró la puerta desvencijada entreabierta. Debajo del dintel había un charco de sangre embalsada que se había deslizado por las escaleras como si sus peldaños fueran la orografía de una catarata. Máximo titubeó unos momentos porque era consciente de lo que podía suponerle entrar y que lo descubrieran allí, pero enseguida empujó con un codo, para que la tela de su chaqueta fuera lo único que rozara la hoja de madera, todavía más desajustada de las bisagras en ese momento.

Se puso solo el guante de la mano derecha, sacó del bolsillo la linterna de pila de petaca que había cogido de la guantera de su coche e iluminó las escaleras: las habitaciones del primer rellano tenían los balcones abiertos, sus hojas batían chocando contra la fachada. Calculó que los cristales tardarían poco tiempo en romperse. Al subir los peldaños, intentando esquivar la sangre seca advirtió que otro ruido más regular, como un *clac-clac-clac* mecánico y breve se unía al de los ventanales. En la entrada del despacho de Baladre había quedado un charco más denso, cuarteado. Al *clac-clac-clac* lo acompañaban unos fogonazos que cambiaban de color. El título, *La casa del silencio*, había sido recortado de la cubierta del libro que vio la vez anterior y clavado sobre el marco de la puerta del despacho de Baladre. Lo primero que vio al enfocar hacia el interior fue un proyector de diapositivas Sawyer Rotomatic 747 atado a la parte alta del perchero de pie que estaba en el rincón del fondo, como si fuera un árbol con un fruto extraño. El carro con las imágenes de celuloide enmarcadas en plástico no dejaba de moverse. Sobre la pared apareció el rostro sonriente, el cuello alargado, el pecho prominente y la cintura muy

ceñida de la vedete Licia Calderón. Después de unos segundos, la filmina dio paso a otra de Gardenia Pulido, a la que siguieron más fotografías de vedetes que él asoció enseguida con el teatro Victoria. Al entrar en el despacho se golpeó la cadera contra un mueble que no estaba allí antes. Se trataba del futbolín. Había algo sobre él. Se aferró con las dos manos a la linterna. Cuando lo vio las piernas le temblaron y abrió tanto la boca que le dolieron las mandíbulas como si el grito que no había lanzado se las expandiera hacia afuera. Atado de las piernas y las manos sobre el futbolín yacía Baladre. A ambos lados de la portería sobre la que estaban sus muñecas había bastante sangre, pero Máximo pensó que aquello no explicaba su estado ni la hemorragia que había llegado hasta la calle. Por efecto del aire que entraba con los balcones abiertos, a Máximo le dio la impresión de que respiraba, pero consideró que se trataba solo de eso, de una impresión suya.

Cuando el carrusel del proyector llegó al final, el desfile de imágenes de mujeres despampanantes y con muy poca ropa volvió a comenzar. Las páginas de la novela de Taylor Nummy cubrían el suelo, el archivador, los estantes del armario abierto y la silla. Máximo se había quedado allí igual de quieto que aquellos papeles, con la mirada fija en el potro de tortura en el que habían convertido aquel juego. No podía moverse. Miró el suelo a su alrededor y después apuntó al techo. Sus piernas eran como dos postes a punto de vencerse durante un terremoto. A su lado colgaban las piernas inmóviles de Baladre. Apuntó al techo como si allí se encontrara la salida a su indeterminación de moverse y vio una moldura muy historiada de cuando aquella casa había conocido tiempos mejores. La roseta de escayola tenía un agujero en el centro que evidenciaba la ausencia de la lámpara a la que había sustituido el flexo de la mesa de Guifré Baladre. El *clac-clac-clac* del carro de las diapositivas seguía y con él las sonrisas y la luz de las vedetes. Apenas llevaba un minuto allí, pero pensó que salir cuanto antes era lo más recomendable. Al atravesar la puerta del despacho dejó a su izquierda el tramo de escaleras que subían a la otra planta. Enseguida comenzó a ascender por ellas a zancadas. Entró en un desván abuhardillado. Caminó hasta el lugar que coincidía en aquel nivel con el despacho del que había salido y encontró, sobre el mismo hueco donde había estado el aplique para iluminar la estancia, un artilugio que consistía en un soporte de madera que aguantaba un matraz boca abajo. La botella de laboratorio tenía un tapón de acero inoxidable, este rodeaba un tubo de cristal que sobresalía un par de centímetros y hacía de cuentagotas. En un trozo de tira de color crudo pegada sobre el vidrio apenas se leía: « H_2SO_4 ».

Máximo Zafara saltó los escalones de dos en dos, no se detuvo a comprobar sobre qué parte del cuerpo del investigador privado caía el líquido

según la disposición del futbolín. Pero no le cupo duda de que aquello era lo que le había producido la salida de tanta sangre. Al pasar junto a la puerta del despacho ya no se detuvo.

Antes de salir a la calle, Máximo miró a través del espacio escaso que dejaba la puerta desajustada del quicio y después el reloj: habían transcurrido solo tres minutos, pero fueron los más largos de su vida.

El trozo de calle que se atisbaba desde allí era un páramo, no solo porque se tratara del tramo final, sino porque indicaba, sin necesidad de que hubiese ninguna señal, que allí terminaba además una época.

Mientras arrancaba el coche pensó en que todo aquello solo podía ser obra de un químico. Y solo sabía de uno: el que el mismo detective le había contado que trabajaba en la empresa de cosméticos para la que Nuria respondía cartas comerciales y que él conoció la tarde que la acompañó a la calle Pelayo.

A un lado y a otro de la calle que tomó a continuación, los edificios en construcción, con sus estructuras lineales, se intercalaban entre las farolas. Los esqueletos de hormigón se erigían como esquemas para completar un porvenir muy presente, un mañana que ya no acogería a muchos de los antiguos pobladores de aquel distrito bajo las estribaciones de la sierra de Collserola.

Máximo detuvo el coche a unos metros de la primera comisaría que vio. Escribió sin quitarse el guante de la mano derecha en una libreta de notas. Se aseguró de que quedara clara la dirección de Baladre y el nombre de Boro Navascués. Estaba convencido de que la Policía consideraría aquella denuncia anónima un regalo por el ahorro que les supondría de tiempo y esfuerzos.

Después cruzó la avenida y entró por la calle lateral del edificio. Deslizó el papel por la primera ventana que vio abierta y se dispuso a volver a su vehículo.

Nuria aprovechó que aquel viernes la señora Frument la había citado en el laboratorio para resolver, antes de ir allí, una gestión pendiente: clausurar el apartado postal que ya no necesitaba. Entró en la oficina de correos dispuesta a hacer los trámites. Después de rellenar los impresos y entregarlos, la empleada cruzó la sala, fue hacia donde estaban los casilleros para dejar la llave junto a aquellos papeles y la llamó antes de que se fuera.

—Espere, tiene correspondencia. Esto es lo último que ha llegado. Estaba dentro.

—¿Es para mí? —le preguntó Nuria con los ojos muy abiertos.

—Sí, claro. De todas formas, ahora tiene un mes por si recibe algún envío más. Puede pasarse por aquí a reclamarlo. Después de ese plazo, ya se devolverán a sus remitentes.

—Sí, así lo haré. Descuide. Avisaré para que nadie me escriba ya aquí — dijo Nuria como si fuera algo que realmente tuviera que hacer.

Cogió aquel sobre y se lo guardó dentro del bolso, decidida a abrirlo nada más saliera de allí. Al apoyar cada pie en el suelo sentía frío, como si tuviera los huesos de hielo, pero la sensación de fragilidad había disminuido bastante. Se concentró para caminar hasta la acera. Mientras esperaba un taxi sintió de nuevo el dolor en los tobillos. Una vez dentro del vehículo cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, vio el rostro de Harald que la escrutaba sin ningún disimulo. Se llevó la mano al pecho porque notó que el corazón le golpeaba.

Cuando entró en el instituto de belleza vio a doña Leonor junto a Liliana. Boro estaba al fondo, ocupado con unas probetas que alineaba sobre un soporte. Nuria ya se había acostumbrado a las apariciones intermitentes de sus jefes. Aunque le parecían buenas personas, prefería que su relación con ellos fuera así, al menos de momento.

—Querida, cuánto tiempo. ¿Se encuentra bien? ¿Le ha pasado algo? La veo muy pálida —le dijo la señora Frument, que no sabía nada del incidente

ocurrido en su patio.

Boro se acercó hasta ellas. Nuria lo saludó de forma breve y enseguida bajó la vista.

—Todo bien, muchas gracias —le dijo Nuria mientras se ajustaba en la nuca el sombrero ligero de fieltro que llevaba para ocultar los puntos de la sutura. Luego, añadió con una sonrisa—: Usted dirá para qué me necesita.

—Solo quería que nos despidiéramos.

Nuria se sobresaltó.

—Nos vamos a América —continuó la señora Frument, y ella respiró con mucho alivio—. Ahora es la mejor época. Ya sabe que de allí proceden muchos de los ingredientes que utilizamos: el aceite de aguacate y de visón para las cremas. Tal vez algún día se anime a acompañarnos.

—Ojalá. Me encantaría —le dijo Nuria muy complacida.

Su jefa entonces se dirigió al químico:

—Tenemos además una misión para usted, Boro, que esperamos que lleve a cabo cuanto antes. Ya hablaremos de las fechas concretas.

—Cuando quieran. Ya me informarán —contestó Boro sin dejar de mirar a Nuria porque percibió en su mirada que algo le había sucedido.

—Ya sabe que no podemos detenernos —continuó doña Leonor dirigiéndose a Nuria—, porque en cuanto se deja de crecer se va para abajo. A las empresas aún les pasa más que a las personas.

—¿A qué parte de América viajan? —le preguntó Nuria tratando de aparentar normalidad.

—A Buenos Aires y a Nueva York. Y yo creo que esta vez nos traeremos la fórmula de la eterna juventud. ¿Verdad, Aleix? —lo llamó desde allí en voz alta.

—Ojalá, querida, nosotros seríamos los primeros en aplicárnosla —le dijo el señor Frument en cuanto salió de su despacho a la sala principal.

Todos sonrieron con aquella respuesta.

—Señora Zafara —dijo el señor Frument—, le estamos muy agradecidos por su trabajo. Sabe que se lo digo siempre que tengo ocasión. En tan poco tiempo se ha convertido en nuestra colaboradora principal gracias a su capacidad. En el padre Vilesermes tiene también un admirador incondicional, con lo que eso supone, y en mí, otro. Ya lo sabe.

—Son muy amables, gracias. A mí también me satisface ayudar a estas personas que escriben al consultorio. Dicen que en eso consiste encontrarle sentido a nuestras vidas. En ser útiles a los demás.

—Así es, veo que es bastante sabia para su edad. Usted hace que se recuperen por dentro nuestras remitentes y nosotros nos ocupamos de su

aspecto exterior. De esa forma nos complementamos. Un servicio total.

Sonó el teléfono. Liliana se apresuró a contestar.

—Señora, son de la compañía, tienen el taxi abajo —les dijo en cuanto colgó.

—Bueno, bueno, ya nos marchamos.

Apenas unos segundos después volvieron a llamar.

—Lilianita, soy yo —escuchó la secretaria al descolgar, y se sobresaltó. No esperaba que le telefonara don Jerónimo, como ella lo llamaba siempre porque era incapaz de apearse de esa forma de tratamiento que respondía a la manera jerárquica en que había vivido incluso su relación amorosa.

—Señor Ullrapós, los señores Frument acaban de salir por la puerta, se marchan a América. ¿Quiere hablar con ellos?

Nuria y Boro la miraron muy intrigados y se acercaron. Boro le hacía gestos juntando sus dos dedos índice para indicarle que le propusiera un encuentro.

—Quiero hablar contigo. Me marcho definitivamente, como te anuncié —le dijo él—. Pero antes quiero pedirte un favor.

Liliana se sorprendió porque pensaba que ya llevaría unos cuantos días en la región del Mediodía francés. Nuria le indicaba, moviendo la mano como si enrollara el carrete de una caña de pescar, que siguiera hablando con él.

Ella negó con la cabeza dirigiéndose a Nuria y a Boro.

—Quiero verte una vez más, que nos despedamos como el que ha sido nuestro amor merece —continuó escuchando por el auricular—. Sé que nunca más volveré a amar. He encargado una cena digna de príncipes. Permíteme que te haga este último regalo. Te llegarán un vestido y unos zapatos mañana por la tarde. Estarás guapísima. Verás qué velada. La recordarás para siempre. ¿Estás ahí?

—Sí, don Jerónimo, yo siempre he estado aquí. Ha sido usted el que se ha ido —dijo por fin.

—Lilianita, si tú supieras... Hay cosas demasiado largas de explicar —continuó él—. Dejémoslo en manos del destino: si nos quiere volver a unir, lo hará. Mientras, concédeme unas horas para volver a disfrutarnos. El chófer te recogerá a las nueve en tu casa.

Liliana elevó la barbilla, sin añadir nada más, y esperó hasta que él colgó.

—¿Y? —le preguntaron Boro y Nuria a la vez.

—Quiere verme.

—¿Hablarás con él? —la pregunta de Nuria era una súplica.

—Voy a intentarlo —les respondió bastante reticente—. Pero no os prometo nada.

—Liliana —le dijo Nuria—, tienes que hacerlo. Deja en un segundo plano lo que sientes por él y piensa en todos esos niños y en los que nacerán de la misma forma si no intervenimos.

* * *

Al día siguiente, cuando faltaban cinco minutos para la hora exacta, Liliana salió a la calle. Delante de su portal la esperaba un coche negro tan bruñido que parecía un insecto de metal. Saludó al conductor y entró.

—Dígame, ¿dónde recogemos al señor Ullrapós? —le preguntó asomándose entre los dos asientos delanteros.

—En su oficina de la calle Mallorca —le respondió el hombre.

—Perfecto. —No le sorprendió que él no estuviera dentro del vehículo porque anteponía siempre la discreción a todo lo demás.

En cuanto llegaron al edificio oficial, apareció el subdelegado. Al entrar en el coche se le acercó como si fuera a dejar unos papeles sobre la bandeja trasera y la besó de una forma tan rápida como imperceptible para el chófer.

—Pareces una actriz. Estás bellísima. Tendría que haberme traído un amuleto contra el mal de ojo. Ya verás cómo nos miran en el restaurante —le dijo al oído.

—Como se marcha, parece que ya no le importa el qué dirán —le dijo ella. Liliana se sentía aún más relegada que durante toda su relación.

El conductor encendió la radio.

—Un día es un día, y además vamos a un sitio en el que no dejan entrar a cualquiera, cuando reciben las reservas las comprueban para que no haya... incompatibilidades. Ya me entiendes.

Liliana no quiso replicarle. No le gustó ese encuentro en un lugar tan reservado, tan práctico; le resultó bastante descorazonador por lo que tenía de ocultamiento y porque resumía el tiempo compartido con él.

—Esto de tener coche es un lujo, don Jerónimo. ¿Podría aprovechar el trayecto para hacer un recado? —le dijo ya sin bajar la voz.

—¡Cómo podría negarte yo algo! Dale tú misma las indicaciones a Cayetano. —Don Jerónimo había posado su mano en la pierna derecha de Liliana. Sobre sus medias de cristal, por la uniformidad del tejido, aún destacaba más su anillo de casado.

—Gracias —le dijo ella con una sonrisa tan brillante como su alianza—. Llévenos a la calle Cisell.

Don Jerónimo la miró intrigado.

—Será solo un momento. Quiero que vea algo —le explicó. Y elevó la barbilla. Sentía que por primera vez organizaba, ordenaba el tiempo de ambos, tomaba las riendas y era la única que sabía lo que iba a suceder a continuación.

A los pocos minutos y después de las últimas indicaciones de Liliana, el chófer se detuvo frente a la entrada del asilo de Nuestra Señora del Port. Los dos bajaron y cerraron las puertas. Don Jerónimo continuó hablando en voz muy baja:

—¿Aquí? No me asustes, Lilianita. ¡¿No tendré descendencia?! —Ullrapós se pasaba la mano por la nuca como si quisiera regularse de esa manera el sudor y el nerviosismo.

—Tranquilo. De nuestro romance no quedará ninguna prueba, ni viva ni muerta —le respondió ella con mucho aplomo.

—Esto nuestro no ha sido un romance, para mí lo has sido todo, mi energía para vivir durante todos estos años. Mi única alegría. Créeme.

Liliana continuó caminando como si no lo escuchara. Para ella sus palabras procedían del pasado, de un momento que ya no era posible alterar.

Subieron en silencio la escalinata. En cuanto estuvieron delante de las puertas acristaladas de la entrada vieron al conserje, que se acercaba hacia ellos.

—Mire, tenemos una cita con la directora. Llamé ayer, soy la secretaria del señor subdelegado del Gobierno aquí presente —le dijo Liliana al empleado a modo de presentación.

—Pasen, pasen, no eran necesarias tantas explicaciones. Los estábamos esperando. Sean ustedes bienvenidos. Yo mismo los acompañaré. Dada la categoría de esta visita, ya tiene que estar en su despacho la hermana. —El hombre andaba bastante encorvado, se giraba cada pocos pasos y gesticulaba con ambas manos.

Mientras cruzaban el vestíbulo, Ullrapós le tiró de una manga a Liliana y le dijo en un murmullo:

—No quiero líos. ¿Qué es esto? Accedí a acompañarte a hacer un encargo, pero no me quiero exponer. No me gusta nada este sitio.

—No pasa nada. Como habrá observado, no he dicho su nombre en ningún momento —le dijo ella muy serena.

En cuanto oyó los pasos que se acercaban a su despacho, la máxima autoridad de aquella institución se asomó a la puerta. Y se mostró con ellos igual de servicial que el bedel.

—Pasen, pasen, qué honor. Gracias por preocuparse por nosotros. El Ayuntamiento hace una gran labor con sus relaciones con el Gobierno. Que usted preste su atención a estos niños es muy importante para todos nosotros. —La monja vestía el hábito oscuro con la toca cuadrada y el cuello blanco de las Esclavas del Corazón de María—. Hemos progresado mucho, a partir de ahora seremos un hogar de aprendizaje. Y esta obra..., por fin hemos podido separar a los niños de las niñas y a todos los pequeños de los ancianos y los enfermos.

Don Jerónimo permanecía callado.

—Hermana —intervino Liliana mientras miraba a una mujer que acababa de entrar en el despacho con un bebé en brazos—, ¿es esta la madre a la que veníamos a conocer?

—Es la hermana. Ella no ha podido venir. No se encuentra bien. Adelante, cuénteles lo de su sobrino. Es el caso que le referí al padre Vilesermes.

—¡El padre Vilesermes! —don Jerónimo le susurró al oído estas palabras y Liliana apreció el tono de reproche, tan insólito en él.

—Gracias por recibirnos —le dijo Liliana a la joven. Miró al bebé con mucha ternura—. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Pues igual, señora. Esto es una desgracia muy grande. Nació hace apenas dos meses. Yo enseguida lo lavé. A mi hermana la tuvo que espabilar la partera después del disgusto que cogió cuando lo vio. Lo habíamos enrollado con pañales y muchas telas para que pareciera que tenía de todo, pero enseguida se dio cuenta de lo que le faltaba. Comprenderá cómo estamos. Nuestra madre no deja de llorar, dice que se va a beber una botella de sulfumán o se la va a dar al niño. De momento, para quitarlo de su alcance, lo hemos traído aquí. Las monjas lo cuidan mucho. Se han encariñado con él. Sé que está mal decirlo, y que Dios me perdone —dijo mientras se santiguaba—, pero a mi hermana más le hubiera valido morirse de sobreparto. Está que no levanta cabeza.

Liliana sintió como si hubiera asistido a aquella escena, imaginaba una gran cama de hierro, la palangana, el espejo del armario enfrente, los gritos, el dolor, la debilidad y el ambiente enrarecido desde entonces.

—No quiero que coja frío, pero ¿lo podría desnudar un momento? Querríamos apreciar qué lesiones tiene exactamente.

Don Jerónimo Ullrapós, con un gesto muy serio, se giró hacia Liliana y le dijo al oído:

—Ya basta, ya hemos escuchado bastante. Vámonos.

Liliana se acercó a la mesa donde lo habían depositado y lo cogió en brazos. A don Jerónimo, aquella estampa de Liliana con el bebé al que las dos manos le nacían de los hombros y los pies de la cadera le pareció terrible.

—Mírelo, es una auténtica lástima —continuó la tía del pequeño—, tan tullido.

Don Jerónimo quería desviar la mirada, dejar de sentir aquel nudo en el esófago que era como un puño que lo oprimía. Tuvo ganas de llorar.

—Ya lo tienen difícil los otros, pues imagínese este —la superiora se dirigió solo a él.

—Sor... —comenzó a decir Ullrapós—, me hago cargo de la situación. Veré qué se puede hacer. Tápenlo, por favor, que no se enfríe.

El bebé ni siquiera se había despertado con todo aquel trajín. Solo cuando su tía volvió a tomarlo entre sus brazos, abrió los ojos y los clavó en él de una forma tan desafiante que don Jerónimo pensó que era imposible que aquella mirada se correspondiera con su escaso tiempo de vida.

—Bien, ya lo ha visto. Nos hemos cansado de escribir a la alcaldía, al Gobierno Civil, sin respuesta hasta el momento, con lo que nos ha ayudado el Ayuntamiento con todo lo demás. El padre Vilesermes ha sido el único que nos ha atendido y por propia iniciativa. Menos mal que ese hombre vale tanto. Tanto como otros muchos juntos.

—No le quepa duda de que pronto recibirán noticias del Ministerio. Ahora, si me disculpa.

—Sí, sí, claro. Y gracias por su tiempo. Le estamos muy agradecidas, señor...

Don Jerónimo no quiso completar aquella frase con su apellido. Mientras tanto, Liliana le tendió la mano a la monja.

En cuanto salieron a la calle, don Jerónimo se acercó al coche. El chófer se inclinó hacia la ventanilla del copiloto y accionó la manivela para bajar el cristal hasta la mitad.

—Cayetano, mándenlos el primer taxi con el que se encuentre.

—Así lo haré, señor. —El conductor llevaba muchos años sin plantearse el porqué de las órdenes que recibía.

La intención de don Jerónimo era que los trasladara a partir de aquel momento un desconocido. No estaba seguro de que tanto él como Liliana pudieran controlarse durante el trayecto, y prefería que quien escuchara algo de lo mucho que tenían que decirse, si llegaba el caso de que estallaran, fuera una persona ajena sobre todo a la Delegación de Comercio.

Ullrapós se pasó un par de veces la mano por la barbilla. Tenía los ojos acerados, la expresión muy dura.

—Fuiste tú quien le habló del telamón al padre Vilesermes, ¿no? ¿Qué más le contaste? —le dijo bastante enojado. Nunca le había hablado así a su amante—. Sabes que es el confesor de mi esposa y que cada semana viene a nuestra casa.

—¿Y solo la confiesa a ella? —Liliana no pudo evitar el sarcasmo.

Sentía rabia por el papel que él le había otorgado. Pero sobre todo estaba indignada consigo misma por haber aceptado aquella situación de sumisión. Esa sensación solo le sobrevino cuando le comunicó que iba a dejarla. Como si en aquellos momentos despertara de un sueño.

—Liliana, había preparado este encuentro con mucha ilusión y ahora ya no tengo ganas de nada. Ha sido horrible. Me has estado espiando, ¿es eso?

Liliana lo miró desafiante sin decir palabra. Se sentía dueña de la situación, como si por fin pudiera expresarse sin ningún disimulo, como si hubiera dejado los convencionalismos atrás.

—Yo te he dado mi confianza, nunca te puse trabas, durante todo este tiempo has hecho lo que has querido. Ni siquiera te he preguntado si había

otros hombres en tu vida.

Liliana se tragó la rabia y dejó resbalar aquel comentario sobre la superficie de su cuerpo, como si fuera entera de alabastro, porque si calaba dentro de ella estaba segura de que no podría controlar su furia.

—Sabe que ese niño está así porque a su madre, como a tantas otras, las medicaron con unas pastillas que, además de quitarles los vómitos, les quitaron a sus hijos los brazos, las piernas, poder jugar al fútbol, nadar y tantas otras cosas. Les cercenaron la posibilidad de valerse por sí mismos. Ese medicamento alemán, el telamón, se vende aquí solo porque el Ministerio lo permite, a pesar de que produce estos daños. Me siento muy estúpida contándole lo que ya sabe.

—Eso no es así. Nadie ha demostrado que sea así —mintió él.

—¿Qué más prueba quiere que lo que acaba de ver? ¿No le ha bastado? Hay muchos más. Podemos continuar con las visitas. ¿No le dan lástima? ¿Ni siquiera eso? —Gesticulaba, se cambiaba el bolso de mano, se ajustaba el gancho con una flor a juego con el color del vestido que lucía sobre el lado derecho de su peinado.

—Liliana, no me juzgues, la vida nos endurece, te darás cuenta más adelante. Sé que son unos casos terribles, pero siempre han existido personas lisiadas. Pero son solo eso, casos puntuales entre los muchos que nacen sanos, siempre hay un porcentaje así. Hay que asumirlo.

Al escucharlo, Liliana tuvo ganas de golpear la pared, de darle patadas a aquel muro ante el que estaban los dos. No soportaba aquella actitud comprensiva, pero impasible.

—Don Jerónimo, no sea hipócrita. El telamón es el motivo por el que usted se va, lo quiera reconocer o no, sabe que es así —le dijo con toda la firmeza que pudo reunir—. No se esfuerce en disimular. Me da igual. Pero le pido un último gesto: levante un teléfono, viaje a Madrid, entrevístese con quien corresponda, pero no los deje así. ¿Rezar por ellos desde Lourdes es todo lo que piensa hacer?

—No tienes derecho a decirme que no he hecho nada.

—Pues haga algo más. —Liliana no podía reconocer que había robado de su despacho una copia de la carta que él había escrito al Ministerio de la Gobernación.

Llegó el taxi y don Jerónimo le indicó al conductor que los llevara hasta el paseo de Ítaca, en el puerto. Permaneció en silencio durante todo el camino. Consideró que ya se habían desahogado con antelación.

Una vez en el club marítimo, solo comenzó a hablar cuando estuvieron acomodados en una mesa.

—Creo que este es el lugar menos apropiado que se me ha ocurrido. No es donde pensaba llevarte. Me quito de en medio, tienes razón —le dijo como si mientras permaneció callado durante el trayecto hubiera cavilado aquella rendición al menos verbal—. Pensarás que soy un cobarde, pero peor me parece lo contrario: hacer la vista gorda a cambio de una sustanciosa suma todos los meses. Esa es la alternativa. No voy a hablar de mis compañeros, no voy a señalar a nadie. Allá cada quien.

—No, esa no es la alternativa. La alternativa es denunciarlo, pero no solo al Gobierno. Detener el comercio de ese veneno como sea. —Liliana tenía chispas dentro de los ojos.

—Un gin-fizz, por favor —dijo Ullrapós para detenerla en cuanto vio que el camarero estaba a menos de un metro.

—¿Y la señorita?

—Tendrías que tomarte otro —le recomendó.

—No me gustan las bebidas ácidas ni amargas, para eso ya tengo la vida, prefiero un refresco de cola —dijo ella negándose a ocultar su disgusto. Y en cuanto se alejó el empleado, continuó en el mismo tono—: No puede cargar sobre su conciencia... Yo sé que usted es buena persona, que todo esto le ha caído encima. Si quiere demostrar que no es como los demás, este es el momento.

—No sé si tengo ya conciencia. He visto tantas cosas que cada vez me espanto menos.

—Don Jerónimo, no solo están los de los orfanatos en Barcelona, hay muchos otros, lo sabe, y sabe también que cada vez nacen más. Esto hay que detenerlo.

—Liliana, la gente habla en la calle sin saber. Trabajas de secretaria en el laboratorio cosmético, pero no eres farmacéutica.

—No le voy a contar más detalles, eso da igual. Usted me ve como alguien muy joven, pero sé bastantes cosas.

—¿Qué pretendes? Dime, ¿qué buscas? No te falta de nada.

—No me falta nada de lo que se ve. En todos estos años no le he pedido ninguna cosa. Ahora se lo ruego. Me lo debe. No le voy a amenazar con irle con la historia a su mujer, bastante tiene la pobre. Yo no soy así. Creo que por eso me eligió. Que mi carácter también le convino porque le venía muy bien a sus propósitos. Que no se hubiera metido en algo así con una mujer más temperamental. Mire, usted está en el Ministerio de Comercio, tiene mucho poder. Haga un escrito, exija que se retire de las farmacias y ya está. No tiene que ser tan difícil. Ni siquiera se investigará lo sucedido. Porque, como usted dice, mancos y cojos siempre ha habido, pero que no haya más, al menos por

este motivo, depende de usted. De lo contrario, poco a poco, todo esto le quitará la vida, lo apagará. Hay cosas de las que no se puede salir impune.

—Te sorprendería saber que algo así ya está en marcha. Liliana, ojalá nunca llegues a saber nada de lo oscuro que puede ser el mundo de los negocios, y más cuando ha habido guerras de por medio. Yo no puedo hablar, de hecho es la primera vez que mantenemos una conversación de este cariz, pero no creerías cómo se llega a acuerdos y a cambio de qué. Te darían arcadas. Todo se compra y se vende. Nadie se salva. Cuando quieras encontrarle explicación a algo que parece no tenerla, piensa en la economía.

—Don Jerónimo, no siga. Por lo que lo conozco hasta ahora, parece que a quien quiera convencer sea a usted mismo. Se marcha. Deje que otros se encarguen de lo demás, pero termine su carrera política con una buena obra. Hágalo por ellos, pero también por usted. También se lo debe.

Ullrapós se quedó con la mirada perdida en la terraza. Las luces del puerto eran como los adornos de un telón de fondo.

—No depende de mí. No te prometo nada...

—Nunca lo ha hecho —le dijo Liliana antes de que terminara la frase y se levantó.

—Bien, supongo que este es nuestro adiós definitivo. Lo siento. Siento tantas cosas: siento estar casado, siento no haber podido ofrecerte nada más. Y siento que este tema haya borrado toda nuestra felicidad anterior.

—No ha sido así, don Jerónimo. Siempre lo recordaré con cariño, pero en su mano está convertirse en un gran hombre, en alguien digno de admiración. Nunca es tarde. Este es un drama de muchos, y su intervención puede detenerlo. Esa acción justificaría toda su vida. Ayúdelos. A esos niños que aún no han nacido también los acecha una guerra. Ese medicamento tiene el mismo efecto que las bombas: las amputaciones, las taras. Piénselo. No le queda otra. De lo contrario, esa carga sobre sus hombros lo hundirá, poco a poco, pero sin remedio. Salga del lodo... Y ahora sí: adiós.

Ullrapós la vio cómo se alejaba tras aquellas palabras que no se llevaba con ella. La manera en que antes de bajar la escalera se apoyó unos instantes en la barandilla para arreglarse la hebilla de uno de sus zapatos nuevos. De su vestido de lamé color salmón, una prenda que entonces solo podía comprar un nostálgico, quedó su sombra, detenida unos instantes en una esquina del balcón cuadrado sobre el mar.

Le pidió al camarero otro gin-fizz.

INVESTIGADOR PRIVADO INGRESADO DE URGENCIA EN SANT PAU

Este fue el titular que leyó Máximo en el bar de carretera donde solía desayunar siempre que salía de viaje. El mismo local en el que encontró el anuncio de G. B., uno de los diplomados en Investigación Criminal con la licencia más antigua de Cataluña.

Como la vez anterior, arrancó aquella página del periódico y se la metió en el bolsillo. Ya en su coche la leyó con más atención.

Aún no pueden establecerse las causas del accidente ya que lo trasladaron inconsciente tras haber perdido mucha sangre. La Policía no va a facilitar de momento ningún dato sobre su identidad, pero se ruega que si alguna persona de su entorno sabe quién es el asistido y cuál es su domicilio se ponga en contacto con las autoridades o acuda a ese hospital. Su pronóstico es muy grave.

La nota en la prensa perseguía, más que informar sobre lo sucedido, la localización de sus parientes u otras personas cercanas que hubieran advertido su desaparición. A ellos iba dirigido el único dato facilitado, su profesión, el mismo que se ofrecía en el servicio de socorro de la radio.

Respiraba cuando estuvo allí. Aquel movimiento que percibió sobre Baladre atado al futbolín no era por efecto del aire. Primero pensó que suponía un delito denegar el auxilio a alguien en aquella situación, pero enseguida se dijo que, por una parte, él no sabía que aún estaba vivo, que había sido solo una impresión que fue incapaz de constatar, y por otra, que aun así no lo había hecho porque dejó el asunto en las mejores manos: en las de la Policía.

El olfato no le había fallado por una vez al detective cuando le dijo que temía por su integridad física. A Máximo le quedaba por determinar si también era verdad lo de las conexiones internacionales y la relación de aquel caso con Nuria. Bajó enseguida la ladera y, al entrar en el paseo de la Bonanova, pisó el acelerador a la vez que pensaba en enfrentarse a Nuria, en ponerla contra las cuerdas para que le dijera de una vez por todas en qué estaba metida.

De entre los setos de una de las fincas de su calle salió un niño. Máximo lo vio cuando lo tenía a una distancia demasiado escasa para frenar, pero aun así lo hizo. El coche reaccionó como si hubiera chocado contra un muro. Él se golpeó con el parabrisas y la carpeta que le había sustraído a Baladre cayó del asiento. El pequeño apoyó su manita sobre el capó. La sirvienta que lo acompañaba unos pasos más atrás insultó a Máximo, y este, furioso, abandonó su Ford Thunderbird en el paseo de la Bonanova y se dirigió a su casa dispuesto a zarandear a su mujer hasta que hablara.

Subió en cuatro zancadas las escaleras y abrió la puerta. La casa estaba vacía. Blasfemaba mientras recorría las habitaciones. Después, con la misma prisa, subió al ático, pero tampoco respondió nadie. Bajó de nuevo a la calle y abrió con mucha violencia la puerta de su coche. Condujo hasta el parque donde Nuria solía llevar a los niños, pero no los vio. Cada vez más acelerado, dio un par de vueltas por el barrio hasta que escuchó la campana de la iglesia de la Bonanova. Eran las dos de la tarde y no tuvo más remedio que salir hacia Madrid. Pensó que lo que menos le convenía en aquellos momentos era poner en riesgo su ascenso por no cumplir con sus compromisos laborales.

Mientras tanto, en el instituto de belleza, Nuria se reía porque Liliana le hacía cosquillas al tomarle medidas para su vestido. Boro sostenía a Marc dormido en sus brazos y soñaba, igual que había hecho durante todos los años en el seminario, con que por fin también él tenía una familia, y que esa familia eran ellos.

* * *

Después de un par de visitas comerciales en Madrid, Máximo casi se olvidó del detective Baladre y tuvo ganas de celebrar que lo habían elegido a él para la reunión del día siguiente. Estaba más envanecido que nunca. Sabía dónde acudir, a la sala Saratoga, en los bajos del teatro Calderón, donde coincidía con la tripulación de algunos vuelos que llegaban desde Estados Unidos. Sus azafatas le parecían mucho más atractivas que las vedetes que actuaban allí. Pero se dijo que al menos la víspera de un día así tenía que ser prudente, que había mucho en juego y que por tanto necesitaba la mente más despejada que nunca.

Cuando abrió la puerta de aquel piso en Chamberí se alegró de que fuera tan tarde y la casa ya estuviera en completo silencio. No tenía ganas de conversaciones. En aquella ocasión, llegar tarde y salir muy pronto era lo que le garantizaría el mayor descanso.

* * *

A la mañana siguiente, en el edificio que acogía los departamentos de Industria y Comercio, un ordenanza lo acompañó hasta el pasillo donde tenía que esperar antes de entrar en el despacho. Para Máximo, estar allí ya era un reconocimiento. Su prestigio se había incrementado con aquella citación. Se había preparado muy bien la reunión, aunque estaba convencido de que la resolución del asunto sería más compleja.

Preguntó a sus superiores por quien estaba al frente de aquella cartera: solo sabía del ministro que era ingeniero naval. Le dijeron que no era tan enérgico e inflexible como desde el palacio de El Pardo se le exigía. Al igual que el ministro de Comercio, era también madrileño, y ambos tenían en común, además, su acendrada fe católica.

Máximo siempre acopiaba toda la información posible sobre sus interlocutores, fueran clientes, compañeros, proveedores o cualquiera que se cruzara en su vida. Era una de las estrategias más repetidas en los cursos de formación que había seguido primero en Italia y después en Alemania, y la aplicaba a pies juntillas. Por ese motivo no soportaba que Guifré Baladre quisiera darle lecciones.

Al pasillo del Ministerio donde esperaba llegó el asistente uniformado en compañía de otro hombre que se sentó justo enfrente de él. Solo le dijo «hola» de forma desagradable, tanto que hubiera preferido que no le dirigiera la palabra. Fue como si le escupiera. El saludo era muy informal, inapropiado para una sede oficial, y por su forma de articularlo, advirtió que era extranjero. A Máximo no le gustó su aspecto: era muy alto, tenía la mandíbula cuadrada, los ojos afilados y el pelo rasurado. Vestía una cazadora y unos pantalones de pinzas color beis y no le quitaba el ojo de encima.

Pero esa intensidad que el otro pretendía que resultara intimidatoria no le iba a hacer perder un ápice de su aplomo. Máximo accionó el cierre de su cartera de cuero marrón con sus dedos pulgar e índice y se puso a repasar uno de los documentos. Se trataba del inventario de las unidades del medicamento objeto de aquella reunión que habían sido suministradas a cada farmacia de España. Máximo tenía el número casi exacto; para que el margen de error fuera el mínimo había seguido llamando a todos los establecimientos hasta las nueve de la noche de la víspera. Recabar esos datos le había costado una fortuna a su empresa, pero al tratarse de un encargo del Ministerio no escatimaron gastos. Zafara esperaba que también asistiera alguien del laboratorio Orlanta. Pensó que era muy posible que se tratara del extranjero que tenía enfrente. Los consejos de administración de ambas empresas eran

mixtos. Estaban tan imbricados que era difícil saber dónde terminaba una firma y comenzaba la otra, como sucedía con tantas compañías. Perteneían al mismo conglomerado, al mismo consorcio y, por tanto, esto suponía que muchos procesos se aunaran.

Sonó un teléfono y enseguida apareció el mismo ordenanza. En esa ocasión los guio a ambos.

—Pasen, los están esperando.

Al ver a los dos ministros ya dentro, junto a quien consideró que sería otro alto cargo del Gobierno, Máximo calibró que primero habían mantenido ellos una reunión, sin duda la más importante, y que tanto él como el que tenía aspecto de mercenario iban a asistir a un encuentro en el que las decisiones ya se habían tomado de antemano. La misión de ambos sería asumir el papel de mensajeros: transmitirles a sus jefes las conclusiones. A pesar de eso, volvió a sentirse complacido de participar en un asunto tan relevante.

Solo por la disposición de los reunidos en la sala y por la espera, el comercial tenía claro que cualquier posibilidad de intervenir para modificar un acuerdo que atañera a su empresa sería imposible. Los tres anfitriones estaban sentados ante una mesa muy pulimentada. El ministro de Industria hizo las presentaciones: su homólogo de Comercio y el subdelegado de ese Ministerio en Cataluña, el señor don Jerónimo Ullrapós.

—Ambos vienen de la misma ciudad, señor Zafara. En cambio, Harald Silveiner se ha desplazado aquí desde Alemania. Atendámoslo como merece. Sabe que todos sus gastos en la capital serán sufragados por el Gobierno —le dijo dirigiéndose a él.

Así, Máximo confirmó que era él el enviado de la farmacéutica.

El alemán miró a los otros tres como si le diera igual lo que decían.

—Señor Silveiner y señor Zafara, ustedes están aquí como representantes de las empresas fabricantes del producto que nos ocupa —dijo el ministro de Comercio—. De las explotaciones de Minas Generales se extraen los elementos que después se combinan en el excipiente que acompaña al principio activo, el telamón, cuya patente tiene el laboratorio Orlanta. Hay una circunstancia que nos obliga a retirar del mercado este fármaco. No se venderá más en España. Esto implica que quedan canceladas las compras de minerales destinadas a ese efecto y que se paraliza tanto la producción como la importación de este medicamento a partir de que se apruebe esta orden que acabo de firmar. Esto es todo lo que tenemos que decirles.

Harald Silveiner se incorporó levemente para sacar del bolsillo de su cazadora un telegrama que dejó sobre la mesa del ministro de Industria. Los otros dos se acercaron para leerlo.

En mayo del presente año, la filial española del laboratorio Orlanta notificó a la central de Alemania que no preveía informar a los médicos españoles sobre los efectos secundarios del fármaco comercializado con el nombre de «telamón».

—Señores, me han encargado que les informe de que tienen que respetar la moratoria impuesta a partir de entonces. El convenio se amplió por decisión de las dos partes para los próximos cinco años y se pagó por adelantado al Gobierno de este país la participación alemana —dijo Silveiner con una dicción impecable—. De modo que hasta que se cumpla ese plazo, no hay nada más que hablar. —Hizo ademán de levantarse.

—Espere —le ordenó el ministro de Industria cuando logró sobreponerse a la perplejidad que le había causado lo que consideraba la mayor muestra de mala educación a la que había asistido nunca—. Yo le indicaré cuándo puede dar por finalizada esta reunión. Y no va a salir de aquí sin escuchar algo. Señor Ullrapós, por favor.

—No podemos consentir una moratoria de cinco años porque en nuestro país ya han muerto muchos niños a causa de que sus madres tomaron este medicamento, y los que han sobrevivido están en condiciones lamentables —dijo don Jerónimo.

Harald repasaba con la mirada, uno a uno, los volúmenes de la biblioteca como si se hallara solo en aquel despacho.

—Nosotros no sabemos nada de eso —intervino Máximo Zafara horrorizado.

—Así nos consta, pero por el análisis del silicio, el magnesio y el titanio que acompañan a esta sustancia, hemos trazado y reconstruido la ruta, tanto de abastecimiento como de distribución —explicó el ministro de Industria—. Por eso les encargamos a ustedes que localizaran todas las unidades que quedan en nuestras farmacias aunque no es propiamente el trabajo de Minas Generales.

—Y así lo hemos hecho, señor ministro. —A Máximo le pareció más apropiado utilizar el plural que arrogarse todos los méritos. Le tendió un portafolios con el inventario completo—. Aquí tiene.

—Bien, muy bien. Mañana mismo partirán de aquí cuatro vehículos. Hemos dividido el territorio en esas mismas zonas. —Las señaló sobre el mapa que colgaba de la pared de la izquierda—. Confío en que reunamos cuanto antes todas las cajas de este medicamento maldito para destruirlo.

—Señor ministro, cuando firmaron el contrato con mi compañía no la calificaron de ese modo, ni tampoco desdeñaron el porcentaje que obtuvieron a cambio de inclinarse por nuestro producto —dijo Harald.

—Sabe muy bien, señor Silveiner, que eso se debió exclusivamente a que esta operación fue una más de las que se produjeron en el marco de la tradicional amistad entre nuestros dos países.

—Como quiera. En cualquier caso, rompa esa orden, no va a tener ningún efecto —insistió Harald Silveiner.

—No queremos más telamón, no sé cómo quiere que se lo diga —intervino entonces el ministro de Comercio—. El señor Ullrapós nos ha traído informaciones que le aseguro que ponen los pelos de punta.

—Échele un vistazo a esto. —Harald dejó dos sobres de distinto tamaño sobre la mesa.

El ministro de Comercio miró a su subordinado para que procediera a abrirlos.

—¿Qué es esto? —preguntó Ullrapós—, ¿pretende sobornarnos?

—Ya han cobrado bastante, como demuestran estas fotografías, estas anotaciones y estos recibos firmados por los mismos que ahora quieren retirar este medicamento del mercado. La avaricia rompe el saco. Tuvieron que pensarlo antes. Ahora ya no es posible. Habrá que esperar.

—¿A qué? ¿A que mueran más niños nuestros? ¿Y los suyos, los alemanes? ¿Les dan igual? ¿No tuvieron bastante con la guerra? Mire, yo también quiero mostrarle algo. —Don Jerónimo Ullrapós le acercó unos papeles en inglés.

Era un informe sobre las actividades de Orlanta relacionadas con aquella patente y la forma en que habían conseguido el medicamento.

Harald palideció. Aquel era precisamente el secreto que sus jefes querían salvaguardar a toda costa.

—¿Qué le parece? ¿Sabía algo de esto? Tengo entendido que también lo han enviado a Estados Unidos, pero aún no está aprobado. ¿Cuántos millones de dosis son? Y en su país, ¿cuántas grageas se tuvieron que tragar? Yo se lo diré: ninguna porque inmediatamente las redistribuyeron. Hemos estado en la sede de aquí y en la de Barcelona, en ambas hace casualmente un mes que no las fabrican, y usted sabe por qué, porque ya les llegan listas para el reparto.

—En mi país se toma y no ha causado ningún problema —replicó Harald.

—¡Mentira! —gritó don Jerónimo—. No se lo habrá causado a ustedes, pero hay decenas de niños afectados. Y lo saben aunque finja lo contrario. ¿Por casualidad conoce al doctor Varick Kessler? La semana pasada mantuvimos una conversación por teléfono. En cuanto me facilitaron su número, me puse en contacto con él y tuve que rendirme a la evidencia. Él y su colega Singer tienen todas las pruebas y nosotros ahora, gracias a ellos, también. Incluso alguna más.

—Pero usted lo sabía, además lo que usted dice que son pruebas son solo copias —lo atacó Harald.

—Sí, yo lo sabía, y ¿sabe qué sabía también desde entonces? —continuó Ullrapós—: que ya no podía dormir, ni comer, ni pensar, que mi mala conciencia lo ocupaba todo, aun cuando se trataba de una sospecha, de un rumor, de muy pocos casos, y a pesar de eso sabía también que los remordimientos casi me destruyen, que me marché del Ministerio, que me voy a... un lugar más tranquilo, más puro, mejor, más espiritual sobre todo.

—Y ustedes también lo sabían. —Harald se dirigió a los otros dos miembros del Gobierno—. Además, se han embolsado una fortuna por permitir su comercio. No sé qué pretenden haciéndose los sorprendidos ahora.

Máximo no abría la boca. Consideró que cuanto más desapercibido pasara bajo aquel fuego cruzado sería mejor.

—No se lo vamos a discutir, Silveiner —admitió el ministro—. Sabe que es habitual que de algunas transacciones recibamos una comisión, es lo justo, nuestros servicios, nuestros desvelos, nuestros riesgos, nuestras horas de trabajo extra también tienen que pagarse. Nada es gratis y ustedes se han beneficiado mucho con este trato. Y déjeme que le ponga un ejemplo. ¿Sabe que ese medicamento se vende al doble del precio que fijamos? Sus jefes argumentaron que el embarazo es una situación excepcional, que el hecho de que solo se prescriba para el primer trimestre hace que su consumo sea muy restringido y etcétera, etcétera. ¿Quiere que siga?

—En nombre de los tres le digo —intervino Ullrapós de nuevo—, para que se lo haga llegar a quien corresponda, que puede que algunos funcionarios hayan cobrado primas de su laboratorio por hacerles de comerciales, pero también que nadie sabía nada de esas pobres criaturas tullidas. No somos unos bestias, unos despiadados como...

—¿Como nosotros? Dígalo. Atrévase.

El ministro de Industria tuvo ganas de echar a Harald de su despacho porque aquella ya había sido la falta de respeto más inaudita de las muchas con las que había salpicado su asistencia.

—Señor Silveiner, usted...

—Señor ministro —le interrumpió Ullrapós—, se lo ruego, déjeme decir algo más.

—Adelante, pero que sea lo último. Tengo muchas ganas de perder de vista a este sujeto para siempre.

—Estamos aquí para hablar claro —continuó don Jerónimo—. En estos momentos se está construyendo más que nunca; mi ciudad, por ejemplo, crece muchos metros por día, a lo largo y a lo ancho. El Estado edifica barrios

enteros, y hay muchos intermediarios, mucho dinero que se queda por el camino. Pero esto es distinto, esto es un crimen. Y para continuar con él, dígales a sus jefes de Orlanta que no cuenten con nosotros, que no somos asesinos, pero además quiero que les lleve este otro papelito, para que se lo enmarquen. —Como si se tratara de una partida de cartas, entonces fue Ullrapós quien dejó otro documento sobre la mesa—. A ver qué le parece esto.

Debajo de varios sellos y un encabezamiento muy largo, había una entrada en el primer folio de un dossier que decía: «Aunque se patentó en 1954, la primera vez que se sintetizó esta droga fue en 1944».

Debajo, en una enumeración de una media docena de términos a los que antecedía una raya, había un índice con los contenidos de aquella carpeta.

- Primeras reacciones.
- Tablas de evolución.
- Síntomas.
- Efectos secundarios y aplicaciones.
- Historia de un nuevo fármaco.

—¿Qué le parece, Silveiner?, ¿quiere más? Tenga, coja, mire las imágenes, los gráficos, está todo registrado. Estas son las pruebas clínicas que dicen que no encuentran, que se les traspapelaron, pero, claro, fechadas diez años antes. ¿Le suena? Lléveselos, esta copia es para ustedes, cortesía del doctor Kessler, para que se entretenga en el avión. ¿Cómo va el asunto por Londres? ¿Sabe algo de allí? ¿Les hacemos llegar otro ejemplar o se encargarán ustedes?

Harald estaba furioso. La mandíbula se le marcaba por la tensión. Sin despedirse, les dio la espalda, agarró el picaporte de la puerta como si quisiera arrancarlo y cerró de un golpe. Los otros lo interpretaron como un triunfo. El ministro de Comercio se dirigió a Máximo:

—Señor Zafara, entienda la situación, les compensaremos por las pérdidas. No tenga la menor duda. Cuento además con su discreción respecto a lo que se ha hablado aquí.

Máximo asintió sin atreverse a articular palabra.

—Pronto me pasaré por Verín, anúncielo. Cuando llegue allí y le pregunten cómo ha ido por Madrid, les comunica mi visita. Haré todo lo posible porque salgamos en el NO-DO. Y ahora, si nos disculpa...

—Gracias, así lo haré, descuide. Sabe que en Minas Generales trabajamos precisamente para eso, para que al menos lo que depende de nosotros no le suponga nunca ninguna preocupación ni percance.

—Hasta pronto, Zafara —le dijo el ministro a la vez que le tendía la mano.

En cuanto Máximo abandonó el despacho, tanto quien estaba al frente de aquel gabinete como el ministro de Industria felicitaron de una forma muy efusiva a Ullrapós.

—Qué bien lo has llevado, Jerónimo. Permíteme que te diga, porque sé que no te molestará, que no me lo esperaba. Has estado magnífico. No te ha temblado la mano en ningún momento y eso que el individuo se las traía. ¡Menudo perdonavidas! Afortunadamente, creo que podemos dar este desagradable asunto por zanjado.

Ullrapós los miró a ambos, les mostró su agradecimiento por haber contado con él, por escucharlo y por no flaquear tampoco. Enseguida se marchó a la estación para coger el tren a Barcelona.

Desde el paseo de La Castellana hasta Atocha, a través de la ventanilla del taxi, deseó encontrar al girar cada esquina la misma sombra del vestido de lamé color salmón que le regaló a Liliana.

Máximo Zafara recibió muchos agasajos de los compañeros que estaban en Verín de convención. Le preguntaron por los pormenores de la reunión ministerial y él contó solo hasta donde era sensato hacerlo.

A sus superiores, en cambio, los informó con mucha prolijidad del encuentro y reconoció que su papel había sido el de un eslabón, ya que formaban parte de la cadena de fabricación de aquel medicamento, y que la decisión ya estaba tomada antes de que llegara él.

Todos estuvieron de acuerdo en que las materias primas que se suministraban a la industria farmacéutica pesaban bastante menos en sus balances contables que las que se utilizaban, por ejemplo, para las aleaciones que se destinaban a la construcción de buques o de cables y demás conductores eléctricos. Perder una partida de estas últimas hubiera resultado un descalabro. Les convenía mantener sus buenas relaciones con el Ministerio de Comercio. A cambio de haberles facilitado aquellos datos inventariales, se concretaría la visita del ministro a sus explotaciones y con ello el respaldo gubernamental a Minas Generales, es decir, su garantía de porvenir.

Al día siguiente saldría Máximo para recorrer por primera vez las cuencas propiedad de su empresa en la franja norte: desde Asturias hasta Aragón, de forma que no llegaría a Barcelona hasta el siguiente miércoles por la tarde. Durante todo este recorrido le acompañaría la imagen de Baladre sobre el fútbol con las muñecas desolladas.

* * *

El atardecer era resplandeciente, tan brillante que todo lo que alumbraba la luz naranja parecía cristalizado.

—Nuria, te noto muy bien —le dijo Boro en cuanto la vio aparecer en la terraza del Savoy—. Mejor incluso que la otra noche en el bar. ¿Es cierto que ya ha pasado todo?

—Lo que tiene que ver con mi salud, sí —le dijo Nuria con la vista baja.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que no debería estar aquí. Me siento culpable, casi no estoy con mis hijos por estar...

Boro se acercó lentamente a ella y rozó su mejilla con los labios al susurrarle:

—Solo es una tarde a la semana más o menos, y alguna hora más el tiempo que no estás con ellos. También necesitas descansar, despejarte.

—Pero no es solo eso, sabes que hay más cosas... Mi familia, como te conté, vive en el Bajo Ampurdán, yo estoy muy sola aquí en Barcelona. Son muchas las cosas que últimamente me han sucedido. Mi relación con los señores Frument, ver la forma en que trabaja y cómo es doña Leonor, que pisa fuerte y nada la amedrenta, y cómo se desenvuelve Liliana; a veces pienso que yo podría trabajar como ella, al fin y al cabo he estudiado lo mismo. Tantas sensaciones que se me agolpan. Es como si me hubiera llenado de temor. A veces me siento en otro mundo en el que no sé cómo comportarme.

—Todos tenemos nuestros miedos. Es normal —le dijo Boro.

—Sí..., pero además de todo esto, te he conocido a ti. —Nuria alzó la mirada.

—Pensaba que te gustaba que así fuera. La otra noche cuando cenábamos me lo repetiste.

Boro acarició su mano y ella le correspondió. Él acercó los labios a los suyos y se besaron. Nuria se apartó un poco y lo miró. Se contuvo, aunque solo tenía ganas de besarlo, de buscar refugio en él porque se sentía a la intemperie en medio de una tormenta.

—Boro, no sigas, por favor... Entiéndeme, yo me casé muy enamorada de Máximo. Me fascinó. Me tenía deslumbrada con sus maneras, con su ropa, con su mundología, que dicen, a pesar de los pocos años que nos llevamos. A diferencia de mí, que dependía por completo de mis padres, él tenía una vida propia, ganaba mucho dinero, era italiano, ocurrente, divertido, siempre con un plan, una respuesta, con tanta energía... Y tal vez esto te parezca superficial, pero su físico me atrapó. El pelo tan negro y brillante, su manera de mirar, siempre con esa elegancia que parecía que había nacido así: con el alfiler de la corbata y los gemelos puestos.

A Boro le vino a la mente el día en que lo vio en su portal y tuvo muy claro de dónde salía.

—Lo dices como si te arrepintieras.

—No sé, no lo sé, estoy hecha un lío. Aunque no creo que deba contarte estas cosas precisamente a ti. Además, por lo que sé, te va muy bien con Ágata

Kepler.

Boro estalló en una carcajada. Le sorprendió que Nuria hubiera retenido el nombre.

—¿Por qué te ríes? ¿No se llama así? —le dijo ella bastante desconcertada.

—Sí, así se llama exactamente. Si quieres, puedo presentártela ahora mismo.

—¡No! —dijo muy incómoda—. Perdona —añadió enseguida—, no quería ser brusca. Es que ahora no tengo la cabeza para nada. No hago más que darle vueltas a un anónimo que he recibido.

—¿Qué anónimo? —le preguntó Boro muy alterado.

—Un sobre bastante voluminoso que me entregaron cuando fui a cerrar mi apartado de correos la otra tarde, antes de despedirme de los señores Frument.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Porque cuando lo abrí en mi casa no le di importancia, pensé que se trataba de un error. Iba a devolverlo a la oficina postal, convencida de que no era para mí. Pero...

—¿Pero?

—Pues que esta mañana, después de volver a mirar bien todos los papeles, he confirmado que sí está dirigido a mí.

—¿Y qué dice?

—El nombre de Máximo está en un resguardo del Monte de Piedad junto al de una mujer: Mara Solano. Se trata del recibo de unas joyas desempeñadas: una gargantilla y unos pendientes. También hay una tarjeta de visita con una dirección, pero sin nombre, y un papel que dice: «Pida un certificado en este juzgado de Madrid a nombre de Máximo Zafara, ese sinvergüenza».

—¿Crees que tiene una amante?

—O que como lo acaban de ascender, algún envidioso quiere jugarle una mala pasada. No lo sé. Dentro del sobre había también varias fotografías de unas personas que no conozco. Junto con otra nota escrita a mano en un papel amarillento rayado. Dice: «Aquí, un regalo cortesía de un amigo mío de Madrid que me debe bastantes favores. Seguro que le interesa».

Al contrario de lo que ella esperaba, Boro permaneció en silencio, no replicó ni intentó convencerla de nada.

—No sé qué creer. Él pasa mucho por allí. Estos días tenía una reunión en un Ministerio, sin ir más lejos. Además, para coger la nacional hacia Verín pues a veces duerme en Madrid. Pero no sé. Desde que encontré todo esto tengo muy mal cuerpo. Como si fuera algo definitivo.

—Además de Lilitiana, ¿quién más sabía de ese buzón?

—Solo tú... —Nuria dudó porque se le había pasado por la cabeza que Boro podía ser el remitente—. Nadie más. Escondí la llave en un lugar bastante insólito.

—¿Y qué piensas hacer?

—He estado dándole muchas vueltas y, bueno, cuento con unos días para averiguar de qué se trata porque Máximo aún tardará en volver. Quiero ir a esa dirección, ver qué hay allí, qué saben de mi marido..., y quiero que me acompañes.

Boro la miró sorprendido.

—Iremos con Mireia y con Marc —añadió Nuria muy deprisa.

—No sé..., desplazarnos expresamente a Madrid para eso... Hay otros medios.

—Quienquiera que viva o trabaje allí no tiene teléfono. He ido a la compañía esta mañana. Menuda historia les he tenido que contar: que mi madre vivía allí, que vamos a vender la casa, que tenía que quitar la línea, que no recordaba el número. ¿Sabes qué han hecho?

Boro negó.

—Han mandado a uno de una oficina de la Telefónica cercana adrede a preguntar.

—Sí que has sido persuasiva. —Boro sonrió—. Pero ir allí... me parece excesivo.

—Me da igual, quiero ir. Y... quiero ir contigo, Boro. Si estoy a tu lado será mejor. No sé qué me voy a encontrar. Necesito que vengas, por favor. Hazlo por mí, por nosotros. Prometiste protegerme en medio de todo esto y no me cabe duda de que tiene algo que ver, que está relacionado.

—Iré.

Nuria lo abrazó para agradecersele.

—No se me ocurre nada que prefiera más que estar a tu lado. Sea donde sea y sea por el motivo que sea —le susurró él.

Ella sintió la vibración de su voz como un cosquilleo sobre el pómulo. Después le rozó los labios con los suyos. Como si hubiera sido algo casual.

—Solo veo un problema —continuó Boro mientras luchaba contra las ganas de volver a besarla—. Con lo despierta que es Mireia, le contará todo a su padre: que fuisteis a Madrid con el mismo señor al que ya conoce, que dormimos en el mismo cuarto, que comíamos juntos.

—Ya he pensado en todo eso. Iremos en tren y haremos como que nos encontramos en Zaragoza. Como tú dices: «Dios puede librarnos de todo

menos de las casualidades». Mireia se alegrará de verte. Y solo serán dos noches y en habitaciones contiguas —matizó.

—¿Estás segura? —le preguntó Boro con una mirada que Nuria no pudo resistir más que unos segundos—. ¿Será así toda la noche o solo hasta que ellos se duerman?

—No los voy a dejar solos ni un minuto ni a un par de metros. Ya las he reservado desde el teléfono de Dora. —No sabía hacia dónde mirar y se decidió por sus labios—. Además, no tenemos más remedio.

—Sabías que te acompañaría. Lo sabías desde el primer momento. Por eso has hecho todas las gestiones.

Ella asintió satisfecha.

—¿Y qué vas a contar sobre el motivo de tu viaje? ¿A contarle? —se corrigió Boro.

—Solo se lo tengo que decir a Dora y a Úrsula. Que es una petición de los señores Frument a la que no me puedo negar. Que quieren que les haga de interlocutora con unos señores que vienen de París. A Máximo no le diré nada. No tiene por qué enterarse de que hemos ido. Aleccionaré a Mireia. Ya veré cómo. Le diré que vamos a ver a mis padres y después me tendré que inventar algo más sobre por qué no los vimos.

—Pero te olvidas de un detalle. Del más importante —le dijo Boro impresionado por su diligencia.

Ella lo miró sin comprenderlo.

—Esa reunión inventada justifica que te desplaces hasta allí, pero ¿con quién dejarás a tus hijos mientras tanto? Se pueden quedar conmigo, pero entonces no podré acompañarte a la dirección que aparece en la tarjeta.

—Boro, yo nunca me olvidaría de algo así. Cuando he hablado con Liliana hace un rato para ver si sabía de dónde podía haber salido el anónimo, me ha visto tan decidida que ha llamado a su hermana, ya sabes que vive en Madrid. Me va a hacer el favor de quedarse unas horas con los niños.

—Sí que lo tienes atado y bien atado. —Boro le sonrió de nuevo.

—Eso espero. Bueno, todo está claro, ¿no? —Nuria lo cogió de la muñeca y la notó muy rasposa.

—¿Y cuándo salimos?

—El domingo a las siete de la mañana tienes que estar en la estación de Francia. Eso sí, si nos encontramos antes de subir al tren, solo te haré una seña y no nos veremos hasta Zaragoza.

—¿Pasado mañana? —le dijo él muy sorprendido.

—Así es, Máximo tiene que ir a unas minas y sé que no llegará hasta el miércoles. Dormimos en Madrid desde el domingo y el martes nos volvemos a

primera hora.

—Pero no puedo desaparecer así como así del laboratorio. Cuando me lo has dicho pensaba pedir unos días de vacaciones. Sabes que los empleados del sótano, los de la fábrica, dependen de mí para el control de calidad. Tengo que organizarlos —dijo Boro tocándose el cabello—. Además están los señores Frument. Me parece muy grave con lo bien que se han portado siempre conmigo. Si nos pasara algo...

—Bueno, no te preocupes, si no te ves capaz, iré sola —le dijo bastante contrariada.

—No, no. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para ayudarte. Solo que espero que no descubran que estamos en Madrid y juntos.

—Bueno, Liliana puede ayudarnos con eso. Si le pedimos que nos cubra, estoy segura de que no se negará. Puede decirles a todos, no sé..., ¡que estás enfermo! Todo el mundo se pone enfermo de vez en cuando, ¿no? Tú también tienes derecho a quedarte un par de días en casa.

Nuria no pudo evitar sonreír. Se sentía ufana por su capacidad para inventar. Como siempre le había sucedido desde que escribía, esa sensación conseguía mitigarle un poco tanta aflicción.

—Cada vez te noto más desenvuelta. Como si ya no temieras a nada a pesar de lo que me dices.

—Así me siento cuando te tengo a mi lado. No quiero prescindir de tus abrazos, me cobijan.

Boro la besó con ternura, pero enseguida se apartó.

—Yo también he recibido algo. Mira —Boro le mostró una postal con un texto muy escueto y firmado solo con dos letras: L. M.

Después de leerla, Nuria le dio la vuelta. Pensó que aquel atardecer de la fotografía podía ser de cualquier parte del mundo.

—¿De quién es? ¿Se trata de tu amigo?

—Sí, es de Lorenzo Montauriol. Ya ves lo poco que dice: que ha llegado y que está bien. Solo quería que supiera...

—Que está vivo.

—Así es.

Los dos se quedaron en silencio. Cada uno sopesaba la gravedad de su situación, la de ambos por separado y la de los dos juntos.

Boro le dio una palmada en la mano a Nuria y para que cambiara la cara taciturna le dijo:

—Nos hemos olvidado de Ágata.

—Es verdad —le dijo Nuria echándose las manos a la boca—. Olvídalo. Olvídalo todo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que le parezca bien —respondió Nuria bastante agitada.

—Igual sí. ¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

Nuria lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Por qué no? Ya que yo voy a hacer tantas cosas por ti, pues tú podrías hacer al menos una por mí. Bueno, dos —le dijo él mientras desplegaba los dedos ante los ojos de Nuria.

—Dime —dijo ella reacia.

—Acompáñame un momento a nuestra casa y así la conoces.

—Boro, no sé, así de repente, presentarme en tu casa y decirle ¿qué? Que nos vamos los dos a Madrid. Bueno, los cuatro. Y ella, si quiere. Puede venir con nosotros... Aunque... no me sentiría muy cómoda teniendo enfrente a la mujer de un hombre al que he besado. Varias veces.

—Que venga es una posibilidad —dijo Boro mientras le cogía la mano para que lo siguiera—, aunque me temo que preferirá quedarse a tomar el sol en la terraza. Ya nos conocemos de sobra.

En apenas diez minutos llegaron. Una vez en el portal, el ingeniero químico comenzó a subir los escalones muy despacio, como a cámara lenta.

—¿Es por si está dormida?

—No, solo que no me gusta hacer ruido a estas horas —dijo Boro mientras miraba de reojo hacia la puerta entreabierta de la derecha para asegurarse de que las pupilas de doña Rita no lo habían detectado. Por nada del mundo quería que se asomaran sonrientes a la puerta de su patrona.

—Está bien. —Nuria se quitó los zapatos de tacón y lo siguió.

En cuanto estuvieron en el rellano, él sacó la llave.

—¿No llamas a la puerta? No me parece bien entrar de esta manera, Boro, sin avisar. A mí no me gustaría nada que Máximo me hiciera algo así. ¿Y si no está presentable? No sé, porque no se ha vestido, está despeinada...

—Nada de eso, ella está elegante y con el pelo muy bien arreglado todo el día. Ágata —llamó Boro nada más cruzar el umbral.

En cuanto encendió la luz, la vio sobre el mismo dibujo geométrico de la alfombra donde acostumbraba a esperarlo.

—¿Estará en el baño? —le preguntó Nuria nerviosa.

—No, mira, está aquí —le dijo Boro mientras tomaba a su gata en brazos—. Señora Somport, la señora Kepler. Presentadas quedan. ¿Quieres venir con nosotros a Madrid este domingo, Ágata? ¿No dices nada? Parece que no le hace demasiada ilusión. Bien, pues te dejaré bastante comida, pero no te la zampes de golpe.

Nuria no podía dejar de reír, y a carcajadas, sin disimulos.

—¡Desde luego...! —Lo empujó hacia el sofá que había debajo de la ventana, pero él la cogió del brazo y cayeron los dos juntos.

Boro apoyó sus labios contra la mejilla de Nuria y después abrió los ojos.

—Necesito creer que esto está sucediendo. Que estás aquí, en mi casa.

—Pues tócame si necesitas comprobarlo aún más.

—Sí, eso voy a hacer.

Boro le quitó las medias con delicadeza. Comenzó a desvestirla muy despacio. Cada prenda la dejaba en la silla de al lado con mucho cuidado.

—Déjame que te vea, Nuria. Te he imaginado tanto... He hecho tantas veces el amor contigo... Cada noche. Durante horas.

A pesar de su desnudez, allí sentada en el centro del sofá tenía una sensación de protección como si por fin estuviera a salvo. Las miradas de Boro, sus manos, sus labios eran como una reverencia, se sentía ensalzada.

—Gracias por quedarte y hacer que hoy sea verdad —continuó él mientras le besaba el cuello, los senos, el ombligo, las ingles.

Boro se incorporó y se desabrochó el cinturón. Sus pantalones cayeron y Nuria pudo admirar sus piernas firmes. Lo abrazó por la cintura.

—Ven, vamos a mi cama.

Nuria prefería no decir nada, dejarse llevar de la mano. Se miró al pasar en el espejo del armario y se gustó. No podía pensar en nada más. Como si se hubieran quedado suspendidas todas sus cavilaciones, como si nada más importara fuera de allí.

—Tú eres mi mujer, Nuria. No puede haber otra —le dijo Boro mientras se colocaba encima de ella.

Sus cuerpos estaban en paralelo, sus ojos, sus bocas, sus pechos, las caderas, las rodillas, casi todo coincidía. Cuando aún se juntaron más y ya no hubo ninguna separación, Nuria sintió que aquel era el lugar al que siempre había deseado llegar.

Nuria y Boro recorrieron la calle Adela Balboa en el barrio de Bellas Vistas del distrito de Tetuán en Madrid.

—Mireia estaba encantada con la olla de chocolate que ha preparado la hermana de Liliana para el desayuno. No ha dejado de repetir lo bien que olía. Parece que hasta les ha gustado venir de viaje. Mira, aquí está la dirección. —Nuria le tendió la tarjeta de visita—. Se la indicamos a un taxista y, no sé, miramos el sitio por fuera primero. Tenemos que pensar algo, no podemos aparecer así como así. No sabemos qué hay allí.

—Creía que eso también lo tenías planeado.

—No, eso no, lo he intentado, pero me ha resultado imposible.

—Bien, déjame entonces a mí. Después ya vienes tú.

Dentro del coche permanecieron en silencio, cada uno miraba por su ventanilla como si fueran en vehículos distintos.

—Entraremos por la calle de Trafalgar —les dijo el taxista—, y antes de la plaza de Olavide giraremos a la derecha, creo que Raimundo Lulio es..., a ver... —Y contaba con los dedos—. Luchana no, después por don Juan de Austria y, sí, la que sigue creo que es.

Ninguno de los dos lo atendía. Nuria deseaba que los llevara hasta un solar en el que no hubiera nada. Conforme avanzaban se sentía peor.

—Boro, no sé si ha sido una buena idea —le dijo.

—Ahora ya estamos aquí.

—Sí, ya casi estamos —dijo el conductor como si hablaran de su carrera—, pero, si quieren, yo los llevo donde manden.

—No, no se preocupe, siga —le indicó ella.

Boro le cogió la mano y se la puso sobre la pierna. Iba a decirle que con aquella comprobación se iba a quedar más tranquila, aunque él sabía que, si era todo como anticipaba, sucedería justo al contrario, pero ya no tenían vuelta atrás. Pasó el brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí, comenzó a besarla

como si fueran a separarse para siempre. No quería reconocer que también él estaba muy nervioso.

—Llegamos —les anunció el chófer como si no hubiera visto cómo habían pasado los últimos metros.

Mientras Boro le pagaba, Nuria salió por la otra puerta. Enseguida él rodeó el coche y la cogió de los hombros. Temblaba.

—Mira, esta es la esquina de la calle, ve por esa que se llama Garcilaso y espérame en la plaza. Iré enseguida.

Nuria asintió y se dirigió hacia allí. El ingeniero la vio caminar abatida. Se quedó allí sin moverse porque estaba convencido de que ella se giraría antes de continuar. Y así fue. Se dio la vuelta, lo miró y le hizo un gesto de despedida con la mano. Solo entonces Boro cayó en la cuenta de su enorme parecido físico con Mireia.

Comprobó con la tarjeta en la mano el número sobre la placa de metal de color azulón en el centro del portal y entró. Era el tercer piso. Habían tardado bastantes horas en llegar: la comida, el paseo con los niños, como si ninguno de los dos tuviera ganas en realidad de afrontarlo.

La puerta ante la que se detuvo Boro tenía a modo de mirilla una celosía redonda de las que giran con una manivela. Aún no se le había ocurrido qué decir, pero llamó al timbre igual. Escuchó pasos y enseguida vio a una mujer con una media melena negra con las puntas hacia afuera y un flequillo muy marcado. Tenía los ojos muy redondos y la nariz chata.

—Dígame. ¿Quién llama?

A Boro le sorprendió aquella fórmula para dirigirse a alguien que ya tenía delante, pero lo interpretó como que le preguntaba qué quería.

—Soy compañero de trabajo de su esposo —improvisó.

—Pues no lo conozco. ¿Le ha pasado algo?

—Ya sabe que somos muchos. No, no, tranquila, no es nada malo. Vengo porque estoy haciendo esta ruta —continuó Boro despacio, quería comprobar si la mujer se creía su mentira y cuándo debía atreverse con el dato que les interesaba— y me han encargado que comunique a... Verán qué días de la próxima semana estará en Madrid. ¿Lo sabe usted? —Navascués advirtió que ella no se extrañó cuando nombró aquel lugar de la provincia de Orense. Aquello le sirvió para saber que podía seguir adelante, que las sospechas que no había compartido con Nuria lo guiaban por el camino correcto.

—Pase. —Le abrió la puerta y entonces vio que llevaba en las manos un paño de cocina a cuadros verdes y blancos.

Desde el fondo del pasillo lo miraba una niña muy parecida a la hija de Nuria.

—¿Quién es, mamá?

—Un señor del trabajo de papá, cariño.

—¿Y cómo te llamas? —le preguntó la pequeña acercándose.

—Jerónimo —dijo el primer nombre que se le ocurrió—. No querría molestarla. Me han llamado a la pensión en la que me quedo y me han dicho: tú que estás por allí, pásate un momento por su casa a ver cuándo regresa.

—Este marido mío y su manía de que no tengamos teléfono. En nuestro caso nos iría muy bien. Dice que no quiere aparecer en el listín. Siempre me tienen que llamar a casa de la vecina. Espere, que lo de los días lo tengo anotado.

Boro se quedó en el recibidor. La niña lo interrogaba con los ojos, sabía que en cualquier momento pasaría a hacerlo de palabra. Él aprovechó para acercarse a las fotografías que adornaban el pasillo. Avanzó unos cuatro pasos y vio, después de la imagen enmarcada de unas personas mayores, que imaginó que serían los abuelos de la niña, otra que era el retrato de la boda. El hombre elegante, con gemelos y alfiler a juego que aparecía en ellas, era el mismo que vio bajar del piso de doña Rita y que antes Nuria le había presentado en el laboratorio cosmético: Máximo Zafara.

—¿Y qué nombre es Jerónimo? —se atrevió a preguntarle por fin la pequeña.

—De indio, aunque también es de fraile —le respondió él.

—¿Qué es un fraile?

—Mirella, deja tranquilo a este señor. Ve a cuidar de tu hermano —le gritó su madre desde el fondo de la casa.

—Espera, espera un momentito —le dijo Boro en voz baja a la pequeña cuando escuchó llorar a un niño—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién, mi hermano?

—Sí.

—Marco, pero él no sabe decirlo aún, no sabe hacer casi nada. Es aburrido.

—Discúlpeme. Tenía el caramelo al fuego y le estaba dando unas vueltas antes de ponerlo en los moldes. Les encandilan los flanes —le dijo ella de nuevo.

—No, no, tranquila, no tengo ninguna prisa. —Boro imaginó a Nuria sola en la plaza.

—Esta hija mía es muy curiosa, está muy espabilada para su edad. Demasiado.

La niña salió corriendo y se metió en una de las habitaciones.

—Para nada, es muy salada. —Boro se dio cuenta de que había utilizado el mismo adjetivo que la primera vez que vio a Mireia.

No sabía cómo le contaría aquello a Nuria. Solo pensaba que para comportarse en algunos momentos de la vida haría falta un manual de instrucciones.

—Ya se lo he comprobado. No volverá hasta el próximo lunes, es decir, de hoy en ocho días. La última vez que hablamos fue cuando me llamó desde Galicia, siempre vamos así. Me dijo que iba a visitar las minas de Asturias, que llegaría hasta las de Aragón y que, después de hacer algunas gestiones en Barcelona los días siguientes, ya vendría para aquí haciendo noche el domingo a mitad de camino. Espero haberle servido de ayuda.

—Sí, así ha sido, muchas gracias.

—A usted por acercarse hasta aquí.

—No hay de qué. Bueno, despídame de su hija.

Boro bajó las escaleras muy despacio. Cuando llegó al portal, en vez de salir a la calle, se sentó en el último peldaño. Cuando llevaba unos veinte minutos con la cabeza entre las manos, estrujándose el cerebro para dar con la manera menos dolorosa de decírselo a Nuria, apareció en el umbral una anciana con varias bolsas de malla.

—¿Me deja pasar, joven? —le dijo mientras se situaba frente a él.

—Va usted muy cargada, la ayudaré —le contestó él enseguida.

—¿No serás un atracador, no?

Boro rio sin saber si aquello tranquilizaría a la mujer o la alteraría más.

—Mire, espere aquí, dígame en qué piso vive y se lo dejo en la puerta.

—Así sí, así me fío más. Pero no te comas nada por el camino. Que vivo en el quinto nada menos y de aquí a allá...

Mientras bajaba de nuevo, después de subirle la compra, vio que había oscurecido. Accionó el interruptor debajo de los contadores y entonces apareció Nuria.

—¿Por qué no venías?

—Sí, ya iba para allá.

Nuria le señaló a la mujer y él negó.

—Esta señora necesitaba que alguien la ayudara a cargar con lo que traía.

Entonces, a Boro se le ocurrió que, con una persona desconocida interpuesta entre ambos, la situación que de todas formas iba a ser muy amarga al menos sucedería por entregas. Dosificada.

—Soy compañero de Máximo, ¿sabe? —dijo a bocajarro para dar comienzo a la conversación.

—¿El italiano del tercero?

Boro asintió fingiendo mucha convicción.

—Para poco por aquí. No sé, esa chica casi siempre está sola con los pequeños. Eso sí, son la alegría de este edificio. Menos mal que tiene a su vecina que le echa una mano, que si no, lo que es por su madre...

Nuria estaba desconcertada. Miraba a Boro y a la anciana sin dar crédito a aquella conversación.

—Qué vida tan solitaria, con lo joven que es —intervino Boro.

—Y que lo diga. Su madre desde que enviudó no sale del casino y hasta se ha ennoviado. ¡Qué cosas! ¡A nuestra edad! Y con las deudas de juego hasta ha empeñado las joyas, no le digo más.

—Pobre..., entre el marido y la madre... —le dijo Boro con complicidad a la anciana—. Ya me hago una idea.

Se escuchaba el paso de los medidores de la luz, un *clac-clac-clac* ininterrumpido. Debajo de sus cajas de madera, Nuria cada vez se pegaba más al rincón. Boro temía que, espantada por lo que estaba escuchando, saliera corriendo.

—No me tire de la lengua, que a mí no me gusta hablar, pero él no me da muy buena espina —continuó la señora—. Verán, yo me meto en mi casa y, como dicen, Dios en la de todos. Cada mochuelo a su olivo, pero este verano vi algo que no me gustó un pelo. La madre y los chicos estaban en el pueblo de la sierra del que son; me había dicho ella, Mara, que se marchaban cuando subió a despedirse, y el golfo este, que eso es lo que es —enfaticó la anciana, y Boro asintió de nuevo—, llegó por la tarde con una señorita de esas uniformadas que van en los aviones, así parecía, como las de las películas. Yo ya no sé más, pero no me negarán que eso no está bien. No hay que ir a casa de un hombre casado cuando se sabe que no hay nadie más. Y esta bendita siempre arrastrando el carrito y con la niña de la otra mano.

—Tiene usted razón. Eso es una canallada —le dijo Boro indignado.

Las sombras del zaguán habían ocultado por completo a Nuria. La anciana parecía que se había olvidado de ella.

—Pues eso, que no me tiren de la lengua. Hasta más ver —les dijo para despedirse.

—Adiós, señora. Que le vaya bien —le respondió Boro.

Esperó a que subiera el primer tramo de escalera y entonces se acercó a Nuria. Colocó su frente contra la suya. Ella lloraba con el mínimo ruido que era capaz de hacer, pero no podía controlar su temblor. Boro le pasó la mano por la mejilla, después le acarició la nuca y apoyó la cabeza contra su hombro.

Nuria no tenía fuerzas para salir, se dejó caer y, cuando estuvo sentada en el suelo, se cogió las rodillas con ambas manos. Al cabo de un par de minutos le habló.

—¿Qué voy a hacer? Es un miserable, un cínico. ¿Has oído lo que contaba esa mujer? Parecía que hablaba de mí. ¿De verdad tiene otros dos hijos aquí?

Boro asintió apesadumbrado.

—He visto a la niña, se llama Mirella, con «elle». Y su hermano se llama Marco.

El sollozo de Nuria fue como un alarido. Respiraba de forma entrecortada, hipaba.

—Vámonos de aquí, te vas a poner enferma.

—Ya lo estoy, Boro, me quiero morir. ¿Qué voy a hacer con mis hijos?

—De momento, vamos a recogerlos, después cenaremos en el hostel, aunque creo que a ellos los habrán atiborrado en casa de la hermana de Liliana. —Boro quería llenarlo todo de elementos cotidianos, cubrir con ellos, pieza a pieza, el abismo al que se había asomado Nuria, pero sentía que también le faltaban las fuerzas—. No estás para ver a nadie. Lo haremos de otra forma: te dejaré con el taxi primero a ti en la habitación e iré yo a por ellos. Les agradeceré que se los hayan quedado y te disculparé. Cuando llegemos, le compras un regalo a la hermana de Liliana y le dices a ella que se lo haga llegar. ¿Te parece bien?

Nuria asintió. Estaba ausente.

Boro sabía que en aquellos momentos para ella todo aquello eran nimiedades, pero no quería que dejara escapar el delgado hilo que la unía con la realidad.

—Gracias —le dijo sin ánimo para añadir nada más.

El viaje de Barcelona a Madrid, dormir en la habitación contigua a la de Boro, después de lo que había sucedido en su casa, las conversaciones que él había mantenido con aquellas mujeres... le conferían a todo un aire extraño, como de pesadilla ajena.

* * *

En el trayecto de vuelta se sentaron juntos en el tren. Ya no tenía sentido disimular cuando su vida iba a cambiar por completo. En cuanto Nuria advirtió que Mireia y Marc dormían, le dijo:

—¿Crees que tendría que haber sido más valiente y subir a hablar con ella? No he podido dormir apenas, imaginaba a las niñas que jugaban juntas, después me vencía el cansancio y comenzaban a atravesarme imágenes de gemelas, soñaba que Dora, u otra Dora, con otra Úrsula también estaban en ese edificio de Madrid. Siento como que he vivido un espejismo, esto es mucho más que un engaño.

—Nuria, sé que mi consejo en este caso es el de una persona sin ninguna experiencia, tal vez por eso te convendría hablar con el padre Vilesermes, pero

por mi parte te digo que tienes que actuar con mucha calma, no te precipites, piensa que en lo que queda de mes solo lo verás unos pocos días. Finge, gana tiempo. Mientras, tienes que arreglar todos los papeles como más te convenga, no te dejes llevar por la furia.

—No voy a ser capaz de controlarme.

—Quizá te haga bien hablar con una amiga, desahogarte.

—¿Con qué amiga, Boro? No tengo ninguna —dijo Nuria con amargura.

—Puedes hablar con Liliana. Ella también se ha visto en una situación sentimental muy complicada.

Nuria asintió pensativa.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer con tus hijos? ¿Lo que vas a decirles? Tienes que intentar que a ellos les perjudique lo menos posible esta situación.

—Lo sé, pero ahora no sé ni qué decirme a mí misma. Ni a ella, a Mara —dijo en voz muy baja como si estuviera en aquel vagón o alguien la conociera.

—No debemos trazarles la vida a los demás. Déjala, al menos de momento. El día de mañana Dios dirá. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Ya lo he hecho: casarme con él. ¿Te parece poco?

—Seguro que hay alguna salida.

—¿Qué salida? —preguntó Nuria angustiada.

—No lo sé, pero si quieres..., podemos buscarla juntos. Si es bígamo es posible que los dos matrimonios sean nulos. No sé de leyes, pero todo es cuestión de informarnos.

Nuria lo abrazó y rompió a llorar. Él la apretó contra su pecho deseando retenerla así para siempre.

—Menos mal que te he conocido, Boro.

* * *

Estimada señora:

Le confieso que hasta hace poco tiempo pensaba que muchas de las historias que le escriben eran inventadas, que no podían suceder tantas desgracias juntas, pero ahora sé que es justo lo contrario, que los acontecimientos que se ciernen sobre alguien pueden ser bastante más crueles que los que transmiten las ondas cada tarde; que estos, al lado de la realidad, resultan incluso leves.

Tengo veinticinco años y mi ingenuidad me ha llevado a la amargura. Pensaba que con ser buena persona ya estaba todo hecho. Ese es el resumen.

Me cuesta mucho levantarme cada mañana, lo hago por mis hijos. Estas semanas he conocido a muchas mujeres desgarradas, que no sé de dónde sacan las fuerzas para continuar adelante. A mí, en

cambio, me falta energía.

Hoy hace exactamente dos días desde que supe que mi vida tenía un reverso. Se quebró el cristal que sostenía las mentiras en las que vivía. Desde entonces no avanzo, no despierto de este mal sueño. Mi marido me ha traicionado, señora, le encomendé mi futuro, ese fue mi error: poner en sus manos mi ilusión, darle toda mi confianza. He pasado a su lado unos años lujosos, en los que no me faltaba de nada, pero parece que a él sí. Cuando lo tengo enfrente, se comporta tan normal, aún no sabe que estoy al cabo de la calle. ¿Por qué lo ha hecho? No encuentro ninguna explicación y esto es lo que más me descorazona.

Dígame que todo esto no tiene nada que ver conmigo. No sé si preferiría no haberme enterado. Estoy agotada. Lo odio por haberme destrozado la vida. No hay vuelta atrás. No se moleste en decirme que el matrimonio es sagrado, que lo perdone, que me reconcilie con él porque no lo voy a hacer. Sé que en este país no me puedo divorciar, pero tampoco me quiero condenar a aparentar, a fingir, a la falsedad, a que todo sea una farsa.

¿Cómo ha sido capaz de infligirle este dolor a la persona que más lo ha querido? Y seguro que hay muchas más cosas que no sé ni sabré nunca. El camino de la abnegada madre y esposa conduce a un solo lugar que se llama Ninguna Parte. Siento mucha rabia. ¿Así acaban las parejas? ¿En traición y desengaño? Si vivir es adaptarse, ¿qué es sobrevivir? ¿Hacia dónde debo continuar ahora?

Señora, yo solo buscaba a alguien que me quisiera, solo eso, y él se ha burlado de mí. Perdóneme este desahogo, pero necesitaba sacar de mí todo esto, verlo ante mis ojos. Pero no todo son malas noticias: creo que en mi nuevo camino me acompañará alguien sin duda mucho mejor porque no miente.

Le quedo muy agradecida por leerme ya que me siento muy cercana a usted.

Atentamente,

Nuria Somport

Fue como si la tinta para escribir aquella carta le hubiera manado de las venas después de retumbarle dentro del cerebro, de estragarla, de empujarle con fuerza las lágrimas hacia afuera. Escribió la dirección del instituto y en el revés del sobre sus datos completos. Deseó que aquel papel volara, que se alejara de ella, que se radiara incluso, que lo escuchara Máximo, su mujer madrileña, alguna azafata, que lo leyera el padre Vilesermes, Liliana, los señores Frument cuando volvieran, y sobre todo, que oyera ella desde su casa la voz de la locutora, mientras permanecía sentada en su salita de estar, acompañada de la máquina de escribir y de las demás cartas tan dramáticas o más que la suya, y con los fragmentos del rompecabezas de su vida ante sí. Se sentía humillada, patética, pisoteada, nadie especial, una más, una entre tantas otras: cualquier mujer.

Los señores Frument mostraron sus invitaciones en la puerta. El salón en el que se celebraba la feria de perfumería y cosmética en Buenos Aires era casi todo dorado. Había dos hileras de lámparas de cristal enormes y las paredes, separadas a cada cinco metros por una columna de estilo *art déco*, lucían frescos con ninfas y otras figuras femeninas mitológicas. Al ritmo de una orquesta servían cócteles y champán y parecía más una fiesta que un encuentro para hacer negocios. Las personas que pasaban por la calle se detenían a mirar a través de los ventanales. En el lado opuesto había un acceso a un jardín interior. Doña Leonor y don Aleix localizaron enseguida a sus anfitriones.

—Justo a tiempo —dijo la señora Frument.

Sobre el escenario, un hombre delgado con un traje que parecía un solo trozo de tela del que destacaba el rectángulo de su camisa blanca anunció los actos que tendrían lugar a continuación.

—Nos han asegurado que esa mujer es un prodigio de la naturaleza —añadió al escuchar el nombre que acababa de anunciar el presentador.

—Así es, querida —le dijo Nilda Rangel, directora de una de las casas de productos de belleza más importantes de Argentina—. Es extraordinaria, fenomenal. No se prodiga nada. Nosotros solo la vimos una vez en Villa La Angostura y porque nos quiso hacer el favor.

—Pues si ha venido hoy, será que necesita dinero —dijo el señor Frument.

—No lo creo, está forrada. Tiene una de las fortunas más grandes del país, aunque no se sabe muy bien de dónde ha salido tanta plata. Hay rumores..., pero... me inclino a pensar que si está hoy aquí es más por vanidad, por el placer de dejarse ver.

—Bueno, al fin y al cabo está en su derecho. Su trabajo le tiene que costar mantenerse tan bien, si después nadie la admira, pues tampoco le sirve de nada —dijo la señora Frument—. Ya sabes, querida Nilda, que conocerla es el motivo principal de nuestro viaje, y te diría también que de nuestra vida, al

menos laboral, aunque en Barcelona no hemos querido decir nada. Andando y viendo.

—La sin par, la mujer más bella del planeta, su estilo no tiene parangón. Créanme si les digo que Frida Lorensen es un prodigio viviente —intervino el presentador.

—Este hombre nunca para de hablar —continuó Nilda—, es un periodista muy conocido acá. Se llama Lautaro Amalfi. Dicen que bebe los vientos por ella, pero que ella no le da bola, y eso que realmente le duplica la edad, y el muchacho no está nada mal.

Se abrió el telón y apareció una joven acompañada por dos bailarines vestidos de esmoquin. Lucía un vestido negro hasta los pies, muy ajustado en la cintura y con un hombro al descubierto, la melena lacia le caía hasta media espalda y le rodeaba el cuello una gargantilla rígida de diamantes que bajo los focos todavía lanzaban más lejos su fulgor. Tenía los pómulos muy altos, los labios carnosos, los ojos verdes y grandes, y las pestañas negras y muy tupidas. Se movía con un aire muy ligero, como si apenas rozara el suelo. Los mismos acompañantes acercaron dos butacas de terciopelo rojo hasta el proscenio y volvieron a recorrer el escenario con dos micrófonos y dos soportes para colocarlos. Por último, para completar la escenografía, colocaron una lámpara entre los dos sillones. El público se arremolinó lo más cerca posible de ellos.

—Buenas tardes, señorita Lorensen, gracias por obsequiarnos con su presencia. Como sabe, quienes hoy nos acompañan son profesionales de la industria de la estética y quieren conocer sus secretos de tocador. ¿Qué hace para ser y mantenerse así? ¿Cómo cuida su piel, sus uñas, su pelo? ¿Qué hace para guardar la línea? Para aparentar, en suma, más de treinta años menos de los que su cédula de identidad certifica.

—Te lo he dicho, querida —le dijo Nilda Rangel a doña Leonor—. Este hombre nunca deja de hablar, tiene logorrea. Qué horror. Es pesadísimo. A ver si se calla y nos podemos enterar de algo.

—Está bien que la introduzca, no todos saben quién es. Nosotros llevamos siguiendo su caso años, pero puede haber muchos otros que la vean por primera vez y crean que se trata de una quinceañera —le respondió la señora Frument.

—Que algunos de los que están aquí aún no la hayan visto al natural es posible, pero que no hayan escuchado hablar de ella, lo dudo. Es un mito, al menos para nosotros, algo así como si fuera una pieza, la mejor, del museo de Bellas Artes o del Nacional.

—A ver qué dice —le dijo doña Leonor para que cesara de hablar ella también.

—No, no, nada, qué va a decir, es una coqueta, siempre hace lo mismo, que si va a contar la fórmula de la eterna juventud, que si hablará de sus hábitos, de sus rutinas de belleza, y después nada. Viene a pavonearse ante los demás, a hacernos sentir perecederos, un desastre, y ella, mírala.

Desde el primer momento en que se conocieron, la señora Frument tuvo muy claro que Nilda Rangel era tan critica como buena profesional, que tenía que soportar una cosa para no perder la otra. Pero en ocasiones como aquella su carácter la exasperaba.

—¿Se necesita mucha disciplina, señorita Lorensen? —volvió a interrogarla el entrevistador.

Ella aún no había hablado. Antes de comenzar, lo primero que hizo fue sonreír a los que ocupaban las primeras filas.

—Veremos quién ha sido el mejor postor —le dijo de nuevo su amiga argentina a la señora Frument—. Cada año nombra una marca de cremas para decir que son esas las que se aplica. Quienes más le pagan son los elegidos. No hay otra. Y eso que no necesita el dinero.

A la señora Leonor comenzaron a ponerla nerviosa sus interrupciones. Nunca había visto tan alterada a Nilda Rangel. Durante sus viajes anteriores siempre se había comportado de una forma más prudente dentro de su extravagancia. Pensó que se debía a que la meta de su existencia era llegar a ser como quien estaba en el escenario.

—¿Qué hace en un día cualquiera? —le preguntó el periodista—. Pero antes de nada, y por si alguien en la sala no la conoce, díganos en qué año nació. Y sabe que no es descortesía, sino en su caso todo lo contrario: un halago.

—En 1914. Un número precioso.

Se escuchó un murmullo general al que ella no hizo ningún caso.

—Verá, no sé si a alguien le servirá todo esto, pero de cualquier manera y después de agradecerles su invitación, que ha conseguido sacarme de mi retiro y hacerme venir a la capital, se lo contaré si ese es su gusto.

Los que tenía enfrente asintieron a la vez como si, igual que los que habían bailado al principio, formarían parte de una coreografía.

—Madrugo mucho y me acuesto bastante temprano, acompasarme a la luz del sol creo que les hace mucho bien a mis ritmos vitales. Antes de dormir y nada más despertarme me aplico una crema hidratante, cada vez que se me acaba el recipiente cambio, porque si la piel se acostumbra dejan de hacer efecto. Ahora uso la de Oflaine.

—Te lo decía, la primera en la frente —dijo Nilda.

Por suerte, aquel comentario fue breve.

—Sus horas de sueño, esas lociones, ¿y qué más?

—Vienen a casa a hacerme la manicura y la pedicura dos veces al mes. Me aplican aceite de oliva en las cutículas, me barnizan las uñas con queratina. ¿Sabe lo que es?

El presentador asintió sin dejar de mirarla embelesado.

—Mi cabello es natural. —Tenía un tono tostado, más cerca del rubio que del castaño—. Nada de pelucas, pero tampoco tintes, el amoníaco le hace mucho daño al cuero cabelludo y creo que hasta a las ideas. —Rio—. Dos veces al año, al principio del verano y a final de año, voy a un balneario de Puerto Montt, en el país vecino. Las aguas son muy beneficiosas, pero me protejo del sol con una pabela que más parece un parasol, además me cubro la cara con un pañuelo. No tomo nada de alcohol, o casi nada, ya me entienden, y sobre el tabaco les recomiendo no solo que no fumen, sino que se alejen de cualquier humo. En mi retiro del campo no hay fábricas, no hay contaminación, solo aire puro. Respecto al ejercicio, sigo las tablas que me pusieron en Polonia durante la guerra, además tengo un profesor de gimnasia que viene tres veces a la semana. Se llama Merkery. Tienen que conocerlo. Merkery —volvió a decir.

Y entonces salió también al escenario. Tendría unos treinta años y vestía un pantalón negro y una camiseta de tirantes. Las dos prendas eran tan ajustadas que le marcaban los músculos, sobre todo los pectorales y los de sus piernas.

—Después lo entrevista a él, verá qué maravilla. Además de un atleta, es culto y muy simpático. Creo que no se le puede pedir más a un hombre. —Rio su propia broma.

Lautaro Amalfi lo atravesó con la mirada. Giró su cabeza casi hasta la contorsión cuando lo tuvo detrás de él y después lo ignoró.

—¿Se podría decir que vive usted para su belleza? —preguntó Amalfi.

—Ya comienza con las preguntas filosóficas. Es insoportable. Y además, se ha puesto celoso. Es tan básico... Ese comportamiento es más propio de un simio —le dijo la señora Rangel a doña Leonor.

—Me da muchas satisfacciones cuidarme, creo que lo que más. Tal vez les parezca una ególatra, pero no soporto el desaliño, ver a alguien desaseado me produce repugnancia. Para mí la higiene es fundamental, el primer mandamiento de la belleza. A diario no me maquillo, así la piel respira.

—Sé que esto es muy privado, pero no me resisto a preguntárselo: ¿a qué huele la señorita Lorensen?

—A esencia de vainilla de Madagascar y a futuro.

El auditorio emitió un sonido de admiración que recogió Lautaro Amalfi.

—¿Ve? Por cosas así nos tiene maravillados a todos. ¿Y qué más?

—Nada más levantarme me bebo un vaso de agua caliente con limón, es muy depurativo, a lo largo del día tomo mucho té. Y mi dieta se compone sobre todo de frutas y verduras, un poco de pescado, y carne muy de cuando en cuando, solo cuando me invitan. La educación ante todo, antes incluso que la dietética. Ah, y también creo mucho en las propiedades del kéfir, el yogur de leche de cabra. Y después están las hormonas y los distintos ácidos antioxidantes. Todo eso y en orden lo tendrán ustedes en el libro que publicaré el próximo año.

—¡Qué exclusiva! Gracias, doña Frida, por comunicarlo en este foro. Desde este momento le digo, y sé que hablo en nombre de todos, que esperamos su libro con avidez. No quiero cansarla más, solo decirle a nuestro amable público que en todos y cada uno de nosotros tiene usted a un rendido admirador. Señorita Lorensen, hasta cuando quiera. Mi mayor deseo es dedicarle el entero ejercicio de mi profesión a usted, especializarme en su modo de vivir, transmitir de su mano la fórmula de la eterna juventud que la hace verse tan juvenil, o más aún: como si fuera una niña. —Amalfi se puso en pie—. Permítame que la abrace.

En aquel momento, doña Leonor tuvo que darle la razón a Nilda. Sus esposos ya hacía rato que se habían dirigido al jardín al que se asomaba la galería del primer piso del edificio.

—Nilda —le dijo muy decidida—, tienes que conseguirme esa cita que llevamos años persiguiendo. Como sea. Cueste lo que cueste. Dile que le obsequiaremos nuestros productos de por vida, que le pagaremos mucho dinero, un pasaje para que dé la vuelta al mundo, lo que quiera.

Frida Lorensen lanzó besos con las dos manos a aquel auditorio mientras las luces bajaron. Se retiró de frente hacia el fondo del escenario hasta que se confundió con aquel fondo de mar de terciopelo.

En cuanto entró en Cataluña, Máximo Zafara buscó en la prensa regional alguna noticia sobre Baladre. Quería asegurarse de que la información que el detective había reunido sobre él no caería en otras manos. Estaba convencido de que tenía bastantes más documentos, informes o datos, además de los que él había sustraído del armario de su despacho.

* * *

Entre el aluminio, las paredes alicatadas con azulejos blancos y la cristalera de diez metros de largo del instituto cosmético, el timbre del teléfono retumbaba como si sonara en el centro de una catedral. Liliana avisó a Boro a la vez que tapaba el auricular con la mano derecha.

—Es para ti. —Y luego habló al aparato—: Enseguida se pone, señor Kessler, ¿cómo está? Soy Liliana.

Charlaron un momento mientras el químico se secaba las manos con una toalla que dejó en la esquina de una mesa.

—Aquí estoy, Varick. ¿Todo bien? ¿Cómo está Mirja?

—Bien, bien, parece mentira, pero se está recuperando muy bien. Son cosas que pasan, dice. La Policía aún no nos ha dicho nada. Pero ha habido otra carga de profundidad y casi de impacto. Los del laboratorio están desquiciados. Nos han dado un buen susto. Estamos a salvo por poco.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Boro muy alarmado.

Liliana lo miró intrigada.

—Me empeñé en que saliéramos al campo, mi compañero Singer está blanco como una sepia, va de su casa al hospital y al revés. Ya os conté en Barcelona lo que lo aprecio y creo que a este paso se va a acartonar y lo necesito a pleno rendimiento. Fuimos cerca, a Winterhude. Estábamos nosotros tres y una amiga de Mirja delante del puente del canal. Hablábamos y reíamos

sentados sobre la hierba. Hasta Singer estaba locuaz y bastante alegre para como es él, todo iba muy bien hasta que escuchamos disparos.

—¡Dios mío! Eso es muy grave —exclamó Boro.

Liliana se llevó las manos a la boca e interrogó a Boro con la mirada. Él le hizo un gesto para que esperara.

—Como lo oyes, y a plena luz del día. Una de las balas se incrustó en el tronco del árbol sobre el que yo me apoyaba. Me sentí como el hijo de Guillermo Tell, pero sin manzana en la cabeza. Más claro, agua.

—¿Y lo habéis denunciado?

—Sí, fuimos a la Policía. No creo que se tratara de un cazador ni que el disparo fuera accidental. Les referí también el incidente de Mirja en la piscina de la casa de Meliva en Düsseldorf.

—Los de Orlanta se han vuelto locos, no hay otra explicación. Ya no miden —dijo Boro.

—Están rabiosos por lo que ha pasado en Estados Unidos —dijo Kessler.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay más casos allí?

—No, todo lo contrario. ¿No te has enterado? Cuando escucho que España está aislada, nunca pienso que sea tanto. ¡El nombre de Dafne Gretchen ha salido por todas partes! En toda la prensa internacional. Esta doctora, ella solita, ha conseguido que se detenga la comercialización del telamón allí.

—¿Lo ha parado? —dijo Boro emocionado.

—No, mejor aún. No se ha llegado a vender. Aunque a algunos médicos ya les habían repartido muestras gratuitas. Pero no solo eso, parece que a partir de ahora esas prácticas de regalar fármacos a los médicos ya no se van a permitir en su país. Los del laboratorio y sus filiales están que trinan. Las pérdidas son millonarias. Como no podía ser de otra forma, a ella también la visitó Harald. Pero no cedió ni por un momento.

—Entonces en el garaje del hotel Eliseo de Düsseldorf no le mandaron ir a Barcelona, como supusimos.

—Eso parece, pero de nada le ha servido cruzar el océano porque la doctora Gretchen se ha mostrado inflexible. Enseguida se comunicó con el Ministerio de Sanidad alemán, ahora veremos cómo respiran. En el *Washington Post* ha salido en portada y a toda página. Kennedy le ha otorgado una medalla que es el mayor reconocimiento que se le concede a un civil estadounidense. Ha tenido muchísima repercusión. Nada que ver con la vieja y renqueante Europa. Parece que la están llamando del mundo entero, e incluso así ha tenido la amabilidad de atenderme.

—¿Qué te dijo? ¿Crees que aquí se sabrá?

Kessler rio.

—No creo. Me habló de las amenazas continuas... Lo importante es que no ha sucumbido a las presiones. El presidente dijo en su discurso de la entrega del premio que es la persona que ha salvado de la muerte a más estadounidenses. Es una lección, Boro. Nosotros tenemos que resistir también, sea al precio que sea. Allí se ha dado un paso de gigante. A ella ni siquiera la apoyaron sus compañeros. Todos tenían pánico.

—Nosotros somos más. Esa es nuestra ventaja.

Boro reparó en Liliana, que lo miraba con los ojos muy abiertos como no queriendo perderse nada de la conversación y lamentó tenerla tanto rato en vilo.

—Escucha, Boro, esto es lo más importante: gracias a todo esto que ha sucedido en Estados Unidos, aquí en Alemania la retirada del telamón ya es definitiva, ha dejado de distribuirse. Como no nos fiábamos, lo hemos comprobado y no queda ni un solo envase en ningún sitio. Han borrado el rastro como si no hubiera existido jamás. En las clínicas hay carteles rojos por todas partes que advierten del peligro de administrar telamón a las embarazadas. Los de Orlanta están enfurecidos porque saben que todo ha partido de nosotros dos, de Singer y de mí. Esa es nuestra victoria, pero también lo que aumenta el peligro.

—Pero a la vez os salvaguarda. Sería demasiado escandaloso que os sucediera algo —le dijo Boro para tranquilizarlo.

—Pues ya ves que lo han intentado. Este país está demasiado acostumbrado a asistir a grandes tragedias. Tenéis que conseguir que en España se retire también. Haced lo que sea. Ya estáis más cerca.

—Así es. Pero creo que falta algo muy importante: vuestro trabajo tendría que orientarse ahora a controlar qué hacen con los envases retirados. Son capaces de exportarlos a otros países más desprotegidos. Tenemos evidencias de que su codicia no se detiene ante nada.

—No me extrañaría lo más mínimo. No tenemos ninguna constancia de que se hayan destruido las unidades de telamón. Solo sabemos que desde Orlanta se han reclamado las de Estados Unidos. Espero que la intención no sea la que dices.

—Pues tendremos que estar ojo avizor. No tienen escrúpulos. Son unos asesinos de niños —dijo Boro muy preocupado—. No me extrañaría que esas pastillas acabaran aquí. Sabes que tienen un consorcio de empresas, Sofindus, para eso precisamente, para el comercio bidireccional y directo con Alemania.

—Estaremos en contacto, entonces —le dijo Kessler—. Aún no sé cuánto tiempo voy a quedarme aquí. He estado pensando y creo que en cuanto acabe todo esto me volveré a Madrid, pero puedes estar seguro de que Conrad nos

avisará si pasa cualquier cosa. Tengo que dejarte. Ya sabes lo que vale esto y tampoco quiero hacer un agujero en el presupuesto de la clínica. Solo quería que lo supieras. Pero estad alerta. Da recuerdos a todos. Diles que aquí tienen su casa, al menos por unos meses más.

—Muchas gracias, pero creo que esperaremos a que escampe la tormenta para visitarte —le dijo Boro—. Además, acaban de llamarme los señores Frument. Me han concretado un encargo que me hicieron hace tiempo: me mandan a Brasil. Hablaremos a la vuelta.

—¿A Brasil?

—Sí, acabo de enterarme.

—Buen viaje y hasta entonces. Espero que te vaya todo bien allí.

* * *

Había anochecido y Conrad Singer ya se había marchado. Kessler pensó que él también esperaría mientras repasaba su despacho porque estaba seguro de que los de la farmacéutica le habían colocado un micrófono, también esperaría el nuevo envite de quien era el esbirro de la empresa para cualquier trabajo sucio: Harald Silveiner. Y esperaría que la Agencia de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos (FDA) continuara presionando a otras naciones para asumir sus directrices y que en ellas nadie mirara para otro lado, como había sucedido en Alemania y en España. Le interesaba sobre todo el caso de Gran Bretaña.

Varick Kessler anhelaba por encima de todas las cosas no encontrarse con más víctimas inocentes en el servicio de Radiología. Y estaba seguro de que si la revista *Tyndaller* no cedía ante la farmacéutica y publicaba el artículo redactado por su compañero, el eco en Europa también sería general. A los de Orlanta les deseaba lo peor: que ellos mismos experimentaran en carne propia todo el dolor infligido a otros. Este pensamiento le trajo como un eco la voz de Siegfried Bacharach, quien fuera chófer de su amiga Meliva y que siempre le decía esas palabras a propósito de determinadas prácticas en los campos de exterminio.

* * *

El padre Vilesermes esperó a Boro en la salida de la piscina de la Barceloneta. Cuando Boro lo vio se quedó parado. Lo había estado esquivando

desde la confesión de Nuria.

El químico se sintió muy mal. No sabía cómo enfrentar aquella situación. Después de un saludo frío entre los dos, Boro bajó la vista enseguida.

El sacerdote le propuso que se dirigieran a un bar cercano. Pero cuando se detuvieron enfrente, el químico le pidió que siguieran andando. Temía lo que podía decirle.

—Me vendrá bien un poco de aire —puso como excusa.

—¿Y no tienes miedo a resfriarte con el pelo mojado?

—A falta de otras cosas, sabe que tengo una salud de hierro —Boro le miró por primera vez a los ojos.

—Salvador, fui el domingo por la tarde a tu casa. Y volví el lunes porque en el laboratorio me dijeron que estabas enfermo.

Boro sabía que mentirle le dolería más que compartir con él lo sucedido.

—Padre, me fui a Madrid... con Nuria.

—¿A Madrid? ¿Los dos solos?

—Con sus hijos. Pero eso da igual ahora.

—No da igual, nada da igual. He venido precisamente porque quería que habláramos de ella. —Vilesermes no podía conculcar el secreto de confesión—. No te negaré que es encantadora, hábil, bellísima, atenta y muchas cosas más, como por ejemplo, casada. Y os veo... muy juntos. Demasiado.

—Escúcheme, usted me conoce mucho. —Boro se colocó enfrente del sacerdote y lo tomó por los dos brazos—. Le ha ocurrido algo muy grave. Me lo contó a mí y me ofrecí a ayudarle. Tratándose de lo que se trata, no podía hacer otra cosa. Su marido tiene otra esposa en Madrid y además otros dos niños. Confirmarlo fue el motivo del viaje.

—¿Estás seguro de eso? ¿Está casado con las dos?

—Estoy tan seguro como de que la quiero.

—¡Salvador, qué barbaridad estás diciendo! Es una mujer casada. Lo acabas de decir.

—Estoy enamorado de ella, a usted no le puedo mentir, pero me quedaré quieto hasta que esta situación no se resuelva. Tiene mi palabra de que no sucederá nada más entre nosotros.

—¿Más? ¿Ya ha sucedido algo entonces? —le dijo Vilesermes a la vez que lo escrutaba hasta el fondo de los ojos.

Boro los apartó.

—No pasará nada más hasta que se aclare la situación. Se lo prometo.

—Salvador, Salvador, no te eduqué para esto —le dijo el sacerdote colocándole la mano sobre el hombro derecho.

—Padre, usted sabe que la vida es muy complicada y que casi nunca salen las cosas como queremos.

—Este es un asunto muy serio. No te negaré que he conocido, e incluso he guardado en secreto, varios casos de bigamia: mujeres que se creían viudas de guerra, personas que, incapaces de soportar un matrimonio insatisfactorio, vivían en lugares diferentes, pero esto..., hoy en día es más fácil enterarse. Ese hombre podría ir a la cárcel.

—No sé lo que pasará. De momento, Nuria dice que delante de él disimulará. —Le costaba pronunciar su nombre, prefería no mencionarlo.

—Nuria ha escrito una carta al consultorio. Como es costumbre y de momento, solo la he leído yo. Cuenta que el marido le ha hecho una barrabasada, sin más detalles, pero de eso a iros a Madrid... De dónde era la otra no decía nada —añadió el sacerdote.

Boro sonrió al darse cuenta de que Vilesermes lo había puesto a prueba y se sintió satisfecho de haberle contado la verdad.

—Lo habrá hecho para desahogarse. No lo tendrá fácil a partir de ahora.

—Si no emitimos la carta por la radio, es posible que se tenga que responder a sí misma —dijo el padre Vilesermes sin la menor intención de bromear, y dejando claro que su trabajo de lectura era bastante riguroso, al contrario de lo que Nuria pensaba.

Boro sonrió porque se esperaba una reprimenda peor.

—¿Puedo pedirle un favor? —se aventuró.

—Sabes que sí, hijo.

—Resulta que me marcho a Brasil. Ayer llamaron los señores Frument para concretarme el encargo que estaba pendiente de recibir. Están empeñados en sacar al mercado nuevos productos y me mandan nada menos que a la selva a buscar los ingredientes. Me han adelantado bastante las fechas porque quieren que me encuentre con ellos en Buenos Aires, que tienen algo que enseñarme, me dijo doña Leonor. Después partiré a Porto Velho. El sitio donde voy a estar se llama Lábrea.

—Eso también lo sabía. Tal vez sea el mejor momento. Dios sabe siempre por qué hace las cosas. Nuestro Señor escribe recto sobre renglones torcidos —le dijo el sacerdote.

—El caso es que, ya que lo sabe todo, quiero pedirle que mientras estoy fuera me dé noticias de Nuria, y que se ocupe de que no le falte nada.

—Salvador... —le reprendió el sacerdote.

—Padre, se lo ruego, si pasara cualquier cosa, dígamelo enseguida. Usted encontrará la manera. La Iglesia tiene misiones en todas partes. A través de ellos... Yo en cuanto pueda le mandaré mis señas.

—¿Y cuánto tiempo estarás allí?

—Más o menos, entre los días en Argentina, el viaje de ida y de regreso y la estancia en Brasil, pues casi veinte días.

—Salvador, no quiero ser alarmista, pero ten mucho cuidado. Esto que habéis destapado..., me temo que os van a perseguir, no se van a quedar de brazos cruzados mientras ven cómo caen sus beneficios económicos como quien contempla el tramo final de una montaña rusa. Vuestras vidas están en juego.

—Lo sé, padre. No dude de que lo tengo muy en cuenta. Y gracias —añadió Boro acercándose para darle un abrazo. Aquel gesto que siempre le había mitigado su sensación de orfandad le sirvió también para reconfortarse porque sentía que casi todo volvía a estar en su lugar.

Se despidieron cerca del parque de Monterols y Boro se encaminó hacia el paseo de la Bonanova. Era consciente del impacto que iba a provocarle a Nuria el anuncio de su partida porque él también lo había recibido de la misma forma, con apenas tiempo para prepararse.

Boro decidió arriesgarse e ir a casa de Nuria. Llamó al timbre y ella bajó enseguida. En cuanto la vio, rompió la promesa hecha al padre Vilesermes y la besó.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Máximo puede llegar en cualquier momento —le susurró ella mientras miraba hacia las ventanas de la mansión.

—Nuria, no puedo más. Te deseo incluso más que antes. Quiero tenerte más tiempo. Perdona que no pueda dominarme.

—Bueno, sube, pero solo un momento. Como aparezca Máximo...

Cuando entraron en la salita, Boro se sorprendió al ver una muñeca vestida de azafata que ocupaba el centro del mueble del comedor como si se tratara de una santa. Nuria siguió la dirección de su mirada.

—Úrsula le hizo el vestido. Vieron el uniforme azul marino en una revista y mi hija se encaprichó, como él —rio Nuria.

Aunque bromeaba, Boro sabía que estaba destrozada, se lo notaba en la expresión, en el rostro abotargado por el llanto y sobre todo en la causticidad de ese comentario.

—Aquí la tenemos, por si a Máximo le recuerda algo —remató ella.

—¿Qué te dijo el traumatólogo en la revisión? —Cambió de tema.

—Que va bien, que se confirma que solo tenía fisuras en los huesos. Sé que se me arreglarán antes que la cabeza, y no me refiero a los puntos.

—Nuria, escucha, ven aquí —dijo cogiéndola por la cintura—. Voy a ausentarme unos días. Tengo que ir a Brasil.

—¿A Brasil? Pero ¿por qué?

—Los señores Frument necesitan que les consiga algunos productos cuanto antes. Liliana me ha tramitado el pasaje hasta Buenos Aires, haré escala allí, estaré con ellos y después me internaré en la jungla —le dijo esas últimas palabras en tono de broma.

Ella negó con la cabeza. Estaba desolada.

—Tú también te marchas, todos os marcháis.

—Te aseguro que no voy a quedarme allí. Me gustan muchas cosas de esta ciudad.

Nuria lo llevó hacia la cocina. Entraron y ella cerró la puerta. Comenzó a acariciarle la cara, el pecho, y lo besó en los labios. No podía dejar de hacerlo. Lo necesitaba cerca, fundirse con él. Toda su mente la ocupaba el hecho de que estaba a punto de marcharse.

Boro le sujetó fuerte las piernas por debajo de la falda, le puso una mano en cada cadera. No podía controlarse, pero pensó en Máximo, en que podría aparecer en cualquier momento: un cambio de ruta, un imprevisto, otras órdenes, y los encontraría allí, en la que aún era su casa.

—No es justo, todos tenéis vuestra vida. Mientras yo espero. Eso es lo único que hago. Hasta espero que las remitentes de las cartas me vuelvan a escribir. Mira si estoy sola.

—No digas eso, a mí siempre me tendrás. Nos escribiremos estos días. — Fue a besarla de nuevo, pero ella apartó el rostro.

—Y las cartas tardarán muchísimo en cruzar el océano. Con un poco de suerte, tú habrás regresado antes.

—Nuria... —le dijo él a la vez que la abrazaba con fuerza.

—Una cosa —continuó ella, apartándose un poco—, es mejor que me las mandes al laboratorio. Porque después de todo lo que he sufrido solo faltaría que quedara como la mala de la película. —Nuria se recompuso la falda y se pasó las manos por el pelo.

—Pensaba enviarlas dirigidas al consultorio —le dijo él mientras le guiñaba un ojo— para ver qué me recomiendas que haga. Si te quedaras viuda...

Nuria no sonrió, como él esperaba.

—Vamos, sabes que esto del viaje no va a acabar con todo lo anterior. No hay vuelta atrás —continuó Boro.

La besó de nuevo. Esta vez Nuria no lo esquivó. Un ruido en la planta de arriba los sobresaltó y se separaron.

—Piensa que serán poco más de dos semanas y media. Sabes que me quedaría toda la noche, todos los días... Siempre... Quiero darte algo. Es una copia de las llaves de mi casa. Si no es mucha molestia, quería pedirte que pasaras al menos una vez a la semana. Me siento mucho mejor si sé que no abandono a Ágata.

Nuria sintió el frío del metal en la palma de la mano. Miró sus ojos y comprendió que aquel juego de llaves no solo abría la puerta de su casa, sino mucho más.

—Descuida. Que tengas buen viaje y da recuerdos a los señores Frument cuando te encuentres con ellos en Buenos Aires. —Le costó mucho esfuerzo contener las lágrimas.

—Sí, así lo haré. Hasta pronto —le dijo con mucho apresuramiento, como si desde su casa tuviera que dirigirse ya al aeropuerto, pero enseguida se detuvo y se la quedó mirando unos segundos sin decir nada. Después se dio la vuelta y salió.

Ella fue hacia el balcón y tocó el cristal. Dentro del caparazón de su hogar, sus lágrimas eran simétricas a las gotas de la lluvia que habían comenzado a caer.

* * *

Después de que un operario comprobara que todo era correcto, una bola de demolición de casi cien kilos de acero colgada del cable de una grúa se estrelló contra la fachada del edificio de tres plantas en el que Guifré Baladre acumulaba información sobre las vidas ajenas y los fracasos propios. Los tractores equipados con buldóceres desfilaban de un lado a otro. Faltaba muy poco para que toda aquella parte del barrio tuviera un aspecto uniforme y renovado.

El afectado por aquel derribo ya no podría cobrar la suma que el plan quinquenal del Gobierno tenía prevista para casos como ese: las islas de otros tiempos, que quedaban entre las nuevas moles de viviendas. En el hospital de Sant Pau, quien había sido el propietario de aquella casa, heredada de sus padres, cerraba los ojos para siempre.

Así lo leyó Máximo en el periódico. El mismo artículo breve también informaba de que el investigador privado que había ingresado en estado grave semanas antes sería trasladado a la morgue para que sus familiares, si los hubiese, así decía, lo identificaran y se hicieran cargo de sus restos con el fin de darle cristiana sepultura.

El comercial de la empresa de minería pidió al camarero que tenía ante sí en el mismo bar de siempre que le pusiera el teléfono y llamó enseguida al hospital. Dijo que era un periodista y que quería saber dónde y cuándo eran enterrados los pacientes a los que nadie reclamaba.

—Señor, se les adjudica un nicho de beneficencia en el cementerio de Montjuic. Esos huecos, a partir del séptimo piso, no los quiere nadie. El sepelio, en estos casos, lo paga el Ayuntamiento. Si en cinco años nadie lo

traslada a una tumba adquirida, se arrojan sus restos cadavéricos a una fosa común. Ese es el procedimiento —dijo su interlocutora como un autómatas.

—Muy bien. Y si alguien hubiera fallecido ayer en esas condiciones, ¿a qué hora sería hoy el funeral?

—Siempre a última hora de la tarde, señor, para molestar lo menos posible.

A Máximo Zafara se le grabó la expresión «restos cadavéricos». Pensó que aquellas últimas diligencias de la Administración suponían la mayor forma de soledad posible porque, además de inmensa, era definitiva.

* * *

Además de los operarios del camposanto, del chófer del coche fúnebre y de su acompañante, en el entierro de Baladre solo había una mujer. En cuanto el comercial se acercó, reconoció a doña Rita vestida de viuda seductora. Un velo con lentejuelas negras le cubría el rostro, llevaba un sombrerito de terciopelo y un traje de chaqueta negro muy ajustado. Máximo no entendía cómo había sido capaz de llegar hasta allí con aquellos tacones.

—Portamares, con lo vivo que estaba su compañero de correrías...

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Máximo.

—¿No hemos venido al mismo funeral?

—No, yo no. La madre de uno de mis jefes está aquí enterrada y, como hoy es su santo, tengo el encargo de dejarle estas flores. Ya me marcho.

Máximo no esperó ser reconocido en aquellas circunstancias. Pero ante la presencia de doña Rita pensó que había sido buena idea comprar el ramo. Cuando se dirigió a la florista, que ya vaciaba sus cubos en la entrada, solo se lo pidió con la intención de esconderse detrás de él.

—Pero esta coincidencia, Portamares...

—Dígame, doña Rita, ¿qué ha pasado?

—Mire, a ciencia cierta no lo sabemos. Dejó de venir por casa. Una de las chicas, mientras tomaba café abajo, en la plaza de San Agustín, leyó en el periódico que un detective privado se encontraba muy grave. Me lo comentó porque tampoco conocemos a tantos de esa profesión y atamos cabos. Él a veces se refería a su mujer, pero por lo que se ve no está por ningún sitio. Fui a visitarlo una tarde, no podía hablar, apenas abría los ojos, me miró, pero como si no me reconociera. Al salir me pidieron los datos, se ve que no sabían cómo quitarse el muerto de encima, y eso que aún no estaba muerto. Y yo,

claro, les di un nombre de guerra. Amistad había, pero para pagarle las exequias, pues no.

—¿Y no sabe de qué ha muerto?

—Nosotras les hemos preguntado a otros clientes. Ya sabe que Barcelona es muy pequeña, sobre todo de noche, y alguno ha hablado. Dicen que andaba en asuntos muy turbios, cada vez más. Que en la sala, después de bastantes whiskies, les habló de un sujeto alto, bien parecido, que hubiera vuelto loco a mis chicas.

Máximo no dudó de que aquella descripción se correspondía a carta cabal con Boro Navascués. Pues no sabía que las pupilas de doña Rita conocían a este último.

—Al difunto parece que lo estaba desquiciando, que de un tiempo a esta parte lo veía en todas partes. Que ya no sabía dónde esconderse. Una noche en mi casa se levantó de repente, fue hacia el balcón y comenzó a gritar: «Ahí está, ahí está, ¿lo ven?». Pero nadie vio nada. Ha sido una gran pérdida para nuestro negocio. Nunca nos dio problemas, era muy buen pagador y de trato amable. No se puede pedir más. Por eso me he visto obligada a venir.

—Entiendo, doña Rita.

—¿Y usted? ¿Qué tenía con él?

—Sabe que solo coincidimos en un par de ocasiones en su casa.

—Pues lo trataba con mucha familiaridad.

—Bueno, lo propio en una casa como la suya, ya sabe que enseguida se establece cierta camaradería. Me he encontrado con todo esto por puro azar.

Doña Rita lo miró de arriba abajo. Había torcido la boca, elevado la mandíbula de un lado más que de otro, entrecerró un ojo y sintió lástima por aquel hombre que pretendía engañarla subestimando sus más de dos décadas de oficio.

—Cuídese usted también, Portamares. Lo veo muy confundido.

—Así lo haré, gracias, pero se equivoca. Estoy mejor que nunca. Todo son triunfos.

—Usted verá.

Mientras la paleta de uno de los albañiles golpeaba la lápida sin nombre para encajarla después de alisar el cemento fresco contra el que la incrustaron, Máximo se despidió. En cuanto se supo fuera de la vista de doña Rita dejó el ramo sobre la primera sepultura que se encontró al doblar una esquina. Ya fuera, vio un coche con el motor en marcha que solo podía esperarla a ella.

Cuando aquella mujer emprendió también el camino hacia allí, reconoció enseguida las flores que llevaba quien ella llamaba Portamares. Las había depositado sobre la piedra gris de una tumba con la fotografía de un anciano,

con lentes y bigote, que había sido retratado con una chaqueta de *tweed* en la imagen que le sobrevivió. Nadie más lo acompañaba en su cama de piedra.

Boro llegó al aeropuerto internacional de Ezeiza, a treinta y cinco kilómetros al sudeste de Buenos Aires, a las siete y media de la tarde. En menos de una hora cruzaba el vestíbulo del hotel Selquet, en el barrio de Belgrano. Tanto en la fachada como en su decoración interior predominaba el metal; mirara donde mirara, el ingeniero se encontraba con columnas de acero, aluminio bruñido, paneles dorados y plateados. Fuera, como contraste, el remanso natural de los bosques de Palermo. El químico tuvo que rehuir los brillos que lo cegaban. El recepcionista le dijo que los señores Frument ya lo esperaban en el restaurante y que él se hacía cargo de su equipaje. No pensó que la cita con sus patronos sería nada más llegar. Los distinguió enseguida. Don Aleix como doña Leonor tenían cada uno un Martini delante. Después de los saludos, se disculpó y les pidió unos minutos para subir a su habitación, asearse y cambiarse de ropa.

—Bien, bien, Navascués. Total, nuestra otra invitada aún no ha llegado.

—¿A quién esperan? —les preguntó.

—A alguien que tiene mucho que ver con nuestro plan de desarrollo: la mujer más fascinante que conocerá nunca.

«Después de Nuria», pensó él.

—No se lo va a creer —dijo doña Leonor—. No se va a creer nada de lo que vea o escuche aquí esta noche. Como nos ha sucedido a nosotros desde que sabemos de ella, ¿verdad, Aleix? Lo hemos mantenido en secreto durante este tiempo porque nos conviene que así sea. Suba a la habitación y cámbiese. Estará a punto de llegar. ¡Chinchín! Bienvenido.

Al cabo de un cuarto de hora ya estaba listo. Se detuvo a la entrada del restaurante. De espaldas, quien estaba con sus jefes le pareció una niña. Boro se acercó y escuchó que ella insistía mucho en una negativa.

—Me temo que eso que me piden es imposible. Estoy a punto de mudarme, tengo que cerrar mi casa en Villa La Angostura. Viajar ahora a Barcelona..., con lo que supone. He aceptado verlos porque son amigos de

mis patrocinadores, de Nilda Rangel y su esposo, pero, por favor, entiéndanme.

Don Aleix se dio cuenta de que Boro ya había llegado:

—Siéntese, por favor. —Y los presentó—: Estimada señorita Frida, nos acompañará esta noche el señor Boro Navascués, él es el ingeniero químico de nuestro laboratorio cosmético, se encarga del control de calidad. Su trabajo es excelente.

—Señorita —le dijo Boro, que, aún de pie, le tomó una mano para besársela. No se le ocurrió otra forma de saludarla.

—Muy amable —le dijo ella mientras lo examinaba con mucha atención, como si quisiera traerlo de vuelta a su mente desde algún lugar del pasado—. Boro, y también de Barcelona.

Él asintió.

—Queremos llevarnos a la señorita Lorensen con nosotros, Boro, a ver si nos ayuda a convencerla. Sería muy importante tenerla allí unos meses. Supondría un antes y un después en nuestro negocio.

Frida seguía mirando a Boro como si nada más le importara. A él no le incomodaba porque lo atribuyó a que se trataba de una adolescente que todavía no dominaba determinados códigos sociales. Le resultaba más difícil comprender el interés de sus jefes en ella.

—Ustedes quieren que yo les cuente en qué consiste mi fórmula para mantenerme siempre joven, ¿no es así? —dijo Frida de esta forma tan directa mediante la que enunció de un tirón el objetivo de los señores Frument.

—Sí, así podríamos resumirlo, señorita Lorensen. Boro, ya habrá visto los formidables efectos que se aprecian sobre nuestra invitada —dijo doña Leonor para que su empleado supiera de qué hablaban—. Si no fuera una vulgaridad, le diría su edad.

—Puede hacerlo, señora Frument, no tengo inconveniente y no me incomoda porque estamos aquí para hablar de negocios.

Tanto a don Aleix como a doña Leonor les sorprendió aquel giro, parecía que Frida comenzaba a mostrarse interesada en su propuesta. El matrimonio intercambió una mirada cómplice: sin duda, se debía a la presencia de Boro y a lo que fuera que él le había despertado.

—Señor Navascués. —A Boro le sorprendió que hubiera retenido su apellido—. Se lo diré: nací en 1914. ¿Qué le parece?

—Imposible —dijo Boro—, porque entonces ahora tendría... ¡cuarenta y ocho años!, en vez de los quince que aparenta. No puede ser.

Frida sacó de un bolso de terciopelo sin asas con forma de sobre un pasaporte danés y una cédula de identidad argentina y se los tendió:

—Compruébelo usted mismo, pero no me diga que he falsificado estos documentos —rio.

Boro leyó la misma fecha en el pasaporte y en el otro documento y la miró sorprendido. No daba crédito a la manera en la que sobre la geografía de dos continentes, que él veía extendida en un mapamundi, se había trazado aquella línea recta, certera, como la trayectoria de una flecha que uniera lo sucedido con el telamón a su reverso: la belleza resistente al tiempo de aquella mujer que parecía una adolescente.

Ante la cara de asombro del químico, fue don Aleix quien intervino dirigiéndose a Frida.

—Sabe que nuestra empresa va mejor que nunca, sobre todo por el exitoso consultorio radiofónico, que es nuestra mejor publicidad. Queremos ser la marca de cosméticos más importante de nuestro país y, si es posible y Dios nos da salud para lograrlo, de Europa. Fue mi esposa la que me metió en este mercado. Al principio, yo solo accedí a que montáramos un salón de belleza y mire hasta dónde hemos llegado, hasta América. —El señor Frument levantó su copa.

—Mire, ya lo he hablado con nuestra conocida común, no quiero su dinero, me alegro de que su empresa vaya tan bien, pero no hay necesidad de que me hagan el artículo. Yo solo tengo un deseo. Mantenerme así ha sido como un faro, como un desafío en el que he vencido, y ahora quiero cobrar ciertas deudas del pasado. Solo eso.

—Usted dirá. Tal vez podamos ayudarla mucho más de lo que cree —le dijo doña Leonor.

Frida Lorensen volvió a mirar a Boro con mucha intensidad mientras les hablaba a sus jefes.

—Pasaré con ustedes unos días, no sé si meses, pero al menos unas cuantas semanas, aunque eso me suponga marchitarme diez años de golpe.

Los tres se miraron sorprendidos.

—En cuanto resuelva mis asuntos pendientes, les entregaré el manuscrito de mi libro —continuó Frida—. A lo largo de las cien páginas que tengo redactadas, eso sí, por fragmentos, enumero, entre otras cosas, todo lo necesario para detener el proceso del envejecimiento según el secreto que dicen que se llevó a la tumba cierto médico del Reich. Como pueden ver, no fue exactamente así: la fórmula no desapareció con él. ¿Qué les parece? Ustedes se hacen de oro y yo consigo lo que ansío. Creo que es un buen trato.

—¿Está hablando en serio? —le preguntó doña Leonor muy emocionada porque antes de que llegara Boro su negativa era rotunda. Estaba segura de que

allí se acababa de producir lo que muchos llamaban un «flechazo». Miró a su empleado y sonrió.

—Hablo muy en serio. Mi prioridad no es publicar ese libro. Compartir mis... secretos de belleza es un acto de generosidad, y tampoco es que yo sea muy dada a ello. Además, en lo material, no necesito ni un céntimo más, mi fortuna ya es suficiente para permitirme vivir rodeada de lujo siete vidas sucesivas. En cambio, por... lo otro, daría de golpe todos los años que me quedan. Espero que acepten mi propuesta.

Después del encuentro en el cementerio, a Máximo Zafara se le habían despertado las ganas de quitarle a doña Rita el traje de chaqueta negro ajustado y el velo de la cara, así como el resto de prendas que vestía cuando la vio ante la lápida anónima del detective. Decidió hacerle una visita justo cuando Nuria, que había acudido por primera vez a casa de Boro para llevarle comida a Ágata, bajaba por las escaleras de aquel inmueble.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Máximo muy sorprendido.

Nuria se quedó paralizada.

—¿Dónde están Marc y Mireia? —añadió furioso.

—Con Dora —dijo ella de una forma casi imperceptible, como si sintiera mucha vergüenza.

—Ahora mismo me vas a explicar qué diablos se te ha perdido aquí porque no me dirás también, como haces siempre, que tiene que ver con tu trabajo —le dijo Máximo agarrándola con fuerza del brazo.

—Suéltame, que me haces daño.

—Y más que te voy a hacer si no me dices en qué andas metida. Y te lo advierto, por una vez quiero la verdad. Sé muchas cosas. Así que no intentes mentirme. Guárdate las historias que te inventas para escribirlas.

—¿La verdad? La única verdad es que deberías marcharte, volver a Madrid con Mara y con tus otros hijos.

Máximo se quedó perplejo y aflojó la mano. Nuria aprovechó para soltarse y comenzó a subir las escaleras.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Déjame. Es lo mejor que puedes hacer. Vete a Madrid con ella, no vuelvas más.

—Con... ella, ¿con quién? —comenzó a decir, pero no fue capaz de negarlo.

—Y con tus azafatas. Lárgate —le gritó ya desde arriba—. Quiero que ese sea mi regalo de esta semana. No quiero volver a verte. Ganaría mucho. —

Sacó con mucha rapidez las llaves y se refugió en el apartamento de Boro.

Máximo subió muy deprisa los peldaños que le faltaban hasta allí y comenzó a golpear la puerta.

—Abre.

—Márchate —le dijo Nuria desde dentro.

—No sin que me expliques en qué andas metida. ¿Quién te ha hablado de Mara? —gritó furioso y embistió la puerta, que crujió y se combó—. ¡Contesta!

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Saber quién me lo ha dicho? ¿Para qué? ¿Para matarlo?

—Voy a tirar la puerta abajo.

Nuria retrocedió aterrada. Máximo se lanzó contra la puerta con más furia. La hoja de madera temblaba igual que Nuria. Sus bisagras, que más parecían de un armario, cedieron enseguida ante la fuerza de Máximo.

Una vez dentro, lo primero que hizo fue empujar hacia afuera la ventana del patio interior, entonces Ágata saltó desde el tejado de al lado.

—¿Qué es este bicho?

Nuria la cogió en sus brazos y comenzó a acariciarla. La gata tiritaba. Él continuó con su inspección. Cuando vio la brocha, la barra de jabón y las hojas de afeitar sobre un estante del baño, lo tiró todo al suelo.

—¿Quién vive aquí? ¿No me contestas?

Nuria apretaba a la gata contra su pecho. Él sacó el cajón de la mesita de noche y vació su contenido sobre la cama. Cogió una fotografía de una mujer muy guapa.

—No está mal.

Sobre una mesa baja, junto a la lámpara de flecos que hacía juego con la que decoraba el salón de doña Rita, había dos libros.

—*Formulación y nomenclatura de Química Orgánica. Conceptos teóricos de Química* —leyó los títulos—. Así que aquí es donde se esconde. Menos mal que lo he denunciado.

—Pero ¿qué dices? ¿A quién has denunciado?

Cuando levantó los libros de la mesita, de uno de ellos cayó la copia del documento del Ministerio de Comercio sobre la negativa del laboratorio Orlanta de informar a los médicos españoles.

—¿Qué hace esto aquí? Habla. ¿Me estás boicoteando? ¿De dónde lo habéis sacado? ¿Me has estado espiando?

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta conmigo. Esta información del telamón es confidencial...

—¿Qué tienes que ver tú con el telamón? —lo interrumpió Nuria.

—Suministrábamos los excipientes a Orlanta. Solo eso.

—¿Y te parece poco? Has ayudado a fabricar ese veneno —dijo Nuria muy indignada.

—No digas estupideces, suministramos minerales para los excipientes de muchísimos medicamentos, no tienen nada que ver con los principios activos y mucho menos con sus efectos secundarios. Pero, al parecer, tú sí que lo sabías y no me contaste nada.

—Yo no sabía que fueran clientes tuyos.

—No sabía, no sabía... Nosotros sí que no sabíamos lo que estaba ocurriendo hasta la reunión con los del Ministerio. ¡Qué! ¿Eso no te lo contó tu amiguito cuando te mandó a rebuscar entre mis cosas?

—¡Yo no he rebuscado entre tus cosas! —protestó Nuria muy indignada—. Toda la información sobre tu otra vida me la mandó alguien que parece que no te quiere demasiado bien. Uno cosecha lo que siembra —le dijo Nuria recuperando la calma.

—¿Es una amenaza? ¿Qué pretendes?, ¿hundirme?, ¿es eso? ¿Quieres vengarte por lo de Mara? Tú no sabes lo que estás diciendo. Ni tú ni ese asesino me vais a robar lo que me ha costado tanto esfuerzo conseguir: mi trabajo, mi ascenso, la buena consideración de mis jefes, todo lo que tengo. ¿Me oyes? Sois unos miserables. Pero qué boba eres. Cualquier delincuente de pacotilla te maneja como a una marioneta, ¿qué te ha prometido a cambio?

—Máximo, no sabes lo que estás diciendo. Además, no tienes derecho ni siquiera a hablarme. Después de... ¿Sabes lo peor de todo? Que no encuentro una explicación. ¿Para qué querías complicarte la vida de esta manera? ¿No tenías bastante con nosotros, conmigo? Y esa otra pobre, una desgraciada más por obra y gracia tuya. ¿También has traído a tus amiguitas azafatas a nuestra casa mientras yo estaba en el pueblo con mis padres? Me das asco, Máximo, y mucha pena. Morirás solo. No respetas nada ni a nadie.

—Cállate. Solo espero que a estas horas la Policía ya tenga a buen recaudo al malnacido ese que vivía aquí.

—Boro no ha hecho nada malo porque antes que nada es una buena persona. —No quiso decirle que estaba en Brasil.

—Pero qué ingenua eres. Te crees que el mundo funciona así. Ya me encargaré yo de no cejar para que no aflojen. Puedo ser muy persuasivo. Ya lo sabes. No pararé hasta que lo vea entre rejas. Cómo me voy a reír. No sabíais dónde os metíais ni con quién.

—Máximo, por lo que más quieras, por tus hijos, los de aquí y los de allí, te pido que no le suceda nada a Boro. Sería una injusticia terrible y ya ha

habido bastantes víctimas de toda esta situación. —Él no supo muy bien a qué se refería, pero la dejó seguir—. Tiene principios, ¿sabes lo que es eso? Nunca haría daño a nadie, doy fe de ello.

—¿Sí? Sí que estás segura...

—Es alguien admirable, Máximo, íntegro, sensato, muy cabal. Él nunca engañaría a nadie. No es un traidor. Siempre va con la verdad por delante, eso es valentía, no mentir pase lo que pase, la verdad a bocajarro siempre. —Nuria advertía el gesto cada vez más crispado de Máximo, pero no quería parar—. Además, es muy creyente. Te has equivocado. Él es...

Máximo ya no la dejó continuar, le arrancó a la gata de encima y le pellizó el lomo para lanzarla contra el sofá. A Nuria la aplastó contra la pared y la mordió en la boca. Ella notó la sangre, se la quitó con la mano y a la vez sorbió la que ya tenía dentro mientras escondía los labios. Después la sujetó de las dos muñecas y se las pegó a la pared para inmovilizarla.

—No hace falta que me digas nada más de lo maravilloso que es. Eres boba, te has enamorado de un sádico, de un lobo con piel de cordero. Nunca aprenderás. He visto el lugar en el que ha matado a ese viejo, un pobre diablo, tampoco se ha perdido mucho. Lo contraté porque me olía algo. Quiero que sepas que a mí no me engañas. Que no me has engañado en ningún momento, pero te he dejado hacer para ver hasta dónde eras capaz de llegar y no tienes límites. Me avergüenza haber tenido hijos contigo. Y pensar que me reí cuando el detective este o lo que fuera me habló de las conexiones internacionales. Me pareció tan ampuloso, tan desproporcionado... —Máximo no dejaba de aprisionarla contra la pared.

Nuria no podía moverse. Tampoco hablaba. Tenía tanto que recriminarle que prefirió clavarle los ojos y decirle solo:

—Dejémoslo aquí, Máximo.

—¿Aquí, en esta covacha? ¿Qué vamos a dejar aquí, a nuestros hijos? No, ellos se vendrán conmigo, para que no se vuelvan como tú, y a ti te voy a mandar a un manicomio, ya verás lo poco que tardo en tener los papeles para que te ingresen. Te voy a encerrar de por vida.

Le cogió la cabeza con ambas manos y la golpeó contra la pared como si fuera una aldaba. A la vez comenzó a arrancarle la chaqueta, se la sacó volviéndola de espaldas, como si la despellejara, después la puso frente a él de nuevo, le abrió la blusa y comenzó a frotarse contra ella, cada embestida sonaba más fuerte contra la pared. Le levantó una pierna y aún se encajó más dentro de ella. La cogía del pelo mientras le decía que le iba a hacer pagar todo lo que le había hecho, que no pararía hasta que estuviera internada.

Nuria gritó y él le tapó la boca con mucha fuerza. Estaba fuera de sí. No le parecía su marido. Le mordió dos dedos y sintió mucho dolor al notar el anillo de Máximo contra los dientes. Mientras él apartaba la mano, aprovechó para gritar otra vez. Entonces él le recorrió el cuello con la mano abierta como si quisiera abrírsele. De los arañazos que le produjo comenzó a brotarle más sangre. En ese momento, la gata saltó sobre él desde la estantería de enfrente y le clavó una garra en cada ojo. Nuria aprovechó para salir corriendo escaleras abajo. Vio la puerta de un piso abierta y entró, casi sin aliento.

—Ayúdenme, por favor, se lo suplico.

Todos se volvieron hacia ella. Se escuchó ruido fuera.

—Díganme dónde está el baño.

Un hombre muy mayor, que estaba junto a una de las chicas de doña Rita, la miraba estupefacto, como si fuera una aparición. Su acompañante se levantó y la llevó hasta una de las puertas del pasillo. Enseguida echó el pestillo y colocó delante de la puerta una banqueta, descolgó un armario pequeño de madera y lo apiló sobre ella. Fuera seguían los ruidos. Máximo gritaba.

—¿Dónde está?

—Voy, voy, voy. —Escuchó entonces una voz de mujer.

—Portamares, es usted. ¿Qué quiere?

—¿Dónde está mi mujer?

—¿Su mujer? ¿Aquí? ¿Ha perdido la razón? ¿Sabe dónde se encuentra?

—Doña Rita no dejaba de hacer aspavientos llevándose las manos a la cintura y a las caderas.

Comenzaron a abrirse varias puertas a la vez, algunos clientes solo se asomaban y otros avanzaban a la vez que se abrochaban el cinturón o los botones de la camisa.

—Damián, acompaña al señor. No sé si decirle que vuelva cuando esté mejor. No, creo que no. Es mejor que no vuelva nunca.

—Mi mujer —musitaba Máximo.

Desde la sala que había junto a la entrada apareció el único hombre que trabajaba allí. Tomó del brazo a Máximo y bajó con él casi a rastras el tramo de escaleras que comunicaba con la plaza. Después lo arrojó contra el suelo como si fuera un despojo.

Nuria se había impresionado al mirarse en el espejo. No se imaginaba que el rostro de alguien pudiera cambiar tanto en tan poco tiempo. Sentía dolorido todo su cuerpo, pero todavía le dolía más pensar en sus hijos: necesitaba encontrar un teléfono para alertar a Dora, para suplicarle que, pasara lo que

pasase y le ofreciera lo que le ofreciese, no permitiera que Máximo se llevara a sus pequeños.

En cuanto salió al pasillo vio a una mujer detrás de las puertas de vidrios biseladas de un biombo que le llegaba solo hasta el cuello y dejaba al descubierto su cabeza y la mano derecha con la boquilla.

—Alma de Dios, ¿qué te ha pasado?

—Es mi marido. Gracias por abrirme su puerta.

—Ya estaba abierta, querida. Nosotras siempre estamos abiertas —le dijo riéndose.

A Nuria no le gustó nada aquel lenguaje tan soez, pero se sentía agradecida, además de porque había encontrado protección allí, porque seguía con vida.

—Quería matarme.

Ágata maullaba desde el rellano de arriba como si la llamara.

—Ya veo cómo estás —le dijo doña Rita con cierta displicencia—. Estás hecha un desastre, menuda pinta, parece que te han arrastrado por rastrojos. Aséate, anda, que si sales así a la calle aún te pasará algo peor.

—Tengo que llamar, es muy urgente. Por favor...

—Ya me imagino. Ve. —Doña Rita le señaló hacia la parte delantera del piso.

El teléfono estaba junto a una columna donde el recibidor comunicaba con la habitación del balcón que daba a la plaza.

—Úrsula, menos mal. ¿Está Dora? No, no, mejor. Escúchame. No abras la puerta, sea quien sea y te diga lo que te diga. Yo llegaré enseguida. Y si es mi marido, menos aún. Ha pasado algo muy grave. Y no le digas nada a Dora si llega antes. Ayúdame, Úrsula. Es por el bien de Marc y de Mireia. —Nuria colgó y se dirigió a doña Rita, que no se había separado de ella mientras llamaba—. Gracias, ha sido una bendición encontrarla. No me olvidaré de esto. No sé qué me hubiera pasado si no me llegan a auxiliar. Tengo mi chaqueta arriba. Subiré a recomponerme. Gracias de nuevo.

Ya habían salido las dos hasta el descansillo. La dueña de aquel piso vio la luz encendida en el apartamento de Boro y entonces movió la cabeza de arriba abajo.

—Acabáramos. Así que jugando a dos bandas.

—No. Es mi compañero de trabajo, me ha dejado las llaves para que cuide de su gata. —Nuria se sintió bastante estúpida dándole aquella explicación.

—Mira, quien traspasa esta puerta se deja su historia fuera, así que no me cuentes nada, no me interesa. Cuídate, que estás jugando con fuego, y así te ha ido.

—¿Y él? ¿Y ellos? —dijo señalando con la cabeza hacia dentro.

—Ellos son ellos, querida. Y ahora, si me disculpas..., tengo que seguir trabajando.

Nuria recogió su ropa. En menos de dos minutos estaba en el portal. Antes de salir a la calle miró a un lado y a otro por si Máximo estaba escondido esperándola. No lo vio y se fue corriendo hacia la calle del Hospital. Tomaba aire a bocanadas y a pesar de eso se ahogaba como si estuviera sumergida en un mar que se opusiera a que avanzara.

El taxi la dejó delante de la casa Muley Afid. Se apoyó en la verja porque no conseguía recuperar el ritmo de su respiración y se mareaba. Miró hacia arriba. No había luz en ninguna de las dos viviendas. Abrió enseguida y subió por las escaleras. A la vez que llamaba al timbre de casa de Dora, golpeaba la puerta.

—Abridme, por favor, abridme. ¿Marc, Mireia?

Salieron las dos mujeres a la vez.

—Están dormidos. Nuria, ¿qué ha pasado? —le preguntó su casera.

Ella recorrió toda la casa.

—Despertad, despertad, nos marchamos, tenemos que huir. —Nuria abrazó a su hija y después fue a la otra cama en la que dormía Marc, rodeado de almohadas, y lo levantó.

—Nuria, déjelo, venga al salón. Tenemos que hablar. Esto ya está pasando de castaño oscuro. Le presté mi ayuda, y ahora créame si le digo que estoy arrepentida. Mire cómo ha llegado: la cara, el pelo. Me temo que está en un lío y gordo, y que de todo esto se va a derivar que voy a perder la renta. ¿Me equivoco?

—¿Ha venido Máximo? ¿Ha llamado por teléfono? ¿Les ha dicho algo?

Úrsula miraba desde la puerta.

—Nuria, tiene que tranquilizarse. Prepárale una tila, Úrsula, y si le añades un buen chorro de anís mejor.

—Estoy atrapada. Mis hijos. Máximo me los quiere quitar, me quiere internar en un manicomio. Cree que lo quiero hundir en su trabajo. Me ha agredido, además ha denunciado a mi compañero de trabajo por asesinato.

—No sé si me conviene escuchar todo esto. No quiero problemas.

—Señora Blúmer, trabajo para el consultorio sentimental de la radio, respondo las cartas que llegan al laboratorio cosmético. No me encargo de la correspondencia comercial de ninguna empresa. A través de una de las oyentes supe de un tema muy grave. Supe nada menos que están naciendo aquí niños sin brazos, sin piernas, algunos ni siquiera sobreviven más de unas horas, o unos días, y otros... Esto se debe al telamón, un fármaco que tomaron sus madres durante el embarazo. Mi compañero de trabajo es químico. En mi desesperación me dirigí a él. —Nuria quería hablar tan deprisa que se ahogaba.

—¿Y Máximo? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—En esto apenas nada, aunque Minas Generales suministra los derivados de minería para que se fabriquen los excipientes del telamón. El caso es que, para avanzar en mis averiguaciones, me abrí un apartado de correos y hace poco me llegaron a él unas fotografías y varias cosas más sobre Máximo. De esa forma supe que tiene en Madrid otra mujer y otros dos hijos. Por eso me fui de viaje. Le juro que es verdad. Tiene que creerme.

—¿Y es su amante? Tal vez le hubiera convenido entonces hacer la vista gorda.

—No, Dora, también está casado con ella.

—Ten, criatura —le dijo Úrsula mientras le dejaba la taza aromática sobre la mesa—. Siéntate y tómatela, te recompondrá el cuerpo.

—No quería contarle nada, meterla en esto. Pero ahora ya no tengo más remedio. Tengo dinero para pagarle. Tuve la precaución de guardar mis ahorros en la cartilla de mi madre. Si se los pido, me los dará enseguida. Solo tengo que ir a La Bisbal. No se preocupe.

—¿Y para cuántos meses tendrá? ¿Para medio año? Espéreme aquí un momento, vuelvo enseguida. Tengo que comprobar algo —le dijo Dora mirándola de forma extraña.

En cuanto se quedaron solas, Úrsula cogió otra silla y se aproximó a ella.

—Qué lástima. Si erais una familia tan bonita, tan guapos los cuatro. Los hombres, hija, que no tienen medida.

—¿Dónde ha ido?

—Tranquila, Dora es seca, pero tiene muy buen corazón, no te va a dejar en la calle. Mira lo que ha hecho conmigo, en cuanto se enteró de que enviudé y al menos hasta que se aclare lo de la pensión de mi marido..., aquí estoy, y además me paga muy bien. Tiene motivos para ser reservada. Solo es eso. Yo no te puedo decir por qué. Así que déjalo estar.

Úrsula oyó que Dora volvía y se incorporó enseguida.

—Escuche, he comprobado el contrato de alquiler y los recibos, todo está bien atado con Minas Generales, por ese lado no hay problema —dijo Dora nada más entrar—. No creo que a Máximo le convenga que se sepa lo de la bigamia. Estoy casi segura de que este asunto no llegará a oídos de nadie de su empresa. Eso sí, Nuria, tiene que ser prudente. No empiece a desahogarse por ahí. Mientras a mí todos los meses me llegue el ingreso, seguiremos igual, usted en la que ahora es su casa y yo en la mía.

—¿Y si... Máximo les comunica que va a vivir solamente en Madrid? Así les ahorraría gastos.

—Querida, como le digo, él es el menos interesado en que todo esto trascienda. No soy tan insensata como para apostar todo lo que tengo, pero creo que no me equivoco al anticipar su absoluto mutismo.

* * *

Al día siguiente, mientras Úrsula le pasaba un algodón empapado en agua oxigenada por la cara, apareció Máximo en su casa. A la niña le habían dicho que Nuria se había caído por subir a oscuras desde la calle y que ella nunca lo hiciera.

—Recoge tus cosas porque te vas —le escupió Máximo.

—¿Adónde vas, mami?

—¿Puedes llevarte un momento a Mireia? —le pidió Nuria a Úrsula. En cuanto se quedaron los dos solos fue hacia donde estaba la muñeca vestida de azafata y la cogió de una pierna—. ¿Te dice algo esto?

—Sí, que tanta soledad ha acabado por volverte loca. Por eso tengo que internarte en un manicomio.

—Toma, para ti, la iba a tirar a la basura, tu hija le cortó la boca con unas tijeras, la ha atiborrado de comida y ahora apesta. La tuya ojalá que huela mejor y tenga al menos un novio en cada avión.

—Me da igual lo que digas o lo que hagas. Algún día me agradecerás que te haya quitado a semejante elemento de encima. Allí estarás mejor. A salvo. Y ahora sí —dijo cogiéndola con fuerza del brazo—, andando.

Máximo arrastró a Nuria hasta la salida y ella comenzó a gritar:

—¡Mis hijos! ¡No! ¡No puedes separarme de ellos! Yo no he hecho nada.

En cuanto Máximo abrió la puerta, se encontró a Dora de frente.

—Ella no se va a marchar de esta casa a ningún sitio en contra de su voluntad.

—Eso no lo decide usted.

Nuria aprovechó para soltarse.

—Pero lo puede decidir la Policía. O puedo hablarle a la mujer del gerente de Minas Generales sobre Mara, ya sabe que somos muy amigas y que gracias a eso viven aquí. Estoy segura de que le parecerá una historia muy interesante y usted a ella un ser despreciable. No tardará ni un minuto en convencer a su marido de que lo echen a la calle.

Máximo empujó las cuatro sillas que rodeaban la mesa de la salita una detrás de otra. Tiró del mantel que la cubría y, después de balancearse en el borde, un búcaro con tres flores blancas cayó también. El cristal se hizo añicos y los rodeó como si fueran estrellas dispersas.

—¿Qué quiere? —le gritó Máximo a Dora mientras se acercaba a ella.

Nuria temió que les pegara a las dos.

—Calma, simplemente. Eso es lo que quiero —dijo Dora mientras se alejaba de él unos pasos—. Y silencio. Pagaría por el silencio. Lo necesito más que el agua. Nada de entradas a horas intempestivas, portazos, carreras por las escaleras. Vamos a dejar las cosas como están y todo irá bien. No me gustan los cambios. Si su empresa sigue pagando el alquiler, yo no tendré nada que decir, y usted tampoco.

—¿Me está amenazando?

—¿Yo? ¿Amenazarle a usted? ¿Cómo se le ocurre? No lo necesito. Tan solo le pongo delante los hechos como son. Sus hechos.

Máximo volvió a coger a Nuria de un brazo, pero se lo soltó enseguida y se fue enfurecido hacia el dormitorio. Las dos mujeres oían cómo abría y cerraba los cajones, las puertas del armario, cómo rebuscaba.

—Entonces el que recogerá sus cosas seré yo —gritó desde la habitación—. Ya te apañarás. Tú lo has querido. Con lo bien que vivías y lo has echado todo por la borda. Eres una insensata, una soñadora, siempre has tenido la cabeza llena de pájaros. Te crees que la vida puede ser perfecta.

Entonces Nuria se rehízo y le dijo desde donde estaba:

—Tal vez sin ti la vida, aunque no sea perfecta, al menos será verdad. Con eso me basta.

No quiso preguntarle si pensaba irse con su otra familia, si no le importaban sus hijos en común. Quería quedarse con Marc y con Mireia. Eso era lo más importante.

—Hasta nunca —fueron las últimas palabras que pronunció mientras salía con la cabeza gacha, sin mirarla a ella ni a su casera.

Nuria volvió a sentarse en la misma silla donde un rato antes le ofrecía su rostro a Úrsula para que se lo desinfectara. No se sentía triste, sino más bien aliviada, como si acabara de abrir un cuaderno sin márgenes, sin líneas ni

cuadros que lo pautaran, y con muchas páginas por estrenar. Le reconfortaba pensar que sobre él podría escribir su futuro sin que nadie le llevara la mano.

—Gracias, una vez más, Dora. Ahora le debo la vida porque estoy segura de que hubiera acabado por ingresarme en el psiquiátrico.

—No me debe nada. He obrado en conciencia. Tampoco se trata de tener dinero a costa de lo que sea. No me resulta difícil ponerme en su lugar, no se crea. Yo también viví en esta casa de niña gracias a otra persona. ¿Sabe quién era Muley Afid, el que le da nombre a la mansión?

—Un árabe. He leído que regaló un elefante al zoológico de Barcelona y que el pobre animal murió de hambre durante la guerra.

—Así fue. Muley Afid era hijo de un califa de Marrakech, sé que suena a *Las mil y una noches*, pero es tan real como el suelo que pisamos y que él mandó construir al arquitecto Josep Puig i Cadafalch. Hasta que este palacio estuvo terminado, vivió en el hotel Oriente, en la Rambla de los Capuchinos. Quería establecerse aquí porque se había enamorado de Barcelona y de mi madre. Además, también influyó bastante que su país estaba siendo atacado por la flota colonial francesa. En fin, que parece que su condición era la de ave de paso y que también se cansó pronto de su nueva situación. Le sobraba el dinero, podía permitirse todas las extravagancias que quisiera en cualquier lugar del mundo, así que, cuando alzó el vuelo en dirección a París, le dejó esta casa a mi madre —seguramente para no sentir el más mínimo remordimiento por su embarazo— y una buena renta de por vida, de la que ella ahorró casi todo. Nunca lo conocí, pero le estoy muy agradecida.

—Parece una de las historias que escribo y que no me he atrevido a enseñarle a nadie.

—Querida, pues piense que ahora tendrá más tiempo para esas historias. Tiene un trabajo, casa y, por lo que veo, hasta buenos amigos. No se amargue. Las cosas son como son, pero de nosotros depende cómo nos las tomamos.

—No sé cómo pagarle todo lo que ha hecho por mí —dijo Nuria. No pudo contener las lágrimas y se acercó a Dora cuando esta le abrió los brazos—. Perdóneme.

—Mire hacia adelante. Eso es lo que tiene que hacer.

El Ford Thunderbird turquesa era el lugar donde siempre reflexionaba Máximo, él no necesitaba tener enfrente el mar, ni más paisaje que la carretera. Sentía que las cosas no hubieran salido bien con Nuria, pero como quien lamenta que se malogre un negocio. Estaba en su naturaleza diseminarse, no le bastaba con una sola mujer, ni con dos. A ambas las conoció casi a la vez y no quiso evitar que el compromiso, tanto con Nuria como con Mara, se formalizara. Se sintió capaz de emprender esas dos vidas paralelas porque le sobraba energía. Además, consideraba que para ellas siempre sería mejor tenerlo a él a medias que estar casadas con otro hombre que valiera la mitad.

Imaginaba a su padre cuando surcaba los cielos dentro de su avión de combate, se preguntaba siempre qué razonaría en aquellos momentos. Se llamaba Vittorio y había participado y sobrevivido a la Segunda Guerra Ítalo-Etíope, a la Guerra Civil española y a la Segunda Guerra Mundial, nada menos. Máximo lo admiraba, sentía fascinación por él, pero a la vez lo temía. Era como tener muy cerca a un héroe, a alguien intrépido, aventurero, sagaz y valiente como un personaje de Emilio Salgari. A todas estas sensaciones las acompañaba la certeza de que nunca podría ser igual que él, como si no compartieran la misma dimensión humana y vital.

Vittorio les decía a sus hijos que cuando comenzaba el bombardeo disfrutaba dejando caer aquellos capullos de rosa que se abrían y estallaban en segundos, como si fuera una ofrenda a la gloria.

Máximo advirtió desde pequeño el interés que le suscitaban otras muchas mujeres, además de su madre. Cuando iban solos, esas otras lo besaban en la calle, escuchó en innumerables ocasiones cómo se citaban, los requiebros de Vittorio y su felicidad ante tanta solicitud. Y desde entonces pensó que ese era uno de los premios que recibía por ser uno de los aviadores más condecorados de los Chianti Raiders, a los que también llamaban los «pilotos del Blitz del Duce». A él solo lo aplaudía cuando jugaba al hockey sobre patines. Entonces lo llamaba «dragón».

* * *

Durante el par de días que estuvo en Verín, nadie le notó a Máximo el más mínimo atisbo de desasosiego, ni sus gestos ni sus palabras traslucieron nada de lo sucedido en Barcelona, sino todo lo contrario: sus compañeros coincidieron en que lo encontraban mejor que nunca. Cuando se reunió con su jefe a solas, este le dijo:

—Ese que mandaron los de la farmacéutica parece que es de aúpa. Con menudo pájaro estuviste en Madrid, Zafara. Nos hemos informado. Se necesitaron bastantes más documentos firmados y aún un par de reuniones con los alemanes. ¿Lo bueno? Que unos días en la capital nunca van mal. ¡Qué te voy a decir a ti!

—Estaba claro que su función allí era amedrentarnos. Hablaba muy bien español. Yo poco tuve que hacer, pero los dos ministros y el subdelegado le plantaron cara. No se amilanaron ni un momento.

—Bien, Zafara, bien. Vamos bien. A nosotros todo eso que se habló allí nos da igual. Que hagan lo que quieran. Lo importante es que ya no tenemos nada que ver. A otra cosa. A incrementar el negocio, que es lo que toca. Tenemos que hablar de tu sueldo. Dicen que de raza le viene al galgo. Qué orgulloso tienes que estar de tu padre. ¿Cómo está? Dale recuerdos de su viejo correligionario. Qué bien lo pasábamos. Como cada día podía ser el último... Él arriba en el aire y yo abajo en la oficina.

Máximo se recostó contra el respaldo de uno de los sillones que rodeaban la mesa, estiró la espalda, se pasó una mano por la nuca y balanceó uno de sus zapatos que dejó al descubierto un calcetín negro de hilo brillante.

* * *

Muy de vez en cuando, uno de los cuidadores del cementerio de La Recoleta de Buenos Aires veía allí a una joven que era tan puntual e imprevisible como la muerte. Se acercaba a ella en cuanto aparecía a través de las columnas de la entrada. Cruzaba bajo las imágenes que tanto entretenimiento daban a quienes se detenían a descifrar su relación con la vida: un hilo con unas tijeras muy cerca, una corona junto a una esfera y unas alas, abejas, serpientes enroscadas, una urna con un manto, una clepsidra y un búho. Ella, Frida Lorensen, conocía el significado de todos aquellos símbolos.

A veces hablaba con el enterrador. Le había contado cosas que en otro contexto se considerarían comprometidas, pero por su trabajo era como si lo

considerara a él también una tumba. Para corresponder a sus confidencias, una tarde le dijo que a algunos de los «residentes» del cementerio los había matado él por encargo, pero que en todos los casos se trataba de escoria a la que había que retirar de la sociedad cuanto antes. Había sido el ejecutor de ese tránsito entre la vida y la muerte. Lo contaba sin el menor remordimiento, como si fuera una tarea en beneficio de la sociedad.

—Alimañas nada más, señorita Lorensen.

Él siempre la veía entre sombras, su silueta cimbreante se confundía con los otros perfiles quietos de aquel lugar. Llevaba un sombrero con una redecilla sobre el rostro, como si aquel complemento tan exagerado representara mejor su papel de amante afligida y no reconocida. Todo aquello también ayudaba al tono de su conversación.

Por la señorita Lorensen supo él muchas cosas de aquel cuya sepultura visitaba: que lo había conocido en una especie de balneario en Polonia durante la guerra, que allí era él quien la visitaba con la misma asiduidad con que ella le correspondía entonces. En aquellas instalaciones el placer los unió por encima de todo, sobre todo por encima de la guerra, le dijo.

Al sepulturero no le salían las cuentas porque la señorita Lorensen le refería hechos que habían sucedido casi veinte años atrás. Y entonces, en 1962, él no le calculaba más de quince años. Pero su discreción le impedía hacerle cualquier pregunta sobre un tema tan delicado como su edad.

Sobre la lápida había siempre un ramo de flores que no eran ni de plástico ni de tela, sino naturales; tenían en común con Frida Lorensen que no se marchitaban. Eran rosas liofilizadas a las que se les había extraído la savia y sustituido después por otro líquido, en un proceso muy parecido al de la momificación.

Le contó también que el oficial al que seguía venerando de aquella manera huyó de Alemania y llegó hasta Dinamarca, su país. Allí entró en un submarino que se sumergió en algún punto de la costa escandinava y emergió en el mar de la Zona Austral, después de repostar en las islas Canarias, como tantos otros batiscafos de la flota del Tercer Reich.

—¿Sabe? A estos sumergibles los llamaban «los lobos grises» y llegaban a Caleta de los Loros en 1945. Fíjese cuántos animales —le decía la señorita Lorensen con alegría, como si aquellos datos la divirtieran—. Ese lugar está frente a Río Negro. Una vez aquí, en Argentina, tras el desembarco clandestino, a los militares alemanes los conducían hasta una fortaleza a la que llamaron Sangrilá.

—Sangrilá —dijo Gedeón en tono evocador—. Me gusta mucho cómo suena esa palabra.

—Era un bastión que aparecía en el libro *Horizontes perdidos* de un escritor británico. Algo así como un paraíso perdido. De ahí tomaron el nombre; el original es Shangri-La. Esta fortificación era además una réplica del Kehlsteinhaus o Nido del Águila.

Gedeón la miró sin entender.

—Copiaron aquí el mismo palacete que los jefes nazis disfrutaban en los Alpes de Baviera. Como si la misma construcción hubiera volado hacia el sur. Yo he estado en los dos y te aseguro, Gedeón, que eran idénticos, hasta la decoración interior del elevador que salvaba los últimos metros: un cubo de hierro que se deslizaba a través del túnel excavado en vertical dentro de la montaña. Quienes entraban allí, antes de salir a la enorme terraza sobre la cordillera, se maravillaban de los espejos de estilo veneciano, los apliques de bronce y el cuero teñido de verde oscuro que recubría las paredes del ascensor. El lujo en grado extremo.

Le trasladaba al empleado del camposanto muchos detalles cada semana, como si el hecho de compartirlos supusiera que quien estaba enterrado allí, aquel a quien consideraba una leyenda, siguiera respirando, como si esos datos se filtraran a través de la piedra bajo la que estaban sus restos. La soledad era el otro motivo por el que mantenía con él esas extensas conversaciones.

Aquel hombre, Gedeón, se sabía la historia de memoria, la manera fogosa en la que continuaron su romance en Argentina en las lujosas habitaciones de este refugio y demás confesiones impropias para un interlocutor, en su propia consideración, tan desigual respecto a lo que ella representaba. Le refirió también que unos dos años después de su llegada, el militar bajó la guardia y abandonó el cobijo de Los Andes para establecerse en la capital. Quería tenerla más cerca aún, vivir alejados de todos los demás, que ella fuera su único sol. Esto se lo dijo sin ningún atisbo de culpa, como si su propiedad magnética fuera algo indiscutible.

Se veían siempre en el piso de ella. Su amante nunca quiso revelar nada de la información que había atesorado durante la guerra ni su domicilio; le decía que era por su seguridad. Del nombre de su calle y del número de su portal solo se enteró Frida Lorensen cuando la Policía encontró a su amante desollado en la esquina de un salón tan inmenso como falto de mobiliario. Cuando ella lo supo llevaba varias semanas sin verlo y sin poder compartir con nadie la desazón que le producía su ausencia.

Tuvo acceso a todos los detalles de la investigación a través de un compañero del fallecido: supo que se había ido desangrando con mucha lentitud frente a un reproductor de diapositivas marca Sawyer Rotomatic 747 y lente Maginon que proyectaba ante él las mejores obras de la historia del arte.

Cada vez que aparecía un cuadro o una escultura, un mecanismo parecido a una navaja de afeitar, conectada al motor de esta máquina, le arrancaba un trozo de piel o de carne.

Lo encontraron sobre un charco de sangre seca tras bastantes llamadas de un vecino que insistió durante semanas en que escuchaba día y noche un ruido monótono. La causa de su muerte fue la infección que le produjeron esas heridas. No pudo gritar para pedir auxilio porque estuvo todo el tiempo amordazado. Su vigor fue también su maldición porque le permitió resistir demasiado. Ella lo pudo haber salvado, pero él no quiso arriesgarse, y no darle su dirección le costó la vida.

Quien lo siguió hasta allí no buscaba vengar a su familia masacrada en un campo de exterminio. Frida supo que se trató de un crimen de encargo, a distancia, para terminar con la amenaza que él suponía para algunos científicos que habían rehecho su vida y se habían convertido además en millonarios gracias a determinadas patentes.

Las dos palabras del nombre del oficial asesinado, escritas con la habitual tipografía gótica usada por el Tercer Reich, estaban incrustadas allí con ganchos de hierro. De él solo quedaba su nombre: Adler Eigner.

* * *

—Me marchó, Gedeón, no volveré más —le dijo la señorita Lorensen al enterrador aquella tarde de septiembre.

Ella había vivido hasta entonces en El Messidor, en el pequeño castillo entre jardines a escasos metros del lago Nahuel Huapí en Villa La Angostura. Cuando se veían con más frecuencia era durante las temporadas que ella pasaba en la capital. Apenas salía más que para visitar el cementerio. En aquella ocasión aprovechó el encuentro con los señores Frument para ir una última vez.

—¿Vuelve a su país? —se atrevió a preguntarle él.

—Tal vez, pero a uno que yo misma me he creado. En el otro ya no sería bienvenida.

—Que sea feliz, señorita —le dijo el hombre sin entenderla.

—¿Sabe? La casa donde he vivido aquí se llama Mes de Oro. En ella siempre es verano. Ahora vendrá Meliva, una amiga mía alemana, a residir en ella. Yo me daré un paseo por Europa. Y le voy a decir algo que espero que le alegre: puede que necesite sus servicios. No se me ocurre nadie mejor que

usted para lo que tengo previsto. Si es así, ya le avisaré. Sé de sus buenos oficios —le dijo mientras señalaba hacia el campo de tumbas.

El hombre ya no le respondió, se quedó embelesado en el centro exacto de la puerta mientras ella entraba en el mismo taxi de siempre. La admiraba como si en vez de una persona se tratara de un fenómeno que él hubiera tenido la suerte de contemplar de cerca siempre a última hora, cuando ya no quedaba nadie más en el camposanto ni se esperaban más visitas.

Después de encadenar la verja del cementerio, giró la llave dentro del candado y se la guardó en el bolsillo.

Nuria se había propuesto aquel lunes enfrentarse a todo el trabajo atrasado. Casi al atardecer, después de muchas horas entre las cartas, le llegaron desde el receptor de radio sus propias palabras como un eco:

Hoy hace exactamente dos días que supe que mi vida tenía un reverso. Se quebró el cristal que sostenía las mentiras en las que vivía. Desde entonces cada día es el mismo día, no avanzo, no despierto de este mal sueño. Mi marido me ha traicionado, señora.

Dejó de escribir para escucharlas, para escucharse en la voz de otra, de quien las radiaba. Y le parecieron extrañas, no porque no fuera ella quien las decía, sino porque ya no se identificaba con aquellos pensamientos.

«¿Por qué lo ha hecho?», leía esa parte de su carta en aquellos momentos. Y Nuria reconocía para sí misma que le daba igual, que ya no lo odiaba como decía a continuación, y que lanzaría el aparato por la ventana si la supuesta consejera se atrevía a recomendarle que continuara al lado de semejante canalla. Se puso de pie y fue hasta el mueble que guarecía la radio. La locutora comenzó a dirigir su respuesta a ella y a los cientos de miles de simultáneos escuchantes de sus cuitas.

Querida amiga, entiendo su desesperación, créame, la vida a veces nos somete a estas pruebas para templarnos como el acero.

Nuria pensó que quien había escrito aquello podía ser un hombre por la comparación que utilizaba.

Mire hacia adelante, piense en el futuro de sus hijos y perdone, no hay persona que no tenga debilidades, si usted misma se mira hacia adentro, seguro que descubre las suyas propias. Somos imperfectos, todos. Los hombres, por su naturaleza, tienen estos comportamientos que a nosotras nos asombran y nos sumen en la incomprensión. Así que, amiga mía, sea sensata, juiciosa, como corresponde a una mujer en su situación de madre y esposa, no se deje llevar por la ira, mantenga el

sosiego y verá que su esposo pronto olvida sus aventurillas y vuelve al seno del hogar, cabizbajo y arrepentido. Acuérdese de mí cuando los cuatro vuelvan a navegar en lo que no me cabe duda que será una balsa de aceite.

—De aceite hirviendo —dijo Nuria en voz alta, y en vez de arrancar de allí su radio para lanzarla por los aires, giró el botón hasta que enmudeció.

Pensaba de nuevo en quién sería la persona que habría redactado aquellas líneas que le resultaron insultantes. Después se miró en el espejo del armario de su dormitorio, su imagen aún le producía dolor. Se arregló el pelo con las dos manos y pensó en sus ahorros de toda la vida que le guardaba su madre y en lo mucho que le gustaría viajar a Brasil. Con la firma de su padre, ella se los entregaría enseguida, tal como le había dicho a Dora.

A pesar de su aspecto tan demacrado, se sintió pletórica, invencible. Como si la regeneración fuera de dentro a afuera. En pocos segundos había pasado de la rabia a un sosiego que le hizo creer que sería capaz de manejar lo que a partir de aquel momento le sucediera. Como si todo lo anterior que tenía que ver con Máximo fuera ya agua pasada.

* * *

El cometido de Boro en Brasil era supervisar que se recolectaran ciertas plantas, frutos y sustancias en general, más que medicinales, milagrosas: la corteza del tronco al que los ingleses llamaban *ironwood* o palo de hierro, la guanábana, y además el árbol del que nacía la graviola, del que tenían que tomar también las ramas, las raíces y sus flores, y también una baya, el acai, que tal como constaba en su ficha era un antioxidante muy potente.

Los campesinos a los que había contratado depositaban cada carga en una especie de obrador de boticario dentro de una choza donde todas aquellas materias primas veían muy reducido su peso y su tamaño. Cuando reunía la cantidad suficiente de cada ingrediente, tenía que asegurarse de que se empacara de forma correcta y pagar bastantes permisos para conseguir que se transportara hasta el puerto. En cuanto el buque zarpara con la carga, él podría tomar el avión de regreso a Barcelona. Calculaba que en menos de una semana y media estaría ya allí.

El domingo por la tarde eran las únicas horas en las que no trabajaba, y lo aprovechó para dar un largo paseo por los alrededores de Lábrea. Descubrió un lazareto o leprosería que ocupaba las instalaciones de un antiguo balneario abandonado. Uno de los brazos del río Purús separaba este edificio y el huerto

enorme que lo rodeaba de las últimas casas de la ciudad. Nunca se había alejado tanto de donde vivía para dar un paseo. Aquel caserón lo intrigó. Estaba medio en ruinas, la vegetación ocultaba gran parte de él. Las personas que se asomaban a sus ventanas o estaban sentadas delante de la entrada principal también parecían hundidas, a punto de desaparecer en aquel paisaje. Cuando faltaba poco para que anoheciera, se decidió a dar la vuelta. Fuera del muro que los separaba del río y que también protegía aquella finca de sus crecidas, vio una montaña de desperdicios. Junto a algunas hojas para ensalada y peladuras de patatas, le llamaron la atención unas cajas de cartón en las que aparecía el contorno en negro de una niña tachada con una equis roja. Se llevó varias y un par de frascos de medicamentos vacíos.

Nada más entrar en su casa lo dejó todo sobre una jardinera del patio y después de lavarse se dispuso a escribirle a Nuria. Aunque era muy posible que él llegara antes que la carta, quiso dirigirse a ella de aquella manera. Era una forma de estar juntos en la distancia.

Estimada Nuria:

No veo el día de regresar a Barcelona. Menos mal que ahora ya falta menos. He necesitado alejarme tanto para darme cuenta de que tengo una gran familia allí: tú, el padre Vilesermes, los señores Frument, Liliana, incluso echo de menos a tus hijos. No hay como la distancia para reflexionar. La vida me ha compensado con creces por lo que perdí siendo muy niño.

Además, desde aquí me atrevo a decirte cosas que cuando te tengo enfrente no soy capaz. De momento las pienso en voz alta, pero ahora te las voy a escribir.

Me he dado cuenta de lo mucho que te quiero, Nuria. ¿A que nunca se te había declarado nadie desde tan lejos?

Hasta ahora no me había interesado por ninguna mujer, tampoco ha sido fácil, dada la escasez de ellas en el seminario y cuando estudié la carrera.

Tal vez te parezca egoísta que en estos trances tan ajetreados me solace en mis sentimientos, pero creo que he venido a esta punta del mundo principalmente para poder darme cuenta de lo que significas para mí. Así que, y esto es lo que quería proponerte, si tan solo quieres mi amistad, a pesar de lo que ha pasado entre nosotros, lo entenderé. Ignora lo que te he dicho, nuestros besos, el día que estuvimos en mi casa; con que me permitas estar a tu lado de vez en cuando ya me consideraré dichoso. Pero si soy tan afortunado como para que me correspondas, quiero que sepas que te entrego mi vida entera, que solo quiero vivir a tu lado... (y que no sé si voy a ser capaz de llevar esta carta a la oficina de correos, al *correio*, como se dice aquí).

Te quiere,

Boro Navascués

* * *

En Barcelona ya había anochecido hacía cuatro horas, y en la calma que envolvía la mansión Muley Afid, Nuria hacía lo mismo: escribirle.

Estimado Boro:

Me veo obligada a comunicarme contigo incluso antes de lo que pensaba para advertirte de algo muy desagradable: Máximo está fuera de sí, me agredió cuando fui a tu casa. Lo mejor es que no sé nada de él desde que se largó dando un portazo, pero lo peor de todo es que te ha denunciado a la Policía porque cree que has asesinado a un hombre que, según él, contrató para que me vigilara. Creo que los dos sabemos de quién se trata, pero entenderás que no lo diga aquí.

Cuando me descubrió en tu escalera, estuvo a punto de matarme. En estos momentos estoy sola, bueno, un poco más de lo que lo he estado siempre. No quiero ni pensar en volver con los niños a La Bisbal, junto a mis padres. Eso sería un fracaso. Veré cómo me las arreglo. Prefiero quedarme aquí en Barcelona aunque sea duro. No quiero decirte nada más sobre esto porque tu situación ahora, con la Policía detrás, es más complicada que la mía. Tenlo muy presente. Haz lo posible para que no te detengan.

Lo que más deseo es que esta carta te llegue cuanto antes, la voy a mandar por correo urgente. Sería más prudente que permanezcas ahí por el motivo que te cuento, al menos hasta que se aclare todo esto. Cuanto más tiempo estés en Brasil, mejor. Y no des tus señas a nadie más. Creo que solo los tenemos los señores Frument, Liliana, el padre Vilesermes y yo. Entenderás que se lo comunique también a ellos. Y sobre todo, cuídate.

Siento todo esto, me hubiera gustado hablarte de cosas más agradables. Necesito un teléfono para llamarte, el que sea y cueste lo que cueste, aunque te tengas que desplazar kilómetros para atenderlo. Hablemos.

Respecto al telamón, parece que hay avances aquí. Por fin. Liliana está siguiendo muy de cerca su retirada. Don Jerónimo ha aceptado colaborar y está en contacto continuamente con Varick Kessler. Ya te daré más detalles. Todo ha servido de algo. De mucho. Pero seguimos con el tema sin bajar la guardia. Sobre todo, no te confíes tú.

Creo que ha sido providencial que te enviaran allí. Me apena que aún tengas que quedarte, pero será lo mejor. En fin, espero no descubrirte yo con esta carta, que estas líneas solo las leas tú, si sucediera lo contrario..., pero no tengo otra manera de avisarte. Lo siento, Boro. Siento mucho todo lo que está pasando.

Cuídate mucho,

Nuria

A primera hora de la mañana, antes de ir a trabajar, fue Liliana a visitarla y Nuria le entregó la carta para que la echara ella al correo.

En la sede central de Orlanta en Stolberg, Harald Silveiner, con la impasividad propia de quien considera que en la administración de la muerte no se puede ser demasiado preciso, soportaba la tormenta ante quien lo contrató: uno de los abogados con los que estuvo en Düsseldorf.

—¿Y se puede saber por qué mataste a aquel desgraciado que vivía en un tugurio? Repítemelo otra vez, anda, que aún no te he entendido. ¿Qué tenía que ver con nosotros?

—Señor, tenía que liquidarlo. Era el que atesoraba toda la información que los otros habían ido reuniendo. No me pregunte cómo, pero tenía copia de todo. Estaba al tanto. Los seguía a todas partes. Escuchó sus conversaciones y consiguió todo esto porque parece que llevaba muchos años en la calle, sobre todo de noche.

—¿Sí? ¿Y dónde están esos papeles? Esos documentos, esos informes, esas fotografías. Precisamente son lo que necesitamos para hacerlos desaparecer y seguir vendiendo allí. ¿No lo entiendes? ¿Qué encontraste?

—Esta carpeta —le dijo mientras le dejaba sobre la mesa una funda de piel sintética muy parecida a la que Máximo había sustraído del mismo lugar.

—En vez de echar una mano, nos estás complicando las cosas. Menudo negocio he hecho contigo. ¿Qué es esto? ¿Un trozo de aquella basura?

—El trabajo del detective Baladre.

—No leo en español. No sé español. Ni ganas. Pero te aseguro que, como esto esté lleno de asuntos de cuernos, el que desaparecerá del mapa serás tú. Te lo garantizo.

* * *

Pensó en la furia con que Máximo recogió sus trajes, sus papeles. Desde entonces, su hija no dejaba de preguntar por él. «¿Por qué papaíto no ha venido en tantos días? ¿Dónde está?». «De viaje, cielo. Está de viaje. Vendrá pronto».

Le decía que se había ido al extranjero unos meses, que después volvería cargado de regalos... Aún no había encontrado la fuerza suficiente para inventar siquiera una excusa. Comenzaba a dolerle la cabeza.

La sacó de sus cavilaciones Mireia, que entró en la sala de estar con una hoja de papel en la mano.

—Mira, mami, eres tú —dijo mientras le mostraba una mariposa.

—Muy bien, cariño, ahora dibuja a Dora y a Úrsula detrás de la hoja de este calendario y así les haces un regalo —le dijo Nuria, y su hija se marchó a la habitación de al lado.

Necesitaba quedarse quieta y pensar, pero enseguida llamaron al timbre.

—Le han telefoneado de su trabajo, una señorita, Liliana, me ha dejado un recado: si puede estar allí en una hora porque llegan sus jefes —le dijo Úrsula.

—¿Podrías quedarte aquí hasta que vuelva?

* * *

Los señores Frument habían avisado desde el aeropuerto antes de recoger el equipaje. Nuria se cambió a toda prisa y cogió el primer taxi que vio. En menos de un cuarto de hora llegó a la calle Pelayo. Cuando apenas llevaba allí unos diez minutos hablando con Liliana sobre la denuncia falsa contra Boro, entró doña Leonor.

—Queridas, gracias; Nuria, por haber venido a recibirnos, y Liliana, gracias a ti también por haberte quedado hasta la hora de comer. Veréis, tengo un encargo que haceros. Mañana hablaremos con más calma, pero quería anticipároslo. Hemos vuelto acompañados.

—¿De Boro? —les preguntó Nuria sin poder contenerse.

—No, él ya no tardará. —Entonces las tres oyeron un ruido en la escalera—. Eso es que nos están subiendo las maletas. ¿Ya estás bien, Nuria? Boro nos contó en Buenos Aires lo que te sucedió en el patio. ¡Cómo está el mundo! A partir de ahora habrá un portero en la finca y el sereno estará más atento. Lo siento.

—Ya estoy bien —respondió Nuria.

—Nuestro viaje ha sido fantástico. Tenéis que conocer a nuestra invitada, la señorita Frida Lorensen. Está arriba. Mi esposo se está encargando de darle las instrucciones para que se instale con total comodidad. Os fascinará. Solo os digo de momento que ha encontrado el secreto para no envejecer. En cuanto descanse del viaje, os la presentaré. No conoce a nadie en Barcelona y necesito que paséis algún rato con ella hasta que se familiarice un poco con la ciudad,

con nuestras costumbres... Ya sabéis que yo no puedo estar todo el día de aquí para allá —les dijo, como si para ellas fuera posible.

Nuria pensó que, a pesar de su amabilidad exquisita, los señores Frument nunca daban una puntada sin hilo. Estaba segura de que en aquella forma de actuar diligente y decidida, pero sobre todo práctica, radicaba el éxito de su negocio.

—Le vendrá muy bien al instituto —continuó la señora Leonor—. En cuanto se sepa su edad, querrán entrevistarla hasta en la televisión. La publicidad que nos puede proporcionar no se comparará con nada. Ni siquiera con el consultorio. Ya veréis. Es lo que hemos estado buscando durante años. Liliana, te he traído las revistas de moda que me encargaste.

—Muchas gracias, doña Leonor —le dijo ella cogiéndolas.

—Y un par más para ti, Nuria. Mira, el *Life* en español y esta otra argentina. Aquí tenéis una entrevista con la señorita Lorensen. Ahora os dejo. Mañana os la presentaré y espero que la tratéis como a una reina, nos va a hacer de oro. Bueno, queridas, como dicen, mañana será otro día.

Nuria y Liliana intercambiaron una mirada tensa.

—Señora Frument, nosotras también tenemos que hablar con usted —le dijo Liliana.

—Mañana, queridas, de verdad. Ahora estoy muy cansada.

—Espere un momento, por favor. —Nuria la siguió hasta la puerta—. Han denunciado a Boro por asesinato.

Doña Leonor se volvió muy sorprendida.

—¿Qué estáis diciendo? Eso no es posible.

Las dos le contaron a grandes rasgos lo sucedido y vieron cómo el abatimiento de su jefa se duplicaba.

—Voy a hablar con Aleix.

Nuria y Liliana se quedaron junto a la mesa de la secretaria. Estaban muy quietas, como si contárselo a doña Leonor lo hubiera convertido en algo aún más demoledor.

Cuando su jefa se marchó, miraron con desgana una de aquellas publicaciones hasta que en el reportaje de aquel número 90 de la revista *Vistarama* vieron unas fotografías muy artísticas. Y con un poco más de interés, comenzaron a leer sobre quien iba a ser su compañera en breve. La descripción y el cuestionario lo firmaba Lautaro Amalfi.

—Señorita Lorensen, muchas gracias por recibirme. Tengo que comunicarle que ha tenido mucho éxito el reportaje sobre los experimentos con personas durante la Segunda Guerra Mundial para el

que usted me prestó su imprescindible ayuda. Tal vez hoy se anime a revelarme la fórmula de la eterna juventud.

—Veo que no se olvida. Sí, siempre lo que más llama la atención es lo que se refiere al programa Juventud Eterna.

—La felicito por esta casa magnífica. Y le agradezco que me haya invitado. Aunque la vez anterior, en el café capitalino tampoco estuvimos mal.

—Sí, fíjese, mire aquí, desde esta ventana aún se ven las rampas de los hidroaviones con los que trajeron los materiales a través del lago para construirla. ¿Qué le parece?

—Quería preguntarle precisamente cómo llegó. La vez anterior no me dijo nada de esto.

—Hay tantas cosas que no le he dicho, señor Amalfi. Fue un trayecto largo y bastante accidentado. Verá, el Congreso Judío Mundial se encargó de mí, me buscaron unos parientes en Argentina para que me reclamaran.

—¿Tenía entonces usted familia aquí?

—Llamémoslo así. Mejor que eso incluso. Mientras me tramitaban la documentación, me llevaron a un establecimiento en Suecia que era un horror. No tenía nada que ver con Soletal, donde yo había trabajado, y lo peor de todo es que no estaba él.

—¿Quién?

—Mi gran amor. Mire, ya le voy teniendo confianza, hasta le hablo de mi vida, más que privada, íntima. Y eso que luego se publicará. Ya me da igual. Sabe que me marché de Argentina.

—Sí, una verdadera lástima, pero no le perderé la pista, no le quepa duda. Señorita Lorensen, en nuestra conversación anterior usted me refirió todas las excelencias de aquel balneario en Polonia donde practicaba sus ejercicios al aire libre, las actividades culturales que organizaban, sobre todo el cine, y entre lo que me contó que hacía allí, lo que le ocupaba más tiempo era, si me permite decirlo así, su relación íntima con aquel oficial del Ejército alemán. Tengo entendido que fue alguien muy controvertido. ¿De quién se trataba?

—No le revelaré su nombre. Conocerlo, esa felicidad, también se la debo al Reich. A finales de 1946 llegamos ambos por separado a este país. Enseguida nos encontramos. Proyectamos y llevamos a cabo desde aquí tantas cosas..., íbamos a las horas menos concurridas a un establecimiento de la calle Juramento de Belgrano, allí comíamos sándwiches de salmón, pepinos y postres solo de frutos rojos. Ya sabe de mis ideas respecto a la alimentación. Recorriamos Palermo, La Recoleta, fíjese, sin saber que a su cementerio iría tantas veces después. Él me esperaba a la salida de mis clases de gimnasia. Si existe el amor perfecto, ese era el nuestro.

—¿Les contará a nuestros lectores algo más sobre su secreto para mantenerse así de bella?

En el último párrafo de la entrevista solo se aludía a la carcajada con que la danesa le había respondido a su interlocutor.

—¿Qué te parece, Nuria? —le preguntó Liliana.

—Peculiar, muy peculiar, y bastante extravagante —le respondió ella—. Aunque, eso sí, es bellísima —añadió de inmediato—. Y mira qué ropa, seguro que es alta costura. Pero no tan bonita como la que tú haces. Además, es muy joven. Casi una niña.

Aunque ya era muy tarde, Nuria decidió volver en autobús. Apenas se sentó en el asiento, vio que en la portada de la revista *Life*, en el lado opuesto de las letras blancas sobre fondo rojo de la cabecera y junto a la modelo que posaba con los ojos muy abiertos con un candelabro, había una nota que decía: «Telamón. La droga mutiladora que ha sembrado el dolor por todo el mundo». Enseguida localizó en el interior un extenso artículo sobre el medicamento mortífero. En primer lugar, se referían a Dafne Gretchen, la farmacóloga que impidió que se comercializara la droga en Estados Unidos. Después abordaban el problema que suponía que los laboratorios les ofrecieran a los médicos muestras que no habían pasado ningún control previo, ni para las que se había autorizado, por tanto, su comercialización. Nuria pensó en los fármacos que los médicos sacan de su cajón en una consulta o de un armarito cerrado con llave. Aquel artículo decía que estas llamadas «muestras de investigación» escapaban a cualquier medida gubernativa.

A Nuria le dio un escalofrío al pensar lo que suponía esa manera de actuar al margen de la ley: contrastaban los efectos directos sobre las personas, ensayaban con ellas como si se tratara de ratones de laboratorio. Aquel texto de *Life* también mencionaba a Singer y a Kessler. Dafne Gretchen los encontró cuando uno de los miembros del consejo de redacción de la revista *Tyndaller* la avisó de que tenían aquel artículo pendiente de revisión y publicación. En otro recuadro se leía: «La heroína que dejó fuera del mercado el medicamento más peligroso de la farmacopea moderna». Tenían ya preparados dos millones y medio de tabletas de telamón que hubieran matado, mutilado, o ambas cosas, a miles de niños. Terminaba el reportaje con las medidas que se iban a tomar en el futuro para que algo como lo sucedido con este tóxico no se repitiera: el Congreso obligaría a las farmacéuticas a demostrar que, además de que sus productos no tenían efectos secundarios, servían para algo, es decir, que eran efectivos para el tratamiento previsto. Concluía el artículo con la siguiente frase: «Dafne Gretchen permaneció inamovible en medio de la tempestad. Su ejemplo nos llena de esperanza. No todo se compra y se vende».

CUARTA PARTE

Durante las dos semanas siguientes, Nuria se dedicó sobre todo a poner sus pensamientos en orden y a acopiar fuerzas: quería volver a sonreír. Fue casi cada mañana al parque con Marc y Mireia, compró en el mercado de San Gervasio todo lo que necesitaba y respondió a las consultas de las oyentes, pero delegó en Liliana el encargo de enseñarle la ciudad a Frida. Desde la ausencia de Máximo, la única diferencia con los días que antes él pasaba fuera era que había dejado de esconder las cajas de cartas en la parte baja de la alacena.

Liliana fue a casa de Nuria una mañana, antes incluso de que amaneciera. Su forma de llamar a la puerta de la cancela la asustó. Nada más verla desde la ventana, bajó enseguida a abrirle mientras se ataba el cinturón del batín.

—¡Lo han detenido! No sirvió de nada la carta. No creo ni siquiera que la recibiera —dijo Liliana nada más entrar en el jardín.

—¿En Brasil? Pero ¿cómo han dado con él? —preguntó Nuria muy angustiada—. Pensábamos que allí estaría a salvo.

—No, ha sido aquí, a pie de pista, antes de que aterrizara el avión ya estaba la Policía esperándolo. Se lo han llevado esposado. Parece que ha cumplido con el encargo de los señores Frument antes de lo previsto. Mira, lo dice aquí —le dijo mientras le tendía el periódico.

—No puede ser, no puede ser —repetía Nuria mientras lo cogía con las manos muy temblorosas.

Nuria sintió de nuevo el vértigo de estar dentro de una pesadilla, la irrealidad, el sabor amargo, un dolor de cabeza lejano que era como si tuviera un huésped incómodo dentro del cerebro.

Los guardias de servicio esperaron el vuelo de la compañía Varig procedente de Porto Alegre con el pasajero S. N. A. a bordo. Las diligencias de la Policía, adoptadas por la denuncia previa que obraba en su poder, consistieron en tomarle declaración al detenido, nacido en Barcelona, de 30 años, soltero, de profesión ingeniero químico, quien además de acusado de asesinato está implicado en el tráfico de tóxicos y sustancias venenosas de uso industrial.

Ha sido puesto inmediatamente a disposición del juez instructor del caso. Aun cuando nuestros redactores no han podido vulnerar el impenetrable secreto que rodea estas actuaciones del juzgado, advirtieron desde los pasillos que el encartado no era puesto en libertad, sino que se le devolvía a los calabozos de la Audiencia. Del interrogatorio solo ha trascendido la sorpresa del detenido, quien en todo momento afirmó desconocer por completo aquello que se le imputaba. También se ha sabido que se le mostraron los objetos hallados en el lugar del crimen y otros que él mismo portaba en su equipaje.

—Ni siquiera sé cómo lo he visto. No suelo leer los sucesos —dijo Liliana.

Nuria estaba desencajada. Balbuceaba.

—Es una trampa. Los de la farmacéutica... se estarán frotando las manos. Son unos desalmados. Esto les va a venir de perlas. Pobre Boro, dirán que es un delincuente. Liliana...

—Lo que dice de los tóxicos y las demás sustancias, ¿se referirá al telamón? ¿Y si lo acusan de traficar con él? ¿De venderlo en el mercado negro? Por desgracia, creo que podemos esperar cualquier cosa —dijo Liliana desolada.

—Hizo acopio de bastantes pastillas, pero era para analizarlas. —Nuria se quedó unos segundos pensativa—. Tenemos que ir a la comisaría o adonde lo tengan —dijo con mucha determinación—, ahí dice que estaba en la Audiencia, pero ahora ya no sabemos dónde.

Después de recorrer la escalera, entraron en casa de Nuria.

—¿Vamos allí y que nos detengan también como cómplices? No puedes dejar solos a tus hijos. Eso es lo más importante: que nada nos nuble el pensamiento. Ahora tenemos que razonar mejor que nunca —dijo Liliana.

—¿Lo saben ya los señores Frument? —le preguntó Nuria.

—No creo. Hablaré con ellos en cuanto llegue al laboratorio.

—Sí, hazlo, por favor. Ellos conocen a mucha gente. Podrían conseguirle un buen abogado.

—Tú quédate aquí. De eso no tengas ninguna duda. Recurriremos a quien haga falta.

—Hay que decírselo al padre Vilesermes. Cuando lo sepa..., para él es como un hijo. No quiero ni pensarlo —dijo Nuria muy compungida.

—Es probable que ya se haya enterado. Las malas noticias siempre llegan antes que las buenas.

Nuria se dejó caer sobre la butaca que tenía junto a la ventana, bajo la lámpara.

—Estoy muy cansada, Liliana, es como si, conforme avanzo, todo se fuera derrumbando a mi alrededor. Esa es la sensación que tengo, que camino entre las ruinas de lo que ha sido mi vida hasta ahora.

—No pienses eso. Ya verás como se implican los señores Frument. Ellos también lo aprecian mucho. Espero no haber despertado a tus peques —le dijo a la vez que abría la puerta para marcharse con cuidado de no hacer ruido.

—No te preocupes.

—Después te llamaré para decirte cómo ha ido todo. Y cambia la cerradura. Díselo a tu casera, seguro que estará de acuerdo. Tienes que evitar que Máximo te dé ninguna sorpresa desagradable más.

—Sí, será lo mejor. Tienes razón. No había caído.

—Ah, y otra cosa —le dijo Liliana mientras abría el bolso para sacar de él un ejemplar de la revista médica *Tyndaller*—. Ten.

Nuria la cogió sorprendida. En la portada había un frasco lleno de figuritas de bebés a los que les faltaba algún miembro. Y debajo de esta imagen una sola palabra tachada: «Telamón». En el encabezamiento del artículo aparecían fotografiados Varick Kessler y su compañero Conrad Singer.

—Pero ¿cómo la has conseguido?

—La he pedido por teléfono a un sitio muy especializado. Ya sabes que en el laboratorio tenemos muchos números de ese tipo. Viene de Gran Bretaña.

—Cuando solucionemos lo de Boro, tienes que acompañarme a ver a los niños de los que te hablé —le dijo Nuria con mucha pena mientras miraba las figuritas rotas de los bebés de la portada.

—Así lo haremos. Y no te quepa duda de que castigarán a los culpables de tantos crímenes y a él lo soltarán. —Liliana miró el reloj—. Y ahora sí: me voy, que no quiero que los señores Frument lleguen antes que yo. Verás como todo irá bien.

* * *

Cuando Liliana abrió la puerta del instituto de belleza, se encontró de frente a don Jerónimo Ullrapós y se quedó paralizada.

—Me ha abierto uno de los ayudantes del laboratorio. Siento haberte asustado. ¿Cómo estás?

—Como siempre. Tiene mala cara, ¿está bien? —le preguntó con una preocupación muy sincera.

—Ayer enterramos a mi mujer.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento, don Jerónimo. —Liliana lo abrazó.

—Lo sé. Sé que lo sientes. Eres buena persona, Liliana.

—¿Qué pasó? —Ella se quedó muy cerca de él.

—Parece que no le sentó nada bien el desplazamiento al sur de Francia, no se adaptó al clima de allí, algunos días se apagaba, otros, rabiaba, ha sido terrible. Cómo padeció, la pobre.

Mientras le hablaba, ella ensayaba muchas frases, pero no se atrevía a decirle ninguna.

—Ahora ya no tengo obligaciones —dijo él de pronto.

Liliana lo miró sorprendida. No se esperaba aquello.

—Puedo llevar la vida que quiera, la que tú quieras, mejor dicho, vivir donde desees, viajar, podré comprarte todo lo que se te antoje.

—Don Jerónimo, estoy bien como estoy —le dijo Liliana sin dar crédito.

—Lilianita, ¿qué pasa? ¿Tienes ya a otro?

—No me ofenda, don Jerónimo. No tengo a nadie, ni ganas. Ya he escarmentado bastante, tanto en cabeza ajena como en la propia.

—Esta vez será diferente. Podremos casarnos —dijo él acercándose para cogerla de las dos manos.

—La vida de casada no me llama —contestó Liliana. Se soltó enseguida y fue a sentarse tras su escritorio para evitar sus caricias—. Tal vez sea porque me he acostumbrado a estar sola.

—Pero lo nuestro... —Don Jerónimo apoyó una mano sobre la mesa que los separaba—. Vernos a escondidas era temporal, siempre te lo dije, que no quería que ella —nunca había pronunciado el nombre de su mujer ante Liliana — tuviese que faltar para que nosotros estuviéramos juntos. Pero ha sucedido. No siento que estemos pasando por encima de su cadáver, sino obrando de una forma muy natural.

—Mire, don Jerónimo —le dijo ella echando la espalda hacia atrás—, me ha beneficiado su amparo, ha hecho mucho por mí, proporcionarme este trabajo que tanto me gusta, por ejemplo, y muchas más cosas, pagar mi casa... Pero entienda que yo también tengo derecho a comenzar de nuevo.

—¿Sin mí, Lilianita? —Él se acercó todavía más y la miró a los ojos.

—Usted ya se había marchado —le dijo ella muy tranquila.

—Pero he vuelto. Y he vuelto a por ti. —Ullrapós no dejaba de insistir.

A Liliana le faltaba energía para continuar aquella conversación. Una negación rotunda le hubiera exigido más firmeza, mucha más de la que disponía en aquel momento.

—Mire, vamos a hacer una cosa —le dijo enseguida—: déjeme pensarlo. Ahora estoy agotada, los señores Frument me requieren mucho desde que

llegaron de viaje. Además, acabo de volver de visitar a una compañera que no se encuentra muy bien.

—Haremos como tú digas, lo que tú quieras, ya te lo he dicho.

Ella no quiso replicar. Lo miró convencida de que el dolor lo había trastornado.

—Eso sí, quiero agradecerle su actuación respecto al telamón —le dijo—. Espero que me dé la razón en que no hay nada que se compare a tener la conciencia tranquila. Esa es la mejor almohada para dormir bien.

—Liliana, tú siempre tan íntegra —dijo mientras sacaba de su bolsillo un papel doblado—. Mira, mira lo que te he traído. No he faltado a mi palabra.

Liliana bajó la vista y repasó las líneas mecanografiadas del documento que le mostraba. Tenía un sello de entrada en el registro con fecha del 29 de septiembre. Debajo del escudo del águila con la cruz dentro decía: «Ministerio de la Gobernación-Dirección General de Sanidad», la sección y el número. Y después comenzaba el texto.

Tengo el honor de comunicarle para su conocimiento y efectos que esta Dirección General de Sanidad, a la vista de las informaciones recibidas sobre el uso de carácter mundial de medicamentos o especialidades farmacéuticas a base de ftalimido-glutarimida, desde los organismos pertinentes de nuestro país ha resuelto anular con carácter definitivo la especialidad farmacéutica de su laboratorio registrada con el número E. N. 034.857, denominada «Telamón tabletas», y con fecha del día de hoy.

Por tanto, le exijo que extreme su celo y retiren del mercado nacional todos los productos que pudiera haber de la mencionada especialidad.

Madrid, 27 de septiembre de 1962

El director general

Acuse de recibo a:

Sr. director técnico-farmacéutico de MEDICAMENTOS
INTERNACIONALES, S. A.

—Ya está, Liliana, ya es oficial. Que el telamón desaparezca de las farmacias, de las consultas y de los hospitales es cosa de días, o de horas incluso. Ahora sí.

Liliana lo miró agradecida. Tenía ganas de gritar, de saltar, pero se contuvo.

—Nos queda tanto por compartir... —continuó don Jerónimo—. No te quepa la menor duda. ¿Te volverás a poner aquel vestido de lamé? Te he soñado con él.

—Le ruego que me deje pensarlo...

Con la llegada de octubre, Nuria salió de su enclaustramiento para ir a casa de Boro a llevarle comida a Ágata. Las veces anteriores había ido Liliana, pero en aquella ocasión Úrsula le había insistido para quedarse un rato con los niños y que así a ella le diera el aire.

La fachada de la finca en la plaza de San Agustín le dio escalofríos. Sintió que guardaba dentro los gritos y los golpes de Máximo, la carrera por las escaleras y su dolor. La puerta seguía rota. En cuanto entró en la casa, atravesó la única sala en dirección a la ventana. Al verla allí, Ágata se acercó: caminaba por una cornisa, se frotaba contra la pared y la miraba fijamente. Nuria la cogió para colocarla sobre la estrecha encimera de la cocina. Abrió una fiambarrera de hojalata y le ofreció su contenido. Mientras la gata comía, ella, de forma distraída, ojeó un cuaderno que había sobre el escritorio, el único mueble que sobresalía allí junto con el bargueño.

Te he escrito tanto. Es tan difícil para un niño asumir una ausencia así. La tuya no me cabía en un cuerpo tan pequeño, por eso comencé a ensancharlo con el deporte, necesitaba que mi respiración también se ampliara.

Aquella mañana, cuando ya no volviste, fue como si me sumergiera bajo el agua, me costaba respirar. El padre Vilesermes me llevó al seminario enseguida. Estuve varios días sin parar de llorar. Sin comer. Sin vivir. Al principio, los demás se metían conmigo, me llamaban llorica y todo lo que se les ocurría. Después entendí que no había mala intención detrás de esto, que algunos de ellos habían atravesado peores circunstancias que yo y que allí estaban. A su manera me decían que no tenía derecho a quejarme, al menos no más derecho que ellos, que todos íbamos en la misma nave, que me aguantara y mirara adelante. A lo bruto, pero era eso lo que me transmitían.

Conforme comencé a entablar amistades, algunos me contaron que aquel colegio religioso no fue su primer destino, que venían de orfanatos, de inclusas... También había otros, los ricos, de los que éramos prácticamente sus sirvientes, pero la relación con ellos era distinta. Nuestros problemas les traían sin cuidado, tal vez porque consideraban que ser pobre iba emparejado a ser infeliz, que era cosa del destino y que, por tanto, no teníamos remedio.

Madre, no me dejaron que te viera. No sé si porque estabas desfigurada, pero la desazón que me produce que te marcharas sin que te pudiera dar un beso no la puedo curar con nada. Siempre me

faltaré ese beso. Nunca he vuelto a dormir con nadie. Era tan feliz cuando me abrazabas bajo nuestra única manta. A veces pienso que momentos así lo compensan todo, que muchas personas nunca conocerán instantes de esa dicha, pero nuestra vida juntos fue tan corta que...

Nuria no podía apartar los ojos de aquellas palabras, aunque sentía que leerlas era un ultraje, como si mirara al trasluz el alma de Boro, con el añadido de que, mientras escarbaba en sus emociones, él estaba detenido. A pesar de eso, quería continuar. Pasó al siguiente párrafo, pero entonces escuchó que había alguien en el rellano. Sintió pánico. Pensó que, antes de revivir lo sucedido allí con Máximo, saltaría por la ventana. De forma automática, se guardó en el bolso aquella libreta de tapas marrones. Se acercó muy sigilosa a la puerta y enseguida tuvo que apartarse porque entraron dos hombres.

—¿Quién es usted? —le preguntó el que pasó primero.

—Nuria, Nuria Somport —acertó a decirles casi tartamudeando.

—¿Y qué hace aquí?

—He venido a darle de comer a la gata.

—Conoce por tanto a Salvador Navascués Altarriba —dijo el otro.

Ella se enteró en aquel momento del segundo apellido del químico. Se correspondía con la tercera sigla que leyó junto a Liliana en el periódico.

—Sí, claro, por eso he venido.

—¿Y sabe dónde está él ahora?

—Los dueños del laboratorio cosmético en el que trabaja lo han enviado a Brasil a aprovisionarse de ingredientes para las cremas —decidió que era mejor que ellos completaran la información.

—Entonces, ¿no sabe que ha vuelto?

—No —contestó fingiendo sorpresa—. Pensaba que tenía previsto regresar en unos días.

—Pues se ve que es muy diligente para algunas cosas y terminó enseguida allí.

El hombre que hablaba menos la miró de arriba abajo como si la tasara.

—¿Es su novia?

—No, nos conocemos desde hace poco tiempo.

—Mejor para usted. Espere en el rellano mientras echamos un vistazo aquí.

La gata salió con ella y comenzó a frotarse entre los tobillos aún heridos. Nuria se agachó y la cogió en brazos. Le gustó su ronroneo, la suavidad con que se restregaba contra ella. Pensó en llevársela, en lo feliz que sería Mireia de tenerla, pero cuando Ágata levantó las dos orejas al oír un

ruido en la calle, cayó en la cuenta de que aquel era su entorno y que arrancarla de allí le restaría salud. Como si ambas estuvieran de acuerdo, la gata saltó y con mucha agilidad a pesar de su tripa subió los cuatro escalones hasta el tejado, donde había una trampilla con un hueco suficiente para escapar.

Los dos hombres salieron enseguida. El más bajo llevaba varios libros en los que se repetía la palabra «química» en la tapa y otro más pequeño del que Nuria pudo leer el nombre del autor, Silver Kane, en letras enormes de color amarillo.

—Disculpen, ¿ya puedo irme? Me esperan en casa —les dijo.

—Pues me temo que no. Tendrán que esperarla bastante más porque ahora se viene con nosotros a comisaría.

A Nuria un escalofrío le recorrió el cuerpo. No podía ser, pensó. Aquello no podía ser. Se le cayó el cielo a la cabeza y comenzó a temblar.

—Marchando.

Al pasar por delante de la puerta del primer piso vieron a una chica que los miraba desde una ranura de apenas dos centímetros. Continuaron como si no hubieran reparado en ella y entraron los tres en la parte trasera de un vehículo. Otro policía arrancó el motor. La tranquilizó que no pusieran en marcha la sirena.

Llegaron enseguida a la comisaría de Conde del Asalto. Aquel edificio la espantó: era un palacete neoclásico con capiteles en sus balcones y con una escalinata. Una vez dentro advirtió el estado de abandono de las dependencias que atravesaron, que además tenían en común un desagradable olor a cañería.

La hicieron sentarse en una silla muy desgastada desde la que veía un pasillo con puertas a ambos lados. Enseguida volvieron los dos hombres que la habían llevado hasta allí. Los acompañaba Boro junto con el padre Vilesermes.

—Te hemos traído visita, y femenina. Para que luego digan por ahí que os tratamos muy mal. Eso sí, con ella tendrás que estar aquí, no puede entrar como el cura.

Nuria se relajó al ver a Boro y también porque por lo que parecía no se quedaría detenida.

En cuanto el químico la distinguió, fue hacia ella y se abrazaron.

—¡La que no es su novia! —dijo uno de los policías.

—Nuria, gracias, gracias por venir. No sabes cómo es esto. Una pesadilla. ¿Cómo estás?

Uno de los dos agentes comenzó a apuntar en un cuaderno.

—Padre, usted siéntese ahí —le dijo el comisario al sacerdote.

Vilesermes tenía la mirada baja. Parecía otro hombre, muy mayor, como si toda su energía se hubiera esfumado y solo le quedara la carcasa, el chasis. Al pasar junto a Nuria le acarició el hombro. Ella seguía abrazada a Boro.

—No sabía que habías vuelto —mintió ella para continuar con la versión que había dado.

—Esto no es volver —le dijo él separándose un poco para mirarla de frente—. Me acusan de asesinato. A mí. De un detective al que no conozco. Yo no conozco a ningún detective. Un abogado me ha dicho que fue una denuncia anónima.

—Pero ¿por qué? —preguntó, como si no supiera que era obra de Máximo.

—No lo sé. Me han enseñado una botella de laboratorio —Boro no quiso utilizar el término «matraz»— con restos de ácido sulfúrico, las fotografías de un balón en un despacho que daba grima y algunas diapositivas de vedetes.

Nuria lo miró sin comprender.

—¿Y qué tiene que ver todo eso contigo?

—No lo sé, pero en Lábrea encontré varios envases de telamón y me traje algunas cajas con los frascos casi vacíos, y ahora, según ellos, son también otra de las pruebas que me incriminan porque tienen que ver con no sé qué investigación. No me aclaran nada —dijo desesperado.

Nuria vio que uno de los policías no los perdía de vista mientras tomaba notas en un cuaderno y, aunque no conocía los procedimientos policiales y judiciales que se seguían en tales circunstancias, estaba segura de que con aquel careo improvisado perseguían avanzar en la investigación; buscarían contradicciones con lo que él hubiera declarado antes, observarían su actitud... Por eso se propuso cuidar todas sus palabras.

—Pero si tú no estabas aquí.

—Parece que fue antes de irme cuando se lo cargaron, pero da igual. No cambia nada que yo estuviera o no en Barcelona. No atienden a razones.

—Saldrás pronto, ya verás. Tú no tienes nada que ver.

—¿Cómo está tan segura? —le preguntó uno de los policías.

—Conforme averigüen más cosas, verán que es una buena persona, incapaz de hacer ningún mal.

—Déjalo estar. No me soltarán.

—Boro, esto es muy injusto.

—¡Qué bien sabéis hacer la comedia! Os pintáis solas, pero para salvarlo tendrás que hacer bastante más —le dijo el agente que los había conducido en el coche hasta allí.

—¿Como qué? —lo desafió ella.

—Nuria, vamos a tranquilizarnos —intervino Vilesermes. Temía que le tendieran una trampa: que a ambos les hicieran declarar algo de lo que después podrían arrepentirse.

—Para empezar, él nos tendrá que decir —dijo el policía que había cogido los libros, señalando con la cabeza a Boro— dónde estaba cuando asaltaron al señor Baladre en su casa y lo torturaron hasta dejarlo al borde de la muerte. ¿Estaba usted con él allí también?

Nuria y Boro se miraron angustiados.

—Ya veo —dijo el policía sonriendo con superioridad—. Mejor ahórranos tiempo a todos y di de una vez la verdad. Además del denunciante, tenemos otro testigo, un barrendero que te vio increpar al finado en la plaza de Cataluña. Le levantaste la mano. Eso no te atreverás a negarlo.

Nuria abrió la boca para protestar.

—Nuria —volvió a intervenir el padre para advertirla.

Ella miró al sacerdote conteniendo a duras penas las ganas de encararse con el policía.

—Para que podamos contestar a su pregunta, tendrá que decirnos primero la fecha a la que se refiere —le pidió ella controlando su furia.

—Muy bien.

El policía se lo señaló en el calendario que colgaba en la pared. Nuria sacó el cuaderno que se había llevado de casa de Boro. Él la miró sorprendido. Se sintió bastante más desnudo que el día que estuvieron en su casa.

—Miren, lean. Boro, lo siento —le dijo dirigiéndose a él, pero sin dejar de pasar las páginas con rapidez—. Estuvo allí un rato el padre. —Nuria deseaba que el sacerdote interviniera, pero él seguía cabizbajo, derrumbado sobre una de las sillas que estaban frente a la mesa del comisario. Y como no lo hacía, continuó ella.

Los agentes la miraron de arriba abajo y se rieron entre ellos. Nuria se ruborizó. Temió que le preguntaran si estaba casada, pero los policías se dispusieron a recorrer aquellas líneas con los ojos. El que parecía el superior intervino enseguida:

—¿Así que este cura es su coartada? Qué fácil, nos lo cuenta, nos trae además unas palabritas mágicas aquí en un cuaderno y lo ponemos en la calle. Mire, esto no funciona así. Pudo escribirlas después. Lo más seguro es que se pudra en la cárcel. No se haga ilusiones. Lo tiene muy crudo: todo apunta hacia él.

—Nuria, vámonos —le dijo Vilesermes.

Ella miró a Boro, a quien también notó más vacío, menos presente. Era como si la única que tuviera entidad completa allí fuera ella.

—¿Se han puesto en contacto con ustedes los señores Frument? —les preguntó Nuria. No quería rendirse.

—Los de los interrogatorios somos nosotros.

—Tienen que hablar con ellos, con don Aleix y doña Leonor.

—Mire, no nos dé órdenes, solo faltaría eso. Además, no creo que nos compense la molestia.

—Nuria, está bien por hoy. Marchémonos —le dijo el padre.

Entonces ella fue hacia Boro y volvió a abrazarlo.

—Te vamos a sacar de aquí. Te prometo que volveré pronto.

—Sé que estás conmigo, Nuria, y eso me basta.

Se juntó mucho más a él y lo besó en el cuello.

—Basta de escenitas. Esto ha sido una excepción. No se acostumbren a las visitas —les dijo el comisario.

Vilesermes cogió a Nuria del brazo.

—Vámonos. Hijo, cuídate y reza.

Se dirigieron hacia la puerta. Nuria no quería mirar atrás, no quería ver cómo se llevaban a Boro por aquel pasillo igual de pestilente que el resto del recinto.

—Te vendrá bien un poco de aire, vamos a caminar —le dijo el sacerdote a Nuria.

—Se lo agradezco, pero aún no puedo hacer demasiados esfuerzos..., es por los tobillos. No los acabo de tener bien.

—Pues buscaremos un banco y nos sentaremos un rato.

—Padre, no parece usted.

—¿Tan mal me ves? Todo esto me ha sobrepasado, estoy desmoronado. Con lo hecho que estoy a las adversidades..., pero se trata de Boro...

—Lo quiere mucho, ¿verdad, padre?

—Si mi vida hubiera sido de otra forma, no te quepa duda de que me hubiera gustado tener un hijo como él.

Nuria le sonrió muy conmovida.

—Ha sido tan desgraciado, además. Ya ha sufrido bastante, y ahora esto.

—Casi nunca me habla de su pasado. Dice que estuvo bien en el seminario, pero poco más.

Se sentaron en un banco delante de la verja circular que rodeaba una fuente.

—No me extraña. Era muy pequeño cuando asesinaron a su padre de madrugada tras salir con los bolsillos bien forrados de una timba clandestina.

—¿Lo asesinaron? —preguntó sorprendida.

El padre Vilesermes asintió apesadumbrado.

—Y a su madre la prostituyeron los mismos acreedores de juego con los que iba a saldar su deuda gracias a aquel dinero.

Nuria se llevó las manos a la boca horrorizada.

—Durante las horas que se la llevaban, a Salvador lo ataban con una soga a la pata de la cama. Aún tiene las marcas en las muñecas. Le dejaban cerca un cazo de porcelana con agua y un trozo de pan duro. Así lo encontré cuando a ella también la mataron. El vicio del juego, hija. Su padre pensaba que podía mantener a su familia de esa manera. Una noche le fue muy bien en una timba

clandestina. Ganó más que nunca. Un dinero con el que podría liquidar varios préstamos y retirarse incluso, lejos de allí, pero su fortuna solo le duró unos metros. Dos calles más allá del local donde se habían reunido, la trastienda de una mercería, alguien lo empujó dentro de un portal y lo degolló de un solo tajo. La Policía al principio concluyó que era solo un robo más. Su mujer fue enseguida al depósito de cadáveres, pero solo le entregaron el traje manchado de sangre, la camisa, el cinturón, sus zapatos y poco más. También le habían quitado el reloj. Solo supimos todo esto muchos años después. Ella, Betania, no lo vivió solo como el final de su marido, sino como el principio de algo peor para el niño y para ella. Y no se equivocó. Salvador tenía entonces cinco años.

Nuria cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Y ahora esto —dijo con un hilo de voz—. Estudió mucho para salir adelante, peleó por conseguir un buen trabajo, y de golpe un nuevo hachazo. Si lo meten en la cárcel, no creo que sobreviva.

—No diga eso, padre —Nuria no podía asimilar todo aquello. Sentía que en aquella ocasión era ella la que había llevado de nuevo el infortunio a su vida. El padre pegó su hombro al suyo y le cogió una mano.

—Siento no poder animarte. Esta vez no tengo palabras de consuelo. Ninguna.

* * *

A la mañana siguiente, a Nuria las palabras del sacerdote sobre la terrible infancia de Boro aún le retumbaban en la mente. Miró durante unos instantes la caja de cartas como si abrirla le supusiera el mismo esfuerzo que escalar una montaña, pero no tuvo más remedio que comenzar.

Estimada señora:

Lo que más deseo en esta vida es ser zoóloga. Verá, me siento muy bien cuando estoy con los animales, aunque aquí los únicos a los que puedo acercarme son los de corral. Me gustan esas películas que suceden en África en las que los protagonistas visten de color caqui o de marrón claro y conviven con monos, con elefantes, con jirafas.

Mi sueño es dedicarme a estudiar su comportamiento, su alimentación, cómo se relacionan. Todo eso me resulta apasionante. Pero tengo un problema, señora, mi familia no dispone de medios para que yo pueda cursar una carrera.

Muchas noches lloro pensando en que mi día a día nada tiene que ver con esto y que así seguirá siendo siempre, que moriré tras una existencia inútil. Eso me da mucha angustia. Tal vez le parezca una ocurrencia de juventud, pero créame si le digo que no es así. Cada vez estoy más triste

pensando que este sueño mío es irrealizable. ¿Usted ha estudiado? Dígame, por favor, qué puedo hacer.

Atentamente,

Isabel

Nuria contestó aquella carta como una autómatas, utilizando la información que conocía por sus años de estudiante.

Estimada amiga:

Me considero una persona de gran intuición. Por ese motivo te digo que estoy segura de que llegarás a conseguir el que me dices que es tu sueño. ¿Y por qué?, te preguntarás. Pues muy sencillo: porque en la misma determinación con la que lo planteas, en la irrevocabilidad de tu deseo, ya está la voluntad necesaria para su cumplimiento.

De momento, se me ocurre que puedes dirigirte a los responsables del Fondo Nacional de Igualdad de Oportunidades. Esa información la puedes encontrar en el *Boletín Oficial del Estado*. Ellos otorgan becas muy sustanciosas, pero, eso sí, solo a los buenos estudiantes. No me cabe duda de que, por tu redacción, tú lo serás. De las que yo tengo conocimiento son de unas 900 pesetas mensuales. Con ellas te bastarías y sobrarías. Echa la instancia. Te la concederán. No me cabe la menor duda. Pero tendrás que ahorrar también mucho, apartar siempre algo, por muy imposible que te parezca. Sabes que la austeridad es también una de las virtudes más útiles.

Pon manos a la obra, tu sueño no llegará a ti, sino que tienes que ser tú quien vaya hacia él.

Y mucha suerte, amiga Isabel. Vuelve a escribirme con las buenas nuevas que estoy convencida de que, en breve, si persigues con ahínco esta vía que te señalo, llegarán.

* * *

Varick Kessler viajó de Hamburgo hasta Düsseldorf en compañía de Mirja para contarle a Meliva el estado de las investigaciones policiales sobre el incidente en la piscina. Meliva los atendió muy bien, les dijo que no se preocuparan, que antes ya tenía pensado poner a la venta su mansión, que por este motivo estaba de paso allí desde Estados Unidos, porque por recomendación de una vieja amiga había decidido mudarse a Argentina.

—Frida y yo nos comprendemos muy bien. Puede decirse que hemos tenido vidas paralelas, pero aunque suene contradictorio, en cierta forma también asimétricas. ¡Ahora ella parece mi hija! —exclamó, y sus invitados no sabían a qué se refería—. Siempre lo hemos compartido todo y debe de haber algo de verdad en eso que dicen de que los favores vuelven: igual que os alojasteis vosotros en mi casa, ella me deja la suya porque se traslada a España

por un tiempo. Voy a vivir en un paraíso en plena Patagonia, en el departamento de Los Lagos.

En ese momento sonó la campana de la entrada y Meliva sonrió muy enigmática.

—Te tengo preparada una sorpresa, Varick —ella le señaló en dirección a la puerta.

Kessler y Mirja la miraron intrigados.

—No podía irme sin despedirme de él —dijo a la vez que un hombre entraba en la sala—. ¡Siegfried! —Meliva lo besó en la mejilla—. ¡Qué bien te veo!

—¡Siegfried Bacharach! No puedo creerlo —dijo Kessler acercándose a abrazarlo.

—Mi viejo amigo Varick. ¿También has venido a despedir a Meliva?

—¿Puedes creer que nos abandona? —dijo Kessler mirando aún desconcertado a su amigo.

—Siegfried, esta es Mirja, su encantadora novia. Es sueca —le dijo Meliva.

Siegfried saludó a Mirja en ese idioma.

—¿Dónde lo has aprendido? —le preguntó Varick.

—En aquella jaula de prisioneros hablábamos mucho, y en varias lenguas, no había otra cosa mejor que hacer. Al menos me ha servido para vivir de las traducciones, no me falta trabajo.

—Pero no hablemos de los tiempos oscuros —les dijo Meliva con fastidio, llevándolos hasta el salón—. Mejor tomemos unas pastas. No creo que estén tan buenas como las que tú nos hacías aquí, pero al menos merendaremos.

—Me parece muy buena idea, y saca algo de licor para brindar porque vais a ser los primeros, después de mi compañero Conrad Singer, en saber algo —dijo Kessler mirando a Mirja con complicidad—. Nos vamos a Upsala a casarnos y después nos estableceremos en Madrid. Tengo muchas posibilidades de obtener una plaza allí, en el Hospital Universitario La Paz.

—Bueno, bueno, qué calladito te lo tenías. Me parece fantástico. ¡Enhorabuena! —dijo Meliva—. ¡Quién lo iba a decir! Tú casado. Mirja, te felicito, pensaba que era inconquistable.

Mirja sonrió divertida.

—Bien, Varick, bien. Eso hace que ni siquiera yo pierda la esperanza. —Siegfried les sonrió—. Espero que no se trate de una huida por todo lo que se ha liado con el telamón.

—En absoluto, me voy con la tranquilidad del deber cumplido. Aunque... —dijo Kessler mientras evocaba algo— llevo un tiempo dándole vueltas en mi cabeza a esto. ¿Recuerdas lo que me contaste que sucedió durante tu deportación?

—Tendrás que ser más preciso, Varick, mi memoria ya no es lo que era. Y además..., me pasaron tantas cosas.

—Siegfried, mira estas fotografías, por favor. —Le mostró unas copias de las que había tomado durante su investigación sobre el telamón—. ¿Eran así los niños que viste en el campo de concentración?

—Y aún peores —dijo asintiendo—. Pero nunca supe si los que yo veía no tenían brazos o piernas porque nacieron así o porque se los habían amputado aquellos bestias. ¿Y sabes dónde están algunos de estos salvajes ahora? —preguntó con amargura—. En los consejos de dirección de muchas empresas. Se salvaron de lo de Núremberg, otros escaparon a Estados Unidos... Después de la guerra, la industria petroquímica y farmacéutica fue de las primeras que se levantó. ¿Y a costa de qué? De tantas muertes. Despisté algunas cosas... Ya te lo conté.

—Pues esta vez no vamos a dejarlos escapar. ¿Podría ver esos papeles que guardaste cuando liberaron el campo?

—Por supuesto. Te los mandaré a la clínica de Hamburgo. No se me ocurre mejor fin.

Don Aleix y doña Leonor entraron en su casa y enseguida percibieron la fragancia a vainilla del perfume de Frida Lorensen. Recorrieron el pasillo y la encontraron en el salón. Iba muy arreglada y convertía aquel interior burgués, modernista, en un cuadro luminoso y, sobre todo, vivo.

—Señorita Lorensen, discúlpenos. No imaginábamos que volvería tan pronto de la calle.

—Sí, solo necesitaba comprar un par de cosas. No me ha costado nada encontrarlas. Gracias a los paseos con Liliana, conozco ya esta ciudad como la palma de mi mano. Es una joven muy eficiente. Tienen suerte ustedes con sus empleados. Y aquí, gracias a su hospitalidad me siento como en casa... o mejor. —Rio.

—Precisamente llegamos ahora porque ha sucedido algo muy grave con uno de nuestros trabajadores. Se trata de Boro, a quien usted conoció en Buenos Aires, está detenido, y por supuesto, por error. Es terrible. A ese chico lo conocemos desde hace muchos años, su tutor es nuestro confesor, además de tratarse del sacerdote que nos ayuda con el consultorio. Imagínese. No podía contar con mejores referencias. En fin. Una injusticia. Hemos ido a hablar con alguien que puede hacer mucho por él. Esperemos que todo se arregle y cuanto antes mejor.

—¿Y la detención es por motivos políticos?

—No, para nada. En esta ocasión los disturbios sociales no son en Barcelona —dijo don Aleix. No sabía si Frida estaba al tanto de las huelgas en el norte y de la declaración del estado de excepción en varias provincias.

—Es bastante peor. Lo acusan de asesinato —le dijo doña Leonor.

Frida la miró sorprendida.

—Pero ya le digo que no es cierto. No puede ser. Verá, aunque el sumario es secreto, mi Aleix ha conseguido acceder a él a través de un comisario amigo suyo. Los detalles son atroces. Mataron a un hombre atándolo a un fútbol.

—¿Futbolín? —preguntó Frida sin comprender.

—Metegol —dijo don Aleix, que recordaba la palabra argentina para ese juego.

—¡Ah! —dijo enseguida—. ¿Y murió así?

—No, parece que fue por una tortura espantosa. Del piso de arriba le caía gota a gota ácido sulfúrico no sabemos dónde. Terrorífico. Pasaron horas antes de que nadie lo advirtiera. Se desangraba por la nariz, parece que de aspirar esa solución química. Horrible.

—No es un asunto para tratar antes del almuerzo, querida —la reconvino el señor Frument.

—Lo sé, Aleix, no quiero incomodar a nuestra invitada, pero estoy impresionada desde que lo supe. No puedo pensar en otra cosa. Parece que lo de la sangre que bajaba por las escaleras no lo vio ningún vecino, pero la Policía recibió un aviso. Y lo de las filminas... —Al escuchar esto, Frida Lorensen se puso en pie y se acercó a ella. La señora Frument continuó—: Cuando llegó la Policía se encontraron con el moribundo. Lo llevaron a un hospital, donde solo consiguieron prolongar su agonía. Junto a él encontraron un aparato que proyectaba diapositivas con imágenes de vedetes de aquí, todas actúan en un teatro cercano, en el Victoria.

—¿Y su amigo el comisario no les dijo de qué marca era el proyector de diapositivas? —les preguntó Frida.

Don Aleix y doña Leonor la miraron desconcertados. Esta pregunta les pareció a ambos, además de sorprendente, muy desatinada y fuera de lugar.

—Todo esto es muy interesante para mí. No saben cuánto.

Las palabras de Frida traslucían curiosidad, pero ningún atisbo de piedad por la víctima ni por el químico.

* * *

Nuria y Liliana salieron muy temprano aquel domingo de la casa Muley Afid. El palacete se recortaba contra el fondo y parecía mirarlas con solemnidad.

—¿Crees que llamaremos mucho la atención así vestidas? —Nuria observó el conjunto celeste de bolso, zapatos de charol y vestido de cuadros de Vichy muy ajustado a la cintura de Liliana y el brillo de los botones dorados del traje chaqueta que ella llevaba; pensó en el contraste que suponían aquellas ropas con las que usaban las dos madres de los niños afectados que había conocido.

—Da igual, pensarán que somos de Acción Católica —le respondió Liliana.

Llegaron a la estación de Magoria antes de las ocho y se adentraron entre las barracas. Nuria se acordó de cuando estuvo allí con Boro y se le hizo un nudo en la garganta. Aceleró el paso como si quisiera dejar atrás muchas cosas. Se les cruzó el perro más flaco que ambas habían visto nunca y llegaron ante la cortina que hacía de puerta de la casa de La Civilera. Nuria no se atrevió a llamarla por este apodo que habían usado los vecinos que hacían cola ante la fuente. No hizo falta que pensara ninguna alternativa porque, en cuanto escuchó movimiento, salió ella.

—¿Qué se les ofrece? Ah, es *usté* —dijo cuando reconoció a Nuria.

Llevaba una saya y una toquilla por encima de los hombros y miraba a Liliana con desconfianza.

—Le he traído esto. —Nuria le entregó la radio.

—Se ha acordado —le dijo muy emocionada—. Muchas gracias.

—Claro que me he acordado. Muchas veces, además. Pero hasta ahora no he tenido la oportunidad de venir.

—Menudo detalle. ¿Qué puedo hacer por *usté*?

—Pues mire, le estaré eternamente agradecida si nos acompaña a ver a su amiga, la de la fábrica que tomó las mismas pastillas y que estaba embarazada de gemelos. ¿Se acuerda de que nos lo contó a mi compañero y a mí?

—La pobre ya no va a necesitarlas, no se preocupe. Los gemelos se ve que eran deformes, como el mío, y la naturaleza hizo su trabajo. Los abortó. ¿Y saben qué les digo? Que mejor así.

—Tiene razón —dijo Liliana con bastante tristeza—. Y ¿cómo sigue?

—Mejor, mucho mejor. Hasta he encontrado *marío*. Se llama Mateo. Tiene unos sesenta años y es cojo, pero tiene también lo más importante: es muy buena persona.

—Así es, como usted dice: eso es lo más importante. Seguro que la cuida muy bien y que la quiere —intervino Liliana.

—Enhorabuena entonces, sabe que me alegro de que así sea. Se le nota en la sonrisa que está mejor —le dijo Nuria para despedirse de ella.

Liliana miraba alrededor como lo había hecho Nuria la primera vez. En cuanto salieron a la avenida, tomaron un taxi para ir al orfanato San José. No hablaron durante todo el trayecto, como si el silencio pudiera borrarles de la mente aquel paisaje de construcciones ínfimas.

En cuanto bajaron en la puerta, Nuria le dijo a Liliana:

—Sobre las nueve es la hora a la que llega Marina para amamantar a su pequeño. Seguro que también le hará ilusión nuestra visita. La vez anterior...

A Nuria se le agolparon los recuerdos y las lágrimas.

—Ven, estate tranquila. —Liliana la abrazó—. Eres libre. ¿Sabes lo que significa eso? Solo tienes que esperar a que Boro salga, y eso, con la ayuda de los señores Frument, va a ser más pronto que tarde. Ya verás.

Cuando giraron hacia el mismo pasillo en el que estuvieron la otra vez frente a la lámina de Isaac y Abraham, Nuria soñó con encontrar allí a Boro. Solo estaba ella, Marina, vestida con el mismo estilo masculino, los zapatos toscos y la chaqueta grande sosteniendo en brazos a su hijo maltrecho.

—Gracias por volver.

—Así se lo prometí. Esta es mi amiga Liliana. Veo que ha crecido mucho —le dijo Nuria acariciando la mejilla gordezuela del bebé con mucha ternura.

—¿Sabe qué le digo? Que ahora no lo cambiaría por nada del mundo. Este niño es una bendición. A pesar de lo que tiene, también nos ha traído muchas cosas buenas: mi marido ya lo ha aceptado, no bebe. Hasta me ha propuesto que venga una sobrina suya del pueblo para que viva con nosotros y se haga cargo de él. Imagínense. Menudo paso. Es un ángel del cielo, mírenlo.

Nuria pensó en los muchos que estarían en sus casas con sus familiares, de ellos no sabían nada.

—Lo más importante es que está más animada. Eso es lo mejor también para el niño. Y como tiene la cabeza perfectamente, estoy segura de que les dará muchas alegrías en el futuro. Ya me lo contará.

—¿Me deja que lo coja? —le pidió Liliana.

En cuanto Marina se lo pasó, recordó la vez anterior, con un niño similar en brazos en el orfanato Ribas ante la extraña mirada de don Jerónimo.

* * *

Después de la muerte de su esposa, Jerónimo Ullrapós había estrechado todavía más su relación con el padre Vilesermes. Como si se lo debiera a ella. Él no practicaba el sacramento de la confesión aunque al sacerdote le había dicho que acudía para ello a la parroquia de San Ramón de Peñafort.

Volvió por iniciativa propia al orfanato Ribas. Sentía que, tal como le había vaticinado Liliana, aquellos sucesos le pesaban sobre los hombros y necesitaba expiar sus pecados, aunque además, con estas acciones, lo que perseguía era redimirse sobre todo ante los ojos de ella. Decidió que si tenía forma de convencerla para que se casara con él no era con palabras y demás requerimientos, sino con hechos. Además, estaba decidido a participar en el alivio de tanto dolor aunque se dejara en ello hasta la última peseta. Se decía

que de esa forma moriría pobre pero satisfecho, dando por bien empleado todo su tiempo, dinero y energía.

Después de dos horas en aquel edificio para huérfanos se dirigió hacia la cafetería de al lado del instituto cosmético de sus amigos los Frument para encontrarse con una joven argentina con la que Aleix le había rogado encarecidamente que se viera. La vida de don Jerónimo había quedado tan libre, tan desarbolada, que incluso una cita así le resultaba todo un aliciente en aquellas desérticas circunstancias suyas. Además, le motivaba la posibilidad de ver a Liliana cuando la secretaria saliera de su trabajo.

Ullrapós miraba en dirección a la calle Pelayo cuando vio aparecer a una joven elegantísima que llegaba desde la plaza de Cataluña. Le sorprendió que vistiera como si tuviera bastantes más años. Se detuvo unos segundos ante las mesas de la terraza y enseguida se acercó a la suya. Él continuaba deslumbrado.

—¿Es usted don Jerónimo? —le dijo Frida Lorensen con una sonrisa que irradiaba a la vez de sus labios y de sus ojos verdes.

—Sí, sí, soy yo —le dijo él incorporándose de inmediato—. ¿Cómo lo ha sabido con la gente que hay? —Le pareció una niña, y no sabía si tratarla de tú o de usted.

—Pues porque es justo como me lo ha descrito doña Leonor —dijo Frida tendiéndole la mano—. Verá, no le haré perder mucho tiempo.

—Podría decirse que ahora mismo tengo todo el tiempo del mundo. Nada ni nadie me espera. Así que estoy a su disposición.

—Soy consciente de que la información que le voy a pedir es un tanto delicada —le dijo ella sin ningún preámbulo más—, y que para ello me sirvo de la amistad que lo une con don Aleix y su esposa. Vaya esto por delante. No me gusta demasiado pedir favores. No va con mi carácter.

—No se preocupe. Dígame lo que desea —le dijo don Jerónimo hechizado.

—Verá, yo estoy en tratos con los señores Frument para un negocio que nos puede reportar enormes beneficios tanto a ellos como a mí. Eso es lo que me ha traído a Barcelona. Y tengo entendido que usted trabaja en el Ministerio de Comercio.

—No, no, ya no. Estoy... retirado, pero dígame de qué se trata y le diré enseguida si puedo hacer algo por usted. Algún contacto me queda —añadió en tono cómplice.

Ella le sonrió muy complacida.

—El caso es, don Jerónimo, que llevo años investigando sobre una cuestión desde Argentina y ahora necesito comprobar todo lo que he visto

sobre el papel. Quiero preguntarle por cierta... reunión. Exactamente por un individuo con el que usted coincidió. Eso me ha traído hasta aquí.

—En tal caso, no sé si podré ayudarla. Durante mi extensa carrera ha habido días en los que he mantenido hasta tres o cuatro reuniones, juntas, consejos, encuentros más informales... Es imposible llevar la cuenta.

—Pero yo le hablo de una en concreto que estoy segura de que no ha podido olvidar.

Don Jerónimo la miró intrigado.

—Sé de buena tinta que para entrar en determinadas instalaciones, además de que la cita esté fijada con bastante antelación, se toman los datos personales de todos los que acceden allí. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. ¿Y me está pidiendo...?

—Eso precisamente: unos datos personales, hasta es posible que consten en el acta, ¿no cree, Jerónimo?

Él no pudo resistir la mirada de Frida, la manera en que su fulgor se transparentaba detrás de sus pestañas espesas y oscuras, mientras ella añadía el resto de detalles. Para contar con una tregua, llamó al camarero.

—Usted ha sido y sigue siendo un hombre muy poderoso —le dijo ella para halagarlo—. No me cabe ninguna duda de que será cuestión de un par de minutos lo que le lleve hacer esta averiguación, y yo... créame que le estaré eternamente agradecida. —Aprovechó la pausa para acariciarse la melena, que le caía sobre el pecho izquierdo—. Para demostrárselo, y si usted me lo permite, lo invitaré a cenar en cuanto me consiga esa información.

—No, no, no, de ninguna manera. El placer de invitarla será mío. Descuide. La avisaré a través de los señores Frument para que ese encuentro se produzca cuanto antes.

—Por mi parte, podría ser esta misma noche. Llame desde aquí mismo, desde la barra de esta cafetería, si quiere.

—Necesito privacidad. Imagino que lo entiende —le respondió él bastante azorado—. Dígame la fecha de la reunión.

Frida se la susurró al oído.

—Sí, es la que yo me imaginaba que le interesaría. La más rara, pero a la vez la más fructífera que he tenido en mi vida. Pronto tendrá respuesta. No lo dude —le dijo entregado, como si por obra de la fascinación que le producía se hubiera convertido en su siervo.

A Frida Lorensen le había resultado muy fácil llegar hasta él. Durante sus paseos turísticos, Liliana le había hablado del señor subdelegado. No se lo llegó a confesar, pero a ella le quedó muy claro que su relación había sido muy estrecha.

En cuanto cogieron confianza, Frida le enseñó la fotografía que su amiga Meliva había recibido de Kessler. La que tomó Mirja la mañana en que se encontraron en la plaza de Cataluña para ir a comer al puerto. Era el instrumento perfecto que necesitaba para sonsacarle alguna información.

—¿Y esta fotografía? ¿Cómo es que la tiene usted? —le preguntó la secretaria.

—¿Qué le parece? Hasta tenemos amigos comunes. Me la envió una amiga a mi casa de Villa La Angostura. Meliva es mi confidente, como mi hermana. En Buenos Aires reconocí a Boro enseguida. —La danesa le señaló a un hombre que aparecía al fondo de la escena—. Dígame..., ¿sabe quién es?

—No, nunca lo había visto. No estaba con nosotros. Espere, puede ser que... —Liliana quiso acordarse de quién los observaba desde la cristalera del restaurante.

—Necesito encontrarlo. Se llama Harald y es alemán. Lo último que supe después de que apareciera en esta fotografía es que asistió a una reunión en un Ministerio en Madrid. Fue exactamente en el Ministerio de Industria.

Liliana se sobresaltó. Sin nombrarle a los bebés desmembrados, le dijo que aquel amigo suyo del Gobierno le refirió el incidente con el alemán tan mal encarado con el que casi llegan a las manos.

—Bien, muy bien —se limitó a decir Frida sintiendo que todo se ajustaba.

Habían transcurrido diecisiete años desde la muerte de su amado Adler Eigner y hasta aquel momento en Barcelona, mientras bebía las palabras de Liliana como si fueran ambrosía, no se había hallado tan cerca del asesino de quien le había dado la única luz a sus días. Sintió que renacía, que se irrigaba de sangre nueva, que por fin estaba ante lo que tanto había ansiado y tantos desvelos le había provocado.

* * *

Liliana no dejaba de devanarse los sesos: era consciente de que, si requería la ayuda de don Jerónimo para que sacaran a Boro de aquel calabozo, se endeudaba con él y eso era lo que menos deseaba. Pero sabía también que su intercesión aumentaba mucho las posibilidades de que lo liberaran.

No soportaba ver a Nuria en aquel estado, como si estuviera de luto, recluida en su casa sin apenas arreglarse. Solo se encargaba de sus hijos, escribía y lloraba. Sus únicas salidas habían sido con ella a la barriada de Magoria y al orfanato San José.

Se dijo que, si su compañero en el laboratorio cosmético moría en la cárcel, siempre le pesaría sobre la conciencia, precisamente a ella, que tanto le había hablado a Ullrapós de remordimientos. No le cabía duda de que don Jerónimo movería cielo y tierra hasta conseguir liberarlo si le ofrecía casarse con él.

Una vez más tenía el auricular en la mano, pero no se decidía a llamarlo. Era la quinta vez en una hora. Después de consultar el teléfono de su casa en la agenda de don Aleix, se dispuso a marcar.

—Don Jerónimo, soy yo.

—Lilianita, qué sorpresa. Esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo estás?

La secretaria pensó que su alegría era excesiva para alguien que acababa de enviudar.

—Dime, ricura, ¿qué se te ofrece?

—Don Jerónimo. Verá..., han detenido a Boro, usted lo conoce de aquí, del laboratorio, no sé si los señores Frument le han dicho algo. El caso es que don Aleix ha hablado con un comisario amigo suyo y todo pinta muy mal. Quiero que lo defienda el mejor abogado de Barcelona. Ayúdeme, por favor.

En la línea se produjo un silencio. Liliana contuvo el aliento.

—¿De qué se le acusa? Porque, si es algo que tiene que ver con la empresa de mis amigos, sintiéndolo mucho no podré inmiscuirme.

—No, no, nada de eso. Pero le acusan de asesinato, por error, claro. Él no ha hecho nada. Se lo aseguro.

—Eso sí que es gordo. En fin..., si como tú dices es inocente... — Después de una pausa, Liliana volvió a escuchar su voz firme—. Te debo mucha felicidad, Liliana. Descuida, tendrás al mejor. Tú siempre te mereces tener lo mejor. Y en tu vida, incluso a alguien mejor que yo. Déjalo en mi mano. Le diré que te llame ahí, al laboratorio, y os ponéis de acuerdo. Por sus honorarios no hace falta que te diga que no tienes que preocuparte.

—Gracias, don Jerónimo, gracias de nuevo.

—No hay de qué, Liliana. Sabes el gran cariño que te tengo. Ahora, si me disculpas, te dejo porque tengo que salir. Pero no hace falta que te repita que me tienes para lo que necesites. Por lo mucho que me conoces sabes que, aunque nuestra situación haya cambiado, nunca te dejaría desasistida. Te deseo que tengas mucha suerte en la vida.

—Gracias, don Jerónimo. —A Liliana aquella última frase le sonó a despedida definitiva. Y se sintió aliviada.

Don Jerónimo pasó de pergeñar estrategias para atraer de nuevo a sus brazos a Liliana a buscar el modo de seducir a aquella misteriosa joven recién llegada de Argentina. Solo sabía de ella, por la conversación de la primera tarde en la cafetería, que aquel país de Sudamérica no era donde había nacido y que no tenía la edad que aparentaba. Ullrapós se quedó cautivado, como si ella lo hubiera llevado de la mano hasta un sitio del que ya no sabía ni quería volver.

Se dio mucha prisa en entregarle a Frida Lorensen bastante más información de la que le había solicitado. Y tal como pactaron, esa excusa sirvió para que volvieran a encontrarse. Fueron a una sala de espectáculos para disfrutar de una cena con baile: hablaron, rieron y siguieron el compás de la música muy juntos. Cuando se despidieron, Frida lo emplazó para una semana después en el mismo sitio. Consideraba que fijar ya su próxima cita la libraba de que la buscara antes, y que fuera en el plazo de siete días le permitía a ella llegar con su objetivo ya cumplido. Después de más de década y media urdiéndolo, estaba convencida de que su plan ajustaba hasta en el más mínimo detalle. Había sido un trabajo minucioso. Don Aleix y doña Leonor eran el penúltimo peldaño hasta la consumación de su venganza.

Frida aprovechó que los señores Frument viajaban a París para partir del aeropuerto de Barcelona en dirección a Buenos Aires, pero durante la primera escala en Madrid bajó del avión irreconocible y con un pasaporte alemán. De esta misma guisa se armó de paciencia para volver en autobús a Barcelona. En la capital argentina, como había dejado dicho y pagado, alguien se encargaría de que su pasaporte pasara por el control de Policía y recibiera el sello correspondiente; una vez enviado allí con antelación por correo aéreo, certificado y urgente, dentro de un sobre del que después no quedaría ningún rastro, el documento regresaría por el mismo medio hasta El Prat.

Para llevar a cabo su plan, Frida contó con Gedeón, el enterrador del cementerio de La Recoleta, al que llamó en cuanto tuvo claro que ya era el momento de pasar a la acción. Le ofreció unas vacaciones a gastos pagados en

España, el país del que él decía que eran sus ancestros. Una vez cumpliera con su encargo, regresaría a su entorno de piedra gris, donde se mimetizaría con tanta facilidad que a cualquiera le costaría creer que alguna vez había ido más allá de la cancela negra de forja que cerraba aquel recinto.

Se encontraron en el rellano de la casa de los señores Frument. Ella lo citó allí porque de esta manera podía pasar por cualquier recadero. Le dijo que buscara en el Somorrostro, la barriada entre el hospital de Infecciosos y Pueblo Nuevo, la barraca más alejada de las demás, y que si no estaba vacía y abandonada, se encargara de que lo estuviera lo más pronto posible. Le dio algunas instrucciones más sobre la electricidad que necesitarían y lo emplazó a las doce de la noche en una calle del centro a la que debería llegar acompañado de quien ella le había descrito.

—He venido para servirla, señorita —le dijo Gedeón—. Haré todo lo que usted me diga. Y gracias por contar conmigo.

Con los señores Frument en París, le resultaba mucho más fácil salir de la finca sin tener que dar explicaciones. Liliana había sido una estupenda guía de la ciudad, gracias a ella supo de la existencia del Somorrostro.

En cuanto preparó todas sus cosas, salió a la calle y caminó unos quinientos metros. Llevaba unas gafas de sol ovaladas y un pañuelo gris con pequeños lunares blancos que le envolvía la melena. Se vistió toda de negro, con una falda estrecha y una blusa muy discretas. Pensó que casi nadie se fija en una persona de luto, como si esa vestimenta uniformara a todos los que se encontraban en aquella condición. Al pasar ante los escaparates, hasta a ella misma le costó muchísimo distinguirse entre los demás transeúntes reflejados.

Después de un cuarto de hora llegó a un hostel cerrado. Lo había localizado días antes al final de una calle sin salida en la que parecía que no entraba nadie desde hacía años. Abrió con un alambre la cerradura demasiado sencilla de un portalón que parecía tener al menos tres siglos y se deslizó dentro con la agilidad que le permitía su continuo ejercicio de varias modalidades gimnásticas. Del portal, con pavimento hidráulico, arrancaba una escalera con un pasamanos de madera bastante bien conservado. Frida calculó que el interior apenas tendría cincuenta años, a diferencia de la fachada.

De la casa de la calle Pelayo se había llevado, dentro de un bolso muy grande, varios productos de limpieza, trapos, una botella de vino, una barra de pan y todo lo necesario para preparar un guiso. Además de ropa para cambiarse y una camisa nueva de hombre.

Entró en la cocina y encontró un menaje muy variado y completo, bastante más refinado de lo que esperaba. Aunque la capa de polvo sobre él también era mucho más densa de lo que había calculado. Comprobó que salía

agua del grifo y se dispuso a darle a aquel espacio una apariencia de vida, para que su invitado no dudara de que aquella fonda estaba en pleno funcionamiento. Para eso solo tendría que acondicionar la entrada, los escalones, la cocina, por si a él se le ocurría asomarse, y el pequeño comedor que había al lado, muy diferente de la otra sala más espaciosa, reservada para muchos comensales. También tendría que limpiar el baño y una habitación individual, por si acaso.

En cuatro horas terminó. Incluso consiguió que los muebles y los cristales brillaran. Se dispuso a preparar un guiso parecido al que doña Leonor le había dicho que se llamaba «escudella». Haría algo aproximado, al fin y al cabo no creía que su comensal detectara la heterodoxia de su receta catalana. Movi6 la botella de butano que había dentro de un armario detrás de una cortina fruncida y no supo si la encontró tan pesada por efecto del cansancio o porque estaba llena. Cada hallazgo le suponía evitarse una salida a la calle. Aunque estaba convencida de que su visitante no pasaría del primer plato, de la sopa con *galets*, decidió preparar el caldo con todos los ingredientes: la carne, el embutido, las verduras, los garbanzos ya tiernos y, lo más importante, el laurel que después sustituiría por venenosas hojas de adelfa tras poner a salvo su plato y añadir en el otro unas gotas de un somnífero muy potente.

Encender los fogones le sirvió además para aromatizar aquellas habitaciones. Las demás no le preocupaban porque en esas cuatro acababa su escenografía. Cuando terminó el guiso, se dispuso a arreglarse.

Gede6n había alquilado un coche a su nombre para ir a recoger al aeropuerto a quien la se6orita Lorensen le indic6. A las doce en punto lo dej6 en la calle de Armengol con las indicaciones precisas para que entrara 6l solo al callej6n sin salida donde estaba aquella antigua hostería vacía. Frida le abri6 enseguida, llevaba varios minutos detrás del portal6n cuando oy6 sus pasos. En cuanto entr6, Harald dej6 caer en el suelo del rellano una bolsa de cuero marr6n, como de m6dico rural, y la sigui6 escaleras arriba mientras no dejaba de mirarlo todo. Se sent6 con las piernas muy abiertas en una silla del comedor:

—Usted dirá.

—SÍ, sí, tengo mucho que decirle, pero antes déjeme que traiga algo para que se refresque.

Frida Lorensen volvi6 de la cocina con una bandeja en la que había dos copas de vino y dos vasos de agua. Se sent6 frente a 6l e hizo un amago de brindis, pero su invitado no se movi6. Le dio igual este desaire porque la satisfacci6n que sentía era muy superior a su desdén. Llevaba a6os esperando

aquel momento. Podía haber provocado que sucediera antes, pero no quiso arriesgarse a fallar. Y la espera le había sido muy propicia.

Él la miraba como si quisiera traspasarla o como si ella fuera de una sustancia transparente. Frida captó enseguida su dureza, pero no consiguió intimidarla. Se había preparado muy bien para aquella batalla.

—Siento que su vuelo haya llegado tan tarde. Por ese motivo le he pedido a la dueña de la fonda que me permita invitarlo a cenar aquí. A estas horas está todo cerrado. Imagino que tiene que estar muy hambriento. —Se inclinó hacia él y le dijo—: Quiero que mate a alguien. Ya lo sabe.

—Usted dirá —repitió.

—Los demás duermen, pero no me fío. Ya sabe la afición que hay a espiar. Las paredes siempre oyen. Verá. —Se acercó todavía más a él para asegurarse de que aspirara su perfume, de que viera el nacimiento de sus pechos, su boca entreabierta durante las pausas. No tenía ninguna intención de seducirlo, pero se comportaba así porque le incrementaba el enorme placer que sentía. Se sabía dueña de la situación—. Me mueve la venganza. Por su... —Frida titubeó, pero al final decidió que no había otra palabra— profesión, usted sabe que esta es una de las pasiones más humanas, más comprensibles por tanto. Quiero que muera el que mató a mi... marido, porque a la vez fue quien asesinó para siempre cualquier posibilidad mía de felicidad.

—Entiendo —dijo él mientras pensaba en la fantasía desbocada de aquella joven.

—Sé dónde estará esta noche. Aquí en Barcelona hay un barrio horrible que se llama Somorrostro, es muy pobre, pero tiene una parte aún peor: allí solo se encuentra a gente de mal vivir. Imagínese que construyen sus viviendas con cajas de pescado. Tiene que apestar. Estará en una barraca que le indicará el mismo hombre que le trajo hasta aquí. Lo que quiero es que ya no vea amanecer. Eso es todo. Voy a por la cena.

Tras vestir la mesa con un mantel granate, Frida se acercó con una bandeja. Sobre ella había colocado dos de los cuatro platos que había preparado. Pero se tropezó y la sopa le cayó a Harald encima de su hombro derecho. El líquido le cruzó la diagonal del pecho hasta los pantalones como una banda.

—Ay, lo siento. Qué torpe. Perdóneme, se lo ruego. Son los nervios. Entenderá que esté nerviosa, ¿no? ¿Quiere asearse un poco? Espere, voy a ver si encuentro algo. —Frida salió, hizo como que se dirigía hacia las habitaciones y sacó de una bolsa una camisa de lyocell, un tejido moderno que, aunque decían que no era muy recomendable, no se arrugaba. Se la mostró a

Harald—. Espero que sea de su talla, es la única que he encontrado. Pero es usted tan musculoso... Tenga.

Él dejó la puerta del baño abierta como si no quisiera perderla de vista. Frida lo vio orinar y después, ante el armario con espejo, echarse agua en la cabeza y en el torso. Se secó con la toalla y se puso la camisa después de sacudirla en el aire. Cuando regresó, ella pensó que era una lástima que la belleza se emparejara con la depravación de aquella manera y se dispuso a servirle un nuevo plato de sopa.

—Ya está —dijo él muy serio.

—Comamos, pues. Espero que le guste. Creo que le he dejado claro que mi encargo lo tiene que llevar a cabo hoy mismo.

Cada vez que sorbía en silencio una cucharada de sopa para comerse después los *galets*, Frida sentía que estaba más cerca de la victoria. Tenía el tiempo muy medido. Si él comenzaba a sentirse débil o a tener la visión borrosa, sin duda lo achacaría al vuelo y al vino. Podría comenzarle allí el mareo, pero en cuanto ya se le alterara la presión y se le ralentizara el ritmo cardiaco tendría que hallarse dentro del coche de Gedeón y haber entrado a él por su propio pie. Ya en la barraca sentiría las náuseas, vomitaría y los retortijones del estómago le impedirían mantenerse en pie. Aquel sería el momento más próximo al desmayo y el que ambos aprovecharían para disponerlo todo.

Frida miró su reloj dorado con disimulo. Ya era la una y diez. Había pasado poco más de una hora a pesar del silencio y las miradas escrutadoras de Harald, que parecían congelar el tiempo.

—¿Qué le parece lo que le he propuesto? —Frida volvió a acercarse todo lo posible a él.

—Lo normal: la hora, el tipo de barrio... No tengo nada que decir. Así suele ser siempre.

—No tendrá miedo, ¿no? —Le rozó como por descuido el bíceps de su brazo izquierdo.

Él no reaccionó a su caricia, sino que se puso en pie y ella hizo lo mismo.

—Bien. Prefiero llegar con tiempo para inspeccionar la zona. Deme mi dinero.

Frida entró en la cocina y sacó, del mismo bolso en el que había llevado todo lo demás, un fajo de billetes atados con un cordel. Confiaba en que Gedeón ingeniaría la forma de que se trajeran de regreso el dinero. Bajaron a la calle.

—Ay, mire, ya está aquí —dijo Frida al ver a Gedeón apoyado en la pared de enfrente de la entrada.

Le había pedido que llegara media hora antes de lo previsto.

—No me fui a ningún sitio, señorita —dijo Gedeón—. He estado todo el tiempo aquí.

—Muy bien, eres muy amable. Ya podemos marcharnos. —Frida pensó que no podía haber elegido a nadie mejor, que importar a un matón que además la idolatraba fue una gran idea porque no podía arriesgarse a contratarlo en una ciudad desconocida.

Gedeón hizo como que la mirada torva de Harald lo intimidaba. Guardó su escaso equipaje en el maletero y entonces escuchó a Frida:

—He olvidado algo. Ahora bajo. —Cuando ella llegó hasta la puerta del hostel le hizo una seña a su ayudante y entraron los dos en el rellano—. La adelfa no parece que le haya hecho efecto de momento y el narcótico tampoco. Eran dosis de caballo, no esperaba que fuera tan fuerte. Hasta allí hay poco más de veinte minutos. Tendrás que dar una buena vuelta, no pares hasta que veas que se ha dormido; si no, es capaz de matarnos a los dos.

—Descuide, señorita, me he enfrentado a casos peores. No tiene nada que temer. Usted compórtese con naturalidad.

—Harald, disculpe la espera —dijo mientras se abrochaba una pulsera y entraba en la parte de atrás del coche. Los dos hombres iban delante—. Ahora sí, vámonos.

—Un momento —le dijo él a Gedeón—. Usted me va a llevar hasta la barraca, pero... ¿y ella? No quiero a nadie cerca cuando trabajo. No me gustan los espectadores.

—Lo entiendo, pero este caso será la excepción, igual que es excepcional la cantidad que le pago. No se preocupe, que por la cuenta que me trae le aseguro que no le molestaré.

Harald quiso replicar, pero notó que le costaba vocalizar. Frida adelantó un poco la cabeza y comprobó también cómo entornaba los párpados. Deseó que las luces de la calle de la Condesa de Sobradiel terminaran de aturdirlo. Durante un par de kilómetros estuvo muy atenta a todas las señales, y cuando vio que inclinaba la cabeza sobre su hombro izquierdo, le puso la mano sobre la misma parte del cuerpo a Gedeón.

—Parece que todo va bien —dijo de la forma más neutra posible—. ¿Has memorizado el trayecto?

—No he hecho otra cosa esta tarde que recorrerlo de arriba abajo.

—Por si acaso, continúa un rato más por esta avenida del puerto —añadió Frida después del primer ronquido de Harald.

Dieron la vuelta casi en la entrada de San Adrián.

—Ahora sí —dijo Frida—. Vamos a darnos prisa, antes de que empiece a tener retortijones y se despierte.

Entraron al Somorrostro por la parte norte. Los faros enfocaron una barrera muy precaria que reposaba sobre un bloque de cemento. Gedeón se detuvo y, sin apagar el motor, le dio unos cuantos billetes a uno de los vigilantes del barrio.

—Adelante, y no tardes mucho en descargar el paquete.

Casi todo estaba a oscuras. Frente a las únicas bombillas que colgaban de los cables dentro de alguna vivienda, se recortaban las cañas con las que estaban construidas las vallas que ocultaban el mar. Llegaron hasta el otro extremo de aquella primera fila de barracas desparejadas y, más que encaladas, calcificadas. Junto a un solar en el que crecían las piteras sobre la arena, Gedeón dejó el coche de manera que los faros enfocaban hacia una construcción.

—Esta es la casa, por decir algo.

—¿Tiene electricidad?

—Ahora sí —le dijo Gedeón señalando un poste que emitía pequeños chispazos—. Vamos a darnos prisa. —Abrió la puerta del copiloto y sostuvo a Harald por las axilas.

Cuando los pies del alemán tocaron el suelo, comenzó a arrastrarlo hacia la barraca. Al meterlo, le dio un golpe contra el marco de la puerta y Harald se despertó y se apoyó en el suelo para incorporarse. En cuanto logró sostenerse de pie, le rodeó el cuello a Gedeón con las dos manos.

Frida los vio desde el coche: el enterrador y matón argentino apenas podía respirar. Harald apretaba cada vez más la garganta de su cómplice. Si lo mataba, sabía que después iría a por ella. Frida abrió el maletero y comenzó a rebuscar a oscuras. Cuando Harald creyó que Gedeón estaba casi exánime y

acercó la oreja a su pecho para escuchar si respiraba, el otro le dio un rodillazo entre las piernas que le hizo retorcerse de dolor. Trastabilló, apoyó los pies en el suelo muy separados entre sí para no caerse y entonces Frida llegó por detrás: con una mano en la manivela y con la otra en la palanca del gato del coche, se acercó a él, puso la barra en horizontal y golpeó con mucha fuerza contra su nuca. Harald cayó contra la pared. La sangre comenzó a manarle, primero le flaquearon las rodillas, después quiso aferrarse al marco de la puerta, pero se desmoronó igual.

—Señorita Lorensen, rápido, traiga las cuerdas.

Gedeón le colocó la cabeza boca abajo y lo enrolló con las sogas. Después lo amordazó. Buscó en sus bolsillos, recuperó el dinero y se lo dio a Frida, le quitó la documentación al alemán y la lanzó lejos.

Luego desenterró de la arena la caja del proyector Sawyer Rotomatic 747 que aquella tarde había ocultado.

Cogió el cable que entraba por el ventanuco trasero de la barraca y tiró de él para asegurarse de que era el que había empalmado al poste. Después con unos alicates cortó el aislante y trenzó los alambres.

—Ya lo tiene. Toma de tierra nos sobra —le dijo mientras miraba a su alrededor.

Frida se agachó y colocó las diapositivas en el carro. Deseó con todas sus fuerzas que funcionara.

—Pruebe ahora —le dijo Gedeón después de hacer un par de ajustes más. De la cabeza de Harald Silveiner manaba bastante sangre.

La primera imagen se formó en la pared que tenían enfrente de ellos como si fuera una aparición sobrenatural. Adler Eigner sonreía tras haber sido condecorado. La medalla sobre su pecho hinchado era un sol con púas de erizo sobre una cinta blanca. En la siguiente se le veía en un salón de Soletal con los brazos alzados, como si dirigiera una orquesta.

Harald comenzó a retorcerse, quería gritar, pero la mordaza se lo impedía. En sus ojos vieron el mismo pánico que el esbirro de Orlanta había observado tantas veces estancar la mirada de sus víctimas. Mientras, en otra de las filminas, Adler Eigner aplaudía en el palco de un teatro.

—*Tannhäuser*.

—¿Cómo dice? —le preguntó Gedeón.

—La ópera. Asistimos a su representación también allí, en Soletal.

Mientras Harald se retorcía e intentaba reptar apenas unos centímetros, quien fue el amante de Frida se materializaba en aquella barraca del Somorrostro en el centro de un desfile multitudinario.

—Gedeón, hasta puedo escuchar la música militar. Gracias por este instante de felicidad suprema.

—Señorita, sé que es su momento, pero no podemos quedarnos aquí toda la noche. No me fío del guardián del barrio. Le he prometido que no nos entretendríamos demasiado.

—Lo sé, pero déjame disfrutar un poco más.

Harald había comenzado a golpear con sus zapatos de cuero contra la pared endeble que tenía al lado. En la nueva fotografía, aparecieron los dos, Frida y Adler, en un baile. Ella se estremeció a la vez que todas las lágrimas que había guardado durante aquellos años le salieron juntas. El claroscuro de la imagen, sus rostros tan juntos y el tamaño en que se reproducía le daban a la escena tanta vigencia y realismo como si la sala de música estuviera al otro lado de la construcción precaria, junto a la Barceloneta. Sintió deseos de traspasar la luz para volver a estar allí con él.

Gedeón entró con una lata de gasolina en las manos, y los dos apreciaron con la claridad de la siguiente diapositiva el sudor de Harald y su sufrimiento animal.

—Ahora sí, tenemos que marcharnos —dijo Gedeón y, sin preguntarle nada a Frida, roció a Silveiner con el contenido de aquel envase metálico.

Después se sacó del bolsillo una caja de cerillas.

—Hágame el honor —le dijo a Frida mientras le daba una.

—Será un placer, un placer inmenso, el mayor que jamás podré sentir.

Ella aguantó la llama entre los dedos durante un par de segundos y dijo:

—Malnacido. No sabes lo que hiciste. Lo que nos hiciste. No habrá otro amor igual.

Después lanzó el fósforo sobre el cuerpo de Harald y gritó:

—¡Bienvenido al infierno!

Gedeón la cogió del brazo.

—Rápido —le dijo mientras la llevaba hasta el coche.

Frida no podía apartar los ojos de aquella pira humana dentro de la barraca ni dejar de sonreír.

—¡Mejor que el veneno no le haya hecho el efecto que yo esperaba! —exclamó Frida—. Así sufrirá.

El tejido de la camisa, de rayón y lyocell a partes iguales, se convirtió en una coraza candente y le abrasó en pocos segundos el corazón.

—Espero que el proyector quede fuera del alcance del fuego. Que no se quemé al menos antes de que llegue la Policía. Vamos a avisarlos, Gedeón.

—¿Usted cree que vendrán hasta aquí?

—Les diremos que el incidente se ha producido en el hospital de Infecciosos. Tampoco se lo vamos a poner tan fácil, pero, en cuanto vean las llamas, bajarán. De eso no me cabe duda. Vámonos.

Gedeón paró en la primera cabina que vieron y alertó a la Policía. En menos de un cuarto de hora, ellos dos estaban en otro mundo: nada tenían que ver las calles de los alrededores de la plaza Tetuán y el arco del Triunfo con aquella barriada.

—¿Cogerás el avión ahora? —le dijo ella de forma apresurada cuando pasaron por allí.

—Antes de que cante el gallo, ya habré alzado el vuelo —le respondió—. No ha estado tan mal, pero la próxima vez que tenga que calcular una dosis de veneno déjemelo a mí, que tengo más costumbre. Se le ha prolongado la agonía, pero ha sido peligroso.

—No habrá próxima vez, Gedeón.

Ante el edificio de la calle Pelayo 56, y aún dentro del coche, Frida separó una parte del dinero que le había sacado Gedeón a Harald del bolsillo y se lo dio.

—A mí ya me había pagado. Menudos días que llevo. De fábula. Ojalá no haya más noticias que las que espera.

—No las habrá —le dijo ella con mucha seguridad—. Hemos ayudado a resolver un crimen y a evitar que condenaran a un inocente. Todo está en su sitio.

—Una alimaña menos, señorita Lorensen.

—Eigner. A partir de este momento me llamaré Frida Eigner. Con esto ya me he convertido en merecedora de llevar ese apellido. Ahora sí.

Frida lo vio alejarse mientras sacaba de su bolsillo las llaves. Subió hasta el piso de los señores Frument, entró en el cuarto de aseo que había junto a la habitación de invitados y abrió el grifo de la bañera. Después fue a la cocina y se sirvió una copa de Pernod con un poco de agua y bastante hielo y se la llevó consigo. Cuando dejó caer sus ropas ante el espejo de cuerpo entero que había en aquel baño, se vio espléndida, como si fuera la primera vez que contemplara el efecto que aquel tratamiento continuo había obrado. Sus anfitriones tendrían sus numerosísimas notas manuscritas para que las convirtieran en el libro que tanto ansiaban publicar.

Se tomó el licor entre la espuma de la bañera. Tenía enfrente, proyectado esta vez por su pensamiento, el rostro de Adler Eigner. Alzó su bebida, y al contrario de lo que le había sucedido unas horas antes, entonces sí que se sintió correspondida en su brindis. Pensó que, aunque resulte paradójico, algunas veces responden mejor los muertos que los vivos.

En cuanto los señores Frument volvieron de París, recibieron una notificación. En las dependencias policiales de la calle Conde del Asalto el mismo comisario que presencié el encuentro de Boro y Nuria junto al padre Vilesermes les preguntó.

—Díganme, ¿la señora Lorensana se encuentra alojada en su domicilio?

—Lorensen —le corrigió don Aleix—. Y sí, está unos días con nosotros...

—¿Le ha pasado algo? —interrumpió a su marido doña Leonor muy preocupada.

—Aquí las preguntas las hago yo. ¿Qué saben de ella? Nosotros no conseguimos localizarla. ¿Dónde está?

El señor Frument le habló de los años que hacía desde que supieron de su existencia, de que la consideraban una prueba viva de la juventud eterna; le contó los fines comerciales de su acuerdo, cómo había vivido retirada junto a un lago...

—Todo eso no me interesa nada. Lo que quiero es hablar con ella. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió doña Leonor—. Cuando regresamos de París ya no estaba en nuestro piso. Dejó una nota diciendo que tenía que resolver algo relacionado con una herencia. Que había llegado la carta del notario cuando ella ya estaba aquí, y no tuvo más remedio que volver a Argentina de nuevo porque nadie la podía sustituir en la firma, cosa que por otro lado es muy lógica. Lo que sí le puedo decir es que de nuestro amigo don Jerónimo Ullrapós sí se despidió. Pregúntele a él. Este hombre no piensa en otra cosa desde entonces. Y después de pasar toda la vida con su pobre esposa paralítica, sin conocer a otra mujer, pues no me extraña. —Doña Leonor consideró que era muy necesaria aquella confidencia sobre la vida íntima de su amigo.

El comisario apuntó en un cuaderno el nombre del subdelegado.

—¿Y qué relación hay entre ella y Salvador Navascués?

—¿Relación? —Don Aleix se quedó muy extrañado—. Se conocieron en una cena en Buenos Aires. Solo eso.

—Nosotros los presentamos —corroboró doña Leonor—. Fue en el restaurante del hotel Selquet exactamente. Después Boro partió hacia Brasil y, que nosotros sepamos, no se han vuelto a ver.

Los señores Frument se miraron porque a los dos les constaba que no lo podían afirmar con aquella rotundidad aunque lo acabaran de hacer. Tanto doña Leonor como don Aleix recordaban el radical cambio en la actitud de Frida durante aquella cena en Buenos Aires respecto a su propuesta. Antes de que apareciera Boro, no había manera de convencerla para que viajara con ellos a Barcelona, y luego parecía que no deseaba otra cosa.

—Entonces, no sé si serán capaces de explicarme por qué la señorita Lorensen vino a declarar voluntariamente sobre el asesinato de su marido ocurrido en Argentina hace bastantes años. Nos desgranó unos detalles bastante truculentos sobre cómo lo encontraron junto a un artilugio con un brazo mecánico que parece que lo iba desollando ante un proyector de diapositivas. Nos pareció una pobre chica obsesionada.

Doña Leonor y don Aleix se miraron muy sorprendidos.

—No sabemos de qué nos está hablando. Le reitero que lo único que nos une a ella son cuestiones empresariales, nos dedicamos al sector de la cosmética, seguro que hasta usted conoce nuestros productos —le dijo doña Leonor—. Nosotros de eso que nos cuenta no sabemos nada.

—Eso sí que no me lo puedo creer. Algo les habrá dicho, después de todo vive en su casa. No todos los días se pierde a un cónyuge de esa manera tan... pintoresca. ¿Saben además lo más curioso? Lo que nos contó coincide punto por punto con lo que encontramos en el despacho de Baladre, incluso en el modelo del proyector de diapositivas, que ya es decir. Esta mañana, además, hemos encontrado muerto en parecidas circunstancias a un tal Harald Silveiner. ¿Les suena de algo ese nombre?

Los señores Frument negaron a la vez.

—Pues nosotros tenemos muy claro que estamos ante el mismo asesino. El *modus operandi* es exactamente el mismo.

Aunque no lo manifestaron, para ambos comenzó a cobrar significado la conversación que mantuvieron en Argentina sobre ciertas deudas del pasado que Frida estaba dispuesta a cobrar.

—Tiene que creernos —le dijo don Aleix—. No hemos escuchado nunca ese nombre que nos ha dicho antes y que soy incapaz de repetir, ni sabemos de lo que nos habla. Pero le ruego encarecidamente, señor comisario, que nos

permita ver a Salvador. Será solo un momento. Le doy mi palabra. Es como un hijo para nosotros, ¿sabe? A nuestra edad... —intentó enternecerlo.

El comisario los observó en silencio durante unos segundos. A continuación le hizo un gesto con la cabeza a un agente que estaba junto al pasillo de los calabozos y enseguida tuvieron ante sí a Boro. Estaba bastante más delgado y se rascaba la cabeza y las muñecas sin parar.

—Sabía que no me abandonarían en este agujero. ¿Me puedo marchar ya? —preguntó dirigiéndose al comisario.

—Ni hablar —le respondió el jefe de Policía.

—Boro —intervino la señora Frument—, ya falta menos. El señor Ullrapós te ha buscado un abogado. Estará al llegar. Ya verás qué rápido te saca de aquí.

—Señora, cállese —la recriminó el comisario—. Aunque a mí que le dé falsas esperanzas me da igual. Pero les aviso que lo más probable es que se queden a hacerle compañía a su «hijo» si no me dicen, con total sinceridad, qué otros negocios tienen con la señorita Lorensen. Sepan que todo lo que me han contado resulta bastante más que sospechoso. Si descubro que ustedes también están en el ajo, lamentarán no haber dicho la verdad antes. Tú —volvió a dirigirse al guardia—, enjálalo otra vez. Se creen que ya va a volar. Ahora ya han visto que está vivo. Márchense antes de que me arrepienta de dejarlos ir.

A Boro no le dio tiempo a decir nada, solo a cerrar los ojos deslumbrado por las luces de aquel despacho.

En cuanto llegaron a la calle, el comisario se volvió hacia uno de sus agentes:

—Trae el proyector del caso de Baladre, y el otro, el medio quemado que encontramos en la barraca. Averígualo todo sobre esos dos trastos. Si son nuevos o de segunda mano, dónde los han comprado. Habla con los de todas las tiendas de electrodomésticos, de fotografía, de donde los vendan. Quiero el informe para esta tarde. Y otra cosa: ¿dónde está la carta que le ha dejado la argentina al abogado? No me hace ninguna gracia, pero tendré que entregársela, es mi obligación. Eso sí, antes la leeremos.

* * *

Nuria sabía por Liliana que aquella carta que Frida quería que le entregaran al abogado incluía la dirección de un notario que custodiaba todos los papeles de su investigación sobre Harald Silveiner.

Don Jerónimo había cumplido la promesa que le hizo a su examante de conseguir el mejor defensor. Pero a pesar de todas aquellas noticias, Nuria tenía el alma en vilo porque nada era definitivo. Sus hijos eran su único alivio. No había vuelto a saber nada de Máximo. Se alegró de que hubiera desaparecido de la misma forma intempestiva e imprevista en que llegó a su vida. Tenía pendiente hablar con sus padres, había aplazado muchas cosas porque sentía que no podía ponerse en marcha hasta que Boro saliera. Deseaba con todas sus fuerzas creer que sería así.

Dos días después Liliana volvió a su casa y para intentar animarla le llevó los vestidos que les había hecho a juego a ella y a Mireia. Nuria insistió en pagarle, pero su amiga le dijo que lo único que aceptaría a cambio sería que la invitara a merendar el viernes por la tarde en la cafetería Savoy. Nuria no tenía ningunas ganas de salir, pero no pudo negarse.

Cuando llegó ese día, desde el cruce de Las Ramblas con la plaza de Cataluña, a Nuria la deslumbró la claridad de un sol bastante insólito para ser octubre. Se colocó bajo el toldo y buscó a su amiga. Los ojos no se le acababan de acostumbrar a la luz, como si aún permaneciera dentro del taxi. Divisaba sombras, parpadeó un par de veces y recordó, allí de pie en aquella terraza, la primera vez que se sentó en una de aquellas mesas con Boro. Fue tan intenso ese pensamiento que incluso creyó verlo entre los clientes de la cafetería.

Se hizo a un lado para dejar pasar a quienes entraban al bar. Decidió quedarse de pie y se giró hacia la calle Pelayo. Abrió el bolso y sacó sus gafas de sol. Comenzó a limpiarlas con un pañito de color beis. Se las colocó y miró el reloj. Liliana no llegaba y Nuria se sentía muy incómoda, pensó en subir al instituto de belleza para no tener que esperar más.

Miró alrededor, primero a los transeúntes y después a quienes estaban allí sentados, y antes de distinguirlo a él, vio su sonrisa. Los últimos acontecimientos habían hecho que perdiera cierto sentido de la realidad. Sonrió, pero como si le sonriera a un recuerdo. Comenzó a mover la cabeza de un lado a otro y después se echó las manos a la cara. Avanzó hacia la última mesa, la que estaba junto a la cristalera exterior del Savoy. Boro se incorporó como si fuera necesario para que Nuria comprobara que se trataba de él. Se abrazaron y lloraron. Lloraron los dos como si constataran que habían sobrevivido a un naufragio. Ella lo cogió de la mano y entraron. No les atraía disfrutar de aquel otoño tan estival aún, porque lo que les aguardaba era aún mucho más radiante. Se acomodaron sobre el banco tapizado de granate que recorría toda la pared desde la entrada hasta los baños y Boro volvió a estrecharla en sus brazos.

—¿Te llegó mi carta a tiempo? —le preguntó Nuria, que no sabía muy bien cómo comenzar a hablar.

—Sí, pero ya viste que no pude evitar nada. Creo que aunque hubiera vuelto en barco el resultado habría sido el mismo. Pensé en no regresar, en escaparme, pero ahora me alegro de no haberlo hecho, de haberme enfrentado a lo que me esperaba y que se resolviera. Aunque haya sido un calvario. Nuria..., estamos aquí, en el mismo lugar, pero parece que seamos otros.

—Somos nosotros. El que tendría que estar encarcelado es Máximo. Lo siento, Boro —le dijo mientras le cogía las manos—, siento haberte metido en todo esto. Te denunció por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada —le dijo besándola.

—A mí también me llegó tu carta.

—¿Y la has roto o la guardas para que la emitan por la radio?

Nuria sonrió e inmediatamente lo besó.

—He pensado tanto estos días, tanto... que he sentido mucho dolor. —Boro comenzó a frotarse las muñecas con fuerza y ella lo tomó de las manos—. Durante todos estos años he vivido con el dolor que me producía el beso que no le pude dar a mi madre. Eso que dicen de que duelen más las cosas que no has hecho. Desde entonces me propuse que intentaría todo lo que dependiera de mí.

Nuria le pasó los dedos sobre las cicatrices y después se las besó.

—¿Cómo están tus hijos?

—Bien. Mireia aún no sabe nada. Le he dicho que su padre se ha ido esta vez a un viaje más largo, por el extranjero.

—¿Y qué dice?

—Me ha preguntado cuál es la capital del extranjero.

Los dos rieron. Nuria tenía muchas ganas de seguir besándolo, de estrecharse contra él. De estar solos durante horas.

—Boro, vamos a tu casa. Ágata tendrá hambre. Voy a llamar un momento por teléfono.

El camarero estaba tan enfrascado en el consultorio radiofónico que le costó bastante que la atendiera sin tener que gritar.

—Úrsula —dijo en cuanto contestaron—, ¿está Dora? —Después de escucharle decir que había salido, añadió—: ¿Te importaría ir con los niños a mi casa y quedarte allí hasta que vuelva?

Dafne Gretchen vivía en Washington con la satisfacción moral que esperaba alcanzar don Jerónimo. La consideraban una heroína por su trabajo en la FDA. Había cumplido una vez más con su obligación: controlar todos aquellos productos que consumían los estadounidenses.

Mientras aquel sábado por la mañana horneaba el pastel que quería llevar a casa de sus suegros, recordaba cómo intentaron sobornarla los de Orlanta en el caso del telamón, con una fortuna que les hubiera permitido vivir muy bien incluso a sus nietos. No sabían que esa no era una tentación para quien consideraba que ya lo tenía todo. Veía a su familia en el jardín y le asaltaban las fotografías que había visto de los niños sin brazos o piernas amarrados a los columpios, o las de los pequeños que se desplazaban sobre una tabla con ruedas; algunos escribían sujetando el lápiz con la boca y otros chapoteaban en el borde de una piscina con el cuerpo rodeado por un corcho. Era como si hasta allí le llegara el sonido del xilofón que uno de aquellos niños tocaba con los pies. Esas actividades, aquellos objetos eran estrategias para imprimir normalidad a unas vidas que siempre estarían limitadas. Le laceraba pensar que sonreían porque aún no sabían el futuro que les esperaba. Y aún la peor parte se la llevaban sus madres, porque la culpabilidad por haber tomado aquellas pastillas las mortificaba. Se creían débiles, consideraban que tomaron el fármaco porque no supieron aguantar las náuseas y que, por su pasajero y efímero bienestar, sus hijos estaban mutilados de por vida. Se descubrió que en otros casos fueron los hombres quienes lo utilizaron como somnífero y lo transmitieron a través del semen.

Kessler le había enviado los datos recabados por Boro Navascués y le informó también de que en una leprosería de Brasil encontró bastantes envases y prospectos de telamón. De este material, a la doctora Gretchen le sobrecogió la manera de comunicar a las personas analfabetas el peligro que suponía aquel medicamento para las embarazadas: en la caja de cartón habían dibujado

el contorno de una niña con tripa, lo que daba idea de la temprana edad a la que las brasileñas eran madres, tachada con una equis roja.

Hasta donde la doctora había logrado saber a través de unos misioneros, este dibujo les hacía creer que se trataba de un abortivo y las que lo tomaban con esa intención no solo no conseguían tal efecto, sino que además parían a bebés sin extremidades completas. Y estaba sucediendo eso mismo en algunos puntos de la selva de Perú.

Según sus informaciones, gracias a los conocidos de Kessler en España se había retirado de la circulación en sus diversas presentaciones: grageas, píldoras, jarabe. Pero la pesadilla aún no había terminado en todo el mundo, solo en algunos países de Europa como Gran Bretaña, Holanda... La doctora Gretchen no quería proteger solo a sus compatriotas, y por ese motivo estaba dispuesta a pedir una excedencia como farmacóloga de la FDA para continuar la lucha en Sudamérica. Para eso tenía que convencer a los padres de su marido, los suyos estaban en Canadá y no quería mandar a sus hijos tan lejos del ambiente en el que se habían criado, para que sus nietos pasaran una buena temporada con ellos. Aquel pastel de manzana le parecía un buen argumento, entre otros muchos que estaba dispuesta a esgrimir.

Se anudó más fuerte el delantal como si quisiera aferrarse aún más a sus convicciones. Dejó la tarta sobre la repisa de la ventana y subió a su cuarto a arreglarse. Contempló la belleza que la rodeaba: el jarrón con las flores, los demás adornos, su casa entera, y la contrastó con el dolor que anegaba el mundo como si fuera una marea incesante.

En la Agencia de Drogas y Medicamentos que dirigía, desde lo sucedido con el telamón las pruebas eran mucho más exhaustivas. Esa era la victoria más válida, con la que se quedaba, porque no era algo puntual sino perdurable, que había marcado un antes y un después en los ensayos clínicos.

* * *

A pesar de su situación, Nuria Somport y Boro Navascués decidieron quedarse en Barcelona y vivir en la mansión Muley Afid. Tanto ellos como Dora estaban seguros de que Máximo nunca volvería por allí. A Boro, verse rodeado de gente lo ayudaba a mitigar la tristeza que le causaba que el padre Vilesermes hubiera dejado de hablarle. A pesar de la buena opinión que había tenido de Nuria desde que la conoció, le dijo que jamás aprobaría que viviera en pecado en aquella relación de concubinato, amancebamiento o como quisiera llamarla. Él no perdía la esperanza de que algún día lo perdonara,

aunque cuando lo hizo partícipe de su intención le dijera: «No me hagas elegir entre la ley de Dios y este disparate». Tenía muy grabada su mirada de furia en aquel momento.

Cuando Boro abandonó su estudio frente a la iglesia de San Agustín, al echar la llave, supo que cerraba para siempre bastante más que aquella casa: todo su pasado. Les encomendó a las pupilas de doña Rita el cuidado de Ágata Kepler. Estaba seguro de que lo mejor era que continuara habitando sobre aquellos tejados, que ellas le darían todo el amor del que carecían en sus vidas. Pero no tuvieron ocasión de prolongar su cuidado durante muchos días ya que, antes de una semana, la gata apareció una noche frente a la fachada de la casa del paseo de la Bonanova y les dejó muy claro, con sus maullidos, que ella también quería vivir allí.

Un sábado por la mañana, en la explanada ante el puerto de Barcelona, a escasos metros de donde comenzaba el mar rebalsado entre cemento, Boro y Nuria se detuvieron junto con Marc y Mireia frente a un teatrillo de marionetas. Los atrajo la música de acordeón y los gritos de quienes manejaban aquellas figuras.

El aire de octubre le arrancó a una mujer un pañuelo grande, de seda azul marino, que voló en dirección al agua. Boro lo alcanzó porque cayó sobre un charco un metro antes de que sus tonos se confundieran con la superficie calmada. Lo escurrió, y mientras interrogaba a los rostros de quienes asistían a aquel espectáculo infantil, vio a una mujer que le sonrió a la vez que le hacía una seña. Sujetaba los dos manillares de la silla de ruedas de su hijo, un niño que estaba absorto con los títeres; le brillaban mucho los ojos y abría la boca de tal forma que parecía que gritaba ante las acciones que representaban aquellos muñecos: irradiaba entusiasmo.

Boro se quedó junto a ellos con el pañuelo aún mojado en la mano.

—Gracias —le dijo la mujer—. Lo traigo siempre que puedo. Le gustan mucho las marionetas.

Él pensó que aquel pequeño era incapaz de distinguir los cordeles que hacían que aquellas figuras se desplazaran por el pequeño teatro, se le veía convencido de que gesticulaban y andaban por sí mismas. Las marionetas eran muy esbeltas, gráciles, ligeras, se mecían como si les fuera más natural el movimiento que la quietud.

Las manos del niño de la silla de ruedas se juntaban y separaban como si los hilos que lo permitían llegaran desde el cielo hasta allí con un mecanismo invisible, pero que funcionaba a la perfección. En cambio, no sucedía así con las cuerdas que tenían que elevarle las piernas y colocarle los pies en paralelo sobre el suelo para que caminara. Estas no tiraban de ellos.

Boro no pudo evitar preguntarle a la madre del niño a qué se debía su estado.

—Nació así, con las dos piernas sin acabar de desarrollarse. En una de ellas el pie le sale de la cadera. Con el pantalón no se le ven. Nos dicen que se lo amputemos, pero no sé.

El químico pensó que las cuerdas que hubieran permitido izarle las piernas, levantarlo de aquella silla de ruedas que crecería con él, también las había cortado el telamón.

* * *

Cuando los señores Frument supieron que, aunque de momento al margen de la ley, Boro y Nuria iban a formar una familia con los hijos de ella, los citaron un viernes por la noche en su casa de la calle Pelayo. En torno a la misma mesa baja del salón donde Nuria había estado la primera vez con doña Leonor, lo primero que les dijeron fue que les exigían discreción porque no querían ningún escándalo en sus vidas ni en las de sus colaboradores cercanos.

—¡Ay, Nuria! Bueno, lo tuyo no sé cómo estará, porque después de lo que te hizo y si está casado con aquella otra... En fin —le dijo la señora Frument.

Marc llevaba un buen rato dormido, pero Mireia no dejaba de meter el dedo índice entre los barrotes de la pajarera. A Nuria le preocupaba mucho lo que pudiera escuchar y por eso les pidió permiso a sus jefes para llevarla a la cocina con la criada.

—Pero ¿allí también hay pastelitos como estos? —le preguntó mirando las dos bandejas con blanda blanca y plateada.

—Muchos más, cielo —le dijo Nuria.

En cuanto volvió de la cocina, la señora Frument continuó:

—Tienes que estar tranquila para trabajar en el libro de Frida. Eso si lo encontramos. No sé qué le ha pasado a esta mujer. Confío en que puedas comenzar pronto. Gracias a él, nuestras ventas de cosméticos van a aumentar exponencialmente. ¿A que sí, Aleix? Sus cuidados está claro que a ella le funcionan. Solo nos falta ese pequeño detalle: hemos revuelto la casa entera buscando el manuscrito y no hay manera de encontrarlo. Ni siquiera sabemos si se lo ha llevado. En cualquier caso, tendremos que esperar a que vuelva o que nos diga algo. No nos ha llamado. Pero algo me dice que cumplirá con su palabra. Igual nos lo manda por correo o nos lo hace llegar a través de alguien.

Se despidieron en la puerta del piso y entraron con el carrito del niño en el ascensor. Cuando llegaron al portal, Mireia no pareció sentir ningún miedo en aquel entorno de mausoleo casi a oscuras. Enseguida fue hacia el jarrón que tenía la forma de una mujer aprisionada por un corsé. Tan solo rozó su esmalte, pero el búcaro se tambaleó sobre la peana y cayó al suelo. Los fragmentos de porcelana más ornamentados del cuerpo y los más labrados de las asas se mezclaron. Cuando Boro y Nuria subieron las cuatro escaleras para comprobar que la niña no se había cortado, vieron entre los trozos una llave atada con una cinta negra junto a la que había una etiqueta de cartón con un nombre: «Pompeu Gener».

Boro les dijo que lo esperaran, que se la entregaría a los señores Frument. Cuando estuvo de nuevo ante su puerta le abrieron enseguida.

—Salvador, ¿os habéis olvidado algo?

—Doña Leonor, Mireia ha roto el jarrón de abajo. Sé que era muy valioso. Lo siento.

—Sí, lo era, pero tenemos otro aquí que usamos de paraguero, así que lo colocaremos en la hornacina y un trasto menos.

—Dentro estaba esta llave. Mire lo que dice en el llavero.

—¡Pompeu! Cuántos años sin escuchar ese nombre. Ni me acordaba de que vivió aquí. Hay un cuarto arriba, una especie de palomar abandonado que era su casa. Escribía todo el día, algunas veces desvaríos sobre las razas, contra las mujeres, los judíos, y por la noche se reunía con sus amigos en las tertulias de los cafés hasta las tantas. Murió hará unos cuarenta años, así que imagínate. ¿Quién la habrá puesto ahí? ¿La dejaría él mismo? ¿Es posible que llevara varias décadas dentro de ese búcaro?

Boro quería marcharse, pero a doña Leonor parecía que aquella llave le hubiera desmadejado el hilo de la memoria.

—Salvador, acompáñame un momento. —Se giró hacia el interior de su casa—. Aleix, ahora vuelvo. —Y de nuevo le habló a Boro—: Vamos a comprobar si alguien más sabía que esta llave estaba escondida ahí. No perdemos nada.

Entraron los dos en el ascensor. La señora Frument miraba hacia arriba como si quisiera llegar antes. Una vez en la última planta, se apresuró a salir.

Boro pensó que Nuria estaría preocupada. Además, no le hacía ninguna gracia dejarla sola con sus hijos en el mismo lugar donde la habían asaltado.

—Esa otra es la puerta de la terraza. Ven, abre tú esta, que ves mejor.

Cuando Boro empujó la puerta, se escuchó el zureo de las muchas palomas que se habían refugiado allí. Algunas alzaron el vuelo y otras solo

aletearon, como si no quisieran alejarse demasiado. Las que salieron se posaron en el alféizar. Todo estaba en penumbra. Tenían que ir a tuntas.

Doña Leonor encendió la luz del descansillo y enseguida vieron sobre la única mesa un cuaderno. Doña Leonor lo abrió con curiosidad.

—Será de Pompeu. No acabó muy bien... Parece que abandonó bastantes cosas aquí.

—Ábralo —le dijo Boro en cuanto notó que dilataba aquel momento.

A la vez que pasaba sus páginas, la sonrisa de doña Leonor aumentaba.

Boro observó cómo le temblaban las manos al sujetarlo.

—¡Es el manuscrito de Frida! ¡Fíjate dónde estaba! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y si no llegamos a subir?

La señora Frument se lo dio para que él también lo comprobara.

—Boro, creo que hemos dejado demasiado tiempo sola a esta mujer. No hemos sido los mejores anfitriones del mundo. Da pena no poder estar en todo. Mira hasta dónde tuvo que subir. ¿Qué haría aquí? ¿Escribir? Da igual, ahora da igual todo, el caso es que Frida a ti te ha salvado. Si no llega a aparecer... ¡Y nosotros tendremos el libro!

—Me temo que ahora no estaríamos aquí. Yo al menos estaría en un lugar bastante peor, que ya es decir —dijo él mirando a su alrededor con aprensión—. Fue desesperante que nadie me creyera, me sentí la voz que clamaba en el desierto. Gracias, una vez más, por todo lo que hicieron por mí. Son mis benefactores. Sin ustedes, sin el padre Vilesermes, sin Nuria, sin Liliana sería un desgraciado, eso si aún continuaba con vida.

—Boro, un momento más. Quiero decirte algo. Prométeme que arreglarás tu situación con Nuria. Se lo debes al padre Vilesermes.

Boro tragó saliva y suspiró.

Para atender a los niños que habían nacido cercenados por efecto del telamón se creó una sección especial en el orfanato Ribas. Don Jerónimo Ullrapós continuó muy implicado para que aquel proyecto fuera realidad cuanto antes. El pabellón se acondicionó también gracias a la generosa suma que donó una benefactora anónima para la institución.

La última tarde que se vieron, Frida Lorensen le entregó al antiguo subdelegado del Ministerio de Comercio un fajo de unos tres centímetros de billetes verdes atados con un cordel. Solo le puso dos condiciones: que lo destinara a alguna obra benéfica y que no hiciera pública su procedencia.

* * *

En su casa, mientras sonaba la melodía *Indian summer* de Victor Herbert después del saludo habitual de la locutora, Nuria escuchó dos anuncios de las cremas del instituto de belleza, una receta para hacer suflé y la vida bastante resumida de un santo antes de la primera carta.

Estimada señora:

Me he atrevido a escribirle porque quiero pedirle un favor, pero antes me permitirá que la ponga en antecedentes: yo he sido siempre un chico bastante reservado, me considero buena persona a pesar de lo que he visto a mi alrededor, sobre todo en el mundo de la industria, me refiero a algunos comportamientos muy poco éticos. Tenía hasta hace poco más de medio año una vida sencilla: ir del trabajo a casa, donde me esperaba mi gata, nadar en la piscina de la Barceloneta, ver de vez en cuando a algún compañero del seminario o de mi trabajo anterior, y poco más. Perdí a mis padres siendo muy pequeño y en circunstancias muy trágicas, tanto que le ahorraré conocerlas a usted y a sus miles de radioyentes.

Mireia dijo que aquel programa era un aburrimiento y que se iba a dibujar otra vez. Marc dormía.

Nuria estaba en el centro exacto de la cocina entre las dos filas de armarios. Sentía que aquellas palabras le llegaban del cielo, como si fueran la confirmación de que las nubes se apartaban de su vida. Cada frase la hacía estremecerse y a la vez le dibujaba una sonrisa que esperaba guardar para siempre.

Verá, quiero contarle a usted y a los cuatro vientos que estoy enamorado. Tal vez no sea habitual que un hombre lo exprese en tales términos, pero yo no puedo evitarlo. Es cierto que conocí a quien ahora comparte mis días y mis noches en las circunstancias más adversas que usted pueda imaginar, pero eso me ha hecho apreciarla todavía más, ya que considero que la admiración por alguien es la forma más genuina del amor. ¿Qué le parece? Hemos coincidido mientras ambos combatíamos por detener un asunto terrible, una verdadera plaga que segó la vida de muchos y amenazaba la de bastantes más.

Al escucharlo así, a Nuria no le cabía ninguna duda de que los demás oyentes pensarían que se refería a una epidemia. El telamón lo había sido sin duda: había causado cientos de víctimas en varios frentes.

Pero desde el centro de todo ese dolor surgió mi amor hacia ella.

Mire, creo en una especie de ley de la compensación, lo que por una parte no tenemos o perdemos provoca que se nos otorguen otros bienes, y además con creces. Tal vez le pareceré un ingenuo, pero ¿quién no es así cuando se enamora? Si es algo racional, ya es otra cosa. Ese es precisamente el poder de este sentimiento: sacarnos de nosotros mismos para convertirnos en otros, hacernos mejores, que nos creamos invencibles.

En estos momentos de dicha no quiero dejar de acordarme de quien durante todos estos años ha sido como un padre para mí, don Sabino Vilesermes.

Ya no la entretengo más. Solo quería decirle esto. Si la escucho, sabré que ha tenido a bien cumplir con mi petición, que no era otra que conseguir que las ondas transmitan cómo me siento.

Atentamente,

Salvador Navascués Altarriba

* * *

Cuando Boro entró en el piso de la mansión Muley Afid, adivinó por la cara de Nuria que había escuchado la carta.

—Como ves, el padre Vilesermes me ha puesto el primero de la lista para que la radiaran.

—¿Lo has hecho para eso? —le preguntó Nuria sin dejar de sonreírle—. Pensaba que era una declaración de amor. Sobre él, te diré que aunque no creo

que contemos con su bendición, este es al menos un gesto conciliador.

—No sé. Se habrá sentido obligado porque no está nada conforme. Sigue muy disgustado. Nuria, tenemos que hacer algo porque yo no puedo vivir con esta pesadumbre, quiero reconciliarme con él. Ha sido la persona más importante en mi vida durante todos estos años.

—Soy consciente de ello —le dijo cogiendo a Boro de las manos—, y no quiero que mi presencia suponga que te alejes de Vilesermes. Se me ha ocurrido algo: podemos consultarle al abogado que te defendió. ¿Qué te parece? Tal vez mi matrimonio con Máximo sea ilegal.

—Me parece que nunca es posible tenerlo todo. En fin..., te voy a dar una buena noticia: el próximo fin de semana vendrán Kessler y Mirja a Barcelona. Él ha conseguido la plaza a la que se presentó en el departamento de Radiología y Medicina Física del hospital de La Paz de Madrid. Así que lo celebraremos.

—Me alegro mucho. Además, creo que un cambio de aires les vendrá muy bien.

* * *

Durante los días siguientes, Nuria se dedicó con ahínco a descifrar el cuaderno de Frida. Lo había escrito durante diecisiete años y en él mezclaba sus cuidados estéticos y alimenticios con algunas confesiones muy íntimas, muchas cuestiones mundanas y lo que iba averiguando sobre el hombre que mató a Adler Eigner. A Nuria no le cabía duda de que era una especie de testamento sentimental, la forma que había utilizado para que su testimonio permaneciera después de su muerte.

Comenzaba con las vivencias en Soletal, lo que supuso en su vida la derrota del ejército alemán, la nueva Europa que emergía sobre las cenizas y que tan poco tenía que ver con ellos. Nuria se detuvo en unas líneas que destacaron ante sus ojos como si estuvieran iluminadas:

A mi amado lo hicieron desaparecer porque se trajo de Alemania información que incomodaba a muchos que habían conseguido estar bien aposentados en sus sillones como directivos de algunas empresas. No quería contarme exactamente de qué se trataba, con eso también me quiso proteger. Solo me dijo que era algo muy repugnante. Si no cesaron hasta descubrir su paradero en la otra punta del mundo, no me cabe duda de la gravedad de lo que sabía. Por desgracia, se llevó ese secreto a la tumba.

En esa página, Frida Lorensen había intercalado una hoja.

El asesinato de Adler se lo encargaron a Harald Silveiner, un asesino a sueldo que lo ejecutó de manera minuciosa, deleitándose con su tortura, como si tuviera algo personal contra él. De su *modus operandi* formaba parte la puesta en escena que parece que él pretendía artística, por muy macabro que suene. Su repetición en otros casos fue lo que me puso sobre la pista. Parece que no podía resistirse a aquella amplificación de sus crímenes mediante el proyector, como si quisiera mostrar lo que en los últimos momentos les ocupaba la mente a sus víctimas.

Vine a Barcelona porque quería convertir esta ciudad en mi base de operaciones en Europa, acercarme poco a poco hasta que cazara a Silveiner, pero no tuve que continuar hacia el norte. La muerte del detective de la que culparon a Boro Navascués acertó bastante mi expedición desde tierras australes hasta mi venganza. Como a casi todas las personas sin escrúpulos, a Harald Silveiner su soberbia lo delató.

Aquella cuartilla la había escrito ya allí y tal vez fuera lo último que añadió a su cuaderno. Junto a ella había una fotografía. Casi se le cayó de la mano a Nuria cuando advirtió que había sido tomada en la plaza de Cataluña momentos antes de que Boro se encarara con Guifré Baladre. Lo más inquietante era que entre ellos aparecía Harald Silveiner. Se apreciaba con total nitidez. En el reverso, con una caligrafía distinta se leía:

Querida Frida, creo que tu búsqueda ha llegado a su fin. Aquí lo tienes. Mi adorable amigo Varick Kessler me envió esta fotografía. Averigua quiénes lo acompañan y llegarás a él. Sabes que soy la persona que más te quiere. Tu amiga y confidente, Meliva.

El médico alemán había usado aquella instantánea como postal. Junto a esas líneas se leían los breves saludos y buenos deseos de Kessler. La había remitido desde Hamburgo hasta una dirección de Estados Unidos, y desde allí Meliva se la había mandado dentro de un sobre a Frida a su casa de Villa La Angostura.

El sábado a mediodía un taxi dejó a Varick Kessler y a Mirja frente a la casa Muley Afid.

—Después os acompañaremos al hotel. Ahora descansad un rato aquí — les dijo Boro—. Enhorabuena por vuestra boda.

A Nuria se le puso en los ojos un velo de melancolía porque pensó que a ellos nunca los felicitarían por aquel motivo.

—Tenéis que visitar Upsala —dijo Kessler.

Durante el rato que permanecieron en el jardín, Nuria les contó la historia de aquella construcción modernista. Mirja refulgía vestida de blanco y, a pesar de que llevaba un abrigo muy grueso, sintió frío enseguida y decidieron subir.

En cuanto se sentaron junto a una mesa sobre la que había una bandeja con una jarra de limonada, una cafetera, algunos vasos y tazas y un plato con pastas, Kessler les mostró el contenido de una carpeta azul.

—Son los papeles que mi amigo Siegfried Bacharach pudo sacar a tiempo del campo de concentración de Bergen-Belsen. Me los envió desde Düsseldorf a Hamburgo. Y además, algunos otros documentos que he conseguido yo durante estas semanas. Ahora ya no tienen escapatoria. Con todo esto he logrado recomponer la historia completa. A ver qué os parece. —Varick comenzó a traducirles del alemán:

Dentro de los experimentos llevados a cabo en el marco del programa de armas químicas, un médico afiliado al partido nazi desde sus años universitarios fue el descubridor de la molécula que ahora nos ocupa. El memorándum anexo recoge todos los datos según los cuales el telamón no se sintetizó por primera vez en 1953 por la empresa Orlanta, sino que fue el resultado de los experimentos llevados a cabo con prisioneros de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial.

Un equipo de químicos del conglomerado de empresas CH Dreyer buscaba aumentar la potencia de un insecticida cuando descubrieron de manera accidental los efectos de una sustancia.

—¿Habéis oído hablar del gas sarín? —interrumpió Kessler su lectura.

Boro asintió.

—Esta sustancia en su estado natural es líquida —continuó Kessler—. Lo más terrible es que durante la guerra esta compañía, la CH Dreyer, tenía su propio campo de internamiento con miles de personas a su completa disposición para sus experimentos.

Nuria sintió náuseas, pero no quiso levantarse, debía escuchar todo lo que tuviera que decirles Varick por aterrador que fuera.

—Lo que sucedió fue que, en uno de sus laboratorios, a un par de trabajadores les cayó de forma accidental este compuesto sobre la piel y como consecuencia de ese contacto unos veinte minutos después sufrieron convulsiones, parálisis, náuseas y visión borrosa, entre otros síntomas. Los científicos de las SS que estaban al cargo de aquellas instalaciones se felicitaron porque acababan de dar con un arma química. En las sucesivas pruebas con los prisioneros aumentaron la dosis de exposición hasta conseguir que la muerte por asfixia se produjera casi inmediatamente. Un solo miligramo es suficiente para acabar con la vida de una persona.

A Boro también le resultaba difícil asimilar toda aquella barbarie.

—¿Y tiene algo que ver este hallazgo con el telamón?

—Sí. Convirtieron este líquido en gas para que se propagara más fácilmente por el medio ambiente y crearon el telamón como antídoto del gas sarín. En cuanto Hitler tuvo conocimiento de que podía contar con esa sustancia, solicitó a la Waffenamt, la agencia de armamento alemana, su producción masiva, pero a la vez les pidió a los científicos de la CH Dreyer que desarrollaran cuanto antes un antídoto por si caía en manos enemigas y eran ellos los atacados. Este es el secreto mejor guardado por Orlanta. ¿Y sabéis además quiénes son los jefes históricos de esta farmacéutica que patentó el telamón?

—Los inventores del gas sarín —dijo Nuria.

—Dos de ellos. A uno, Schrader, le llaman el padre de las armas químicas, de los agentes nerviosos. Especialista en compuestos organofosforados.

—Insecticidas que atacan el sistema nervioso —dijo Boro, que recordaba perfectamente los que manejaban en la fábrica de productos para la fumigación de plagas en la que trabajó.

—Este tal Schrader aumentó la potencia de estos tóxicos para que se exterminara con ellos no solo insectos, sino seres humanos por millares. Este es el oscuro currículum de algunos de los altos cargos de Orlanta. Según lo que he podido saber a partir de los papeles de Siegfried, sus fundadores, Hansenclever & Rubiner, fueron destacados miembros del partido nazi. Y por

supuesto, el régimen los recompensó. Además de la posibilidad de experimentar sin límites con los prisioneros, como se lee en estas tablas y gráficos, contaban con mano de obra esclava para sus fábricas, que habían sido incautadas a sus propietarios judíos. Imaginaos el aumento de sus beneficios durante estos años. Llegaron a ser una de las fortunas más grandes de Alemania.

—Es decir, el consejo de dirección de la farmacéutica Orlanta lo forman criminales de guerra —dijo Mirja, que había escuchado muy atenta cómo su marido transmitía en otra lengua lo que ella ya sabía.

—Aquí está todo documentado. Este es el final del camino. Frente a esto, a Orlanta solo le queda desaparecer. Disolverse —concluyó Varick—. Muerto el perro se acabó la rabia.

—Con todos esos antecedentes —dijo Nuria—, eliminarnos a nosotros no les hubiera supuesto nada. ¿Por qué no lo hicieron?

—Cuando saltó el escándalo en Alemania, supieron desde el primer momento que estaban perdidos. Solo han intentado alargar las ventas el máximo tiempo posible para seguir aumentando sus ingresos.

—A costa de... —dijo ella.

—Sí, a costa de la muerte y la mutilación de tantos inocentes. Pero esta es la caída de su imperio económico. Ya no hay vuelta atrás. Durante los días que estuvimos en Suecia pude saber que los derechos para comercializar este veneno se los habían vendido allí a la empresa Meridian. Nacieron noventa niños con malformaciones y esta farmacéutica advirtió inmediatamente de que el medicamento podría ser muy peligroso para el feto. Es decir, se paró, pero después de casi cien víctimas. Eso contando solo los que sobrevivieron. También he sabido que en Gran Bretaña obtuvo la licencia del telamón Still Co. Se ha extendido por todo el mundo. Si ha llegado a África... De ese continente no tengo ningún dato.

Sonaron unos golpes en la puerta a la vez que el timbre. Nuria se levantó enseguida.

—Ya me marchó —le dijo Úrsula mientras entraba Mireia y le pasaba a Marc, que estaba dormido sobre su hombro—. Como es sábado, quiero ir esta tarde al cine.

—Muchas gracias, Úrsula. Gracias por cuidarlos. Ten —Nuria le dio el billete de veinticinco pesetas que acababa de coger de encima de un mueble.

—Buenas tardes, señores —saludó Úrsula a la vez que sonreía y le hacía un gesto de agradecimiento a ella.

—¿Quiénes son, mami? —le preguntó su hija mientras miraba a Varick y a Mirja.

—Unos amigos muy simpáticos, cielo.

—Tenemos pendiente celebrar que a partir de ahora trabajaré en un hospital español —dijo Kessler—. Si os parece después de comer y de la preceptiva siesta nos encontramos cerca del puerto. Esta vez invito yo: por la boda, por mi nuevo destino y, sobre todo, porque les hemos cortado las alas a estos buitres.

—Mamá, ¿qué hacíais? —le preguntó Mireia muy extrañada.

—Nada, cariño, es una forma de hablar. Liliana ya está avisada de que cenaremos juntos —dijo Nuria girándose hacia ellos después de contestarle a su hija.

—Nos encantará verla a ella también.

Aquel lunes de noviembre, cuando Nuria se disponía de nuevo a abrir el manuscrito de Frida para clasificar y mecanografiar sus notas, la avisó Dora de que su jefa la llamaba por teléfono. Desde que aceptó encargarse del libro de la danesa, Nuria ya no respondía a las cartas del consultorio.

—Te veo muy bien —la saludó Dora en su ático—, y además tenemos mucha calma en la casa Muley. Eso es lo principal. El alboroto altera el espíritu.

—Le estoy tan agradecida... Mi vida hubiera sido otra sin usted.

La señora Blúmer le había enseñado que se puede ayudar incondicionalmente desde la distancia igual que se puede traicionar desde muy cerca.

—Querida, me hacen mucha compañía. Más de la que cree. —En cuanto atravesaron el pasillo de su buhardilla, le pasó el auricular—. Tenga, no la haga esperar.

—Señora Frument, buenos días.

—Nuria, ¿te acuerdas de Batís, el abogado que don Jerónimo le buscó a Boro?

—Sí, claro. No lo olvidaré nunca.

—El viernes hablamos con él, el padre Vilesermes estaba empeñado. Este chico, el abogado, igual vale para un roto que para un descosido. Es listísimo. El caso es que le hemos planteado vuestra situación.

—La nuestra. —Nuria aún no sabía exactamente a qué se refería.

—Te lo resumiré: tienes derecho a que...

—Máximo —dijo Nuria. Después de tanto tiempo hasta le extrañó pronunciar su nombre.

—A que Máximo te resarza. Tú obraste de buena fe y vuestro matrimonio sería inválido porque, como nos dijo Batís..., espera que mire este papel. Aquí está: por impedimento de ligamen. Pero no es así porque parece que contigo se

casó primero y entonces no existía ningún obstáculo para ello. A quien ha engañado es a la mujer que tiene en Madrid, porque entonces ya no era soltero.

Nuria sintió que le dolía la cabeza. Era como meterse en una espiral, subir a una atracción de una feria que ya creía cerrada.

—Es decir, que a Salvador y a ti solo os queda una salida.

A ella le sorprendió que hubiera siquiera una.

—Que obtengas la nulidad canónica.

—Doña Leonor, le agradezco mucho...

—Os tengo cariño, pero sobre todo lo hago por el padre Vilesermes. Está bastante apenado, y además me lo tomo como otra obra de caridad, al fin y al cabo ese pago es un donativo a la Iglesia y la manera de que todo esté en su sitio. No te digo que sea la solución perfecta, pero al menos Salvador no vivirá con una mujer casada. Eso sí, disimulad todo lo posible, sobre todo aquí y con los de la fábrica...

—Señora Frument, no sé qué decirle.

—No me digas nada. Trabaja en el libro de Frida, que es lo que más nos urge. Te avisaré cuando Batís tenga los papeles del Obispado preparados para que os reunáis con él.

* * *

Frida Lorensen apretó con fuerza los arándanos rojos y azules que tenía en la mano derecha y después lamió su jugo. Estaba apoyada en una barandilla de troncos frente al edificio principal de Soletal.

Habían pasado casi veinte años desde que abandonó aquel lugar rumbo a Dinamarca y, sin embargo, era como si aquellas instalaciones de reposo guardaran intactas todas sus vivencias en un plano invisible, distinto del real, pero para Frida mucho más intenso. Su presencia hacía que las ruinas cobraran vida y el mapa de aquel balneario volviera a poblarse: escuchaba la música de acordeón, los vales cuando ensayaba la orquesta, sentía los brazos y los besos de Adler Eigner a cada momento. Recordaba las hamacas alineadas delante de las cabañas, la tela tensa e impoluta en los bastidores de madera. A veces Adler la invitaba a alzarse con la mano tendida. «Vamos a coger flores», le decía, y los dos se adentraban en el bosque para quitarse de la vista de los demás y amarse allí, sobre la hierba, dentro de alguno de los almacenes o junto a un muro. Después se bañaban en el río o en alguna de las piscinas, se vestían para la cena, bailaban. Era la vida en estado puro a apenas veinte kilómetros de Auschwitz.

Frida había ido hasta allí, hasta el sur de Polonia, para recobrar a Adler Eigner.

Subió por la colina hasta la terraza desde la que se veía el embalse de Miedzybrodzkie, al que los ingenieros que lo construyeron llamaban el Lago Escénico. Se giró hacia los cristales polvorientos de la ventana y comenzó a frotarlos con la mano como si quisiera poner en marcha un reloj inverso que le permitiera volver a las Navidades de 1943 y a todos los demás días fulgurantes que las envolvieron.

Rodeó la casa hasta encontrar la puerta de las cocinas. En un rincón, entre los visillos de dos ventanas, había un búcaro de cristal tallado. «Voy a coger flores», dijo Frida como si estuviera acompañada. Salió de nuevo al sendero, cruzó el puente de troncos y se adentró en el bosque. La cola de su vestido azul marino arrastraba sobre el manto vegetal. En cuanto sintió la humedad de aquella umbría, se arrebujó en su estola atada con un lazo de seda negra sobre su pecho. Había elegido aquella ropa lujosa para reunirse con Adler Eigner. No le cabía ninguna duda de que a partir del momento en el que él le diera la bienvenida ya no se separarían jamás.

Aquella era la forma más certera de que la niña eterna en la que se había convertido no llegara a envejecer.

* * *

Una semana después, mientras Gedeón arreglaba un parterre, escuchó una melodía lejana y levantó la vista hacia la cancela. Dejó la azada y se sacudió la tierra de los pantalones. Recorrió los más de quinientos metros que lo separaban de la verja del cementerio de La Recoleta de Buenos Aires. Fuera había un cortejo en torno a una calesa de madera negra con catafalco tirada por dos caballos. Al cochero vestido con sombrero de copa alta y capa lo acompañaba otro hombre de traje muy oscuro. Alrededor del carruaje solo estaban los músicos, que repetían un fragmento de la «Marcha fúnebre de Siegfried», de la ópera de Wagner *El ocaso de los dioses*. Dejaron sus instrumentos para cargar sobre sus hombros el ataúd de metal dorado y comenzaron a recorrer las calles de aquel camposanto monumental hasta que se detuvieron ante una sepultura.

El empleado de la funeraria que había hecho el recorrido en el pescante junto a quien conducía sacó de su traje una tarjeta de su empresa de pompas fúnebres y se la entregó.

—Es aquí —le dijo—. Los datos y el certificado para el archivo. Buscamos a Gedeón.

Él no necesitó coger aquellos papeles para saber que dentro de aquella caja yacía la señorita Lorensen, entonces Eigner. Se presentó y les pidió que lo esperaran.

—Siempre pesa más la muerte que la vida —les dijo. Y buscó por la parte trasera de la capilla a dos operarios para que lo ayudaran a mover la losa.

—Dejó escrito que esto fuera para la lápida y que tenía que encargarla usted —le dijo el mismo hombre mientras le tendía una cantidad de dinero suficiente para revestir de mármol toda una piscina olímpica—. Aquí hay un recibo. Tiene que firmarlo.

Mientras descendían con cuerdas el féretro, Gedeón suspiró muy hondo. La piedra tuvieron que colocarla de nuevo entre varios. En cuanto encajó, y como si los hubieran acelerado, todos se retiraron de allí en unos pocos segundos.

«Herr und Frau Eigner», decía la nota para el marmolista. Esto era lo que Frida deseaba que otros vieran cincelado en la parte alta de aquel rectángulo mineral. La escritura inalterable de su enlace eterno.

El enterrador, después de estar un rato sentado al lado de aquella tumba, desde entonces matrimonial, acarició su superficie, como siempre había querido hacer con la piel de Frida. Y se incorporó. A partir de entonces volvería a tener con quien hablar antes de marcharse cada tarde.

EPÍLOGO

El 1 de marzo de 2016 Mireia llegó a Barcelona desde Japón después de un día entero de viaje y de atravesar una intensa tormenta eléctrica en su trayecto entre el aeropuerto de El Prat y la casa Muley Afid. Ese día cumplía cincuenta y ocho años y quería celebrarlo junto a sus padres y su hermano Marc, que para compensar que ella no tenía hijos había tenido cuatro.

En la parte alta del palacete del paseo de la Bonanova, una ventana no dejaba de golpear. Mireia, después de reencontrarse con su familia, aprovechó aquel motivo para subir enseguida al ático y saludar a Dora. De su viaje anterior en Navidad la recordaba muy viejecita, pero igual de elegante que la había visto siempre. En el rellano escuchó una canción francesa de los años setenta, *Une belle histoire* de Michel Fugain. Tuvo que llamar varias veces al timbre hasta que le abrió.

Cuando la tuvo enfrente sintió mucha ternura. Vestía con el mismo esmero de siempre. Mientras la abrazaba vio por encima de su hombro, en el recibidor, una fotografía de ella y de Marc de pequeños. La presencia de Dora y Úrsula había sido una de las mejores cosas de su infancia y adolescencia. Aquellas paredes constituían para Mireia otro hogar añadido al que ellos reconstruyeron tras el abandono de su padre.

—Mi madre dice que baje a cenar a las ocho y media.

Mireia le hablaba bastante despacio y Dora se ajustó el audífono antes de contestarle.

—Bien, muy bien. Me alegro mucho de verte tan guapa y tan joven.

—Dora, que tengo casi sesenta años.

—Comparada conmigo, eres una niña. Siempre serás una niña para mí. Mi niña.

Mireia se emocionó.

Durante sus primeros años de convivencia, Dora había trabajado en una ocupación que no podía revelarle a nadie. Aquel fue el único motivo de su distancia en el trato, de su carácter reservado, de la ausencia de detalles sobre

sus salidas a diario y durante algunos fines de semana. Desde que se jubiló se permitió la cercanía, las confidencias e incluso la dulzura. Una vez que consideró que sus actividades políticas y diplomáticas eran agua pasada, se desprendió de aquel uniforme de circunspección para mostrarse tal cual era.

* * *

Los señores Frument siempre dijeron que, en cuanto convencieran a Frida Lorensen de publicar su libro, serían los primeros en seguir sus consejos. Acertaron al anticipar que el libro sería un éxito enorme, sus elevadas ventas se correspondieron con la obsesión por descubrir cuál era la fórmula de la eterna juventud. Sus lectores querían conocer a la mujer que ejemplificaba la efectividad de aquellos consejos, pero nunca más supieron de ella, tuvieron que conformarse con sus líneas transcritas por Nuria, en las que quedaba muy claro que uno de los ingredientes más importantes para conseguir aquel aspecto saludable y magnético era la fuerza de voluntad.

De la lectura se deducía también que aquella mujer con aspecto de niña eterna vivía para sí misma y pasaba todo el día ocupada en mantener su lozanía: hacía ejercicio, huía del sol, se alimentaba sobre todo de fruta y verdura, comía muy poco pescado y casi nada de carne. Esta era la base de su dieta, que después combinaba con jalea real, kéfir, bayas de goji, semillas de lino y girasol y complementos vitamínicos. Recomendaba acompasarse al ritmo de la luz del día: acostarse temprano y madrugar mucho. Lo que faltaba en aquella enumeración fueron los experimentos que llevaron a cabo con ella en Soletal y que los señores Frument le conminaron a Nuria a eliminar del primer borrador que les presentó. Las prácticas a las que sometieron durante el Tercer Reich a Frida dentro del programa Juventud Eterna incluían inyecciones de hormonas extraídas de testículos de monos y de los prisioneros asesinados en los campos de exterminio.

Las clientas del laboratorio cosmético y las oyentes del consultorio nunca conocieron esos detalles. Compraron el libro junto con las cremas del instituto de belleza de los Frument, y el negocio de estos se convirtió en el más boyante dentro de su sector.

Liliana se casó con Batís, el abogado que consiguió devolverle la libertad a Boro. De su marido, entonces ya fallecido, le quedó una inmensa herencia: sus descendientes.

Boro y Nuria mantuvieron su amistad con Varick y Mirja. Él era conocido por su investigación sobre el telamón en todo el mundo y también por la

brillante carrera que desarrolló después. Sus múltiples iniciativas y su inagotable energía no se circunscribieron al ámbito de la radiología, sino que siempre estuvieron centradas en conseguir el mayor bienestar de los pacientes de cualquier especialidad. Su esposa trabajó durante décadas para una editorial que traducía del sueco novelas de tintes bastante negros.

Mireia y Marc no habían conocido a don Jerónimo Ullrapós, pero sabían que con aquella obra suya en el Patronato Ribas cumplió con creces la promesa que le hizo a Liliana. Su otra gran obsesión, además de esta institución, fue encontrar a Frida Lorensen. Hasta le escribió poemas. Movié cielo y tierra para dar con ella, nunca se le pasó por la cabeza cejar en su búsqueda. Don Jerónimo falleció en el accidente aéreo del vuelo 610 de Iberia que se estrelló cerca de Bilbao el 19 de febrero de 1985. Los hijos de Nuria conocían estos datos con mucho detalle porque quien fue su padre, Máximo Zafara, también iba en ese avión. No hubo supervivientes.

Cuando cumplió veinte años, Mireia solicitó en el Registro Civil el cambio de su primer apellido y pasó a llamarse Mireia Navascués Somport. Marc adujo que él no lo haría porque sus sentimientos eran ya los que eran y no necesitaba un papel que los certificara.

Don Aleix y doña Leonor almacenaron las cartas recibidas en el laboratorio cosmético junto con sus respuestas en Can Tirel, su masía en Cornellà. Cuando el Ayuntamiento de esta localidad compró esa propiedad a la familia, los operarios que fueron a vaciarla encontraron allí el tesoro que componía la intrahistoria de más de tres décadas de este país contada con pelos y señales. Gracias al celo profesional de un técnico de patrimonio, las trasladaron a un archivo cercano para su catalogación y digitalización.

De esta forma, Nuria pudo rescatar algunas de ellas. Conservaba esas copias impresas en una caja junto a su máquina de escribir Olympia azul celeste. A veces se recriminaba lo que se había visto obligada a escribir, se decía que no tenía perdón, pero enseguida se le pasaban estos remilgos porque achacaba su papel a la cerrazón de la sociedad en la que les había tocado vivir.

Aquel día, en torno a la mesa engalanada y servida por Mireia para celebrar su cumpleaños, estaban las personas que más le importaban: Nuria con su marido, Marc y su mujer Laura, con sus sobrinos, y su vecina Dora. No perdía ocasión de observar a su madre y a Boro. Apreciaba sus continuas atenciones, cómo se miraban por encima de la copa, se sonreían a hurtadillas, se hacían guiños y eran, en suma, una pareja muy dichosa a pesar de los achaques y la erosión del tiempo, de sus setenta y nueve y ochenta y cuatro años llenos de buen humor. A pesar de que habían celebrado hacía casi un lustro sus cincuenta años juntos, aún no acababan de creerse su suerte. Habían

encontrado lo más difícil: alguien a quien querer y que los quisiera incondicionalmente, sin sombras, un oasis en la batalla diaria, un lugar al que volver, unos brazos donde estar a salvo de todo, un paso a dos, una alianza que les otorgara la fuerza suficiente para no rendirse jamás.

Boro aún la miraba con los ojos brillantes. Nuria le parecía muy especial. Alguien irrepetible, más bella incluso que las actrices de las películas que veían en el seminario una vez que los rollos de celuloide habían sido repasados con la tijera que cortaba los fotogramas en los que la piel de los actores se rozaba.

A ellos dos les daba igual la naturaleza de su unión, la palabra «civil» o «eclesiástica» no significaba nada aplicada a lo que sentían, pero decidieron aceptar la oferta de los señores Frument y seguir adelante con aquellos trámites tan engorrosos. Se acordaban muy a menudo del padre Sabino Vilesermes. Boro, todos los días. Él mismo les entregó la carta del Obispado en la que les comunicaron que Nuria era libre. En aquel momento, a Boro las lágrimas le salieron a borbotones, como le sucedía cuando era niño y se sentía muy solo. Cuando se reconciliaron, el sacerdote le dio un abrazo tan fuerte que Boro temió que le rompiera los huesos.

Nuria se sentía plena: la vida le había dado bastante más de lo que ella creía que fuera posible, y aquellos encuentros con sus hijos le proporcionaban energía para aguantar meses igual de entera.

Los unió de una forma determinante y definitiva seguir la huella de la carta sobre el telamón que Liliana metió en la caja junto con las otras del consultorio. También recordaba Nuria las que se sucedieron después sobre el mismo tema, escritas por las madres que expresaban su agradecimiento por el apoyo que se les brindaba a sus hijos afectados por este medicamento en el Patronato Ribas. Esta institución no solo acogía como internos a niños víctimas de este veneno, sino que proporcionaba reconocimientos y consultas gratuitas a los que estaban con sus familias. Hasta allí se desplazaban desde toda España para que les ajustaran las piernas ortopédicas, les recetaran algunos de los medicamentos que precisaban y obtenían, en suma, toda la atención necesaria para sobrevivir día tras día. Recordaban lo mucho que sufrieron por aquellos niños que, en ese momento, ya sobrepasaban el medio siglo. Nuria siempre les repetía a Marc y a Mireia que pudieron ser ellos, que ninguna embarazada estuvo a salvo de aquel riesgo monstruoso, que una sola pastilla podía haberles segado las piernas o los brazos.

Mireia sentía que a ella esta catástrofe sanitaria también le trazó su destino antes incluso de que tuviera uso de razón. En cuanto pudo, se implicó en la lucha iniciada por las personas a las que más admiraba. Guiada al principio

por Boro, Mireia dedicó su vida a analizar el proceso por el que el telamón había mutilado a miles de personas en todo el mundo. Los últimos años en el Tokyo Institute of Technology avanzó tanto en sus investigaciones que estaba a punto de publicar un artículo en *Tyndaller*. Trabajaba sobre lo que en química se llama una «molécula quiral»: un compuesto con una estructura similar a lo que sucede cuando se superponen las manos. Las dos son casi idénticas, la una respecto de la otra, pero lo que conforman ambas es una imagen especular: una vista en el espejo. El gran aporte de Mireia, junto a su equipo de científicos japoneses, fue descubrir que el telamón inhibía la actividad de una proteína encargada del desarrollo celular. Por este motivo, las extremidades de los embriones y otros órganos internos no se desarrollaban por completo. Ella anticipaba que sus desvelos y su tenacidad tendrían un justo reconocimiento. Había dedicado su vida entera a aquella causa. Lo mismo sucedió con Marc, aunque él lo hizo como abogado de la asociación que agrupaba en España a las víctimas de ese fármaco.

Mireia se observaba con mucha frecuencia las manos, las piernas, los pies. Nunca olvidaba, cuando escribía o tenía un libro entre las manos, que aquel compuesto químico podía haberle arrebatado varias partes de su cuerpo, que esa tragedia le pudo pasar a cualquiera.

A lo largo de los años escucharon que lo sucedido con el telamón se comparaba en otros países con algunas grandes catástrofes, como el hundimiento del Titanic, el desastre producido por el escape de una sustancia química en una fábrica de pesticidas en Bhopal, con la nube radiactiva que devastó Chernóbil..., con otros muchos sucesos que segaron la vida de miles de seres humanos. Pero el caso de ese compuesto químico seguía siendo distinto de esos accidentes, había en él algo demoledor: que, a pesar de que sus fabricantes conocían sus perniciosos efectos, se negaran a retirarlo del mercado. Orlanta alcanzó su máximo esplendor con el comercio de una sustancia que tenía sobre la población el mismo efecto que las bombas.

Este fue el último crimen de guerra nazi. Sus consecuencias, tantos años después de la contienda bélica, aún permanecen en quienes sobrevivieron a ese ataque químico dentro de sus madres, en el lugar donde se fragua la vida.

NOTA DE LA AUTORA

A diferencia de lo que sucede en este libro, en España no se prohibió el uso del medicamento que causaba esos terribles daños, no se creó ningún centro de atención especial para los afectados, ni estos recibieron ningún tipo de ayuda para enfrentar tanto dolor. Fue el país donde más personas nacieron así, el único donde no cobran indemnizaciones y al que parece que se exportaron para su comercialización las unidades de este tóxico cuando fue prohibido en otros lugares como Alemania y Estados Unidos. En este último país, no llegaron a salir a la venta el millón de dosis que estaban a la espera de la autorización, gracias a la rotunda negativa de la farmacóloga Frances Oldham Kelsey. Aquí faltó alguien así y sobraron sobornos y acuerdos bajo mano con algunas empresas. «¿Qué altos cargos franquistas del Ministerio de Gobernación, de la dirección General de Sanidad, de la Inspección General de Farmacia cobraron por permitir que se vendiera en España este veneno a sabiendas de lo que provocaba? ¿Cómo podían dormir estas personas?», preguntaba el año pasado uno de los afectados en una carta abierta a un conocido periodista. El laboratorio farmacéutico que tenía la patente engañó incluso al colectivo médico con falsas pruebas de seguridad. Esta evidencia tan documentada hiere. Nada los detuvo.

Parece que la justicia divina o poética solo se da en las novelas, mientras que fuera de ellas el sol de oro de la codicia rige el mundo, y los escrúpulos («piedrecillas» en latín) se lanzan lejos.

El documental de Morris & Morris (2014) *Attacking the devil (Atacando al diablo)* trata de la enorme campaña llevada a cabo por el periodista Harold Evans en la prensa británica sobre un caso muy similar al que se narra en esta novela. En el reportaje se dice que fue la mayor catástrofe sucedida en tiempos de paz. En él se recoge, entre otras muchas, la historia de Corinne, una niña belga, de Lieja, nacida con severas malformaciones en 1962, a la que sus padres dieron un biberón con leche envenenada. Un jurado popular los absolvió.

A algunos de estos niños los mataron nada más nacer, y muchos otros murieron durante su infancia. Entre quienes llegaron a adultos hubo muchos casos de suicidio. Los que eligieron vivir a pesar de todo cuentan que de pequeños, cuando se iban a dormir, su último pensamiento siempre era el mismo: deseaban con todas sus fuerzas que cuando se despertaran les hubiera crecido la pierna, las manos, los dedos o los brazos que les faltaban. La certeza de que nunca sería así los hizo madurar de golpe. Esto los descorazonó, pero de la manera que tuvo cada uno de asumirlo dependió el resto de sus vidas.

En el capítulo 32 de esta novela uno de los personajes dice: «Igual les da cuando venden que las granadas sean frutas que bombas». Y esa es lamentablemente la clave: la codicia criminal, hacer caja, aumentar los beneficios, responder ante los accionistas, sea a costa de lo que sea. La vida humana como una variable más del mercado.

El origen de este medicamento, que aquí se llama «telamón», hay que situarlo en el contexto histórico de la posguerra europea en 1946. En esa época los fármacos más demandados eran los somníferos y los sedantes; los supervivientes de la contienda mundial estaban socavados, con el ánimo destrozado y las ilusiones asoladas. Necesitaban recuperar las ganas de vivir, y sobre todo, la ilusión; las muertes por sobredosis de barbitúricos se sucedían hasta que apareció un fármaco que publicitaron como extraordinario porque conseguía sus mismos efectos sin tantos riesgos. Se les recetó sobre todo a las embarazadas porque se consideraba que sus náuseas matutinas eran psicósomáticas, es decir, que sus mareos se debían al grado de excitación que les producía su estado. Que nuestras madres no tomaran la pastilla, y las de quienes nacieron sin algunas partes de su cuerpo sí, fue solo una cuestión de azar o de ruleta rusa, del macabro juego que practicaron con todos nosotros.

Muy distinto fue el caso de Estados Unidos, gracias a la doctora canadiense antes citada, Dafne Gretchen en la novela. Del agradecimiento hacia ella aún queda constancia en la encuesta Gallup, un método de muestreo aleatorio que usan los medios de comunicación para medir la opinión pública. Uno de sus enunciados pregunta a los ciudadanos por las personas más admiradas. Cuando se les plantea a los estadounidenses esta cuestión, muchos de ellos aún contestan, más de medio siglo después, que de quien se sienten más orgullosos es de ella, quien al frente de la FDA, Food & Drug Administration, impidió su comercio.

Esta mujer murió el 7 de agosto de 2015 en Ontario, Canadá, con más de 101 años. Entonces se recordó su enorme capacidad de trabajo y su inquebrantable e insobornable sentido de la responsabilidad. Pero también se supo, y lo recogieron numerosos obituarios, algo tan curioso, definatorio e

importante que estremece: en 1936 la admitieron en el departamento de Farmacología de la Universidad de Chicago porque se traspapeló el original de su solicitud y no pudieron comprobar sus credenciales. El comité encargado de evaluarla creyó en todo momento que quien la había recomendado, el doctor Geilling, toda una eminencia, les enviaba como siempre a uno de sus jóvenes estudiantes, es decir, a un hombre. Una vez que Frances Oldham Kelsey estuvo ante ellos, a los doctores que componían el tribunal no les quedó más remedio que aceptarla para no contrariar la voluntad de su poderoso colega. Muchos reconocieron que, de haber sabido con antelación que era mujer, habrían detenido el proceso para aceptarla. Algo tan accidental como su nombre, Frances, usado igual en masculino y en femenino, decidió el destino de tantos. Cuando el presidente Kennedy la condecoró con el máximo galardón otorgado a un ciudadano civil, dijo que tal distinción se debía a que ella era quien había salvado de la muerte a más estadounidenses.

Si el lector quiere profundizar en algunos aspectos de la trama, le recomiendo que recorra el camino inverso al de mi trabajo de documentación, con que teclee el acrónimo Avite en un buscador digital comprobará que algunos de los datos y pasajes que aquí se enuncian son, por desgracia, demasiado reales. Incluso puede consultar en la página de esta asociación los originales en castellano y alemán de los documentos que se relacionan en esta novela. Lo más duro para mí fue ver las fotografías de los niños afectados, así como los numerosos reportajes en los que aparecen sonrientes porque habitan aún el paraíso de la inconsciencia.

La primera vez que se les otorgó la palabra a los afectados por un medicamento similar al telamón fue en el programa *Línea 900* de TVE en la 2. Ese reportaje lo vieron 1.400.000 espectadores. Después, gracias a las gestiones del periodista Julio Carmona, Julia Otero entrevistó a dos de los afectados en su programa *Las cerezas*. Esto supuso que compartieran su drama más de dos millones y medio de televidentes. Fue el 24 de mayo de 2005. Desde entonces, cada vez, las menciones al caso de estas personas en los medios son más numerosas. Solo falta que los responsables políticos y la empresa farmacéutica que les causó estos daños, cuando aún estaban dentro de sus madres, hagan algo por ellos.

Para la escritura de esta novela he leído casi todo lo publicado sobre este tema hasta la fecha, además de varias tesis doctorales, tanto de Biología como de Medicina, páginas web y los diarios publicados en 1962 sobre todo a través de la hemeroteca de *Abc* y *La Vanguardia*. Rescaté un artículo del diario *Pueblo* (año XXIII, n.º 7157, septiembre de 1962) y conjugué todo lo anterior con numerosas lecturas: *Un consultorio para la transición*, de Gerard Imbert, *Queridas amigas*, de Pietat Estany, *Querida Elena*, del recientemente fallecido Juan Soto Viñolo, *Mujeres náufragas. Los consultorios femeninos en la España de los 60 y los 70*, de Pura Sánchez, publicado este mismo año, y muchos otros de los que solo tomé aspectos muy puntuales.

También me he dedicado durante horas a la investigación onomástica, es decir, a rastrear los nombres e historia de las calles, plazas, carreteras y cualquier otro espacio público durante el franquismo para que aquí aparecieran denominados como en la época. Uno de los casos más curiosos — porque hubo muchísimos, como ya se sabe— sobre estos cambios en la nomenclatura de las vías por motivos ideológicos fue el del rótulo dedicado a Eduard Maristany, un ingeniero de ferrocarriles. Su calle se rebautizó como Marqués de Argentera, es decir, el personaje homenajeado seguía siendo él mismo, ya que este fue el título nobiliario con que Alfonso XIII lo premió por la construcción de un túnel llamado así.

Han resultado cruciales para mi escritura los libros del investigador argentino Carlos de Nápoli sobre la fuga desde Europa de submarinos con jefes nazis rumbo a Sudamérica, *Ultramar Sur*, y otros temas relacionados con las prácticas del Tercer Reich, como *La fórmula de la eterna juventud. Los científicos nazis en la Argentina*. También me ha resultado imprescindible el libro *Oscuro remedio*, del escritor e historiador Rock Brynner y de Trent Stephens, profesor de Anatomía y Embriología en la Idaho State University. Sobre este último libro, publicado por Perseus, incluyo las palabras del periodista citado antes en esta nota, Harold Evans: «Una fascinante e importante disección de una tragedia, y los tardíos intentos por repararla. Los autores han hecho un gran servicio a la sociedad».

En el Arxiu del Baix Llobregat, de Sant Feliu, consulté los originales de la dolorosa vida cotidiana de este país transcrita en las cartas del consultorio sentimental que tanta fama alcanzó y que se mantuvo en antena desde 1947 hasta 1984 ininterrumpidamente.

Culmino aquí un proceso que comenzó en 2014, cuando envié a imprenta mi novela anterior. A partir de ahora, dejo esta en vuestras manos. Gracias a todos los que me habéis permitido contar esta historia que ahora es vuestra.

* * *

Gracias a mis editoras Raquel Gisbert y Purificación Plaza, por vuestra profesionalidad, cercanía, comprensión y amistad, por escucharme y darme libertad, siempre, y a quienes, junto a ellas, trabajáis para que nuestras palabras trasciendan ondas, páginas, formatos, idiomas y pantallas: Laura Franch, Laura Verdura, Isabel Santos, Vanesa Santaolalla, Silvia Axpe, Lidia Esteban, Silvia Roperó, Emili Albi, Gemma Sanjuán, Pilar Lafuente, Javier Sanz, Daniel Cladera, Germán Carrillo, Sabrina Rinaldi, Zoa Caravaca y Esther Aizpuru. También a mis compañeros escritores de la editorial Planeta, de quienes he recibido excelentes consejos y enseñanzas.

Y a quienes me proporcionasteis, a veces sin saberlo, datos muy importantes. Algunas de las historias que aparecen en las cartas del consultorio me las habéis contado: Leopoldo Trillo-Figueroa Ygual, Ana Sáez Soro, Salvador Soriano, Pere Cervantes, Isabel Domínguez, Verónica Segoviano, Valentí Fainé, Merxe Ansuategui, Petra Dindinger, Lauro Anaya y muchas otras personas a quienes no nombro porque sus vivencias transcritas aquí lo fueron en primera persona.

A quien siempre es mi primer y entregado lector, Emilio Sáez Soro, lo describen muy bien estas palabras de Chateaubriand que definía el amor como «la locura de la amistad», y también las del título del libro de Mónica Carrillo *El Tiempo. Todo. Locura*.

Quiero expresar también mi agradecimiento y admiración a Raquel M. Barrio, por la mecánica y la orfebrería, pero sobre todo por compartir conmigo su talento. A Agnès Rouilleault, por abrirme las puertas de Francia con sus palabras siempre vestidas de gala. A Jorge Oliver de la Cruz, investigador español en el St. Ann's University Hospital Brno, de la República Checa, por sus aportaciones sobre las moléculas y las células. Suyas son las palabras de Boro, de Varick, de Singer y de la investigación de Mireia en Japón. A Carmina Casino, por orientarme sobre el funcionamiento del sistema postal en 1962 y por tener tinta en las venas.

Por prestarme su ejemplo y muchos pasajes de su vida, a Claus Knapp, jefe del servicio de Radiología del hospital La Paz de Madrid durante treinta años, después de trabajar en esta misma especialidad en el hospital de Hamburgo. Tiene mucho en común con el doctor Varick: destinos, hazañas, sus ochenta y ocho vitales años y Chamberí. Al navegante Alberto Aracil Kessler, por cederme para mi personaje su segundo apellido. A la filóloga y periodista incansable Pietat Estany, tan parecida a Nuria Somport. Espero que el destino le deparase la misma felicidad.

A mi familia, ángeles, amigos, lectores, alumnos, librereros, bibliotecarios, autores de blogs... Gracias a vosotros y a todos los que me proporcionáis a diario tanta compañía y recreo a través de mis perfiles de Facebook y Twitter y mi cuenta de correo electrónico.

Durante este tiempo de escritura he estado en contacto con algunas personas que padecen focomelia. Este es el gráfico nombre que reciben sus malformaciones por su similitud con las aletas de foca. Les he hecho muchas preguntas sobre sus evidentes y terribles limitaciones, sobre el futuro, pero lo que más me ha interesado saber es de dónde extraen la fuerza necesaria para no rendirse. No sé si por un efecto kármico o bumerán, quienes les causaron estas lesiones también resultaron mutilados porque, durante todo este proceso, muchas veces incluso judicializado, perdieron la parte más esencial y necesaria que hace que un ser humano lo sea: el alma.

Por este motivo, por su lucha, por su ejemplo, por su manera de mostrar que siempre hay que seguir adelante, quiero reconocer la enorme labor de Avite. Mi homenaje es para todos los afectados a quienes representan José Riquelme y Rafael Basterrechea, presidente y vicepresidente de esta asociación. Gracias por permitirme que os entrevistara a vosotros y a Ana Castillo y Mariano Garmendia en el Real Casino de Murcia el 8 de junio de 2016. Allí conocí también a Manuel Bioque, de la misma manera que en Alfamén, Zaragoza, pude compartir unas horas en su biblioteca con Jesús Marco. Sus casos son los de muchos, los de demasiados.

Con la perspectiva que otorgan los más de cincuenta años transcurridos desde el momento en que se concentraron la mayoría de estos nacimientos parece más exacto calificar este crimen masivo de delito de lesa humanidad. Respecto a la definición de estas execrables acciones, en el artículo 7 del Estatuto de la Corte Penal Internacional de La Haya se lee: «Ataque generalizado o sistemático contra una población civil y con conocimiento de dicho ataque». El laboratorio farmacéutico tenía constancia, pruebas científicas sobre lo que estaba sucediendo, y a pesar de eso no dejó de comercializar este medicamento. Además, los documentos encontrados durante estas décadas sobre las circunstancias del descubrimiento de esta molécula y su posterior patente permitirían otorgar a los afectados la condición de víctimas del nazismo. Pero no han obtenido ese reconocimiento ni ningún otro. Se los ha calificado siempre de casos aislados, pero muchos casos aislados forman archipiélagos. Nada se ve si no se quiere mirar. El abandono en el que se los ha sumido es otra nueva crueldad sumada a la anterior: una vergüenza nacional. Han pasado Gobiernos, tribunales, juicios, penalidades y solo han recibido promesas, palabras, e incluso, por muy inverosímil que resulte, sentencias en

contra cuando han reclamado indemnizaciones. Se les ha dicho que «lo de ellos ya ha prescrito», sin tener en cuenta que hay algo mucho más importante y que nunca debería prescribir: la ética.

Todos podemos hacer algo por remediar las continuas injusticias a las que asistimos —con más razón cuando tenemos la suerte de ser solo testigos de ellas y no protagonistas—. En este caso, como autora de esta novela, donaré un porcentaje de los derechos obtenidos por su venta para colaborar con la Asociación de Víctimas de la Talidomida de España (Avite) en su lucha porque se haga justicia.

Quiero terminar recordando que en toda esta gran tragedia hubo además quienes fueron obligados a asumir un papel todavía peor que el de víctimas: el papel de padres de las víctimas. Sirva este relato mío, esta interpretación que no cuenta cómo sucedieron los hechos, sino cómo debieron suceder, para mitigar un poco todo este inmoral e intencionado olvido.

La huella de una carta

Rosario Raro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Lambada/Getty images

© Rosario Raro, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17299-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

